

COMENTARIO BÍBLICO
MUNDO HISPANO

TOMO 23

HEBREOS, SANTIAGO,
1 Y 2 PEDRO, JUDAS

Editores Generales

Juan Carlos Cevallos

Rubén O. Zorzoli

Editores Especiales

Ayudas Prácticas: James Giles

Artículos Generales: Jorge E. Díaz

[P. 4]

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Apartado Postal 4256, El Paso, TX 79914 EE. UU. de A.

www.editorialmh.org

Comentario Bíblico Mundo Hispano, tomo 23. ©Copyright 2005, Editorial Mundo Hispano. 7000 Alabamast., El Paso, TX 79904, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada. © Copyright 1999. Usada con permiso.

Editores: Juan Carlos Cevallos,
María Luisa Cevallos, Rubén Zorzoli

Primera edición: 2005

Clasificación Decimal Dewey: 220.7

Tema: 1. Biblia—Comentarios

ISBN: 0-311-03147-1

E.M.H. No. 03147

Ex Libris Eltropical

PREFACIO GENERAL

Desde hace muchos años, la Editorial Mundo Hispano ha tenido el deseo de publicar un comentario original en castellano sobre toda la Biblia. Varios intentos y planes se han hecho y, por fin, en la providencia divina, se ve ese deseo ahora hecho realidad.

El propósito del Comentario es guiar al lector en su estudio del texto bíblico de tal manera que pueda usarlo para el mejoramiento de su propia vida como también para el ministerio de proclamar y enseñar la palabra de Dios en el contexto de una congregación cristiana local, y con miras a su aplicación práctica.

El *Comentario Bíblico Mundo Hispano* consta de veinticuatro tomos y abarca los sesenta y seis libros de la Santa Biblia.

Aproximadamente ciento cincuenta autores han participado en la redacción del comentario. Entre ellos se encuentran profesores, pastores y otros líderes y estudiosos de la Palabra, todos profundamente comprometidos con la Biblia misma y con la obra evangélica en el mundo hispano. Proviene de diversos países y agrupaciones evangélicas; y han sido seleccionados por su dedicación a la verdad bíblica y su voluntad de participar en un esfuerzo mancomunado para el bien de todo el pueblo de Dios. La carátula de cada tomo lleva una lista de los editores, y la contratapa de cada volumen identifica a los autores de los materiales incluidos en ese tomo particular.

El trasfondo general del Comentario incluye toda la experiencia de nuestra editorial en la publicación de materiales para estudio bíblico desde el año 1890, año cuando se fundó la revista *El Expositor Bíblico*. Incluye también los intereses expresados en el seno de la Junta Directiva, los anhelos del equipo editorial de la Editorial Mundo Hispano y las ideas recopiladas a través de un cuestionario con respuestas de unas doscientas personas de variados trasfondos y países latinoamericanos. Específicamente el proyecto nació de un Taller Consultivo convocado por Editorial Mundo Hispano en septiembre de 1986.

Proyectamos el *Comentario Bíblico Mundo Hispano* convencidos de la inspiración divina de la Biblia y de su autoridad normativa para todo asunto de fe y práctica. Reconocemos la necesidad de un comentario bíblico que surja del ambiente hispanoamericano y que hable al hombre de hoy.

El Comentario pretende ser:

- * crítico, exegético y claro;
- * una herramienta sencilla para profundizar en el estudio de la Biblia;
- * apto para uso privado y en el ministerio público;
- * una exposición del auténtico significado de la Biblia;
- * útil para aplicación en la iglesia;
- * contextualizado al mundo hispanoamericano;
- * **[P. 6]** un instrumento que lleve a una nueva lectura del texto bíblico y a una más dinámica comprensión de ella;
- * un comentario que glorifique a Dios y edifique a su pueblo;
- * un comentario práctico sobre toda la Biblia.

El *Comentario Bíblico Mundo Hispano* se dirige principalmente a personas que tienen la responsabilidad de ministrar la Palabra de Dios en una congregación cristiana local. Esto incluye a los pastores, predicadores y maestros de clases bíblicas.

Ciertas características del comentario y algunas explicaciones de su metodología son pertinentes en este punto.

El **texto bíblico** que se publica (con sus propias notas —señaladas en el texto con un asterisco, *,— y títulos de sección) es el de *La Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada*. Las razones para esta selección son múltiples: Desde su publicación parcial (*El Evangelio de Juan*, 1982; el *Nuevo Testamento*, 1986), y luego la publicación completa de la Biblia en 1989, ha ganado elogios críticos para estudios bíblicos serios. El Dr. Cecilio Arrastía la ha llamado “un buen instrumento de trabajo”. El Lic. Alberto F. Roldán la cataloga como “una valiosísima herramienta para la labor pastoral en el mundo de habla hispana”. Dice: “Conservando la

belleza proverbial de la Reina-Valera clásica, esta nueva revisión actualiza magníficamente el texto, aclara — por medio de notas— los principales problemas de transmisión. . . Constituye una valiosísima herramienta para la labor pastoral en el mundo de habla hispana.” Aun algunos que han sido reticentes para animar su uso en los cultos públicos (por no ser la traducción de uso más generalizado) han reconocido su gran valor como “una Biblia de estudio”. Su uso en el Comentario sirve como otro ángulo para arrojar nueva luz sobre el Texto Sagrado. Si usted ya posee y utiliza esta Biblia, su uso en el Comentario seguramente le complacerá; será como encontrar un ya conocido amigo en la tarea hermenéutica. Y si usted hasta ahora la llega a conocer y usar, es su oportunidad de trabajar con un nuevo amigo en la labor que nos une: comprender y comunicar las verdades divinas. En todo caso, creemos que esta característica del Comentario será una novedad que guste, ayude y abra nuevos caminos de entendimiento bíblico. La RVA aguanta el análisis como una fiel y honesta presentación de la Palabra de Dios. Recomendamos una nueva lectura de la Introducción a la Biblia RVA que es donde se aclaran su historia, su meta, su metodología y algunos de sus usos particulares (por ejemplo, el de letra cursiva para señalar citas directas tomadas de Escrituras más antiguas).

Los demás elementos del Comentario están organizados en un formato que creemos dinámico y moderno para atraer la lectura y facilitar la comprensión. En cada tomo hay un **artículo general**. Tiene cierta afinidad con el volumen en que aparece, sin dejar de tener un valor general para toda la obra. Una lista de ellos aparece luego de este Prefacio.

Para cada libro hay una **introducción** y un **bosquejo**, preparados por el redactor de la exposición, que sirven como puentes de primera referencia para llegar al texto bíblico mismo y a la exposición de él. La **exposición** y **exégesis** forma el elemento más extenso en cada tomo. Se desarrollan conforme al [P. 7] bosquejo y fluyen de página a página, en relación con los trozos del texto bíblico que se van publicando fraccionadamente.

Las **ayudas prácticas**, que incluyen ilustraciones, anécdotas, semilleros homiléticos, verdades prácticas, versículos sobresalientes, fotos, mapas y materiales semejantes acompañan a la exposición pero siempre encerrados en recuadros que se han de leer como unidades.

Las **abreviaturas** son las que se encuentran y se usan en *La Biblia Reina-Valera Actualizada*. Recomendamos que se consulte la página de Contenido y la Tabla de Abreviaturas y Siglas que aparece en casi todas las Biblias RVA.

Por varias razones hemos optado por no usar letras griegas y hebreas en las palabras citadas de los idiomas originales (griego para el Nuevo Testamento, y hebreo y arameo para el Antiguo Testamento). El lector las encontrará “transliteradas,” es decir, puestas en sus equivalencias aproximadas usando letras latinas. El resultado es algo que todos los lectores, hayan cursado estudios en los idiomas originales o no, pueden pronunciar “en castellano”. Las equivalencias usadas para las palabras griegas (Nuevo Testamento) siguen las establecidas por el doctor Jorge Parker, en su obra *Léxico-Concordancia del Nuevo Testamento en Griego y Español*, publicado por Editorial Mundo Hispano. Las usadas para las palabras hebreas (Antiguo Testamento) siguen básicamente las equivalencias de letras establecidas por el profesor Moisés Chávez en su obra *Hebreo Bíblico*, también publicada por Editorial Mundo Hispano. Al lado de cada palabra transliterada, el lector encontrará un número, a veces en tipo romano normal, a veces en tipo bastardilla (letra cursiva). Son **números del sistema “Strong”**, desarrollado por el doctor James Strong (1822–94), erudito estadounidense que compiló una de las concordancias bíblicas más completas de su tiempo y considerada la obra definitiva sobre el tema. Los números en tipo romano normal señalan que son palabras del Antiguo Testamento. Generalmente uno puede usar el mismo número y encontrar la palabra (en su orden numérico) en el *Diccionario de Hebreo Bíblico* por Moisés Chávez, o en otras obras de consulta que usan este sistema numérico para identificar el vocabulario hebreo del Antiguo Testamento. Si el número está en bastardilla (letra cursiva), significa que pertenece al vocabulario griego del Nuevo Testamento. En estos casos uno puede encontrar más información acerca de la palabra en el referido *Léxico-Concordancia...* del doctor Parker, como también en la *Nueva Concordancia Greco-Española del Nuevo Testamento*, compilada por Hugo M. Pettey, el *Nuevo Léxico Griego-Español del Nuevo Testamento* por McKibben, Stockwell y Rivas, u otras obras que usan este sistema numérico para identificar el vocabulario griego del Nuevo Testamento. Creemos sinceramente que el lector que se tome el tiempo para utilizar estos números enriquecerá su estudio de palabras bíblicas y quedará sorprendido de los resultados.

Estamos seguros que todos estos elementos y su feliz combinación en páginas hábilmente diseñadas con diferentes tipos de letra y también con ilustraciones, fotos y mapas harán que el *Comentario Bíblico Mundo Hispano* rápida y fácilmente llegue a ser una de sus herramientas predilectas para ayudarle a [P. 8] cumplir bien con la tarea de predicar o enseñar la Palabra eterna de nuestro Dios vez tras vez.

Este es el deseo y la oración de todos los que hemos tenido alguna parte en la elaboración y publicación del Comentario. Ha sido una labor de equipo, fruto de esfuerzos mancomunados, respuesta a sentidas necesidades de parte del pueblo de Dios en nuestro mundo hispano. Que sea un vehículo que el Señor en su infinita misericordia, sabiduría y gracia pueda bendecir en las manos y ante los ojos de usted, y muchos otros también.

Los Editores

Editorial Mundo Hispano

Lista de Artículos Generales

- Tomo 1: *Principios de interpretación de la Biblia*
- Tomo 2: *Autoridad e inspiración de la Biblia*
- Tomo 3: *La ley (Torah)*
- Tomo 4: *La arqueología y la Biblia*
- Tomo 5: *La geografía de la Biblia*
- Tomo 6: *El texto de la Biblia*
- Tomo 7: *Los idiomas de la Biblia*
- Tomo 8: *La adoración y la música en la Biblia*
- Tomo 9: *Géneros literarios del Antiguo Testamento*
- Tomo 10: *Teología del Antiguo Testamento*
- Tomo 11: *Instituciones del Antiguo Testamento*
- Tomo 12: *La historia general de Israel*
- Tomo 13: *El mensaje del Antiguo Testamento para la iglesia de hoy*
- Tomo 14: *El período intertestamentario*
- Tomo 15: *El mundo grecorromano del primer siglo*
- Tomo 16: *La vida y las enseñanzas de Jesús*
- Tomo 17: *Teología del Nuevo Testamento*
- Tomo 18: *La iglesia en el Nuevo Testamento*
- Tomo 19: *La vida y las enseñanzas de Pablo*
- Tomo 20: *El desarrollo de la ética en la Biblia*
- Tomo 21: *La literatura del Nuevo Testamento*
- Tomo 22: *El ministerio en el Nuevo Testamento*
- Tomo 23: *El cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento*
- Tomo 24: *La literatura apocalíptica*

EL CUMPLIMIENTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

JULIO MONTALVO

La revelación que Dios dio de sí mismo a los patriarcas y profetas del AT, y por medio de Jesús y los apóstoles, está contenida esencialmente en la Biblia. La iglesia, guiada por Dios e impulsada por varias razones, se vio en la necesidad de preservar esa revelación por escrito. Estamos seguros de que fue la voluntad de Dios que su nuevo pueblo formara un libro sagrado que contuviera fielmente esa revelación.

La Biblia es la revelación de Dios dada a los hombres; es la forma que Dios escogió para preservar y propagar la verdad, y establecer más sólidamente la iglesia. Esto hace que la Biblia sea indispensable y el libro por excelencia para la iglesia de Cristo. Por esto, cada cristiano debe asumir una actitud correcta respecto a ella, reconociendo que ambos testamentos tienen absoluta autoridad y son la única regla de fe y práctica para la iglesia. Lamentablemente, algunos no están convencidos de la autoridad y unidad de la Biblia; piensan que entre ambos testamentos sólo existen relaciones de contradicción, lo cual es infundado. Algunos sobrevaloran el NT a expensas del AT, argumentando que éste ya caducó y que es una obra secundaria y sin mayor relevancia para los cristianos; otros, por el contrario, tratan de exaltarlo más que el NT, pretendiendo incluso reducir la eficacia de la obra de Jesús, y exigiendo, a veces, a los cristianos que vuelvan a la observancia de los ritos y prescripciones del AT. Debemos reconocer que estas posturas, y otras similares, son extremistas y sólo atentan contra la unidad, autoridad y relevancia de la Biblia como Palabra de Dios.

Resulta, pues, en todos los aspectos, tonificante y renovador ocuparnos del desarrollo de este artículo con la finalidad de establecer bases sólidas para no incurrir en falsos conceptos y equivocadas actitudes hacia la Biblia. La expresión “El cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento” es realmente una confesión cristiana, que en esencia no es nueva sino que es ya evidente aun en los libros del NT; así mismo es la expresión más apropiada para puntualizar la auténtica y final relación que existe entre el AT y el NT. ¿Qué queremos expresar con esta confesión? Para responder esta pregunta será necesario hacer un análisis terminológico del título del artículo; luego, analizar las relaciones intrínsecas de ambos testamentos; y por último, hacer un enfoque definitivo del cumplimiento de los escritos del AT en el NT.

ANÁLISIS TERMINOLÓGICO

Es necesario hacer un análisis terminológico del título del artículo para aclarar definiciones y poner bases firmes para el consecuente desarrollo del tema en tratamiento. No sólo analizaremos los términos usados en el título, sino que [P. 10] también será necesario analizar el término “Biblia” por ser clave en la comprensión del tema.

Biblia

“Biblia” es un sustantivo griego plural que significa “libros”, cuyo singular es “Biblión”, “libro”; “Biblos” es una forma de “Biblión” y significa cualquier clase de documento escrito. Originalmente, “Biblos” significaba un documento escrito en papiro, una clase de papel fabricado con la corteza interior del junco llamado papiro. Al antiguo puerto fenicio de Gebal (cerca del moderno Jebei, unos 40 km al norte de Beirut) los griegos le cambiaron el nombre por “Biblos”, porque era una ciudad famosa por la fabricación de papiros para escribir. La palabra “Biblia” o “Biblos”, entonces significaba simplemente “libros”.

El término “Biblia” aparece unas 34 veces en el NT en diversas formas; sólo 4 veces se usa en plural (Juan 21:25; 2 Tim. 4:13; Apoc. 20:12). Es dudosa la afirmación de que en la misma Biblia se usa este término como referencia directa a las Sagradas Escrituras, aun considerando que 2 Timoteo 4:13 es una referencia a los escritos judíos que Pablo usaba. El uso de este término para referirse a las Sagradas Escrituras surgió en base a la consecuente colección de escritos neotestamentarios que se sumaron a los libros sagrados de los judíos que eran considerados como canónicos. Este uso se remonta a la época de Crisóstomo (347–407 d. de J.C.) y Jerónimo (348–419 d. de J.C.), quienes usaron la expresión griega “ta biblia hagia” (“los Libros Sagrados”), para aplicarla a todas las Escrituras. Cuando este término pasó al latín de la Edad Media, se volvió femenino singular, significando “El Libro” o “La Biblia”, forma que sirvió para confirmar su unidad perfecta y su absoluta autoridad. No obstante, el término “Biblia” tiene un sentido colectivo, marcando el importante hecho de que la Biblia no es meramente un libro sino una gran cantidad y variedad de libros, pero en unidad.

La terminología usada en la Biblia es más bien “Escritura”, “la Escritura” o “Sagradas Escrituras” (Mat. 21:42; 22:29; Mar. 12:24; Juan 2:22; Hech. 17:11; Rom. 1:2; etc.). El singular “Escritura” (Mar. 12:10; Luc. 4:21, Stg. 2:8) mayormente se usa en referencia a un determinado pasaje del AT y no a su totalidad. Pero, a veces, “Escritura”, en singular (2 Tim. 3:16; Hech. 8:32), subraya el hecho importante de que la diversidad de libros destaca una unidad maravillosa de propósito.

Debemos señalar también que en 2 Pedro 3:16 se llama “Escrituras” a las epístolas de Pablo, y probablemente a los evangelios; de modo que tenemos precedentes de peso para usar tanto el AT como el NT en nuestras Escrituras cristianas. Desde este punto de vista, la Biblia es una colección de libros sagrados, 66 en total, clasificados en dos grandes secciones: AT y NT; ambas secciones se unen y complementan perfectamente para presentar la revelación completa que Dios ha querido conceder a los hombres.

Alianza, pacto o testamento

En lenguaje corriente “testamento” significa la última voluntad de una persona [P. 11] en la que dispone de sus bienes para el momento de su muerte. Pero no es este exactamente el sentido en que se le usa en la Biblia, en la cual significa más un “pacto” o “alianza”. Sería más apropiado hablar de Antiguo Pacto y de Nuevo Pacto; sin embargo, el término “testamento”, bien entendido, tiene una significación y aplicación más completa.

La Biblia hebrea usa el término *berith*, que significa “pacto” “alianza”, unas 270 veces, para indicar un gran número de pactos o acuerdos de diversas índoles: entre dos amigos (1 Sam. 18:3), dos soberanos (Gén. 21:22 ss.; 1 Rey. 5:12) u otros (Jos. 9:15; Jer. 34:8 s.). Se usa para señalar los pactos de Jehovah con Noé (Gén. 6:18), Abraham (Gén. 17:2; 4 s.; 2 Rey. 13:23) o David (2 Sam. 23:5); el pacto se extiende expresamente a los descendientes (Gén. 6:4 ss.; 24:1–8). El término *berith* se usa en el AT mayormente para señalar un tratado o alianza como disposición de uno en favor de muchos (Gén. 9:12; 17:7 ss.; Jer. 31:31).

Por otro lado, el griego antiguo usaba dos términos relacionados con este asunto. El término *diathéke*, que significaba “pacto”, “testamento”, “última voluntad”, se refería al hecho de disponer el testamento como una decisión irrevocable, que nadie puede anular; presupuesto para la validez del *diathéke* es la muerte del testador. En este sentido, *diathéke* señalaba el acto por el cual una persona hacía un acuerdo o pacto y determinaba la forma de repartir sus bienes entre sus herederos. El otro término es *sunthéke*, que significa “contrato” “pacto” lo cual supone una acción común entre dos partes con obligaciones recíprocas. Este término no es usado ni en el NT ni en la LXX para referirse a los pactos de Dios con el hombre. La LXX usa el mismo término que usa el NT, *diathéke*, para traducir *berith*.

El término “testamento” reúne los dos sentidos de los términos *berith* y *diathéke* para significar propiamente una alianza o pacto y una heredad. En el sentido de alianza o pacto, el término “testamento” caracteriza tanto las relaciones particulares de Dios con su pueblo en el AT, así como designa la unión que el mismo Dios pactó con el hombre por medio del sacrificio expiatorio de Jesús; en este sentido existe, pues, un Antiguo Pacto y un Nuevo Pacto. En el sentido de heredad, el término “testamento” señala el hecho de que por la muerte de Jesús los herederos entran en posesión de sus bienes eternos; gracias a la muerte de Jesús los hombres tienen la opción a la herencia eterna (Heb. 9:15-22).

Antiguo y Nuevo

Desde fines del siglo II d. de J.C., los términos “Antiguo Testamento” y “Nuevo Testamento” se usaron para diferenciar las Escrituras hebreas de las cristianas. La colección formal de escritos cristianos hecha en la segunda mitad del siglo II d. de J.C., fue denominada NT, la cual fue puesta junto a los libros canónicos hebreos como igualmente inspirada y con la misma autoridad. Las Escrituras hebreas fueron entonces denominadas AT. Tertuliano (150-225 d. de J.C.) teólogo latino, usó por primera vez el término “Novum Testamentum”, que luego se generalizó y aplicó a los escritos cristianos.

Históricamente el AT señala los antiguos pactos que Dios estableció con los [P. 12] hombres en diversas etapas de la historia, y especialmente al pacto que hizo con su pueblo. Literariamente es el conjunto de libros que expresan esta relación de pacto. El NT, históricamente, fue preanunciado por Dios (Jer. 31:31 ss.) y cumplido en Jesús (Mat. 26:28; 1 Cor. 11:25), y es la nueva forma de relación con Dios que descubrieron los creyentes en Cristo a través de sus palabras, su vida y su obra expiatoria. Literariamente, el NT designa los libros en que los cristianos atestiguan su experiencia con el Mediador del Nuevo Pacto.

Los adjetivos “antiguo” y “nuevo” no se deben usar para quitar autoridad a uno de los testamentos y exaltar al otro, ya que no fue este el propósito de la iglesia al comienzo. Bajo la autoridad e inspiración de Dios, a las Escrituras judías los cristianos añadieron una colección de escritos complementarios en los que expresa-

ban su nueva comprensión de la historia pasada, común a ambos pueblos, dando a ambos la misma autoridad divina.

El cumplimiento

En los libros del NT se elabora un lenguaje propio con el fin de establecer la relación existente entre ambos testamentos; los escritores hablan del cumplimiento de las Escrituras con suma claridad y convicción. Los verbos que usan para ello son *pleroo* y *teleioo*, que significan “lleno”, “cumplido”, “término”, “consumo” o “completo” (Luc. 2:43; Juan 4:34; 12:3; Hech. 5:28; 20:24; etc.). La idea que traducen estos verbos no era desconocida en el primer siglo, pero ahora adquiere un matiz completamente nuevo; ya no se aplica exclusivamente a la Torah y a los profetas (Mat. 5:17–19; Luc. 4:21; Juan 19:28; Hech. 1:16; 2:22, 23), sino que también “los tiempos” se han cumplido (Mar. 1:15), y esta “plenitud de los tiempos” (Gál. 4:4) marca a la vez el término, el coronamiento y la perfección de toda una economía preparatoria (Rom. 10:4; Heb. 10:1–14). En Jesús se cumple todo (Juan 19:30), con cumplimiento escatológico; el *telos* (“el fin”) ya está presente, aquel *telos* en relación con el cual se ordenaba la historia precedente y la Escritura entera ya ha tenido su cumplimiento en Jesús, lo cual quiere decir que el verdadero alcance de los libros del AT no es perceptible sino a partir de este *telos* o “cumplimiento”, que define su perfección y plenitud.

Así, pues, la expresión “El cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento” manifiesta una relación de continuidad, complementación y cumplimiento mismo del uno para con el otro; y no pretende señalar una mera relación entre ambos testamentos.

Relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos

Uno de los asuntos de principal importancia que debe considerarse es el que tiene que ver con las relaciones entre ambos Testamentos. ¿Qué relación existe entre la ley mosaica “ojo por ojo, diente por diente” y el mandato de Jesús “a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra?” Parece que hubiera una oposición irreductible entre el AT y el NT; sin embargo, no es así como vamos a comprobar.

Para comprender esta cuestión es menester desarrollar algunos puntos clave, [P. 13] como un enfoque breve de ambos Testamentos y su importancia, y luego determinar los puntos de relación entre ambos Testamentos.

EL ANTIGUO TESTAMENTO Y SU IMPORTANCIA

El AT es el conjunto de escritos en los que se ha consignado en lenguaje humano la Palabra de Dios que él reveló a la antigua alianza. En la confección de esta obra han colaborado muchos hombres, conocidos unos y anónimos otros.

Los judíos agruparon sus escrituras en tres divisiones principales: la Ley o Torah, que comprende los cinco primeros libros y es la porción más antigua; los Profetas o *nebhiiim*, que es la segunda sección dividida en dos grupos: los profetas anteriores o primeros (son los libros que llamamos poco atinadamente “históricos”) y los profetas posteriores o segundos (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los otros doce); y Los Escritos o *Ketubim*.

Por muchos años los libros sagrados de los judíos fueron conocidos como “La Ley y Los Profetas”, y Jesús se refirió a ellos con tal nombre (Mat. 11:13; 22:40; Luc. 16:16), aun cuando en su época una colección conocida como “Escritos” fue asociada con las dos primeras divisiones; sin embargo, esta última colección no fue designada oficialmente como Escritura hasta el Concilio de Jamnia (90 d. de J.C.).

Las Escrituras que usaron Jesús y sus apóstoles es lo que ahora conocemos como el AT; este hecho de por sí marca la importancia de esta sección. El AT nunca puede ser reemplazado por el NT; las declaraciones de Jesús: “la Escritura no puede ser anulada” (Juan 10:35) y de Pablo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Tim. 3:16), certifican el valor imperecedero del AT. Realmente, la autoridad del AT está más firmemente establecida en la Biblia que la del NT. La base sobre la que descansa tanto la enseñanza de Jesús como la de los apóstoles es el reconocimiento de la revelación de Dios en La Ley, Los Profetas y Los Escritos; si repudiamos el AT entonces destruimos el NT, ya que aquel es su base.

Podemos mencionar brevemente algunos puntos de importancia del AT:

Sin el AT la Biblia está incompleta. El NT nunca fue escrito para desplazar al AT sino para complementarlo y confirmar el cumplimiento de sus anuncios. Sólo conservando la unidad de ambos Testamentos podemos tener la revelación completa de Dios dada a los hombres.

El AT tiene y cumple un propósito preparatorio.

El AT mira hacia adelante, hacia el gran evento que divide los años entre “antes de Cristo” y “después de Cristo”. En toda su historia aparece una continua expectación sobre el Mesías, quien vendría a reinar y a hacer una obra maravillosa y grande para la humanidad. Al comienzo las alusiones mesiánicas son insuficientes, pero poco a poco van apareciendo predicciones específicas, definidas y más abundantes, de modo que al fin del AT ya se ha prefigurado y se ha escrito anticipadamente la historia de Cristo.

El AT es la base del NT. Los autores del NT escribieron con sus mentes y corazones saturados de las verdades y aun de las propias palabras del AT. La comprensión del NT depende en mucho del fondo veterotestamentario.

[P. 14] El AT contiene un mensaje permanente. El AT tiene un mensaje y significado propios; este mensaje no está en oposición ni es diferente del mensaje del NT, aunque está incompleto. El AT es también alimento espiritual para los cristianos.

EL NUEVO TESTAMENTO Y SU IMPORTANCIA

El NT contiene esencialmente la revelación de Dios de su nuevo pacto con el hombre por medio de Jesús. Su contenido es cristocéntrico, elaborado originalmente en paralelo y concordancia con la tradición kerigmática de la iglesia primitiva. Contiene 27 libros escritos por nueve autores diferentes, en el lapso de más o menos 55 años. Puntos de importancia:

El NT completa al AT. El AT es una obra sin concluir que reclama ser completada, ya que sólo registra una parte de la revelación divina. El NT es la sección que completa el mensaje de Dios para el hombre.

El NT es el cumplimiento del AT. Como creyentes cristianos aceptamos que el AT sólo alcanza su sentido pleno y su cumplimiento en el evento salvífico del Nuevo Pacto.

El NT explica al AT. Aquellos textos veterotestamentarios de difícil interpretación son clarificados a la luz de la enseñanza del NT. Este es un principio hermenéutico que nunca debe olvidarse.

El NT es el último mensaje de Dios. Dios ha revelado la parte final de sus planes en el NT, y espera que los hombres sean buenos receptores de este mensaje.

El NT concede autoridad al AT. Todos los escritores del NT reconocieron la autoridad del AT y dieron por cierto que el trato de Dios con los hombres en la historia de la redención es un todo continuo, del cual procedieron ambos Testamentos.

RELACIONES DE PARALELISMO

Se debe notar que existe un notable paralelismo en el arreglo de los libros de ambos Testamentos:

HISTORIA: AT: El Pentateuco y los Libros históricos
NT: Los Evangelios y Los Hechos.

INTERPRETACION: AT: Sabiduría y Poesía.

APLICACION: NT: Las Epístolas.

PROFECIAS: AT: Los Profetas.
NT: El Apocalipsis.

RELACIONES DE CONTINUIDAD

Un nuevo pacto implica un viejo pacto, con el cual está tanto en relación de continuidad como de contraste. El cumplimiento del AT en el NT significa continuidad con el pasado, como también la introducción de algo nuevo. Ni el AT ni el NT son cabalmente comprensibles el uno sin el otro; ambos forman las dos mitades de un todo perfecto. Para comprender esta relación es necesario comprender el plan divino de una revelación progresiva, que comienza en el AT y se [P. 15] desarrolla hasta alcanzar su consumación final y perfecta en Jesús. Los autores del NT escribieron sus obras como continuando y explicando el cumplimiento de los escritos precedentes. Para nosotros, un conocimiento de la revelación de Dios debe comenzar en el AT y continuar en el NT, ya que de una parte a la otra existe una relación cierta y de continuidad.

RELACIONES DE CUMPLIMIENTO

En el siguiente punto general trataremos más este asunto, ya que es el tema central; por ahora queremos adelantar algo.

El NT se considera a sí mismo como el cumplimiento del AT. En primer lugar, se ha cumplido el tiempo señalado por Dios, tal como lo anunció Jesús (Mar. 1:15); el tiempo anterior a Cristo fue de preparación, durante el cual Dios soportó los pecados de los hombres “manifestar su justicia en el tiempo presente” (Rom. 3:26); con Cristo ha llegado la plenitud de los tiempos (Gál. 4:4; Ef. 1:10), anunciado por los profetas. En segundo lugar, la Ley también se ha cumplido, tal como lo enseñó Jesús (Mat. 5:17). La nueva justicia que Jesús trae y exige ya no consiste en las numerosas prescripciones de la ley mosaica, sino que se resume en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo (Mat. 22:40); el hombre ya no es más justificado por los sacrificios particulares sino sólo por medio del sacrificio vicario de Jesús, que significa al mismo tiempo el fin del culto judaico (Heb. 10:14). En tercer lugar, las Escrituras también se han cumplido; la pasión, muerte y resurrección de Jesús acontecen como señal de que se han cumplido las Escrituras (1 Cor. 15:3 ss.). Aquí no sólo se tiene en cuenta las profecías como se puede ver al analizar pasajes como Juan 19:36; 13:18; Mat. 2:15). El plan salvífico que incluye a todos los pueblos del mundo, tal como el AT alcanzó a anunciarlo, también llega a su cumplimiento en Cristo y en su iglesia.

RELACIONES DE DIVERSIDAD

Entre ambos Testamentos hay algunos puntos de diversidad que deben mencionarse; como por ejemplo, que el AT fue escrito en hebreo y unas pocas porciones en arameo (Esd. 4:8–6:18; 7:12–26; Dan. 2:46–7:28; Jer. 10:11), mientras que el NT fue escrito en el griego *koiné* (común). El AT tiene como centro de interés geográfico el país de Israel, los otros países que se mencionan sólo cobran interés en la medida en que se relacionan con Israel; mientras que el Nuevo tiene un enfoque geográfico universal. El AT pone énfasis a la Ley, mientras que el NT a la gracia; el AT enfatiza la promesa, mientras que el NT el cumplimiento. No obstante su diversidad, ambos Testamentos guardan una perfecta unidad.

RELACIONES DE UNIDAD

Aproximadamente 40 escritores contribuyeron a la formación de la Biblia; escribieron en un lapso de 15 siglos, desde Moisés hasta Juan; hombres de todo rango y condición de vida hicieron su contribución; algunos escribieron sin conocer lo que otros habían escrito, mientras que otros escribieron con conocimiento de una escasa porción del resto. Pero la Biblia en su conjunto de variedades de [P. 16] escritores, asuntos, épocas, circunstancias, etc., es una colección admirable por su unidad de tema y propósito, que sólo tiene su explicación en el hecho de que los “los hombres hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21). La Biblia es un libro que encierra una maravillosa unidad, ante la cual cualquier diversidad pierde relevancia. Esta unidad se puede percibir en las siguientes razones:

Por su común autoría. Ambos Testamentos tienen una doble autoría común: ambos fueron obras divino-humanas; es decir, la Biblia es entera y completamente la Palabra de Dios dada por medio de las palabras de los hombres (2 Ped. 1:21). Fue el único y el mismo Dios quien inspiró a los autores humanos para que escribieran; en este sentido podemos decir que una misma mente fue la que produjo en los diferentes autores lo que debían escribir.

Por sus comunes bendiciones. Las bendiciones divinas, espirituales y materiales, en cierto sentido son similares en ambos Testamentos. Es cierto que existe una antítesis entre los dos Testamentos, pero esto es porque el uno enfatiza la ley y el otro la gracia de Dios. Sin embargo, aun en el AT la ley era servidora de la gracia de Dios; no era una regla puramente externa (Jos. 1:8; Sal. 37:31; 40:8). Los hombres del AT recibieron también la salvación por medio de su fe, como la recibieron los del NT, y recibieron también bendiciones espirituales como los del Pacto de Gracia, aunque no las recibieron tan abundantemente, ni exactamente de la misma manera (Heb. 8:6ss.).

El AT enseña que el privilegio de ser del pueblo de Dios no está limitado por el hecho de ser descendientes de Abraham; también son del pueblo los que comparten su fe (1 Rey. 8:41 ss.). Así mismo, las instituciones, ritos, ceremonias no eran sólo formas externas sin significado espiritual; los sacrificios que se ofrecían en el templo y tabernáculo indicaban también el perdón de los pecados (Lev. 17:11), y prefiguraban la misma bendición en la sangre de Cristo para los del Nuevo Pacto; aun los repetidos lavamientos simbolizaban la influencia purificadora del Espíritu Santo. El tabernáculo, en su conjunto, fue una revelación de la manera (santa y pura) de acercarse a Dios; y la tierra de Canaán constituye un símbolo del reposo que queda para el pueblo de Dios. De modo, pues, que las bendiciones eternas de Dios: el perdón de los pecados, la salvación, justificación, santificación, filiación divina, comunión con Dios, etc., son bendiciones que ambos pueblos disfrutaban, aunque debemos recordar que estas bendiciones son completas y perfectas sólo en el Nuevo Testamento, y esto es natural debido a la progresión de los planes de Dios.

Por su complementación doctrinal. Ambos Testamentos son partes esenciales de la revelación de Dios; tienen el mismo propósito esencial; contienen la misma doctrina respecto a Dios, el hombre, el pecado, la salvación, etc.; ambos proclaman al mismo Cristo, e imponen a los creyentes, y hombres en general, normas éticas y espirituales. Las doctrinas desarrolladas en el Nuevo Testamento son también enseñadas en el AT, indudablemente que no en la misma medida. Esto es así porque la revelación de Dios es progresiva y gradualmente aumenta en detalle, amplitud, claridad y concepción espiritual. De modo que podemos decir que existe bien poco en el NT que no tenga su fundamento en el AT.

[P. 17] *Por su complementación histórica.* El AT tiene la función histórica de preanunciar los eventos principales del plan salvífico de Dios: la venida del Mesías, la instauración del reino de Dios, el nuevo pacto, la conversión de los gentiles, el fin de los tiempos, etc.; y el NT se encarga de anunciar que estos eventos ya han tenido su cumplimiento en Jesús.

Por su tema central: La historia de la salvación. La historia universal e israelita registrada en la Biblia encuentra su explicación en la historia de la salvación. En todos los libros de la Biblia se comprueba que es Dios quien la controla y conduce hasta su realización. Esta historia de salvación se inicia con Adán y Eva, continúa desarrollándose en la vocación y vida de Abraham, la liberación de Israel, el establecimiento del estado judío, la historia de Jesús y la subsecuente de la iglesia. Este plan redentor comienza con el hombre y su pecado y termina con el hombre y su redención eterna.

Por su personaje central: Cristo. La unidad de ambos Testamentos alcanza su climax en la persona del Mesías anunciado y esperado en el AT, creído y proclamado en el NT, en la persona de Jesús de Nazaret. Él es el tema y la meta de los dos Testamentos; él es la simiente de la mujer que heriría a la serpiente en la cabeza (Gén. 3:15); él es el descendiente de Abraham en quien serían benditas todas las familias de la tierra (Gén. 12:3; Gál. 3:16); él es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; él es el mediador del nuevo pacto (Jer. 31:31–34; Heb. 8:6–13); él es el siervo sufriente de Jehovah (Isa. 52:13 ss.); él es la raíz que brotará del tronco de Isaí (Isa. 11:1; Apoc. 22:16); él es la persona principal del AT y del NT, y la esperanza del pueblo de Dios (1 Tim. 1:1).

EL CUMPLIMIENTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Tanto Jesús como la iglesia usaron como sus escritos sagrados los libros que conocemos con el nombre de AT. Para la iglesia, los libros del AT expresan un sinnúmero de verdades que interpretadas a la luz de la revelación del Hijo de Dios, ya han encontrado su cumplimiento en él. Veamos:

Jesús afirmó el cumplimiento del Antiguo Testamento

Cuando Jesús comenzó su ministerio en la sinagoga de Nazaret fue invitado a leer el libro del profeta Isaías (Isa. 61:1, 2), y al terminar de leer, dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos” (Luc. 4:17–20). En su predicación, el reino de Dios, hacia el que señalaba todo el AT, es proclamado como presente en su persona, mensaje, obra y vida. Al referirse al Bautista dijo: “Este es aquel de quien está escrito: ‘He aquí yo envío mi mensajero delante de tu rostro, ...’ ” (Mat. 11:10); con esta cita estaba afirmando que los anuncios del AT referentes al precursor del Mesías ya se estaban cumpliendo en su época. Señaló el cumplimiento de la Escritura en cuanto al anuncio de su muerte vicaria, diciendo: “A la verdad, el Hijo del Hombre va, tal como está escrito de él...” (Mat. 26:24); también la Escritura se cumplió en relación con el rechazo del cual fue objeto como Mesías (Mat. 21:42; Mar. 14:48, 49). Enseñó que tanto la ley como los profetas tienen su real cumplimiento en la observancia de la ley del amor a Dios y al prójimo (Mat. 22:34–40). Jesús vio descrito en las Escrituras [P. 18] el papel del que le había de traicionar y anunció su cumplimiento en la persona de uno de sus discípulos (Juan 13:18; Mar. 14:18–21). Sobre la base de Zacarías 13:7 dijo a sus discípulos que al ser arrestado, ellos se escandalizarían y huirían; y esto también se cumplió (Mar. 14:27, 50). Jesús vio llegar su obra a su punto culminante como cumplimiento de la Escritura (Luc. 22:37; Mat. 26:54). Después de su resurrección interpretó las Escrituras en términos de cumplimiento; su pasión, muerte y resurrección son eventos que se cumplieron conforme a las Escrituras (Luc. 24:25–27); él dijo a sus discípulos: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliesen todas estas cosas que están escritas de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (Luc. 24:44 ss.). Aquí Jesús se refiere a todo el AT siguiendo la clasificación judía de la Escritura. Él no vino para abrogar arbitrariamente las Escrituras; él vino para cumplir lo que los profetas, la ley y los salmos habían anunciado respecto al Mesías y su obra salvífica. Así, pues, para Jesús el AT tuvo su cumplimiento en el NT.

La iglesia afirmó el cumplimiento del Antiguo Testamento

También la iglesia tuvo la clara concepción de que las Escrituras del AT ya habían sido cumplidas en Jesús; esta afirmación tiene su base en el uso que los cristianos le dieron a las Escrituras judías en su vida y mi-

nisterio. La iglesia usó el AT como un libro profético referente a Jesús; anunciaban que Jesús es el Mesías sobre la base de las Escrituras (Hech. 8:25–35; 17:1–3, 11). Usaron las Escrituras para demostrar la consumación plena de la revelación de Dios, comenzada en la antigua dispensación y manifestada últimamente en su Hijo; el Antiguo Pacto debía ceder su lugar al NT, como Juan lo hizo con Jesús. También usaron las Escrituras como base exhortatoria debido a su contenido ético; la instrucción moral buscó en las Escrituras reglas de conducta y las interpretó a la luz de las enseñanzas de Jesús; es significativo que las sanciones morales de las epístolas están fundadas a menudo en referencias veterotestamentarias (Rom. 12:19; 1 Cor. 10:1–11; Ef. 6:1–4). En el campo misionero cristiano el AT fue usado como un valioso testigo contra el politeísmo y la inmoralidad pagana. En el mundo pagano los cristianos no tuvieron necesidad de elaborar una cosmogonía ya que ésta se hallaba en el AT, especialmente en Génesis; no obstante, sí tuvieron que elaborar una escatología más desarrollada y completa a la luz de la revelación dada en y por Jesús.

Pablo afirmó el cumplimiento del Antiguo Testamento

Los escritores del NT, en general, estuvieron plenamente convencidos de que las Escrituras judías se habían cumplido en la persona de Jesús. El apóstol Pablo y el autor de la Epístola a los Hebreos destacan en este aspecto. Veamos:

Pablo refutaba los conceptos judaicos de que el AT sea considerado como la única y final revelación de Dios, sin tener en cuenta lo acontecido con Jesús; para Pablo, quedarse sólo con lo revelado por Dios en el AT y no querer mirar la consumación perfecta que se dio en Jesús, es tener el entendimiento embotado (2 Cor. 3:14 ss.). En su predicación, Pablo presenta a Jesús como el Mesías [P. 19] de Israel anunciado en las Escrituras, muerto y sepultado conforme a las Escrituras, resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Cor. 15:3, 4).

En su interpretación de las Escrituras judías, Pablo hizo distinción entre la letra y el espíritu (2 Cor. 3:4 ss.; Rom. 2:29; 7:6). Por letra no entendió el sentido literal tal como se entiende el término hoy, sino el resultado de una lectura que no sale de los límites judaicos; el espíritu, en cambio, es la inteligencia de las Escrituras que fluye en su referencia a Cristo, que sólo es accesible por de y bajo la dirección del Espíritu Santo. En su letra, las Escrituras estaban condicionadas por todos los elementos de la economía preparatoria y pedagógica, a la cual Pablo llama ley (Gál. 3:24), elementos que habían cedido su lugar a los elementos de la economía cumplida en Cristo. Pero, ¿cómo podía Pablo explicar que estos elementos quedaban abolidos en cuanto instituciones conservando al mismo tiempo un sentido valedero para el cristiano? Para responder a esta pregunta, Pablo usa el principio tipológico; para él, las Escrituras judías contienen *tupoi* (“tipos”), los cuales no son solamente ejemplos sino figuras proféticas que desde antaño anunciaban lo que acontecería al final de los tiempos (1 Cor. 10:11). Para Pablo, Dios bosquejó desde el principio el designio que se proponía realizar finalmente en Jesús; conforme a este designio, modeló los hechos, los personajes y las instituciones de la historia israelita, sólo que estos esbozos imperfectos no eran sino la sombra de las cosas venideras (Col. 2:17).

Pablo aplicó significados a la Escritura del AT que a simple vista no parecen tener relación directa con su significado original. Pero tales transposiciones de significado se justifican y se entienden cuando, por la relación existente entre los dos pactos, los textos relacionados al primer pacto sugieren otro significado distinto del original, porque se les analiza a la luz de su cumplimiento en Jesucristo. Por eso Pablo no tiene ningún reparo incluso en alegorizar, como lo hace en Gálatas 4:21–31. Por supuesto que él no niega la historicidad del evento mencionado, pero encuentra que alegóricamente tal evento histórico señalaba su cumplimiento en el futuro.

Debe recordarse que la alegoría en Pablo no es un principio hermenéutico que siempre aplica a las Escrituras, como sí lo es el principio tipológico; para él, la alegoría es sólo un procedimiento práctico puesto al servicio de la exégesis para hacer resaltar el cumplimiento cristiano de un texto judío.

Hebreos afirmó el cumplimiento del Antiguo Testamento

La epístola a los Hebreos es la que en forma más directa trata el tema del Antiguo Pacto que se cumple en el Nuevo Pacto. El autor de esta epístola hace este tratamiento en una forma bastante peculiar, tocando aspectos fundamentales pertenecientes al antiguo pacto; desarrolló una síntesis doctrinal nueva, pero basada en la antigua; profundizó en la revelación dada por Dios en Jesús con la ayuda (cultural) del AT, e introdujo una modificación radical en las nociones de sacrificio y sacerdocio. La gran pregunta que debió resolver este autor fue: ¿Encuentra el antiguo pacto (su sistema ceremonioso, su ley, etc.) su consumación en el nuevo pacto establecido por Jesús? El autor está convencido de que sí tiene su cumplimiento de las Escrituras; sabe que es preciso poder mostrar [P. 20] una cuádruple relación entre el Antiguo Pacto y el Nuevo: continuidad, ruptura, superación y cumplimiento. Si la muerte de Cristo no tuviera ninguna relación con los sacrificios antiguos, no podría verse en ella el cumplimiento de los planes salvíficos de Dios; sería un evento simple y solitario,

que no tendría ningún lugar en la historia de la salvación. Aunque es necesario que el sacrificio sea real y se cumpla, es necesario que sea diferente y superior; si Jesús se hubiera limitado sólo a ofrecer un sacrificio ritual, como los otros sacerdotes, no podría hablarse de cumplimiento, ya que sólo se trataría de la reproducción de un rito ineficaz; Jesús hizo el sacrificio perfecto por los pecados (10:10, 14, 18).

No hay duda de que el autor de esta epístola enseñó el cumplimiento de las Escrituras judías en la persona y obra de Jesús; es este cumplimiento del Antiguo Pacto en el NT lo que debe animar a los cristianos, quienes ahora gracias a la mediación del Sumo Sacerdote Jesús tienen ya un libre y personal acceso a Dios y a su reposo (4:16; 10:19–25), el cual no era factible en el Antiguo Pacto. La larga espera es lo que caracteriza al AT (11:13, 39), pero no al Nuevo Pacto (10:37; 11:40), porque el sacrificio de Cristo ha transformado la situación de los hombres delante de Dios; lo que en otro tiempo era un privilegio anual reservado sólo para el sumo sacerdote (9:7), ahora es una realidad en todo tiempo para todos (4:16; 10:19–22).

El autor de Hebreos distinguió cuidadosamente en el AT el aspecto institucional y el aspecto profético. En cuanto a profecía, el AT conserva su valor, porque testifica en favor de Cristo; pero en cuanto institución, debe ceder su lugar al Nuevo Pacto, porque una vez que se ha construido el edificio definitivo, ya no es necesario permanecer en el provisional. En otras palabras, el autor hace comprender que el AT, como profecía anuncia su propio fin y consumación como institución; esta perspectiva se puede ver sobre todo en la exposición central de la epístola (7:1–10:18), donde se recurre, para tal propósito, al Salmo 110, Jeremías 31:31–34, y al Salmo 40, junto con un análisis de los ritos prescritos por la Ley (Lev. 16).

El cumplimiento de la Escritura, base para la hermenéutica

Lo que Jesús y los primeros discípulos hicieron con el AT es un precedente y base para que los cristianos de hoy podamos hacer en relación con nuestro trabajo exegético de la Biblia. Es necesario tener en cuenta algunos principios de interpretación que se deducen del trato que Jesús y los autores del NT le dieron a las Escrituras judías. Veamos:

Debemos reconocer que la Biblia es su propio intérprete. En el caso de un pasaje del AT, debemos examinarlo e interpretarlo en relación con la revelación de Dios hecha a Israel, tanto antes como después de su propio tiempo, y así el intérprete debe volver al NT para considerar el pasaje desde esta perspectiva. Haciéndolo así, el pasaje del AT puede recibir cierta limitación y corrección, al tiempo que puede revelar, a la luz del NT, un nuevo y más profundo significado, aun quizá desconocido para el escritor original. En el caso de un pasaje del NT, debe ser examinado a la luz de su ubicación y contexto propios, volviendo luego al AT para descubrir el fondo en la revelación anterior de Dios. Volviendo una [P. 21] vez más al NT se puede interpretar el pasaje determinado a la luz de toda la historia de la salvación. De esta forma comprenderemos mejor el pasaje del NT, al profundizar en nuestra comprensión del AT.

Debemos reconocer que el mensaje central de la Biblia es el de la gracia de Dios y su actividad redentora. Todas las otras doctrinas tienen su base y explicación en estos eventos divinos.

Debemos recordar que el centro y la meta de la Biblia es Jesucristo. En ambos testamentos tenemos una perspectiva de él y de su obra redentora.

Al examinar un asunto actual cualquiera debemos comenzar con las enseñanzas del NT. A la luz de la revelación del NT podemos considerar la evidencia del AT también, de modo que podemos tener una perspectiva del problema en la revelación total de Dios. Siguiendo este proceso, no debemos olvidar las diferencias históricas de las distintas partes de las Escrituras; de lo contrario, el reunir diferentes textos puede hacerse de una manera fácil para que la Biblia presente eficazmente un determinado asunto, cuando en realidad no existe.

CONCLUSIÓN

Podemos terminar este artículo diciendo que los planes divinos están revelados primeramente en el AT y convergen en un solo hecho ya realizado perfectamente y registrado finalmente en el NT.

El Mesías salvador, figura central y prominente para la ejecución perfecta de los planes redentores de Dios en favor de la humanidad, está anunciado en todos los libros de la Biblia judía, el AT. La Torah, los profetas y los escritos sagrados de los judíos alcanzaron pleno cumplimiento en la persona y obra de Jesucristo; de ello dan plena constancia no sólo Jesús sino todos los autores de los libros del NT.

Los cristianos debemos recordar que la Biblia ha elaborado un puente entre el anuncio de la obra divina (AT) y su cumplimiento (NT). Esto significa que Dios ha cumplido con su plan redentor en favor de la humanidad. El NT, además, certifica que la economía de Dios ha sido cumplida en esencia y en realidad, y que sólo debemos esperar su consumación plena y final, la cual también está atestiguada y asegurada en el NT. En este

sentido, el NT enseña que ya no se espera el cumplimiento de las promesas y planes del AT, sino la realización plena de las promesas divinas ya cumplidas en y por Jesucristo. Así, pues, los cristianos vivimos ya no en la dispensación de la Ley y la promesa, sino en la de la gracia y el cumplimiento.

[P. 23]

HEBREOS

Exposición

Ricardo Garrett Boyd

Ayudas Prácticas

Marcelino Tapia

[P. 25]

INTRODUCCIÓN

La carta a los Hebreos afirma que Jesucristo y su revelación de Dios son superiores a toda la revelación del AT. Muestra que Jesús es el cumplimiento y el fin del sistema judío de adoración, y exhorta a los lectores a perseverar en Jesús. Aunque el mensaje y propósito de Hebreos queda claro, hay bastante duda en cuanto a otras cuestiones, como la identificación del autor y de sus destinatarios, el género literario del libro y su fecha.

AUTOR

Es claro que el autor de Hebreos escribía a una congregación que lo conocía bien. Pide sus oraciones, definiendo su propio carácter (13:18) y promete visitarlos (13:23). Por lo tanto, no es correcto llamar a Hebreos una carta anónima en el sentido estricto. Sin embargo, el autor no menciona su nombre. En la historia cristiana ha habido muchas sugerencias en cuanto a su identidad: Bernabé, Pablo, Clemente de Roma, Apolos, Lucas, Silvano, Priscila y Aquila, Felipe el evangelista, Pedro y Juan Marcos. De estas sugerencias, las más antiguas son las de Bernabé y Pablo. Tertuliano, en el siglo II d. de J.C., identificó al autor como Bernabé, y da la impresión que ésta era la opinión de otros cristianos también. Desde la segunda mitad del siglo IV las iglesias generalmente consideraban a Hebreos como una carta de Pablo. Esto no se debía a evidencias positivas, sino a la gran prominencia de la que gozaba Pablo y a la ignorancia de la identidad del verdadero autor de Hebreos. En el siglo II las iglesias del occidente no conocían a Hebreos como una carta de Pablo, y en el oriente solamente algunos identificaban a Pablo como el autor.

En realidad, hay muchas razones para pensar que Pablo no fue el autor de Hebreos. Primera, cada una de las trece cartas de Pablo en el NT empieza con el nombre del autor. Hebreos, en cambio, no menciona el nombre de su autor en ninguna parte.

Segunda, Pablo y el autor de Hebreos tienen énfasis doctrinales distintos. Por ejemplo, Pablo enfatiza la resurrección de Cristo como su obra principal, y rara vez menciona su muerte sin mencionar también la resurrección. Hebreos enfatiza más bien la muerte de Jesús, y la resurrección se menciona solamente una vez, no como parte del argumento de la obra sino en el saludo final (13:20). También, Pablo y Hebreos a veces usan los mismos términos con sentidos distintos. Notables ejemplos son los términos **ley** y **fe**. En Pablo, la ley significa los preceptos morales que uno debe seguir. En Hebreos, es más bien el sistema de sacrificios y ritos por el cual el hombre se acerca a Dios. Para Pablo la fe se dirige hacia Cristo y hacia lo que Dios hizo en él en el pasado; requiere que uno no viva por la ley. En Hebreos, el objeto de la fe son las promesas de [P. 26] Dios y la fe es vivir sin ver lo prometido; el énfasis está en lo que Dios hará en el futuro. No se trata de contradicciones entre el pensamiento de Pablo y el de Hebreos, pero son dos puntos de vista distintos y complementarios.

Tercera, el estilo de Hebreos no es el estilo de Pablo. Este escribe en un estilo impetuoso, como si hablara de viva voz. El autor de Hebreos ha pulido sus oraciones con cuidado, y usa mucho más que Pablo la aliteración (palabras que empiezan con la misma letra o sílaba) y la paronomasia (palabras que suenan semejantes). Estas figuras no se preservan en las traducciones, pero aun en ellas se pueden notar el estilo más impetuoso de Pablo y el más literario de Hebreos.

La evidencia más convincente de que Pablo no es el autor de Hebreos es la manera en que éste dice que recibió el evangelio (2:3). Indica que él, como sus lectores, oyó el mensaje no directamente del Señor Jesús, sino por medio de otros que oyeron a Jesucristo y repitieron su mensaje. Pablo, en cambio, insiste en que no oyó el evangelio de ningún hombre, sino por una revelación directa de Jesucristo (Gál. 1:11, 12; 1 Cor. 11:23).

Si el autor de Hebreos no es Pablo, ¿es otro de los que se han sugerido? Es poco probable. La evidencia indica que en el siglo II el conocimiento de su identidad ya se había perdido. Esto no hubiera sucedido si el autor fuera uno de los personajes prominentes que se han sugerido. Podemos concluir que el autor de Hebreos fue un cristiano cuyo nombre no aparece en el NT. Aunque no era un cristiano prominente, fue un pensador hábil y profundo. La conclusión de que el autor de Hebreos no es ninguna de las personalidades que conocemos en el NT tal vez no satisfaga nuestra curiosidad, pero no debe amenazar nuestra fe. Aunque no conocemos al autor humano de Hebreos, sin duda fue inspirado por el Espíritu Santo. En efecto, fue el reconocimiento de la inspiración divina de Hebreos que impulsó a la iglesia en sus primeros siglos a aceptarla en el canon a pesar de ignorar la identidad de su autor. Podemos estudiar esta obra con la plena confianza de que estamos tratando con la Palabra de Dios.

En Hebreos se destaca el conocimiento del AT de parte de su autor. Su obra interpreta y desarrolla varios pasajes del AT sucesivamente. El autor ha meditado profundamente sobre estos pasajes y sobre la revelación escrita de Dios en general. Cita un texto semejante a la Septuaginta (LXX), la traducción griega del AT hebreo, hecha en el siglo III a. de J.C. Cuando hay diferencias entre la LXX y el texto hebreo que conocemos hoy, el autor no muestra conocimiento del hebreo. Por tanto, muchos han concluido que el autor de Hebreos no sabía el idioma hebreo. Esta conclusión es lógica, aunque no podemos descartar la posibilidad de que el autor conociera un texto hebreo del AT semejante al texto de la LXX. El descubrimiento de los rollos de Qumrán ha mostrado que tales textos existían en el primer siglo. Si conocía el hebreo o no, el autor de Hebreos manejaba el griego con destreza, y era capaz de expresar sus pensamientos de manera sutil y aguda. En esta obra encontramos una mente brillante aunque desconocida.

DESTINATARIOS

Si no podemos decir con certidumbre quién escribió Hebreos, tampoco [P. 27] podemos estar seguros de a quiénes se escribió. La carta se conoce como “a los Hebreos” desde fines del siglo II d. de J.C. Este título no es parte original de la carta, sino la opinión de un copista o de los cristianos de aquel período. Sin embargo, el énfasis de Hebreos en el AT y en el sistema religioso de los judíos confirma que sus destinatarios originales eran judíos. Estos enfrentaban problemas y presiones que les tentaban a abandonar a Cristo y regresar al judaísmo, y él escribe para exhortarles y reforzarles.

La atención que da Hebreos a ángeles (1:4–14), a lavamientos (6:2, ver comentario), a Melquisedec (7:1–10) y al nuevo pacto (8:6–13), sugiere que los judíos que recibieron la carta no seguían al judaísmo rabínico, sino a un judaísmo disidente semejante al que se encuentra en los rollos de Qumrán (también llamados los Rollos del Mar Muerto). Estos énfasis, y la manera en que Hebreos los trata, son más características de los escritos de Qumrán que de las tradiciones rabínicas que se han preservado.

Otras evidencias en Hebreos indican que sus primeros lectores formaban una iglesia aparte del grupo principal de cristianos en la ciudad en que vivían. En 13:24, el autor saluda *a todos los santos*. Da la impresión de que hubo más cristianos en la ciudad de sus destinatarios, cristianos que no formaban parte del grupo al cual escribe. Es posible también que la pronta pérdida de la identidad del autor y de los destinatarios se deba a que esta iglesia era un grupo pequeño de cristianos que no tenía la prominencia del grupo principal de su ciudad.

Pero, ¿dónde se encontraba esta iglesia de cristianos judíos? Igual que en la cuestión acerca del autor, los comentaristas han sugerido muchas posibilidades: Jerusalén, Samaria, Cesarea, Antioquía de Siria, Alejandría, Chipre, Colosas o una ciudad vecina, Efeso, Roma, otra ciudad de Italia, España. Una lista tan larga y variada sugiere que nos faltan los datos para saber a qué ciudad se dirigió Hebreos. El saludo de *los de Italia* (13:24) no ayuda en ubicar a la iglesia ni al autor, porque en muchas ciudades del Imperio Romano había judíos que antes radicaban en Italia.

Aunque hay muchos detalles que quisiéramos conocer, podemos entender el mensaje de Hebreos sin saber todas las circunstancias de su autor y de sus destinatarios. Es suficiente entender que los destinatarios eran judíos convertidos a Cristo, que sufrían persecución, y que podrían haber evitado la persecución por regresar a su creencia judía anterior.

PROPÓSITO

Los destinatarios de Hebreos enfrentan una situación crítica. Al aceptar que Jesús es el Mesías, no dejaron su fe y práctica judías. Pero ahora llega el momento de separación entre el cristianismo y el judaísmo, y los destinatarios tienen que decidir si son judíos o cristianos. Están tentados a volver atrás y renunciar a Jesucristo, y así evitar la afrenta que su nombre atrae. Tal vez piensen que si se quedan en su estado actual, sin

aprender más de la fe de Cristo (5:11) o si aun dejan de asistir a las reuniones cristianas (10:25), evitarán las dificultades que vienen.

[P. 28] El autor escribe para advertirles que el volver atrás les traería más peligro que el seguir adelante en el camino de la vida cristiana. Presenta a Jesús como superior a su religión anterior, la del AT. En base a esta superioridad les exhorta a la fiel perseverancia. El valor principal de Hebreos es su exposición de la revelación final de Dios en Cristo en relación con la revelación anterior. Seguramente los amigos o parientes no convertidos de los lectores les decían: “¿Cómo pueden abandonar nuestra religión gloriosa y antigua?” El autor les da la respuesta: Jesús es la revelación final de Dios, de la cual la religión del AT fue solamente una sombra y un anticipo. El respeto a la sombra se muestra en aceptar la realidad, no en aferrarse a la sombra. El autor exhorta a sus lectores a seguir adelante en pos de su Señor y Guía, Jesucristo.

GÉNERO LITERARIO

¿Es correcto llamar a Hebreos una carta? Termina como carta, pero no comienza como carta. La expresión que el autor mismo usa para describir su obra es *palabra de exhortación* (13:22), expresión que se encuentra también en la invitación a Pablo a predicar en la sinagoga de Antioquía (Hech. 13:15). Cuando el autor de Hebreos oyó de las tentaciones que enfrentaba la congregación de los destinatarios, no pudo ir a verlos (13:19). Por tanto, escribió el sermón que quería predicarles y se lo mandó. Hebreos es un sermón escrito, con un apéndice de consejos prácticos y notas personales que componen el cap. 13.

En la sinagoga del primer siglo la costumbre era predicar por medio de la explicación de uno o varios textos bíblicos (del AT, desde luego). Esto es precisamente lo que vemos en Hebreos. Aparte de la cadena de citas en el cap. 1, el autor basa su mensaje sucesivamente en los Salmos 8, 95 y 110, en Jeremías 31 y en el Salmo 40. Cita y alude a muchos otros pasajes como ilustraciones. El autor de Hebreos tenía un conocimiento extenso y profundo de su Biblia, las Escrituras de los judíos, y siguió el modelo del sermón de la sinagoga (y probablemente de la iglesia) en su escrito.

FECHA

Sin saber la identidad del autor ni de los destinatarios de Hebreos no podemos alcanzar certidumbre acerca de la fecha de su composición. La fecha más tarde posible no puede ser después de 96 d. de J.C., porque Clemente de Roma cita la obra en sus cartas alrededor de esta fecha. En cuanto a la fecha más temprana posible, encontramos que sus lectores no conocieron personalmente a Jesús (2:3), y que ya tienen tiempo en la vida cristiana (5:12). Estos datos indican que ha pasado un tiempo considerable después de la resurrección de Jesucristo. Una evidencia clave en fechar Hebreos es que no menciona la destrucción del templo en Jerusalén, que sucedió en 70 d. de J.C. y puso fin a la guerra entre los judíos y los romanos (66–70). En efecto, Hebreos da la impresión que todavía está en pie el templo. Aunque no menciona el templo, sino el tabernáculo, se refiere a los sacrificios en el templo en el tiempo presente, y estos cesaron con la destrucción del mismo. Y en 8:13; 9:8, 9 y 10:2, la destrucción del templo hubiera sido un argumento tan convincente que la única razón [P. 29] que se puede concebir por no usarlo es que no había sucedido. Es razonable pensar que Hebreos fue compuesto en medio de las tensiones antes de o durante la guerra entre los judíos y los romanos, y por tanto antes de la destrucción de Jerusalén.

BOSQUEJO DE HEBREOS

INTRODUCCIÓN: LA ÚLTIMA REVELACIÓN EN JESUCRISTO, 1:1-3

I. JESÚS Y LOS ÁNGELES, 1:4—2:18

1. La superioridad del Hijo sobre los ángeles, 1:4-14
2. El peligro de descuidar su revelación, 2:1-4
3. La humanidad de Jesús, 2:5-18

II. JESÚS Y MOISÉS, 3:1—4:13

1. La superioridad de Jesús sobre Moisés, 3:1-6
2. El peligro de la incredulidad, 3:7-19
3. El reposo de Dios para nosotros, 4:1-13

III. JESÚS Y LOS OTROS SUMOS SACERDOTES, 4:14—7:28

1. Nuestro acceso a la gracia, 4:14-16
2. Los requisitos de un sumo sacerdote, 5:1-10
3. El peligro de la inmadurez, 5:11—6:3
4. La imposibilidad de empezar de nuevo, 6:4-8
5. La necesidad de perseverancia, 6:9-12
6. La firme promesa de Dios, 6:13-20
7. Jesús y Melquisedec, 7:1-28
 - (1) Superioridad sobre Abraham, 7:1-10
 - (2) La insuficiencia del sacerdocio levítico, 7:11-22
 - (3) Jesús, el perfecto sumo sacerdote, 7:23-28

IV. JESÚS Y EL SISTEMA RELIGIOSO DE LOS JUDÍOS, 8:1—10:18

1. Jesús, un sumo sacerdote celestial, 8:1-5
2. El pacto superior, 8:6-13
3. El santuario terrenal, 9:1-5
4. El propósito de los sacrificios judíos, 9:6-10
5. El propósito del sacrificio de Cristo, 9:11-14
6. El sacrificio que ratifica el pacto, 9:15-22
7. **[P. 30]** El sacrificio celestial y suficiente, 9:23-28
8. El recuerdo del pecado en los sacrificios, 10:1-4
9. La voluntad de Dios realizada en el sacrificio, 10:5-10
10. El término de los sacrificios, 10:11-18

V. EL CAMINO NUEVO Y VIVO EN JESUCRISTO, 10:19—12:29

1. Acceso a Dios por Jesucristo, 10:19-25
2. El peligro de despreciar la revelación, 10:26-31
3. La necesidad de perseverancia, 10:32-39
4. Ejemplos de la fe que persevera, 11:1—12:3
 - (1) La naturaleza de la fe, 11:1-3
 - (2) Ejemplos entre la creación y el diluvio, 11:4-7
 - (3) Los patriarcas, 11:8-22

- (4) Ejemplos del éxodo, 11:23-31
- (5) Resumen de otros ejemplos, 11:32-40
- (6) Aplicación personal y el ejemplo supremo, 12:1-3
- 5. La disciplina paternal, 12:4-11
- 6. Exhortación al esfuerzo y a la unidad, 12:12-17
- 7. Los dos montes, 12:18-24
- 8. El peligro de no hacer caso, 12:25-29
- VI. EXHORTACIONES FINALES, 13:1-25
 - 1. El amor cristiano, 13:1-6
 - 2. Sus dirigentes como ejemplos de la fe, 13:7, 8
 - 3. El altar fuera del campamento, 13:9-14
 - 4. Ofrendas y oraciones, 13:15-21
 - 5. Notas personales y saludos, 13:22-25

AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Barclay, William. *Hebreos*. Vol. 13. *El Nuevo Testamento comentado*. Trad. Fernando Luis Rivera. Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1973.
- Bourke, Myles M. “Epístola a los Hebreos”, en *Comentario bíblico “San Jerónimo”*. Tomo IV. Trad. Alfonso de la Fuente Adanez, Jesús Valiente Malla, y Juan José del Moral. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972.
- Bruce, F. F. *La epístola a los Hebreos*. Trad. Marta Márquez de Campanelli y Catharine Feser de Padilla. Grand Rapids, Mich. EE. UU. de A.: Nueva Creación, 1987.
- Calvino, Juan. *La epístola del Apóstol Pablo a los Hebreos*. Trad. Luis Torres y Márquez. México: Publicaciones de la Fuente, 1960.
- Dean, Robert J. *Hebreos: Un llamamiento a la consagración*. Trad. Thomas Law. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1985.
- Gillis, Carroll Owens. *Comentario sobre la epístola a los Hebreos*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1951.
- Nicolau, Miguel. “Carta a los Hebreos”, en *La Sagrada Escritura: Texto y comentario por profesores de la Compañía de Jesús*. Tomo 3. 2da. ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1967.
- Strathmann, Hermann. *La epístola a los Hebreos*. Trad. José María Bernaldez Montalvo. Madrid: Ediciones Fax, 1971.
- Trenchard, Ernesto. *Exposición de la epístola a los Hebreos*. Córdoba, Argentina: “El Amanecer”, 1958.

HEBREOS

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

INTRODUCCIÓN: LA ÚLTIMA REVELACIÓN EN JESUCRISTO, 1:1-3

Sin saludo u otro preliminar, el autor de Hebreos declara la tesis de su obra. Afirma que Jesús, el Hijo de Dios, es la revelación final de Dios, superior a toda revelación anterior. Luego enumera siete hechos acerca del Hijo.

Esencial al pensamiento de Hebreos es el hecho de que *Dios...ha hablado*. A través de los siglos, no ha dejado al hombre ignorante de su naturaleza o de su voluntad. Dios es un Dios que se revela, que quiere que lo conozcamos. Constantemente está hablando, buscando al hombre, dándose a conocer. Porque Dios ha hablado podemos tener una relación personal, y podemos entender la naturaleza de su creación y el propósito de Dios para nosotros y para nuestro mundo.

Joya bíblica

Dios...en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por medio de quien, asimismo, hizo el universo (1:1a, 2).

Pero ahora, ha dado su revelación final. Los primeros dos versículos de Hebreos mencionan cuatro contrastes entre las revelaciones del pasado y la revelación final en Jesucristo. Primero, aquellas eran parciales: *muchas veces* traduce una palabra que significa lit. “en muchas porciones o fragmentos”. La revelación del Hijo, por implicación, es completa. Segundo, aquellas revelaciones se dieron *en otro tiempo* o hace mucho; esta llega *en estos últimos días*, en el momento crítico cuando Dios finaliza la edad, trayendo la bendición escatológica y el juicio. Tercero, aquellas vinieron *de muchas maneras*, pero esta viene por la única manera adecuada a una revelación completa: el *Hijo*. No habrá otra revelación de Dios después, porque la revelación en Jesucristo es la revelación de los *últimos días*, y porque no hay un mensajero superior al *Hijo* que se pueda enviar. El vocablo *profetas* no se debe limitar a los libros que llamamos proféticos en el AT. El autor se refiere a todas las personas que recibieron un mensaje de Dios y lo transmitieron a otros. Según el cap. 3, uno de los principales profetas en este sentido era Moisés, y el cap. 11 menciona a otros que mediaron el mensaje de Dios *en otro tiempo*. Cuarto, aquellas revelaciones eran *muchas*; esta es una. En el pensamiento de Hebreos uno es mejor que muchos porque tiene unidad; una proliferación implica la insuficiencia de miembros de la serie. Estos cuatro contrastes básicos se desarrollarán en toda la carta.

Un ejemplo de la belleza retórica de Hebreos es el hecho de que cinco de las palabras en el gr. de 1:1 empiezan con la letra [P. 34] *pi*. Este fenómeno, llamado aliteración, es común en Hebreos.

Hebreos ataca directamente la tentación de regresar a la religión anterior. Si bien es cierto que Dios ha hablado *a los padres*, el mismo Dios ha hablado ahora a nosotros. ¿Cómo podemos preferir la revelación anterior e inferior a ésta que nos vino por medio del Hijo? Nuestro autor ilumina la superioridad del Hijo con siete características o acciones de él.

1. Dios lo hizo *heredero de todo*. Hay solamente un Hijo, y su control se extiende a todo. No debemos entender *heredero* en el sentido de recibir una herencia cuando muere su dueño. El trasfondo de la expresión es más bien el AT, en el cual el hijo mayor tiene autoridad sobre toda la hacienda del padre. Ya que la hacienda de Dios es toda la creación, el Hijo es Señor de todo. Tal vez el autor quiera que sus lectores recuerden el Salmo 2:8: *Pídemme, y te daré por heredad las naciones, y por posesión tuya los confines de la tierra*. En 1:5 se apoya esta alusión, porque cita el versículo anterior del mismo Salmo (Sal. 2:7).

Verdades prácticas

1:1-3

1. No hubo un momento ni una situación en toda la historia humana en que Dios no haya hablado a los hombres, para presentarles su plan salvífico.

Hoy en día Dios está hablando a los hombres a través de diversos instrumentos (pastores, predicadores y laicos) y métodos (campañas masivas, campañas al aire libre, campañas personales casa por casa, mensajes por radio, mensajes por la televisión, y otros más), pero la gran pregunta es, ¿Cuántos le prestan un momento de atención? Muy pocos. Aun, muchos de los que nos decimos ser cristianos o evangélicos, somos lo que dice la carta de Santiago: sed hacedores de la palabra y no solamente oidores (Stg. 1: 22). Pues, si como personas esperamos que se nos escuche cuando hablamos, ¡cuánto más Dios merece ser escuchado!

2. No hubo un momento, ni una situación en toda la historia humana en que Dios no haya buscado entrar en relaciones personales con los hombres, para presentarles su plan salvífico.

Hoy en día los hombres buscan entrar en relaciones con las personas más equivocadas (interesadas, de mal vivir, espíritus, demonios y otros), pero menos con el Dios de amor, que siempre busca entrar en relaciones personales con los hombres, para darles una vida más abundante, una salvación eterna. Quizá una de las razones por el que no quieren entrar en relaciones personales con Dios es porque Dios exige demandas éticas, exige compromiso con su causa.

3. No hay otra revelación mayor, completa y directa sino a través del Hijo, de Jesucristo. Después de él no puede haber otra revelación. Él es la máxima y final revelación que nos fue dada en los últimos tiempos. Hay religiones y sectas que esperan una revelación mayor de Dios. Otras consideran el Antiguo Testamento. como la revelación mayor, pero, el autor de Hebreos nos dice que Dios se dio a conocer en forma final y completa a través de su Hijo. No debemos esperar otra mayor revelación que la salvación que Dios nos ha dado en su Hijo Jesucristo como prueba de su amor a los hombres.

2. Por medio de él, Dios *hizo el universo*. Dios dispuso de antemano que el fin de la creación es sujetarse al Hijo como su Señor (el *heredero*). Es propio, entonces, que el Hijo sea su agente en la creación. Hebreos dice lit. que por él Dios hizo “las edades”, pero la forma plural de esta palabra adquirió por extensión el sentido que vemos aquí. La idea que el Hijo fue agente de Dios en la creación se encuentra también en Juan 1:3 y Colosenses 1:16. El comentarista F. F. Bruce piensa que los tres autores emplean el lenguaje de un himno o confesión de fe de las primeras décadas de la iglesia.

[P. 35] 3. *Es el resplandor de su gloria*. Aunque la palabra traducida *resplandor* puede significar también “reflejo”, la idea aquí es que el Hijo tiene en sí la misma naturaleza gloriosa del Padre. Si Dios es luz, el Hijo es la misma luz brillando en este mundo. La expresión describe tanto la gloria trascendente que caracteriza al Padre y al Hijo, como el hecho de que en la encarnación esta gloria resplandece en nuestro mundo. Es imposible separar el resplandor de la luz, y es solamente por medio del resplandor que vemos la luz.

4. *Es la expresión exacta de su naturaleza*. Esta afirmación es semejante a la anterior. *Expresión exacta* traduce una palabra que se refiere a la impresión que deja el troquel en una moneda. Hebreos emplea esta palabra para enfatizar la correspondencia exacta entre la naturaleza del Hijo y la del Padre: *El que me ha visto, ha visto al Padre* (Juan 14:9). Esta figura y la anterior declaran, dentro de las limitaciones del lenguaje humano, el misterio de la Trinidad: la unidad y la distinción de las personas divinas.

Semillero homilético

Dios siempre ha buscado entrar en relaciones personales con los hombres

1:1-3

Introducción: En el tiempo de la oleada de los OVNIS, la gente se hacía muchas preguntas. De esas preguntas sin respuestas, queda hasta el día de hoy una: ¿Habría algún registro o evidencia de comunicación con la tierra, por parte de alguna forma de vida inteligente del espacio extraterrestre? ¿Los hombres de ciencia responderían todavía diciendo que no! pero, nosotros tendríamos que responder diciendo que si. ¿Por qué?

Porque el pasaje abordado nos habla de que Dios, un ser extraterrestre, creador del universo, siempre ha buscado entrar en relaciones personales con los hombres. Veamos esta evidencia en la palabra de Dios.

- I. Dios les ha hablado a los hombres que vivían en el pasado (v. 1).
 1. A los hombres del pasado les ha hablado muchas veces.
 - (1) Les habló muchas veces a los antiguos, aunque por medios impersonales, indirectos.
 - a. Porque los profetas, por su limitación humana no reflejaban toda la realidad divina.
 - b. Porque los profetas, por su limitación humana no reflejaban toda la verdad de Dios.
 - (2) Les habló muchas veces a los antiguos, aunque en forma incompleta e imperfecta.
 - a. Porque los profetas por su limitación humana no captaron ni transmitieron todo el mensaje de Dios.
 - b. Porque los profetas transmitieron el mensaje de Dios en términos sólo de promesa y no de cumplimiento.
 2. A los hombres del pasado les ha hablado de muchas maneras.
 - (1) Les habló de muchas maneras por medio de los profetas queriendo que los antiguos no queden ignorantes de su naturaleza o de su voluntad.
 - (2) Les habló de muchas maneras porque los profetas no eran los canales perfectos para toda la verdad de Dios.

- II. Dios nos ha hablado a los hombres que vivimos en estos últimos tiempos (vv. 2, 3).
 1. A los hombres de los últimos tiempos nos ha hablado también muchas veces.
 - (1) Nos ha hablado muchas veces por el medio más directo y personal, su Hijo.
 - a. Ver a Cristo es ver al Padre (Juan 14:9). Así como la im-

presión que reproduce exactamente y en detalle la forma del sello.

- b. El Hijo fue agente en la creación del universo, fue cocreador.
 - c. El Hijo es heredero de toda la creación, el Señor de todo.
 - d. El hijo es sustentador, es decir, el que mantiene y guía todas las cosas hacia su fin establecido.
- (2) Nos ha hablado muchas veces a los hombres de estos últimos tiempos el mensaje completo y perfecto de Dios.
- a. Todo lo que Dios quiso decir a los hombres lo dijo a través de su Hijo.
 - b. Su Hijo es la revelación mayor y final de Dios a los hombres. No habrá otra revelación de Dios después.
 - c. La mayor revelación de Dios a los hombre es la salvación de la humanidad entera. El Hijo efectuó la purificación de nuestros pecados por medio de su sacrificio en la cruz.
 - d. El Hijo es la revelación de los últimos tiempos.
 - e. El Hijo inaugura la era final, la época del cumplimiento de las bendiciones y del juicio prometido por Dios por medio de los profetas.
2. A los hombres de los últimos tiempos nos ha hablado por la única manera adecuada y perfecta, su Hijo.
- (1) El Hijo vino a la tierra completamente Dios y completamente hombre.
 - (2) El Hijo fue el único y directo canal por el que Dios se acercó a los hombres.
 - (3) El Hijo es el resplandor de la luz gloriosa de su Padre, la encarnación del hijo entre los hombres es el resplandor de la luz divina que visita a los hombres, así como el resplandor del sol llega hasta la tierra. En Jesús Dios había entrado en la humanidad, la eternidad había invadido en la historia del hombre trayendo la vida y la salvación.

Conclusión: En todo este mensaje está presente la verdad de que Dios está constantemente preocupado en entrar en relaciones personales con el hombre, para darse a conocer y hacer conocer su plan de salvación. Esta iniciativa divina y esta perseverancia de Dios tienen suficientes motivos para llenarnos de admiración y confusión, pero también de gratitud maravillosa: ¡Oh Jehovah, Señor nuestro...! ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes? (Sal. 8:1a, 4a; Heb. 2:6), al mismo tiempo se despierta en nosotros el sentido de responsabilidad: ¡ese Dios que nos habla y actúa buscando comunicarse con nosotros para ofrecernos una vida más abundante, tiene derecho a nuestra atención, no podemos quedar con los brazos cruzados! Su palabra nos compele a tomar una decisión de aceptar o rechazar el entrar en relaciones con él. No podemos rechazar semejante demostración de amor y perseverancia que muchas veces y de muchas maneras en nuestra vida se ha manifestado y hoy de manera particular. Su amor está a la puerta de tu corazón: déjalo entrar y se alumbrará en tu vida la luz de la vida abundante.

5. *Sustenta todas las cosas*. El Hijo creador también lleva todo a su cumplimiento. La idea de Hebreos es semejante a Colosenses 1:17: *En él todas las cosas subsisten*, pero es más dinámica. *Sustenta* es lit. “conduce”: no sólo mantener en existencia, [P. 36] sino dirigir, guiar y llevar todo hacia la meta del Creador. El Hijo sustenta todo *con la palabra de su poder*. Según Génesis, la creación se efectuó por el simple hablar de Dios. Así también la palabra es el instrumento para sostener y perfeccionar la creación. *De su poder* puede ser un genitivo adjetival (un sustantivo usado como adjetivo). En tal caso, la idea sería “palabra poderosa” o “palabra dinámica”. La palabra de Cristo tiene poder y logra su fin.

6. Hizo *la purificación de nuestros pecados*. El autor pasa de la naturaleza eterna y de la obra cósmica de Jesucristo a su acción terrenal para los hombres. Las descripciones anteriores del Hijo inspiran nuestra adoración y admiración; esta inspira la gratitud personal. Con su muerte en sacrificio Jesús nos limpió de los pecados que hacían imposible que entráramos a la presencia de Dios. La figura de *purificación* anticipa la descripción de la obra de Jesús [P. 37] en Hebreos, como una expiación y como obra de un sacerdote. Las palabras “por sí mismo”, si son originales, aluden al sacrificio personal que fue necesario para que Jesús nos purificara (ver nota de la RVA). Tuvo que ofrecer su propio ser (aun su propio cuerpo) para nuestra purificación.

La inclusión de esta obra de redención, en la misma serie con la descripción de Cristo como el agente de Dios en la creación, indica la unidad básica entre los eventos de la creación y la redención. Es el mismo Creador que nos purifica en la cruz del Calvario. También, el Cristo crucificado es el que *sustenta todas las cosas*. Por tanto, este evento de redención/purificación es el más importante en toda la historia de nuestro mundo.

La preocupación de Dios de hablar a los hombres siempre en toda situación

El pueblo israelita se encontró en una dura opresión bajo el faraón Ramsés II; a causa de dicha opresión el pueblo gimió y clamó ayuda, pero sólo encontró un cruel silencio en la gente y los dioses de Egipto. Pero el Dios de la Biblia, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios que siempre intervino en la historia humana, no pudo quedar indiferente sin decir ni hacer nada ante dicho sufrimiento, inmediatamente bajó para hablar a Moisés y revelarle su plan redentor para su pueblo sufrido. En medio del sufrimiento y la desesperanza bajó para dar las palabras de consuelo y esperanza a su pueblo por medio de su enviado Moisés. (Éxo. 3:7–10).

7. *Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*. La posición *a la diestra* de un monarca oriental era el lugar de sumo honor y poder. *La Majestad* significa Dios. Tales circunlocuciones por el nombre de Dios eran comunes entre los judíos del primer siglo. El asiento *a la diestra* de Dios es el trono del universo. Después de su sacrificio Jesús ha alcanzado la posición de Señor de todos. El lenguaje viene del Salmo 110:1, un versículo que Jesús se aplicó a sí mismo (Mar. 12:36; 14:62).

Joya bíblica

...Y cuando había hecho la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (1:3).

De esta manera, Hebreos define su tema y describe con siete frases sublimes la superioridad de Jesucristo a cualquier otra persona. Servir a tal Señor tiene que ser superior a cualquier otra creencia o religión, aun a la que dio Dios en el AT.

I. JESÚS Y LOS ÁNGELES, 1:4—2:18

1. La superioridad del Hijo sobre los ángeles, 1:4–14

Si Jesucristo eternamente era Hijo de Dios, ¿cómo es posible que *fue hecho...superior a los ángeles* (v. 4)? El autor está pensando en la exaltación de Jesús a la diestra de Dios, después de que *por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles* (2:9). *Superior* traduce una palabra encontrada trece veces en Hebreos. La encontramos cuatro veces traducida *superior* y ocho veces traducida *mejor*; en 7:7 se traduce *mayor*. Indica la

superioridad de Jesús y el orden que él inició, a todo lo que precedía. Jesús es superior a los ángeles porque no se llama mensajero (el sentido de “ángel”), sino Hijo de Dios.

¿Por qué el énfasis en los ángeles? En el primer siglo, los judíos tenían mucho interés en los ángeles. Creían que los ángeles habían traído la ley de Dios a Moisés en el monte Sinaí (aunque el AT no los menciona). También pensaban que los ángeles [P. 38] se encargaban de la administración de las naciones del mundo. Estos son los trasfondos de 2:2 y 2:5, respectivamente. Los documentos de Qumrán han revelado otro posible trasfondo para esta sección de Hebreos. Los sectarios de Qumrán esperaban que, en el día del Señor, habría un mesías real y otro sacerdotal, los dos sujetos al arcángel Miguel. El autor de Hebreos replica que el Cristo o Mesías no está sujeto a ningún ángel.

Semillero homilético

La superioridad de Jesucristo sobre los ángeles

1:4–14; 2:1–18

Introducción: En el primer siglo los judíos tenían mucho interés en los ángeles (ver Exposición).

Debemos reconocer que Jesucristo es superior a los ángeles, pero ¿qué implica reconocer la superioridad de Cristo sobre los ángeles? Según Hebreos 1 y 2 implica dos cosas que a continuación quisiéramos analizarlas junto con las razones que nos da el texto para dichas implicaciones.

- I. Reconocer la superioridad de Cristo sobre los ángeles implica que sólo Cristo merece nuestra adoración (1:1–14).
 1. Merece nuestra adoración porque sólo Cristo es llamado hijo de Dios; en cambio los ángeles no (v. 5).
 2. Merece nuestra adoración porque sólo Cristo es adorado incluso por los ángeles, en cambio los ángeles no son adorados (v. 6).
 3. Merece nuestra adoración porque sólo Cristo es Rey, gobernador, en cambio los ángeles son seres subordinados a su autoridad (vv. 7–9).
 4. Merece nuestra adoración porque sólo Cristo es Creador y, por tanto, eterno; en cambio los ángeles son seres creados (vv. 10–12).
 5. Merece nuestra adoración porque sólo Cristo es el Señor, en cambio los ángeles son siervos sometidos a su señorío (vv. 13–14).
- II. Reconocer la superioridad de Cristo sobre los ángeles implica que sólo Cristo merece nuestra obediencia y fidelidad (2:1–18).
 1. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo puede hacer que no nos apartemos del camino de salvación (v. 1).
 2. Merece respeto y obediencia porque de lo contrario sólo Cristo puede darnos un castigo mayor que el que recibieron los que rechazaron el mensaje anunciado por los ángeles (vv. 2, 3a).
 3. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo nos anunció el mensaje de salvación (vv. 3b, 4).

- (1) Este mensaje fue confirmado por los que lo oyeron con el testimonio de sus vidas cambiadas.
- (2) Este mensaje fue confirmado por Dios a través de milagros y de la presencia permanente de su Espíritu Santo en la iglesia.
4. Merece respeto y obediencia porque sólo a Cristo le está sujeta toda la creación y el reino venidero, que lo ganó con su muerte (vv. 5–9).
5. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo por su muerte y sufrimiento nos ha santificado y nos ha hecho hijos de Dios (vv. 10–13).
6. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo poniéndose en nuestra condición humana derrotó al demonio y nos liberó de su esclavitud (vv. 14, 15).
7. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo asumió nuestra condición humana para ser nuestro mejor abogado fiel y compasivo delante de Dios (vv. 16, 17).
- (1) De esta manera es nuestro único mediador.
- (2) De esta manera es nuestro único intercesor que pide el perdón de Dios por nuestros pecados continuamente por medio de su sacrificio.
8. Merece respeto y obediencia porque sólo Cristo, que enfrentó en nuestra condición humana las pruebas y tentaciones no sólo nos puede entender, sino ayudar en medio de ellas (v. 18).

Conclusión: A la luz de nuestro análisis nos damos cuenta de que sería una terrible equivocación creer, adorar y obedecer otra cosa (ángeles, espíritus, hombres, trabajo, planes y otros) por encima de Cristo. Esto no sólo nos separaría del amor de Dios, del camino de la salvación, sino que nos expondría al terrible castigo de Dios.

A la luz de esto es preciso preguntarnos: ¿A quién estamos adorando y obedeciendo?, ¿en quién está volcada nuestra fe y empeño? Sino es a Cristo, que es el único Señor a quien le debemos adoración y obediencia. Hoy es el momento para que podamos arrepentirnos y volvernos a él. Él merece nuestro respeto y obediencia a sus mandatos y enseñanzas, por cuanto sólo él ha entregado su vida por nosotros.

Un factor que contribuyó al marcado interés en los ángeles entre los judíos del primer siglo fue un concepto exagerado de la trascendencia de Dios. Los judíos sentían que Dios estaba muy lejos de ellos, y por lo tanto fue natural que buscaran mediadores que pudieran cubrir la distancia entre el hombre y Dios. Esta tendencia de buscar mediadores o intercesores delante de Dios se ha manifestado también en otras ocasiones a lo largo de la historia religiosa de la humanidad. Los hombres han construido imágenes en su deseo de traer más cerca al Dios trascendente. Han acudido a héroes del pasado, como los “santos”, que consideran más cerca de Dios. El mismo argumento básico de Hebreos 1 se [P. 39] aplica a todos estos intentos para cubrir la distancia entre Dios y el hombre: Si bien es cierto que nuestro pecado ha aumentado nuestra distancia de Dios, no es menester buscar un mediador que interceda ante Dios. Es que Dios mismo cubrió la distancia cuando mandó a su Hijo a tomar la naturaleza humana. El Hijo nos ofrece un acceso a Dios incomparablemente superior a cualquier medio que el hombre pueda concebir.

En los vv. 5–13, Hebreos presenta siete citas del AT que comprueban la superioridad del Hijo a los ángeles. Estas son las primeras de muchas citas del AT en la epístola. Notemos algunas características de estas ci-

tas. Primera, como se mencionó en la introducción, el autor siempre cita conforme a la Septuaginta (LXX), la traducción griega del AT. Segunda, cita a los Salmos más que cualquier otro libro. De estas primeras siete citas, por ejemplo, cinco son de los Salmos. Tercera, para el autor de Hebreos, las Escrituras son la palabra de Dios. Las cita con las palabras, “Dios dijo”, “dice el Espíritu Santo”, o simplemente, “dice”. Finalmente, interpreta las Escrituras de acuerdo con las reglas de interpretación de su día. Nosotros interpretamos algunos pasajes de otra manera, porque empleamos distintas normas, pero Dios usó al autor de Hebreos y las costumbres de su día para producir esta joya de la literatura cristiana.

En esta sección, la primera y la segunda citas hablan de la relación entre el Padre y el Hijo. La tercera y la cuarta describen el deber y la naturaleza de los ángeles, [P. 40] mientras que la quinta y la sexta ensalzan la eterna majestad del Hijo. La última combina este tema de la majestad con el de su relación con el Padre.

En el v. 5, el autor cita primero el Salmo 2:7. Aunque a los ángeles como un grupo se les llama *hijos de Dios* (Gén. 6:2; Job 1:6), ningún ángel es llamado “hijo de Dios” en singular. Por otro lado, en este Salmo ya reconocido por los judíos como mesiánico, Dios reconoce al Mesías como su Hijo. Se han hecho muchas sugerencias en cuanto a *hoy*, el día de la encarnación, el del bautismo de Jesús, el de su resurrección, el de su ascensión al trono o “el día de la eternidad”. Sin embargo, en esta cita el énfasis del autor está en la identificación del Cristo como Hijo de Dios, y es probable que no pensaba en una fecha específica para la segunda parte de la cita.

La segunda cita es de 2 Samuel 7:14 o 1 Crónicas 17:13, enunciados iguales en la LXX y en el hebreo. El contexto original es la promesa de Dios a David acerca de su hijo Salomón, pero los judíos esperaban un cumplimiento más pleno de la profecía en otro descendiente de David. A ningún ángel hizo Dios una promesa semejante.

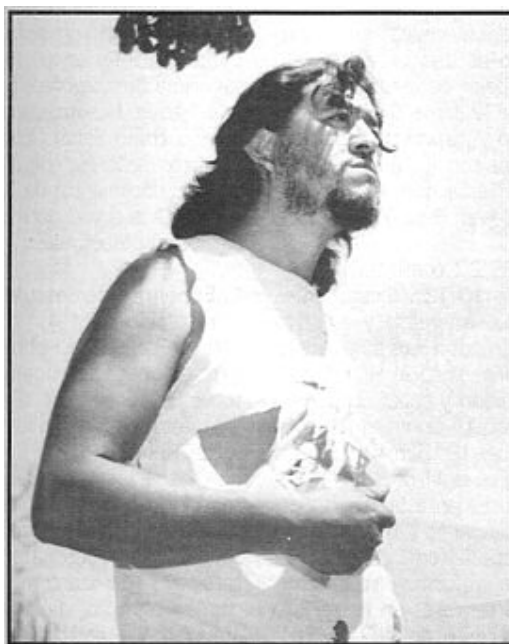
Implicaciones de la superioridad de Cristo

1. Una primera verdad que resulta de este pasaje es que Cristo es superior a los ángeles y, por ende, a todo lo creado. Al igual que los destinatarios del libro de "Hebreos", cuántos católicos tienen a los santos y vírgenes por encima de Cristo (por ignorancia o tradición). Tienen la necesidad de saber que Cristo es el único y suficiente mediador entre Dios y los hombres. Pero, también, cuántos protestantes nominales tienen sus actividades cotidianas, sus planes, sus diversiones y comodidades, por encima de Cristo. Necesitan también saber que Cristo es el único Señor a quien hay que dedicarle como sacrificio nuestras vidas y lo mejor de ellas.

2. Una segunda verdad que resulta de este pasaje es que aceptar la superioridad de Cristo sobre los ángeles y todo lo creado, significa no solamente creer sino demostrar en la práctica de vida lo que creemos a través de acciones concretas de obediencia a sus mandatos y enseñanzas. Pero cuántos nos quedamos solamente en esa primera parte de la simple asimilación mental, recibimos la verdad como un mero dato de conocimiento, conocemos que Cristo es superior a los ángeles y a todo lo creado y lo aceptamos pero sólo en la dimensión de saber.

Introducir al Primogénito en el mundo (v. 6) puede referirse al nacimiento de Jesús, a su exaltación, o a su segunda venida. Es difícil saber a cuál se refería el [P. 41] autor, pero la consideraba una gran victoria del Primogénito. *Primogénito* puede sugerir el que nació primero, pero aquí no significa que hubiera un tiempo en que el Hijo no existía. Más bien, denota su primacía y autoridad sobre el reino de su Padre. También, en el AT el primogénito es especialmente dedicado al Señor (Éxo. 13:2). Esta tercera cita corresponde a una cláusula de Deut. 32:43 en la LXX, aunque no aparece en el texto hebreo que tenemos hoy. Es probable que los traductores utilizaron un texto hebreo que contenía la cláusula.

En Deuteronomio 32:43, y en un pasaje semejante en el Salmo 97:7, la adoración se dirige a Jehovah. Para el autor de Hebreos, el Hijo merece igual honor con el Padre, y lo dicho de Dios se puede aplicar a Jesucristo, porque es Dios igualmente con el Padre.



Envejecerán como un vestido (1:11)

En el v. 7, cita el Salmo 104:4, otra vez de [P. 42] acuerdo con la versión griega. El autor de Hebreos quiere señalar el contraste radical entre esta descripción de los ángeles como meros servidores mudables y aun perecederos, y la del Hijo en las citas que siguen, como rey eterno. Aunque “espíritus” es otro sentido de la palabra traducida *vientos*, el paralelismo con *llama de fuego* hace claro que se trata de elementos de la naturaleza.

El Salmo 45:6, 7, aplicado originalmente a un rey en su coronación, sirve para describir el reino eterno de Jesús (vv. 8, 9). No es servidor, sino rey. Si los ángeles también reinan, como pensaban los judíos del primer siglo, Cristo es superior a ellos y a todos los demás reyes, sus *compañeros*. Y él no es una creación que pueda cambiar o dejar de existir, sino un rey eterno. Aun se le llama *Dios*. La referencia a la *rectitud* y *justicia* de Jesucristo no es un contraste con los ángeles, sino que introduce un tema que será importante en la carta (ver 5:9; 7:2; 12:23; etc.).

El Salmo 102:25–27 confirma la eternidad del Hijo (vv. 10–12). Existió antes de la creación del universo y existirá después de su destrucción. Los ángeles son parte de la creación, pero el Hijo podría descartar esta creación y hacer otra como uno cambia de vestido. Como en el v. 6, también en los vv. 8–12, Hebreos aplica a Jesucristo lo dicho en el AT de Jehovah.

V. 13. La última cita en esta serie es del primer versículo del Salmo 110, un Salmo de importancia especial en Hebreos y en todo el NT. Se cita en forma directa o implícita una docena de veces en Hebreos y otro tanto en el resto del Nuevo Testamento. El autor ya había aludido a este versículo en 1:3, y ahora lo utiliza para resumir la cadena de textos que comprueban la superioridad del Hijo a los ángeles.

La *diestra* de Dios es el lugar de suprema autoridad en el universo. Ningún ángel ha recibido una invitación para sentarse en el trono de los cielos, pero el Hijo está sentado allí por invitación divina. En la antigüedad, un enemigo vencido mostraba su sujeción por postrarse en el suelo y permitir que el vencedor pusiera el pie en su cuello (*estrado de tus pies* es una figura sugerida por esta costumbre). Jesús subió a la diestra de Dios con la esperanza de ver sujetos a todos sus enemigos.

De modo que el Hijo, y no los ángeles, ocupa el lugar supremo de autoridad (v. 14). Estos son *servidores*, un puesto por definición inferior al Hijo (ver v. 7). Su servicio a Dios favorece a los que recibirán *la salvación*: Nosotros, los que profesamos al Hijo como Señor. Los ángeles no son nuestros señores, como se presentan en algunos documentos de Qumrán, sino siervos de Dios que él ha mandado para ayudarnos en poseer nuestra herencia.

2. El peligro de descuidar su revelación, 2:1–4

V. 1. El autor de Hebreos interrumpe su exposición de la superioridad de Jesús sobre los ángeles con la primera de varias amonestaciones a sus lectores. El propósito de Hebreos no es simplemente lograr que los lectores acepten mentalmente la superioridad de Jesús; lo que creemos se debe reflejar en lo que hacemos. Si Jesucristo tiene una naturaleza tan digna, recta, y poderosa como se mostró en el primer capítulo, debemos dar la mayor atención a la palabra de Dios que él nos trae. Los destinatarios de Hebreos estaban en peligro de dejar su profesión cristiana [P. 43] por temor o apatía. Si aceptaban la superioridad de Cristo, lo mostrarían por la perseverancia.

La salvación no es simplemente un “lugar” donde podemos descansar en pasividad, sino un camino en el cual tenemos que caminar. Si no somos diligentes y activos, progresando en el camino de la fe, nos alejamos poco a poco del Hijo y de sus demandas, como un barco que por descuido pasa la seguridad del puerto y se escurre a la destrucción (6:19 describe nuestra esperanza como un ancla). Más son los que se alejan de Jesús por deslizamiento pasivo, que los que por decisión activa renuncian a la fe.

Semillero homilético

Indicaciones en el camino de la salvación

2:1–4

Introducción: Cristóbal Colón no se quedó tranquilo con su descubrimiento de haber encontrado el camino, la ruta a la India, sino que hizo lo imposible para recorrer esa ruta y fue así que se encontró con el Nuevo Mundo. No es suficiente solamente encontrar el camino, sino caminar por ese camino para llegar al lugar deseado.

Jesucristo es el camino de la salvación, eso lo sabemos una mayoría, pero no basta saberlo sino caminar en ese camino, vivir de acuerdo a las reglas de ese camino para encontrar la salvación. De ahí que vale la pena considerar tres indicaciones en el caminar por el camino de la salvación según Hebreos 2:1–4.

- I. Las recomendaciones para el caminar por el camino de la salvación (v. 1a).
 1. La primera recomendación es que debemos ser diligentes en nuestro andar (por el camino de la salvación).
 - (1) Porque no es simplemente un refugio donde podemos estar tranquilos y quietos.
 - (2) Porque es un camino en el cual tenemos que bregar con esmero y entrega.
 2. La segunda recomendación es que debemos observar las reglas del camino de la salvación con mucha seriedad.
 - (1) Porque las reglas son vitales para que permanezcamos en él. (Son mucho más que el vestido, la comida, las comodidades y planes humanos).
 - (2) Porque las reglas no son secundarias. (No se las puede tomar como un juego), de ellas depende nuestra felicidad, nuestra paz, nuestra vida.
- II. Los peligros en el caminar por el camino de la salvación (vv. 1b, 2a).
 1. Uno de los peligros es la negligencia y la pasividad.
 - (1) Porque (la negligencia y la pasividad) traen como consecuencia el alejamiento de Cristo y sus demandas. (Más son

los que se alejan de Jesús por deslizamiento pasivo, que los que por decisión activa renuncian a la fe).

- (2) Porque la negligencia y la pasividad trae como consecuencia el acomodamiento a un estado parasitario.
2. Otro de los peligros en el camino de la salvación es la apatía.
 - (1) Porque la apatía es un estado de fría indiferencia a las exigencias del camino de salvación.
 - (2) Porque la apatía es un estado de dureza, insensibilidad a las demandas del camino de salvación.
- III. Las sanciones en el caminar por el camino de la salvación (vv. 2–4).
 1. La sanción es castigo grande a los infractores y desobedientes a los mandamientos de Dios.
 - (1) Porque los mandamientos que Dios dio a los antepasados por medio de los ángeles, adquirieron carácter de ley, válidos, y quienes desobedecieron fueron castigados justamente.
 - (2) Porque es más importante atender a la palabra suprema y final de Dios, que ofrece salvación por medio de su Hijo, y quienes lo rechacen y lo desobedezcan merecerán un castigo mayor de Dios.
 2. La sanción es castigo grande a los infractores y desobedientes al mensaje de Jesucristo, confirmado por Dios y su iglesia.
 - (1) Porque el mensaje de Jesucristo fue de salvación confirmada por los que creyeron (a través de su proclamación y del testimonio de sus vidas cambiadas).
 - (2) Porque el mensaje de Jesucristo fue de salvación confirmada por Dios a través de milagros y con la presencia permanente de su Espíritu Santo.

Conclusión: A través de este pasaje la palabra de Dios nos exhorta a tomar en serio el camino de la salvación, el camino de fe en el que nos encontramos por la gracia del amor de Dios.

Al mismo tiempo nos invita a examinar nuestra situación en el camino de la fe, si somos diligentes y tomamos el camino de la fe como lo más importante, como la verdadera prioridad de nuestra existencia, estamos progresando bien en ese camino, rumbo a la meta final, la Jerusalén celestial. Pero si seguimos en el camino de la fe con apatía, tomándolo como menos importante que cualquier actividad humana, teniendo más miedo a las pruebas y al rechazo de la gente no creyente, estamos próximos a deslizarnos del camino de la fe al otro camino ancho, que nos llevará a la perdición y, por ende, al castigo eterno de Dios. El propósito de este mensaje es que podamos sacudirnos y reaccionar al amor de Dios que no quiere por nada que nos deslicemos del camino de fe, porque ese camino es la prueba de su amor más inmenso por el hombre, fue abierto con la sangre de su hijo amado. ¡No lo rechazemos!

Hebreos confirma su advertencia con un argumento a *fortiori* (vv. 2, 3a). Este tipo de argumento, frecuente en la epístola, tiene esta forma: “Si A es cierto, con más razón es cierto B”. Aquí el argumento es que,

si la ley dada *por* medio de *los ángeles* fue válida, cuánto más la *salvación* que Jesús ofrece. Ya que Jesús es superior a los ángeles, la palabra que Dios da por medio de él tiene que ser más importante que la que encargó a los ángeles. Si es importante evitar la *retribución* que amenaza [P. 44] al que viola *la palabra dicha por los ángeles*, cuánto más importante es “atender” a la palabra suprema y final de Dios, que ofrece *salvación*.

Para entender este argumento, hay que saber que los judíos del primer siglo creían que Dios mandó la ley a Moisés por medio de ángeles. El libro de Éxodo no menciona ningún ángel como mediador de la ley, pero tal creencia llegó a ser común entre los judíos por un creciente sentido de la trascendencia de Dios. La idea de que los ángeles mediaron la ley de Moisés se refleja en Gálatas 3:19 y Hechos 7:53. Hebreos arguye que Jesús nos ofrece una salvación más grande que la ofrecida en el AT por ángeles, y el que rechaza esta salvación merece una retribución más grande que el que rechaza la del AT.

Vv. 3b, 4. Aparentemente, algunos de los lectores de la carta lamentaban que la ley judía hubiera sido dada por medio de ángeles, mientras ellos habían recibido el evangelio cristiano por medio de meros [P. 45] hombres. El autor corrige este error, afirmando que el primer mensajero que declaró el mensaje cristiano de salvación fue el mismo *Señor*, el Hijo quien es superior a los ángeles. Aunque el autor y los destinatarios de Hebreos no habían escuchado la palabra de labios de Jesús, *los que oyeron* al Señor les confirmaron el mensaje con su proclamación y con el testimonio de vidas cambiadas. Y *Dios* dio su confirmación de la verdad de este mensaje con milagros y con la presencia permanente de su *Espíritu Santo*.

De esta descripción de la recepción del evangelio por los lectores y por el autor de Hebreos, concluimos que ninguno de ellos era de los que anduvieron con Jesús en la tierra (ver la Introducción). Pero en la fundación de su congregación hubo manifestaciones milagrosas del poder y aprobación de Dios. Estas manifestaciones eran *señales* que apuntaban a una verdad espiritual. Eran *maravillas* y produjeron asombro en los que las presenciaron. Eran *hechos poderosos*, muestras del poder de Dios.

No está claro si el autor quería decir, *dones repartidos por el Espíritu Santo* o “repartimientos del Espíritu Santo”. El segundo sentido es más probable. Dios repartió el don de su Espíritu a cada uno de los miembros de la comunidad como él quiso, y dado que él nos conoce tan profundamente y nos ama tanto, su voluntad es mejor que lo que escogeríamos por nosotros mismos.

Sobre el poner por encima a una criatura en lugar del Creador

El inca Pachakutij (reformador), noveno rey del Imperio incaico (¿1225–1285?), fue un gran reformador y teólogo. Según el comentario de los cronistas como: Cristóbal de Molina y el padre Bernabé Cobo, en su "Historia del Nuevo Mundo" (escrita en 1654), el inca Pachakutij:

Llamó la atención al hecho de que el astro solar siempre sigue una trayectoria fija, realiza tareas definidas y tiene un horario rígido como cualquier obrero: en otras palabras si inti, sol, fuera Dios ¿por qué no realiza o hace algo original? El rey Pachakutij reiteraba después: el disco solar puede ser encubierto por cualquier nube. Esto quería decir que si inti era realmente Dios, ninguna cosa creada podría cubrir su luz. Sorpresivamente, Pachakutij tembló al darse cuenta de que había estado adorando a una simple criatura como si fuera el Creador.

Entonces, empezó llamando a un congreso de sacerdotes del sol, equivalente pagano del Concilio de Nicea, para proponer el cambio de adorar al Creador antes que a las cosas creadas, porque sería una incongruencia adorar al mismo tiempo a las cosas creadas como si fueran el creador.

Si Pachakutij, un inca pagano, desprovisto de la iluminación judeo cristiana, se pudo dar cuenta de que era una incongruencia poner una criatura en lugar del Creador, lo imperfecto y lo insuficiente antes que lo perfecto y todo suficiente, nosotros tenemos que darnos cuenta a través de la Palabra del Señor en este pasaje, de que no podemos poner a ninguna cosa creada por encima del Creador, por encima de su hijo Jesucristo.

3. La humanidad de Jesús, 2:5–18

Es justo que esta gran salvación sea proclamada por hombres, porque el plan de Dios es sujetar el nuevo orden de la salvación al hombre, y no a los ángeles (v. 5). Ya vimos que los judíos de los tiempos del NT creían que los ángeles administraban las naciones del mundo. Algunos, como los sectarios de Qumrán, aun esperaban que el Mesías y su reino estarían sujetos a un arcángel. Pero Hebreos afirma que *el mundo venidero*, el reino de Cristo, no será sometido a los ángeles, sino a un hombre (Jesús). Por tanto, el que quiera participar [P. 46] en el mundo venidero no se dirigirá a los ángeles ni confiará en ellos. *El mundo venidero* ya estaba viniendo en el ministerio de Jesús, y empieza a venir a nuestras vidas cuando lo aceptamos como Señor. Pero vendrá en su plenitud cuando regrese Jesús.

Verdades prácticas

1. En el camino de la salvación debemos ser diligentes y tomar con mayor seriedad, como lo vital en nuestra existencia, más que el vestido, la comida y las comodidades. Nuestro Señor Jesucristo fue el ejemplo de la diligencia y de tomar como suma prioridad el camino de fe, él dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” y les desafió a sus discípulos a tomar su ejemplo. También el apóstol Pablo exhortó a las iglesias de su tiempo a hacer la obra del Señor a tiempo y fuera de tiempo, a aprovechar el tiempo a lo máximo para hacer la obra del Señor.

Nuestras iglesias de hoy necesitan conocer esta verdad, pues, los desafíos y necesidades a los cuales se confronta son muchos: la pobreza extrema, la corrupción a todo nivel, la violencia, el materialismo desenfrenado, la idolatría, el satanismo, y otros. Frente a todo esto es urgente que la iglesia de Jesucristo viva y anuncie el mensaje de la buena noticia, de las bendiciones del reino de Dios, el nuevo orden traído por Jesucristo, caracterizado por la justicia, la paz, la felicidad verdadera, la misericordia, la santidad, etc.

2. Los peligros más grandes que pueden hacer que la iglesia y el creyente se deslicen del camino de la fe son: la negligencia y la apatía. El cristianismo evangélico de nuestro tiempo, cada vez más va profesionalizando su fe a una fría asistencia dominical al templo. La misión de Dios y sus exigencias son despachadas a un último plano (si queda tiempo). En cambio la búsqueda de dinero, posiciones terrenas, trabajo, estudio y los placeres merecen el mejor tiempo. De esta manera nuestras iglesias están rayando en el grave peligro de negligencia y pasividad y por ende corren el riesgo de deslizarse del camino de la fe si no reaccionan pronto.

Por otro lado, la fe evangélica cada vez se reduce a un nombre, a una tradición, es puramente nominal, el estilo de vida distinto acorde con los valores del Reino de Dios, que el mundo quiere ver como la única alternativa distinta, brillan por su ausencia.

3. Si dejamos el camino de la fe, habremos cavado nuestra propia tumba, pues el único otro camino que existe es el de la perdición, el camino de la muerte, que nos hará saborear sus frutos amargos (la infelicidad, la falta de paz, los conflictos permanentes, el odio, la violencia y la muerte). Habremos vuelto —como dijo el apóstol Pedro— al pecado, como la puerca que se revuelca en el cieno después de haber sido lavada. Y, mereceremos también el castigo eterno de Dios por haber rechazado su proyecto de vida, de humanización, a cambio de la deshumanización, de la muerte, por tener más dinero, por dar gusto a los apetitos de la carne, etc. (2 Ped. 2:13–21).

En los vv. 6–8, el autor cita el Salmo 8:4–6 para comprobar la autoridad del hombre sobre *todas las cosas*. Introduce la cita de manera notablemente indefinida, lit. “alguien en algún lugar”. La razón de esta vaguedad no fue la ignorancia del autor; toda la obra muestra su conocimiento detallado del AT. Podemos entender

la razón al examinar las demás citas de Hebreos. En ellas el autor de Hebreos dice que habla Dios o el Espíritu Santo. Solamente aquí atribuye una cita a un autor humano, y menciona a este de manera [P. 47] indefinida para recalcar que lo importante no es qué hombre habla o dónde, sino el hecho de que esta es una palabra de Dios.

El Salmo 8 expresa la admiración de su autor ante la posición elevada que Dios ha dado al hombre en su creación. En base a la afirmación de que Dios sometió *todas las cosas* al hombre, el autor de Hebreos arguye que no puede haber una parte de la creación fuera del dominio del hombre (v. 8). La nueva época y aun los ángeles tienen que estar sujetos al hombre. Sin embargo, al observar el mundo en el presente, *no vemos todavía* que el hombre tenga este dominio total. Solamente por la fe que ve las realidades celestiales y las futuras (11:1), podemos ver el principio del cumplimiento de este Salmo en Jesús. Él era superior a los ángeles y fue *hecho por poco tiempo menor que ellos*; ahora está coronado *de gloria y de honra*. Los ángeles no gobernarán sobre los hombres en “el mundo venidero”, sino que estarán sometidos al hombre Jesús, porque Dios *no dejó nada que no esté sometido a él*.



El hombre coronado sobre todas las cosas (2:9)

Para el autor de Hebreos, *poco* se refiere a tiempo y no a dignidad, y el “coronar” es un evento posterior al “hacer menor”, y no simultáneo. Estas interpretaciones, aunque no son las más probables en el contexto original del Salmo 8, permiten al autor recalcar la experiencia de Cristo. Está convencido de que el cumplimiento pleno del Salmo es Cristo. Hebreos también omitió el renglón “y le pusiste sobre las obras de tus manos”, aunque algunos copistas, al [P. 48] comparar Hebreos con el Salmo citado, incluyeron estas palabras en las copias que hacían. Tal vez el autor omitió este renglón para ahorrar unas palabras y porque no hubiera contribuido a su propósito.

Dios ha *coronado* a un hombre como soberano sobre todas las cosas (v. 9). Pero antes de su coronación, este hombre tuvo que padecer la muerte por los pecados de toda la raza humana. *Gustase* es un equivalente poético de “experimentase” (ver Mar. 14:36, Juan 18:11, etc., donde Jesús describió su sufrimiento y muerte como una “copa”). En el v. 9, se usa por primera vez en Hebreos el nombre humano del Hijo, *Jesús*. Enfatiza la identificación de Cristo con los hombres en toda su experiencia, inclusive en la muerte que resulta del pecado del hombre. Pero de la misma manera en que él se identificó con el hombre en su humillación y murió *por todos*, todos los que se identifican con él por la fe pueden participar en la *gloria y honra* con que él está *coronado*. El autor emplea la forma singular en *todos*, que significa “todo hombre”. Así enfatiza que Jesús murió, no sólo por la humanidad en general, sino por cada individuo en particular. En Cristo, todo hombre tiene la oportunidad de superar a los ángeles y así alcanzar el propósito de su Creador. Hebreos afirma que

todo esto sucedió *por la gracia de Dios*. El sacrificio de Jesús y su exaltación fue el plan de Dios para abrir el camino hacia su presencia. El próximo párrafo explica por qué Dios expresó su gracia en esta manera.

Sobre la negligencia y la pasividad

El doctor Luigi Mastrocello en su libro *Las enfermedades del hígado*, señala que la inactividad física, la vida sedentaria es uno de los factores preponderantes que genera un mal funcionamiento a nivel de los órganos vitales, como el hígado y en relación concomitante el bazo, los riñones, el páncreas, y otros. Todo lo cual, a su vez, se traduce en alteraciones locales de la salud, que se agudizan hasta llevar a la misma muerte al enfermo, en caso de que continúe el factor causante de todo esto, la inactividad física, la vida sedentaria, la pereza física.

Del mismo modo, la palabra del Señor nos advierte en este pasaje que la pasividad, la pereza y apatía son los factores que pueden afectarnos en nuestra fe provocándonos incredulidad y, por ende, la muerte espiritual.

Vv. 10–11a. Dios salva a los hombres santificándolos por medio de uno que se identificó con ellos en sus debilidades y sufrimientos humanos. *Por causa de quien...existen* significa que Dios creó todo con el propósito de que le sirviera a él. El pecado impide este plan, pero a Dios no le conviene dejar así la situación. No quiere permitir que se frustre su propósito de un compañerismo estrecho con el hombre. Por tanto, manda a Jesús como *Autor* (o “pionero”) *de la salvación*. Jesús es un pionero en el sentido que pasó por el camino del sufrimiento y llegó *a la gloria* de Dios, y ha abierto este camino para que los que le siguen también lleguen. Llegado a la presencia de Dios, el creyente cumple con el propósito para el cual fue creado el hombre: glorificar a Dios.

Algunos judíos del primer siglo no podían aceptar este camino a Dios porque no entendían cómo el sufrimiento del Salvador podría ser parte del plan divino (1 Cor. 1:23). Más bien, veían el sufrimiento de Jesús como una prueba de que Dios lo rechazó. El autor de Hebreos afirma que los padecimientos de Cristo sirven para perfeccionarlo. *Perfeccionar* no significa que él estuviera en un estado de imperfección [P. 49] o de pecado, y tuviera que llegar a la condición de perfección. Más bien, los padecimientos fueron parte esencial del proceso por el cual Jesucristo fue preparado para su obra de salvación. En 5:7–10 se explica que la obediencia de Jesús a la voluntad de Dios incluía el sufrimiento. Si Jesús no hubiera aceptado el sufrimiento, no habría podido cumplir perfectamente con el plan de Dios para su ministerio. Entonces, los sufrimientos y la muerte de Jesús no son evidencia de la desaprobación de Dios, sino la manifestación más clara de su amor y de su deseo de rescatarnos del pecado.

Jesús sufrió porque el sufrimiento fue parte del plan de Dios. Pero, ¿por qué le convenía a Dios tal plan? El sufrimiento del Salvador fue parte de su identificación con el hombre que sufre por el pecado. El que iba a abrir el camino a Dios tuvo que empezar donde está el hombre. Somos impuros por nuestros pecados, y por tanto no podemos entrar en la presencia del Dios santo. Para llevarnos a Dios, Cristo tuvo que santificarnos o purificarnos del pecado que nos separa de Dios, y para esto tuvo que ser hombre e identificarse plenamente con nosotros, aun en el sufrimiento que se debe a nuestro pecado (v. 11a). *Proviene de uno* puede ser una referencia a un padre que tenemos en común, como Adán. Sin embargo, nunca se menciona a Adán en Hebreos, y es más probable que la idea es que somos de una sola naturaleza, la humana. El Hijo eterno de Dios es ahora hombre, para que los hombres podamos ser *muchos hijos* (v. 10) de Dios.

Vv. 11b–13. El Hijo expresa su identificación con los hombres llamándolos sus *hermanos* (ver Juan 20:17). Como en el primer capítulo, aquí también el autor de Hebreos ilustra esta verdad con citas del AT. Al citar estos pasajes, está pensando en su contexto en el AT, y para entenderlos tenemos que estudiar aquel contexto. La primera cita es del Salmo 22. Los cristianos del primer siglo veían en este Salmo una descripción de la muerte de Jesús, y Jesús mismo citó el Salmo 22:1 en la cruz, evocando así todo el Salmo (Mar. 15:34). El Salmo 22:1 introduce la sección que describe los sufrimientos del justo, y el v. 22, citado en Hebreos, introduce la segunda sección que describe su gozo por la ayuda que Dios da. El justo quiere compartir este gozo con sus *hermanos* en la *congregación* (la misma palabra que describe la iglesia). Hebreos cita este versículo para mostrar que el sufrimiento de Jesús está de acuerdo con el AT, y para ilustrar cómo su sufrimiento beneficia a los que por fe son sus hermanos.

En el v. 13 el autor cita dos versículos consecutivos de Isaías 8. Cuando el pueblo rechazaba el mensaje de Isaías, el profeta dijo que seguiría viviendo en esperanza y confiando en Dios (Isa. 8:17). Jesús también experimentó el rechazo, pero mantuvo su confianza en Dios. Para el autor de Hebreos un aspecto básico de la condición humana es el vivir por la fe. Así como Jesucristo se identificó con nuestra condición de debilidad y sufrimiento, también vivió por fe como nosotros. El que había visto toda la gloria de Dios en el cielo, bajó a este mundo y aceptó la necesidad de vivir [P. 50] en fe, *la constancia de las cosas que se esperan* (11:1).

Joya bíblica

De igual manera él participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio sobre la muerte (éste es el diablo) (2:14).

Hebreos separa Isaías 8:18 de 8:17 con las palabras, *y otra vez*, porque la segunda parte de la cita tiene otra aplicación a la situación de los cristianos. Isaías y sus hijos sirvieron como señales de la verdad divina a una generación que rechazaba el mensaje de Dios. Aun sus nombres señalan la verdad que Dios revelaba. “Isaías” quiere decir “Yahweh es salvación”, y sus hijos se llamaban literalmente “Un remanente volverá” y “El botín se acelera, el saqueo se apresura” (ver notas de la RVA para Isaías 7:3; 8:3). Jesús, como Isaías, mostraba la verdad que condenaba a los incrédulos de su día. Asimismo los cristianos, por su vida de fe, señalan a cada generación la realidad de la exaltación de Cristo, la posibilidad de salvación por fe en él y la necesidad de obedecerle, como Isaías obedeció en los nombres que les puso a sus hijos. Las palabras *yo y los hijos que Dios me dio* también expresan la unión entre Cristo y los cristianos. Aunque es posible entender que Hebreos nos llame hijos de Cristo, el autor probablemente quiere decir que somos hijos de Dios, entregados al Hijo como sus hermanos (ver Juan 17:6).

La afirmación de que Cristo *participó de carne y sangre* (v. 14) nos recuerda que la carne es creación de Dios y por lo tanto, digna de disfrutarse y de usarse en el servicio de Dios. A veces admiramos ciertas prácticas como espirituales, cuando solamente son formas de negar la creación material de Dios. La entrada del mismo Hijo de Dios en esta creación material comprueba el valor positivo de ella. Ser espiritual no es negar el cuerpo, sino usarlo según la voluntad de Dios. Esta voluntad tiene su lado negativo, pero éste no es el propósito final, sino que sirve a los propósitos positivos de Dios.

Los vv. 10–13 describen la identificación del Hijo con los hombres en la encarnación. El v. 14 da el propósito de esta identificación. Jesucristo se hizo semejante a los hombres en su existencia física de *carne y sangre*, a fin de morir como mueren los hombres. Jesús nació para morir. Una paradoja central de la fe cristiana es que la muerte de Jesús no fue su derrota, sino la victoria decisiva sobre *la muerte y el diablo*. Cuando el diablo induce a los hombres a pecar, promueve la muerte y extiende su dominio, pero cuando Jesús sufre la muerte que es castigo de los pecados, destruye al diablo y a su *dominio* de muerte. La resurrección de Jesús comprueba que la aparente victoria del diablo y de la muerte fue en realidad una derrota definitiva.

V. 15. El propósito de la destrucción de la muerte es *librar* a los “hermanos” de Jesús (v. 12) quienes vivían en esclavitud a ella. La muerte es una sombra que oscurece toda la vida. El hombre nunca vive con la plenitud que Dios planeó en el principio, porque desde sus primeros años es esclavo del *temor de la muerte* en vez de [P. 51] gozar la vida. Tantos actos humanos no son actos de vida, sino intentos para escapar del dominio de la muerte. Algunos buscan el olvido en el licor o en una droga; otros persiguen la riqueza como si pudiera darles la vida; otros cultivan la fama o construyen monumentos con la esperanza que éstos les sobrevivan. La existencia sin Cristo es más muerte que vida. Pero la paradoja de que Cristo murió para dar vida, nos libra de la paradoja de vivir en el temor de la muerte. El cristiano tiene que pasar por la experiencia de la muerte física, como todo hombre, pero ya no teme la muerte porque no significa separación de lo que ama, sino entrada a la presencia plena del más amado: Dios. Así el cristiano, como su hermano mayor Jesucristo, puede vivir y morir sin temor.

Los intérpretes de los primeros 16 siglos de la historia cristiana entendían *tomó para sí* (v. 16) en el sentido de la nota a este versículo: como una afirmación de la encarnación. Sabemos que nuestro Señor no asumió la naturaleza espiritual de *los ángeles*, sino la carne y sangre del hombre. La mayoría de los intérpretes modernos (aunque no todos) prefieren la idea “tomó para ayudar”. El verbo puede expresar cualquiera de las dos ideas, pero la segunda cabe mejor en el contexto.

Cristo se convirtió en carne y sangre (v. 14) porque se ocupaba en la salvación de seres de carne y sangre. Fue necesario que fuese hecho semejante a ellos (v. 17) para ayudarles como sumo sacerdote. La encarnación muestra la superioridad del hombre sobre los ángeles en el plan de la redención. Los que reciben la

ayuda de Jesús son la *descendencia de Abraham*. ¿Por qué no dice “descendencia de Adán”? Porque el autor quiere señalar a los que viven por la fe que sostuvo a Abraham, el *padre de todos los creyentes* (Rom. 4:11).

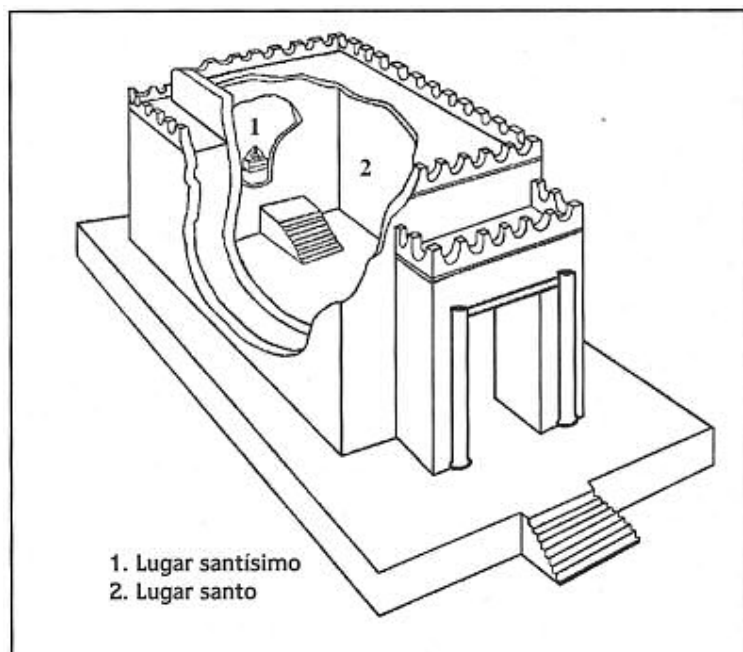
El Hijo de Dios, queriendo ayudar a los hombres, tuvo que ser *hecho semejante* a ellos (v. 17). Solamente compartiendo nuestra naturaleza nos puede representar como *sumo sacerdote* ante Dios. *En todo* aclara que la naturaleza de Jesucristo era humana, y no una semejanza general con el hombre. El título *sumo sacerdote*, que se usa aquí por primera vez, se va a repetir 17 veces en Hebreos y será de mucha importancia para describir la obra de Jesucristo. Hebreos es el único libro del NT que aplica este título a él.

Joya bíblica

Por tanto, era preciso que en todo fuese hecho semejante a sus hermanos, a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en el servicio delante de Dios, para expiar los pecados del pueblo (2:17).

La identificación de Cristo con los hombres era necesaria para que él fuera *misericordioso*. Puede contemplar nuestras debilidades y nuestros fracasos con paciencia, porque él sabe por experiencia lo difícil que es la vida humana. Nuestro sumo sacerdote también es *fiel*. Este adjetivo puede significar que cumple fielmente su servicio en favor de nosotros, o que muestra confianza en Dios. Las dos ideas no son exclusivas, y una de las enseñanzas destacadas de Hebreos es que la fe como confianza siempre se muestra en obediencia a la voluntad de Dios. El cap. 5 habla en más detalle de la fe y obediencia que Jesús aprendió y ejerció. Como sumo sacerdote, Jesucristo nos representa *en el servicio delante de Dios*. Es nuestro abogado en todo trato con el Padre, especialmente el de *expiar los pecados del pueblo*. Nuestros pecados forman una barrera insuperable, que nos separa de la presencia y del servicio de Dios. Este servicio es el propósito de nuestra existencia, pero Dios no nos [P. 52] puede aceptar manchados del pecado, aunque nos ama y desea nuestro compañerismo. Pero Cristo nuestro sacerdote, por el sacrificio de su propia sangre, borra el pecado y así nos hace aceptos al Padre.

El autor usa el lenguaje del Día de Expiación en esta descripción de la obra de Jesús. Por esto llama a Jesús *sumo sacerdote* y no simplemente “sacerdote”. Los sacerdotes continuamente ofrecían sacrificios al Señor, pero en el gran día de Expiación, solamente el sumo sacerdote ofrecía los sacrificios de expiación. Hacía dos sacrificios, el primero por sus propios pecados y el segundo por los del pueblo. Hebreos menciona sólo un sacrificio de Cristo, pues él no tenía pecados propios que expiar.



El lugar santísimo, donde entró el sumo sacerdote para hacer expiación (2:17)

Jesús entiende las pruebas y las tentaciones de la vida humana (v. 18). Él enfrentó las necesidades físicas del hombre, la obligación de obedecer a Dios viéndolo solamente por la fe, la tentación de buscar su propia comodidad en vez de la voluntad del Padre. En toda prueba, toda dificultad, toda tentación, tenemos en Cristo un amigo que ha pasado por el mismo camino y entiende nuestra situación. Él nos ofrece un socorro único, porque es el único que ha enfrentado todas estas situaciones con éxito. Otros han sido tentados como nosotros, pero han cedido a la tentación. Pueden entender nuestra situación, pero a fin de cuentas han fracasado como nosotros. Pero Jesús bebió hasta el fondo la copa de [P. 53] sufrimiento y todavía permaneció fiel. Él conoce nuestros problemas y también tiene las soluciones. Sabe aun mejor que nosotros mismos qué tipo de ayuda necesitamos, y nos ofrece perdón por el pasado y poder para el porvenir.

II. JESÚS Y MOISÉS, 3:1—4:13

Los judíos del primer siglo honraban a los ángeles como mediadores que trajeron la ley de Dios a los hombres. El agente humano de esta ley era Moisés. Es posible que los lectores de Hebreos, como la secta de Qumrán, esperaban el regreso de Moisés como parte del fin que Dios pondría al mundo. Entonces, para comprobar la superioridad del Nuevo Pacto con respecto al Antiguo Pacto, o para corregir la escatología de los lectores, Hebreos pasa de la comparación de Jesús con los ángeles a una comparación entre Jesús y Moisés. Esta lo lleva a otra amonestación a la obediencia y a la fe, basada en la experiencia de Israel en el éxodo.

1. La superioridad de Jesús sobre Moisés, 3:1–6

El autor apela a sus lectores como *hermanos*, miembros de la familia de Dios; y *santos*, apartados del mundo para el servicio del Señor. Tienen parte en el *llamamiento celestial*, el que viene del cielo, que ofrece las bendiciones del cielo y que nos invita a subir al cielo. Los lectores están tentados a dejar su confesión de Jesucristo, pero abandonar la confesión cristiana es regresar al mundo y perder la oportunidad de convivir con Dios en el reposo celestial.

Por su identificación con nuestra condición humana y por la expiación que ha hecho por nuestros pecados Jesús merece la más cuidadosa atención. Él es el *apóstol* o enviado que Dios mandó para traernos su revelación final y completa. También es el *sumo sacerdote* que nos representa ante Dios. Como nuestro representante, ofrece la obediencia perfecta que la revelación de Dios demanda del hombre, y nos santifica con el sacrificio de sí mismo para que entremos en la presencia de Dios. Hebreos exhorta a los lectores a concentrar su atención y su servicio en Jesús, no en los ángeles. La consideración debida nos estimulará a la fidelidad que piden los caps. 3 y 4.

En el v. 2 empieza la comparación entre Jesús y Moisés. En Números 12:7 Dios describe a Moisés como *fiel en toda mi casa*. Hebreos afirma que Jesús también fue *fiel* a Dios, quien lo había nombrado para su obra a favor de *la casa* (o familia) *de Dios*. Algunos intérpretes entienden *constituyó* (lit., “hizo”) en el sentido de la generación eterna del Hijo por el Padre, pero en este contexto el sentido del verbo parece ser “nombró para un oficio”. Así se usa el mismo verbo en otras partes de la Biblia griega (Mar. 3:14; Hech. 2:36; 1 Sam. 12:6). Jesús y Moisés son semejantes en su cumplimiento fiel de la tarea que Dios les asignó.

Vv. 3, 4. Pero en otros aspectos hay contrastes agudos entre ellos. Si bien Jesús no es inferior a Moisés en fidelidad, es *superior* a él en dignidad. Moisés es un miembro de la casa de Dios, pero Jesús es la cabeza. La palabra traducida *construido* se traduce *dispuesto* o *dispuestas* en 9:2, 6 y *preparó* en 11:7. Significa todos los arreglos necesarios para el buen funcionamiento [P. 54] de la casa. Al hablar de Jesús el Mesías como constructor de la casa de Dios, el autor posiblemente esté pensando en 1 Crónicas 17:11 s. y Zacarías 6:12 s. El v. 4 explica cómo Jesús puede ser el amo de la casa de Dios. Jesús como constructor sigue los planes de Dios, de manera que la casa, como toda la creación, es de Dios, y a la vez es la casa del constructor que la ha construido según el plan de Dios.

Semillero homilético

Ten cuidado de no perder la salvación

3:1–4:13

Introducción: Es una proclividad humana el buscar lo fácil, lo cómodo, y abandonar lo que nos resulta difícil por más de que sea mucho más valioso, y siempre podemos encontrarle justificativos a esta actitud. Los lectores de Hebreos están tentados a dejar su confesión de Jesucristo, para volver a la ley de Moisés. Aparentemente, sentían la tentación de dejar su profesión cristiana y regresar a la religión judía. Así podrían evitar las presiones y persecuciones de parte de sus vecinos no cristianos y talvez de sus familias. Estos estaban insistiendo en la superioridad del judaísmo a la fe cristiana. El autor de Hebreos les advierte que esta posición es muy peligrosa, pues de esta manera

están próximos a perder la salvación. Cuántas veces nosotros también nos encontramos en esta posición peligrosa.

¡Debemos tener cuidado de no perder la salvación! Pero, ¿qué significa cuidarnos de no perder la salvación? Veamos en este pasaje lo que significa.

I. Tener cuidado de no perder la salvación significa dar mayor respeto y servicio a Cristo que al hombre, por más fiel que éste haya sido al Señor (3:1–6).

1. Por cuanto sólo Cristo es nuestro Apóstol y Sumo Sacerdote (v. 1).

(1) El enviado que Dios mandó para traernos la revelación final y completa de Dios.

(2) El que nos representa ante Dios y nos santifica con su propio sacrificio.

2. Por cuanto sólo Cristo es el constructor y Señor de la nueva Israel, la iglesia, la obra de Dios (vv. 2–4).

(1) Moisés es sólo un miembro de la casa de Dios por más fiel que haya sido a Dios al igual que Cristo.

(2) Jesús es el constructor que construyó la casa de acuerdo con el plan de Dios, y al mismo tiempo es el dueño y, por ende, más digno que el miembro de la casa, Moisés.

3. Por cuanto sólo Cristo es el Hijo a través del cual Dios hizo su revelación final (vv. 5, 6).

(1) Lo que se había de decir fue dicho en Cristo. Así que el ministerio y la fidelidad de Moisés son un testimonio que apunta a la revelación final que Dios iba a hacer en la vida, enseñanza, y muerte de Jesucristo.

(2) Abandonar a Cristo para volver a la ley de Moisés sería dejar lo superior por lo inferior, la realidad por la sombra.

II. Tener cuidado de no perder la salvación significa dejar la incredulidad (vv. 7–19).

1. Por cuanto la incredulidad trae rebeldía.

(1) El ejemplo negativo, Israel (vv. 7–11).

a. Se amargó contra Dios en medio de las pruebas, exigiéndole pruebas de la fidelidad de Dios en lugar de dar pruebas de su fidelidad al poder y amor de Dios.

b. Su actitud de rebeldía los llevó a no merecer el premio de entrar a la Tierra Prometida, el reposo que Dios les ofreció.

(2) La aplicación del ejemplo a la iglesia (vv. 12–15).

a. La iglesia para escapar de este ejemplo de incredulidad expresado en la rebeldía no debe volver atrás o acomodarse a su etapa actual (v. 12).

b. La iglesia para escapar de este ejemplo de incredulidad expresado en la rebeldía debe realizar el ministerio de animarse unos a otros cada día en nuestras iglesias (v. 13).

c. La iglesia para escapar de este ejemplo de incredulidad expresado en la rebeldía debe mantener hasta el fin la fe con que empezó (vv. 14, 15).

2. Por cuanto la incredulidad trae inconstancia (vv. 16–19).

(1) El ejemplo negativo, Israel (vv. 16–19).

a. Buen comienzo y final malo. Salieron bien de Egipto pero no pudieron entrar en la Tierra Prometida. En otras palabras se negaron a entrar en la Tierra Prometida.

b. Incredulidad en medio del pueblo de Dios y las manifestaciones de su poder. Uno puede ser incrédulo en medio del pueblo de Dios, y aún en medio de sus milagros.

(2) La aplicación del ejemplo a la iglesia (vv. 16–19).

a. La iglesia caería como Israel en la incredulidad expresada en una actitud de inconstancia si abandona la fe cristiana en la mitad de su peregrinaje.

b. La iglesia merecerá el castigo de no alcanzar el premio de Dios, el reposo, no porque Dios se

lo imponga sino como resultado natural de su desobediencia que rechaza la bondad de Dios.

III. Tener cuidado de no perder la salvación significa esforzarse en conseguir la salvación (4:1–13).

1. Por cuanto es necesario creer y obedecer a Dios (vv. 1–2).

(1) Oír el mensaje divino de redención es importante, pero no es suficiente. Es menester añadir al conocimiento la fe.

(2) La fe es importante, pero sólo cuando produce obediencia y perseverancia. La fe y la obediencia son inseparables (3–5).

2. Por cuanto es necesario aprovechar la oportunidad abierta para nosotros (vv. 6, 7).

(1) En este “hoy” enfrentamos la misma decisión que el pueblo de Israel: obedecer a Dios y entrar en su reposo, o endurecer nuestro corazón y sufrir el mismo castigo que la generación del éxodo.

(2) Confiando sólo en Jesucristo el único guía hacia el verdadero reposo, el celestial, el eterno en la presencia de Dios (vv. 8–10).

a. Josué guió a su pueblo a un “reposo” material en Canaán.

b. Jesús está guiando a su iglesia al reposo verdadero y eterno en la presencia de Dios. El verdadero reposo es el Reino de Dios en proceso de llegar a su clímax. El único que puede guiar a este reposo es Jesús, el Hijo de Dios superior a los ángeles, a Moisés, y a Josué.

(3) Constituyendo el hacer la voluntad de Dios como la máxima prioridad de la vida (vv. 11–13).

a. Hacer la voluntad de Dios es el único camino para llegar a la meta celestial.

b. Manifestar una fe sincera. Si alguno es tentado a fingir su fe, la fe fingida no se puede esconder delante de Dios.

c. La Palabra que él nos habla tiene vida y poder para penetrar en toda la existencia del hombre.

d. A Dios no le satisfacen nuestros pretextos; querrá saber si vivimos esforzándonos para alcanzar su reposo, o si vivimos según nuestra propia voluntad.

Conclusión: El camino recorrido hasta aquí nos llevó a concluir tres cosas sobre el cuidarse de no perder la salvación: Primera, no cambiar a Jesucristo por nada; segunda, abandonar la rebeldía a la voluntad de Dios y la inconstancia, que son fruto de incredulidad; y tercera, esforzarse en lograr el gran premio, “el reposo eterno”, la vida eterna.

Si nuestra vida raya en el peligro que nos advierte el pasaje reflexionado, este es el momento propicio para tomar la decisión de cambiar y retomar la fuerza para lograr el premio, que será posible sólo a través de una verdadera dedicación y entrega en hacer la voluntad de Dios, el único camino para llegar a la meta.

Otra posible interpretación del v. 4b es que Jesús, porque creó todo, es divino. Esta es una verdad cristiana que el autor de Hebreos acepta (1:3a), pero el contexto presente habla de la relación de Jesús con la casa de Dios, no de su naturaleza. Cuando Hebreos habla de la participación del Hijo en la creación en 1:2, lo describe como el agente de Dios (*por medio de quien*) y no como el Creador en sentido absoluto. Por estas consideraciones es mejor entender [P. 55] el v. 4b en el sentido expuesto en el párrafo anterior. Esta conclusión no mengua la dignidad que el autor atribuye a Jesús; como Hijo tiene toda la dignidad del Padre que es constructor de todo.

En los vv. 5 y 6 el autor resume la superioridad de Jesús sobre Moisés por medio de tres contrastes: (a) *Moisés fue fiel como siervo*, pero *Cristo... como Hijo*. Ser siervo de Dios es un papel de gran dignidad, pero la dignidad de Hijo es aun mayor. (b) Moisés sirvió *en... la casa de Dios*, mientras Cristo está *sobre su casa*. (c) La ley que Dios dio a Moisés no fue la revelación final de Dios, sino *la sombra de los bienes venideros* (10:1). La realidad viene en Cristo. *Lo que se había de decir* fue dicho en Cristo (1:2).

Los judíos del primer siglo empleaban el pasivo para hablar de la acción de Dios. Decían “se hizo” para expresar la idea de que “Dios lo hizo”. Así que el ministerio y la fidelidad de Moisés es un testimonio que apunta a la revelación final que Dios iba a *decir* en la vida, enseñanza y muerte de Jesucristo. Abandonar a

Cristo para volver a la ley de Moisés sería dejar lo superior por lo inferior, la realidad por la sombra. La verdadera casa de Dios no es Israel, afirma Hebreos, sino nosotros.

[P. 56] Cristo nos ha dado *la confianza* de entrar con denuedo en la presencia de Dios, y una esperanza celestial que engendra un orgullo (*gloriarnos*) sano. Pero la confianza y la esperanza no son actitudes pasivas. El cristiano no debe quedarse apático porque piensa que la salvación es segura y que por tanto no hay necesidad de atenderla. Nuestra confianza es más bien activa; el cristiano genuino confía activa y continuamente en la salvación, y muestra su fe en fiel obediencia. Hebreos no está diciendo que la salvación dependa del esfuerzo del cristiano. Más bien, advierte que si la calidad de la vida de uno contradice su fe, debe examinarse para ver si su fe es genuina. La sección que sigue (3:7–4:13) advierte del peligro de no perseverar. Cita el ejemplo de la generación del éxodo, que salió de Egipto en obediencia a Dios, pero nunca llegó a la meta por su falta de constancia.

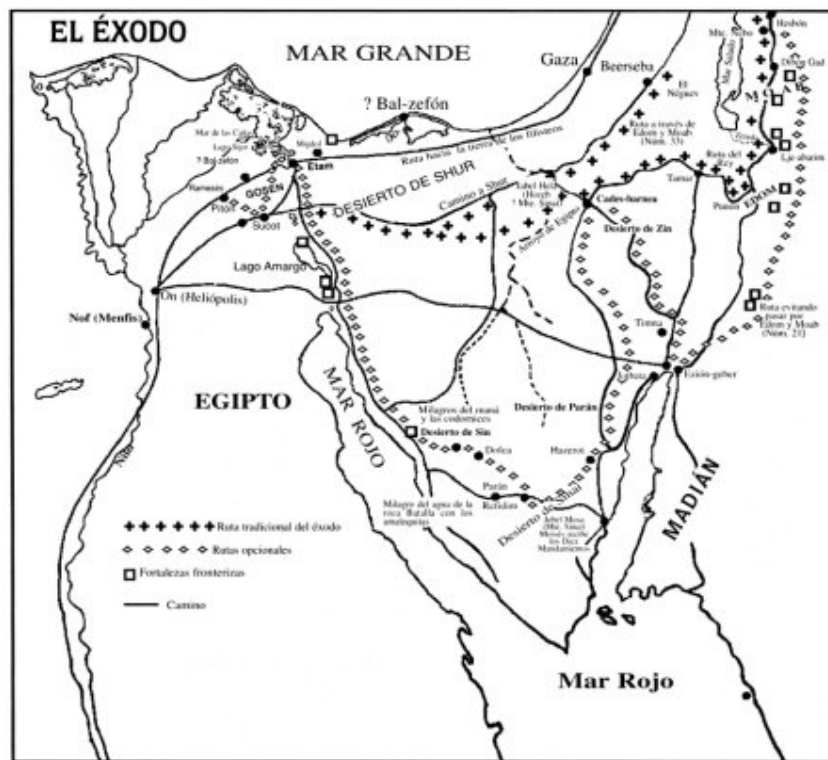
Hay tensión entre la confianza de que pertenecemos a la familia de Dios y la necesidad de perseverar en la vida cristiana. Hebreos, como el resto del NT, afirma la seguridad de la salvación para los que creen (6:9, 10; 7:25; 10:39), pero tal vez sea el libro que más enfatiza la doctrina complementaria de la necesidad de perseverar en la fe. Introduce esta doctrina con la condición que añade al v. 6. Como [P. 57] cristianos, debemos mantener en tensión la confianza en la seguridad de nuestra salvación y la advertencia de que tenemos que perseverar. La perseverancia no es una condición para recibir la gracia de Dios, sino un resultado. Es un elemento de la fe que Dios da, y el que no persevera debe examinar la fe que profesa haber recibido de Dios. Debemos evitar dos peligros: El no tomar en serio la obligación de responder activamente a la gracia en fe y en obediencia, y el depender de nosotros mismos para la salvación.

2. El peligro de la incredulidad, 3:7–19

En los vv. 7–11, el autor de Hebreos cita al Salmo 95 para respaldar su insistencia en la necesidad de “retener la confianza”. Este Salmo describe la desobediencia de la generación del éxodo. Implícito en esta exposición y en el uso de la Escritura en todo Hebreos, está el concepto de la inspiración que tenía el autor: El Espíritu Santo (3:7; 10:15) o Dios (1:5) habla en la Escritura, y habla a la generación actual. Dios habló a los que primero oyeron el mensaje, pero también tiene un mensaje vivo y eficaz para cada generación del pueblo de Dios.

El Salmo 95 es un himno de alabanza al Señor. Hebreos cita su segunda parte, que advierte que el que adora a Dios tiene que obedecerle. El corazón duro, que no se somete a la voluntad de Dios, no ofrece [P. 58] una adoración digna. La generación del éxodo salió de Egipto como pueblo de Dios, pero no llegó a la meta final (el reposo de Dios o la tierra prometida) porque exigía pruebas de la fidelidad de Dios en vez de dar pruebas de su fidelidad a Dios.

En el v. 8, *provocación* y *prueba* son las traducciones que aparecen en la Septuaginta por los nombres hebreos Meriba y Masá. El Salmo toma estos nombres de Exodo 17:7, donde Moisés los da a Refidim por la rebelión de Israel y su tentación de Dios en aquel lugar. La palabra traducida *provocación* es, lit., “el acto de amargarse”. Israel se amargó por las pruebas que enfrentaba en vez de crecer en confianza. Por tanto, se rebeló contra Dios. El salmista advierte que el pueblo de su día está en peligro de endurecerse o rebelarse de la misma manera, y el autor de Hebreos aplica la advertencia también a sus lectores.



Cuarenta años en el desierto (3:9)

La frase *durante cuarenta años* (v. 9) modifica *me enojé* en el Salmo (como en 3:17), pero aquí la asocia con *vieron mis obras*. Es posible que el autor compartiera la creencia de otros judíos del primer siglo, que Dios iba a terminar la época en que Israel era su pueblo escogido con un período de cuarenta años, semejante a los [P. 59] cuarenta años del éxodo con que aquella época empezó. Si este período comenzara con el “éxodo” de Jesús en Jerusalén (aprox. 29 d. de J.C.), ya estaba llegando a su final en los días en que el autor escribía Hebreos (la década de los 60 d. de J.C.). Si el autor pensaba así, su mensaje de perseverancia tenía gran urgencia. Los cristianos del tiempo de Hebreos, igual que la generación del éxodo, habían “visto las obras de Dios” aprox. 40 años. La crisis de la guerra entre los judíos y los ejércitos de Roma, que culminó en la destrucción de Jerusalén en 70 d. de J.C., pondría fin a la etapa de Israel en el plan de Dios y cambiaría radicalmente la relación entre los judíos cristianos y sus hermanos carnales. En tiempos de cambio es más difícil mantener firme la fe en Dios, pero también es más importante.

En el v. 10, se dice lit. “esta generación”. *Aquella generación* es la frase que se encuentra en el Salmo 95:10 (LXX), pero Hebreos cambia el pronombre demostrativo. Este cambio puede ser inconsciente, pero si es consciente sirve para enfatizar la aplicación de la cita a la generación a la que se dirige Hebreos. Los hebreos del éxodo habían visto las obras de Dios sin “conocer sus caminos”. El autor apela a los “hebreos” que leerán su carta, para que ellos aprendan por sus experiencias del poder de Dios.

En el v. 11 el salmista vincula otra experiencia del éxodo con la de Meriba. Fue en Cades-barnea, al regreso de los espías, que Dios juró que no entrarían en su reposo (Núm. 14:21–23). El concepto del *reposo* es clave en el pensamiento de Hebreos. En el contexto de Números y del Salmo 95 se refiere a la Tierra Prometida, donde Israel descansaría de sus tribulaciones en Egipto y de su viaje por el desierto. Pero después el reposo llegó a ser un símbolo del premio final que Dios ofrece a los que le sirven. De la misma manera en que Dios descansó de su creación al séptimo día, gozando de los frutos de su obra, él ofrece a sus siervos el reposo eterno en armonía y en comunión con él. Para alcanzarlo tenemos que confiar, obedecer y perseverar.

Cristo es superior

1. Cristo merece mayor honra, servicio y entrega que Moisés, que otro hombre o cosa. Al igual que los lectores del libro de Hebreos, cuántos creyentes en Jesucristo están en el grave peligro de poner a Jesucristo por debajo de alguna persona, de actividades cotidianas, planes, diversiones y comodidades, cre-

yendo falsamente encontrar mayor felicidad, mayor vida, ya sea porque les atraen más las cosas del mundo, o por que les toca atravesar pruebas difíciles de su fe en Jesucristo. Necesitan recordar que Cristo es el único que puede ofrecer verdadera vida, verdadera salvación y que por tanto merece dedicación y sacrificio de la vida.

2. La incredulidad es el mayor peligro que nos puede apartar del camino que nos conduce a la salvación eterna. Una incredulidad expresada en la desobediencia y la inconstancia a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. Cuántos como los lectores de Hebreos somos incrédulos aún estando dentro de la iglesia y experimentando el poder de Dios y su amor en nuestras vidas.

Vivimos una fe nominal, una fe que se reduce al saber y al conocer de Dios y su palabra, una fe que siempre escucha, pero no vive de acuerdo con lo que escucha de la Palabra de Dios, sin darnos cuenta de que esta fe raya en la incredulidad. Cuántos creemos que tenemos una fe poderosa y verdadera porque expresamos prácticas de hablar lenguas, sanidades, liberaciones, etc, pero no vivimos de acuerdo a los mandamientos de Dios en nuestro estilo de vida cotidiana, sin darnos cuenta de que esta fe también peca de incredulidad. Pero mucho más aún, cuantas veces le reclamamos a Dios fidelidad en medio de las pruebas duras, pero no somos fieles en creer que él nos ama y que no permitirá que nada malo nos suceda.

3. Dios nos ama y no quiere que ninguno quede fuera del reposo eterno, la salvación eterna; por eso, nos anima, nos desafía a lograrlo. Pero, la única manera de lograrlo es a través de un verdadero esfuerzo de entrega y sinceridad a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. No podemos engañarle con nuestros pretextos, nuestras vidas están desnudas delante de su presencia, querrá saber si vivimos esforzándonos para alcanzar su reposo, o si vivimos según nuestra propia voluntad.

En los vv. 12–15 el autor empieza a aplicar el Salmo 95, dicho por el Espíritu Santo, a la situación de sus lectores. Algunos de ellos estaban en peligro de apartarse de Dios. Aparentemente sentían la tentación de dejar su profesión cristiana y regresar a la religión judía. Así podrían evitar las presiones y persecuciones de parte de sus vecinos no cristianos y tal vez de sus familias. Estos estaban insistiendo en la superioridad del judaísmo a la fe cristiana. Hebreos dice que este regreso mostraría *un corazón malo*. La maldad consiste en *incredulidad*. La frase que sigue aclara que la incredulidad no es el rechazo de ciertas creencias, sino el apartarse *del Dios vivo*. La fe, entonces, no es solamente creer que Dios existe o que la Biblia es verdad; es una relación dinámica de acercamiento al Dios vivo. Dios vive y sigue adelante; el que vuelve atrás se [P. 60] rebela contra la única fuente de vida y está en el camino hacia la muerte y la condenación. La iglesia tiene la responsabilidad de vigilar que *no haya en ninguno* de sus miembros la rebelión que trae tales consecuencias.

Joya bíblica

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad que se aparte del Dios vivo; más bien exhortaos los unos a los otros cada día, mientras aún se dice: “Hoy”; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado (3:12, 13).

El cristiano enfrenta constantemente la tentación de volver atrás, o de acomodarse a su etapa actual en el peregrinaje cristiano y no proseguir. El autor advierte que esta acomodación es endurecerse *por el engaño del pecado*. La fuerza para resistir viene de exhortarse *los unos a los otros cada día*. La exhortación no es solamente llamar la atención a uno que yerra; incluye todo el compañerismo cristiano que refuerza a un her-

mano. Es alarmante el número de personas que se apartan de nuestras iglesias después de unos meses o aun años de participación activa. El pecado les engaña con promesas falsas de contentamiento o de resoluciones fáciles a sus problemas, pero pronto se endurecen y se hacen ciegos a su condición y sordos al llamamiento de Dios. Hace falta el ministerio de animarnos unos a otros cada día en nuestras iglesias. Un amigo cristiano que acompaña y estimula puede contrarrestar la tendencia al enfriamiento. Todos sentimos a veces la tentación de dejar la disciplina o la responsabilidad y regresar a una etapa anterior en la vida cristiana, menos exigente. Debemos reconocer el peligro serio de volver atrás en el camino del Señor, y aprovechar cada día de nuestra vida, o del tiempo que resta hasta que venga el Señor, para proseguir a la meta y para ayudar a otros a hacer lo mismo.

El v. 14 expresa la confianza del cristiano y también su responsabilidad. Podemos proseguir hacia la meta con confianza, *porque hemos llegado a ser participantes de Cristo*, recibiendo vida y bendición de él. Pero un buen *principio* no es toda la vida cristiana. Hay que mantener la fe con que empezamos, teniendo *confianza* en Dios *hasta el fin* del camino. La verdadera vida cristiana tiene un fin semejante a su principio. El cristiano espurio no termina bien porque en realidad nunca empezó. Este versículo es semejante al v. 6, que expresa la misma confianza y la misma condición.

[P. 61] Algunas versiones conectan el v. 15 con lo que sigue, como una introducción al argumento de los vv. 16–19. Si es más bien la conclusión a la sección anterior, enfatiza la urgencia de ser fiel y de estimular a los hermanos que flaquean, mientras dura la oferta de la gracia. Pronto vendrá el día del juicio; el *hoy* en que vivimos es una oportunidad para confiar en Dios y obedecerle. No endurezcamos el corazón en rebelión contra él.

La generación del éxodo es un ejemplo de un buen comienzo que no fue suficiente (vv. 16–19). Los que se rebelaron contra Dios y no llegaron a la meta fueron precisamente los que Dios había salvado de Egipto. Vieron sus milagros y disfrutaron de su favor, pero por una actitud de rebelión terminaron mal. Su conducta posterior no fue consecuente con su comienzo.

La Vulgata (versión latina de Jerónimo) traduce el v. 16 como una declaración: “Los que...le provocaron no fueron todos los que salieron...” El sentido de esta traducción es que hubo excepciones (Josué y Caleb) a la rebelión de Israel. Pero las versiones y comentarios modernos son unánimes en tomar éstas como las primeras en una serie de preguntas. Con estas preguntas el autor invita a sus lectores a evaluar la conducta de Israel, y después su propia conducta.

Los israelitas habían *oído* la voz de Dios y habían visto sus obras poderosas en el rescate desde Egipto. Los que han experimentado tantas bendiciones deben ser los últimos en rebelarse contra este Dios poderoso y misericordioso. Sin embargo, la historia del éxodo es una serie de actos de rebelión. Fueron tantos sus pecados, que Dios *se disgustó* con ellos y murieron *en el desierto*, como Dios había prometido en Números 14:29, 32. Fue precisamente porque *no obedecieron* que Dios juró que no llegarían a la meta de entrar *en su reposo*. La raíz de la desobediencia es la *incredulidad*: No confiar en las promesas y los consejos de Dios. El problema de fondo fue su falta de fe.

Estos versículos muestran la relación estrecha entre la incredulidad, la desobediencia, el pecado y el castigo. La obediencia no es un segundo requisito para acercarse a Dios, después de la fe, sino la expresión de la fe en acción. El pecado no es faltar a ciertas reglas abstractas, sino desobedecer a un Dios vivo. Es rechazar la relación con él. El castigo no es una imposición de Dios, sino el resultado natural de la desobediencia que rechaza su bondad. La generación del éxodo no entró en la Tierra Prometida porque se negó a entrar. Hoy, el que no confía en Dios no puede entrar en el reposo que Dios ofrece, porque la paz del reposo resulta solamente de la confianza en Dios. El que no encuentra su paz en Dios está condenado a la inquietud. El autor de Hebreos concluye que *no pudieron entrar* en el reposo *debido a su incredulidad*. No fueron personas que creyeron pero perdieron su salvación por desobediencia, sino personas cuyas acciones mostraron que nunca tuvieron la fe. Por su falta de fe nunca encontraron la paz y el reposo que Dios ofrece a los que confían en él.

La lección de este ejemplo para los lectores de Hebreos en el primer siglo y en nuestros días es que ciertas experiencias de la provisión maravillosa de Dios no son garantía de la relación correcta con él. Uno puede ser un incrédulo en medio del pueblo de Dios, y aun en medio de sus milagros. No debemos envanecernos en base a los favores o milagros de Dios, y así relajar nuestro esfuerzo para acercarnos a él. Más bien, sigamos ejerciendo la fe que Dios pide, en todo momento de nuestra relación con él. No caigamos en el error de los que participaron en el éxodo: Se pusieron a juzgar a Dios y a exigirle más milagros, en lugar de confiar en que él siempre provee lo mejor y obedecerle hasta el fin.

3. El reposo de Dios para nosotros, 4:1–13

En 3:7–19, el autor de Hebreos citó el Salmo 95 y explicó su enseñanza acerca de la generación del éxodo. Ahora aplica esta enseñanza a sus lectores. Ellos habían oído las buenas nuevas de redención, como también las oyeron los israelitas. De manera semejante a la generación del éxodo, los lectores emprendieron un camino con el Señor, un éxodo de las cosas terrenales al reposo celestial que les espera. Entonces los lectores de Hebreos, tanto en el primer siglo como hoy, debemos cuidar de no caer en la misma infidelidad y desobediencia que desvió a Israel.

En la advertencia del Salmo 95 (3:7–11), hay una *promesa* implícita (v. 1). El *reposo* verdadero que Dios ofrece no es la tierra de Canaán sino una patria espiritual. Entonces todavía hay posibilidad de entrar en el reposo de Dios. Hebreos exhorta a sus lectores a “temer” el quedarse fuera por incredulidad. Implica que los lectores estaban cayendo en la indiferencia y la apatía, actitudes peligrosas para los cristianos. El autor no quiere inculcar un temor que paralice, que sería igualmente insano. Más bien, aconseja la importancia de una fe activa y obediente. No llegamos a la meta, el *reposo* de Dios, sin esfuerzo. Pero el esfuerzo que vale es un esfuerzo de fe. Son igualmente inválidos un esfuerzo propio sin dependencia en el Señor y una seguridad apática que confía sin obedecer.

El autor de Hebreos concibe la vida cristiana como un peregrinaje. Tenemos que seguir adelante. Pero este peregrinaje no es individual. Hay que temer el que *alguno de vosotros* (v. 1) se quede atrás. Cada miembro de la familia cristiana es responsable por alentar a sus hermanos a seguir adelante.

Sobre el esforzarse hasta conseguir el premio

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos lo que aman su venida. Este es un pasaje de la Biblia que tiene frases vívidas y triunfantes. Las expresó el apóstol Pablo, un león de la fe, que en buen o mal tiempo, en libertad o en la cárcel, en abundancia o en escasez, en todos los peligros en la tierra y el mar, y ahora ante la misma muerte, nunca había perdido su perfecta confianza y fe en Jesucristo. Dentro de su corazón había una esperanza que nunca vacilaba, que la tuvo toda su vida y con la cual, finalmente, enfrentó la muerte. Es esta fe a la cual nos desafía este pasaje de Hebreos, una fe inquebrantable que se abre paso y se levanta a través de las peores pruebas de la vida hasta llegar a la meta final, para recibir el premio que Dios dará a todos los vencedores.

La apatía contra la cual Hebreos nos advierte se basa a veces en fidelidad a los cultos de la iglesia. Asistimos a los cultos y nos gozamos con el calor del compañerismo cristiano, pero, ¿vivimos de manera distinta como resultado? A veces multiplicamos los cultos para escapar del mundo o para mostrar nuestra espiritualidad. Debemos evaluar la calidad de vida que vivimos fuera de los cultos y no el tiempo que pasamos en ellos. Hebreos aclara que no es el *oír* el evangelio lo que salva, sino el recibirlo *por fe* (v. 2). La nota de la RVA al v. 2 refleja la variedad de expresión que se encuentra en los manuscritos antiguos de Hebreos en cuanto a este versículo. Algunos indican que son los oidores que *no se identificaron*, “se acompañaron” o lit. “se mezclaron”. Otros manuscritos indican que es el mensaje que no se mezcló con fe. Aunque no podemos estar seguros del texto original exacto, la idea es clara. Oír el mensaje divino de redención es importante, pero no suficiente. Es menester añadir al conocimiento la fe que produce obediencia y perseverancia. Como en 3:18, 19, el autor enseña que la fe y la obediencia son inseparables.



El reposo de los seis días de creación (4:4)

Vv. 3–5. Si los que oyen sin fe no entran en el reposo de Dios (3:19; 4:2), entonces [P. 63] los que entran son los que oyen **con** fe. El autor tiene confianza para incluirse con sus lectores en este grupo. En los versículos anteriores el autor empleó advertencias acerca de la necesidad de la fe, y de las grandes consecuencias de no tenerla, para estimular a sus lectores a perseverar en el camino cristiano. En estos versículos estimula con una enseñanza más positiva. Cita dos pasajes de la Escritura para comprobar la existencia del reposo de Dios y la posibilidad de entrar en él. Dos veces cita el Salmo 95:11, parte del texto que está tratando en toda esta sección de su obra. Cuando Dios jura que los israelitas del éxodo no entrarán en su reposo, no habla de un reposo que quede todavía en proyecto. El reposo de Dios existe desde la terminación de la creación, cuando se dice que Dios reposó de sus obras (Gén. 2:2). Los intérpretes de aquel día veían importante que para el séptimo día no se menciona una tarde o puesta del sol (como en Gén. 1:31 y en todos los días anteriores). Concluyeron que el reposo de Dios no ha cesado y todavía continúa. Este es el [P. 64] reposo que Dios ofrece a los que creen. En la Septuaginta, como en Hebreos, las palabras traducidas *repositó* (Gén. 2:2) y *reposito* (Sal. 95:11) tienen la misma raíz, aunque las palabras hebreas son distintas en los dos pasajes.

Joya bíblica

Tomemos, pues, mientras permanezca aún la promesa de entrar en su reposo, no sea que alguno de vosotros parezca quedarse atrás (4:1).

De modo que Génesis 2:2 comprueba que el reposo de Dios es una realidad, y el Salmo 95:11 comprueba que Dios no ha cerrado la entrada a este reposo. Cuando juró a los israelitas en el tiempo del éxodo que no entrarían, mostró que todavía quedaba la posibilidad de entrar. Y cuando exhortó a una generación posterior, la del salmista, a no seguir aquel ejemplo y sufrir las mismas consecuencias, mostró que la posibilidad queda durante todo el “hoy” en que Dios ofrece su gracia. La tercera repetición del Salmo 95:11 en el v. 5 enfatiza que el reposo que Dios nos ofrece, si le seguimos con fe obediente, es el mismo que él disfruta. Por tanto, no es estar inactivo sino disfrutar de los frutos de su creación perfecta, y de nuestras obras de fe.

El v. 6 resume el argumento de los primeros cinco versículos del capítulo. Dios preparó el reposo como parte de su creación, con el propósito de compartirlo con los hombres. Escogió a los israelitas para entrar en él y les anunció las buenas nuevas de esta oportunidad (lit., “les evangelizó”). Pero ellos desobedecieron. Por tanto, no pudieron entrar, porque el reposo es una relación de fe y obediencia hacia Dios. La entrada todavía queda abierta, porque la promesa de Dios no puede quedar sin cumplirse. El Salmo 95 lo comprueba, porque en él Dios habla de otro día, *hoy*, que Dios ha determinado en su soberanía y gracia. En este “hoy” el pueblo enfrenta la misma decisión: Obedecer a Dios y entrar en su reposo, o endurecer su corazón y sufrir el mismo castigo que la generación del éxodo.

El autor de Hebreos dice que Dios habló así *por medio de*, o literalmente “en”, *David* (v. 7). El Salmo 95 no tiene introducción en el texto hebreo que se ha preservado hasta el presente, pero en la Septuaginta aparece una que le atribuye este salmo a David. Es posible que el autor se refiera a esta introducción, o que hable generalmente del Salterio como el “libro de David”.

Vv. 8–10. Del uso de “reposo” en la historia del éxodo uno podría entender que el reposo es la Tierra Prometida, o la terminación de las guerras contra los enemigos en esta región (Jos. 23:1). Sin embargo, el Salmo 95 no se puede referir a tales conceptos materiales, porque fue compuesto **después**, cuando Israel ya disfrutaba de estos “reposos”. Entonces el verdadero *reposo* no es el que *Josué* dio al pueblo. En el gr. de Hebreos, Josué es el mismo nombre que Jesús. En este versículo, el autor piensa sin duda en Josué, el líder de la conquista de Canaán, pero hay una comparación implícita entre él y Jesús. Los dos nombres griegos representan uno mismo en hebreo, que significa “Jehovah salva”, y [P. 65] los dos hombres fueron salvadores. Pero Josué guió a su pueblo a un “reposo” material en Canaán, mientras que Jesús está guiando a su pueblo al reposo verdadero y eterno en la presencia de Dios. El verdadero reposo no es terrenal, ni se alcanza en esta vida. El único que nos puede guiar a este reposo es Jesús, el Hijo de Dios superior a los ángeles, a Moisés y a Josué.

La conclusión de este argumento complejo se da en los vv. 9, 10. Los vv. 1–5 habían comprobado que solamente por fe es posible entrar en el reposo de Dios. Los vv. 6–9 comprueban que la entrada a este reposo todavía está abierta para los que creen en Jesucristo. No fue una bendición solamente para un día del pasado. En el v. 9, este reposo se llama *sabático*. (La palabra “reposo” no aparece aquí.) El autor utiliza el término *sabático* para recordar la enseñanza del v. 4: Este reposo no es sólo algo que Dios da, sino el reposo que él mismo disfruta y comparte con su pueblo. Es celestial, sobrenatural. Otras obras judías mencionan un día eterno de reposo en la presencia de Dios. El autor declara que este concepto judío encontrará su cumplimiento en Jesucristo, el Señor de los cristianos. Cuando le servimos a él, nos espera el reposo que Dios nos ha preparado y que él disfruta. Podemos esperar el día en que hayamos terminado la voluntad de Dios para nuestra vida terrenal y disfrutemos los frutos de la obediencia. Terminarán los afanes y las frustraciones de este mundo; no habrá más oposición ni persecución de parte del mal. El reposo no significa inactividad, porque aún Dios sigue trabajando (Juan 5:17). Más bien, significa el fin de las dificultades que enfrentamos en este mundo y el feliz término de la tarea asignada en esta vida. El reposo en Hebreos es lo que en otras partes del NT se llama “vida eterna”, “el reino de Dios” o “estar con el Señor”.

En el v. 10 *su reposo* es el reposo de Dios. La frase *entrado en su reposo* nos recuerda el Salmo 95:11 por cuarta y última vez. *Reposado de sus obras* alude a Génesis 2:2, ya citado en 4:4. Con estas alusiones termina la exposición del Salmo 95.

Joya bíblica

Dios ha determinado otra vez un cierto día, diciendo por medio de David: “Hoy”, después de tanto tiempo, como ya se ha dicho: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones (4:7).

En vista de este espléndido premio alcanzable por la fe obediente, y de la consecuencia trágica de la desobediencia incrédula, el autor exhorta a hacer el reposo de Dios la meta de la vida, y a hacer *todo* [P. 66] *esfuerzo* para alcanzarlo (vv. 11–13). Esta es la expresión positiva de la exhortación de 4:1. La vida de fe no es pasiva; requiere el máximo esfuerzo. El autor reconoce que la mayoría de la congregación se está esforzando, pero con verdadero instinto pastoral se preocupa por los pocos que están en peligro de caer (ver Mat. 18:12–14). El gran peligro es el mismo que acechaba a Israel en el éxodo y que acecha a cada generación: *desobediencia* a Dios (ver 3:19; 4:2, 6). Expresamos la fe por seguir con empeño total el camino que Dios nos indica. El que no da obediencia enérgica muestra que no tiene la fe genuina. Hacer la voluntad de Dios es el único camino para llegar a la meta celestial.

El intermediario perfecto

4:14–16

1. Por cuanto merece de nuestra parte mayor firmeza en la fe que le profesamos (v. 14).
 1. Tenemos un sacerdote que es grande, superior a todo otro. Él no traspasa el velo que da entrada al lugar santísimo en el templo de Jerusalén, símbolo de la presencia de Dios, sino que ha traspasado los cielos y ha entrado en la presencia verdadera de Dios.
 2. Nuestra respuesta a tal privilegio debe ser retener

nuestra confesión, seguir firmemente asidos a la fe que acogimos en la conversión.

2. Por cuanto merece de nuestra parte mayor confianza (vv. 15, 16).
 1. Puede comprender y compadecerse de nuestras debilidades en su intercesión por nosotros, porque él también fue tentado y triunfó.
 2. Este ministerio de Jesús nos da confianza para acercarnos al trono de Dios sin temor en cualquier momento y sin necesidad de ningún otro intercesor (v. 16).

Si algún lector es tentado a fingir esta fe, el autor le recuerda que la fe fingida no se puede esconder delante de Dios. La *Palabra* que él nos habla tiene vida y poder para penetrar hasta lo más recóndito del corazón y revelar *los pensamientos* y motivos que pueden estar ocultos a todos [P. 67] los demás. El Dios vivo nos habla en la Escritura, y por tanto escuchamos una palabra *viva*, pertinente al día en que primero se pronunció, y también pertinente a cada generación que la lee. La palabra de Dios nunca será una palabra anticuada. La raíz de *eficaz* se usa generalmente para el poder divino. Encontramos en la palabra de Dios el poder de Dios. Cuando la leemos con la receptividad de la fe y la disposición para obedecer, este poder nos llega, nos emociona, nos sorprende, nos sacude.

Como una *espada de dos filos* en manos de Dios, nunca deja de cortar y penetrar, ejerciendo la cirugía espiritual. El autor amontona términos para expresar el poder penetrante de la Palabra, que llega hasta el centro de nuestro ser. Empezando en el *corazón*, la palabra toca todo aspecto de la vida y del ser de la persona, produciendo la bendición en el que obedece, o el juicio en el desobediente. El autor acaba de dar un excelente ejemplo del poder penetrante de la palabra de Dios en su aplicación del Salmo 95, escrito tantos siglos antes, a la situación actual de sus lectores.

El ser humano dedica mucho tiempo y esfuerzo a la producción de máscaras. No queremos que nadie vea nuestra verdadera naturaleza egoísta y orgullosa. Nos escondemos de nuestros vecinos y familias, y aun podemos engañarnos a nosotros mismos, pero quedamos “desnudos y expuestos” ante Dios (v. 13). Él nos creó y nos entiende mejor que nosotros mismos. Él nos ha hablado, revelando su voluntad; nosotros le hablaremos, para *dar cuenta* de nuestra obediencia o de nuestra desobediencia. No le satisfacen nuestros pretextos; querrá saber si vivimos esforzándonos para alcanzar su reposo, o si vivimos según nuestra propia voluntad.

Semillero homilético

No se puede fingir la fe a los ojos de Dios

4:12, 13

Introducción: “Quién hubiera pensado”, fue la frase de asombro que estuvo en primera plana del periódico, Los Tiempos de Cochabamba, Bolivia, como el encabezamiento de la nota sobre la orden de extradición que lanzó la Dê norteamericana al comandante de la comisión de la lucha contra la droga, por delito de narcotráfico. Realmente, “quién hubiera pensado”, o, al menos, imaginado que el comandante de la lucha contra el narcotráfico resulte ser un narcotraficante. A los ojos de todos estuvo cometiendo este flagrante delito, su cargo fue un perfecto camuflaje. Cuántos como él hacen a la vista de muchos ojos cosas malas, pero nadie se da cuenta porque lo hacen a la sombra de un camuflaje. En definitiva, qué fácil es engañar a los hombres.

Pero, ¿será posible también engañar a Dios? ¿Fingir la fe a los ojos de Dios? La respuesta es, ¡No! Veamos dos razones para sustentar esta tesis en el pasaje de Hebreos 4:12, 13.

- I. No es posible fingir la fe a los ojos de Dios porque Dios nos examina hasta lo más íntimo de nuestro ser (v. 12).
 1. Nos examina hasta lo más íntimo de nuestro ser a través de su Palabra que es viva y poderosa.

- (1) El mensaje que nos habla a través de la Biblia siempre es dinámico y actual. La Palabra de Dios nunca será una letra muerta ni mucho menos una palabra anticuada.
- (2) En la Palabra de Dios está el poder de Dios. Cuando la leemos con la receptividad de fe y la disposición para obedecer, este poder nos llega, nos emociona, nos sorprende, nos sacude, toca las fibras más profundas de nuestro ser.
2. Nos examina hasta lo más íntimo de nuestro ser a través de su palabra que es como una espada de dos filos, penetrante y cortante.
 - (1) Hace una cirugía espiritual en nuestra vida, no hay nada que no corte y penetre llegando a lo más recondito de nuestro ser.
 - (2) Revela los pensamientos y motivos que pueden estar ocultos a todos los demás, produciendo bendición para el que obedece, o el de juicio para el desobediente.
 - (3) Examina el corazón y sus intenciones, produciendo la bendición en el que obedece, o juicio en el desobediente.

(Continúa de la página anterior)

- II. No es posible fingir la fe a los ojos de Dios porque él ve nuestras vidas tal cual son (v. 13).
 1. Ante sus ojos nuestras vidas están desnudas y expuestas.
 - (1) Por cuanto es nuestro Creador, nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos.
 - (2) Por cuanto es nuestro Creador conoce la realidad de nuestra existencia tal cual es. Podemos escondernos de nuestros vecinos y familias, y aun podemos engañarnos a nosotros mismos, pero quedamos desnudos y expuestos ante nuestro Creador.
 2. Ante sus ojos nuestros pretextos y mentiras no valen.
 - (1) Dios nos ha hablado, revelado su voluntad; nosotros le hablaremos, para rendir cuenta de nuestra obediencia o de nuestra desobediencia.
 - (2) No le satisfacen nuestros pretextos o mentiras; querrá saber si vivimos esforzándonos para alcanzar su reposo, o si vivimos según nuestra propia voluntad.

Conclusión: A través de este pasaje la palabra de Dios nos invita a una seria revisión de nuestra fe, si es genuina o no. Pues, ante sus ojos nuestras vidas están desnudas y expuestas. ¿Cómo está viendo Dios nuestra vida en este momento? No pretendamos esquivar su palabra y esconder nuestras vidas de sus ojos, sino simplemente tomemos una actitud de arrepentimiento si nuestra fe no es genuina, si no estamos viviendo de acuerdo con su voluntad, si estamos presumiendo ser buenos cristianos detrás de una aparente religiosidad que se limita al nombre. Dios quiere que vivamos a la luz de su ojos una fe verdadera. También, la gente que vive alejada de Dios necesita ver en nuestras vidas una vida distinta que sea una alternativa distinta a su vida. ¡No decepcionemos ni a Dios ni a nuestros prójimos!

III. JESÚS Y LOS OTROS SUMOS SACERDOTES, 4:14—7:28

En 2:17 el autor de Hebreos llamó a Jesús *sumo sacerdote*. En esta sección desarrolla este concepto, comprobando ahora la superioridad de Jesús a los sacerdotes del AT.

1. Nuestro acceso a la gracia, 4:14–16

La transición al nuevo tema se efectúa por medio de este resumen y exhortación. [P. 68] En los primeros versículos del capítulo el autor había citado la grandeza de nuestros privilegios en Cristo. Los mencionó para advertir del peligro de rechazar a Cristo. Ahora emplea los mismos privilegios como estímulo a la fidelidad. Tenemos un *sumo sacerdote* que es grande, superior a todo otro. Él no traspasa el velo que da entrada al lugar santísimo en el templo de Jerusalén, símbolo de la presencia de Dios, sino que *ha traspasado los cielos* y ha entrado en la presencia verdadera de Dios. Hebreos volverá a mencionar que Jesús está realizando su ministerio sacerdotal en el cielo y no en la tierra.

La mención de su nombre humano nos recuerda que Jesús es un hombre como nosotros, pero el autor añade que es también *el Hijo de Dios*. Como humano, entiende nuestras necesidades y debilidades y simpatiza con nosotros; como divino, provee una representación sacerdotal efectiva ante la presencia de su Padre divino.

Joya bíblica

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado (4:15).

Nuestra respuesta a tal privilegio debe ser retener *nuestra confesión*. Hebreos llama *confesión* a nuestra fe, porque la fe del corazón se debe manifestar también con la boca. El autor enfatiza las muestras de la fe que los hombres ven, como la confesión; en cambio, Pablo pone énfasis en las evidencias que Dios observa, como la fe en el corazón. Hebreos enfatiza también la perseverancia. Aquí exhorta a seguir [P. 69] asidos a la fe que recibimos en la conversión. La perseverancia es parte de la obediencia que proviene de la fe (ver 3:18 s.; 4:2).

Verdades prácticas

1. Dios llega hasta lo más profundo de nuestro ser a través de su Palabra que es viva, poderosa y más penetrante y cortante que una espada de dos filos. Para mucha gente no creyente, la Palabra de Dios, la Biblia, es como un libro más entre los muchos que existen con normas y leyes éticas. Pero, también, dentro de los llamados cristianos existen algunos así llamados liberales que ven la Biblia como anticuada, una revelación de Dios para la gente del tiempo cuando fue escrita. Otros, de una tendencia teológica más fundamentalista, la ven sólo como una norma de prohibiciones, o como pretexto para legitimar prácticas puramente humanas. Todos estos necesitan saber que la Palabra del Señor es viva, poderosa y más penetrante y cortante que una espada de dos filos, que examina todo nuestro ser, llevándonos al encuentro con nuestro Hacedor y a la necesidad de reconciliarnos con él.

2. Ante los ojos de Aquel que nos creó nuestras vidas están desnudas y expuestas. Cuántos creyentes vivimos fingiendo una fe aparente, reducida a una asistencia a los cultos pero sin vivir de acuerdo a las exigencias y demandas de la voluntad de Dios. Engañamos a nuestra familia, nuestra iglesia y hasta quizá nos engañamos a nosotros mismos, pero no engañamos a Dios. Con razón el evangelio está perdiendo su credibilidad con la gente de hoy, por el mal testimonio de los llamados creyentes, que son de nombre cristianos pero con sus hechos lo niegan, resultando una gran decepción para mucha gente. No olvidemos que daremos cuentas a Dios a quien no podemos esconderle nada.

El v. 15 explica la importancia de la humanidad de Jesús. Su divinidad no limita su identificación y simpatía con nosotros. Se identificó con nosotros en toda nuestra condición humana, con la sola excepción del

pecado. Jesús tiene las ventajas de todo sumo sacerdote humano, en que *puede compadecerse de nuestras debilidades, y fue tentado*, pero sin la gran desventaja del *pecado*. Porque ha sido tentado, Jesucristo puede comprender nuestra debilidad. Porque resistió la tentación, tiene la pureza para entrar en la presencia de Dios, interceder por nosotros y ganar la victoria sobre la tentación, el pecado y la muerte. Hebreos volverá a la idea de la compasión de un sumo sacerdote en 5:1–3.

El ministerio de Jesús nos da *confianza* para acercarnos *al trono* de Dios. En el culto del templo el pueblo tenía que esperar afuera mientras el sumo sacerdote se acercaba a Dios en el lugar santísimo, y el sumo sacerdote no podía entrar más que una vez al año. Pero Jesús abrió el camino para que todos vengamos personal y continuamente a Dios. No necesitamos otro sacerdote o santo para mediar entre nosotros y Dios. Tampoco es necesario algún lugar u ocasión especial para comunicarnos con Dios.

Sobre las máscaras que no pueden escondernos de Dios

De estos sólo mencionemos el de Acán y el de Ananías y Safira. Acán había logrado ocultar su pecado delante de su familia, delante del pueblo y delante de él mismo, pero no delante de Dios. Aunque lo había escondido en lo más profundo del suelo y lo había cubierto con tierra, delante de Dios, el pecado de Acán quedó al descubierto. De la misma forma Ananías y Safira engañaron a los hombres, se engañaron a sí mismos, pero no pudieron engañar al Espíritu de Dios, perecieron irremediablemente a consecuencia de su mentira a Dios. Como Acán, como Ananías y Safira, podemos vivir una vida de mentira delante de todos los humanos, engañando perfectamente a todos, escondiendo nuestros pecados en lo más recóndito de nuestra intimidad y encubrirlo con una aparente piedad y santidad, pero no engañaremos jamás a Dios a quien tenemos que dar cuentas.

A un mes de retornar del extranjero a mi país después de unos años, me encontraba en una extrema situación de necesidad económica porque no encontraba trabajo. En medio de esta situación fui avisado de que tenía una encomienda dirigida a mi persona de parte de mi familia. Al ir a recoger la encomienda, se apoderó de mí un deseo obsesivo de ver en la encomienda algo de dinero, iba pensando tanto en eso, que de pronto en plena vereda, en medio de tanto transeúnte mis ojos divisaron un billete, exactamente un billete de dólar; me dije a mí mismo: “No puede ser, estoy viendo alucinaciones por pensar tanto en el dinero”. Pero, cuando me fijé por segunda vez realmente era un billete ante mis ojos incrédulos. Entonces, sin pensarlo más a la velocidad de un rayo mis manos recogieron el billete antes de que otro lo hiciera, y lo puse enseguida en uno de mis bolsillos. Era tanta mi emoción que casi iba por la calle gritando a voz en cuello: “¡Gracias Señor, gracias!”. Repentinamente cambié de rumbo, me fui a una calle donde no hubiera mucha gente, entonces saqué lentamente el billete para fijarme bien en su valor. ¡Grande fue mi sorpresa! Se trataba de un calendario que tenía en una de sus caras la impresión de un billete de 100 dólares. ¡Qué gran decepción, haberme ilusionado pensando que era un billete verdadero! Era tanta mi rabia y decepción que terminé rompiéndolo en pedazos.

Esta experiencia al menos me enseñó una gran lección: me hizo pensar en que muchos somos como ese calendario disfrazado de un billete, con el nombre cristianos pero sin una vida que pueda manifestar dicha identidad a los que nos rodean (dentro de la familia, el trabajo, la calle, etc.) y cuántos terminan decepcionándose, no sólo de nosotros sino de la fe en el Señor.

El trono de Dios ya no representa juicio sino *gracia*, porque nuestro sumo sacerdote está a su diestra. Acercándonos a Dios, encontraremos todo lo que necesitamos: tanto *misericordia* para perdonar nuestros pecados pasados como *gracia* para que resistamos la tentación presente.

[P. 70] La ayuda de Dios es siempre “oportuna”; nunca viene temprano, porque nos quitaría la oportunidad de ejercer nuestra fe en perseverancia. Tampoco viene tarde, sino en el momento en que más nos conviene. En el v. 13 el autor nos advirtió que no podemos escondernos de Dios. Ahora nos asegura que no tenemos necesidad de escondernos. Una de las enseñanzas principales de Hebreos es que los pecadores podemos entrar a la presencia de Dios con confianza y sin temor.

2. Los requisitos de un sumo sacerdote, 5:1–10

Un sumo sacerdote debe reunir ciertas características. En esta sección el autor quiere probar que Jesús tiene estas cualidades. Los vv. 1–4 describen dos de ellas: simpatía hacia los que representa y nombramiento divino. Los vv. 5–10 muestran que Jesús llena estos dos requisitos.

En los vv. 1–3 se describen los requisitos del *sumo sacerdote*. El primer requisito es simpatía hacia los hombres. Es *tomado de entre los hombres* porque sirve *a favor de* ellos. Los representa en sus relaciones con Dios, y el representante debe tener la misma naturaleza que los representados. El servicio del sumo sacerdote es presentar *ofrendas y sacrificios por los pecados*. En el culto del AT había varias ofrendas y sacrificios, pero el v. 3 muestra que se refiere especialmente al sacrificio del día de la Expiación. Únicamente el sumo sacerdote ofrecía este sacrificio, y siempre ofrecía primero un *sacrificio... por sus propios pecados* y los de su familia, y después otro por los pecados *del pueblo*.

El AT establece un orden para el día de la Expiación que el sumo sacerdote debía seguir fielmente; el autor insiste en que también es importante que presente la ofrenda con una actitud correcta. No puede servir mientras tenga disgusto o rencor hacia los que hayan pecado y requieran el sacrificio para restablecer su relación con Dios. Puede controlar sus emociones negativas si está consciente de que él también es hombre y sufre de la misma debilidad. La palabra traducida *sentir compasión* describe un sentimiento moderado. La conciencia de su propio pecado ayuda al sumo sacerdote a moderar sus emociones. No rechaza a los pecadores con disgusto, porque entiende por experiencia propia que él también está *rodeado de debilidad*. Esta frase describe la experiencia del sumo sacerdote de manera dramática. Tampoco toma el pecado a la ligera, porque por la misma experiencia conoce sus consecuencias serias. El sacrificio personal que el [P. 71] sumo sacerdote ofrecía antes de interceder por el pueblo era un recuerdo constante de que él y el pueblo sufrían de una misma debilidad. Este recuerdo debía ayudarle a mantener su humildad y paciencia con el pueblo.

Los requisitos para ser verdadero sumo sacerdote de Dios

5:1–4

1. Completa identificación con los hombres (simpatía hacia los hombres) (vv. 1–3).
 1. Es escogido de entre los hombres para representarlos en sus relaciones con Dios, tiene la misma naturaleza que los representados.
 2. Ofrece sacrificio por sus propios pecados y por los del pueblo. No rechaza a los pecadores, sino que tiene compasión de ellos porque él mismo entiende su debilidad.
2. Nombramiento divino (v. 4).
 1. Según la ley nadie puede arrogarse la dignidad de servir como sacerdote. Dios escogió a Aarón como el primer sumo sacerdote.
 2. El llamamiento por Dios era un requisito indispensable para ser sumo sacerdote.

El autor describe a los pecadores como *ignorantes y extraviados*. Han errado el camino por su ignorancia. Es posible que con esta descripción quiera excluir a los que se rebelan contra Dios con premeditación, porque la ley no permitía ningún sacrificio por tal pecado. El autor afirmará en 10:26 que en Cristo tampoco hay sacrificio *por el pecado* para el que desobedece deliberada y persistentemente.

Semillero homilético

Jesús cumplió los dos requisitos para ser sumo sacerdote

5:5–10

- I. Tuvo un nombramiento divino (vv. 5, 6).
 1. No se autonombró sumo sacerdote, ni usó su dignidad para satisfacer su ambición u orgullo.
 2. Asumió el oficio en obediencia al llamamiento de su Padre, esto lo comprueba con dos citas de los Salmos (Sal. 2).
- II. Se identificó completamente con los hombres en toda su condición humana (vv. 7–10).
 1. Aunque no cometió ningún error que le causara sufrimiento, sin embargo, sufrió de la misma manera que sufre todo hombre (ejemplo en el Getsemani).
 2. Aprendió como humano a ajustar su voluntad a la voluntad divina a través de esfuerzo y lágrimas (la cruz).
 3. Nos puede guiar en nuestra angustia, porque enfrentó el sufrimiento y la muerte con los mismos recursos que nosotros tenemos: la oración y la obediencia a Dios. No buscó una salida sobrenatural que no está a nuestro alcance.
 4. El sacrificio que hizo no se repite porque tiene una eficacia permanente. Cristo es una fuente perfecta de salvación.
 5. Por todo ello es nombrado sumo sacerdote máximo de la orden de Melquisedec, por medio de su resurrección y exaltación.

El segundo requisito que Hebreos menciona es el nombramiento divino (v. 4). Según la ley, *nadie* puede arrogarse la dignidad de servir como sacerdote. Dios escogió a *Aarón* como el primer sumo sacerdote (Éxo. 28:1) y estableció los principios de la sucesión sacerdotal. De modo que un llamamiento por Dios era un requisito indispensable para el sumo sacerdote.

La conciencia del llamamiento divino debe inspirar en el sumo sacerdote un espíritu de humildad y de servicio. Es posible que Hebreos exprese en este versículo una crítica velada de los sumos sacerdotes de su día. Hacía más de dos siglos que el poder político, primero de la nación independiente de los judíos y después de los romanos, intervenía en la selección del sumo sacerdote. El resultado de esta intervención política fue que los que ocupaban el puesto lo consideraban como premio a la ambición y motivo de orgullo. Aunque tanto los romanos como los sumos sacerdotes judíos han pasado a la historia, el [P. 72] peligro del orgullo todavía amenaza a los líderes religiosos. La tentación de envanecerse acecha a todos los que tienen algún cargo de liderazgo en el servicio de Dios y de su pueblo. No olvidemos que el llamamiento de Dios es un privilegio inmerecido y no una medalla para lucir.

Joya bíblica

Cristo, en los días de su vida física, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por su temor reverente (5:7).

Ahora Hebreos demuestra que Jesús tiene los dos requisitos mencionados (vv. 5, 6). Los trata en orden inverso. Primero, afirma que Cristo fue nombrado sumo sacerdote por Dios. No buscó el honor de ser sumo sacerdote, ni usó su dignidad para satisfacer la ambición o el orgullo. Más bien, asumió el oficio en obediencia al llamamiento de su Padre. El autor comprueba su aseveración con citas de dos salmos mesiánicos (Sal. 2 y 110). La primera cita es la misma que aparece en 1:5a. Aquí proclama que Dios escogió al Hijo para ser rey. La cita también recuerda la superioridad del Hijo a toda la creación (ver cap. 1), e indica que el Hijo, a la

vez que es sacerdote, es también rey. Este doble oficio queda aún más claro en la siguiente cita (Sal. 110:4). El Salmo 110, como el 2, era un salmo para la coronación del rey davídico, y también un salmo mesiánico. El autor había aplicado este Salmo a Cristo en 1:13, pero allí cita 110:1. Ahora, bajo inspiración divina, aplica al Mesías el v. 4 del mismo Salmo, que será un versículo clave en los capítulos siguientes. Algunos grupos judíos, como el de Qumrán, esperaban dos figuras mesiánicas en el Día del Señor: un rey-mesías y un sacerdote-mesías. Hebreos proclama que las dos esperanzas se cumplen en Jesucristo. Pero, ¿cómo puede ser Jesús el sumo sacerdote esperado si no es de la tribu de Leví? El Salmo 110:4 profetiza que Dios llamaría a un sacerdote de otro orden, a la vez que comprueba que los dos oficios de rey y de sacerdote se realizarían en una sola persona. Esta interpretación es revolucionaria; ningún judío y aparentemente ningún cristiano había aplicado el concepto *orden de Melquisedec* antes al Mesías. El autor enumerará sus implicaciones para la cristología en el cap. 7; por lo pronto sólo quiere comprobar que el sacerdocio de Jesús viene por nombramiento divino.

El otro requisito para un sumo sacerdote es la simpatía (vv. 7, 8). Cristo la tiene porque, como nosotros, aprendió por medio de sufrimientos. Un refrán del primer siglo decía que se aprende por el sufrimiento. Hebreos se atreve a aplicar este refrán a Cristo, el Hijo perfecto de Dios. Aunque no cometió ningún error que le causara sufrimiento, sin embargo, sufrió [P. 73] de la misma manera que sufre todo hombre. El autor lo comprueba con el ejemplo de Jesús en Getsemaní. Allí Cristo enfrentó la muerte y oró *con fuerte clamor y lágrimas* a Dios quien *le podía librar de la muerte*. El autor de Hebreos dice que Dios oyó su petición. En pasajes como Éxodo 2:23, 24; Salmo 6:9, 10 y 2 Reyes 20:5, “oír” significa que Dios concede lo que se pide. ¿Cómo puede ser cierto en este caso, si la petición de Jesús fue: “Aparta de mí esta copa” y, sin embargo, él tuvo que beber la copa de la muerte? No fue esta primera petición de Jesús la que le fue concedida, sino la segunda: “Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”. En la experiencia de Getsemaní, y en la agonía de sus oraciones, Cristo *aprendió la obediencia por lo que padeció*. Reconoció que lo que él deseaba no coincidía con la voluntad de Dios, y mostró su *temor reverente* al escoger la voluntad de Dios sobre la suya propia. Así que Jesús tuvo la experiencia común en los seres humanos, de hacer peticiones que se contradicen entre sí. Dios le concedió lo que más quería: Hacer la voluntad de Dios, aun por medio de una muerte espantosa y vergonzosa.

Semillero homilético

¿Qué significa estar madurando en la fe cristiana?

5:11–14; 6:1–20

Introducción: Es fácil descubrir cuando una fruta está madura, ya sea por el color u otros factores que nos dan la pauta clara de su madurez. Lo mismo con el desarrollo fisiológico del hombre, existen pautas claras como la edad y otras que nos ayudan a determinar con precisión la madurez fisiológica del hombre.

Pero, ¿cuáles son las pautas que nos indican que estamos madurando en la fe cristiana? Veamos a la luz de Hebreos 5:11–14 y 6:1–20 algunas pautas de lo que significa estar madurando en la fe cristiana.

- I. Estar madurando en la fe cristiana significa estar superando lo básico y sencillo (5:11–14).
 1. Superar la lentitud y pereza en aprender el significado de la fe cristiana (v. 11b).
Porque después de algún tiempo se debe haber logrado una comprensión madura de la verdad acerca de Jesucristo, para compartirla con otros.
 2. Superar el estado inicial donde se ha empezado (v. 12).
 - (1) Porque después de un buen tiempo en la vida de fe se debe ser ya un maestro en el sentido de tener la capacidad de toda persona madura para compartir su experiencia con un novato.
 - (2) Porque después de un buen tiempo en la vida de fe se debe haber abandonado lo más básico del mensaje de Dios, el “abecé”, lo cual puede hacerlo cualquiera, no un maestro avanzado.
 - (3) Porque después de un buen tiempo en la vida de fe se debe tener la capacidad de discernimiento del bien y del mal por la práctica (vv. 13, 14).
- II. Estar madurando en la fe cristiana significa estar progresando y perseverando en pos de llegar a la meta final, la salvación (6:1–20).
 1. Progreso manifestado en el esfuerzo y tesón de dejar lo básico y elemental (vv. 1–3).

- (1) Porque el progreso requiere un espíritu de esfuerzo para seguir adelante.
- (2) Porque el progreso requiere un espíritu tesonero para dejar las doctrinas básicas acerca de Jesús.

2. Progreso manifestado en huir de la recaída espiritual que es fatal (6:4–8).

- (1) Porque la recaída lleva a una desvalorización y rechazo de la gracia y el amor de Dios manifestado en su vida.
- (2) Porque la recaída lleva al endurecimiento, la contumacia y rebeldía total.
 - a. Endurecimiento que se manifiesta en una actitud fija y una vida que muestra rechazo total a Cristo. Hebreos describe una persona que una vez profesaba a Cristo, pero ahora niega y blasfema su nombre.
 - b. El peligro no es que el hombre moleste a Dios a tal grado que ya no quiera salvarlo, sino que el hombre se aparte tanto que no pueda regresar a Dios. La dificultad de la salvación está en el hombre, no en Dios.
 - c. Lleva al castigo divino si no hay arrepentimiento.

3. Progreso manifestado en perseverar en el camino de la salvación (6:9–12).

- (1) A través de continuar con las obras de obediencia a Dios hasta el fin (vv. 9–11).
- (2) A través de huir de la pereza imitando la perseverancia de los fieles (v. 12).

4. Progreso manifestado en confiar plenamente en que Dios cumple con sus promesas a los que perseveran en la fe (6:13–20).

- (1) La prueba de su fidelidad en la vida de Abraham (vv. 13–16).
 - a. Dios juró a Abraham que cumpliría su promesa de bendecirle como un premio a su fe y obediencia.
 - b. La fe de Abraham se expresó en su paciente y obediente espera, y Dios le concedió la promesa.
- (2) La prueba de su fidelidad en nuestras vidas (vv. 17–20).
 - a. Dios garantiza su promesa con un juramento para darnos doble confianza.
 - b. Nos ha dado una esperanza firme, basada en su promesa inmutable. Lo que Dios ha prometido es más seguro que lo visible.
 - c. Aun las cosas más estables que vemos con nuestros ojos pasarán, pero la promesa de Dios es eterna y nunca nos defraudará.
- (3) La esperanza de que Dios cumple sus promesas es como un ancla.
 - a. Como el ancla mantiene firme al barco; no lo deja destruirse sobre las rocas o encallarse en la arena; así la esperanza que tenemos en Cristo nos mantiene firmes en las adversidades y tormentas de esta vida.
 - b. Es segura y firme, el ancla de nuestra alma o vida nunca se rompe ni se afloja.
 - c. Nuestra ancla es superior, no está anclada solamente en la esperanza de este mundo sino en la del cielo adonde nos guió nuestro sumo sacerdote Cristo.

Conclusión: A través de este pasaje la Palabra de Dios nos invita inevitablemente a revisar nuestras vidas si estamos en el camino hacia la madurez o no. Si no lo estamos, ahora es la oportunidad propicia para tomar una decisión de dejar la inmadurez que puede sacarnos del camino de la salvación y, más bien, ir en pos del camino de la madurez que nos conducirá a la meta final de la salvación. Hay el dicho que dice: “Nunca es tarde para empezar de nuevo”. Dios nos invita en este momento a intentarlo de nuevo. No lo rechaces.

El Hijo de Dios, que había estado en perfecta armonía con la voluntad de Dios a través de toda la eternidad, aprendió como humano a ajustar su voluntad a la voluntad divina. Esta obediencia no fue automática; le costó esfuerzos y lágrimas. Sufrió, aunque no por errores propios, sino por nuestro pecado. Aun en el aspecto de identificación y simpatía con nosotros, Jesucristo es superior a cualquier otro sumo sacerdote, y el precio que pagó por identificarse con nosotros es mayor.

[P. 74] Cuando enfrentamos la disyuntiva entre la voluntad de Dios y la nuestra, podemos contar con la ayuda de un sumo sacerdote que entiende, porque él ha enfrentado la misma situación. Entiende aun lo que sentimos al enfrentar la muerte, porque él enfrentó la muerte para pagar las consecuencias de nuestros pecados. Nos puede guiar en nuestra angustia porque enfrentó el sufrimiento y la muerte con los mismos recursos que nosotros tenemos: la oración y la obediencia a Dios. No buscó una salida sobrenatural que no está a nuestro alcance.

Vv. 9, 10. Por la experiencia de obediencia y de sufrimiento Cristo fue *perfeccionado*. No debemos entender por este término el desarrollo desde una condición de error o desobediencia hasta la perfección moral. Más bien, significa que Cristo cumplió [P. 75] perfectamente el propósito que Dios le había asignado. El verbo que se usa aquí también se utilizaba para la muerte, y nos recuerda que la obediencia perfecta requirió la muerte de Jesús. Toda su vida y su muerte le capacitó para ser la fuente y causa de *eterna salvación* para los que *obedecen*. Como él obedeció, los que reciben el beneficio de su sacrificio lo obedecen a él. Esta obediencia no es un requisito de la salvación, sino la consecuencia natural de la fe genuina. El autor enseñará (cap. 10) que el sacrificio de Jesús no se repite porque tiene una eficacia permanente; aquí afirma que la salvación que compró es permanente. Cristo es una fuente perfecta de salvación.

Cuando Jesucristo cumplió su sacrificio para salvarnos, *Dios* lo proclamó como el *sumo sacerdote* máximo por medio de su resurrección y exaltación. Hebreos expresa la superioridad de su sacerdocio sobre el de los sacerdotes levíticos con la expresión *según el orden de Melquisedec*, un recuerdo de la cita del v. 6. Cristo no ministra en la sucesión de los hijos de Leví, sino en la de Melquisedec. El autor explicará esta aseveración en el cap. 7. Pero antes hace un paréntesis para dar otra exhortación a sus lectores.

Alcanzando la madurez

1. Estar madurando en la fe cristiana significa estar superando lo básico y sencillo, pues la inmadurez expresada en la lentitud de comprender el significado de la fe cristiana en la vida y el de haberse quedado en el “abecé” de nuestra doctrina después de algunos años, es un estado que nos elimina del camino de la salvación.

Las iglesias de nuestro tiempo están llenas de miembros que se encuentran en este estado. Lo peor es que éstos lo ven no sólo como algo natural sino como algo válido para estar todavía en el camino de la salvación y llegar a la meta, por eso no están interesados en hacer nada que pueda sacarles de dicha situación. La enseñanza de este pasaje es que la inmadurez en los creyentes es un síntoma de que se encuentran en un estado peligroso.

2. La inmadurez descuidada puede traer como consecuencia una caída expresada en una actitud de rechazo de la gracia y las bendiciones de Dios, mereciendo de esta manera el castigo divino.

Cuántos de nuestros miembros de iglesia se encuentran peligrosamente al borde de la caída. Esto no se manifiesta en un descuido momentáneo o en un pecado que se pueda cometer en ignorancia, sino en una actitud fija y una vida que muestra rechazo total a Cristo. Igual que los lectores de Hebreos son personas que una vez profesaban a Cristo, pero ahora niegan y blasfeman su nombre. El asunto no es que Dios les haya desahuciado de su salvación, sino que ellos se apartaron tanto que no pueden regresar a Dios. La dificultad de la salvación está en el hombre, no en Dios. Lo peor es que este estado merece castigo.

3. Estar madurando en la fe cristiana significa progresar y perseverar en pos de llegar a la meta. Se expresa en términos de: dejar lo básico para ir tras lo profundo; perseverar en el camino de la salvación; confiar en que Dios cumple con sus promesas a los que perseveran en la fe.

3. El peligro de la inmadurez, 5:11—6:3

De esta proclamación de Jesús como [P. 76] sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (v. 10) el autor escribirá un capítulo largo (cap. 7), pero no puede empezar todavía, porque sus lectores necesitan sacudirse de la pereza que les ha infectado. (La palabra traducida *tardos*, v. 11, aparece también en 6:12, donde

se traduce *perezosos*.) No son nuevos en la fe, y deberían haber logrado ya una comprensión madura de la verdad acerca de Jesucristo, para compartirla con otros. Deberían *ser ya maestros* (v. 12), no en el sentido formal, sino teniendo la capacidad de toda persona madura para compartir su experiencia con un novato. Sin embargo, necesitaban todavía ser instruidos en lo más básico del mensaje de Dios, en su “abecé”. El autor no dice, *tenéis necesidad de un maestro altamente calificado*, sino de *que alguien os instruya*. Lo que les falta es tan básico que no necesitan a un maestro avanzado; cualquiera debe saber estos puntos básicos.

Parece que los lectores habían retrocedido. El autor no dice que todavía necesitan leche, sino que la han *llegado a necesitar*. Estaban progresando hacia *el alimento sólido* de enseñanza como la del cap. 7, pero algo impidió su progreso. Es posible que se hubieran cansado por la presión constante de la desaprobación de sus vecinos y parientes, quienes seguían en la religión judía. No querían aprender más, para no alejarse más de la cultura que ya sospechaba de su ortodoxia. Hebreos advierte que regresar a la niñez espiritual es renunciar el mensaje de la justificación que se encuentra en el evangelio. La palabra traducida *no es capaz de entender* (v. 13) tiene la idea de “sin experiencia”. El que se queda como un niño espiritual no ha experimentado la justificación. Es probable que *la palabra de justicia* no es el alimento sólido de la enseñanza avanzada, sino el mensaje básico de justificación por medio de la obra de Jesucristo. Si continúan requiriendo *leche* sin mostrar ningún desarrollo, mostrarán que nunca entendieron ni aceptaron el evangelio. La única alternativa es avanzar. No es posible trazar una línea divisoria entre los salvos y los inconversos. La salvación es más bien un camino, y hay quienes parecen estar en el camino durante un tiempo, pero después revelan (abandonándolo) que nunca entendieron ni experimentaron la justificación que Dios ofrece.



El alimento sólido para maduros (5:14)

El verdadero cristiano no puede quedarse estancado y cómodo en la inmadurez. Más bien, sigue aprendiendo preceptos cada vez más avanzados, y alcanzando el discernimiento maduro por el ejercicio de constantes decisiones éticas. Su meta es la madurez, el desarrollo completo de su [P. 77] potencial humano y espiritual. El autor dice que es *por la práctica* que el cristiano llega a tener *los sentidos entrenados para discernir entre el bien y el mal* (v. 14). Las más importantes lecciones en la vida cristiana no se aprenden en un salón de clase, ni por escuchar conferencias o sermones, ni por leer literatura cristiana. Hay que aplicar los principios que así se aprenden a la vida diaria, a las decisiones cotidianas. El progreso del evangelio en una congregación o en una comunidad no se puede medir con un examen de conocimientos. Debemos observar nuestra conducta para ver si las decisiones éticas que tomamos muestran entendimiento de *la palabra de la justicia* (v. 13). Así nos evalúa Dios. Para seguir adelante hacia la madurez, los lectores deben sacudirse de la pereza que les ha invadido y esforzarse en el aprendizaje y la aplicación de doctrinas profundas (vv. 1, 2). Para hacer esto tienen que dejar las doctrinas básicas acerca de Jesús, no porque éstas no sean importantes, sino porque son el fundamento y ahora se debe edificar sobre él. *Sigamos adelante* es lit., “seamos llevados”. La

madurez cristiana no es un logro humano; depende del Espíritu de Dios que nos lleva adelante. De modo que la falta de crecimiento en la vida cristiana puede ser evidencia de que uno no ha tenido una experiencia genuina del poder del Espíritu Santo. La solemnidad de la advertencia que sigue (vv. 4–6) se debe a esta pavorosa posibilidad.

En los vv. 1, 2, el autor enumera seis doctrinas fundamentales. Esta lista nos proporciona evidencia de la manera en que el evangelio fue concebido en la comunidad del autor de Hebreos. Es semejante a la manera en que Pablo describe el evangelio. Las seis doctrinas se dividen de manera natural en tres pares. El primer par abarca el arrepentimiento y la fe. Este par expresa la experiencia inicial de la vida cristiana. Esta empieza con *arrepentimiento de obras muertas*. Para llegar a ser cristiano uno tiene que reconocer que sus actos anteriores son producto del pecado y de la rebelión contra Dios. Por tanto, no son actos de vida, sino efecto y causa de la muerte. Al reconocer esto la persona debe cambiar por completo su actitud hacia su vida, hacia sí mismo y hacia Dios. Este cambio o vuelta radical se llama arrepentimiento. *La fe en Dios* es el aspecto positivo de la misma experiencia. En la conversión, la confianza que se dirigía antes hacia los esfuerzos propios, ahora se vuelve hacia Dios. La fe y el arrepentimiento constantemente se encuentran juntos en el NT. La misma vuelta que pone el pecado y la muerte atrás de uno, le orienta hacia Dios. La orientación básica de la vida del cristiano es hacia la voluntad de Dios y hacia su poder y su gloria.

Doctrinas elementales

6:2, 3

1. Arrepentimiento
2. Fe en Dios
3. Bautismo
4. Imposición de manos
5. Resurrección de los muertos
5. Juicio eterno

Hay cuatro enseñanzas básicas que acompañan este cambio radical. Las primeras dos tratan las ceremonias que simbolizaban el cambio en la vida. La primera, los *bautismos*, es el único plural en la lista. La palabra usada aquí no se refiere al bautismo en las otras dos veces en que aparece en el NT. En 9:10 se traduce *lavamiento*. Es probable que aquí el autor describe la enseñanza acerca de varios lavamientos o bautismos que se practicaban entre los judíos, como los lavamientos de los fariseos (Mar. 7:3), el bautismo de prosélitos, el bautismo que practicaba [P. 78] Juan y el de grupos como la comunidad de Qumrán. En Hechos 19:3–5, encontramos un ejemplo del tipo de enseñanza que Hebreos describe. Aunque hoy no se practican los otros bautismos que se conocían en el primer siglo, es esencial que cada cristiano entienda el significado del bautismo cristiano, y en qué difiere de prácticas como la aspersion y otras ceremonias de iniciación. El bautismo es el símbolo visible del cambio de corazón que se llama arrepentimiento. Simboliza la resurrección desde la muerte en el pecado. Como testimonio de arrepentimiento y fe, es una parte esencial del fundamento cristiano.

La segunda ceremonia, *la imposición de manos*, acompañaba al bautismo y simbolizaba la bendición de Dios sobre el creyente y la venida del Espíritu Santo a su vida. Se debe distinguir de la imposición de manos que se practica hoy en la ordenación. El autor se refiere a una imposición de manos en el comienzo de la vida cristiana. Aparentemente, la iglesia que recibió esta carta la practicaba con todos los nuevos creyentes, aunque Los Hechos nos indica que otros grupos de cristianos no la usaban siempre. En Los Hechos, encontramos algunos casos en que nuevos creyentes recibieron la imposición de manos (Hech. 8:17; 9:17; 19:6a) y otros en que no se menciona (Hech. 2:41; 8:35–38; 10:44–48). Este cuadro está en contraste con lo que Los Hechos presenta en cuanto al bautismo, que **siempre** se administraba a los que aceptaban a Cristo. Las cartas de Pablo también reflejan su práctica de proveer el bautismo para todos los convertidos (Rom. 6:3; 1 Cor. 12:13; Ef. 4:5), pero Pablo no da enseñanza acerca de la imposición de manos sobre nuevos creyentes. ¿Cómo se puede relacionar la evidencia que encontramos en Hebreos con la que encontramos en Los Hechos y en Pablo? Podemos concluir que la iglesia a la que dirige esta carta practicaba dos ceremonias de iniciación. Esta no fue la práctica general de las iglesias, y la imposición de manos no permaneció en las prácticas cristianas. Sin embargo, el significado de la ceremonia sigue vigente como una clara enseñanza del NT (Rom. 8:9; Gál. 4:6; Ef. 4:4): Que todo cristiano recibe el Espíritu Santo como bendición de Dios cuando se arrepiente y cree.

El último par de enseñanzas básicas cristianas tiene que ver con la esperanza para el futuro. Habrá una *resurrección de todos los muertos* para comparecer ante el Juez. Aquel *juicio* es *eterno*, porque su veredicto determinará el destino eterno. Ya que los resultados de nuestro comportamiento actual son eternos, el arrepentimiento y la fe tienen infinita importancia, y el bautismo es símbolo del cambio más importante de la vida.

El autor expresa su confianza en que sus lectores han tenido una experiencia genuina de la gracia y que están en el camino hacia la madurez (v. 3). A la vez, les vuelve a recordar que el progreso hacia la meta depende de Dios. El hombre tiene que confiar y perseverar, pero sus planes son siempre subordinados a la voluntad de Dios. La experiencia cristiana nos muestra que esta dependencia total no disminuye la responsabilidad del cristiano; más bien la agudiza. Este versículo no expresa una apatía fatalista, sino un anhelo ferviente de que Dios no haya perdido la paciencia y siga otorgando su gracia.

4. La imposibilidad de empezar de nuevo, 6:4–8

Los vv. 4–6 son tal vez los más discutidos en la carta a los Hebreos. Es un pasaje difícil de entender, y lo debemos estudiar con humildad y cuidado. En los vv. 4 y 5, el autor describe cinco aspectos de la experiencia que precede a la caída mencionada en el v. 6: (1) *Fueron iluminados*. Vieron la luz verdadera que está en Cristo. [P. 79] Esta es una figura común en el NT para describir el entendimiento que uno recibe en Cristo (2 Cor. 4:6; Ef. 1:18; Juan 1:9). En el siglo II, la iglesia utilizaba la figura de la iluminación para referirse al bautismo, y es posible que el autor piense aquí en el bautismo. Sea esto como fuere, está pensando en la experiencia que el bautismo simboliza. (2) *Gustaron del don celestial*. Experimentaron la gracia que Dios da en Jesucristo. Es un don, porque nadie merece el favor de Dios o la salvación que él da. Es celestial, porque viene de Dios, el Padre celestial (Mat. 6:9). (3) Se hicieron *participantes del Espíritu Santo*. Participaron en el poder y la bendición del Espíritu, simbolizado en la imposición de manos. (4) *Probaron la buena palabra de Dios*. La idea puede ser que “probaron que la palabra o la promesa de Dios es buena”, pero es mejor entender que *la buena palabra* es una frase que significa las buenas nuevas o el evangelio de Dios. En Josué 21:45 y 23:15 la expresión significa las promesas de bendición. (5) Probaron *los poderes del mundo venidero*. Presenciaron o aun hicieron los milagros que el autor menciona en 2:4. En aquel versículo se encuentra la misma palabra *poderes*, pero allí se traduce *hechos poderosos*. Jesús también describió a algunos que hicieron *obras poderosas* en su nombre, pero fueron rechazados (Mat. 7:22, 23). Estos poderes no son naturales en este mundo, sino que pertenecen al nuevo orden que Cristo trae. En él, anticipamos el nuevo orden hoy, aunque la plenitud espera el regreso de Cristo.

Después (de toda esta experiencia) *recayeron*. Se apartaron del Dios vivo (3:12) que se manifiesta en la experiencia descrita en los vv. 4, 5. Cada iglesia tiene miembros que durante un tiempo son de los más activos, o aun llegan a ser líderes, pero después se apartan completamente de la vida de la iglesia. Algunos llegan al extremo de negar la fe que antes profesaban. Hubo personas en la iglesia de los “hebreos” que fueron tentados a comenzar este camino de alejamiento por las dificultades de la vida cristiana y por las presiones de la familia o los amigos no creyentes. El autor les advierte solemnemente que esa actitud, de menospreciar las buenas nuevas de Dios y las bendiciones que ofrecía, elimina toda posibilidad de arrepentirse y así recibirlas. En efecto, tal persona se ha unido a los enemigos de Jesucristo, quienes lo crucificaron por fraude y blasfemia. El que prueba la vida cristiana y regresa al mundo expone a Cristo a *vituperio*, porque está proclamando que él ha encontrado las bendiciones de Cristo sin valor y falsas. El autor quiere advertir que al encubrir la profesión cristiana, uno inicia el camino que llega a la destrucción.

Evidencias convincentes del creyente

6:4, 5

1. Han sido iluminados por el Espíritu Santo.
2. Han gustado del don celestial.
3. Han llegado a ser participantes del Espíritu Santo.
4. Han probado la buena palabra de Dios.
5. Han experimentado los poderes del mundo venidero.

El v. 6 es sin duda uno de los más duros de la Biblia, y ha inquietado a muchos cristianos sinceros. Ciertas consideraciones nos pueden ayudar a interpretar correctamente esta advertencia seria: Primera, el autor no describe un descuido momentáneo o un pecado que se pueda cometer en ignorancia. Más bien, es una acti-

tud fija y una vida que muestra rechazo total a [P. 80] Cristo. Hebreos describe una persona que una vez profesaba a Cristo, pero ahora niega y blasfema su nombre, como dice 10:29 del mismo pecado.

Segunda, hay una desconfianza que es parte genuina de la vida cristiana, y es la que el autor quiere provocar. Esta es la desconfianza hacia nuestros propios esfuerzos. En el hombre siempre existe la potencialidad de abandonar a Dios, y el cristiano genuino tiene una continua y creciente desconfianza en sí mismo. Pero a la par crece su confianza en Dios. El que entiende su propia debilidad aprende que su seguridad siempre está en Dios y nunca en sí mismo. Cuando entendemos que no hay seguridad en el hombre, sino solamente en Dios, nuestra seguridad no mengua, sino que se fortalece.

Tercera, el peligro no es que el hombre moleste a Dios a tal grado que ya no quiera salvarlo, sino que el hombre se aparte tanto que no pueda regresar a Dios. Lo imposible es ser *renovados para arrepentimiento*. Dios quiere salvar a todos, pero el hombre tiene que responder con arrepentimiento: Abandonar su vida anterior y acudir a Dios en fe. El que pueda experimentar el ambiente del amor de Dios y de sus bendiciones descrito en los vv. 4, 5, y repudiar todo esto, no tiene capacidad para reconocer la verdad y aceptarla. La dificultad en cuanto a la salvación está en el hombre, no en Dios.



La tierra que produce espinos y abrojos es desechada (6:8)

Finalmente, este versículo debe ser interpretado en el contexto de la seguridad proclamada en toda la Biblia, aun en este mismo capítulo (vv. 9–12), por el creyente [P. 81] sincero. El comentarista F. F. Bruce dice: “Las Escrituras contienen aliento más que suficiente para el creyente más débil, pero están llenas de advertencias solemnes para aquellos que piensan estar firmes, que miren que no caigan”.

Entonces, el que es activo en la iglesia, y después se retira y renuncia a la fe en Cristo, ¿pierde la salvación? Algunos cristianos han entendido el v. 6 como enseñando que uno puede perder su salvación. Sin embargo, no dudamos que el autor de Hebreos estaría de acuerdo con la sentencia de Jesús: *Nunca os he conocido* (Mat. 7:23). Tal persona no pierde la salvación, sino que revela que nunca la tuvo. Como los *nacidos de Israel* que no eran en verdad de Israel (Rom. 9:6), y como Judas Iscariote, hay en todas las iglesias personas que tienen una experiencia que se parece a la salvación, pero en realidad no han experimentado la verdadera salvación. Los discípulos nunca sospecharon la verdadera condición del corazón de Judas, y es imposible que nosotros identifiquemos a los cristianos falsos mientras andamos con ellos (ver la parábola del trigo y la cizaña, Mat. 13:24–30). El tiempo que pasa y las pruebas de la vida mostrarán la verdadera calidad del compromiso que cada uno tiene con el Señor. Los hebreos estaban enfrentando una de estas pruebas, y el autor temía que algunos abandonaran su profesión y revelaran, por la falta de perseverancia, que no tenían fe. Las pruebas también nos proveen la oportunidad de examinar nuestro corazón y determinar si estamos confiando en Dios, o en nuestros propios esfuerzos o experiencias.

El autor concluye la advertencia con una ilustración de la agricultura (vv. 7, 8). Dios manda *lluvia* a la *tierra* para que produzca una buena cosecha para la humanidad. (La idea del autor no es que los hombres cultiven la tierra, sino que ella es cultivada **para** ellos). Cuando la tierra da producto provechoso, muestra que el plan de Dios se está cumpliendo, y que su *bendición* es efectiva. Pero los *espinos y abrojos* son evidencia de la maldición de Dios. El autor alude a la maldición que sigue al pecado del hombre en Génesis 3 (especialmente 3:18). De la misma manera que la tierra es identificada como buena o mala por la cosecha que rinde, los hombres pueden ser conocidos por sus frutos (Mat. 7:20). La persona que a pesar de las lluvias de

bendiciones divinas (vv. 4, 5) produce *espinos y abrojos* (expone a Cristo a vituperio y así le crucifica), muestra que *es desechada*. Pero el que produce el fruto de *alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre* (13:15), aun cuando esta confesión le trae dificultades, muestra que la gracia de Dios está activa en su vida. El autor quiere despertar a los que están en el camino de la mala cosecha, para que se arrepientan antes de que lleguen a la maldición y al fuego destructor.

Joya bíblica

Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el amor que habéis demostrado por su nombre, porque habéis atendido a los santos y lo seguís haciendo (6:10).

5. La necesidad de perseverancia, 6:9–12

Nuestro autor balancea la solemne advertencia de los vv. 4–6 con una expresión de confianza en cuanto a sus lectores (vv. 9, 10). Por única vez en la carta, les llama *amados*. Está convencido de que a ellos no se les aplica la descripción de la maldición del v. 8, sino las *cosas mejores*: la bendición descrita en v. 7. Son cristianos verdaderos, [P. 82] y no caerán, sino que perseverarán hasta *la salvación* final.

La evidencia que el autor ve para esta conclusión es la *obra y el amor* que sus lectores han mostrado en atender *a los santos*. A pesar de las dudas que algunos miembros sentían, la congregación de los hebreos seguía atendiendo las necesidades de sus hermanos que perdieron su trabajo o sus bienes, o que cayeron en la cárcel, a causa de su testimonio por Cristo (10:32–34 da una descripción más detallada de este servicio). Este buen fruto que los lectores producen se asocia con la salvación y así comprueba que ellos la tienen. Su servicio a otros cristianos muestra un *amor* sincero, no sólo a los hermanos, sino a Dios. Tal amor resulta solamente de una conversión genuina. El autor y los lectores pueden confiar en la justicia de Dios, quien los justificó y les dio el amor y la disposición a servir. No está diciendo que Dios premie las obras con salvación, porque tal idea sería contradictoria con su convicción de que Cristo da la salvación (2:14, 15) y que la respuesta del hombre debe ser la fe (4:2, 3). Más bien, la lógica del autor es que la fe siempre resulta en obras de obediencia, y por consiguiente estas obras son evidencia de la existencia de la fe.

Semillero homilético

Una alternativa decisiva

6:11, 12

Introducción: Uno encuentra algunos creyentes que son muy consagrados y participan con buena voluntad en las muchas actividades en las iglesias. También encuentra a otros que son apáticos con relación a su interés en las cosas espirituales y el servicio para el Señor. El autor de Hebreos nos desafía para ser activos y no perezosos.

- I. Algunos aceptan el desafío de ser activos en su servicio para el Señor.
 1. Son diligentes en servir.
 2. Buscan certidumbre en sus creencias.
 3. Mantienen una esperanza escatológica.
 4. Imitan a los cristianos que son buenos modelos.
- II. Algunos son perezosos.
 1. La pereza nos roba del gozo en Cristo.
 2. La pereza crea dudas de las verdades espirituales.
 3. La pereza da lugar a la tentación por Satanás.

Conclusión: Es fácil perder nuestro fervor en el Señor, que resulta en la invasión de dudas serias en cuanto a nuestra salvación. La única alternativa efectiva es el mantenernos firmes en nuestra consagración y activos en servir al Señor. Estas actividades nos darán la alegría que hace falta en el servicio al Señor.

Tanto la advertencia de los vv. 4–8 como la seguridad expresada en los vv. 9, 10 son pertinentes al pueblo de Cristo hoy. El cristiano debe entender el peligro de la apatía y de la confianza en sí mismo, pero también debe entender la confianza y seguridad que puede tener en Dios. La justificación por Dios, no nuestras obras, es el único fundamento de nuestra seguridad como creyentes.

El autor no advierte a sus amados para amedrentarlos (vv. 11, 12). Su anhelo es más bien estimular su perseverancia diligente. (La palabra traducida *deseamos* indica un deseo acuciante.) Los lectores han mostrado diligencia cristiana por ayudar a hermanos necesitados. Es necesario que mantengan *la misma diligencia*, y que la apliquen a toda área de la vida cristiana. Especialmente deben esforzarse para comprender quién es Jesucristo y qué ha hecho, para que se aferren más y más a la esperanza que provee la fe. El autor presentará su exposición del carácter y la obra de Jesucristo en los capítulos siguientes.

La diligencia del cristiano continúa *hasta [P. 83] el final*, hasta que llegue a la meta y entre en el santuario celestial. En ningún momento de la vida cristiana cabe la pereza, porque es lo contrario de la fe. En vez de flojear, la persona de fe espera con paciencia.

Los que han trazado el camino de fe antes han dejado ejemplos que debemos imitar. *La fe y la paciencia* es una *endiádis*, dos expresiones que describen una sola cosa. Se podría traducir “la fe que persevera” o “la perseverancia de la fe”. Nuestros antepasados espirituales mostraron la paciencia de la fe y lograron el reposo prometido. Para la edificación de sus lectores, el autor de Hebreos elabora aquí la experiencia de uno de ellos, Abraham.

6. La firme promesa de Dios, 6:13–20

Vv. 13–15. Cuando Dios mandó a Abraham que saliera de su casa hacia la tierra prometida, le prometió que haría de él una gran nación, y que le bendeciría y multiplicaría (Gén. 12:2, 3). Después de muchos años, Dios especificó que esta promesa se cumpliría en el hijo que se llamaría Isaac (Gén. 17:16, 19). Pero cuando este hijo ya era joven, Dios mandó a Abraham que lo sacrificara (Gén. 22:2). Abraham mostró su *fe y paciencia* (Heb. 6:12) en obedecer los mandamientos de Dios, tanto en salir de la casa de su padre como, años después, en ofrecer a su hijo. Fue después de esta última obediencia que Dios reafirmó su promesa con un juramento (Gén. 22:16, 17). Dios no juró porque Abraham dudara, sino como un premio a su fe y obediencia. La fe de Abraham se expresó en su paciente y obediente espera, y Dios le concedió *la promesa* como base de la esperanza y le *juró* para confirmar su fe. Abraham finalmente *alcanzó* el privilegio de presenciar el principio del cumplimiento de *la promesa*.

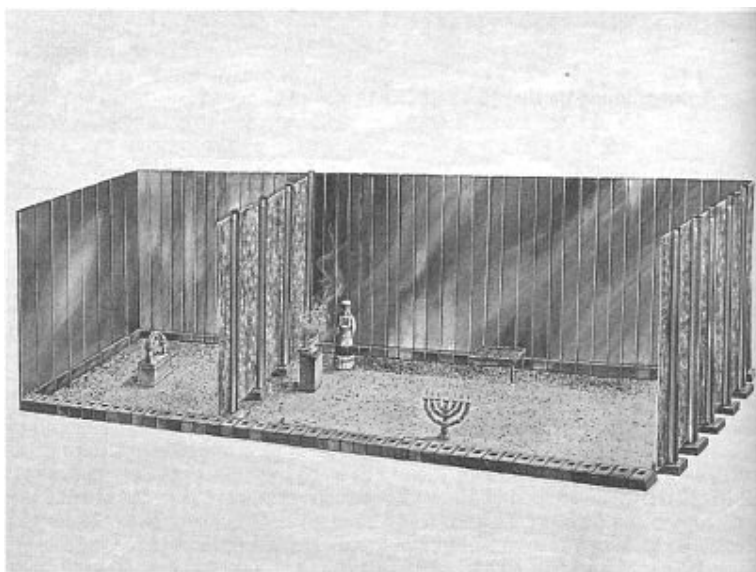
Joya bíblica

Y así Abraham, esperando con suma paciencia, alcanzó la promesa (6:15).

El autor volverá a hablar de la fe de Abraham y específicamente de este acto de obediencia en 11:8–19. Aquí su interés es el juramento, porque va a tratar otra promesa que Dios confirmó con juramento (7:21). Ambas promesas, hechas hace tantos siglos, todavía están vigentes, y podemos participar de sus beneficios. Para alcanzarlas, nosotros también tenemos que ejercer la fe en paciente espera de la acción de Dios y en obediencia a su voluntad. Si Dios aplaza el cumplimiento de sus promesas, es para darnos la oportunidad de practicar la paciencia; no debemos estar desconcertados, sino agradecidos. De la misma manera que Dios premió la paciencia y la obediencia de Abraham con la bendición adicional de su juramento, también nos añadirá bendiciones cuando ejerzamos la fe en paciencia y en obediencia.

Los hombres juran para garantizar una promesa (v. 16). Cuando su palabra no es suficiente para convencer a la otra parte de un contrato, juran por Dios, *que es mayor que ellos*, pidiéndole que sirva de garantizador. El que jura según las formas legales, quiere poner *fin* a toda disputa en cuanto a la seriedad de su promesa. Dios aprovechó esta costumbre, no porque su [P. 84] promesa no sea segura, sino para estimular más confianza en su promesa. La falta no está en Dios quien promete, sino en el hombre que es llamado a aceptar la promesa. Ya que nosotros los seguidores de Cristo somos los *herederos* espirituales de Abraham, tanto la promesa como el juramento hechos a él son nuestros (v. 17). El *consejo* o propósito de Dios es seguro porque él da su promesa y esta sola basta; pero lo garantiza con un *juramento* para darnos doble confianza. Es imposible que Dios mienta aun en la palabra más ligera, pero él ha dado su promesa solemne, con juramento, y por ser de Dios ambos son irrevocables. De manera que Dios nos ha dado el estímulo más fuerte posible para que creamos. *Consuelo* (v. 18) es una traducción demasiado débil en este contexto exhortatorio; Dios nos ha dado un *fortísimo* estímulo. Nos anima a creer, porque hemos *acudido*, lit. “huido”, a él para tener su ayuda. Nos ha dado una esperanza firme, basada en su promesa inmutable.

En el uso común “esperanza” sugiere inseguridad. “Espero que sí” es una respuesta más débil que “sí”. Pero la *esperanza* cristiana es totalmente distinta. No es un sentimiento, sino una realidad eterna en la cual podemos fijar nuestra vida. Lo que Dios ha prometido es más seguro que lo visible. Aun las cosas más estables que vemos con nuestros ojos pasarán, pero la promesa de Dios es eterna y nunca nos defraudará.



El velo en el lugar santísimo (6:19)

Vv. 19, 20. Por esta realidad y seguridad [P. 85] de lo que Dios ha prometido, el autor describe la esperanza como un *ancla*. Como el ancla mantiene firme al barco, y no lo deja destruirse sobre las rocas o encajarse en la arena, así la *esperanza* que tenemos en Cristo nos mantiene firmes en las adversidades y tormentas de esta vida. *Segura y firme*, el ancla de nuestra *alma* o vida nunca se rompe ni se afloja.

Si bien hay semejanza entre nuestra esperanza y el ancla, a fin de cuentas nuestra ancla es superior a las terrenales. Un barco no puede progresar con el ancla puesta, pero nunca tenemos que llevar el “ancla” que Dios nos da para seguir el camino. Esto es porque no desciende a las arenas del mar, sino que va hacia arriba y hacia adelante, y *penetra aun dentro del velo*, al cielo que es nuestra esperanza. Esta figura audaz combina la seguridad que un ancla sugiere con la dinámica de progreso sugerida por *la esperanza*. La combinación expresa el concepto del autor de Hebreos en cuanto a la vida cristiana: Es un peregrinaje, un viaje. Nuestra ancla no nos impide el movimiento, sino que nos tira hacia adelante. Es esperanza, y lo que se espera está siempre en el futuro. La estabilidad cristiana no está en mantenerse inmóvil, sino en seguir adelante. El cristiano no encuentra seguridad por quedarse estacionario, sino cuando sigue adelante hacia la meta. El autor de Hebreos siempre mira hacia adelante y hacia arriba.

El mensaje de Hebreos puede ser útil al comunicar el evangelio a sociedades en desarrollo. El concepto de la vida como peregrinaje enfatiza la necesidad del cambio y del progreso. La voluntad de Dios no es que su pueblo de hoy imite lo que fue su voluntad para una generación pasada. Dios siempre está arriba y adelante de nosotros, y esperar en Dios es avanzar hacia él.

Al mencionar el *velo*, el autor se refiere a la cortina que estuvo a la entrada del lugar santísimo del Templo. Este lugar representaba la presencia de Dios. Sin embargo, la esperanza y meta del cristiano no es un símbolo como el Templo, sino la verdadera presencia de Dios en el cielo. El “velo” que Hebreos menciona es simbólico de la entrada a la presencia de Dios. *Jesús* ya está allí, y donde él está, allí está nuestra esperanza. Jesús aboga por nosotros ante Dios, porque es nuestro *sumo sacerdote*. Prepara el camino para nosotros, porque es nuestro *precursor*. Terminando esta dramática descripción de la seguridad cristiana, el autor vuelve al concepto que había introducido en 5:10: Jesús es el sacerdote *según el orden de Melquisedec*, mencionado en el Salmo 110:4. El capítulo siguiente desarrolla el significado de esta identificación.

7. Jesús y Melquisedec, 7:1–28

Los judíos del primer siglo tenían mucho interés en la figura misteriosa de *Melquisedec*, que se encuentra en Génesis 14:17–20. Algunos lo consideraban un ángel, y algunos esperaban su regreso como uno de los

eventos del fin de este mundo. El autor de Hebreos vio en él más bien un tipo de Cristo. El Salmo 110:4, la única otra mención de Melquisedec en todo el AT, establece su relación con el Mesías. En base a esta profecía, nuestro autor desarrolla algunas semejanzas para aclarar la naturaleza del sacerdocio del Mesías, Jesús. Su argumento es difícil de entender hoy, porque se basa en reglas de interpretación distintas a las que utilizamos ahora, aunque eran comunes entre los judíos del primer siglo. Sus conclusiones, sin embargo, son válidas eternamente. El Espíritu de Dios guió al autor de Hebreos en la aplicación de los métodos de interpretación de su día, y el mismo Espíritu ilumina el mensaje [P. 86] de Hebreos hoy por medio de nuestros métodos de interpretación.

(1) Superioridad sobre Abraham, 7:1–10. En los vv. 1–3 la comparación entre Melquisedec y Cristo empieza con un resumen de los datos que se presentan en la narración de Génesis. Abraham había salido al rescate de su sobrino Lot, quien era preso de una batalla. Cuando regresaba con los cautivos rescatados y con el botín de su victoria, encontró a Melquisedec. Este le pronunció la bendición del Dios Altísimo, y Abraham respondió con el diezmo del botín. En el v. 2b el autor de Hebreos empieza a interpretar estos datos. El nombre Melquisedec significa “*rey de justicia*”, y *Salem*, el nombre de su ciudad, significa “*paz*”. Así que Melquisedec, como Jesús, es rey de justicia (ver 1:8, 9) y de paz. Las características negativas mencionadas en el v. 3 se basan en el silencio de la Escritura. Para nosotros, este método de interpretación es extraño, pero era común entre los intérpretes judíos del primer siglo. Se basa en la convicción de que el Espíritu de Dios guió a los autores de la Escritura tanto en lo que omitieron como en lo que afirmaron. El autor de Hebreos nota que en la primera parte de Génesis, que contiene tantas genealogías, Melquisedec es el único adorador del Dios verdadero que aparece en la narración sin figurar en una *genealogía*. El autor del Salmo 110 ya había notado este hecho, y sacó la conclusión de que un sacerdote *según el orden de Melquisedec* es un *sacerdote para siempre* (Sal. 110:4). El autor de Hebreos da las razones que llevan a esta conclusión: No se mencionan en la Biblia los padres de Melquisedec, ni su estirpe, ni su nacimiento, ni su muerte. Sin duda nuestro autor creía que Melquisedec tenía todos estos, pero veía la omisión de ellos en la historia sagrada como significativa, y no una casualidad. Todo lo que no se menciona de Melquisedec, con más razón se aplica al Hijo de Dios. El Hijo no empezó a existir por medio de un padre y una madre; siempre ha sido y nunca dejará de existir. La conclusión de Hebreos es que Melquisedec es semejante al Hijo de Dios y puede servir como un tipo de nuestro sacerdote eterno. Algunos cristianos han concluido que Melquisedec fue Cristo manifestado en aquel tiempo, pero ésta no podría ser la idea del autor de Hebreos, porque no hubiera dicho que esta persona *se asemeja* a sí mismo.

En los vv. 4–10, el autor muestra la superioridad de Melquisedec sobre Abraham. El concepto que emplea para comprobar esta superioridad es el diezmo. Cuando Abraham dio *los diezmos del botín* que traía de la batalla (v. 4), reconoció la superioridad de Melquisedec como representante de Dios. Los sacerdotes levíticos también, reciben *diezmos* (v. 5), y por tanto pueden reclamar cierta superioridad. Pero ellos solamente cobran diezmos de otros *descendientes de Abraham*. Entonces su superioridad no es absoluta. Pero Melquisedec es completamente separado del linaje de Abraham, y recibió diezmos, no [P. 87] de descendientes de Abraham, sino del mismo patriarca. A la vez, Melquisedec pronunció la bendición de Dios sobre Abraham. Todo esto comprueba su superioridad sobre Abraham y todos sus descendientes. Si Melquisedec, el tipo y presagio, es superior, entonces cuánto más Cristo mismo, la realidad, es superior al padre de Israel y de todo el pueblo de Dios (2:16).

El *mandamiento* mencionado en el v. 5 se encuentra en Números 18:21, 28. Los levitas recibían diezmos de los miembros de las demás tribus, y a su vez daban un diezmo de lo recibido a los sacerdotes. Nuestro autor no entra en esos detalles, porque no son importantes para su propósito.

Semillero homilético

Cristo el único y perfecto mediador entre Dios y los hombres

7:1–28

Introducción: En la historia de las religiones encontramos que existen hombres que presumieron ser los salvadores, dioses y en algunos casos representantes, emisarios e intermediarios únicos entre la deidad y los hombres. Tal es el caso de Buda y de Mahoma. El Papa para los católicos romanos es el único representante directo de Dios en la tierra, de ahí que está rodeado de atributos divinos como la infalibilidad, autoridad de perdonar pecados, excomulgar.

Pero la Palabra de Dios en el pasaje abordado nos dice que Cristo es el único y perfecto intermediario entre Dios y los hombres. Las razones para sustentar esta tesis son las siguientes:

- I. Por cuanto es superior a Abraham en la misma línea que Melquisedec y por ende al sacerdocio levítico (vv. 1–10).
 1. Jesús, como Melquisedec, es rey de justicia y de paz (vv. 1, 2b).
 - (1) El nombre Melquisedec significa “Rey de Justicia”, y Salem, el nombre de su ciudad, significa “paz”.
 - (2) Jesús como Melquisedec es rey de justicia y paz.
 2. Jesús como Melquisedec asume un sacerdocio eterno (v. 3).
 - (1) No es casualidad que no se mencione el nacimiento y muerte de Melquisedec. Esto es significativo.
 - (2) Lo mismo que Jesús no empezó a existir por medio de un padre y una madre; siempre ha sido y nunca dejará de existir.
 - (3) Melquisedec es semejante al Hijo de Dios y puede servir como un tipo de nuestro sacerdote eterno.
 3. Jesús como Melquisedec es superior a Abraham, y por ende a sus descendientes los sacerdotes levitas (vv. 1–10).
 - (1) Abraham, al dar los diezmos del botín que traía de la batalla, reconoció la superioridad de Melquisedec como representante de Dios.
 - (2) Melquisedec pronunció la bendición de Dios sobre Abraham. El que bendice es superior al bendecido.
 - (3) Tanto Melquisedec, como Cristo, son sacerdotes que no mueren.
 - (4) Con Abraham todos sus descendientes, los sacerdotes levitas, reconocieron la superioridad de Melquisedec y, por ende, de Cristo.

- II. El sacerdocio levítico es imperfecto (vv. 11–22).
 1. El sistema de sacerdocio levítico es provisional e insuficiente por lo que necesita de otro sistema y otra ley más completa, el semejante al sacerdocio de Melquisedec. (vv. 11, 12).
 2. De ahí que Jesús es Sumo Sacerdote, no de la línea de la tribu de Leví, sino de otra tribu (Judá), de donde no salía ningún sacerdote, cumpliendo de esta manera la profecía del Salmo 110:4. (vv. 13, 14).
 3. El sacerdocio de Jesús, como el de Melquisedec, no es como el levítico, por sucesión terrenal y, por tanto, pasajero, sino eterno y celestial (vv. 15–17).
 4. El sacerdocio levítico y la ley, por ser anteriores y limitados, son abrogados por el nuevo orden sacerdotal y la nueva ley de Jesucristo (vv. 18, 19).

5. El sacerdocio levítico no recibió de Dios un juramento; en cambio el sacerdocio de Cristo sí, con la entrega de su vida (vv. 20–22).
- III. Por cuanto el sacerdocio de Cristo es perfecto (7:23–28).
1. No termina; es perpetuo.
 - (1) Por lo que puede ofrecer una salvación completa y perpetua.
 - (2) Puede también interceder desde la diestra de Dios por nosotros pidiendo a su Padre misericordia, fortaleza, y aceptación para nosotros; con tal intercesor, no nos hace falta ángeles, “santos”, u otros sacerdotes que intercedan (vv. 23–25).
 2. Como nuestro Sumo Sacerdote nos representa en la misma presencia de Dios, manifestando en su carácter y su ubicación tal como Dios quiere que seamos santos, inocentes y puros (v. 26).
 3. Presentó un sólo sacrificio, su propia vida una vez para siempre.
 - (1) El sistema levítico hacía sacrificio sin fin, porque nunca se alcanzaba la verdadera expiación.
 - (2) Cristo, en contraste, se sacrificó una vez para siempre (vv. 27, 28).

Conclusión: A través de este pasaje la palabra de Dios nos enseña que Jesucristo es nuestro único y máximo representante ante Dios, nuestro sumo sacerdote, no hay otro fuera de él que pueda superarlo. Así lo afirma la palabra de Dios y lo demuestra, con el propósito de que no accedamos a la tentación de tomar a otro en su lugar como mediador. Asimismo, para que podamos tener mayor confianza en él, por cuanto es el sumo sacerdote suficiente, perfecto y eterno.

El v. 8 menciona otro aspecto de la superioridad de Melquisedec. En el sistema levítico los que recibían los diezmos eran [P. 88] *hombres que mueren*. La historia del sacerdocio levítico es una sucesión de muertes que requieren el nombramiento de nuevos sacerdotes, pero ninguna parte de la Escritura menciona la muerte de Melquisedec. Por el silencio de su Palabra Dios *ha dado testimonio* de que el sacerdote eterno que Melquisedec simboliza *vive*. Los cristianos tenemos un sacerdote que vive y que proporciona vida.

Finalmente, el sacerdocio de Melquisedec es superior al de *Leví* (vv. 9, 10), porque aun los sacerdotes levíticos dieron diezmos a Melquisedec. (El autor de Hebreos reconoce que este argumento puede parecer rebuscado, y lo introduce con una frase que suaviza el sentido literal, traducida *por decirlo así*. Da a entender que este no es el aspecto principal de la comparación entre Melquisedec y *Leví*). En el pensamiento de [P. 89] los judíos de aquel día, un antepasado representa a todos sus descendientes. Entonces, cuando Abraham dio diezmos a Melquisedec, en efecto su bisnieto *Leví* y todos los sacerdotes que descendieron de él reconocieron la superioridad de Melquisedec. Pablo razona de la misma manera cuando dice que en Adán todos pecaron (Rom. 5:12) y todos mueren (1 Cor. 15:22).

Así que, por el diezmo que Abraham dio a Melquisedec, por la bendición que recibió de él, por la omisión de una mención del nacimiento de Melquisedec y de su muerte, y aun por el homenaje que los levitas le ofrecieron en la persona de su antepasado, Dios en su palabra muestra la superioridad del orden de Melquisedec al de *Leví*. El Salmo 110:4 dice que según aquel orden el Cristo sería un sacerdote eterno.

(2) La insuficiencia del sacerdocio levítico, 7:11–22. Después de mostrar la superioridad de Jesús sobre *Leví*, por medio de la comparación entre Melquisedec y Abraham, nuestro autor vuelve su atención al sacerdocio levítico. Utiliza el testimonio del AT para comprobar que no fue la intención de Dios que este sacerdocio fuera final. En la sección anterior el autor basaba su argumento en Génesis 14:17–20; ahora pasa a la

otra mención de Melquisedec en el AT, el Salmo 110:4. Bajo la inspiración del Espíritu Santo nos provee una exposición brillante de la visión del salmista.

El *sacerdocio levítico* y la ley que se asocia con él fueron prescripciones provisionales de Dios, no su provisión para *lograr la perfección* (vv. 11, 12). El Salmo 110:4 muestra que Dios tenía otro plan, porque proclama que va a levantar a un sacerdote distinto, no de los descendientes de Aarón, sino semejante a Melquisedec. Tal cambio de sacerdocio no hubiera sido necesario si el levítico hubiera podido terminar la obra de Dios. Dios tiene un propósito para el hombre: Que tenga acceso libre a Dios sin ninguna culpa que estorbe esta comunión. La ley y los sacrificios de los sacerdotes levíticos no pudieron lograr este propósito de Dios. Sirvieron para mostrar al hombre su culpa y su alejamiento de Dios, y así lo prepararon para recibir la gracia de Dios, pero no terminaron la obra; no lograron *la perfección*.

Fue necesario que se introdujera otro sistema para purificar al hombre de su pecado y darle la comunión con Dios que es su razón de ser. El Salmo 110:4 revela la necesidad de este cambio. Habla de un *cambio de sacerdocio*, pero en tal cambio está implícito también un *cambio de ley*. La ley de Moisés establece la pauta para la conducta del hombre, y provee los sacrificios de los sacerdotes para restaurar en forma limitada la relación con Dios, rota por el pecado. Pero el ministerio del nuevo sacerdote, del orden de Melquisedec, es radicalmente distinto y requiere una nueva ley.

El cumplimiento de la profecía del Salmo 110:4 muestra aún más claramente el cambio radical que hacía falta (vv. 13, 14). Se cumplió en *nuestro Señor* Jesús, quien no pertenecía a la tribu de Leví, sino que nació *de la tribu de Judá*. La ley de Moisés habla constantemente de la tribu de Leví, dando reglas para su servicio ante el altar, su pureza ritual y su sucesión. Pero de Judá, no hay ni una palabra relacionada con sacerdotes.

La palabra que se traduce *nació* en el v. 14 es un verbo con los sentidos de “brotar” y “ascender”. Se usa en el AT con una planta [P. 90] y una estrella como sujetos, y también para referirse al Mesías, que surgirá como *el Sol de justicia* (Mal. 4:2) o como un retoño de la línea de David (Jer. 23:5). Con este término, Hebreos alude al carácter mesiánico de nuestro Señor, aun en medio de su descripción de él como el gran sumo sacerdote.

En los vv. 15–17 se muestra que este cambio radical en toda la manera de relacionarse con Dios *es aun más evidente* cuando entendemos que el nuevo sacerdote, Jesucristo, no recibió el sacerdocio por herencia *carnal*, como los sacerdotes levíticos, sino porque vive para siempre, sin antecesor ni sucesor. Todo el reglamento del sacerdocio levítico tiene que ver con cosas carnales o terrenales: pureza de cuerpo, linaje correcto, formas de servicio. Para el autor de Hebreos lo terrenal no puede ser duradero, porque la única realidad permanente es celestial. Por ser terrenal el sacerdocio levítico tiene que ser pasajero. El sacerdocio de Jesús no es simplemente la sustitución de otra línea de sucesión terrenal; él no es sacerdote por una sucesión, sino precisamente porque no nace ni muere. Aunque murió en la cruz, su resurrección muestra que su muerte no fue el fin de su sacerdocio, sino el principio. Jesucristo no ministra como sacerdote por una ley impuesta desde afuera, sino por *el poder* dentro de él. La *vida* que él tiene es *indestructible* porque no es terrenal, sino eterna y celestial.

Esta verdad ya está afirmada en el Salmo 110:4, en el cual Dios dice que su Ungido es sacerdote *para siempre*. El autor había citado este texto clave en 5:6, y ha sido la base de todo el argumento desde 7:11. [P. 91] Vuelve a citar el versículo para reforzar su presentación de la caducidad del sacerdocio levítico y la novedad total del sacerdocio de Cristo. Este es el *testimonio* divino que confirma el oficio de Cristo y, como resultado, la abrogación del sacerdocio terrenal.

Cristo es suficiente

1. Una primera verdad que este pasaje nos enseña es que los lectores de Hebreos, muchos de ellos judíos, tienen la tentación de colocar el sistema sacerdotal levítico de la religión judía, humana, imperfecta y pasajera, como la única y superior a todo, incluso al de Cristo, lo cual, para el autor de Hebreos, es una terrible equivocación; sólo Cristo es el único suficiente, perfecto y eterno Sumo Sacerdote ante Dios y los hombres. De manera igual en nuestro tiempo, los que abrazan la religión católica apostólica y romana, colocando al Papa, a los “santos y vírgenes”, como los únicos mediadores dignos y superiores a todo, se encuentran en una terrible equivocación. Pero, también muchos evangélicos, sobre todo en los nuevos movimien-

tos de corte pentecostal y carismático están poniendo al pastor, al predicador, al que ministra la sanidad y liberación, al líder, por encima de Cristo, cayendo de esta manera en la terrible equivocación, al igual que los católicos, de remplazar lo perfecto por lo imperfecto e insuficiente, lo celestial y eterno, por lo terrenal y pasajero.

2. Una segunda verdad que nos enseña este pasaje es que debemos afirmarnos y confiar en Jesucristo, el único y suficiente sumo sacerdote nuestro. Porque, en primer lugar, es el único que cumple con todos los requisitos de un Sumo Sacerdote: es nombrado por Dios y se identifica plenamente con el hombre para representarle fielmente ante Dios. En segundo lugar, es perfecto y eterno: nos guía eficazmente ante la presencia de Dios a través de su propio sacrificio para ser perdonados y aceptados por Dios y lo hace una vez para siempre, porque no muere más Jesucristo, está vivo a la diestra del Padre para interceder siempre por nosotros.

El autor de Hebreos saca dos implicaciones del Sal. 110:4: una abrogación y una introducción (vv. 18, 19). La profecía del nuevo orden sacerdotal implica la abrogación del orden anterior y de la ley que lo acompaña (v. 12). La ley de Moisés y el orden sacerdotal de Aarón tuvieron su función en el plan de Dios, pero fue una función limitada; no podían llevar la obra de Dios a la perfección. Este *mandamiento* era por naturaleza *anterior*, porque anticipaba y necesitaba un sistema mejor que venía. El fin que Dios perseguía era acercarnos a él, y la ley solamente pudo enseñarnos que estamos alejados de Dios (ver 10:3). El Salmo 110:4 profetiza que Dios introduciría *una esperanza mejor*. En Hebreos la esperanza es una categoría básica de la relación con Dios. El sistema antiguo dio una esperanza, pero es Cristo, el *sacerdote...según el orden de Melquisedec*, quien la perfecciona. Su venida implica que la función de la ley se ha acabado.

Hay otro aspecto del Salmo 110:4 que implica la superioridad del sacerdocio de Cristo: el *juramento* (vv. 20–22). Aarón y sus descendientes llegaron a ser sacerdotes por un mandato divino (Exo. 28:1), pero el relato no menciona un juramento. En contraste, el Salmo 110:4 afirma que Dios juró a su Ungido que es sacerdote para siempre. Dios cumple su promesa aun sin juramento, pero por la inseguridad de las promesas humanas da una doble seguridad [P. 92] de que cumplirá la promesa (ver 6:13–18). Al dar su juramento al nuevo sacerdote, Dios muestra que el nuevo sistema es más importante, más completo, *superior* al anterior.

Imágenes en los templos

Un sacerdote perteneciente al nuevo movimiento de renovación carismática decidió hacer cambios en una parroquia de una provincia perteneciente a Cochabamba, Bolivia al poco tiempo de su trabajo. Empezó quitando las estatuas e imágenes del templo una por una. Lo interesante fue que se dio una relación exacta con el abandono de los feligreses que dejaban también de asistir al templo uno por uno. Hasta que el segundo domingo después de que se habían quitado por completo las imágenes y estatuas, el sacerdote se encontró con un solo feligrés, que no asistió exactamente a la misa, sino a hablar con el sacerdote en nombre de todos. Éste le dijo al sacerdote: “Usted nos dice que todos podemos acercarnos a Dios por medio de Jesucristo, pero nosotros estamos acostumbrados a acudir a nuestros santos ‘patrones’ (Santiago, Virgen del Carmen y otros), para que ellos pidan a Dios por nosotros; hasta ahora nos han escuchado y nos han hecho milagros...” y terminó con una amenaza: que si no se iba no volvería ninguno de los feligreses. El sacerdote se dio cuenta de que para la equivocada fe de esta gente, los santos e imágenes estaban por encima de Jesucristo; eran mediadores superiores que Jesucristo.

Qué gran equivocación y ceguera, pero verdad, para mu-

cha gente católica los santos y el Papa ocupan el lugar del verdadero y único mediador Jesucristo. Pero también para muchos evangélicos, los grandes predicadores, líderes carismáticos, sanadores y liberadores ocupan el lugar de Jesucristo.

El nuevo sacerdocio implica un nuevo *pacto* que rige la relación entre Dios y el hombre. Por primera vez en Hebreos aparece este término “pacto”, que será central en los siguientes capítulos. El juramento de Dios en el Salmo 110:4 muestra la superioridad de este pacto sobre el antiguo. Un aspecto importante de esta superioridad es el *fiador*, Jesús. Moisés era mediador del antiguo pacto, pero no había fiador. Jesús sirve como mediador para establecer el nuevo pacto (8:6), pero también es el fiador. Da su garantía personal de que se logrará nuestra perfección (v. 19), y que libres de todo pecado podremos acercarnos con confianza y pureza a Dios. Eclesiástico, un documento judío que circulaba en el primer siglo, refleja la seriedad del compromiso del fiador: puede ser obligado a exponer su vida para el cumplimiento de lo fiado (29:15). Jesús es un fiador que entregó su vida para que nuestra nueva relación con Dios fuera libre de la barrera del pecado.

(3) Jesús, el perfecto sumo sacerdote, 7:23–28. Hebreos trata un aspecto más de la superioridad de Jesús sobre los sumos sacerdotes levíticos, a manera de resumen y corona de su argumento: Jesucristo no muere (vv. 23–25). La multiplicación de los sumos sacerdotes (Josefo cuenta 83 en total) no implica un aumento en su eficacia; es más bien un índice de su debilidad. Bajo la ley de Moisés la instalación de un nuevo sumo sacerdote significaba la muerte de otro, y el nuevo estaba sujeto a la misma mortalidad. El pueblo podía tenerle solamente una confianza limitada, porque no iba a continuar por mucho tiempo. Pero el sacerdocio de Jesús, en contraste, no terminará (ver v. 16). La palabra traducida *perpetuo* puede significar que el *sacerdocio* no cambia en su naturaleza o que no se transfiere a otra persona. Los dos sentidos se aplican al ministerio de Jesús: su ministerio es exclusivo porque es *perpetuo*.

En los vv. 23–25, se especifica un contraste implícito en los vv. 5, 6 y 21: Un solo sacerdote permanente y suficiente es superior a *muchos...sacerdotes* limitados. Cuando se trata de cosas materiales, “muchas” valen más que “una”. Si uno trae pan a la casa, entre más tiene, mejor. Pero cuando se trata de relaciones, “una” que dura es mejor que “muchas”. Por ejemplo, el ideal de Dios es un solo matrimonio que perdura toda la vida. El que se casa muchas veces no está mejorando su vida matrimonial, sino que revela un problema serio. Así en el caso del fiador y sacerdote de nuestra relación con Dios: Por su permanencia podemos desarrollar una relación cada vez más estrecha y profunda con él, porque *permanece para siempre*.

Jesús, entonces, ofrece una salvación completa y eterna (la palabra traducida *por completo* tiene estos dos sentidos). “Acercarse a Dios” no es un medio para salvarse, sino una descripción de la salvación. Para nuestro autor la comunión estrecha con Dios es el fin de la religión y de la existencia del hombre. Bruce dice que en Cristo Dios se acercó a nosotros, y por medio de él podemos acercarnos a Dios. Seguramente, ningún sacerdote mortal puede acercarnos al Dios vivo. Solamente Cristo nos conseguirá una comunión perfecta y eterna con su Padre eterno.

[P. 93] Hebreos describe la vida eterna que tiene Jesús como una vida de intercesión. Los rabíes enseñaban que una de las funciones de los ángeles era interceder, pero Hebreos afirma que tenemos un intercesor superior. Desde la diestra de Dios, el Hijo eterno pide constantemente misericordia, fortaleza y aceptación para los que confiamos en él. Esto no significa que tenga que convencer al Padre para que nos favorezca; más bien, el Hijo a su diestra expresa perfectamente la voluntad del Padre. Ellos están en perfecta armonía para otorgarnos toda bendición. Con tal intercesor no nos hacen falta ángeles, “santos” u otros sacerdotes que intercedan.

Joya bíblica

Por esto también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos (7:25).

Nuestro autor termina su exposición de la superioridad de Jesús a los otros sumos sacerdotes con este resumen lírico (vv. 26–28), que es como un himno a nuestro gran sumo sacerdote. “Convenir” (v. 26) tiene la idea de que se ajusta a todas nuestras necesidades. El sumo sacerdote descrito en este capítulo es precisamente el que nos hace falta. Es *santo*, y provee precisamente la santidad que nos hace falta para acercarnos a Dios. Es *inocente*, y como tal sufre la muerte que nos corresponde debido a nuestra culpa. Es *puro*, y su pureza cubre las manchas del pecado que llenan nuestro ser. Varios comentaristas han notado que estos primeros tres términos en el v. 26 expresan respectivamente el carácter de Cristo en relación con Dios: *santo*; en rela-

ción a los hombres: *inocente* (libre de toda malicia); y en relación consigo mismo: *puro* (lit., sin mancha). En estos tres aspectos Cristo nuestro sumo sacerdote está totalmente *apartado de los pecadores*. Los Evangelios describen la identificación plena de Jesús con el hombre, y Hebreos la enfatiza (2:10–18; 4:15; 5:7, 8), pero a pesar de su comunión estrecha con los pecadores y de la cercanía que todavía mantiene como su sumo sacerdote, Jesús es de otra clase totalmente distinta a la de los pecadores. Todo lo que debemos ser y no somos, él lo es. Finalmente, Cristo está *exaltado más allá de los cielos*. Nos representa en la misma presencia de Dios. Tanto su carácter como su ubicación se ajustan perfectamente a nuestra necesidad.

Hebreos continúa el resumen de la naturaleza de nuestro sumo sacerdote con un contraste entre él y los sumos sacerdotes levíticos (vv. 27, 28). Ellos ofrecen una sucesión de sacrificios sin fin, pero Cristo ofrece expiación de otro modo: Un solo sacrificio perpetuamente eficaz. Es difícil entender por qué el autor dice que los sacrificios de los sumos sacerdotes eran diarios. Hubo sacrificios cada día en el templo, y el sumo sacerdote podía hacer estos cuando quisiera, pero el sacrificio doble que v. 27 describe sucedía una vez al año, en el día de la Expiación. Pero la idea principal es clara: La repetición implica imperfección. El sistema levítico ofreció una serie de sacrificios sin fin, porque nunca se alcanzaba la verdadera expiación. Cristo en contraste sacrificó *una vez para siempre*. La expresión *una vez* será clave en el desarrollo que sigue. Aparece siete veces en los caps. 9 y 10. Cristo es de un orden de sacerdotes en el cual no hay pluralidad: ni de personas (7:24) ni de sacrificios. No se necesitan otros, porque el único sacerdote y el único sacrificio son suficientes y eficaces. [P. 94]

Joya bíblica

Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos (7:26).

Hay también un contraste entre lo que sacrifican los sacerdotes levíticos y lo que sacrifica Cristo. Ellos ofrecen simplemente *sacrificios* de varios tipos. Cristo se ofrece *a sí mismo* como el sacrificio máximo y final. En nuestra expiación el sacerdote y el sacrificio son uno. Finalmente, hay un contraste entre el carácter moral de los sacerdotes en los dos sistemas. Los sacerdotes del antiguo sistema, bajo *la ley*, eran *hombres* que tenían la debilidad del pecado. Pero el nuevo sumo sacerdote es el que Dios mismo llama *Hijo*, y es eternamente perfecto, como lo describe el v. 26. Al decir *hecho perfecto*, es probable que el autor está pensando en las pruebas que enfrentó para expresar su inocencia de todo pecado, y la perfecta realización de su misión (cf. 5:9). Es por esta perfección que hay en el nuevo orden un solo sacerdote, y no muchos. El *juramento* de Dios confirma su eficacia.

Así termina el autor de Hebreos su exposición del Salmo 110:4. Ha desarrollado varias muestras de la superioridad de Jesús, el sumo sacerdote cristiano, a los sumos sacerdotes judíos. Aunque en algunas secciones su lógica es extraña para la mente moderna, el punto principal queda claro: Dios profetizó un nuevo orden sacerdotal en el Salmo 110:4, y esta profecía implica la abrogación del sistema anterior. Ahora, esta profecía se ha cumplido en Jesucristo, el sacerdote e intercesor superior a todo otro y suficiente para todas nuestras necesidades. Es superior porque no muere (7:3, 8, 16, 23–25) por su carácter inmarcesible (v. 26), por su sacrificio perfecto (v. 27), y por su cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios (v. 28). Porque es suficiente, no se puede admitir ningún otro sacerdote para representar al hombre delante del Padre.

IV. JESÚS Y EL SISTEMA RELIGIOSO DE LOS JUDÍOS, 8:1—10:18

Después de presentar a Jesús como superior a los sumos sacerdotes del AT (4:14–7:28), el autor amplía su argumento para mostrar que Jesús es superior a todo el sistema religioso en que ellos servían. Enfoca sucesivamente el santuario, el pacto y los sacrificios de los dos órdenes.

1. Jesús, un sumo sacerdote celestial, 8:1–5

Tal vez el autor de Hebreos reconoce que el argumento del cap. 7 es complicado porque aquí clarifica el punto principal que quiere mostrar. Aclara que el gran sumo sacerdote que ha descrito en base a las implicaciones del Salmo 110:4 no es teoría, sino realidad. El mejor sumo sacerdote posible es precisamente el que nos representa ante Dios en los cielos. *La Majestad* (v. 1) era un título de Dios entre los judíos del primer siglo. El autor vuelve a utilizar el lenguaje del Salmo 110 (ver 1:3, etc.) para mostrar que la exaltación de Jesucristo tiene consecuencias importantes para nosotros. Cuando él subió al cielo recibió honra y gloria, y nosotros adquirimos un sacerdote y mediador en la posición más cercana a Dios.

[P. 95] El ministerio del sumo sacerdote del AT se centraba en el santuario, que era al principio una tienda o *tabernáculo* (v. 2), y después de la construcción por Salomón, un templo. Solamente el sumo sacerdote

entraba en el *lugar santísimo*, el cuarto interior del santuario. El v. 2 dice que Jesús también oficia en un santuario, pero no está en este mundo, sino en el cielo, en el orden de las cosas reales o verdaderas. En este versículo y en los que siguen el autor se vale de conceptos platónicos. Platón enseñó que el cielo es el mundo de los “reales”. Estos son los arquetipos eternos e inmutables de todas las cosas en nuestro mundo, que se compone de sombras variables. Así que el *verdadero* santuario tiene que estar en el cielo, no en la tierra.

Joya bíblica

Porque todo sumo sacerdote es puesto para ofrecer ofrendas y sacrificios; de ahí que era necesario que él también tuviera algo que ofrecer (8:3).

Es menester entender el concepto platónico para entender el pensamiento de la carta a los Hebreos, aunque su autor no es un platonista. Más bien utiliza estos conceptos, comunes en su ambiente intelectual, para expresar su filosofía profundamente bíblica. Una prueba de esto es que Hebreos presenta el tabernáculo del mundo verdadero como creado por Dios. Para Platón, los “reales” del mundo verdadero siempre han existido y nunca cambian. Para nuestro autor, el santuario celestial es *verdadero* primordialmente porque lo *levantó el Señor*, quien es la fuente de toda verdad. Cristo ejerce su ministerio sacerdotal en el santuario celestial, no en una copia del mismo erigida en este mundo por *el hombre* falible.

En los vv. 3–5 se dice que si Jesús es un sumo sacerdote, una de sus funciones principales es *ofrecer ofrendas y sacrificios*, como el autor dijo en 5:1. Sin ofrecer algo, es imposible que uno sea sacerdote. El autor especifica qué ofrece Jesús en 9:12–14, pero antes describe el santuario en el que Jesús ministra y el pacto que media con su ministerio sacerdotal. También los contrasta con el santuario y el pacto antiguos. El ministerio sacerdotal de Jesús no es una parte del sistema antiguo, porque la ley no le permite acercarse al santuario terrenal. Los *sacerdotes que presentan ofrendas según la ley* son descendientes de Leví, y Jesús es de la tribu de Judá (7:14). La falta de estirpe sacerdotal no debilita su ministerio de sacerdote, sino que muestra que su ministerio no es terrenal. Hay otros que ofrecen los sacrificios terrenales. Ellos no están presentando el servicio real y eterno, sino que sirven a un modelo que representa la verdadera morada de Dios en el cielo. Dios no vive en un templo terrenal, y el santuario donde se ofrecen los sacrificios es más bien una copia de la realidad celestial donde mora Dios. Es en esta realidad que Jesús entró para ejercer su ministerio sacerdotal. El autor comprueba que el santuario terrenal es una copia del verdadero citando Éxodo 25:40. Entiende que en el monte Sinaí, Moisés tuvo una visión del santuario celestial donde moraba Dios, y recibió la orden [P. 96] de construir el tabernáculo según lo que había visto. De manera que el santuario de Israel fue ordenado por Dios, pero no es la realidad última y eterna.

2. El pacto superior, 8:6–13

El autor utiliza Jeremías 31:31–34 para describir la superioridad del nuevo pacto, ya mencionado en 7:22, del cual Jesús es *mediador* (v. 6). Un pacto es una relación entre dos o más personas, que se basa en ciertos compromisos o *promesas*. El primer pacto tenía sus promesas, como: *Os tomaré como pueblo mío, y yo seré vuestro Dios* (Exo. 6:7); y : *¡Haremos todo lo que Jehovah ha dicho!* (Éxo. 19:8). El nuevo pacto se basa en mejores promesas, enumeradas por Jeremías en el pasaje citado.

Joya bíblica

Pero ahora Jesús ha alcanzado un ministerio sacerdotal tanto más excelente por cuanto él es mediador de un pacto superior, que ha sido establecido sobre promesas superiores (8:6).

Al decir que el nuevo pacto es superior, el autor señala la inferioridad del primero (v. 7). ¿Cómo se atreve a declarar imperfecta una institución de Dios, proclamada en las Escrituras? El autor contesta esta objeción mostrando que las mismas Escrituras proclaman la insuficiencia del primer pacto, al predecir un nuevo o *segundo* pacto. En 7:11 el autor utilizó el Salmo 110:4, la predicción de un nuevo orden de sacerdotes, para comprobar la insuficiencia del sacerdocio levítico. Ahora aplica la misma lógica al pacto, en base a Jeremías 31:31–34. Si el primer pacto fuera perfecto, no habría *lugar* para un segundo. Cuando Dios mismo, a través del profeta inspirado, busca un *segundo* pacto, es obvio que el primero tiene *defecto*.

El autor de Hebreos presenta la cita como una reprensión (vv. 8, 9). *Reprendiéndoles* puede traducirse “encontrando defecto”, porque la raíz de este verbo es la misma que se encuentra en el adverbio *sin defecto*

(v. 7). Los estudiosos discuten si dice que Dios reprende al pueblo o al pacto, pero la cuestión no afecta la interpretación. El defecto que Jeremías describe es que el pueblo no cumple con su compromiso bajo el pacto, y el pacto no cubre tal situación. El pacto de Dios con Israel incluyó la ley de Moisés y requirió que el pueblo la obedeciera. La desobediencia de Israel rompió el pacto y resultó en la pérdida del cuidado y de las bendiciones de Dios. En los tiempos de Jeremías el rey Josías reconoció esta desobediencia y reafirmó el pacto con Dios. El pueblo volvió a prometer que cumpliría con el pacto, pero Jeremías, inspirado por Dios, percibió que una reafirmación del pacto de Éxodo sufriría el mismo defecto. Hacia falta un *pacto* totalmente *nuevo*, en base a nuevos requisitos, y Jeremías previó el día en que Dios establecería tal pacto.

Vv. 10–12. Cada uno de estos versículos menciona un aspecto principal del nuevo pacto que Dios hizo por medio de Jesucristo.

(1) Es interior. Dios ya no escribe su ley [P. 97] en tablas o en libros, sino en la fuente misma de los actos de la persona. En Cristo la ley ya no es una obligación que se nos imponga desde afuera, sino una fuerza interior que nos ayuda a cumplir con la voluntad de Dios. En la inauguración del primer pacto el pueblo prometió obedecer la ley (Éxo. 24:7), pero en el nuevo Dios se encarga de la obediencia de su pueblo. Cumple su compromiso por medio del Espíritu Santo que mora en nuestros corazones y en nuestras mentes, guiándonos y estimulándonos a la obediencia.

Semillero homilético

Lo nuevo y mejor siempre reemplaza lo viejo y anticuado

8:1–13

Introducción: El planteo y ejecución por parte del gobierno boliviano de la “Reforma del sistema educativo” causó muchos comentarios que giraban en torno a la pregunta: ¿por qué? La respuesta dada por el gobierno y el ministro de educación fue que el sistema educativo boliviano estaba viejo y anticuado. Lo nuevo y mejor siempre reemplaza lo viejo y anticuado en todas las esferas de la vida.

El autor de Hebreos nos dice que tres aspectos fundamentales del sistema religioso judío fueron reemplazados por tres aspectos nuevos traídos por nuestro Señor Jesucristo. El nuevo pacto traído por Jesucristo reemplazó al viejo y anticuado pacto del sistema religioso judío (8:1–13).

- I. Porque el nuevo pacto tiene un sumo sacerdote celestial, Jesucristo (8:1–5).
 1. Nos representa ante Dios en los cielos.
 2. Lo hace en el santuario celestial y verdadero.
 3. Presenta las ofrendas y sacrificios de una manera original y perfecta.
- II. Porque el nuevo pacto traído por Jesucristo es superior y perfecto (8:6–13).
 1. Está basado en mejores promesas.
 2. Es perfecto, en cambio el primero es imperfecto.
 3. Es posible cumplirse, en cambio el primero no fue cumplido.
- III. Porque el nuevo pacto traído por Jesucristo tiene mejores virtudes que el primero.
 1. Es interior, no superficial.
 2. Es personal e íntimo.
 3. Es eficaz.
 4. Es perpetuo, en cambio el primero es pasajero, destinado a desaparecer.

(2) Es personal. El nuevo pacto no es solamente una relación entre Dios y un pueblo, sino también una relación personal de Dios con cada miembro del pueblo. Las buenas nuevas del evangelio es el mensaje de

que Cristo vino para ofrecernos una relación personal con Dios. Nadie tiene que [P. 98] conformarse con tener una relación con Dios a través de otra persona. Bajo el nuevo pacto es correcto que los que conocen a Dios den testimonio de esta relación, y que exhorten a otros a conocerlo. Pero el que responde a la exhortación conoce a Dios en una relación personal, y puede tratarlo sin la mediación de quien le testificó en un principio. No tiene necesidad de buscar un sacerdote o un santo que interceda por él ante Dios. Tampoco hay personas privilegiadas que gocen de una relación superior a la que otros pueden alcanzar. Por medio de su sumo sacerdote divino cada cristiano, *desde el menor de ellos hasta el mayor*, tiene una amistad personal e íntima con el Creador.

(3) Incluye el perdón de pecados. El requisito del primer pacto que el pueblo de Dios falló en cumplir fue el de la obediencia. Este requisito no es arbitrario; el que no obedece a Dios rehúsa la relación personal de conocerlo como Dios y ser parte de su pueblo. El primer pacto nunca superó el defecto del pecado. El pueblo no cumplió con su promesa de obedecer, y la desobediencia rompió la relación íntima con Dios. Los sacrificios materiales que Dios pidió bajo el primer pacto no removieron la barrera espiritual de la desobediencia, pero Dios prometió por medio de Jeremías que él la quitaría bajo el nuevo pacto. Cumplió esta promesa por el ministerio y el sacrificio espiritual de Cristo.

La conclusión que Hebreos saca de esta cita larga es que el primer pacto tiene que desaparecer (v. 13). Cuando Dios promete un *nuevo* pacto, declara que el anterior es *viejo*, e implica que ya no es adecuado para las circunstancias. Su vejez lo debilita. En el caso de pactos, al igual que con cepillos de dientes o zapatos o llantas, conseguir uno nuevo implica descartar el viejo. Si han pasado más de treinta de los últimos 40 años del tiempo del primer pacto (véase comentario a 3:9), este ya *está a punto de desaparecer*.

El hecho de que el autor no menciona aquí la destrucción del templo en 70 d. de J.C. sugiere que él escribió antes de aquel evento. Percibió que el orden religioso que se centraba en el templo tenía que desaparecer por viejo y anticuado. La destrucción del templo fue una ilustración tan clara de este principio, que es imposible imaginar que el autor la hubiera omitido si ya hubiese sucedido.

3. El santuario terrenal, 9:1–5

El autor de Hebreos pasa a otro contraste que muestra la superioridad del nuevo pacto que Jesús estableció. El v. 1 menciona el *culto* del antiguo orden y su *santuario*. Los versículos que siguen describen primero el santuario (vv. 2–5) y después los sacrificios del culto (vv. 6–10).

Los vv. 2–5 describen los enseres del *tabernáculo* del primer pacto. Es notable que Hebreos, aunque habla mucho del tabernáculo, nunca menciona el templo que lo reemplazó en los días de Salomón. Tal vez el autor comparta el pensamiento de Esteban, quien afirmó que el tabernáculo era superior al templo como un símbolo de la presencia de Dios (Hech. 7:44–50). Un pueblo peregrino necesita un símbolo portátil de la presencia de Dios como una tienda, no un edificio permanente que tiende a atarlo a este mundo.

El tabernáculo (y el templo que lo reemplazó) [P. 99] consistía en dos partes: el *lugar santo* y el *lugar santísimo*. Para entrar en este fue necesario pasar por aquel. Por tanto, se llama al lugar santo *la primera parte* del tabernáculo. Hebreos menciona dos de sus tres enseres: el candelabro con siete *lámparas* y *la mesa* sobre la cual se colocaban *los doce panes* que recordaban la *Presencia* y provisión de Dios. Los sacerdotes cambiaban estos panes cada sábado (Lev. 24:8). El lugar santo tenía una cortina a su entrada, y un *segundo velo* ante *el lugar santísimo*. En este, según Hebreos, estuvieron el *incensario* y *el arca del pacto*, con su tapa o *propiciatorio* y *los querubines* que se alzaban sobre ella. Los querubines eran una sola pieza con la tapa. Se menciona también el contenido del arca: La urna que contenía una muestra del *maná*, *la vara de Aarón* y *las dos tablas* con los diez mandamientos.

Hay algunas diferencias entre la descripción de los enseres del templo en Hebreos y las descripciones en el AT. La palabra traducida *incensario* en la RVA tiene este sentido en la Septuaginta, pero Filón y Josefo, contemporáneos con Hebreos, la utilizaron para hablar del altar del incienso. Cuando reconocemos el hecho de que el autor habla de los enseres del tabernáculo, y no de los utensilios del culto, es probable que aquí se refiere al altar, como dicen muchas traducciones, y no al incensario. En el AT el altar del incienso estuvo en el lugar santo (Éxo. 30:6), no en el lugar santísimo. Tampoco hay mención en el AT de un incensario que se dejara en el lugar santísimo. Pero Éxodo 30:6 relaciona el altar del incienso con el lugar santísimo, y otras obras mencionan el altar del incienso como parte de los enseres del mismo (p. ej., 2 Baruc 6:7). Es probable que el autor de Hebreos sigue una tradición conocida en su día que colocaba el altar de incienso en el lugar santísimo. Algunos sugieren que el autor ignoraba el arreglo del templo, pero no hay razón para pensar que su conocimiento al respecto fuera inferior al de Josefo y Filón, quienes sabían que este mueble estaba en el lugar santo.

Un problema semejante surge en relación con el contenido del arca. En el Pentateuco, el único contenido del arca son las tablas de la ley (Éxo. 25:21; Deut. 10:5); la urna del maná y la vara de Aarón estaban delante de ella (Núm. 17:10; Éxo. 16:33, 34). Es probable que el autor de Hebreos conocía una tradición que colocaba estas dentro del arca. Los rabíes tardíos mencionan la misma tradición.

En *las tablas* mencionadas Moisés había escrito *los diez mandamientos* (Éxo. 34:28) La urna contenía una muestra del *maná* que sostuvo a Israel durante su viaje a Canaán, y *la vara de Aarón* es la que brotó para confirmar que Dios había escogido a Aarón y a su familia para el liderazgo religioso. El arca, con todo su contenido, se perdió cuando Babilonia destruyó el templo en 586 a. de J.C.

Los querubines eran representaciones de ángeles de Dios, símbolos adecuados para adornar un lugar que recordaba la presencia de Dios. *La gloria* de Dios es su presencia con su pueblo. Los dos querubines juntos extendían sus alas de un extremo al otro del lugar santísimo y *cubrían* con su [P. 100] sombra *el propiciatorio*, la tapa del arca. Se llamaba propiciatorio o expiatorio porque en él el sumo sacerdote rociaba la sangre del sacrificio en el día de Expiación, para expiar (quitar) el pecado del pueblo, y así propiciar (hacer propicio) a Dios.

Nuestro autor deja esta breve descripción del templo y sus muebles para pasar a lo que quiere enfatizar: El culto que se realizaba en él. Conocía algunas interpretaciones alegóricas del templo muy detalladas, como la de Filón, pero no quería perderse detalles” que distrajeran de su propósito principal.

4. El propósito de los sacrificios judíos, 9:6–10

Los vv. 6 y 7 describen el servicio realizado en cada una de las partes del tabernáculo. En la primera parte hubo actividad constante. Cada mañana y cada tarde *entraban... los sacerdotes* para rellenar las lámparas (Éxo. 27:20, 21) y quemar incienso (Éxo. 30:7, 8). En el día de reposo (sábado) cambiaban los panes de la Presencia y comían los de la semana pasada en el lugar santo (Lev. 24:8, 9). Así que *entraban siempre* o constantemente *en la primera parte del tabernáculo* o templo. Pero *la segunda* parte, el lugar santísimo, quedaba sin actividad y en silencio durante todo el año. Solamente *una vez al año*, durante el otoño, en el día de Expiación, había actividad en el lugar santísimo: la entrada de una sola persona, *el sumo sacerdote*. Aun él tenía que entrar con cuidado, observando las reglas y rociando sobre el propiciatorio la *sangre* de los sacrificios por el pecado. Como dice Westcott, “entraba en el poder de otra vida”. En Levítico 16 se describen los ritos de aquel día. El sumo sacerdote ofrecía un sacrificio primero por sus propios pecados y los de su familia, y después entraba con otro sacrificio para expiar los pecados que el pueblo hubiera cometido *por ignorancia*. El sacrificio no expiaba el tipo de pecado que se describe en 10:26: Pecados premeditados que expresaban una rebelión voluntaria y constante contra Dios.

En el v. 8 el autor de Hebreos encuentra en la instrucción divina acerca del tabernáculo, dada siglos antes, una palabra de Dios para su propio siglo: El arreglo del tabernáculo no provee acceso a Dios, sino que simboliza la distancia entre el hombre y Dios. El acceso al *lugar santísimo*, que simboliza la presencia de Dios, está severamente restringido. Un solo hombre podía entrar, y él solamente un día al año; el resto del pueblo estaba totalmente excluido. La gran mayoría (todos menos los sacerdotes) ni siquiera podía entrar en *la primera parte*, el lugar santo. A la vez que el tabernáculo de Dios y el templo que lo reemplazó simbolizaron la presencia de Dios con su pueblo, también simbolizaron la separación que el pecado produce. El cuadro del sumo sacerdote en el lugar santísimo, los sacerdotes en el lugar santo, y el pueblo fuera, también simboliza la separación entre los hombres resultante de la separación de Dios.

La palabra traducida *parte del tabernáculo* es lit. “tienda”, y algunos comentaristas y versiones la refieren al “primer tabernáculo”. En tal caso, la idea sería que el tabernáculo del AT tendría que ser reemplazado por el tabernáculo nuevo y espiritual, donde entró Jesús, para que tengamos acceso al *lugar santísimo*, esto es a la presencia de Dios. Sin embargo, la misma [P. 101] expresión se usa en el v. 6, donde claramente se refiere al lugar santo del santuario antiguo. Es mejor entender la expresión en el mismo sentido en los dos versículos.

En los vv. 9 y 10 el autor aplica esta *figura* o parábola al *tiempo presente*: Mucha actividad religiosa, pero sin acercarse a Dios. (Utiliza aquí el tiempo presente, no el imperfecto o copretérito.) Los actos exteriores, como *ofrendas y sacrificios*, nunca pueden ser más que símbolos de la realidad, porque la necesidad del hombre es interior. En *la conciencia* sentimos la necesidad de acercarnos a Dios, y reconocemos que nuestra rebelión ha producido pecados que nos separan de Dios. Lo que nos hace falta no es una purificación externa del cuerpo, sino la perfección interna de la conciencia. Las *ordenanzas* que tratan nuestro cuerpo carnal no pueden satisfacer esta necesidad espiritual. En el v. 10 el autor incluye, con ofrendas y sacrificios, las reglas de comer, beber y lavarse. Toda la ley ritual de Moisés fue dada por Dios, pero como símbolo, no como la realidad final.

Hoy también es conveniente evaluar nuestras prácticas religiosas. ¿Las ejercemos como símbolos que nos ayudan en nuestra comunión interior y espiritual con Dios, o son actividades vanas que no nos acercan a Dios? La diferencia no está en la acción, sino en la actitud interior del adorador. Jamás olvidemos que solamente el sacrificio perfecto y final de Cristo nos puede dar la pureza necesaria para acercarnos a Dios. Los actos de nuestra religión no sirven para comprar el favor de Dios, sino que son prácticas que nos ayudan a aprender de él.

Lo anticuado y lo celestial

9:1-11

El santuario celestial en donde ministra Cristo reemplazó al viejo y anticuado santuario terrenal del sistema religioso judío (9:1-11).

1. Porque el santuario terrenal y los servicios que se realizaban eran limitados e imperfectos (vv. 1-8).
 1. El templo y los objetos sagrados que habían fabricado estaban hechos de materiales temporales por ende efímeros.
 2. El servicio realizado era limitado e imperfecto en cada una de las partes del tabernáculo.
 3. El acceso al lugar santísimo, que simbolizaba la presencia de Dios, estaba severamente restringido.
 4. Pecaban de ser superficiales por todo el servicio que se hacía. Había mucha actividad religiosa, pero no se acercaba a la presencia de Dios. (vv. 9, 10).
2. Porque el santuario celestial es mejor y perfecto.
 1. El Sumo Sacerdote de este santuario es Cristo.
 2. Es eterno porque no ha sido hecho por los hombres, no es creado.

5. El propósito del sacrificio de Cristo, 9:11-14

En un contraste total con la religión temporal del AT, nuestro autor presenta el [P. 102] servicio sacerdotal de Cristo. Él es sumo sacerdote de los verdaderos y eternos *bienes* (v. 11) de Dios, porque él los trajo: La restauración del propósito original de Dios para su creación, la purificación de la conciencia, el acceso libre a la presencia de Dios para adorar y pedir. Si el autor escribió “bienes venideros” como se lee en algunos manuscritos, es probable que la idea es la misma: Los bienes que se esperaban cuando Cristo viniera. Nuestro sumo sacerdote no pasó por el tabernáculo terrenal para entrar en el lugar santísimo que simboliza la presencia de Dios, sino por uno *más amplio y perfecto*. Traspasó los cielos (4:14) y *entró* (v. 12) en la presencia misma de Dios. No hay ningún lugar preparado por el hombre en *esta creación*, la tierra, donde se pueda encontrar a Dios. Solamente por medio de Jesucristo, quien entró en su presencia eterna y espiritual, lo adoramos *en espíritu y en verdad* (Juan 4:24).

Joya bíblica

Cristo...entró una vez para siempre en el lugar santísimo, logrando así eterna redención, ya no mediante sangre de machos cabríos ni de becerros, sino mediante su propia sangre (9:12).

En los vv. 13 y 14 se describe la expiación que Cristo hizo según la figura de la ceremonia del día de Expiación en el AT. (*Machos cabríos* y *toros* fueron los animales sacrificados en el día de Expiación). Hay paralelos estrechos entre las dos expiaciones, pero la del AT fue terrenal y simbólica, mientras Cristo logró una expiación trascendental. El sumo sacerdote levítico inmoló la víctima fuera del tabernáculo, en el patio; Cristo ofreció su sacrificio “fuera del tabernáculo” celestial, en la tierra. La víctima en el AT tuvo que ser sin mancha e idónea para la ofrenda; Cristo ofreció *su propia sangre* (v. 12) como un sacrificio perfecto y sin mancha. El sumo sacerdote entró en el lugar santísimo con la sangre de la expiación una vez cada año; Cristo entró una vez para siempre. Así Cristo logró una *redención* verdadera y *eterna*, no ceremonial ni temporal.

El autor añade a la sangre de las víctimas *la ceniza de la vaquilla* roja que se manda preparar en Números 19. La vaquilla fue degollada y quemada, y su ceniza fue mezclada con agua y guardada para purificar a los israelitas que habían tenido contacto con un cadáver. Esta ceniza y la sangre de los sacrificios tenían cierta eficacia para la santificación, pero como elementos materiales, servían solamente para purificar el *cuerpo* (lit., la carne). Permitieron que las personas contaminadas entraran corporalmente en los cultos y ceremonias del pueblo de Dios, pero la purificación interior de las *conciencias* se efectúa solamente por medio del sacrificio superior de Cristo. Los animales sacrificados eran sin mancha externa en su cuerpo; pero Jesús fue *sin mancha* interna, en su conciencia. Ellos fueron sacrificados sin entender lo que pasaba, y aun los sacerdotes los sacrificaron por obediencia a la ley y no por voluntad [P. 103] propia; pero Jesús se ofreció voluntariamente. Los animales sacrificados representaban a los hombres solamente en un sentido limitado; Jesús es hombre y es el representante perfecto del hombre. Del animal no se puede ofrecer más que la vida corporal, carnal; Jesús se ofreció *mediante el Espíritu eterno*. Los comentaristas dan interpretaciones variadas de esta frase: con voluntad firme; espiritualmente; guiado por el Espíritu Santo; en su naturaleza divina; como la revelación final de Dios; en el orden espiritual, eterno, absoluto; como un sacrificio en el orden divino. Cualquiera que sean los detalles del pensamiento del autor, es claro que afirma que el sacrificio de Cristo pertenece a un orden distinto: un orden eterno, espiritual, interior, divino. Jesucristo se ofreció en el orden de las realidades últimas.

Joya bíblica

Por esta razón, también es mediador del nuevo pacto, para que los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna, ya que intervino muerte para redimirlos de las transgresiones bajo el primer pacto (9:15).

Esta ofrenda voluntaria y espiritual nos limpia de los pecados y rebeliones que nos separan de Dios. Las *obras* que hacemos fuera de la voluntad de Dios son *muertas*. Son producto de la muerte espiritual que experimenta el que se aleja de Dios; además, el fruto de estas obras es la muerte, porque nos separan del *Dios vivo*, la fuente de toda vida. Limpios de estas obras estamos libres para acercarnos a Dios en servicio sincero. El propósito último de la obra de Cristo enfoca a Dios: Nos salva *para servir*. El hombre no es un fin en sí, sino que fue creado para servir y adorar a Dios. Y Cristo nos salvó, no para que nos quedemos limpios ni pasivos, sino para que estemos activos en el servicio de Dios. El sacrificio de Cristo borra la vida de *obras muertas* de desobediencia, y establece la obediencia en la cual podemos *servir al Dios vivo*.

6. El sacrificio que ratifica el pacto, 9:15–22

En base al sacrificio nuevo y distinto de Jesucristo, Dios establece un *nuevo pacto* (v. 15). La muerte de Cristo es el sacrificio que inaugura el pacto, y también la ofrenda de expiación por los pecados que el *primer pacto* no podía quitar. La *herencia* prometida al pueblo del nuevo pacto no es la tierra de Canaán, que fue solamente un símbolo de la promesa de Dios, sino una posesión eterna en el orden celestial y espiritual. El nuevo pacto no tiene la debilidad humana que fue el defecto del primero (8:7), sino que depende totalmente de Dios para su cumplimiento. Dios llama a personas a participar en el nuevo pacto y garantiza su cumplimiento. Entonces los *llamados* pueden estar seguros de recibir *la promesa* que Dios les da cuando les llama. (El autor ya había mencionado el *llamamiento celestial* en 3:1.)

La mención de la *muerte* y de la *herencia* sugiere al autor un tipo especial de pacto: el *testamento*. La transición entre el pacto y el testamento fue natural, porque la palabra que el AT griego utiliza para pacto [P. 104] fue la misma que en el primer siglo designaba un testamento. Debemos recordar que las palabras *pacto* y *testamento* en nuestra versión traducen la misma palabra griega. Aprovechando este doble sentido, el autor ilustra el pacto de Dios en los vv. 16 y 17 con las leyes y costumbres de los testamentos. (1) Un testamento es efectivo solamente cuando se ha comprobado *la muerte del testador*. De manera semejante, fue necesaria una muerte para que el pacto eterno de Dios tuviera vigencia. El Dios vivo no puede morir, pero en la encarnación del Hijo se capacitó para este paso necesario. Entonces murió para confirmar la herencia de pureza y vida que Dios nos otorga. (2) Como es imposible cambiar las condiciones del testamento después de la muerte del testador, la muerte de Jesús garantiza que las promesas de Dios no se cambiarán, sino que se cumplirán plenamente. (3) El testamento es un tipo de pacto o contrato que tiene una sola parte contratante, *el testador*. El pacto de Dios con nosotros tampoco es un acuerdo hecho por negociación entre iguales. El Dios soberano toma la iniciativa, define las condiciones y nos ofrece su pacto para aceptar o rechazar sin regateo. Así el testamento es un pacto que ilustra estos tres aspectos importantes del nuevo pacto que Dios ha hecho por medio de Cristo.

La superioridad del sacrificio de Cristo

9:12–28

1. Porque ofrece no la sangre de animales sino su propia sangre para obtener un nuevo pacto y una salvación eterna (vv. 12–22).
1. La sangre de Cristo tiene mucho más poder para limpiar del pecado que la sangre de los animales de los sacrificios.
2. La sangre de Cristo restaura el pacto entre Dios y los hombres.
2. Porque entró delante del Dios una sola vez para interceder por nuestros pecados (vv. 23–28).
1. Cristo entró a la misma presencia de Dios en el santuario celestial para representarnos a nosotros.
2. El sacrificio de Cristo no se repite como el levítico, como el terrenal, Cristo ofreció un sólo sacrificio, perfecto y espiritual, que proveyó el perdón y la purificación completos.
3. La muerte de Cristo no se repite, porque Cristo tomó la naturaleza humana para morir, y está establecido que los hombres mueran una sola vez.
4. El aparecimiento de Cristo por segunda vez en este mundo confirmará la salvación que él nos ha comprado con su sangre, así como lo era la segunda aparición del sumo sacerdote levítico para confirmar la aceptación de los sacrificios por los pecados del pueblo.

Aun el primer pacto (o *testamento*) de Dios, mediado por Moisés, enseña la necesidad de una muerte (vv. 18–20). Nuestro autor piensa en los eventos narrados en Éxodo 24:3–8, cuando Dios inauguró su pacto con Israel. La cita en el v. 20 es de este pasaje de Éxodo, pero hay detalles que no concuerdan. Éxodo no menciona *los machos cabríos*, el *agua*, la *lana* o el *hisopo*; y en Éxodo, Moisés leyó el *libro*, pero *roció* el altar. Los elementos que no se encuentran en Éxodo 24 se mencionan en otras partes del Pentateuco, en relación con otras purificaciones. Es posible que Moisés *roció al libro* con el altar si *casi todo es purificado con sangre* (v. 22). De [P. 105] todos modos, tanto el altar como el libro representan a Dios, quien entró en el pacto con el pueblo. El autor de Hebreos mismo pudo haber originado estas ampliaciones de la historia narrada en Éxodo, pero es probable que las tomó de una obra o una tradición que hoy no conocemos. Esta puede ser la misma fuente que el autor sigue en 9:4. Hay evidencia de que los rabíes citaron esta tradición.

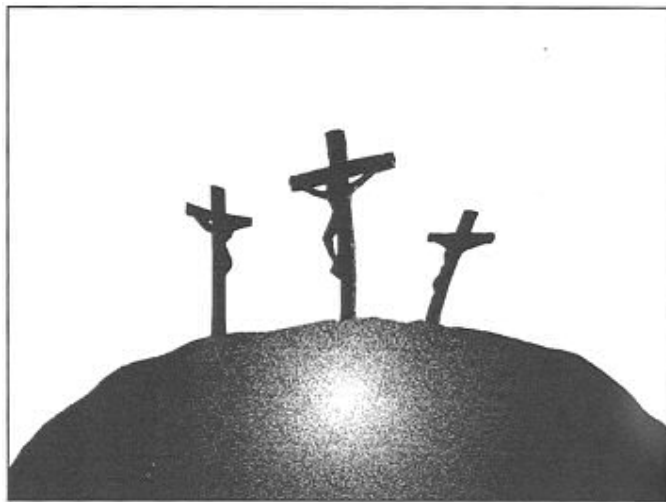
Otra diferencia entre Éxodo 24 y este resumen está en la cita del v. 20. En Éxodo Moisés dice: “He aquí la sangre”, pero Hebreos reza, *esta es la sangre*. Seguramente nuestro autor está pensando en las palabras con que el Señor Jesucristo estableció el nuevo pacto (Mar. 14:24; 1 Cor. 11:25). Con esta alusión vuelve a recordar a sus lectores la relación entre el primer pacto, que es el símbolo, y el nuevo, que es la realidad. La abundancia de sangre de sacrificios en la inauguración y en todos los ritos del primer pacto fue una anticipación simbólica de la sangre de Jesús, derramada para instituir el nuevo y eterno pacto de Dios.

Vv. 21, 22. Después de la inauguración del pacto con Israel Dios mandó construir *el tabernáculo*. Según Éxodo 40:9 Moisés ungió el tabernáculo y *los utensilios* con aceite, pero aparentemente existía una tradición en el primer siglo de que Moisés purificó estos con aceite y *sangre*. Josefo también menciona esta creencia. Aunque no conocemos la fuente que nuestro autor usa, su conclusión es clara y acertada: La sangre es esencial en la inauguración de un pacto con Dios y también en la purificación necesaria para acercarse a Dios. “*Casi podemos decir*” —dice el autor— “*que todo es purificado con sangre*”. El pecado nos separa de Dios, y sin *sangre no hay perdón* de pecado. La última frase del párrafo era un proverbio entre los judíos, porque hay expresiones semejantes en el Talmud. Se basa en Levítico 17:11, pero es probable que nuestro autor aluda también a las palabras de Jesús en su última cena (Mat. 26:28), como ya hizo en el v. 20.

7. El sacrificio celestial y suficiente, 9:23–28

El v. 23 resume el argumento de los vv. 16–22 y vuelve al sacrificio del nuevo pacto. Los sacrificios sangrientos fueron parte esencial del antiguo pacto, para *purificar* cosas que eran solamente símbolos de la realidad verdadera y eterna (8:5). Es lógico, entonces, que se necesiten sacrificios de más valor para consagrar las realidades *celestiales*. Dos preguntas que surgen en la interpretación de este versículo son: ¿Por qué es plural *sacrificios*, si el sacrificio de Cristo es uno? Y, ¿cómo es posible que el cielo, la morada de Dios, esté contaminado por los pecados del hombre? Las dos aparentes anomalías se pueden explicar como debidas a la comparación entre los dos pactos. En el primero, hubo muchos sacrificios. La realidad celestial requiere sacrificios de otro orden, pero el autor explicará en los vv. 25–28 que los sacrificios de aquel orden son en realidad solamente uno. De la misma manera que el sacerdote celestial y perfecto tiene que ser uno (7:23, 24), el sacrificio celestial y perfecto es uno.

En cuanto a la purificación del cielo, algunos intérpretes sugieren que la purificación [P. 106] es parte de la inauguración mencionada en los vv. 19–22, y que aquí la idea principal es inauguración. La morada celestial y perfecta de Dios no necesitaba purificación, pero sí tuvo que ser inaugurada como el lugar santísimo del nuevo pacto, donde nos acercamos a Dios en base del sacrificio de Cristo. Sin embargo, una mejor manera de entender este versículo es que sí hay contaminación en el orden celestial y espiritual, porque el hombre es un ser espiritual, creado para estar en la presencia de Dios, adorándole y conviviendo con él. *Cosas celestiales* es una figura espacial, pero la realidad es espiritual. El pecado del hombre estorbó el plan de Dios, e impidió que el “cielo” (el orden espiritual donde Dios mora) sea lo que Dios quiere. El sacrificio de Cristo purifica al hombre, un ser espiritual, y restablece el compañerismo celestial entre Dios y sus criaturas. Así restaura el estado original de *las cosas celestiales*.



El sacrificio de Cristo (9:26)

El ministerio de Cristo es espiritual; en cambio, los ritos y sacrificios de la ley de Moisés son figuras terrenales que Dios instituyó para apuntar hacia la realidad espiritual (vv. 24–26). Por tanto, Cristo nunca *entró en un lugar santísimo* terrenal que los hombres habían construido según el mandato de Dios. Más bien, él salió de la tierra después de hacer su sacrificio, para entrar en la presencia *de Dios*, la realidad que el *lugar santísimo* representó. Allí nos representa: Todo su ministerio es *a nuestro favor*. Por nosotros vino, vivió y murió, y ahora por nosotros comparece ante Dios. No nos representa en una *figura*, [P. 107] como el sumo sacerdote que entraba en el lugar santísimo, sino en la realidad. En representación nuestra pide de Dios perdón, aceptación y ayuda para nosotros.

Joya bíblica

Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos. La segunda vez, ya sin relación con el pecado, aparecerá para salvación a los que le esperan (9:28).

Sumario

A través de este pasaje, la palabra de Dios nos enseña que Cristo estableció un nuevo sistema religioso que reemplaza un

sistema religioso superficial y externo. Este sistema religioso traído por Cristo supera el mero rito, la ceremonia, la práctica superficial y externa, porque es espiritual, interior, celestial y externa. En este sentido ofrece el perdón de los pecados y una nueva relación con Dios a través de una vida cambiada por el poder de Jesucristo. Si estamos todavía en un sistema religioso superficial de práctica y ritos es tiempo de cambiar por el mejor sistema traído por Cristo y disfrutar de sus bendiciones.

Si el ministerio de Cristo está en una esfera distinta a la del antiguo pacto, también es distinto en su alcance. *El sumo sacerdote* levítico repetía su sacrificio *cada año* en el día de Expiación. Se repetía porque era un sacrificio solamente simbólico que no resolvía el problema del pecado. Si el sacrificio de Cristo se tuviera que repetir, no sería ningún avance sobre el sistema levítico. Pero Cristo ofreció un solo sacrificio, perfecto y espiritual, que proveyó el perdón y la purificación completos; por tanto no se repite. El que ofrece *sangre ajena* puede repetir el sacrificio, pero el que se ofrece *a sí mismo* no tiene más que sacrificar.

No vemos a Cristo padeciendo la muerte *muchas veces*, cada vez por los pecados de un tiempo, desde el principio de la historia. Más bien apareció *una sola vez* (ver 1:2), *para quitar el pecado* que mancha toda la historia humana. La encarnación y el sacrificio de Jesús son la meta de la historia y la clave para interpretarla. A la luz de la cruz podemos ver el sentido simbólico de todas las ceremonias del AT, el propósito original de Dios para el hombre, y la gravedad de la rebelión.

Vv. 27, 28. Otra razón por la cual es imposible que se repita la muerte de Cristo es que él tomó la naturaleza humana para morir, y *está establecido que los hombres mueran una sola vez*. La muerte de Jesús es final, como la de todo hombre. El orden *establecido* por Dios es que cada hombre muera y *después* comparezca ante su trono para *el juicio*. Cristo también murió y compareció ante Dios, pero no para ser juzgado, sino para interceder por nosotros (v. 24). En su caso, el orden que Dios estableció es que después de su muerte haya *salvación* para todos *los que le esperan*. Cristo vino una sola vez para morir y así tratar el problema del pecado; vendrá *la segunda vez* para vivir y para compartir su vida con todos los que *le esperan* con confianza y fidelidad.

Nuestro autor describe apariciones de Cristo en este mundo según el modelo del día de Expiación. En aquel día el sumo sacerdote se presentaba ante el pueblo [P. 108] para hacer el sacrificio de expiación, y entraba en el lugar santísimo para ofrecer la sangre a Dios en favor del pueblo. Mientras estaba allí, el pueblo esperaba con ansiedad que apareciera otra vez, porque su salida significaba que Dios había aceptado el sacrificio por los pecados. De la misma manera, Cristo se presentó en el mundo para dar su vida en sacrificio por los pecados (v. 26), y después se presentó en el cielo ante Dios para interceder por nosotros en base a su sacrificio (v. 24). Ahora esperamos aquí su regreso, que confirmará la salvación que él nos ha comprado con su sangre (v. 28). El propósito de su segunda venida será la *salvación*, pero el resultado de la venida de Cristo para los que rechazan la vida de fe y esperanza que él ofrece, será *juicio* (v. 27) y condenación.

La exhortación implícita en esta exposición del ministerio de Cristo es que lo esperemos. Esperar a Cristo es hacerlo el enfoque de la vida, perseverar en fidelidad a él y confiar en su sacrificio que nos limpia para entrar en la presencia de Dios.

8. El recuerdo del pecado en los sacrificios, 10:1–4

Aquí, casi al final de la exposición de la superioridad de Jesús sobre el sistema de los judíos, el autor presenta su gran aportación: el concepto de una religión espiritual. Lo que agrada a Dios no son actos rituales o aun morales, sino una relación de confianza y obediencia absolutas. El autor aplica esta verdad a la adoración y a las ofrendas mandadas en el AT, pero también la podemos aplicar a todas nuestras formas religiosas. Hay una tendencia constante en la historia de la religión y en la vida de cada uno de nosotros, a definir nuestra relación con Dios en términos externos: El verdadero cristiano es el que asiste a los cultos, o el que canta con más energía, o el que levanta sus manos, o el que lee su Biblia constantemente, o el que testifica. Estas son maneras válidas y valiosas de dar expresión a la realidad de un encuentro interior y espiritual con Dios. Sin embargo, hay que recordar que son formas, y no tienen valor espiritual en sí. Este valor pertenece a la relación personal con Dios que se expresa en ellas, y si no existe esta relación, los ejercicios religiosos son hipocresía. Nuestra tendencia a materializar la religión y olvidar su dimensión espiritual, es una evidencia de la necesidad de la fe que percibe *las cosas que se esperan y... los hechos que no se ven* (11:1). El Espíritu Santo puede usar el libro de Hebreos para ayudarnos a resistir esta tentación y para corregir nuestra falta de sensibilidad espiritual.

Joya bíblica

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros y no la forma misma de estas realidades, nunca puede, por medio de los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente de año en año, hacer perfectos a los que se acercan (10:1).

Cuando el autor habla de *sombra* y *forma* (v. 1) utiliza términos platónicos, como en 8:5. Todo el sistema legal es terrenal: su santuario, sus sacrificios, su pacto. Pero la purificación que los hombres necesitamos no es de este mundo. La ley, que no tiene la sustancia de la realidad espiritual, no puede llevar al adorador a su meta espiritual. Es una *sombra*; tiene una relación con la verdad; la representa, pero no es la verdad que necesitamos. Le falta una dimensión para ser real, como un bosquejo dibujado de un objeto. El adorador [P. 109] “se acerca” al templo y al ritual buscando a Dios, pero si su búsqueda no tiene otra dimensión —la espiritual— encuentra que el acceso a Dios todavía está impedido por el pecado. *Hacer perfectos* significa “llevar a su meta”; Dios creó al hombre para acercarse a Dios en una relación personal, y la ley no puede establecer esta relación.

La realidad que necesitamos son *los bienes venideros*. Se llaman *venideros* porque, aun cuando Cristo los consiguió con su muerte, tenemos que seguir adelante en nuestro peregrinaje espiritual para alcanzarlos. Hoy gozamos por fe de la redención eterna y del acceso libre a Dios, pero habrá un cumplimiento pleno al fin del camino.

La repetición de las ofrendas del día de la Expiación, *continuamente de año en año*, muestra su imperfección. Lo que logra el fin no se repite; la repetición comprueba que no se ha logrado el fin. En el caso de las ofrendas por el pecado, la repetición prueba que el que las ofrece todavía está consciente de su condición de pecador. Si los sacrificios bajo la ley pudieran quitar la culpa del adorador, la repetición de ellos dejaría de tener sentido para él. Como el enfermo deja de ir a consulta médica cuando ha sanado, los pecadores *purificados* no volverían a acudir a los sacrificios. Los sacrificios del AT no dan esta purificación, porque el problema del ser humano está en la *conciencia* (ver 9:9, 14), y la ley del AT no puede penetrar allá.

En los vv. 3 y 4 se muestra que el verdadero propósito del día anual de la Expiación y de los otros sacrificios del antiguo pacto no fue quitar el pecado, sino mostrar a los pecadores su culpa y necesidad de la purificación. En vez de cubrir la distancia entre Dios y el pecador, la acentuaban. Los sacrificios de la ley preparan al hombre para el verdadero sacrificio de Cristo, fomentando la conciencia de su culpa y despertando el anhelo de la redención verdadera. Sería un error entender aquel pacto preparatorio como la palabra final de Dios, y dejaría al hombre todavía en su culpa y sin esperanza.

El día de la Expiación también enseñaba que Dios recuerda los pecados. El sacrificio *de toros y machos cabríos* fue una solemne confesión de que el pueblo y cada miembro del mismo se habían rebelado contra el Dios celoso que es *fuego consumidor* (12:29). Dios instituyó esta observancia anual porque él se acuerda de los pecados y demanda que se paguen.

Cristo es el sacrificio suficiente

10:1–18

1. La insuficiencia de la ley y los ritos judíos para quitar los pecados del hombre (vv. 1–8).
2. La suficiencia del sacrificio de Cristo por los pecados de los hombres (vv. 9–18).
 1. Al presentarse como sacrificio hizo la voluntad de Dios.
 2. Era el cordero perfecto. No tenía defecto, era puro (v. 10).
3. El descanso de Jesucristo muestra que su sacrificio es completo y efectivo (vv. 11, 12).
4. Su posición de Rey, Señor y Juez muestra su victoria sobre sus enemigos: Satanás y la muerte a quienes venció por medio de su muerte en la cruz (vv. 13, 14).
5. Su ministerio es efectivo. Su ley está implantada en el corazón para obediencia de los creyentes.

La paga no puede ser la sangre que se derramó en el día de la Expiación, porque el pecado es un asunto moral y espiritual. Los toros y los machos cabríos tenían solamente una naturaleza material y terrenal. [P. 110] Sin la capacidad para decisiones morales ni para compañerismo espiritual, no pueden ser sacrificios adecuados para quitar una mancha espiritual. En 9:13, el autor insistió en que esta sangre animal sirve solamente para santificar cosas carnales. Ahora, después de aclarar que estas cosas carnales son solamente sombras y símbolos de la realidad (10:1), saca la conclusión inevitable: *La sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar* la mancha verdadera, *los pecados*. Hacía falta el autosacrificio voluntario de una víctima consciente, en obediencia absoluta a la voluntad de Dios, a quien el pecado ofendió.

Joya bíblica

Es en esa voluntad que somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (10:10).

9. La voluntad de Dios realizada en el sacrificio, 10:5–10

El mismo AT describe el sacrificio que hace falta en el Salmo 40:6–8. La cita del pasaje en Hebreos tiene algunos detalles diferentes a nuestra versión del AT, principalmente la palabra *cuerpo*, donde nuestra versión dice *oídos* (Sal. 40:6). La mayoría de los manuscritos de la LXX tienen la lectura que cita Hebreos. Es posible que *cuerpo* apareciera en algún ms. heb., o que fuera la paráfrasis del traductor al gr., o que fuera un error que surgió en copias del texto griego. Como sea que surgiera la diferencia, el sentido de las dos lecturas es básicamente el mismo. Dios da oídos para oír su voluntad y cuerpo para hacerla. Las dos acciones son esenciales para la vida de fe obediente. El salmista, como muchas otras figuras proféticas en el tiempo del AT (ver 1 Sam. 15:22; Ose. 6:6; Amós 5:23, 24), percibió que el servicio que agrada a Dios no es un sacrificio animal, ajeno a la naturaleza espiritual, racional y moral del adorador humano, sino una obediencia absoluta a la voluntad de Dios. El Salmo emplea cuatro palabras que describen los sacrificios ofrecidos bajo la ley, y los declara inadecuados para satisfacer a Dios. El salmista encontró en *el rollo del libro*, la Torá o primeros cinco libros del AT, el modelo de esta voluntad para su vida, y se comprometió conformar su vida a la voluntad escrita de Dios.

En la referencia al *cuerpo* preparado, el autor de Hebreos ve una aplicación a la encarnación del Hijo de Dios. Dios quiere obediencia, no sacrificios. Por la imperfección del pacto anterior Dios prepara un cuerpo para que su Hijo entre en el mundo y cumpla su voluntad. Aunque el autor del Salmo y otras personas de fe han querido hacer la voluntad de Dios, Jesucristo es el único en toda la historia de la raza humana que cumplió cabalmente el plan de Dios para su vida. En 10:7 se expresa la actitud que marcó toda la vida de Jesús; no hubo ningún momento en que él difiriera en lo más mínimo de la voluntad de Dios. Su vida es la encarnación de la voluntad de Dios escrita en la Biblia.

En los vv. 8 y 9, el autor aplica el pasaje que citó a la relación entre los dos pactos. El v. 8 resume las dos cláusulas negativas [P. 111] del Salmo 40:6–8, y nota que estos términos dan precisamente un resumen de los sacrificios que se ofrecían bajo la ley de Moisés. Si Dios no quiso estas cosas y no le *agradaron*, no pueden ser la solución final al problema del pecado. El Salmo indica que los sacrificios son sustituidos por la firme decisión de hacer la voluntad de Dios. Cuando Cristo vino para cumplir en forma absoluta la meta que el salmista había propuesto, abrogó el primer sistema de acercarse a Dios e instituyó uno nuevo.

La idea de una nueva manera de relacionarse con Dios, sin sacrificios, fue revolucionaria para los judíos, quienes reconocían la ley de Moisés como la palabra de Dios. Por tanto, el autor emplea citas de las mismas Escrituras de los judíos, como el Salmo 40:6–8, para mostrar que Dios mismo concibió e inició esta revolución.

El v. 10 dice que la vida terrenal de Jesucristo muestra cuál es la *voluntad* de Dios: nuestra santificación (ver 1 Tes. 4:3). En Hebreos “santificar” es purificarnos del pecado para que podamos acercarnos a Dios en adoración y servicio con confianza. Para cumplir este propósito Dios tuvo que dar lo más precioso que tiene: la vida de su Hijo. En *Jesucristo* se resuelve la tensión entre el sacrificio (la esencia del primer pacto) y el hacer la voluntad de Dios (la esencia del segundo). Para Jesús, la voluntad de Dios fue el sacrificio de sí mismo. (El *cuerpo* aquí, como la sangre en los vv. 19 y 29, representa el sacrificio de su vida.) Este sacrificio agrada a Dios porque la víctima es voluntaria, racional y moralmente perfecta. Los que siguen a Jesucristo tienen que ofrecerse a Dios de la misma manera, para cumplir su voluntad por medio de la vida o por medio de la muerte, según Dios decida. El camino de la voluntad de Dios exige más que el sistema de los sacrificios; exige toda la vida.

Jesús se sacrificó *una vez para siempre* (ver 9:25–28), y completó nuestra santificación. Dio todo, de manera que no tiene nada que ofrecer en un segundo sacrificio. Cumplió todo, de manera que no hace falta nada que se pudiera lograr con un segundo sacrificio. Nos ofrece la santificación total, que nos capacita para entrar *una vez para siempre* a la presencia de Dios y allí gozar de una comunión permanente.

10. El término de los sacrificios, 10:11–18

Los vv. 11 y 12 presentan otra ilustración del contraste entre los sacerdotes levitas y Cristo. En los vv. 1–4 el autor enfocó el sacrificio anual del día de Expiación, hecho por el sumo sacerdote; aquí enfoca los sacrificios diarios por los sacerdotes en general. Ellos están de pie (el sentido del verbo traducido *se ha presentado*) [P. 112] cada día, sirviendo y ofreciendo sacrificios. Están muy activos, pero mucha actividad no significa mucho provecho. Se repiten los sacrificios precisamente porque *nunca pueden quitar los pecados*. Aun después del sacrificio queda el pecado y la necesidad de un sacrificio efectivo. Cristo, en cambio, *se sentó*, porque su servicio en sacrificio está completo. Entre los muebles del santuario terrenal, no hay ninguna silla, pero según el Salmo 110:1 Cristo está sentado en el santuario celestial, *a la diestra de Dios*. El estar sentado indica el término de su ministerio de sacrificio. Está ocupado en la intercesión por nosotros, pero desde una posición de reposo y de privilegio. El que se sienta es Rey y Señor; los que están de pie son sus súbditos. Así que, citando nuevamente su pasaje favorito de su libro predilecto (Sal. 110), el autor de Hebreos vuelve a mostrar la superioridad de nuestro sacerdote a los del AT.



Sacrificios que nunca pueden quitar el pecado (10:11)

En el v. 13, se aplica otra frase del Salmo 110:1 a nuestro Rey-sacerdote. Sentado en la posición de poder supremo sobre el reino de Dios, espera la derrota final de *sus enemigos*. Ya no sale a darles batalla porque consiguió la victoria definitiva con el mismo sacrificio que quitó los pecados. Un solo acto logró completa santificación para los que le siguen y completa victoria sobre sus enemigos. La vergonzosa cruz en que Cristo murió fue en realidad la derrota de sus enemigos. Dos de estos son [P. 113] los enemigos mencionados en 2:14, 15: Satanás y la muerte. El juicio final que viene (6:2; 10:27) no es más que la culminación del juicio que Cristo dio en la cruz. En 10:26–31 el autor de Hebreos advierte a sus lectores de la gravedad de ponerse entre los enemigos del Rey-juez por rechazar su sacrificio en la cruz.

Ritual o rectitud

10:1–18

1. Los lectores de Hebreos, muchos de ellos judíos, tienen la tentación de colocar el sistema religioso judío, los ritos y las prácticas (el santuario, los sacrificios y ofrendas), externos, imperfectos y pasajeros, como el único y superior a todo, incluso a Cristo, lo cual para el autor de Hebreos es una terrible equivocación, sólo Cristo es el único, suficiente y perfecto que nos lleva a experimentar el perdón de nuestros pecados y a vivir una verdadera relación, o pacto con Dios.

De la misma manera en nuestro tiempo, muchos católicos y evangélicos remplazan a Cristo con una religión externa de prácticas y ritos porque resulta más cómoda. Así la relación con Dios se define en expresiones externas como: asistir al templo, orar, cantar (en forma mecánica y fría o danzando, levantando las manos, etc.), tener experiencias de caídas, lenguas y otros, dar ofrendas, etc. Pero no queremos aceptar la nueva religión traída por Jesucristo, la religión de la vida en la que es necesario el arrepentimiento y conversión por cuanto esta nueva religión busca el perdón de nuestros pecados; es necesario un cambio de vida, un estilo de vida acorde con la voluntad de Dios, por cuanto esta nueva religión ofrece una nueva relación con Dios, una relación interna, profunda que afecta nuestra vida total.

2. Debemos afirmarnos y confiar en Jesucristo, el único y suficiente camino a Dios, porque él es el sacrificio, la ofrenda única y completa que hacía falta para proveernos el verdadero perdón de nuestros pecados, la santificación completa, la relación perfecta con Dios y, por ende, una salvación perfecta y eterna. Muchos creen que pueden ser salvos por sus buenos actos o simplemente creen que pueden alcanzar la salvación a través de cualquier religión (el budismo, el islamismo y otras), pero es necesario que sepan que sólo Cristo puede salvar, porque él fue el único sacrificio que proveyó el verdadero perdón de nuestros pecados, la santificación completa, la relación con Dios.

En conclusión, la posición sentada de Cristo comprueba que la *ofrenda* que él ofreció fue la única que hacía falta, porque fue completa (v. 14). Provee una salvación perfecta y por tanto eterna. Por medio del sacrificio de Cristo, los que creen en él son *santificados* o purificados de sus pecados para que entren en la presencia de Dios. De esta manera, los ha *perfeccionado* o llevado a la meta, porque el propósito de Dios en crear al hombre era que tuviera una relación personal con él. El pecado es la barrera que nos separa de esta relación de confianza y gozo.

Los santificados traduce un participio presente. Por tanto, la idea es progresiva: “Los que están siendo santificados”. Nuestra santificación está completa y perfecta con el sacrificio perfecto de Cristo en la cruz, pero Dios la está aplicando a nuestras vidas durante todo el peregrinaje que seguimos. Hebreos presenta nuestro carácter cristiano como un hecho en Cristo, y también como un proceso de maduración. Debemos mantener una tensión dinámica entre estos dos aspectos; debemos confiar en la obra perfecta de Cristo a la vez que nos esforzamos para progresar.

Los vv. 15–18 terminan el argumento de Hebreos acerca de la superioridad del ministerio de Jesucristo. Repiten una de las citas del AT. *El Espíritu Santo* confirma la conclusión por lo que dice a través de Jeremías, ya citado en 8:10–12. El autor cambia algunas palabras, y abrevia la cita para enfatizar su conclusión: Que Dios ha escrito sus *leyes* en los *corazones* humanos (primero, de Jesús; ahora en el de su pueblo) y por tanto ya no hay memoria de los pecados, sino perdón. El perdón es la provisión de Dios para los pecados pasados de los que confían en él. Implantar su ley en el corazón es su provisión para la obediencia futura de estos creyentes. Con la ley en su corazón desean y pueden obedecer. De modo que Jeremías describió en este pasaje la misma santificación y perfección que Jesucristo logró con su ofrenda (v. 14).

Las palabras *él añade* (v. 17) no aparecen en el original griego. Muchas traducciones las incluyen para dividir la premisa, que es la ley interior, de la conclusión sacada de esta premisa: perdón absoluto. Sin embargo, es probable que el autor hace suyas las palabras *dice el Señor* en la cita, de manera que las dos proposiciones después de esta frase son conclusiones que Dios pronuncia *después de haber dicho: Este es el pacto...* Esta interpretación está más de acuerdo con el cuidado que el autor siempre muestra en la selección y arreglo de sus palabras.

El olvido de los pecados implica el fin de los sacrificios animales. Todo el sistema de sacrificios y purificaciones apuntó a la necesidad del *perdón*. Cuando Dios ha dado este perdón, cuando ya no se acuerda de [P. 114] los pecados y cuando su pueblo ya no tiene conciencia de culpa, ya no caben las ofrendas que simbolizan la memoria del pecado. El primer pacto proveyó una memoria anual de los pecados (v. 4); el nuevo provee un olvido del pecado que excluye toda repetición del sacrificio sangriento. El perdón esperado es ahora realidad. Entonces, volver a participar en los sacrificios del antiguo pacto es, para el cristiano, abandonar la verdad para regresar a una sombra (ver v. 1).

V. EL CAMINO NUEVO Y VIVO EN JESUCRISTO, 10:19—12:29

Nuestro autor ha interrumpido su argumento doctrinal varias veces para exhortar a sus lectores a aplicar esta doctrina a sus vidas (2:1–4; 4:14–16; 6:1). De aquí en adelante la aplicación es su enfoque principal. En

Hebreos, como en todo el NT, la doctrina no es especulación abstracta, sino la base para una vida cambiada. La verdad se vive.

1. Acceso a Dios por Jesucristo, 10:19–25

Esta sección es como una bisagra que une el argumento doctrinal y la aplicación ética de Hebreos. Los vv. 19–21 resumen la superioridad de Jesucristo sobre toda otra religión, en base a dos privilegios del cristiano; los vv. 22–25 presentan la vida que debemos vivir a la luz de esa superioridad, empleando tres imperativos. El autor vuelve a mostrar su sensibilidad pastoral en llamar a sus lectores *hermanos* y en presentar la condición y los deberes cristianos en primera personal del plural.

Vv. 19, 20. El primer privilegio que tenemos en Cristo es pleno acceso al trono de Dios. En el antiguo pacto el *lugar santísimo* fue el símbolo de la presencia de Dios, y el acceso a este símbolo se limitó de modo estricto. Casi todo el pueblo estaba excluido. Solamente el sumo sacerdote podía entrar, y aun su acceso fue limitado a un día en el año. En aquel día tuvo que observar con cuidado ciertas condiciones para entrar. En contraste absoluto, bajo el nuevo pacto en Cristo, todo su pueblo puede entrar, en todo momento. Además, nuestra entrada no es simbólica, sino la entrada al verdadero trono en el cielo. Tenemos *confianza para entrar* en base a nuestra relación personal con Dios. *Jesús* estableció esta relación con el sacrificio de su *sangre*, borrando la rebelión y los pecados que cortaron nuestro camino hacia Dios.

Cristo tomó un *cuerpo* (v. 20; lit. “su carne”) con el propósito de hacer este sacrificio. De la misma manera en que fue necesario que se rasgara el velo del lugar santísimo (ver Mar. 15:38; Mat. 27:51) como un símbolo de que todos podemos entrar a la presencia de Dios, fue necesario que el cuerpo de Cristo fuera partido para darnos este acceso. Esta figura tan atrevida del velo ha causado mucha discusión. Algunos intérpretes sugieren que es *el camino*, no *el velo*, el que se compara con la carne de Jesús, pero el orden de las palabras y la gramática no apoyan esta interpretación. Otros intentan explicar lo que la carne de Jesús vela: su divinidad, el camino a Dios, etc. Unos sugieren que el velo es el punto de contacto entre Dios y el hombre, como la divinidad y la humanidad se unieron en la encarnación de Cristo. Pero la comparación no se basa en la separación que el velo hace, sino en la necesidad de la destrucción en los dos casos, del velo y del cuerpo de Jesucristo. Nos sorprende el hecho de que Hebreos no hace una referencia más directa a la rasgadura del velo (Mar. 15:38), porque ésta ilustra [P. 115] el sacrificio corporal de Jesús tan claramente. Algunos sugieren que el autor de Hebreos no conocía este detalle de la Pasión; como dice el comentarista F. F. Bruce, aun en este caso el lenguaje de Hebreos y el evento de los Evangelios enseñan la misma lección.

Semillero homilético

El camino nuevo y vivo en Cristo

10:19–39

Introducción. En todo el mundo los caminos antiguos causaban muchas dificultades de tiempo, accidentes, etc.; generalmente, por estar descuidados y deteriorados. Fue así con la carretera antigua que unía tres ciudades importantes en Bolivia (La Paz, Oruro, Cochabamba). Hoy por hoy, el nuevo camino asfaltado que une estas tres importantes ciudades ha facilitado enormemente la comunicación y el tiempo de llegadas. Ahora no se ve un solo vehículo yendo por el camino antiguo, todos prefieren el camino nuevo. En el plano espiritual, estar en el camino nuevo y vivo significa reconocer a Cristo como la única puerta de entrada a Dios.

- I. Por cuanto Jesucristo es el camino a la presencia de Dios (vv. 19–25).
 1. Cristo nos abrió el camino plenamente hacia la presencia de Dios (vv. 19, 20).
 2. Cristo es nuestro representante y mediador ante Dios, un sumo sacerdote que intercede por nosotros (v. 21).
 3. Nuestra respuesta a los beneficios que tenemos en Cristo (vv. 22–25).
- (1) Si tenemos el camino abierto hacia Dios ¡usémoslo!, en-

tremos en una relación espiritual con Dios que sea sincera (v. 22).

(2) Debemos aferrarnos a la esperanza de las promesas de Dios, sin vacilar en la lealtad al Salvador que esperamos (v. 23).

(3) Busquemos a través de acciones concretas, la manera de ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer el bien (v. 24).

(4) Lejos de alejarse de la congregación, los cristianos deben asistir. Esto es urgente pues vivimos en los últimos tiempos del fin (v. 25).

II. Por cuanto debemos cuidarnos del peligro de rechazar el camino nuevo y vivo abierto por Cristo (10:26–31).

1. Ya que es perderse el único sacrificio que le puede purificar y presentar ante Dios (v. 26).

2. Ya que es entrar a una condición que merece el castigo eterno de Dios (vv. 27–31).

3. Por cuanto debemos perseverar en el camino nuevo y vivo abierto por Cristo (vv. 32–39).

(1) Se debe recordar la perseverancia demostrada y seguir adelante (vv. 32–34).

(2) Se debe mantener la perseverancia hasta llegar a la meta (vv. 35–39).

Conclusión: Hay muchas religiones, sectas e ideologías y filosofías humanas que son los caminos que siguen muchos hombres, son los caminos viejos y equivocados, uno solo es el camino nuevo, vivo y verdadero. Ese camino nuevo, vivo y verdadero es Jesucristo, y Cristo invita a todos a entrar en ese camino.

El *camino* que nos conduce *a través del velo* a la presencia de Dios es *nuevo*, porque no es el camino anterior de la matanza de animales. El anterior llevó en realidad, no a la presencia de Dios, sino a una conciencia más clara de la separación entre los adoradores y Dios (10:4). La perfecta obediencia y el perfecto sacrificio de Jesús otorgan una nueva base para el acercamiento a Dios. El camino que Jesús nos abrió es siempre nuevo, porque nunca envejece ni caduca (8:13). También es un camino *vivo*. No es una cosa, ni una doctrina, sino una persona, Jesucristo mismo (ver Juan 14:6). Para acercarnos a Dios no seguimos ciertas reglas, sino a una persona que va adelante. Esta persona no es una figura del pasado, sino una que resucitó y vive en el presente; tiene una vida [P. 116] indestructible (7:16) y la comparte con sus seguidores. Como el pueblo de Israel entró en el lugar santísimo simbólicamente por el sumo sacerdote que les representaba, así nosotros entramos a la verdadera presencia de Dios por nuestra participación en Jesucristo, nuestro gran sumo sacerdote.

Nuestro segundo privilegio es que Cristo es este gran sumo sacerdote que nos representa. Además del acceso libre y total a la presencia celestial de Dios, tenemos un sacerdote que nos representa siempre en intercesión ante Dios. El cap. 7 en especial ha descrito a nuestro gran sumo sacerdote. *Gran sacerdote* es la traducción literal de un título hebreo que se aplicaba al sumo sacerdote. Esta es la única mención en Hebreos de este título, aunque 4:14 dice *gran sumo sacerdote*. Si el sumo sacerdote en el tiempo del antiguo pacto era el “gran sacerdote” en relación con los otros sacerdotes de su tiempo, Cristo es el *gran sacerdote* en sentido absoluto: incomparablemente superior a todos los demás sacerdotes y sumos sacerdotes. *La casa de Dios* es su pueblo. El autor ya utilizó esta expresión cuando describió la superioridad de Jesús a Moisés (3:2–6); aquí recuerda nuestra responsabilidad de aferrarnos al acceso y a la confianza que tenemos (3:6).

El primero de los tres imperativos que describen nuestra respuesta a la superioridad de Cristo es: *acercuémonos* (v. 22). Si tenemos acceso libre a Dios, ¡úsémoslo! Nuestro gran sumo sacerdote ha entrado en la presencia de Dios, y nos dejó la puerta abierta. En Hebreos acercarse a Dios es la esencia de la religión y el

propósito del Creador para el ser humano (ver 4:16; 7:25; 10:1; 11:6; 12:22). “Acercarse” es una metáfora de compañerismo estrecho y de unión espiritual.

Joya bíblica

Retengamos firme la confesión de la esperanza sin vacilación, porque fiel es el que lo ha prometido (10:23).

Nuestro autor describe cuatro aspectos de nuestro acercamiento a Dios. Primero, solamente podemos acercarnos a Dios *con corazón sincero*. Es necesario que en el centro del ser tengamos un deseo sincero de relacionarnos con Dios; no podemos fingir lealtad a él. La misma palabra traducida *sincero* aquí aparece en 8:2 y 9:24, donde se traduce *verdadero* y se refiere al santuario celestial. El *corazón sincero* es el corazón cuyo fundamento y contenido son las cosas celestiales, eternas. Es constante y sincero porque está centrado en lo eterno. Segundo, nos acercamos *en plena certidumbre de fe*. El cap. 11 cita ejemplos de esta fe en Dios que da la seguridad de que Dios nos recibe cuando nos acercamos.

Los dos últimos modos de nuestro acercamiento describen la purificación que Cristo nos consiguió con su sacrificio. *Purificados* es lit. “rociados”. Como los sacerdotes levíticos fueron rociados con sangre (Éxo. 29:21) y lavados con agua (Éxo. 29:4) en su dedicación, así los cristianos somos purificados por la sangre de Jesús cuando iniciamos nuestro acercamiento a Dios. Su sangre nos purifica en el corazón o conciencia, donde está arraigada la maldad. El lavamiento de los *cuerpos con agua* es un símbolo exterior de la purificación interior. Este simbolismo viene de los lavamientos ceremoniales de los judíos, pero el autor también piensa en el bautismo cristiano. El agua es *pura* en su simbolismo, porque representa al Espíritu Santo que purifica (Eze. 36:25, 26; Tito 3:5). No se puede dudar que el autor de Hebreos ve el bautismo como un símbolo de la salvación, y no como un requisito. Esto es así porque él ha insistido en que nuestro problema y su solución son espirituales (10:1–4).

[P. 117] El segundo imperativo es *retengamos firme* (v. 23). El cristiano necesita un equilibrio entre el progreso, acercándose a Dios, y la estabilidad de una *esperanza* firme. El autor inició su exposición del ministerio sacerdotal de Jesucristo mencionando el mismo equilibrio; exhorta a sus lectores a retener su confesión y a acercarse con confianza (4:14, 16).

Nuestra fe en Cristo otorga una esperanza firme en cuanto al futuro; una esperanza tan espléndida no nos permite quedar callados. Por tanto, el autor de Hebreos habla de *la confesión de la esperanza*. Confesamos esta esperanza públicamente al aceptar a Cristo. El autor exhorta a sus lectores a continuar aferrados a esta esperanza, *sin vacilación* en su lealtad al Salvador que esperan. Podemos tener confianza absoluta en Dios, el único que es absolutamente *fiel* a todo lo que *ha prometido*. Dios siempre cumple; siempre es fiel a los que confían en él y en sus promesas. Los cristianos caminamos hacia el futuro con optimismo porque conocemos el Señor del futuro y confiamos en él.

Vv. 24, 25. El tercer imperativo, *considérennos los unos a los otros*, nos recuerda que el peregrinaje cristiano se realiza en comunidad. Mientras nos acercamos a Dios y retenemos firme la esperanza, debemos recordar que otros nos acompañan. Consideramos a Jesucristo (3:1) para motivarnos a la fidelidad y al progreso; *considerérennos los unos a los otros*, para aprender de su ejemplo y para ofrecerles el nuestro. El compañerismo cristiano nos ayuda a mantenernos firmes y a crecer en nuestra relación con Dios. Nuestra relación con Dios no se puede separar de la relación con nuestros semejantes. Repetidas veces, desde la creación (Gén. 2:15–18) hasta las enseñanzas de Jesús (Mar. 12:28–31) y en las cartas de los apóstoles (Stg. 1:27; 1 Jn. 4:20), la Biblia insiste en esta verdad.

Por tanto, parte del “acercarnos a Dios” es “considerar” a los otros para fomentar en ellos el *amor y las buenas obras*. El *amor* fraternal que es el objetivo de esta “consideración mutua” se manifiesta en *buenas obras*. No es una actitud teórica, sino un camino de acciones serviciales.

Sobre una religión superficial y ritual

Los indígenas de América Latina no entendieron ni entienden hasta ahora la religión cristiana traída por los españoles, ya que éstos les mostraban con sus vidas una religión, una relación con Dios, que se reducía a los ritos, las prácticas y ceremonias, veían una cruz y lloraban; pero sus vidas se caracterizaban por una actitud de despotismo, de mentira, explotación, genocidio, violaciones, corrupción, injusticia y otras, sus vidas

no mostraban ninguna relación con el Dios de amor a quien predicaban con sus bocas.

Los indígenas se encontraron confundidos porque ellos entendían que la relación con Dios es una cuestión de vida y no sólo de ritos y ceremonias, por eso el cronista indígena Guamán Poma de Ayala, dice —comentando sobre la religión de los españoles—: “Estos dichos animales, que no tienen a Dios, desuellan a los pobres de los indios en este reino y no hay remedio. ¡Pobre de Jesucristo!”.

¿Qué clase de religión llevamos y, por ende, mostramos?
¿La religión superficial o la que trajo nuestro Señor Jesucristo, el de la vida, que nos lleva a una verdadera relación con Dios, un compromiso con su carácter y su causa?

En el griego original los verbos *dejemos* y *exhortémonos* en el v. 25 no son imperativos, sino participios que describen dos aspectos importantes del mandato del v. 24. Experimentamos el amor y el compañerismo cristiano en las reuniones de la congregación. El que “considera” a sus [P. 118] hermanos cristianos es fiel en su asistencia a las reuniones. Algunos habían perdido la *costumbre* de asistir a los cultos y a las reuniones de la iglesia; tal vez se habían fastidiado de la presión constante de sus parientes o amigos incrédulos. El autor tiene una advertencia severa para los que están tentados a retirarse de la congregación para evitar las burlas del mundo: Cuando uno abandona a la iglesia, que es el cuerpo de Cristo, está muy cerca de abandonar a Cristo y todos los beneficios de su sacrificio (vv. 26–31).

Joya bíblica

Porque si pecamos voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por el pecado (10:26).

Lejos de alejarse de la congregación, los cristianos deben asistir con el propósito de animar (exhortar) a los demás. En lugar de seguir el ejemplo de los que se alejan o de olvidarlos, deben buscarlos y alentarlos a regresar. El egoísmo es uno de nuestros problemas principales, y produce una religión individual que no se preocupa por los semejantes. Hacen falta cristianos que presten atención a otros para animarles y estimularles en sus propios ministerios. Tales “animadores” oran por sus hermanos, observan su desarrollo y les escuchan cuando están desanimados. Sugieren oportunidades para servicio, y felicitan a sus hermanos por sus esfuerzos.

El autor de Hebreos recuerda a sus lectores que el ministerio de animar a otros es urgente, porque *se acerca* el regreso de Cristo y el juicio. Ellos podían ver señales de la crisis que se acercaba en Judea, una crisis que resultaría en la destrucción de Jerusalén. Aparentemente, algunos cristianos asociaban esta destrucción con la segunda venida de Cristo (Mat. 24:1–3; Mar. 13:1–4, 24–26; Luc. 21:5–7, 25–27); las escaramuzas en Palestina podían ser el principio del fin de la historia. Hoy, aunque hemos vivido por muchos siglos sin llegar al *día* del regreso de Cristo, es importante que la iglesia no pierda la tensión escatológica. Todavía vivimos en los últimos tiempos (1:1) y disfrutamos las primicias del nuevo siglo que Cristo traerá. La sombra del fin debe ser otro estímulo al amor y apoyo mutuos.

2. El peligro de despreciar la revelación, 10:26–31

La costumbre de ausentarse de las reuniones de la iglesia indica cierta indiferencia peligrosa hacia las responsabilidades y las bendiciones de la relación con Cristo. El autor advierte que el que rechaza el sacrificio de Cristo no encontrará otro medio de purificarse y acercarse a Dios. Hay que acercarse a Dios por medio de Jesucristo, o enfrentar la ira y el juicio de Dios. Esta advertencia es semejante a la de 6:4–6.

Es importante interpretar el v. 26 a la luz del v. 29. No se trata aquí de cualquier pecado, sino del rechazo consciente y deliberado de Cristo y su sacrificio. El tiempo presente del verbo *pecamos* indica que se trata de un hábito, como en el v. 25, y no de una caída momentánea. Hebreos describe aquí a uno que ha aprendido en la comunidad de la fe la verdad de su impureza y de la provisión de Cristo para limpiarla. Si decide “a ciencia y conciencia” abandonar la confesión de la esperanza (v. 23) y la iglesia (v. 25) para regresar al camino del pecado, debe entender que ha abandonado el único sacrificio que le puede purificar y presentar ante Dios. Lo que Hebreos ha dicho de la insuficiencia del sistema del AT, se aplica a toda religión fuera de la

verdad de Jesucristo. No hay varias [P. 119] religiones verdaderas o varios caminos hacia Dios: *En ningún otro hay salvación* (Hech. 4:12).

El que abandona la única esperanza en Cristo no puede esperar santificación o salvación, pero el v. 27 dice que todavía le espera algo. Ha abandonado la salvación y le espera el *juicio*. El autor de Hebreos describe esta *expectativa* como *horrenda* (este versículo nos recuerda Isa. 26:11 en la Septuaginta). El que abandona a Cristo se identifica con sus *adversarios*, y el resultado del juicio para estos se puede describir con la figura del *fuego ardiente*. La alternativa a una fe seria y permanente en el Señor Jesucristo es una condenación espantosa.

Vv. 28, 29. Nuestro autor refuerza su advertencia con otro argumento a *fortiori*. La ley de Moisés requería la pena de muerte por ofensas serias. La alusión aquí a Deuteronomio 17:6 indica que el autor piensa en la ofensa de abandonar al Señor para servir a otros dioses, descrita en Deuteronomio 17:2–5. No había posibilidad de *compasión* y perdón si *dos o tres testigos* confirmaban esta ofensa. Si la muerte física fue la pena de rechazar la sombra (10:1), el castigo del que abandona la realidad en Cristo tiene que ser mayor: la muerte eterna. Uno “pisotea” lo que considera sin valor. El que da la espalda a Cristo y a su iglesia declara con su acción que el Hijo de Dios no tiene valor, que no merece respeto. El abandonar la fe también es una acción que indica que *la sangre* de Cristo, que simboliza su muerte, fue *de poca importancia*, una muerte común sin valor para la salvación. Este abandono es una negación de la confesión cristiana de que la sangre de Cristo inauguró el nuevo *pacto* y purifica a su pueblo para acercarse a Dios.

Joya bíblica

¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo! (10:31).

El regreso al mundo es un insulto grave al *Espíritu* que ofrece la *gracia* de Dios (o el *Espíritu* que Dios nos ofrece por su *gracia*). El que no continúa fiel a Jesucristo, lo insulta a él y menosprecia toda la obra salvífica de Dios. Los que han dejado de reunirse con el pueblo de Dios están en gran peligro, porque están en un camino que les lleva a cometer este insulto. Tal vez el autor de Hebreos vea en el *Hijo de Dios*, su *sangre* y el *Espíritu de gracia* los *dos o tres testigos* que condenarán al desertor a la muerte eterna.

Para comprobar que esta amonestación severa no es invención suya el autor cita la palabra de Dios (vv. 30, 31). El autor utiliza la primera persona del plural: *Conocemos* a Dios, sus lectores, al igual que él mismo. Los que contemplan el abandono no pueden esgrimir la ignorancia como excusa. Las citas son del “Cántico de Moisés” en Deuteronomio 32. (La segunda cita se encuentra en Sal. 135:14a). En su contexto original la primera cita habla de la *venganza* de Dios contra su pueblo que le ha abandonado, pero la segunda afirma que [P. 120] Dios *juzgará a su pueblo* en el sentido de otorgarle protección de sus enemigos. Parece que Hebreos aplica esta segunda cita también a la retribución que Dios administrará a los suyos si le abandonan. Aunque la aplicación en Hebreos no es exactamente la misma que la del cántico en el AT, la idea es clara. Dios no pasa por alto la infidelidad de los que se han declarado suyos, y protegerá a su pueblo tanto de los enemigos de afuera como de los infieles de adentro.

Nuestro autor resume esta sección de advertencia solemne con la imagen de *caer en las manos* de Dios. Nuestro Dios tiene la capacidad de castigar, porque es el único *Dios vivo*. El que deja de acercarse a Dios (v. 22) no se escapa de su presencia, sino que cae en sus manos. Estar en las manos de Dios es la esperanza de los que sirven al Dios vivo; es la *horrenda* verdad para los que lo rechazan.

A algunos intérpretes les parece que 10:26–31, como 6:4–6 (un pasaje semejante en estructura y en contenido), enseñan la posibilidad de que un cristiano puede “caer de la gracia” y perder su salvación. Sin embargo, otras partes de la Biblia enseñan que una persona que ha recibido al Espíritu de Cristo en una experiencia genuina de conversión no cometerá el pecado que Hebreos describe (ver 1 Cor. 12:3). Cuando Dios nos hace suyos, nos da una nueva voluntad (v. 16); el que *voluntariamente* (v. 26) sigue en el camino del pecado o regresa a él, muestra que no es parte del pueblo de Dios. En realidad, Hebreos no trata la verdad bíblica de la seguridad de la salvación. Su tema en estos pasajes es más bien el peligro real que acecha a los que contemplan la posibilidad de abandonar a Cristo públicamente. La única manera de salvarse de este peligro es la dependencia obediente de Dios, el mismo Dios quien constituye la seguridad del creyente.

3. La necesidad de perseverancia, 10:32–39

Como hizo en 6:4–12, aquí también el autor de Hebreos añade palabras de aliento a la advertencia severa. Recuerda a sus lectores *los primeros días* de su peregrinaje con Cristo (en cuanto a *iluminados*, ver comentario sobre 6:4), y los sufrimientos que enfrentaron con valor, fe y gozo.

Vv. 32–34. Varios comentaristas han buscado en esta sección y en 12:4 evidencias acerca del lugar en que vivían estos lectores. Hay ciertos detalles en Hebreos que corresponden notablemente con las circunstancias de la expulsión de los judíos (incluyendo cristianos judíos) de Roma en 49 d. de J.C., y otros que pueden parecer alusiones a los sufrimientos de la iglesia en Jerusalén, narrados en los primeros capítulos de Hechos. Algunos comentaristas ven aquí la persecución bajo Nerón. Pero la gran diversidad en estas interpretaciones indica la dificultad de una identificación específica del lugar. Podemos afirmar solamente que estos cristianos, como muchos en el primer siglo, enfrentaron oposición severa cuando aceptaron a Cristo.

Las aflicciones de los lectores incluyeron [P. 121] tanto insultos como verdaderas amenazas a sus personas y sus bienes. Aun cuando los *reproches y tribulaciones* iban dirigidos a sus hermanos, los lectores se hicieron solidarios de ellos. Por lo que sufrieron, demostraron lo genuino de su amor a Cristo, quien les había iluminado. Por su identificación con el sufrimiento de sus hermanos, mostraron que el amor fraternal también fue una realidad en ellos.

Los lectores mostraron este amor fraternal aun a los cristianos encarcelados (v. 34). Fue difícil sobrevivir en una cárcel romana del primer siglo sin amigos que trajeran comida, abrigo y otras necesidades, porque lo que las autoridades daban no era suficiente. Los lectores visitaban a sus hermanos para suplir estas necesidades a pesar del riesgo que corrían en su propia libertad. Fue un riesgo porque el “delito” de los encarcelados fue su confesión cristiana. La sospecha inmediata de las autoridades sería que los amigos que los visitaban también eran cristianos, y un poco de investigación lo comprobaría. De manera que estas visitas a los encarcelados fueron actos de gran valor, y evidencia de una fe genuina. El autor indica que también fue imitación de Cristo, porque para describir esta identificación costosa con el sufrimiento de otros, emplea el mismo verbo que usó en 4:15 para describir la identificación de Cristo con nuestra necesidad.

Finalmente, el autor menciona que habían sufrido la pérdida de sus *bienes* materiales. No dice si estos fueron confiscados oficialmente, o si algunos vecinos aprovecharon la persecución para robarles. Lo importante es la actitud con la cual estos nuevos creyentes aceptaron la pérdida: *con gozo*. Entendieron que su verdadero tesoro no estaba en este mundo, sujeto a percances y a la maldad de sus adversarios. Por tanto, no se acongojaron al perder lo que algún día dejarían de todas formas. La perspectiva de la fe y de la esperanza incluye la evaluación correcta de los bienes terrenales. El creyente entiende que estas posesiones son temporales, y que aun cuando las tenemos son lo más valioso. Sin duda nos duele perderlas, pero la posesión mejor está resguardada en el cielo, y nunca la perderemos.

La disciplina de Dios

10:36

Debemos someternos y perseverar en la disciplina de nuestro Dios, por las siguientes razones:

1. La disciplina que él permite para nosotros si bien es cierto que como toda disciplina es penosa, no obstante, es para dirigir nuestra atención a la lección que Dios quiere enseñarnos. Las dificultades que nos sobrevienen sin que nosotros las hayamos provocado nos ayudan a entender que este mundo no es nuestro hogar, y si el sufrimiento es por pecado, nos enseña la malignidad y el peligro del pecado.
2. La disciplina que él nos aplica como a sus hijos es para bien, una vez que se ajusta a nuestro verdadero desarrollo y bienestar, nos prepara para una vida feliz en esta tierra y para la vida eterna.
3. No debemos caer en el extremo de huir a toda disciplina expresada en sufrimiento, pero tampoco debemos caer en el otro extremo de buscarla.

La visión de Hebreos sobre este punto puede servir de correctivo en el mundo actual, que piensa demasiado en lo material. Aun entre cristianos, hay una tendencia hoy a dar demasiada importancia a lo material, y olvidarse de la liberación espiritual. El [P. 122] camino de Cristo no es simplemente una fórmula para el éxito material. Aun en la legítima lucha para liberar a nuestros prójimos de la pobreza terrenal, no nos olvidemos de la riqueza *mejor y perdurable* que también les debemos ofrecer.

A la luz del precio que ya pagaron por su fidelidad a Cristo, y de la recompensa que les espera, ¿cómo pueden pensar ahora en arrojar por la borda su relación con él? (vv. 35, 36). Esto sería abandonar tanto su pasado (*vuestra confianza*) como su futuro (*gran recompensa*). Dios recompensará la confianza de los que se acercan a él por medio de Cristo, y aun ahora por la fe podemos disfrutar los bienes que él promete. La pala-

bra *recompensa* puede sugerir que el creyente gane los beneficios de Dios por su fidelidad, pero nuestra obediencia y perseverancia no ameritan el premio. Más bien, son el camino hacia Dios y los beneficios que él ofrece por gracia.

El autor está seguro de que sus lectores están en este camino, pero les hace falta la *perseverancia* en el camino que comenzaron, hasta que lleguen a la meta (ver 6:11, en un contexto semejante). Es llamativo que estos cristianos habían hecho grandes hazañas por su fe (vv. 32–34), pero encontraron aun más difícil el perseverar. Verdaderamente, en cada generación la perseverancia es una prueba más exigente [P. 123] que las acciones heroicas espontáneas y momentáneas.

Verdades prácticas

1. Jesucristo es el único camino abierto a la presencia de Dios para salvación. Los lectores del autor de "hebreos" estaban en un flagrante peligro de:
 1. Poner otras mediaciones para llegar a Dios,
 2. de caer en el peligro de rechazar el camino de salvación, Jesucristo,
 3. de abandonar a Jesucristo y, por ende, el camino de salvación.
2. En nuestro tiempo, de igual modo, cuántos estamos corriendo los mismos peligros:
 1. Estamos poniendo en nuestro aparente seguimiento a Dios otras mediaciones, como: a. el cumplimiento frío y mecánico de ceremonias y ritos o cultos extremadamente sugestivos y emocionales; b. sectas o denominaciones que presumen tener la única verdad; personas que se creen en los verdaderos y únicos canales a una verdadera experiencia religiosa.
 2. Arrastrados por los placeres y afanes de este mundo presente estamos manifestando actitudes de apatía, de indiferencia y abandono, expresados en una fría religiosidad y costumbrista de asistencia dominical o de alejamiento de la iglesia.
3. Es necesario entender y aplicar a nuestras vidas una fe entendida en términos de obediencia expresada en acciones concretas que agradan a Dios a pesar de las prueba y situaciones difíciles. Esto lo encontramos en los ejemplos de fe de los fieles del AT y el mayor ejemplo de fe de nuestro Señor Jesucristo. Puesto que como a los lectores de "hebreos" las pruebas muchas veces nos tientan a dejar la fe expresada en la obediencia a Dios:
 1. Debemos renovar las fuerzas para seguir adelante en la carrera de fe viviendo una vida digna, sin dejarnos sofocar con la fatiga espiritual, el pecado y las pruebas.
 2. Debemos mantenernos y apreciar el nuevo pacto realizado en la sangre de Jesucristo para el perdón de nuestros pecados y la salvación de nuestras almas. Este pacto es la garantía de nuestra salvación, por eso requiere que le demos la importancia y seriedad que amerita.
 3. Debemos abandonar la actitud de rebeldía, de rechazo a la voluntad de Dios, ya que esto trae como consecuencia la condenación eterna. La única actitud que nos puede salvar de este peligro fatal es adorar a Dios con gratitud y temor.

Esto es una dura advertencia a los muchos creyentes de este tiempo que toman el camino de la fe con tanta liviandad y poca seriedad manifestando una apatía a lo que realmente Dios quiere de sus vidas y siguiendo una religiosidad adecuada a su capricho humano.

El peregrinaje cristiano consiste en hacer *la voluntad de Dios*, y cuando el cristiano ha cumplido la voluntad de Dios para su vida recibirá *lo prometido*. El que quiere escapar de los reproches y tribulaciones y por tanto deja de luchar, no cumple con la voluntad de Dios para su vida y no alcanza la recompensa. Obedecer la voluntad de Dios no es fácil; le costó la vida a nuestro sumo sacerdote (vv. 9, 10). Pero es el único camino al premio.

Vv. 37–39. Como es su costumbre, el autor refuerza su exhortación con una cita de las Escrituras. La cita es básicamente de Habacuc 2:3, 4, aunque el primer renglón se ha modificado de una manera que recuerda Isaías 26:20. (Ya hay alusión a Isa. 26:11 en 10:27.) Tanto Isaías como Habacuc escribieron en medio de crisis semejantes a la que pasaban los destinatarios de Hebreos. En la situación de Habacuc, Dios le prometió que el cumplimiento de su promesa de salvación vendría pronto. *El que ha de venir* era un título mesiánico del primer siglo (ver Mat. 11:3; Luc 7:19), y Hebreos lo aplica a Jesús. Él es el Mesías que ha venido, y también *vendrá* en una segunda etapa del cumplimiento de la salvación prometida. A Habacuc le parecía que el cumplimiento tardaba mucho; hubo también momentos en que los cristianos del primer siglo pensaban que la segunda venida de Cristo tardaba. Sin embargo, la palabra de Dios afirma que *vendrá* seguramente, y no tarde. Nosotros también debemos escuchar la firme promesa de Dios, y no desanimarnos por el tiempo que está pasando antes de su cumplimiento.

El autor invierte el orden de las cláusulas que cita en el v. 38, para que volver *atrás* sea una posibilidad aplicada al *justo*, y no al *que ha de venir*. Mientras espera al que viene, el *justo* de Dios vive *por fe*: Abandona la autosuficiencia para basar toda su vida en la promesa de Dios. La fe no es solamente una experiencia inicial en la vida del cristiano, sino que caracteriza todo su camino. La vida eterna incluye una fe permanente. Si uno se acobarda ante la prueba, y *vuelve atrás*, no *agradará* a Dios. Ha abandonado la voluntad de Dios, y así muestra que no tiene el carácter fiel y justo que se muestra en la obediencia y en la perseverancia. Hebreos presenta una alternativa clara al lector: la fe y la cobardía. Una produce vida; la otra, perdición.

El autor de Hebreos termina esta sección con una expresión de su confianza en que la fe de sus amados lectores es genuina. Les ha advertido en forma severa, pero está seguro de que responderán positivamente, con fidelidad y perseverancia. Como dice la Biblia de Jerusalén, “no somos **cobardes**...sino **creyentes**”. No se aplica a ellos la segunda descripción de v. 38: No tienen perseverancia y por tanto no agradan a Dios. Los tales caminan hacia la destrucción. Los lectores son más bien de los justos que vivirán por fe: Tienen la fe genuina y permanente que es necesaria para agradar a Dios y así obtener la vida eterna. La palabra traducida aquí *alma* se traduce *vida* en Juan 15:13 y Hechos 20:24, y tiene el mismo sentido aquí. Estos versículos han presentado de manera clara el camino que agrada a Dios y preserva la vida: la fe perseverante y obediente. El creyente genuino se afianza en la promesa de Dios, a pesar de los obstáculos, y camina en obediencia a su voluntad. El capítulo que [P. 124] sigue da ejemplos que ilustran esta actitud de fe perseverante.

4. Ejemplos de la fe que persevera, 11:1—12:3

Estos ejemplos de la fe que agrada a Dios y hereda la vida se presentan en orden cronológico. El autor narra una historia de la fe. Comienza con la creación, y da ejemplos específicos hasta llegar a la entrada a la tierra prometida, el “reposo de Dios”(3:11). Después (11:32–38) resume las hazañas de fe que cubren el período desde Josué hasta el día en que se escribió Hebreos.

(1) La naturaleza de la fe, 11:1–3. Este notable capítulo comienza con un versículo destacado. Algunos lo llaman una definición de la fe, aunque otros insisten en que no es una definición formal, porque no enumera todos los aspectos de la palabra. Aunque la podemos llamar una definición de la fe en sentido general, es cierto que el autor enfatiza un aspecto de *la fe*: Mira hacia **adelante**, a *las cosas que se esperan*, y hacia **arriba**, a *hechos celestiales que no se ven*.

Primero el autor afirma que la fe tiene que ver con la esperanza. De hecho, *fe* y *esperanza* son casi sinónimos en Hebreos (p. ej. 10:23). La fe trata con cosas que pertenecen al futuro y las hace parte de nuestro presente. Desde luego, no es nuestra confianza la que hace actuales estas cosas, sino la promesa de Dios. La fe genuina se basa en la promesa de Dios, no en los deseos del que cree.

La palabra traducida *constancia* ya apareció en 1:3 (*naturaleza*) y 3:14 (*confianza*). Esos versículos ilustran los dos sentidos básicos de la palabra. Objetivamente, significa esencia o sustancia. En el v. 1 se dice que por fe podemos tratar los eventos futuros no como posibilidades, sino como hechos reales y sustanciales, en base a la promesa de Dios. Subjetivamente, *constancia* es la seguridad que uno siente de la realidad de lo que Dios ha prometido. Los comentaristas y las versiones generalmente enfatizan uno de estos aspectos, pero es probable que el autor inspirado quiso expresar los dos. El hombre de fe trata las promesas de Dios como realidades objetivas, y por tanto vive con seguridad y confianza.

Lo que Dios promete para el futuro es tan seguro como lo que ya ha sucedido en el pasado, pero no lo comprobamos por investigaciones científicas o históricas, sino por fe en la promesa y en el que promete. La promesa de Dios y la fe del creyente en su palabra, es la única *constancia* de las realidades en las cuales el creyente basa su vida y conducta. La fe-esperanza da una orientación futura a la vida cristiana. El creyente no está esclavizado a su pasado, sino que puede avanzar con optimismo hacia el fin que Dios le ha prometido.

La misma palabra traducida *constancia* se usaba también para designar un título de propiedad. Nuestra fe es la constancia de que las bendiciones que Dios nos ha prometido pertenecen a nosotros. Por la fe podemos afirmar que ya son nuestras, aunque todavía no se han aparecido en nuestra historia y experiencia.

La segunda expresión complementa la primera. Hay realidades espirituales que no son futuras, y a ellas también las percibimos solamente por la fe. Es una paradoja que la fe es *la comprobación* de estas cosas *que no se ven*. No están al alcance de nuestros sentidos, y por lo tanto no pueden ser comprobadas en el sentido normal. Pero la fe es como un sexto sentido que percibe otra realidad. Es más, el creyente [P. 125] considera las realidades invisibles como más sustanciales y más permanentes que las cosas que todos ven, y basa sus decisiones y su conducta en ellas. Los ejemplos del capítulo mostrarán que la fe no es una creencia estática, sino una convicción dinámica que determina toda la conducta del creyente.

Vv. 2, 3. La fe ha sido esencial para una relación adecuada con Dios desde el principio de la historia. Los santos del AT (*los padres* de 1:1) se acercaron a Dios por la fe, como Dios mismo testimonia en su Palabra. El verbo del v. 2 es pasivo en el original. Esta era una manera común entre los judíos del primer siglo de expresar una acción divina: Dios dio testimonio de su fe. Este *testimonio* de Dios es el AT que apunta a la aprobación divina de la fe de *los antiguos*, y nos señala este camino de fe como la manera de acercarnos a Dios (10:22).

En el v. 3 aparece por primera vez la frase clave del capítulo, traducida *por la fe*. Esta nota se repite 18 veces en 29 versículos (vv. 3, 4, 5, 7, 8, 9, 11, 17, 20, 21, 22, 23, 24, 27, 28, 29, 30, 31; la forma en el original de 33 y 39 es distinta pero significa lo mismo). Enfatiza que todas las hazañas del pueblo de Dios son hazañas de fe. Pero esta primera ilustración no tiene que ver con la historia del hombre, sino con eventos antes de la creación del hombre. Conocemos esta prehistoria de la misma manera en que conocemos el futuro; no por métodos empíricos, sino por la fe. Las investigaciones científicas pueden descubrir la cronología de la formación del universo, pero solamente la fe puede conocer al Creador. Las personas de fe entienden que las cosas que percibimos con nuestros sentidos no tomaron su forma actual simplemente por procesos naturales que se basan en otras cosas visibles. Más bien fue *la palabra* dinámica *de Dios* la que formó *el universo* (Gén. 1:3): la misma palabra que sostiene al mundo (Heb. 1:3) y lo juzgará (4:12). De modo que lo sustancial y lo verdadero no es lo visible. Las realidades últimas no son cosas que se ven, sino aquello *que no se veía* ni se percibe hoy a través de los sentidos físicos. Solamente la fe da acceso a las realidades últimas. Las primeras de estas realidades son nuestro *Dios* personal y todopoderoso, y su *palabra* más poderosa que Dios empleó para constituir el universo es la que emplea en sus promesas a nosotros. Así que sus promesas, aunque se tratan de cosas que todavía no se ven, son tan sustanciales y concretas como el universo que percibimos y estudiamos con nuestros sentidos físicos. En efecto, estas promesas son aun más permanentes que el mundo físico, porque éste será “sacudido” (12:27) algún día, pero las promesas de Dios no se pueden sacudir.

Implícita en este versículo está la doctrina posteriormente formulada, de que Dios creó al mundo sin recursos materiales; no trabajó con materia prima que ya existía. Esta doctrina se llama creación *ex nihilo*. No es el propósito del autor de Hebreos afirmar esta doctrina, pero la presupone. En realidad la idea es esencial a su concepción de la fe, porque él enseña que la fe nos da acceso a la dimensión más básica y eterna, que es el mundo espiritual e invisible. Si Dios hubiera utilizado un material ya existente, este material sería también eterno, y tan permanente como la palabra y el poder de Dios. En tal caso la ciencia, que trata de cosas materiales, podría también dar acceso a lo eterno. La insistencia de Hebreos en la naturaleza espiritual de la religión legítima (10:1–10) implica la naturaleza temporal y no eterna de todo lo material.

(2) Ejemplos entre la creación y el diluvio, 11:4–7. *Abel* (v. 4) es el primer ejemplo de un “antiguo” que recibió buen testimonio (v. 2) *por la fe*. El autor de Hebreos afirma que su *sacrificio*, en contraste con el de su hermano Caín, fue aceptable a Dios por su fe. En este caso, Hebreos se diferencia de la versión griega (LXX), con la cual ha concordado en tantas citas anteriores. La LXX sugiere una razón ritual por el rechazo del sacrificio de Caín: su manera de ofrecer no fue correcta. En [P. 126] contraste, el texto heb. en que se basan nuestras versiones modernas apoya la interpretación que Hebreos da a Génesis 4:7: Dios amonesta a Caín a hacer lo bueno y evitar el pecado; no pide ningún cambio en su sacrificio. La diferencia estaba en las personas que sacrificaron, no en lo sacrificado o en la manera de sacrificar. El hecho de que Dios aceptó las *ofrendas* de Abel es, para el autor, prueba de su fe, y de la justicia que se basa en la fe (10:38).

Aun la muerte no pudo impedir los beneficios de su fe: A pesar de la violencia e injusticia que sufrió, recibió la aprobación de Dios y *la preservación del alma* (10:39). Su vida después del asesinato es uno de los hechos que no se ven, pero el testimonio de Dios confirma que siguió viviendo (Gén. 4:10), porque aun muerto Abel *habla todavía*. Algunos entienden que Abel habla a nosotros por su ejemplo de fe y justicia, o que sigue reclamando la reivindicación hasta que ésta se perfeccione en el juicio final. Otros toman *habla* como un presente histórico, refiriéndose al clamor de su sangre mencionado en Génesis 4:10. En todo caso, la

lección es que aun la muerte física no pone fin al valor de la fe. Este es un tema importante en este capítulo de ejemplos de la fe. Tan grande es la fe que significa la vida, aun a pesar de que a veces la evidencia que se ve es de muerte.

En contraste con Abel, la fe de *Enoc* (v. 5) le permitió evitar *la muerte*. Dios tiene poder para levantar a una persona de fe a su presencia sin que ésta pase por la experiencia de la muerte. Así hizo en el caso de Enoc, y también lo hará al regreso de Cristo (1 Tes. 4:17). Los primeros dos ejemplos de la fe presentan la tensión entre la fe que evita la muerte y las desgracias de la vida, y la fe que las enfrenta con valor. Esta tensión continúa en todo el capítulo.

Semillero homilético

Una fe triunfante

11:1–39

- I. La naturaleza de la fe (vv. 1–3).
 1. Es la constancia de que las bendiciones que Dios nos ha prometido nos pertenecen. Por la fe podemos afirmar que ya son nuestras, aunque todavía no han aparecido en nuestra historia y experiencia.
 2. Es la facultad de conocer las realidades invisibles como más sustanciales y más permanentes que las cosas que todos ven, y basar las decisiones y conductas en ellas (v. 1).
 3. Es la facultad de conocer a Dios como el creador del universo.
- II. Los primeros hombres de la humanidad antes del diluvio son un ejemplo de fe triunfante (vv. 4–7).
 1. Abel. Por la fe presentó un sacrificio mejor a Dios.
 2. Enoc. Fue justo y agradó a Dios sólo por la fe (vv. 5, 6).
 3. Noé. Creyó en la advertencia del castigo divino y por su fe activa salvó a su familia del diluvio.

El testimonio de la Escritura indica que Dios trasladó a Enoc por haberle *agradado*. Esta expresión es la paráfrasis que los traductores de la LXX (o la edición heb. [P. 127] que utilizaron) dieron a la frase heb. *camino con Dios* (Gén. 5:22). El v. 6 aclara que nadie puede *agradar a Dios* sin fe. Aunque la Escritura no menciona la fe de Enoc (como tampoco la de Abel), éste fue justo y agradó a Dios sólo *por la fe*. No podemos ver a Dios en el mundo que percibimos por nuestros sentidos; uno *se acerca* a él solamente por la fe. Y nadie busca a Dios a menos que crea que *existe* y confía en que Dios lo recibirá y le concederá lo que busca. Como en ocasiones anteriores (4:16; 7:25; 10:1, 22), el autor describe la religión como acercarse *a Dios*. Esta frase significa más que traer una petición a Dios; *el que se acerca a Dios* busca una relación personal con él. Como dijo Tomás de Aquino: “El galardón no es más que Dios mismo”.

Este principio, que el autor de Hebreos usa para comprobar la fe de Enoc se aplica también a sus lectores. Los que quieren agradar a Dios y alcanzar el galardón de entrar en su presencia, tienen que vivir por la fe. Sólo aceptando por fe la realidad del orden de las cosas invisibles, y del Dios que existe en aquel orden, podemos acercarnos a Dios en adoración y comunión.



Los héroes de la fe

Noé (v. 7) es un ejemplo de la obediencia de la fe. Recibió una advertencia de Dios acerca del diluvio, un evento que todavía pertenecía al futuro invisible, y actuó en [P. 128] base a su *temor reverente*. La palabra traducida así significa primariamente “miedo”, pero Lucas utiliza una palabra de la misma raíz para describir a los “piadosos”: los que tienen respeto y reverencia a Dios y a su voluntad (Luc. 2:25; Hech. 2:5; 8:2). Noé creyó la advertencia porque respetaba al que habló, y por su fe activa salvó a *su familia* del diluvio. Para el mundo parecía un loco, construyendo un barco lejos del agua, y tuvo que enfrentar sus burlas y desprecio. Pero cuando vino el juicio de Dios y lo invisible se hizo visible, la “locura” de Noé resultó ser sabia, y los que se burlaban de él perecieron. Así este “loco” *condenó al mundo* por la fe. También *llegó a ser heredero de la justicia que es según la fe*. Noé es la primera persona que la Biblia llama *justo* (Gén. 6:9; 7:1), y Hebreos proclama que uno puede ser justo solamente por la fe (10:38). Noé es un buen ejemplo de los justos que viven por fe y así preservan el alma (10:38, 39).

(3) Los patriarcas, 11:8–22. El autor ya ha mencionado la promesa de Dios a *Abraham* (6:13–15). En este capítulo le dedica más espacio que a cualquier otro ejemplo de la fe. La fe de los primeros ejemplos está implícita en el testimonio divino, pero de Abraham este testimonio dice directamente que *creyó a Jehovah* (Gén. 15:6). Por la fe que mostró a través de toda su vida, Abraham es reconocido como el padre de todos los creyentes (Rom. 4:11, 12; ver Gál. 3:29).

La fe de Abraham, como la de Noé y toda fe genuina, fue activa. Cuando Dios lo llamó, *obedeció* inmediatamente, “mientras todavía zumbaba el llamamiento en sus oídos” (Westcott). El autor de Hebreos indica esta presteza por el participio presente: “Mientras estaba siendo llamado”.

Dios no le indicó de antemano a dónde iría (Gén. 12:1); ni siquiera le prometió que esa tierra desconocida sería su posesión. Esta promesa solamente vino después de que Abraham obedeció (Gén. 13:14, 15). Ha de haber sido muy difícil decir a Sara, su esposa: “Querida, Dios me ha dicho que salgamos de aquí”. Sin duda ella preguntó: “¿A dónde te está mandando?” Y él tuvo que responder: “No me ha dicho adónde. Nos dirá cuando lleguemos”. Peor aun fue avisar a sus suegros que se llevaba a su hija, y no sabía adónde. Tuvo que salir sin decir a su familia y a sus amigos dónde podrían visitarles. Dios llamó a Abraham, pero no le dijo *adónde iba* ni a qué iba. “Pero ésta es la gloria de la fe, sencillamente el no saber: no saber adónde vas, no saber qué vas a hacer, no saber qué tendrás que sufrir, y...seguir la pura voz de Dios” (Lutero). ¿Cómo pudo Abraham salir de su patria con tantas preguntas todavía no resueltas? No sabía su futuro, pero conocía al que le llamaba. Abraham creyó en Dios aun antes de tener una promesa para creer. La fe es confiar en una persona antes de creer un mensaje.

Vv. 9, 10. Cuando llegó a *la tierra*, y Dios le dijo: “Esta es la tierra que te daré” (ver Gén. 13:14, 15), Abraham seguía *viviendo en tiendas*, como advenedizo. Años después, cuando murió su esposa Sara, no poseía ni siquiera la tierra suficiente para enterrarla (Gén. 23:2–4). La única constancia o comprobación (ver 11:1) de su posesión era la promesa de [P. 129] Dios. Muchas veces el perseverar en la fe cuando se aplaza el cumplimiento es más difícil que la obediencia inicial. Sin embargo, la demora es una oportunidad para aprender que el cumplimiento pleno no vendrá a este mundo de todas maneras, porque las promesas de Dios

tratan primordialmente de cosas celestiales. Él nos promete lo mejor, y lo mejor no se encuentra en el mundo material y visible. Abraham estuvo contento *viviendo en tiendas* en la tierra, porque tenía una *ciudad* celestial por la fe que espera.

La prueba y la oportunidad de “vivir en tiendas” no fue solamente para Abraham. Su hijo y su nieto, *coherederos de la misma promesa*, compartieron esta experiencia. En el sentido espiritual todos los que vivimos por fe en la promesa de Dios vivimos *en tiendas* en este mundo. La promesa de Dios y la visión del futuro y de las realidades espirituales que él da, nos dan la perspectiva de extranjeros en este mundo. La patria de la persona que conoce a Dios por la fe es *celestial* (11:16), y nunca se siente “en casa” en este mundo. Como Abraham, tenemos que abandonar la seguridad terrenal para tener la seguridad espiritual que Dios da.

“Seguridad espiritual” no significa algo vago o teórico. La ciudad que Abraham esperó, y que todos los herederos de la fe esperan, es real. Abraham no conocía la tierra adónde iba (8), pero conocía al *arquitecto* y *constructor* de su hogar permanente. Aunque esta *ciudad* es visible solamente por la fe, es la única ciudad permanente, porque está fundada sobre los únicos *cimientos* dignos del nombre, y fue diseñada y construida por *Dios*. La persona de fe es soñadora y visionaria, pero sus sueños y visiones no son invenciones humanas; se basan en la promesa y en las obras eternas de Dios.

Es difícil determinar quién es el sujeto del v. 11: Abraham o *Sara*. Los comentaristas de los primeros siglos aplicaron el versículo a Sara, y ésta es probablemente la mejor opción, aunque el v. 12 claramente regresa a Abraham como sujeto. De todas maneras, ambos están estrechamente ligados en esta hazaña de la fe, y la cuestión del sujeto gramatical no afecta la fuerza del ejemplo. Abraham y Sara habían pasado la edad para *engendrar un hijo*. Sara tenía 90 años y había dejado de menstruar, pero a pesar de esta imposibilidad nació su hijo Isaac. Este nacimiento no fue producto de leyes naturales, sino de una profunda confianza en aquel que les *había prometido* una posteridad. La fe es creer que Dios es fiel (10:23). Si la risa de Sara parece una falta de fe (Gén. 18:12), para el autor de Hebreos el nacimiento del hijo prometido es prueba de que ella superó sus dudas y aceptó la promesa de Dios por fe. Esta promesa de Dios y la fe en su promesa permitió a Abraham llegar a ser padre de una numerosa posteridad, aun después de que consideró terminado este aspecto de su vida. Las figuras de *las estrellas* y de *la arena* aparecen juntas en Génesis 22:17 —con relación a esta promesa de Dios— y varias veces separadas. El AT presenta el cumplimiento literal de esta promesa: Aunque parecía una vez que [P. 130] Abraham iba a morir sin descendientes, su posteridad llegó a ser toda una nación. El NT presenta un cumplimiento aun más profundo de la promesa: Espiritualmente, Abraham llegó a ser padre de todos los que creen en las promesas de Dios (ver Gál. 3:7–9, 29; Rom. 4:16, 17).

En los vv. 13–16, el autor regresa al tema que había tocado en el caso de Abel: Que la muerte física no pone fin al valor de la fe. Aun en la muerte los patriarcas Abraham, Sara, Isaac y Jacob vivieron por fe. Dios les había prometido la tierra y una descendencia numerosa, y ninguna de estas promesas fue cumplida antes de que murieran. Sin embargo, la muerte no significa que las promesas de Dios quedan incumplidas, sino que la fe abarca cosas que en esta vida siempre serán esperadas; solamente serán visibles en el mundo al otro lado de la muerte. *Las promesas* eran firmes, pero los patriarcas no pudieron más que percibir las en la distancia y reconocer que todavía venían. Así la misma muerte resultó ser una lección para su fe: Aprendieron que lo que esperaban, lo que Dios había prometido, no pertenece a este mundo. Los creyentes tienen sus valores mayores en otra dimensión; no son del mundo sino que son *peregrinos*. Están aquí solamente de paso.

Cuando Abraham se describe como *forastero y advenedizo* (Gén. 23:4), y Jacob llama a su vida una *peregrinación* (Gén. 47:9), es obvio que no consideran la tierra prometida, en la cual pasaron tantos años, su verdadera *patria*. Por otro lado, no están recordando a Ur de los caldeos o a Harán, de donde Abraham había salido para obedecer el llamamiento de Dios. Si una de éstas fuera su verdadera patria, *tendrían oportunidad de regresar*. Sin embargo, no las mencionan, porque tuvieron la perspectiva de la fe. Su felicidad estaba en el futuro prometido y esperado, no en el pasado que habían dejado.

Semillero homilético

Ejemplos de fe triunfante

11: 8–22

- I. Abraham (vv. 8–19).
 1. Obedeció inmediatamente al llamado de Dios, de salir, sin saber adónde iba.
 2. Vivió contento en tiendas, confiando en la promesa de Dios de una morada mejor y eterna, aun sin verla (vv. 9,

10).

3. Recibió una descendencia incontable por creer que Dios es fiel a sus promesas (vv. 11, 12).

4. Murió él, como toda su familia, creyendo que todas las promesas de Dios tendrán su cumplimiento (vv. 13–16).

5. Estuvo dispuesto a sacrificar a su único hijo con tal de obedecer a la voz de Dios, sabiendo que Dios es fiel a sus promesas (vv. 17–19).

II. Isaac (v. 20).

Confió en que la promesa y el plan de Dios seguirían aun después de su muerte, por eso bendijo a su hijo Jacob.

III. Jacob (v. 21).

Confió en que la promesa y el plan de Dios seguirían aun después de su muerte.

Los patriarcas no echaron raíces donde estuvieron, ni regresaron a donde habían [P. 131] empezado, porque la *patria* que *anhelaban* no estaba en este mundo; es la *celestial*. Sin duda es *mejor* que cualquier patria terrenal, porque tiene la naturaleza de lo celestial: perfecta, sin defecto. La actitud que agrada a Dios (v. 6) es aceptar como real lo que él ha preparado. *Ciudad* (vv. 10, 16) y *patria* son términos sinónimos que describen el lugar preparado. Los cristianos somos conciudadanos, a pesar de diferencias de nacionalidad, cultura e idioma, porque todos esperamos y confesamos la misma *patria* futura y *celestial*.

Dios *se llama el Dios de ellos* en Génesis 28:13 y Éxodo 3:6; 4:5. Debemos notar que las citas de Éxodo son pronunciadas después de la muerte de los patriarcas; Dios no deja de ser el Dios de los creyentes cuando éstos mueren. Como el autor dijo en los vv. 4 y 13, por la fe uno preserva la vida aun después de la muerte.

Los vv. 17–22, que concluyen la descripción de la fe de los patriarcas, dan ejemplos específicos de la actitud de la fe ante la muerte (ver v. 13). El primer ejemplo es la fe de Abraham, no ante su propia muerte, sino cuando Dios manda la muerte de su hijo. Dios le prometió que su *descendencia* sería innumerable (v. 12), y aclaró que el hijo de su pacto era *Isaac*. Hacía falta esta aclaración porque Abraham tuvo otro hijo, Ismael, por medio de Agar (Gén. 17:20, 21; 21:12). Pero el resultado de esta clara declaración acerca de Isaac es que la crisis que Abraham enfrenta en Génesis 22, no es solamente un conflicto de sentimientos sino también una prueba de la fe. Dios le manda sacrificar en holocausto a Isaac, el *hijo único* del pacto. ¿Cómo se pueden cumplir *las promesas* de Dios si muere el hijo de la promesa? Por otro lado, ¿cómo puede Abraham ser fiel al pacto si desobedecía el mandamiento de Dios y no *ofrecía* a su hijo? Sin duda ésta es la prueba más difícil que Abraham enfrentó en toda su vida, y una de las más difíciles en la historia de la fe. Sin embargo, Abraham no se detuvo para especular sobre el problema lógico, ni para lamentar su dilema. Cuando le falla el entendimiento, procede por la fe. Los tiempos del verbo “ofrecer” en el v. 17 ilustran su obediencia. La primera vez se expresa en el tiempo perfecto: El acto ya estuvo completo en cuanto a la decisión de Abraham. La segunda vez, el autor utiliza el tiempo imperfecto: Abraham ya estaba procediendo, y estaba a punto de sacrificar a su hijo, cuando Dios intervino. Estaba fuera de las posibilidades de Abraham el resolver el aparente conflicto entre la promesa y el mandamiento; por lo tanto, dejó esta tarea al único que la podía cumplir, y se concentró en lo que le era posible como hombre: obedecer. En realidad, esto era lo único que Dios le pedía.

Enfrentando esta prueba con fe Abraham aprendió más de Dios, el objeto de su fe: Llegó a la convicción de que Dios puede *levantar* a personas *aun de entre los muertos*. El nacimiento de Isaac había sido una señal de esta verdad (v. 12), pero en el camino a Moriah Abraham se convenció de que Dios, para cumplir su promesa, levantaría a Isaac de la muerte después del sacrificio. Al dejar a sus siervos, les dijo: *Yo y el muchacho... volveremos* (Gén. 22:5). Aparte de esta lección de la omnipotencia de Dios, Abraham aprendió que Dios no es malo ni caprichoso, porque impidió el sacrificio. *Por la fe* expresada en obediencia, conoció a Dios. También, la fe triunfó sobre [P. 132] la muerte, porque en estos eventos dramáticos Abraham vio a su hijo rescatado de la muerte segura.

Hablando figuradamente (v. 19) traduce palabras que significan lit. “en parábola”. Hay dos posibilidades principales para interpretar la frase. Podemos entender que el rescate de Isaac fue tan dramático como si ya hubiera muerto; Isaac regresó de una muerte “figurada”. La segunda posibilidad es que el autor de Hebreos vio este sacrificio como un tipo o figura del sacrificio de Jesucristo: El rescate de Isaac presagia el rescate de

Jesús, quien realmente murió y resucitó. Este último es el sentido de la misma palabra “parábola” en 9:9, la única otra vez que el autor la usa, y está de acuerdo con la interpretación del sacrificio de Isaac en muchos otros autores cristianos de los primeros tres siglos de la iglesia. Cuando recibió “de la muerte” al hijo de la promesa, Abraham vio *de lejos* (v. 13) el gran evento que Dios había planeado para salvar a toda la humanidad de la muerte (2:14, 15). El comentarista Bruce sugiere que éste puede ser el evento al cual se refiere Cristo en Juan 8:56.



Jacob recibe la bendición de Isaac (11:20)

Los vv. 20–22 muestran que el representante principal de cada una de las tres generaciones que seguían a Abraham tenía la misma perspectiva de fe en cuanto a su propia muerte. *Isaac* pronunció a sus hijos una bendición de Dios que tenía que ver con el *porvenir*, y éste se percibe solamente [P. 133] por la fe (11:1). Aunque pronunció la bendición años antes de su muerte, la relacionó con ella (Gén. 27:27 ss.). Confiaba en que el plan de Dios continuaría aun después de su muerte. La muerte suele ser una de las pruebas más exigentes de la existencia humana, pero la fe es adecuada aun para ella.

Hebreos menciona primero al hijo menor, *Jacob*, reflejando la prioridad que este tiene sobre Esaú en la historia, a pesar de que la costumbre de los días de los patriarcas era dar prioridad al mayor en la herencia y en la bendición paternal. El autor de Hebreos utiliza este orden para hacer hincapié en la verdad de que Dios en su soberanía escoge a quien quiere, sin referencia a las normas humanas (Isa. 55:8, 9). Se podría objetar que Jacob recibió la primera y principal bendición por engaño (Gén. 27:19–23). Sin embargo, esta objeción no refuta el principio, porque la prioridad del menor aparece también en el siguiente ejemplo, la bendición por *Jacob* a *los hijos de José* (Gén. 48:17–19). En este caso no hay ninguna ambición humana, solamente la revelación divina. Debemos concluir que las bendiciones de Dios corresponden a la fe, no a distinciones hechas en este mundo material.

Jacob añade a la bendición de sus nietos un acto de adoración. El acto de adoración sucedió en una ocasión anterior, pero todavía pertenece al contexto de la fe que ve más allá de la muerte. Jacob había pedido a su hijo José que llevara sus restos a Canaán para enterrarlos con sus padres. Después de oír su juramento, Jacob *se postró* (Gén. 47:31) en adoración. Durante sus primeros años había empleado artimañas y esfuerzos humanos para asegurar su porvenir, pero al fin de sus días se postró delante de Dios en sumisión y súplica.

Según la traducción del Génesis heb., Jacob se postró *sobre la cabecera de la cama* (Gén. 47:21). Esta es la interpretación de los masoretas, eruditos judíos quienes produjeron un texto heb. con vocales entre 500 y 800 d. de J.C. El autor refleja la misma traducción que se encuentra en la versión gr. llamada Septuaginta (LXX) Esta fue producida en el siglo II a. de J.C., de un texto heb. sin vocales. Las palabras heb. para “cama” y *bastón* tienen las mismas consonantes, *mth*. Los masoretas y los traductores al gr. sencillamente escogieron distintas vocales, y así entendieron palabras distintas. La diferencia no afecta la lección: La persona de fe ve las realidades invisibles, como Dios, y lo adora. También ve las realidades esperadas, como el porvenir, de manera que puede hablar con confianza de eventos posteriores a su propia muerte.

José, quien había cumplido su juramento acerca de los restos de su padre Jacob (Gén. 50:4–7), también *dio mandamiento* por fe *acerca de* la disposición de *sus propios restos*. Indicó que fueran preservados para acompañar al pueblo cuando regresara a la tierra prometida en el *éxodo*. En cumplimiento de su *mandamiento* su ataúd quedó con los hijos de Israel durante todos los años de su estancia en Egipto (Gén 50:26), un testimonio de la promesa de Dios y también de la fe de José que siguió efectiva aun después de su muerte. José vivió toda su vida adulta en Egipto, pero mantuvo una fe viva en la promesa de Dios a sus padres, de darles la tierra de Canaán. El que había traído al pueblo a Egipto lo acompañó por fe en su regreso: Moisés llevó los restos de José cuando salió de Egipto (Éxo. 13:19) y Josué los enterró en Siquem (Jos. 24:32).

Estos tres ejemplos muestran que la fe [P. 134] no deja al creyente desamparado en la hora de la muerte. Lo sostiene y le permite participar en la vida aun después de la muerte. Ningún recurso terrenal tiene esta capacidad, porque es una capacidad celestial, espiritual y sobrenatural.

Moisés	
11:23–28	
1.	Por la fe de sus padres fue escondido (v. 23).
2.	Por fe se identificó con el sufrimiento del pueblo ungido por Dios (vv. 24–26).
3.	Por fe se fue de Egipto después de defender a sus compatriotas, no por temor al faraón, sino por temor a desobedecer la voluntad de Dios (v. 27).
4.	Roció los dinteles de sus puertas con la sangre del cordero pascual, aunque esto pareciera absurdo (v. 28).

(4) Ejemplos del éxodo, 11:23–31. Génesis termina con el ataúd de José. El primer ejemplo de la fe en Éxodo es *Moisés*. Aun como niño, vivió en la atmósfera visionaria y estimulante de la fe. Sus padres oyeron el decreto del faraón: *Echad al Nilo a todo niño que nazca* (Éxo. 1:22), pero por los ojos de la fe podían ver en su hijo recién nacido algo del plan que Dios tenía para él. Ejercieron su fe y arriesgaron sus propias vidas para obedecer ese plan de Dios. El autor no da detalles acerca de qué vieron Amram y Jocabed en su hijo. Es posible que Dios aprovechó el amor que sintieron al ver la hermosura física de su hijo para despertarlos a su deber en los planes divinos.

No temieron al mandamiento del rey no es una razón de la acción de obediencia, sino una verdad paralela: Escondieron a su hijo, y no temieron al rey. La fe y el temor no son compatibles; la fe elimina el temor y el temor indica que no hay fe.

Después de tres meses los padres volvieron a ejercer su fe, exponiendo al niño en una arquilla sobre el Nilo (Éxo. 2:5). Sin duda su fe fue confirmada y fortalecida cuando supieron que la hija del Faraón había recogido y adoptado a su hijo.

Cuando Moisés llegó a la edad adulta enfrentó la crisis de su identidad, y tomó la decisión que determinó el resto de su vida (vv. 24–26). Por adopción, tenía la oportunidad de seguir viviendo en el palacio *del faraón*, con todos sus placeres y privilegios, y de usar sus ventajas allí para ayudar al pueblo hebreo, como José lo había hecho. En contraste, su familia natural pertenecía a los esclavos, sin propiedades ni oportunidades en el mundo. Por la fe Moisés percibió la voluntad de Dios, y se identificó, no con su madre adoptiva y las ventajas que ella ofrecía, sino con la fe de sus padres naturales. En Éxodo 2:11, 12 se describe la acción en que Moisés reveló esta decisión: Defendió a un esclavo hebreo, matando al egipcio que lo golpeaba.

Los placeres del palacio no son pecaminosos en sí. José sirvió a Dios y ayudó a su pueblo en la misma situación que Moisés rechazó, pero Hebreos presenta a los dos como ejemplos de la fe. La fe es obedecer la voluntad de Dios, distinta para cada persona. Imitar las acciones de otra persona [P. 135] no es compartir su fe; Moisés imitó la *fe* de José con acciones opuestas a las suyas. Para Moisés quedarse en el palacio hubiera sido abandonar al pueblo de Dios, y así rechazar a Dios (ver 10:25, 29). Por la fe podía ver el futuro en el cual se acabarían los placeres, y en el cual el *oprobio por Cristo* se convertiría en *gran galardón*. Por esta mirada de fe pudo escoger el oprobio en preferencia a los tesoros. Normalmente, el sufrimiento no es preferible a la riqueza, pero en este caso se trataba del *oprobio por Cristo*, o lit. “del ungido”. Moisés se identificó con el sufrimiento del pueblo “ungido” de Dios. Es probable que el autor de Hebreos alude a pasajes como 1 Crónicas 16:22; Salmo 28:8 y 105:15; Habacuc 3:13, que identifican al pueblo de Israel como “ungido”. El camino de la fe siempre ha incluido afrentas y sufrimientos, y estos llegaron a su colmo en Jesús el ungido, quien

sufrió el oprobio y aun la muerte para santificar a los fieles y preservar sus vidas. De manera que Moisés, al identificarse con el pueblo ungido de Dios, también se identificó anticipadamente con el Cristo que resume en sí todo el sufrimiento del camino de la fe.

La nota de RVA aplica el v. 27 al éxodo del pueblo de Egipto, pero algunos comentaristas ven aquí una referencia a la huida de Moisés a Madián, cuarenta años antes (Éxo. 2:15). Si referimos el versículo al éxodo del pueblo, la referencia a la Pascua en el v. 28 parece fuera del orden cronológico, y la referencia a *la ira del rey* difícil de explicar, porque el faraón estaba rogando a Israel que saliera. Por otro lado, el autor ya invirtió el orden cronológico en 7:6 y en el v. 21 de este capítulo. También, si la referencia es a la salida de Moisés a Madián, *sin temer* parece contradecir Éxodo 2:14, que dice que *Moisés tuvo miedo*.

Hay problemas con las dos posturas, pero es preferible aplicar el versículo a la salida de Moisés solo hacia Madián. El autor dice *sin temer* para aclarar que las acciones de Éxodo 2:15 no surgen del temor incrédulo, sino de la precaución debida que el plan de Dios exige en uno. Moisés *abandonó Egipto* primero en su corazón, y cuando las circunstancias lo requirieron, también físicamente. La razón de su viaje a Madián no era temor al rey, sino temor reverente al rey *Invisible*. Mostró que el temor terrenal no era el móvil de su vida cuando acudió a la defensa de su compatriota (Éxo. 2:11, 12), y cuando regresó a Egipto en obediencia audaz al llamamiento de Dios (Éxo. 3:10; 4:18). Durante los cuarenta años de pastorear en el desierto Moisés se mantuvo firme en su fe, porque podía ver por fe lo que no era visible a sus ojos corporales: La presencia de Dios con él y su poder para librar al pueblo. Su visión del Dios invisible, no las cosas que el ojo ve, determinó su acción.

Seguramente hubo quienes calificaron a Moisés como loco cuando abandonó sus privilegios y lujos para pastorear ovejas y después a esclavos en el desierto. Para estos críticos no sería ninguna explicación el decir que él podía ver lo invisible. Más bien, tal explicación sería una confirmación de la locura. Es cierto que el loco también ve cosas que otras personas no ven. La fe no es simplemente tener visiones raras y actuar de una manera rara. La diferencia entre fe y locura es que el loco ve algo invisible que se origina en su propia mente; la visión del creyente más bien se origina en la promesa de Dios. Por tanto, esta visión tiene una realidad objetiva y forma una base firme para la esperanza (v. 1).

Vv. 28, 29. Con frecuencia la obediencia de la fe requiere acciones que para el mundo parecen absurdas. Dios ordenó a [P. 136] Moisés que los israelitas mataran al cordero de *la Pascua*, y que rociaran los dinteles de sus puertas con la sangre. Sin duda los egipcios sonrieron o aun los censuraron al pasar y notar su “pintura” tan rara. Pero cuando el ángel destructor pasó, la obediencia de fe salvó las vidas de *los primogénitos* dentro de las casas con dinteles pintados con sangre.

Joya bíblica

Por la fe ellos pasaron por el mar Rojo como por tierra seca;
pero cuando lo intentaron los egipcios, fueron anegados
(11:29).

También fue por la fe que los israelitas cruzaron *el mar Rojo*. Humanamente no les quedaba ninguna esperanza, pues el mar cerraba su camino y los egipcios venían atrás para matarlos. Pero esperaron y confiaron en Dios, y él les abrió camino. Los egipcios *intentaron* exactamente lo mismo que los israelitas, pero con resultados muy distintos. El pasar el mar Rojo era la voluntad de Dios para Israel, y ellos por su obediencia preservaron sus vidas (10:39). Pero la voluntad de Dios para los egipcios era distinta, y lo que fue obediencia para Israel fue desobediencia para los egipcios. De modo semejante, José obedeció llevando al pueblo a Egipto; Moisés obedeció sacándolo de Egipto. La fe es obedecer, y la voluntad de Dios es distinta para cada persona. Intentar las hazañas sin fe resulta en destrucción.

Vv. 30, 31. Como el éxodo empezó con una hazaña extraordinaria de la fe, también terminó con una victoria de la fe. *Jericó* era una ciudad formidable. Sus ciudadanos estaban seguros de que Israel no podía penetrar sus fuertes muros (Jos. 6:1). Dios prometió que la ciudad caería en manos de Josué (Jos. 6:2), pero lanzó una estrategia extraña: Desfilear alrededor de la ciudad, sin atacarla, durante siete días (Jos. 6:3, 4). Josué aceptó la promesa de Dios y obedeció sus instrucciones. Sin duda los habitantes de Jericó se burlaron de estos desfiles inocuos, especialmente cuando continuaron durante toda una semana. Estas burlas molestaron a los guerreros de Israel, limitados a un paseo cuando se habían preparado para una batalla, pero *cayeron los muros*. Es imposible derrumbar muros por marchar alrededor de ellos, durante siete días o siete años. Fue Dios quien dio la victoria cuando el pueblo aceptó su promesa y obedeció su palabra.

La fe de los israelitas

11: 29–31

1. Por fe pasaron el mar en seco, porque confiaron en que Dios no los abandonaría (v. 29).
2. Por fe, obedeciendo a Dios, marcharon durante siete días alrededor de los muros de Jericó aunque esto pareciera ridículo, y tuvieron la recompensa del triunfo al caer las murallas por el poder de Dios (v. 30).
3. Por fe Rahab ayudó a los espías israelitas porque había depositado su fe en el poder y victoria futura de Jehovah (v. 31).

[P. 137] *Rajab* es el último ejemplo detallado de la fe y el más sorprendente en la lista. Es la única mujer que se menciona sin su marido (ver Sara, v. 11), es *prostituta*, y ni siquiera es de la nación de Israel. Por incluirla, el autor enfatiza que no hay límites al alcance de la fe. Puede “preservar la vida” (ver 10:39) a cualquiera. *Rajab* ayudó a *los espías* israelitas porque había depositado su fe en el poder invisible y la victoria futura de Jehovah. Por la fe ella salvó su vida (Jos. 6:17) cuando *los incrédulos* perecieron, pero antes tuvo que arriesgarla en base a las realidades invisibles (Jos. 2:1–6). La fe siempre involucra riesgos: las burlas de otros, o aun la muerte. Es necesario fijar *la mirada en el galardón* (v. 26) para aceptar el riesgo.

(5) **Resumen de otros ejemplos, 11:32–40.** El autor deja la lista de ejemplos específicos de la fe, porque sería demasiado larga si continuara cronológicamente por toda la historia de Israel. Más bien, concluye con un resumen de varios tipos de hazañas de la fe que se encuentran en el resto de esta historia. Los ejemplos específicos ya narrados son suficientes, y los lectores pueden recordar la manera en que la fe se manifestó en las vidas de otros.

Aunque el orden de nombres en el v. 32 no es el de la narración bíblica, los primeros cuatro representan la época de los jueces, y David y Samuel representan el reino y los profetas, respectivamente. La Palabra inspirada menciona errores o debilidades de cinco de estos seis hombres (Samuel es la excepción), pero también testifica que fueron conscientes del poder de Dios y de su dependencia de él. Se puede percibir a Dios y su poder solamente por la fe. Las notas al texto nos dirigen a la narración acerca de cada uno.

Los vv. 33 y 34 presentan un resumen de las hazañas de estos seis héroes, y de otros héroes de la fe en el AT y en la historia posterior de los judíos. Lograron todo esto *por la fe*, en dependencia de las promesas de Dios y obediencia a él. Todos estos seis *conquistaron reinos*: Gedeón a Madián, Barac a Canaán, Sansón a Filistea, Jefe a Amón, David a Filistea y otros reinos, y Samuel también a Filistea. *Hicieron justicia* en este contexto no indica la justicia personal, sino el establecimiento de un reino justo. El autor posiblemente alude a 2 Samuel 8:15, donde aparece una frase semejante con referencia a David. Samuel, Salomón y otros gobernantes del pueblo de Israel que también establecieron justicia en sus gobiernos, por la fe.

Alcanzaron promesas puede significar que recibieron promesas de Dios, o que recibieron el cumplimiento de ellas. La misma frase se aplica a Abraham en 6:15. Gedeón (Jue. 7:7) y David (2 Sam. 7:12–16, etc.) recibieron nuevas promesas de Dios. Otros ejemplos incluyen a Elías, a quien Dios cumplió su promesa de sostenerlo durante la sequía (1 Rey. 17:4, 9), y muchos otros que recibieron promesas de Dios o vieron el cumplimiento de sus promesas de protección y bendición. *Taparon bocas de leones* es una referencia a Daniel [P. 138] (Dan. 6:22), aunque es posible que el autor también considere las luchas con leones de Sansón (Jue. 14:6), David (1 Sam. 17:34 ss.) y aun Benaías (uno de los “valientes” de David, 2 Sam. 23:20) como actos de fe. Sadrac, Mesac, y Abed-nego *sofocaron la violencia* (lit., el poder) *del fuego*. En Daniel 3:17, 18, se afirma que Dios los puede liberar, pero también se declara que aun si no lo hace, seguirán fieles. Tal fe sin condiciones es un ejemplo para todas las generaciones del pueblo de Dios. El AT da muchos ejemplos de quienes *escaparon del filo de la espada* por la fe: Elías escapó de Jezabel (1 Rey. 19:2–8), Eliseo de su hijo Joram (2 Rey. 6:31–33) y Jeremías de Joacim (Jer. 36:19).

Las hazañas de fe victoriosa

11:33. 34

1. Conquistaron reinos (Gedeón, Barac, Sansón, etc.).
2. Hicieron justicia (David, Samuel, Salomón, etc.).
3. Alcanzaron promesas.
4. Taparon bocas de leones (Sansón, Benanías, David, etc.).
5. Sofocaron la violencia.
6. Escaparon del filo de la espada (Elías, Eliseo, etc.).
7. Sacaron fuerzas de la debilidad (Sansón, macabeos, etc.).
8. Fueron torturados, sin esperar ser rescatados (v. 35).
9. Sufrieron pruebas varias, incluyendo azotes, cadenas y cárcel (v. 36).
10. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a espada (v. 37).

La frase *sacaron fuerzas de la debilidad* se puede aplicar a todos los que se han mencionado, porque la persona de fe es precisamente la que reconoce su propia debilidad, y por fe encuentra en Dios las fuerzas que le hacen falta (2 Cor. 12:9, 10). Es posible que el autor piense de manera especial en la última hazaña de Sansón, cuando recibió de nuevo sus fuerzas y derrumbó un edificio, matando a 3.000 filisteos (Jue. 16:28–30). Las últimas dos cláusulas del v. 34 van juntas. Se pueden aplicar a los casos de los seis héroes mencionados en el v. 32, y a otros en la historia de los judíos, pero es posible que el autor piense en un período posterior de ella: las batallas de los macabeos, en el segundo siglo a. de J.C.

Vv. 35–38. La viuda de Sarepta (1 Rey. 17:17 ss.) y la sunamita (2 Rey. 4:17 ss.) *recibieron por resurrección a sus muertos*. Aun en el NT con frecuencia son las *mujeres* quienes reciben a los resucitados: la viuda de Naín (Luc. 7:14, 15), Marta y María (Juan 11:5, 17–43) y las viudas de Jope (Hech. 9:39–41).

En el v. 35b hay un cambio abrupto en la lista. Hasta aquí, el autor ha enumerado ejemplos de la fe victoriosa; el resto de la lista da ejemplos de la fe sufriente. La fe es seguir el camino de la voluntad de Dios. Este camino incluye grandes hazañas, pero también grandes sufrimientos. Los primeros dos ejemplos, Abel y Enoc (11:4, 5), ya anticiparon este contraste que ha corrido por todo el capítulo. Por la fe Noé alcanzó la salvación de toda su familia, pero la misma fe requirió que Abraham y su familia murieran sin haber recibido el cumplimiento de las promesas (v. 13). Isaac fue rescatado de la muerte por la fe (v. 19), pero también tuvo que morir con fe (v. 20). Todos los ejemplos en los vv. 20–22 son de personas que murieron con fe, pero otra vez en los vv. 23–31 el énfasis [P. 139] está en el poder de la fe para rescatar la vida (aunque los vv. 24–27 hablan de sacrificios). Así que el contraste entre la fe que preserva la vida y la fe que sostiene a través de la muerte no es nuevo en el v. 35. Solamente que aquí, al final del capítulo, el contraste se hace explícito.

Si la fe produjo en unos casos restauración a esta vida, también produjo un deseo fuerte de proceder a la resurrección para una mejor vida. Con este deseo algunos aceptaron persecuciones y muerte, desdeñando el rescate al precio de dejar su fe. Aparentemente, el autor piensa especialmente en las historias conmovedoras del viejo Eleazar y de los siete hermanos y su madre, quienes fueron torturados hasta la muerte durante las persecuciones por Antíoco Epifanes (2 Macabeos 6:18–7:41). Por la fe es posible preferir la resurrección celestial y eterna a un rescate milagroso en esta vida. Los mejores premios de la fe no se dan en esta vida, sino en la **resurrección**.

Muchos sufrieron *pruebas de burlas y de azotes, cadenas y cárcel* (v. 36) por su fe. Un ejemplo notable es Jeremías (Jer. 20:2; 37:15). La tradición dice que también murió apedreado. El Señor Jesús indicó que Jerusalén había apedreado a tantos profetas que llegó a ser un proverbio (Mat. 23:37; Luc. 13:34), y da el ejemplo de Zacarías (Mat 23:35), que se narra en 2 Crónicas 24:21. También el primer mártir cristiano fue apedreado (Hech. 7:58). Tradiciones judías y cristianas dicen que Isaías murió aserrado, y muchos murieron *a espada* a causa de su fe. Hay buenos mss. que omiten *puestos a prueba*, una frase que parece débil y fuera de lugar en medio de tres términos que describen el martirio (ver nota de la RVA).

Ejemplos dignos de imitar

11:39, 40; 12:1–3

1. El ejemplo de los héroes de la fe es una ventaja para nosotros (vv. 39, 40).
1. Los héroes de la fe del AT, aunque fueron aprobados por su fe, ninguno de ellos recibió el cumplimiento de la promesa del reposo eterno en Jesucristo.
2. Nosotros tenemos la ventaja porque conocemos el ejemplo de la fe de los héroes, y también porque vivimos en la época del cumplimiento, el perdón en la sangre de Jesucristo y la consumación del reino de Dios.
2. La fe de los fieles del AT y el mayor ejemplo de fe, el Señor Jesucristo, deben inspirarnos a una fe triunfante (12:1–3).
1. El ejemplo de fe de los fieles del AT nos anima en la carrera de fe que tenemos por delante (v. 1).
 - (a) A correr ligeros sin el peso de pecado que puede estorbarnos en la carrera.
 - (b) A perseverar hasta llegar a la meta y no desmayar en medio de la carrera.
2. El mayor ejemplo de fe que estimula y es al mismo tiempo la fuente de fe, la meta de la carrera y el premio es Jesucristo.
 - (a) Él es el autor de la fe. Todos los fieles, aun los del AT, le siguen y reciben la fe de él.
 - (b) Él es el consumidor de la fe. Él fue el que terminó y llegó a la meta.
 - (c) Por cuanto es digno de que concentremos toda nuestra atención en él (11:2a).
 - (d) Por cuanto es digno de que imitemos su perseverancia y no nos desanimemos ni desmayemos (v. 3b).

[P. 140] Hay un contraste solemne y llamativo entre *escaparon del filo de la espada* (v. 34) y *muertos a espada* (v. 37). Vimos arriba que Elías escapó de la espada de Jezabel, pero otros profetas cayeron (1 Rey. 19:10). Si bien Joacim no mató a Jeremías, el profeta Urías no se escapó (Jer. 26:23). Unas décadas antes del día en que escribe el autor de Hebreos, Pedro fue rescatado de la mano de Herodes mientras Jacobo murió (Hech. 12:1–3, 11). La voluntad de Dios es distinta para cada uno de los fieles, y la marca de la fe no es necesariamente un milagro notable ni el martirio. Lo único que todos los héroes de la fe tienen en común es la obediencia.

Las personas de fe son extranjeras en este mundo (11:9), y con frecuencia han sido obligadas a vivir como fugitivas. La descripción en los vv. 37b, 38 recuerda los tiempos de Elías (1 Rey. 18:4; 19:4, 8, 9) y de los macabeos (1 Macabeos 2:29–38; 2 Macabeos 5:27). Algunos héroes de la fe no tuvieron más que la ropa más ruda, de manera que *anduvieron... cubiertos de pieles*. Carecían de lo necesario para vivir (*pobres, angustiados*), y no les faltaron tribulaciones (*maltratados*). El mundo los trató como indignos de participar en la sociedad, pero así reveló su propia corrupción. Fue *el mundo* el que *no era digno* de los que por la fe veían a otro mundo distinto, puro y permanente. La sociedad indigna de ellos no aguantó su presencia, de manera que tuvieron que andar *errantes por los desiertos y por las montañas*, sin más casa que *las cuevas y las cavernas de la tierra*.

En los vv. 35b–38 el autor enfatiza que la fe no garantiza una vida cómoda ni aun tranquila en este mundo. Su recompensa es de otro orden, un orden que no se percibe por los sentidos físicos. La congregación destinataria enfrentaba tribulaciones y oposición por su fe; el autor ha mostrado que no son los primeros que se encuentran en tal situación. Una de las tensiones en las cuales hay que vivir por la fe es el no saber cuándo

Dios va a proveer un milagro de rescate, y cuándo va a proveer la perseverancia para aguantar tribulaciones o persecuciones. No es cómodo vivir en tensión, pero Dios lo requiere porque tiene su propósito: Este no saber nos obliga a acercarnos a Dios buscando la respuesta, y buscando su poder para sostenerse o para resolver la dificultad.

Hoy hay corrientes que presentan la vida cristiana como el camino hacia la prosperidad, la salud y el éxito en este mundo. Hebreos nos recuerda que no se puede saber de antemano si el camino de la fe obediente será de hazañas notables o de sufrimientos notables. La religión verdadera no es una clave para el éxito terrenal; se dirige a otra meta: acercarse a Dios en el mundo espiritual y puro.

En los vv. 39 y 40 se dice que Dios da *testimonio* en su Palabra a la fidelidad y a los logros de los héroes que menciona el cap. 11. Sin embargo, aunque vieron el cumplimiento de muchas promesas divinas, no recibieron *el cumplimiento de la promesa*: La promesa del reposo eterno que el Mesías traería. Dios demoró esta consumación para que *nosotros* los cristianos también participáramos en ella. El plan de Dios es que nosotros lo acompañemos cuando sean *perfeccionados*, esto es, cuando lleguen a la meta.

Así que *nosotros* tenemos *algo mejor*. El ejemplo de los fieles del AT es una ventaja, pero la mayor ventaja es que vivimos en la época del cumplimiento. Conocemos la provisión de perdón, santificación y vida por medio del sacrificio de Cristo. Mucho de lo que ellos esperaban es una realidad para nosotros: el mejor pacto (7:22) que se basa en mejores promesas (8:6), y el mejor sacrificio (9:23) que provee una mejor esperanza (7:19). (Aunque las traducciones varían, el autor emplea la misma [P. 141] palabra aquí traducida *mejor*, en estos pasajes y en otros).

Paradójicamente, vivimos en la época del cumplimiento, pero todavía por fe. La época cristiana es el siglo “entre los dos tiempos”. El cumplimiento **ya** vino en Jesucristo, pero **todavía** esperamos que él regrese para completar su obra de redención y perfeccionar a los que le sirven. Y lo que se espera, se percibe solamente por los ojos de la fe. Es porque vivimos “entre los dos tiempos” que el autor de Hebreos puede enumerar ejemplos de la fe de nuestros antecesores para que los imitemos y, paradójicamente, terminar el mismo capítulo diciendo que disfrutamos *algo mejor que ellos*.

(6) Aplicación personal y el ejemplo supremo, 12:1–3. El autor de Hebreos aplica la historia de la fe a las vidas de sus lectores, por medio de una exhortación expresada en una figura atlética. Describe el peregrinaje cristiano como una carrera. En esta figura los cristianos estamos en un gran estadio, y las gradas están llenas de nuestros antecesores, como una *grande nube*. Aunque en la figura aparecen como espectadores, el énfasis está en lo que nosotros vemos en ellos. Dios testificó de su fidelidad y obediencia (11:2, 4, 39), pero en este cuadro son ellos los que dan testimonio de las dificultades y de los triunfos de la vida de fe. Conscientes de que no somos los primeros en esta carrera, debemos esforzarnos por correr bien. Primero, hay que quitar *todo peso* en exceso; el atleta sigue un entrenamiento para quitar el exceso de peso en el cuerpo, y a la hora de la competencia lleva solamente ropa ligera. (En los juegos antiguos los griegos corrían desnudos). De igual manera, el cristiano deja a un lado lo que lo puede distraer, para poner toda su atención en lo más importante: seguir la voluntad de Dios en obediencia y confianza. El peso que más impide es el *pecado*. Fácilmente caemos en pecado, y después nos encontramos tan enredados que no podemos correr el camino que Dios quiere. Aun es necesario a veces quitar cosas que son buenas en sí, para perseguir lo mejor. En realidad, todo el exceso de “peso” que llevamos en la vida cristiana es pecado, porque es desobedecer la voluntad de Dios.

Cuando uno se ha aligerado para la carrera cristiana, debe correr *con perseverancia*. Un buen comienzo no es suficiente; lo más difícil es seguir el camino de fe y obediencia hasta el final de la vida. Los lectores de Hebreos habían empezado bien (10:32–34), pero estaban tentados a dejar la carrera a medias (10:35, 36). El autor [P. 142] expresa su exhortación en el tiempo presente, que denota acción continua: **Sigamos** corriendo con perseverancia. La perseverancia es una de las expresiones esenciales de la fe genuina. Como Moisés *se mantuvo como quien ve al Invisible* (11:27), todo el que tiene la visión de fe persiste en el camino de la voluntad del Dios invisible.

Los verdaderos valores

1. El dejar de lado las cosas de Dios, a cambio de las cosas temporales y materiales de este mundo, trae consecuencias funestas. Los lectores de Hebreos estaban en este peligro.

En nuestro tiempo, de igual modo, a cuántos encontramos en esta situación de haber dejado de lado los valores del reino, los valores espirituales y estar parcial o totalmen-

te inmersos en la filosofía materialista y hedonista de nuestro mundo: el afán desmedido de tener posesiones materiales, los placeres y diversiones, la vida libertina y relajada, etc. Corremos de esta manera el peligro de perder las bendiciones de Dios para nosotros en este mundo y la vida eterna.

2. Lo mejor sólo está en Dios. Los verdaderos valores de la vida están en la vida con Dios.

Un vistazo a los fieles del pasado nos puede dar ánimo para la carrera, pero el mayor estímulo viene de Jesús, el ejemplo supremo de la fe. Él es la fuente de la fe y también la meta y el premio de la carrera de la fe. Por tanto, nuestra atención debe estar concentrada en él (v. 2). Él es *el autor... de la fe*: todos los fieles, aun del AT, le siguen a él y reciben la fe de él. También es el *consumador*: Nos da la perseverancia para completar el curso y nos corona al final. En él vemos el ejemplo más claro de la fe: mirando hacia el premio del *gozo* en la esfera espiritual, perseveró aun cuando su camino incluyó una *cruz*. (El verbo traducido *sufrió* en el v. 2 es de la misma raíz que el sustantivo *perseverancia* en el v. 1). El sufrimiento físico de la cruz es más de lo que podemos imaginar, pero peor aun fue la vergüenza que Cristo sufrió. Los romanos reservaban la crucifixión para los esclavos y los criminales más viles, de manera que este castigo contenía un intenso *oprobio*. También, en lo espiritual, Jesús, el único hombre que ha vivido sin pecado, sufrió como el culpable de todo pecado de la historia humana. Pero Jesús menospreció todo esto; lo consideró como indigno de tomarse en cuenta, porque tenía su mirada fijada en la meta (11:26). Esta meta gozosa era sentarse *a la diestra del trono de Dios*. La frase viene del Salmo 110:1, y Hebreos la ha empleado con frecuencia desde 1:3.

El gozo que Cristo persiguió no fue solamente un logro personal: Incluyó la gloria de Dios y la santificación y perdón de su pueblo. Jesucristo se sentó *a la diestra del trono de Dios* después de cumplir los propósitos de Dios el Creador y las promesas que había hecho como Dios del pacto. También *se ha sentado* como nuestro redentor, sumo sacerdote y precursor. Su presencia a la diestra de Dios es una prenda de nuestra aceptación ante Dios.

Semillero homilético

La naturaleza de la fe triunfante

12:1-3

- I. La constancia de las bendiciones que Dios nos ha prometido.
 1. Por la fe podemos afirmar que ya son nuestras, aunque todavía no han aparecido en nuestra historia y experiencia.
 2. La facultad de conocer las realidades invisibles como más sustanciales y más permanentes que las cosas que todos ven, y basar sus decisiones y sus conductas en ellas (v. 1).
- II. La constancia de la seguridad del apoyo de Cristo (v. 2).
- III. La constancia de que la disciplina de Dios es para nuestro bien (12:4-11).
 1. Por cuanto las Escrituras lo recomiendan (vv. 4-6).
 - (1) Por ello no debemos desanimarnos cuando Dios permite el sufrimiento por nuestros pecados (vv. 4, 5).
 - (2) Por ello es que la disciplina es una muestra del amor de Dios para con sus hijos (v. 6).
 2. Por cuanto debemos tomar una actitud positiva a la disciplina que nos recomiendan las Escrituras (vv. 7, 8).
 - (1) Debemos permanecer en el sufrimiento que Dios permite por nuestras faltas para nuestro propio bien. Solamente

- quien persevera recibe el beneficio del sufrimiento (v. 7).
- (2) Debemos tomar la disciplina como algo normal en la relación padre-hijo (v. 8).
 - (3) Debemos tomar la ausencia de pruebas como una muestra de que no es un cristiano legítimo (v. 8).
3. Por cuanto nos ayuda a hacer una comparación de nuestra actitud hacia la disciplina de nuestros padres terrenales y hacia la disciplina de Dios (vv. 9–11).
- (1) Nos sometíamos a la disciplina de nuestros padres terrenales que nos preparaban solamente para los pocos días de nuestra vida terrenal.
 - (2) Con mayor razón debemos someternos a la disciplina de nuestro Padre celestial que nos prepara para una mejor vida en esta tierra y para la vida eterna.
 - (3) Dios nos corrige para hacernos santos como él, para una nueva calidad de vida que nos beneficia.
4. Por cuanto la meta final de la disciplina que Dios permite para nosotros es una vida de paz y rectitud (v. 11).
- (1) Aunque como toda disciplina es dolorosa, su fin no es destruirnos.
 - (2) Trae al final una vida de paz y rectitud cuando perseveramos y somos fieles a ella.

[P. 143] Jesús es el ejemplo supremo de la fe en ambos aspectos de esta que se presentan en el cap. 11: la fe sufriente y la fe victoriosa. En Jesús tenemos el ejemplo supremo de morir con fe, y él también provee el mejor ejemplo de recibir la vida por la fe. Por su fe, aun después de la muerte, Jesús vive sentado a la diestra de Dios. El ejemplo de Jesús nos enseña que el camino hacia la gloria y hacia el gozo siempre es un camino de sufrimiento. Pero también nos asegura que el sufrimiento en nuestras vidas no es sencillamente una casualidad trágica, sino parte del camino que lleva al cumplimiento de los propósitos de Dios para perfeccionarnos y bendecirnos. Por tanto, el autor concluye su presentación del ejemplo supremo de la fe con una exhortación (v. 3): *Considerad* a Jesús con cuidadosa atención. Los *pecadores* dirigieron hacia él toda su *hostilidad*, porque el carácter transparente de Jesús condenaba su maldad. Sin embargo, Jesús perseveró ante la oposición. (*Soportó* traduce el mismo verbo traducido *sufrió* en el v. 2; en los dos casos significa “perseveró”). Su ejemplo puede fortalecer a todo cristiano que está tentado a desmayar ante las pruebas. Esta es precisamente la tentación que enfrentaban los destinatarios de Hebreos, y el autor escribe para que no pierdan el ánimo. La carrera cristiana no depende de la fuerza física, sino de la fortaleza interior.

5. La disciplina paternal, 12:4–11

A fin de cuentas, todavía no se les ha pedido a los “hebreos” lo que otros creyentes han enfrentado (11:35, 37): Que derramen su *sangre* en la lucha *contra el pecado*. Jesús, sobre todos los demás, selló su testimonio con la sangre; en efecto, empezó la carrera de la fe ya consciente de este propósito. El contraste entre el sacrificio de Jesucristo y los sacrificios menores que Dios les estaba pidiendo a los lectores, debía animarles a enfrentar su lucha con ánimo.

[P. 144] El pecado que enfrentaban era el desviarse de la voluntad de Dios y abandonar su camino (10:26–29). Hoy también combatimos contra las influencias del mundo y contra nuestros propios deseos que amenazan desviar nuestros ojos de Jesús y nuestros pies del camino de la voluntad de Dios.

Joya bíblica

Permaneced bajo la disciplina; Dios os está tratando como a hijos. Porque, ¿qué hijo es aquel a quien su padre no disciplina? (12:8).

El autor también recuerda a sus lectores que las Escrituras enseñan que los sufrimientos son para nuestro bien; por tanto, los debemos estimar como una ayuda y no como un estorbo. La cita de Proverbios compara la *disciplina del Señor* con la disciplina de un padre terrenal, y afirma que la disciplina es una señal de que uno es *hijo* de Dios.

Algunos entienden *disciplina* en esta sección de Hebreos como el castigo de los errores del cristiano. En su contexto original de Proverbios la cita apoya esta idea, especialmente en la LXX, pero la comparación en Hebreos con los que han muerto por su fe (v. 4), y especialmente con Cristo (v. 3), indica que el autor está pensando en todos los sufrimientos del creyente, los que se deben a sus errores y aun más los que se deben a su profesión y su fidelidad. Cristo nunca sufrió por sus errores; sin embargo, él sufrió más que cualquiera de sus seguidores. Podemos, por tanto, tener la seguridad de que todo lo que sufrimos es permitido por nuestro Padre espiritual para nuestro desarrollo como sus hijos.

Se os dirige traduce un verbo cuyo sentido básico es “conversar”. El autor presenta las Escrituras como una conversación con Dios. En ellas Dios contesta las dudas e inquietudes de su pueblo; si se quejan del camino duro que tienen que seguir, Dios les contesta en, p. ej., Proverbios 3:11, 12.

El autor ha mostrado que Cristo sufrió y que todos los que pasan por el camino de la fe sufren. También ha citado las Escrituras para comprobar que el sufrimiento es una disciplina positiva y una evidencia de que el creyente es un verdadero hijo de Dios. Ahora dice que la disciplina es una parte normal y correcta de la relación de un padre con sus hijos (vv. 7, 8). Los sufrimientos de los creyentes no indican que Dios los haya abandonado, sino que los *está tratando como a hijos*. De estos argumentos el autor saca la conclusión: *Permaneced bajo la disciplina*. *Permaneced* traduce la misma raíz traducida *perseverancia* en el v. 1, *sufrió* en el v. 2 y *soportó* en el v. 3. La perseverancia es un elemento clave de la fe. La preposición traducida *bajo* significa la meta perseguida, y muchas veces se traduce “para”. El propósito del sufrimiento es disciplinar al creyente hasta que alcance la madurez, pero no logra este propósito en la vida de quien desmaya o adopta una actitud quejosa ante las pruebas. Solamente el que persevera [P. 145] recibe el beneficio del sufrimiento.

El autor demostró en 11:35b–38 y 12:2, 3 que *todos han sido participantes* de la disciplina. Los sufrimientos son un aspecto natural y esencial del peregrinaje de la fe. Ningún cristiano debe asombrarse cuando enfrente dificultades en su camino. Más bien le debería inquietar si las pruebas *no* vinieran, porque la falta de esta disciplina sería una evidencia de que no es un hijo genuino de Dios. Los que no experimentan las pruebas que vienen a todos los cristianos, son cristianos *ilegítimos*; su profesión de fe es falsa.

Vv. 9–11. El autor invita a cada uno de sus lectores a comparar su actitud hacia la disciplina de su padre terrenal con su actitud hacia la disciplina de Dios. En realidad, los dos disciplinan como padres: uno en la esfera terrenal de la carne y el otro en la esfera celestial del espíritu. *Nuestros padres carnales* ofrecían una disciplina que nos preparaba solamente para los *pocos días* de nuestra vida terrenal (es posible entender los *pocos días* también como los de la disciplina), y aplicaban su sabiduría limitada a nuestra disciplina. El *Padre de los espíritus* nos aplica una *disciplina para bien*, una que se ajusta totalmente a nuestro verdadero desarrollo y bienestar, según su sabiduría perfecta. Además, Dios nos disciplina para la vida eterna, no solamente para nuestros años terrenales. Someternos a él y a su disciplina es el camino a la vida eterna. Esta nueva vida incluye una nueva calidad de vida. Si participamos de la vida de nuestro Padre espiritual, es menester también que *participemos de su santidad*. Entonces, a la luz de todos estos aspectos de la superioridad de la disciplina que Dios nos aplica, el autor pregunta: Si *respetábamos* a los padres carnales que nos ofrecían una disciplina limitada e imperfecta, ¿cómo no vamos a someternos *con mayor razón al Padre de los espíritus*?

El *gozo* no es la emoción que surge naturalmente cuando enfrentamos sufrimientos disciplinarios. Más bien éstos causan *tristeza*, pero esta tristeza es parte de su valor: La tristeza dirige nuestra atención a la lección que Dios quiere enseñarnos. La tristeza nos ayuda a entender que este mundo no es nuestro hogar, y si el sufrimiento es por el pecado, nos enseña la malignidad y el peligro del pecado. El autor reconoce que la disciplina es una de las bendiciones de Dios que no solemos pedir. Es natural y correcto que evitemos el sufrimiento. El autor aconseja a sus lectores no caer en el extremo de huir de todo sufrimiento, pero tampoco quiere que caigan en el extremo de buscarlo.

No es necesario que busquemos la disciplina, pero cuando Dios en su sabiduría nos la permite, podemos estar seguros de que el resultado final será paz y justicia, si perseveramos en fidelidad. Hay dolores en la carrera de la fe, pero al fin del camino hay descanso, y encontraremos que ha producido *fruto apacible de justicia*. La justicia aquí significa un carácter justo y santo según la imagen de Dios. La paz en el pensamiento bíblico es más que la ausencia de conflicto: Incluye la salud y la prosperidad. A través de las pruebas Dios nos está otorgando una vida próspera en todas sus dimensiones. La justicia y la paz también son relacionadas en Santiago 3:18 e Isaías 32:17. La conexión es natural, porque la [P. 146] discordia en el mundo y en la vida

resulta del pecado o la injusticia; cuando estemos restaurados a una armonía perfecta con la voluntad justa de Dios, al final del camino de la disciplina, tendremos completa paz.

Joya bíblica

Al momento, ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados (12:11).

6. Exhortación al esfuerzo y a la unidad, 12:12–17

Entendiendo el propósito de los conflictos que enfrentan como la disciplina de Dios, los lectores deben recapacitar y continuar la carrera con fuerzas renovadas. En una carrera larga *las manos* y *las rodillas* se vuelven débiles y el atleta puede flaquear. Hay que enderezarlas, y no ceder a la fatiga. El autor cita la exhortación de Isaías 35:3, que concuerda bien con la figura de la carrera en 12:1, 2. La carrera de la fe es de larga distancia, y el atleta espiritual tiene que vigilarse para no caer víctima de la fatiga espiritual. Si siente que sus brazos están perdiendo fuerza, que sus *rodillas* están al punto de doblarse y dejar caer al cuerpo, que sus pies ya no pueden seguir una línea recta; entonces no debe retirarse, sino pedir de Dios fuerzas renovadas.

Joya bíblica

Procurad la paz con todos, y la santidad sin la cual nadie verá al Señor (12:14).

Semillero homilético

El llamado a no claudicar

12:12–17

- I. Por cuanto hay que renovar las fuerzas para seguir adelante en el camino de la fe (vv. 12, 13).
 1. Porque el camino por delante exige fortaleza y firmeza.
 2. Porque es la manera como se fortalece a otros debilitados.
- II. Por cuanto hay que vivir una vida digna del camino de la vida (vv. 14–17).
 1. Una vida de paz con todos los hombres.
 2. Una vida santa, ya que es el requisito para ver al Dios santo.
 3. Una vida pendiente de que nadie llegue al alejamiento y apostasía, ya que es peligro de contagio para otros.
 4. Una vida que huye del pecado de la inmoralidad.
 - (1) Esaú es el ejemplo negativo de inmoralidad al cambiar lo mejor por lo peor.
 - (2) Esaú es el ejemplo negativo de perder la bendición por haber caído en la inmoralidad.

El cojo se refiere al compañero en la carrera o peregrinaje. Hebreos siempre incluye la dimensión corporativa en las exhortaciones al individuo. El cristiano que persevera y renueva sus fuerzas por el poder de Dios pone un ejemplo que ayuda a otros, tal vez más cansados, para que no salgan de la carrera. Nuestra perseverancia en el camino de Dios no es un asunto solamente individual: Nuestras acciones contribuirán a la santidad o a la desviación de otros que observan nuestro ejemplo. En una comunidad sana, donde muchos compañeros están progresando juntos en el camino de la fe, es más fácil que el miembro individual se mantenga en el camino o que regrese a él cuando haya errado.

Dejando la figura atlética, el autor da unos consejos prácticos y específicos para continuar en el camino de la fe (vv. 14–17). Primero, el cristiano debe procurar *la paz*. En el v. 11 el autor presentó la paz [P. 147] como resultado de la perseverancia bajo disciplina. Aquí es un aspecto de la disciplina que Dios exige. La

vida cristiana produce muchas tensiones, pero debemos procurar que éstas no se conviertan en conflictos personales con los no creyentes entre quienes vivimos. Los lectores originales de Hebreos estaban especialmente tentados en este punto, por la crisis que estaban pasando. Algunos podrían tomar la exhortación de los vv. 12 y 13 como una base para oponer su propia fuerza a la fuerza de los pecadores hostiles (v. 3). El cristiano debe más bien buscar vivir en paz con los que están afuera de la iglesia. No siempre es posible vivir en paz, y a veces la hostilidad llega al extremo de la muerte del cristiano (v. 4). De todas maneras la obediencia requiere que la iniciativa del cristiano sea para la paz, no para guerra.

La santidad señala un límite a lo que el cristiano puede hacer para cultivar la paz. El cristiano nunca debe aplacar la hostilidad del mundo por conformarse a él, porque es llamado a conformarse más bien a la santidad de Dios (v. 10). Es la santidad de Dios porque él es la fuente de la santidad cristiana, pero el creyente tiene que cooperar en practicarla. El mismo autor de la fe, Jesús, dijo que la santidad es un requisito [P. 148] para ver a Dios (Mat. 5:8). No es posible acercarse a Dios sin conformarse a su carácter. La santidad de Dios destruiría al impío que se acercara.

Semillero homilético

Una decisión equivocada

12:16, 17

Introducción: El hombre, puesto que tiene la capacidad de tomar sus decisiones propias, toma muchas decisiones en su vida. No obstante, las decisiones más importantes son aquellas que tienen que ver con cambiar radicalmente su vida. Es en esta parte que muchas veces se toman decisiones equivocadas que irremediamente estropean la vida para siempre. El pasaje abordado nos habla de una decisión equivocada y de las consecuencias que trajo esta.

I. Una decisión equivocada (v. 16).

1. Es despreciar lo mejor a cambio de lo peor (v. 16a).

(1) La santidad y la pureza por la inmoralidad sexual.

(2) Lo sagrado, la salvación por lo profano, inmediato, terrenal y que lleva a la perdición.

2. Es dejarse arrastrar por los deseos carnales (v. 16b).

(1) Despreciar lo vital por lo secundario y efímero.

(2) Despreciar lo valioso por lo ordinario y común (el oro por la piedra).

II. Las consecuencias de la decisión equivocada (v. 17).

1. El pesar y el arrepentimiento tardío.

(1) Tarde o temprano uno se da cuenta, como Esaú, de su decisión equivocada, de despreciar lo mejor por lo peor.

(2) Generalmente, el pesar y el arrepentimiento de una decisión equivocada es demasiado tarde.

2. El encuentro con lo irremediable.

(1) Las lágrimas y todo el sufrimiento son vanos, no se puede remediar la decisión equivocada.

(2) Los sentimientos de fracaso y frustración son lo único que queda de por vida.

Conclusión: ¿Cuántos jugamos con nuestras decisiones y por ende con nuestra vida? Fácilmente decidimos volcar nuestras vidas a las cosas y engaños de este mundo, descuidando totalmente nuestra salvación, el vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, que trae verdadera vida.

Cuando el autor relaciona la paz con la santidad, es posible que piense en el Salmo 34:14 y en Mateo 5:8 y 9, donde las dos cualidades se mencionan juntas. El camino de la fe es un camino de obediencia, y produce un carácter recto en las relaciones con los hombres (*paz*) y en la relación con Dios (*santidad*).

El v. 15 recuerda a los lectores que la santidad no es solamente individual. El peregrinaje de la fe requiere una comunidad santa también. Por tanto, el peregrino es responsable de atender y ayudar a su hermano que está “cojeando” (v. 13). *Deje de alcanzar la gracia de Dios* no es una traducción suficientemente fuerte; el peligro es que algún miembro, con conciencia y voluntad, dé la espalda a la gracia que Dios ofrece. Este alejamiento de Dios es la *raíz* de todo pecado, y todo *estorbo* y contaminación en la vida de una congregación son productos de él. Este versículo alude a Deuteronomio 29:18b, una advertencia dada a los miembros de la congregación de Israel, contra la apostasía y el regreso a la idolatría. El autor de Hebreos exhorta a todos a estar pendiente de sus hermanos para ayudarles a proseguir en el camino. Cada cristiano debe este cuidado a sus hermanos, pero el cuidado de otros también tiene beneficios para el que ayuda, porque la *amargura* de la apostasía es contagiosa. En la misma manera en la cual una comunidad sana ayuda al crecimiento de todos sus miembros (v. 13), también la amarga salida de uno que aparentemente había creído contamina a muchos y es un estorbo para su crecimiento. Así que la restauración de un miembro que está tentado a abandonar el camino, beneficia toda la comunidad.

Un ejemplo de esta *raíz de amargura* es *Esaú*. Si el autor ha mencionado muchos ejemplos de la fe (11:1–12:3), Esaú es un ejemplo de la falta total de fe. Lo único que podía ver era lo terrenal e inmediato; no percibía las cosas futuras ni los valores celestiales. Es porque no tenía la fe para ver lo invisible que pudo cambiar la *primogenitura*, con su valor eterno inestimable, *por una sola comida* de lentejas. Esta actitud es la de un *profano*, lit. “común”: Uno que ve solamente lo que está al alcance de todos, lo mundano. No percibe la santidad, ni es atraído por ella, porque la santidad no se ve con ojos físicos o mundanos.



Esaú vendió su primogenitura (12:16)

Aparentemente, el autor aplica a Esaú también el adjetivo *inmoral*. Es posible que el autor de Hebreos emplee esta palabra en el sentido figurado que es común en los [P. 149] profetas del AT, considerando el apostatar de Dios como adulterio espiritual. También es posible que el autor considere el matrimonio de Esaú con mujeres cananeas (Gén. 26:34, 35) como inmoralidad sexual. El autor vuelve a advertir a sus lectores contra el pecado sexual en 13:4. Los comentaristas ofrecen varias interpretaciones de *inmoral*: Que no se aplica a Esaú, que se refiere al adulterio espiritual, que se basa en las esposas que Esaú escogió, o que se basa en las tradiciones judías que presentan a Esaú como un hombre de vicios. Es probable que el autor no hizo una distinción total entre el uso figurativo y el literal de la palabra. La vida sexual de Esaú fue desordenada por la misma razón que vendió su primogenitura: le faltaba sensibilidad espiritual. El verdadero valor y el uso correcto del sexo no están al alcance del conocimiento de este mundo; también son realidades invisibles que se perciben por la fe.

Llegó un día cuando Esaú *quería heredar la bendición*. Cuando vivió el momento que no había anticipado por falta de fe, decidió que la primogenitura y la bendición que involucraba sí valían la pena. Sin embargo, ya era tarde; Esaú *fue reprobado*. Lloró por su pérdida, pero ya había rechazado la oportunidad de entrar en el camino de la fe. Su carácter fue formado, y *no halló más ocasión de arrepentimiento*. Gramaticalmente, *lo que buscó* puede ser el *arrepentimiento* o *la bendición*, pero prácticamente no hay diferencia, porque lo que quería era la bendición. Sus lágrimas fueron por haber perdido una ventaja, y no por ser *inmoral* y *profano*.

Esaú es un ejemplo vívido de la advertencia de 6:6: hay que aprovechar la oportunidad de arrepentirse, y después perseverar en el camino de arrepentimiento y fe, porque la oportunidad puede acabarse en cualquier

momento. No porque Dios pierda la paciencia, sino porque la manera en que uno vive forma el carácter. Si nos formamos como profanos, es difícil romper el hábito y ejercer la fe. En nuestro caso la pérdida no será de una primogenitura terrenal, como la de Esaú, sino de un lugar entre *la asamblea de los primogénitos que están inscritos en los cielos* (v. 23).

7. Los dos montes, 12:18–24

Como otro motivo para la santificación de cada miembro y de toda la comunidad (vv. 14, 15), el autor vuelve al contraste entre los dos pactos, tema importante en todo su sermón (2:2, 3; 7:18, 19; 8:13; [P. 150] 10:28, 29; etc.). Aquí presenta el contraste bajo la figura de los dos montes: Sinaí y Sion. Aunque *monte* no es parte del texto original del v. 18, es claro en el contexto y en el v. 22 que el autor está describiendo al Sinaí. Como monte palpable, que está en este mundo y al alcance de los sentidos físicos, tiene que ser inferior al monte espiritual, al que podemos llegar solamente por la fe. Lo que se puede palpar, que no es de fe, ofrece la muerte y el espanto; en el *monte* de la fe hay vida y gozo.

Semillero homilético

El nuevo pacto con Dios

12:18–24

- I. El acercamiento al antiguo pacto con Dios causaba temor y espanto (vv. 18–21).
 1. Fue una experiencia material, palpable, que les llevó a ver una revelación terrible (v. 18a).
 2. Fue una experiencia que causó terror y espanto por las severas instrucciones que Dios impartió (vv. 18b–20).
 3. Fueron instrucciones tan severas que el mismo Moisés, fiel siervo de Dios, sólo sintió temor y espanto (v. 21).
 4. Tan terrible fue que no sería conveniente volver a esta antigua revelación de Dios.
- II. El acercamiento al nuevo pacto causa gozo y paz por la salvación que ofrece (vv. 22–24).
 1. Ya que es una experiencia de fe que conduce a cosas que nuestros ojos no ven, la ciudad de Dios, símbolo de vida y gracia.
 2. Ya que es una experiencia en donde por fe encontramos que acompañan a Dios muchos ángeles que ministran a favor de los que han de heredar la salvación.
 3. Ya que es una experiencia en donde por fe vemos a los fieles que se salvaron, al Dios que juzga y a los espíritus de los que murieron en Cristo.
 4. Ya que Jesús es el mediador del nuevo pacto cuya sangre habla del perdón, la reconciliación y la salvación.

La descripción de los vv. 18 y 19 se basa principalmente en Deuteronomio 4:11, 12 (LXX), parte de la exhortación de Moisés al pueblo, cuando llegaron al borde de la tierra prometida. Los mismos detalles de los eventos del Sinaí se expresan en otras palabras en Éxodo 19:16–19. La petición del pueblo al oír la voz de Dios se menciona en Éxodo 20:19.

Abundando en detalles el autor produce una descripción impresionante del temor que causó esta teofanía. Dios reveló su gloria y poder; pero en el primer pacto estos producen la muerte, no la vida. La petición del pueblo confirma que el resultado de la revelación de Dios en el primer pacto fue el temor. El autor de Hebreos explica en el v. 20 que su terror se debió a las severas instrucciones que el Señor dio acerca de este monte donde él revelaba su gloria. Cualquier ser viviente, humano o aun animal, que tocara el monte tenía que morir. Esta sentencia se ejecutaría por lanzar piedras o flechas (Éxo. 19:13), porque el pueblo no podía acercarse al culpable en el lugar santo.

Aun Moisés, el líder del pueblo y *fiel...siervo en toda la casa de Dios* (3:5), sintió solamente terror y espanto ante esta manifestación de Dios. Éxodo no menciona las palabras que se atribuyen a Moisés en el v. 21. Hay una frase semejante en Deuteronomio 9:19, cuando Moisés describe su intercesión por Israel después de la adoración del becerro de oro. Algunos comentaristas piensan que el autor toma las palabras de Deuteronomio y las aplica al evento de la promulgación de la ley. Otros sugieren que conocía un documento o una tradición que incluía una cita semejante en la descripción de la teofanía de Sinaí. En [P. 151] todo caso, es razonable que ante tal manifestación de la gloria y poder de Dios, el terror de Moisés sería igual o aún mayor que el que se expresa en Deuteronomio 9:19. ¿Cómo pueden los lectores imaginar que les sería conveniente regresar a esta revelación anterior de Dios, cuando se han acercado al monte Sion?

El deber de amar

1. Nunca debemos amar al dinero y a las posesiones materiales en lugar de a Dios y a la vida. La avaricia es la actitud materialista, egoísta y mundana que lamentablemente ha estado presente en toda la historia humana.

Lo triste es que la actitud materialista y egoísta en nuestro tiempo es la filosofía de vida generalizada de ricos y pobres. La gran mayoría de la gente, por amor al dinero, a las posesiones materiales (autos, casas, ropa y otras cosas) entregan toda su vida como ofrenda (lo mejor de su tiempo, su energía y su felicidad), y al final no tiene lo más importante, la felicidad, la paz, el amor.

2. Debemos amar a Dios y a los semejantes en lugar de al dinero y las posesiones materiales. El amar a Dios nos lleva a dar importancia a otros valores eternos, otras realidades que valen mucho más que el dinero: el amor, la felicidad, la paz.

Vv. 22–24. *Sion* fue originalmente el nombre del monte donde se situaba la ciudad que David conquistó y convirtió en su capital, Jerusalén. Sin embargo, en la poesía de Israel el monte Sion es el sitio del templo de Jerusalén, inmediatamente al norte de aquel monte. Como sitio del templo, Sion representa la morada de Dios en la tierra, y por tanto el término se aplica también a la morada eterna de Dios. El autor de Hebreos especifica que está hablando de la *Jerusalén celestial*, no de la ciudad terrenal. En Hebreos, “acercarse” es un acto de fe, no un movimiento físico (4:16; 10:22). La fe lleva a los cristianos *al monte de la ciudad* que el *Dios vivo* ha preparado para los que le obedecen. No es una ciudad palpable, porque la fe conduce a cosas *que no se ven* (11:1). Sin embargo, la persona de fe aprende que las cosas invisibles no son menos reales que las palpables; en realidad, son las más sustanciales y las mejores. Así el Sion espiritual no es un monte de terror y espanto, sino de vida y gracia.

En este monte encontramos *la reunión de millares de ángeles*. Deuteronomio 33:2 dice que *miríadas de santos* acompañaron a Dios cuando descendió sobre el Sinaí, y el cristiano también encuentra que acompañan a Dios ángeles innumerables para *ministrar a favor de los que han de heredar la salvación* (1:14). *Reunión* traduce una palabra que describe una fiesta o una reunión de adoración. Bajo el Nuevo Pacto los ángeles están reunidos en alabanza gozosa a Dios, no para vigilar o espantar a los pecadores. *Reunión* se encuentra en el griego después de *ángeles*, y algunas versiones la asocian con *la asamblea de los primogénitos*. Las dos traducciones son posibles, pero la de la RVA parece más probable cuando consideramos el orden de palabras en toda la lista.

También los cristianos nos hemos acercado *a la asamblea de los primogénitos que están inscritos en los cielos* (v. 23). Ahora entendemos que el autor empieza a hablar de seres humanos, porque son estos y no los ángeles que se inscriben en los libros del cielo (Éxo. 32:32; Luc. 10:20). Todo el que se acerca a Dios por medio de su *Primogénito* (1:6) es también uno de los primogénitos (ver Stg. 1:18, donde *primicias* expresa la misma idea: los que pertenecen de manera especial a Dios). *Asamblea* traduce la palabra que en el NT normalmente significa “iglesia”; la misma palabra en la LXX describe la congregación de Israel, que Dios describió en el momento del éxodo como su *primogénito* (Éxo. 4:22). Es posible que el autor de Hebreos piense en todas las personas de fe, tanto en el cielo como en la tierra, pero es mejor tomar *asamblea* en el sentido de los que viven todavía en la tierra, en contraste con *los espíritus de los justos ya hechos perfectos* (v. 23).

En esta lista de los privilegios y gozos del cristiano es difícil entender la mención de *Dios el juez de todos* (v. 23). Tal vez el autor piense en la presentación de la justicia en el AT como la reivindicación de los oprimidos. O tal vez quiera recordar a sus lectores la seriedad de su relación con Dios por medio del nuevo pacto: Si bien es un Dios que ofrece bendiciones abundantes, también es juez de todos. El que abandone [P. 152] el camino de fe y obediencia no podrá evitar el juicio y el castigo que le corresponden.

Cuando uno entra en el camino de la fe no solamente entra a una comunidad terrenal de primogénitos. También es compañero de *los espíritus de los justos ya hechos perfectos* (v. 23). Estos son los creyentes que ya han terminado su peregrinaje terrenal y viven en la perfección que Cristo les compró en la cruz (10:14). Con esta frase el autor alude a los santos del AT, quienes tuvieron que esperar la venida y el ministerio de Jesucristo para ser perfeccionados (11:40), pero sin duda incluye en esta compañía también a los cristianos que han terminado su camino de fe por el poder invisible de Cristo.

Joya bíblica

Mirad que no rechazéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que en la tierra rechazaron al que advertía, mucho menos escaparemos nosotros si nos apartamos del que advierte desde los cielos (12:25).

Si nos hemos acercado a los perfeccionados, también nos acercamos al que los perfeccionó: *a Jesús el mediador del nuevo pacto* (v. 24). Israel se acercó al Sinaí para recibir un pacto provisional y parcial, un pacto que envejeció; en el Sion espiritual recibimos un nuevo pacto, libre de todas las limitaciones del primero. El nuevo pacto nunca caduca. Fue Jesús el que medió este pacto entre Dios y los hombres; él es el representante perfecto tanto de Dios ante nosotros (1:2) como de nosotros ante Dios (4:15).

Como el pacto de Sinaí fue inaugurado con sangre rociada sobre el pueblo y sobre los símbolos de Dios (9:19), así también nuestro pacto fue ratificado con *la sangre rociada* del mismo mediador, Jesús. Puede haber también aquí alusión a la sangre rociada en la Pascua; como la sangre de los corderos salvó a los primogénitos israelitas de la muerte, la sangre de Jesús también nos rescata de la destrucción que merecemos por nuestros pecados. La sangre de Jesús es superior a la de los sacrificios de la Pascua, a la de la ratificación del pacto de Sinaí y aun a otra sangre humana rociada, como la de Abel.

Es posible entender la cláusula traducida *que habla mejor que la de Abel* (v. 24), en el sentido de que la sangre de Jesús *habla mejor* que Abel, que sería una alusión a 11:4, que dice que Abel *aunque murió, habla todavía*. Sin embargo, la traducción de la RVA es la más probable, y es una alusión a Génesis 4:10: *La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra*. La sangre de los sacrificios del AT habló de la realidad del pecado del hombre, y de las horribles consecuencias del mismo. La de Abel habló del odio entre hermanos y clamó por venganza. La sangre de Jesucristo habla de perdón y reconciliación, y clama por nuestra salvación. Con la descripción de esta sangre la lista de las bendiciones del nuevo pacto llega a su clímax. La sangre de Jesús es lo mejor que Dios nos puede ofrecer y el sacrificio más costoso que él puede hacer.

8. El peligro de no hacer caso, 12:25–29

Después de haber recibido todos estos beneficios, ¿cómo podrían los lectores regresar al primer pacto? Han alcanzado la vida; ¿acaso prefieren la muerte? Esta pregunta implícita se hace exhortación en esta sección. *Rechacéis* traduce el mismo verbo traducido *rogaron* en el v. 19. Aunque Exodo no presenta aquella petición de los israelitas como digna de censura, el autor de Hebreos ve en ella una parábola de la actitud del pueblo durante todo su [P. 153] peregrinaje por el desierto. Pidieron que Dios no les hablase más, porque no quisieron oír ni obedecer la voz de Dios. Por tanto, perdieron su oportunidad de gozar de una relación personal con él. El autor amonesta a sus lectores a que ellos no sigan este mal ejemplo, porque las consecuencias serían aun más terribles que las que sufrió Israel. En aquel tiempo Dios habló *en la tierra*, dando mandamientos terrenales y temporales; en Cristo habla *desde los cielos*, con un mensaje espiritual y permanente. Si el rechazo de aquel mensaje trajo consecuencias en la tierra, el que rechaza la revelación final de Dios sufrirá un castigo eterno. El autor vuelve a utilizar un argumento a fortiori (ver 2:2, 3; 10:28, 29).

Algunos entienden que el que advertía *en la tierra* era Moisés, y el que *advierte desde los cielos* es Cristo. Esta interpretación es posible, pero es más probable que el autor se refiere a Dios en los dos casos. La diferencia es de circunstancias, y no de personas. En todo caso, el mensaje es divino, y por tanto debe ser aceptado y obedecido.

Semillero homilético

El peligro fatal de la desobediencia y rechazo de Dios

12:25–29

- I. Por cuanto la desobediencia y rechazo ya merecieron castigo (vv. 25, 26).
 1. Los israelitas que hicieron caso omiso a los mandamientos temporales que Dios les dio en la tierra, merecieron castigo fatal.
 2. Mucho más nosotros, si rechazamos la revelación final que Dios nos da desde los cielos en Cristo, mereceremos el castigo eterno.
 3. La voz de Dios hizo estremecer la tierra cuando habló en el Sinaí para señalar la importancia de obedecer la voz de Dios.
 4. De igual manera hará temblar la tierra y el cielo, este cumplimiento que viene es una amenaza para los que se apartan de Dios y de la salvación que él ofrece.
- II. Por cuanto hay el anuncio escatológico de que todo lo material y visible será sacudido y cambiado por lo eterno (vv. 27, 28).
 1. Toda la creación material (las riquezas y posesiones, los sistemas humanos como la política, la economía, la cultura, la religión con todos sus ritos) será sacudida, dejará de ser.
 2. Lo que quedará será lo eterno, el reino de Dios y su justicia.
- III. Por cuanto se debe adorar al Dios vivo con gratitud y temor.
 1. Con gratitud a través no sólo de la liturgia sino sobre todo con la vida, acciones que agradan a Dios.
 2. Con temor a través de saber que nuestro Dios es un fuego consumidor para los enemigos del pueblo de Dios, y también para los que no toman en serio su voluntad.

La frase *en la tierra* modifica *al que advertía* en casi todas las versiones. El autor adelanta esta frase en la oración para enfatizar el contraste entre la tierra y los cielos.

La voz de Dios *estremeció la tierra* cuando habló en el Sinaí (Éxo. 19:18; Sal. 114:7); este terremoto fue una señal de la importancia de obedecer la voz. El autor de Hebreos afirma que habrá una sacudida semejante como parte de la revelación celestial de Dios. Encuentra la profecía de ella en Hageo 2:6, una promesa de la [P. 154] intervención de Dios para establecer el reino de Zorobabel y la gloria del templo, que había sido reconstruido por los que regresaron del exilio en Babilonia. Como la revelación nueva y el pacto nuevo son superiores a los antiguos, esta sacudida también será más extensa: no será un simple terremoto, sino una sacudida de toda la creación material, incluyendo los cielos. Hebreos no relaciona esta sacudida con la primera venida de Jesús, sino con la segunda.

En el contexto de Hageo estas palabras son una promesa de que Dios cumplirá con las bendiciones que ha prometido. Hebreos aplica las mismas palabras de una manera que nos recuerda que el cumplimiento que viene es también una amenaza para los que se apartan de Dios y de la salvación que él ofrece.

Vv. 27–29. Toda la creación material de Dios está sujeta a las “sacudidas”, las calamidades naturales. Estas son anticipaciones del juicio que acompañará la segunda venida de Jesucristo. Estas calamidades nos recuerdan que las cosas que podemos ver (11:1) y palpar (12:18) no son la realidad final o eterna. Así que cada pérdida material o aflicción física que venga en este mundo es una oportunidad para afinar y confirmar la

fe. Esta fe se dirige a cosas que no son visibles hoy en este mundo, pero que son permanentes y tienen valor supremo.

Las “sacudidas” que experimentamos en este mundo —desastres naturales, crisis personales, pruebas y aun dudas— nos recuerdan que todavía no hemos llegado a la meta del reposo perfecto de Dios. Siempre habrá sacudidas en este mundo, y la sacudida final será el juicio, cuando Dios removerá todo lo que no es permanente. Sin embargo, por fuertes que sean los cambios y las catástrofes de la vida, podemos confiar en que lo eterno y verdadero no será sacudido. Esto es parte del propósito de las sacudidas o destrucciones que vemos en el mundo. Nos enseñan cuáles son las cosas de valor eterno.

El argumento central de Hebreos es que el sistema de sacrificios del AT pertenece a *lo que puede ser sacudido*. El autor ha dado sus mejores esfuerzos para convencer a sus lectores de que sería absurdo dejar lo *que no puede ser sacudido*, que tienen en Cristo, para regresar a una religión que tiene que desaparecer con este mundo.

La experiencia de los primeros lectores de Hebreos nos enseña que las sacudidas de este mundo afectan aun la religión. La crisis económica y social que vivieron por aceptar a Cristo afectó también sus creencias religiosas. Así sucede en cada siglo. Parece a veces que aun las promesas de Dios y las verdades más básicas acerca de él están siendo sacudidas. Pero esto es solamente aparente. Lo que Dios permite sacudirse no es nuestra fe ni sus promesas, sino una serie de ideas terrenales que nosotros hemos añadido a su revelación. Dios permite que sea sacudido lo que nosotros **pensamos** permanente para que percibamos *lo que verdaderamente no puede ser sacudido*. Es necesario que nuestro entendimiento y nuestras tradiciones sean sacudidos, para que por fe miremos más allá que éstos, a *las cosas que se esperan y...los hechos que no se ven* (11:1).

Seguramente los cristianos hemos recibido algo *que no puede ser sacudido*, y podemos confiar en esto en todas las tormentas de la vida, aun ante el juicio final. El autor de Hebreos describe este algo como *un reino*: es el reino de Dios prometido en el AT y venido en el NT. Nuestra respuesta a esta dádiva permanente de valor infinito, debe ser **gratitud**. La traducción encontrada en la nota al v. 28 es la que [P. 155] adopta la mayoría de los traductores y comentaristas, y es el sentido que la frase griega normalmente tiene en otras obras. Dios nos trata con gracia, y nosotros lo debemos tratar con gratitud. La gratitud es una expresión profunda y sincera de la fe; cuando el creyente da gracias, reconoce que todas las bendiciones, tanto pasadas como futuras, son producto de la intervención bondadosa de Dios.

También, la gratitud es la fuente de todo servicio que agrada a Dios. *Sírvamos* traduce la palabra que Hebreos utiliza para describir el sistema de culto (8:5; 9:9; 10:2; 13:10). El culto cristiano es más que cantos y lecturas bíblicas; incluye toda una vida de gratitud expresada en acciones que agradan a Dios.

Sin embargo, a la vez que servimos a Dios con alegría y gratitud, también lo hacemos *con temor y reverencia, porque recordamos que nuestro Dios es fuego consumidor*. Esta última frase se aplica a Dios en Deuteronomio 4:24 y 9:3, y en Isaías 33:14. La epístola a los Hebreos constantemente estimula a sus lectores a acercarse a Dios con confianza, por el sacrificio de Jesucristo, pero también les recuerda que el poder y la santidad de Dios requieren que lo tratemos con toda seriedad. Es fuego que consume a los enemigos de su pueblo (Deut. 9:3). También consume a los que no toman en serio su voluntad, aun cuando éstos se han identificado con su pueblo. Moisés usó esta descripción para advertir a los israelitas cuando estaban tentados a abandonar el primer pacto para servir a los ídolos (Deut. 4:23, 24); ahora el autor de Hebreos usa la misma descripción para advertir a los cristianos tentados a abandonar el pacto nuevo y permanente y regresar al primero.

Joya bíblica

Porque nuestro Dios es fuego consumidor (12:29).

VI. EXHORTACIONES FINALES, 13:1-25

El sermón escrito que llamamos Hebreos termina con una serie de exhortaciones generales y unas notas personales. Algunas de las exhortaciones reflejan el tema principal de la carta, la superioridad de Jesús y de la religión espiritual que él media (ver especialmente 13:8–14, 20). El cap. 13 es una especie de posdata, e indica que este sermón fue enviado como carta a la iglesia de los “hebreos”.

1. El amor cristiano, 13:1–6

Las primeras exhortaciones se relacionan con el amor cristiano, e incluyen ejemplos positivos (vv. 2, 3) y negativos (vv. 4–6) de este amor. La primera exhortación (v. 1) es general, y sirve como encabezado de la

sección. El autor recuerda a sus lectores que los cristianos somos hermanos los unos de los otros, por el ministerio de Jesucristo, quien nos hizo hijos de Dios (2:10) y hermanos suyos (2:12). La comunión de los cristianos no se basa en una afinidad natural o terrenal; es una realidad sobrenatural, basada en la relación que cada uno goza con Dios y Cristo.

Los lectores de Hebreos habían mostrado *el amor fraternal* (v. 1) en maneras muy prácticas (6:10; 10:33, 34). Sin embargo, [P. 156] ahora que su ánimo en la carrera cristiana decae (12:3), disminuye también el calor de su amor hacia sus compañeros. El autor les había exhortado a levantarse y seguir la carrera (12:1, 12, 13); ahora prosigue exhortándoles a perseverar también en amor. De la misma manera que la fe genuina persevera, también el amor genuino es constante.

Joya bíblica

No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ésta algunos hospedaron ángeles sin saberlo (13:2).

El amor cristiano no es mera emoción o sentimiento, sino un compromiso que se expresa en acciones concretas para satisfacer las necesidades del amado. Así ama Dios, y a los suyos les enseña e inspira el mismo amor. Los vv. 2 y 3 presentan dos ejemplos concretos: circunstancias de la iglesia de los “hebreos”, en las cuales hacía falta el amor práctico. El primero es *la hospitalidad*. En la iglesia del primer siglo éste era un ministerio importante. Muchos andaban de una iglesia a otra, en un ministerio de enseñanza. También el cristiano que viajaba por otra causa, como sus negocios seculares, necesitaba hospedaje, porque las posadas de aquel tiempo no tenían el carácter moral que los cristianos esperaban. Las visitas oficiales e informales, características de las iglesias del primer siglo, fueron un factor importante en unificar a las iglesias y en proveerles una conciencia de estar vinculadas entre sí. Finalmente, las persecuciones siempre aumentaban la necesidad de la hospitalidad, porque algunos habían perdido sus casas o habían tenido que huir.

La manera en que el autor dice *No os olvidéis* (presente imperativo) implica que los lectores ya habían empezado a descuidar la hospitalidad. Se puede traducir, “no sigáis olvidando”. Los que perdían el calor de su amor a Cristo y la fidelidad a su compromiso cristiano, se alejaban de las reuniones cristianas (10:25). Es lógico pensar que los mismos ya no proveían hospitalidad a sus hermanos cristianos.

El autor da un estímulo para reforzar su exhortación: *porque por ésta algunos hospedaron ángeles sin saberlo*. Sin duda se refiere principalmente a la experiencia de Abraham, quien recibió a tres hombres que resultaron ser ángeles (Gén. 18:1, 2) con una revelación de Dios (Gén. 18:10). Dos de los mismos visitaron a Lot también (Gén. 19:1–3), y fueron ministros de la bendición de Dios en rescatar a su familia de la destrucción de Sodoma. Algunos han sugerido que el autor también piensa en Gedeón (Jue. 6:11–13), Manoa (Jue. 13:3–11), y Tobías (Tobías 5:4, uno de los [P. 157] libros apócrifos del AT), pero no es claro si los encuentros de Gedeón y Manoa fueron *sin saberlo*.

La hospitalidad

El amor cristiano es entendido en términos de acciones concretas y operativas como la hospitalidad y la ayuda a los que sufren. Los lectores de Hebreos probablemente estaban desvirtuando esta comprensión y práctica. En nuestro tiempo la comprensión y la práctica del amor están muy desvirtuadas no solamente en el mundo, sino también en la iglesia. Para muchos creyentes el amor se reduce a una fría expresión nominal, cuando no a un manejo del concepto en términos teóricos, es decir, saben lo que es el amor pero no lo viven. Condiciones como la pobreza, el sufrimiento, el dolor y el desamparo son vistos por los hermanos con la más fría indiferencia aun dentro de la iglesia. Por el contrario, actitudes como el resentimiento, la enemistad, la envidia, el orgullo y el egoísmo permanecen en la iglesia.

Probablemente el autor incluye este estímulo porque algunos de los lectores habían abierto sus casas a personas que resultaron tener un carácter muy distinto al carácter de los *ángeles*. Quiere que se acuerden de que aunque hay experiencias amargas para el cristiano hospitalario, las experiencias positivas recompensan por aquellas en abundancia. Aun cuando los invitados no son seres celestiales, pueden ser verdaderos mensa-

jeros (el sentido lit. de *ángeles*) de Dios, trayendo bendición. Con frecuencia la casa que provee hospitalidad recibe más de lo que da.

Algunos de los hermanos cristianos del primer siglo no podían recibir la hospitalidad, porque estaban encarcelados por su testimonio. El autor exhorta a hacer extensivo el amor fraternal también a ellos. Las prisiones romanas eran lugares insalubres, y lo que proveían de comida y para otras necesidades no era suficiente. De manera que la ayuda recibida de la familia o de amigos era esencial para sostener la vida del prisionero. Algunos de la comunidad de los “hebreos” rehusaban prestar esta ayuda por temor a identificarse como cristianos en un tiempo de persecución.

El autor aplica la “regla de oro” para estimularlos a esta expresión práctica, aunque difícil, del amor. La unidad entre los hermanos en Cristo es tal que el dolor de uno se siente en todos. La misma actitud se debe mostrar a todos *los afligidos* por razón de su testimonio: Acordarse de ellos significa pensar en sus necesidades, y formar y ejecutar planes para satisfacerlas. Mientras todavía estamos *en el cuerpo*, estamos sujetos a los mismos sufrimientos, y debemos ayudar como nos gustaría ser ayudados si los papeles fuesen invertidos.

Semillero homilético

La perseverancia en el amor cristiano

13:1–6

- I. A través de acciones concretas de amor para con el prójimo (vv. 1–3).
 1. Tratándolo fraternalmente.
 2. Siendo hospitalarios.
 3. Atendiendo a los que sufren.
- II. A través de acciones concretas de amor en el matrimonio (v. 3).
 1. Respetándolo como una relación instituida por Dios.
 2. Cuidando su pureza.
 3. Huyendo del libertinaje sexual (fornicación y adulterio), que es condenado por Dios.
- III. A través de acciones concretas de amor para con Dios en lugar del dinero (vv. 5, 6).
 1. Contentándonos con lo que tenemos.
 2. Confiando en la fiel promesa de Dios, que no nos desampará ni nos dejará.

En nuestra situación actual las expresiones del *amor fraternal* no serán siempre las mismas que en el primer siglo, pero la exhortación a que éste *permanezca* es vigente todavía. Hay oportunidades en la vida de la iglesia para ofrecer *la hospitalidad* a personas que visitan la iglesia como parte de su ministerio. Hoy en día varias iglesias tienen ministerios en las cárceles, [P. 158] aunque generalmente el propósito es evangelizar a los inconversos, ya que no es tan común hoy que un hermano sea encarcelado por su fe.

Necesitamos buscar del Espíritu las aplicaciones modernas del amor fraternal. Puede ser algo tan sencillo como llevar una comida a una familia que sufre enfermedad o que ha perdido un ser querido. Puede incluir el proveer alimentos o ropa a hermanos necesitados. Puede ser un esfuerzo de toda la iglesia, como una bolsa de trabajo, o programas especializados para alcohólicos y sus familias, drogadictos, mujeres abandonadas, estudiantes que necesitan ayuda personalizada con sus estudios, o para otras personas necesitadas. La esencia del amor es descubrir las necesidades de otros y tomar acción para satisfacerlas. Hace falta en nuestro día que las iglesias sean conocidas por su *amor fraternal* (ver Juan 13:35).

Joya bíblica

Honroso es para todos el matrimonio, y pura la relación conyugal; pero Dios juzgará a los fornicarios y a los adúlteros (13:4).

Los vv. 4–6 contienen consejos negativos acerca del amor fraternal. Primero, que sexualmente debe expresarse solamente según el ideal bíblico de la relación exclusiva del matrimonio, y segundo, que es todo lo opuesto al amor al dinero.

El primer verbo en el v. 4 no se expresa en el griego, y se puede suplir por el indicativo *es* o el imperativo *sea* (ver la nota de la RVA). En este contexto de exhortación, con imperativos en cada uno de los vv. 1–3 y 5, es preferible entender aquí *sea*. Es posible que esta amonestación se dirija contra una idea ascética: que la relación matrimonial contamina. La secta de Qumrán lo creía así, y sus miembros generalmente no se casaban, con excepción de algunos que lo hicieron solamente para procrear. Es posible que estas ideas, como otras que se encuentran tanto en Hebreos como en los Rollos del Mar Muerto, hayan infectado la comunidad de los “hebreos”.

Pero es más probable, a la vista del v. 4b, que el problema que el autor ataca es el libertinaje sexual: la fornicación y el adulterio. El matrimonio es una relación instituida por Dios, y debe ser respetado y cuidado. El amor cristiano se expresa en respeto, no en actos ilícitos. Hay muchos pecados sexuales que las leyes y los jueces terrenales no condenan, pero el Juez que es *fuego consumidor* (12:29) los recordará en el gran juicio final. *Los fornicarios* incluye toda relación sexual fuera del matrimonio, y aun los matrimonios prohibidos en la ley de Moisés. *Los adúlteros* significa personas que violan la exclusividad de la relación matrimonial. Así que, con estos dos términos, el autor resume todas las expresiones inmorales del sexo.

Las exhortaciones de este versículo son tan necesarias en nuestro siglo como lo eran en el primero. El desorden sexual y los usos del sexo contrarios a los ideales bíblicos, son más comunes cada día. En la televisión y en la literatura popular se presenta un divorcio casi absoluto entre el sexo y el matrimonio. Como el autor de Hebreos, los cristianos de hoy debemos insistir en la enseñanza bíblica positiva acerca del sexo. Dios creó el sexo para enriquecer el matrimonio; los que siguen el plan de Dios encuentran también que el matrimonio enriquece el sexo. Las restricciones que la Biblia le impone no son represión de los impulsos naturales, sino la disciplina necesaria para realizar el valor del sexo como expresión de un amor exclusivo. Es en un matrimonio *honroso* y en una *relación conyugal* que es *pura* que podemos apreciar el gozo y la satisfacción de la expresión sexual. El mundo no lo sabe; Dios ha puesto a la iglesia aquí para proclamar la verdad, incluyendo la verdad acerca del sexo.

En el v. 5 el autor les recuerda a sus hermanos lectores que el amor se dirige a personas, como a Dios y a los hermanos, y nunca al dinero. El pecado sexual y la [P. 159] avaricia provienen de la misma actitud materialista y egoísta. Esta actitud es muy común en el mundo, pero es totalmente ajena a la fe que da primera importancia a las cosas invisibles. El cristiano conoce realidades que valen mucho más que el *dinero*. Por lo tanto, tiene la posibilidad de vivir una vida libre del interés egoísta y materialista. Es su deber realizar esta posibilidad.

Semillero homilético

¿El amor a Mamón o a Dios?

13:5, 6

Introducción. El hombre yacía en su lecho, viviendo en agonía los últimos minutos que le quedaban. Calculé que tendría entre 40 y 50 años. Grande fue mi sorpresa cuando me enteré de que tenía apenas 28 años. Descuidó totalmente su salud por dedicarse por completo a buscar más dinero de lo que ya tenía para vivir cómodamente. Cuánta gente como este hombre está en el camino de la codicia, entregando su vida al dinero. ¿A quién debemos servir? ¿Al dinero o a Dios?

- I. El amor a Mamón, el dinero: ¡No! (v. 5a).
1. Porque es incorrecto.

- (1) Es incorrecto amar lo creado en lugar de al Creador, por ende caer en la idolatría.
 - (2) Es incorrecto amar las cosas materiales más que a la vida, porque Dios es el Dios de la vida.
 - (3) Es incorrecto pretender amar al dinero y al mismo tiempo a Dios (Mat. 6:24).
2. Porque es lo desaprobado por Dios
- (1) Es lo desaprobado por Dios por cuanto se constituye en un estado de idolatría.
 - (2) Es lo desaprobado por Dios por cuanto se constituye en un estado que merece castigo.
- II. El amor a Dios: ¡Sí! (vv. 5, 6).
1. Porque es lo correcto.
- (1) Es lo correcto amar al Creador en lugar de a las cosas creadas y efímeras.
 - (2) Es lo correcto amar a la vida en lugar de a las cosas creadas y efímeras.
 - (3) Es lo correcto amar sólo a Dios sobre todas las cosas y luego a los semejantes.
2. Porque nunca desampara a los que confían en él.
- (1) Porque nunca desampara a los que confían en él es que podemos contentarnos con lo que tenemos.
 - (2) Porque nunca desampara a los que confían en él podemos descansar, estar seguros.
- Conclusión:* ¿A quién decidiremos servir? ¿Al dinero o a Dios? ¡A Dios!, pues es lo más correcto, optar por el Creador que por lo creado, por la vida que por la muerte, por lo eterno que por lo pasajero y efímero, por lo que da verdadera felicidad.

Lo opuesto de la avaricia o la codicia es el contentamiento. El que ama el dinero nunca está contento; lo consumen el afán por tener más y el temor de perder las posesiones que tiene. El dinero y los bienes materiales son de las cosas creadas que se sacuden (12:27), y éstas no son dignas del amor del hombre, a quien Dios ha dado el potencial de una vida que no puede ser sacudida. El autor exhorta a los cristianos a estar *contentos con lo que tenéis ahora*. El contentamiento es una expresión de la fe; proviene de la confianza de que Dios quiere y provee solamente lo mejor para sus hijos, y que ha provisto todos los recursos necesarios para realizar su voluntad. Si no somos ricos materialmente, es porque Dios sabe que la riqueza nos haría más mal que bien. El contentamiento cristiano no se basa en *lo que tenéis ahora*, [P. 160] sino en la promesa del que *ha dicho: Nunca te abandonaré ni jamás te desampararé*.

Joya bíblica

El Señor es mi socorro, y no temeré. ¿Qué me hará el hombre? (13:6).

Esta promesa se encuentra con frecuencia en el AT, porque todas las personas de fe tuvieron que vivir en base a ella. La cita exacta no se encuentra en la LXX, pero la sustancia se repite en Génesis 28:15; Deuteronomio 31:6 y 8; Josué 1:5 y 1 Crónicas 28:20. Filón, escritor judío del primer siglo, cita las mismas palabras que Hebreos. Es probable que los dos citen uno de los versículos mencionados en una versión corriente en su siglo que no conocemos hoy. También es posible que citen un proverbio que se había desarrollado de semejantes conceptos. De todos modos la idea es clara, y se aplica a cada generación y a cada individuo que pone su fe en Dios y expresa su fe en obediencia. La persona de fe nunca será limitada a sus propios recursos para

sostener la vida o para enfrentar dificultades; siempre contará con los recursos infinitos de Dios. ¿Cómo no va a estar contenta?

El contentamiento cristiano se basa en la confianza en la promesa de Dios. Esta confianza se expresa en el Salmo 118:6, que el autor cita de la LXX (v. 6). Dios nos ha librado del temor de la muerte (2:15); ¿cómo entonces podemos ceder a temores menores? Cuando Dios nos está cuidando, como él lo ha prometido tantas veces, ¿qué daño nos puede hacer un mero hombre? Los hombres pueden quitarnos las posesiones materiales y aun el cuerpo corruptible en que ahora vivimos, pero no pueden tocar la vida eterna y la riqueza eterna que tenemos en Cristo.

Este contentamiento es otro valor importante que la iglesia cristiana puede ofrecer al mundo moderno. En América Latina, especialmente, estamos presenciando una revolución en el concepto de las cosas materiales. Muchas naciones están saliendo de sistemas paternalistas o imperialistas. El debate público sobre cuál sistema debe reemplazarlos ha sido entre el capitalismo y el comunismo. Ninguno de los dos, como sistemas meramente económicos, puede incluir las cosas que se perciben solamente por la fe, y por lo tanto no pueden ofrecer el contentamiento profundo y la confianza triunfante, de los cuales habla el autor de Hebreos. Los cristianos debemos dar testimonio, tanto por la palabra como por la vida, de la existencia de realidades fundamentales que no pertenecen a ningún sistema económico.

2. Sus dirigentes como ejemplos de la fe, 13:7, 8

Hay tres referencias a *vuestros dirigentes* en este capítulo. (La palabra traducida así significa uno que gobierna, y no un “pastor”, como se traduce en algunas versiones). En los vv. 17 y 24 la palabra se refiere a los líderes actuales de la iglesia, pero aquí el autor se refiere a los líderes del pasado, quienes pueden ser considerados solamente por medio de la memoria, y no por la observación actual (ver 10:32–34). Todos imitamos la conducta y la vida de las personas que estimamos. Por lo tanto, es de suma importancia que escojamos buenos “héroes” para imitar. Además, el que tiene la posición de líder o de maestro debe recordar que siempre enseña más por su ejemplo que por su discurso.

[P. 161] Hebreos 11 contiene toda una lista de modelos que los lectores pueden conocer por medio de la lectura de su Biblia, pero ahora la referencia es a ejemplos de la fe que vieron. Estos líderes del pasado se estimaron mucho en la congregación de los “hebreos” porque fueron los primeros que les *hablaron la palabra de Dios*. Los que aceptaron esta palabra y se unieron a la congregación tuvieron la oportunidad de ver toda *su manera de vivir*, aun en la hora de la muerte, y podían ver que su fe y perseverancia produjo *éxito*. La palabra traducida *éxito* significa resultado o salida, y tiene referencia especial a la muerte de los líderes mentados. Algunos comentaristas ven en estas palabras evidencia de que los primeros dirigentes de la congregación sufrieron martirio, pero también es posible que el autor simplemente afirma que *conforme a su fe murieron* (11:13). En todo caso, fueron ejemplos de la fe que percibe las cosas invisibles y arriesga todo sobre la realidad de ellas.

Joya bíblica
Acordaos de vuestros dirigentes que os hablaron la palabra de Dios. Considerando el éxito de su manera de vivir, imitad su fe (13:7).
El ejemplo digno de imitar
13:7, 8
1. Imitando su vida de entrega a la causa de Cristo hasta la muerte.
2. Imitando su fe triunfante.
3. Tomando a Jesucristo como el modelo más grande.
1. Porque los modelos humanos pasan y son falibles.
2. Porque Jesucristo es el modelo eterno (ayer, hoy y por los siglos).

La referencia a la constancia y permanencia de *Jesucristo* (v. 8) probablemente tiene un vínculo doble con la referencia a los dirigentes ya muertos. Primero, es válido en la nueva crisis imitar la fe que ellos mostraron *ayer*, porque el mismo Jesucristo que les sostuvo responde *hoy* a la fe. Segundo, la muerte de estos recuerda al autor que todos nuestros héroes, modelos y líderes, pasan. Los líderes de las iglesias se mudan, los pastores responden a nuevos llamamientos, y aun los que perduran durante toda su vida se debilitan en el

cuerpo y mueren. Pero si nuestra confianza está puesta en Jesucristo, tenemos un líder que siempre estará presente para ayudarnos y aconsejarnos. Si él es nuestro modelo principal en la vida de fe, perseverancia y obediencia, nunca acabaremos de aprender de él. En Éxodo 3:15 Jehovah se reveló a Moisés como el Dios del pasado (los padres), del presente (en la opresión por los egipcios), y de siempre. Nosotros también tenemos en Jesucristo uno que fue Dios soberano en las crisis de nuestros antecesores, que es nuestro Dios y también nuestro hermano en nuestra vida actual, y que será *el mismo* en todo el futuro.

Es difícil decidir si el v. 8 se debe incluir con el párrafo del v. 7, o con el v. 9. Ya vimos su relación con el v. 7. También forma la base del v. 9, que expone un contraste entre las *diversas y extrañas doctrinas* y nuestro Señor quien es *el mismo ayer, hoy y por los siglos*. Si él es un apoyo constante que no cambia, la verdad acerca de él tampoco cambia. No hay cabida para novedades doctrinales que contradigan la suficiencia de Cristo o de sus preceptos.

3. El altar fuera del campamento, 13:9–14

La congregación a la cual se escribe Hebreos [P. 162] se desviaba de la verdad eterna acerca de Jesucristo; seguía doctrinas variables y ajenas a la esencia del cristianismo. El v. 9 indica que estas doctrinas tenían que ver con comidas, y los vv. 10 y 11 sugieren que los cristianos fueron criticados por no ofrecer sacrificios. El argumento de toda la carta indica que los lectores estaban siendo tentados a regresar al judaísmo. Por tanto, las *diversas y extrañas doctrinas* han de ser de un contexto judío.

Joya bíblica
No seáis llevados de acá para allá por diversas y extrañas doctrinas (13:9a).

Las *comidas, que nunca aprovecharon a los que se dedican a ellas* (v. 9) pueden ser las restricciones de dieta que los judíos practicaban. Sin embargo, afirmar *el corazón...en comidas* sugiere que el autor corrige un error que consistía en comer, no en abstenerse. En el AT se manda al que ofrece ciertos tipos de sacrificios a sentarse con su familia en la presencia de Dios para comer parte del animal sacrificado (Lev. 7:14, 15). Aparentemente amigos o familiares de los “hebreos” les decían que estaban perdiendo la oportunidad de fortalecer su vida espiritual porque no participaban en estas comidas en los sacrificios.

El autor de Hebreos expone en el cap. 10 su concepto profundamente espiritual de la religión y de la gracia de Dios; aquí aplica este concepto al caso de ceremonias materiales. Afirma que ninguna comida puede fortalecer *el corazón*: El centro de la vida, de donde se originan los pensamientos y las acciones. La comida fortalece el cuerpo, pero solamente *la gracia* de Dios afirma y desarrolla la naturaleza esencial y espiritual del hombre. El que participa en una comida consagrada no recibe beneficio espiritual de la comida material; *bueno es* buscar la ayuda y el crecimiento espiritual que hace falta *en la gracia* de Dios. El mismo principio se puede aplicar a todo tipo de acción física que pretende ofrecer crecimiento espiritual: ayunos, peregrinajes, retiros, etc. Estos ejercicios pueden ayudar a uno a concentrar los pensamientos y prepararse para recibir la gracia de Dios, pero solamente la relación personal y espiritual con Dios, por medio de Cristo, es fuente de provecho espiritual. Esta relación, por ser espiritual, pertenece a las cosas *que no se ven* (11:1), y se experimenta *por la fe*, no por medio de experiencias físicas o materiales, como comidas o acciones corporales.

Aparentemente, algunos adversarios de los “hebreos” decían que el cristianismo no era una verdadera religión porque no tenía *altar* ni sacrificios (v. 11). El autor replica que los cristianos sí tenemos un sacrificio: el de Cristo. Este sacrificio, sin embargo, no es de los que se comen. La ley de Moisés mandó sacrificios que no se comían, especialmente el sacrificio del día de Expiación [P. 163] (Lev. 16:27), con el cual Hebreos compara el sacrificio de Cristo (9:7; 10:3). El cristianismo, en efecto, tiene el único sacrificio verdadero y eficaz, porque es espiritual y eterno. No es visible ni se puede *comer*, porque no se repite y porque se efectuó en la dimensión eterna, espiritual, celestial.

Semillero homilético

**El verdadero sacrificio u ofrenda
que agrada a Dios**

13: 9–14

I. El sacrificio errado (v. 9).

1. Seguir reglas y doctrinas humanas por tradición y/o cos-

tumbre.

2. Cumplir reglas superficiales y externas en lugar de una relación profunda y sincera con Dios (v. 9).
- II. El sacrificio que agrada a Dios (vv. 10–14).
1. Salir como Cristo fuera del estilo de vida de este mundo.
 2. Sufrir como Cristo el rechazo, por salir, dejar el estilo de vida de este mundo.
 3. Poniendo nuestra esperanza en la ciudad eterna que Dios prepara y no en este mundo temporal.

El v. 11 describe en detalle la disposición del sacrificio de Expiación, en base a Levítico 16. El *sumo sacerdote* recogía la *sangre* de la víctima para llevarla dentro del *lugar santísimo* y rociarla allí (ver 9:7). Pero el cuerpo de la víctima no se comía en la presencia de Dios, como en muchos otros sacrificios, sino que un hombre lo llevaba *fuera del campamento* y lo quemaba. El autor de Hebreos recuerda estos detalles para aplicarlos al sacrificio de Jesús (v. 12). Ya vimos que el sacrificio de Jesús es semejante al sacrificio del día de Expiación en otros aspectos: Es un sacrificio por *el pecado* (9:26); se ofrece una sola vez (9:7, 28); los que adoran no lo comen (13:10, 11). Ahora (v. 12) el autor desarrolla otro paralelo: la disposición del sacrificio fuera del lugar donde vive el pueblo.

En Mateo 27:32 y Juan 19:17 se emplea el verbo “salir” para describir el camino de Jesús al lugar de crucifixión; la costumbre de Jerusalén en los tiempos de los judíos era sacar de la ciudad a los condenados antes de aplicar la pena de muerte, para no contaminar la ciudad. El cuadro de Jesús sacrificándose *fuera de la puerta de la ciudad* sugiere un simbolismo profundo. *Para santificar al pueblo* le fue necesario salir. Salió de la pureza del cielo para entrar en el mundo que nosotros hemos contaminado con nuestros pecados. Salió de la sociedad de los judíos, porque ellos rechazaron la verdad que él predicaba, y se aferraron a los pecados que él condenaba. Tuvo que morir solo, abandonado por su pueblo, por sus discípulos y aun por su Padre celestial (Mar. 15:34). Sin embargo, el resultado de este sacrificio angustioso fue la salvación del pueblo que confía en Cristo. Como en Levítico 16, la sangre de la víctima expió de manera simbólica los pecados del pueblo, así la *propia sangre* de Jesucristo purifica de manera genuina a los que vienen a él. Nos santifica para que podamos acercarnos a Dios.

Vv. 13, 14. Si servimos a un Señor que salió, es menester que también *salgamos*. El autor explica a sus destinatarios que el rechazo y la persecución que sienten de parte de su propia comunidad judía es llevar la *afrenta* de Cristo. Esta *afrenta* es un aspecto esencial de su identificación con Cristo, porque él sufrió lo mismo. La salvación ya no se encuentra en el *campamento*, en la comunidad y el sistema religioso de los judíos, porque el campamento había rechazado a Jesucristo, el Salvador. Para acercarse *a él* y a su salvación es necesario salir *fuera del campamento*. En los tiempos de Moisés Israel salió de Egipto para recibir la salvación que Dios ofrecía. Ahora, en la era de la redención por Cristo, les es necesario a los “hebreos” salir del sistema que Dios promulgó por Moisés, para recibir la nueva revelación.

Dios no es impasible y estático, sino un Dios que actúa, que sigue adelante. Su plan para cada generación refleja su voluntad dinámica. Lo que era obediencia para la generación de Moisés sería desobediencia para la generación de Hebreos. (Ver la comparación entre la fe de José y la de Moisés en el cap. 11.) Por tanto, la persona que se relaciona con él por la fe entra [P. 164] en un peregrinaje; la salvación es más un camino que un lugar.

En cada era viene la misma exhortación: *Salgamos*. Todavía hoy hay quienes dejan la religión de sus padres, como estos “hebreos”, para seguir a Cristo en lo que para ellos son nuevos caminos. Aun cuando estamos convencidos de que nuestra interpretación de la revelación en Cristo es superior a la de otros, tenemos que examinar continuamente nuestro entendimiento del mensaje de Dios. Cuando encontramos conceptos inadecuados, debemos salir de ellos y acercarnos más a Dios y a su verdad. Sin embargo, el cristiano sincero enfrentará a veces el rechazo de su propia familia o aun de su iglesia, si sigue la voz de Jesús que le llama a seguir adelante hacia una nueva visión. Si la iglesia habla con voz profética de las injusticias de su sociedad, sufrirá el rechazo y aun la expulsión, como Jesús fue sacado de la ciudad y crucificado. Salir *fuera del campamento* es siempre una experiencia triste, pero el fiel puede aguantarla por el gozo de salir *a él*.

Jesucristo es también la brújula que garantiza que la salida será hacia la verdad, y no fuera de ella. Es posible salir del campamento de los valores y conceptos de la sociedad, y llegar a algo peor o, cuando mucho,

igual. La pauta de la salida y del peregrinaje siempre debe ser “hacia Jesucristo”. Si nos acercamos *a él* siempre caminaremos en la dirección correcta.

La vida cristiana es un peregrinaje *porque aquí no tenemos una ciudad permanente*. Vivimos en un mundo donde todo puede ser sacudido (12:27), y aquí no puede haber ciudad ni institución permanente. El sistema levítico fue instituido por Dios, pero en este mundo, y por tanto tuvo que ser removido. Todas las instituciones y sistemas que construimos, aun por inspiración divina, también pasarán, cuando Dios provea algo mejor. En este mundo nuestros sistemas de pensamiento [P. 165] y de servicio a Dios, como nuestra vivienda, siempre son un *campamento* temporal, y nunca *una ciudad permanente*.

Sobre la codicia y sus expresiones horribles y crueles

En la Casa de la Moneda de Potosí, Bolivia, queda todavía el gesto de codicia, horror y crueldad. En el tiempo de la colonia este lugar era el centro minero más importante de explotación de la plata en el nuevo mundo. Millones de indígenas fueron arrancados por la fuerza de sus lugares de origen, de sus familias, para ser llevados en cadenas hasta este centro minero, donde trabajaron en condiciones infrahumanas, cubiertos sus cuerpos con el metal en lugar de ropa, sin salir a ver más el exterior. Acabaron sus días en las profundidades de los socavones de angustia, masacrados como animales en la más extrema ignominia.

Otros murieron en las plantaciones, las mujeres sometidas a un sistema de explotación y violación, paradójicamente bajo la tiranía de un monje o sacerdote. ¿Cuál era el delito de estas gentes para que merecieran tanta crueldad y sufrimiento? Ninguno, simplemente fueron víctimas de una ciega locura de los españoles, que por su adoración al oro y las riquezas sacrificaron las vidas, la cultura, la historia, lo mejor que tenían en el altar del dios Mamón, del Moloc antiguo, del demonio. Llegó todo a tal extremo que el obispo español defensor de los indios, Bartolomé de las Casas, en 1564 escribió tremendas acusaciones en su testamento: “Creo que por estos actos impíos, ignominiosos, injustos, tiránicos y bárbaros, Dios va a derramar su furor sobre España” (Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, 2:610–611).

Semejante horror, aunque parezca increíble, todavía se repite con otros rostros más disimulados por el amor al dinero. El amor al dinero deshumaniza, sólo el amor a Dios puede hacernos más humanos, puede hacer que amemos al prójimo y puede traernos paz y felicidad. ¡El amor al dinero nunca trae paz ni felicidad!

El mismo principio es aplicable a las bendiciones materiales y terrenales que Dios ha provisto. No es pecado disfrutarlas, pero nunca debemos darles un valor último. El cristiano debe ver las cosas de este mundo como tentativas, y clavar su esperanza en el futuro, buscando *la ciudad que ha de venir*, la habitación permanente que Dios prepara (11:10). Los sueños y anhelos de la persona de fe no se dirigen a cosas temporales e inestables, sino hacia las cosas que se esperan y no se ven (11:1).

4. Ofrendas y oraciones, 13:15–21

Si bien es cierto que Jesucristo ha ofrecido la única ofrenda por el pecado, y ya no cabe ningún otro sacrificio sangriento, todavía les toca a los cristianos hacer ofrendas a Dios: la *alabanza* a Dios y *hacer el bien* al semejante (vv. 15, 16). Los lectores tuvieron que dejar el culto de sacrificios de animales, porque ya se había cumplido todo su significado en el sacrificio único de Cristo. Sin embargo, todavía les quedan a ellos, y a nosotros, dos tipos de servicio y ofrendas que agradan a Dios: adoración hacia Dios y generosidad hacia el hombre. Conscientes de la gran bendición de la salvación y de la santificación, y del precio que Dios pagó para darnosla, nunca podemos dejar de alabarle. La alabanza es una marca de la nueva relación con Dios que recibimos en Cristo. La himnología cristiana es una evidencia notable del gozo y de la gratitud naturales

en el creyente. Ofrecemos esta alabanza *por medio de él*, por nuestro Mediador quien nos comunica con Dios. El autor de Hebreos explica que la alabanza es *fruto de labios*, una expresión tomada de Oseas 14:2. En lugar de los productos de la tierra o del corral, ofrecemos el producto de los labios *que confiesan su nombre*. Confesar su nombre es reconocer todo lo que Dios es, y lo que nos da, y lo que le debemos. Este verbo se usa en la LXX para expresar alabanza o acción de gracias a Dios.

La alabanza de cánticos sin una actitud de generosidad a los hombres

Cada invierno ya es normal que en las zonas altas de Bolivia (La Paz, Oruro y Potosí), mueran algunos hombres que viven en la calle a merced de las temperaturas tan bajas que descienden hasta 15BA bajo cero. Lo que no pareció normal a la prensa y a la opinión pública fue lo que sucedió en la ciudad de La Paz en el invierno de 1993; encontraron a un mendigo congelado por el brutal frío invernal paradójicamente en la puerta de un templo evangélico. Al otro día, al enterarse de la noticia algunos vecinos y hermanos de la iglesia, comentando sobre este lamentable hecho recordaron que el mendigo se encontraba en la puerta desde rato antes del inicio del culto de alabanza y después de él.

El frío más cruel que asesinó al mendigo, antes de que el frío de la noche invernal lo matara, fue la total indiferencia de la sociedad entera, para quien el mendigo no era gente, uno que no contaba para nadie. Pero, lo más triste y deplorable fue que también para la iglesia de Dios esa vida no tuvo valor, pues alabaron esa noche con los labios a Dios y con sus hechos asesinaron en la más fría indiferencia a un ser humano por quien Cristo también murió. Qué terrible ignorancia o irresponsabilidad: no adorar a Dios también con el servicio de amar la vida, ayudar al que sufre. Porque de tal servicio, dice Hebreos 13:16, se agrada Dios.

Oseas no fue el único profeta del AT que previó una religión espiritual que reemplazaría los sacrificios materiales. Un [P. 166] aspecto principal del mensaje profético en general era la necesidad de ofrecer a Dios el corazón, el centro de la vida, junto con o en lugar de los sacrificios animales. El Salmo 50 es una de las expresiones más claras de esta verdad: *Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti... ¡Sacrifica a Dios acciones de gracias!* (Sal. 50:12, 14). En

Cristo y en sus seguidores se cumple la visión profética de una religión espiritual, interna, del corazón.

3:15–21

1. Presentar ofrendas que Dios recibe con agrado (vv. 15–17).
 1. Alabanza con los labios.
 2. Generosidad a los hombres.
 3. Obediencia y consideración a los pastores.
 - (a) Porque ellos cuidan de la grey.
 - (b) Porque ellos darán cuenta a Dios de su trabajo.
2. Orar las oraciones que Dios recibe con agrado (vv. 18–21).
 1. Por los líderes.
 - (a) Para que tengan motivos puros y acciones honrosas.
 - (b) Para que siempre visiten la grey.

2. Por la iglesia.
 - (a) Para que sean perfectos y buenos en todo por el poder de Dios.
 - (b) Hacedores de su voluntad por medio de Jesucristo el intercesor.

Junto al servicio dirigido a Dios en palabras, Hebreos presenta el servicio dirigido al hombre, expresado en acciones. *No os olvidéis* (v. 16) es un presente imperativo, que se podría traducir “dejad de olvidaros”. Implica que el amor fraternal práctico de la comunidad se estaba enfriando. En gratitud por el sacrificio de Cristo debemos dar nuestro tiempo para *hacer el bien* y nuestras posesiones para *compartir*. *Tales sacrificios*, que ayudan a los necesitados, no los que se queman en un altar, *agradan a Dios*.

La combinación de alabanza y buenas obras recuerda la declaración de Jesús acerca del primer mandamiento (Mar. 12:29–31). El deber principal del ser humano es amar primero a Dios y segundo al prójimo. Expresamos el amor a Dios en alabanza sincera, y el amor al hombre en buenas obras y ayudas materiales. Con una concepción semejante a la de Jesús, Miqueas (6:7, 8) definió la religión genuina como una relación correcta con el hombre y con Dios. Como Hebreos, Miqueas contrastó esta religión de corazón y de acción con los sacrificios del culto.

El v. 17 concluye una sección que corrige ciertas tendencias erróneas en la iglesia (vv. 9–17). El autor vuelve a mencionar a *vuestros dirigentes*. La palabra se refirió a líderes del pasado en el v. 7, pero aquí y en el v. 24, se trata de los líderes actuales. Cada miembro de la congregación los debe obedecer, viviendo según sus enseñanzas, y someterse a ellos, tratándolos con el respeto que merecen, *porque ellos velan por vuestras almas*. Aparentemente, hubo una tendencia en algunos a menospreciar a los líderes locales de la iglesia, tal vez a favor de maestros ambulantes que traían *diversas y extrañas doctrinas* (v. 9). Más [P. 167] confiables que los maestros visitantes son aquellos que plantan sus vidas en la congregación, velando por los miembros y aceptando la responsabilidad por su cuidado y desarrollo. *Vuestras almas* significa las vidas, las personas, todo el bienestar de los lectores. “Velar” significa “preocuparse”, pero tal vez aquí cabe también su sentido literal de “perder el sueño”. Los pastores dignos de confianza y respeto son los que tienen a sus ovejas en el corazón, a tal grado que pierden su tranquilidad y aun su sueño cuando éstas se desvían de la verdad recibida de los apóstoles (2:3), o se alejan de la comunión del Espíritu (10:25).

La autoridad pastoral

13:17

1. Se basa en el principio de uno que sirve a Dios y a los miembros de la iglesia.
2. Se basa en una autoridad que se gana por el servicio y la humildad.
3. Se basa en una preocupación verdadera por la condición espiritual de los miembros de la iglesia.
4. Se basa en el ejemplo de abnegación y perseverancia en la obra.
5. Se basa en un servicio caracterizado por alegría y sin quejas.

Lo que el autor espera que los líderes *hagan con alegría y sin quejarse* es velar, o tanto velar como *dar cuenta*. Cada pastor genuino vela en oración por sus ovejas, pero ora por algunas con alegría y por otras con gemidos. Les conviene a las ovejas que el trabajo del pastor sincero sea un placer, porque lo que le da alegría es ver la firmeza y el progreso de las ovejas: *No tengo mayor gozo que el de oír que mis hijos andan en la verdad* (3 Jn. 4). Si en cambio el dirigente ora por algunos de su congregación “quejándose” (lit., con gemidos), significa falta de crecimiento o de constancia en ellos. Tal vez algunos de los mismos miembros que menospreciaban a sus líderes estaban orgullosos de los problemas que daban a los mismos por su rebeldía. Lejos de serles *provechoso*, el gemir de sus pastores es un indicio de que tales miembros caminan hacia el castigo de Dios.

Semillero homilético

La adoración que le agrada a Dios

13:15, 16

Introducción: En este tiempo los servicios en la adoración a Dios son tan variados y diversos, que cambian de iglesia en iglesia. Pero, por lo general, se reduce a la alabanza, la oración, la ofrenda, el mensaje y testimonios, que se circunscriben al templo, todo se lo realiza en el templo. Todo servicio debe ser dirigido para agradar a Dios y no a nosotros.

En este sentido vale prestarle mucha atención al pasaje abordado porque nos habla de dos servicios que le agradan a Dios. Veamos a continuación de cuáles se trata:

- I. La alabanza es un servicio en la adoración que le agrada a Dios.
 1. Es un servicio vertical dirigido a Dios.
 2. Es un servicio expresado en palabras (cánticos, oraciones, etc.).
 3. Es un servicio que expresa el reconocimiento de lo que él es, lo que nos da y lo que le debemos a través de nuestros labios.
 4. Es un servicio interno del corazón a Dios, que hacemos a través de nuestro mediador Jesucristo.
- II. Las acciones concretas de amor son otro servicio en la adoración que le agrada a Dios.
 1. Es un servicio horizontal dirigido al prójimo.
 2. Es un servicio expresado en hechos concretos de hacer el bien al semejante.
 3. Es un servicio expresado en hechos concretos de ayudar al necesitado y al que sufre.
 4. Es un servicio de demostración concreta al prójimo del amor de Dios en la vida.

Conclusión: Dios exige una adoración que le agrade. Cuando ofrecemos una adoración por medio de la alabanza expresada en palabras de gratitud a Dios (cánticos, oraciones, testimonios, etc.), y el servicio de hechos concretos de amor y generosidad al semejante, estamos agradando a Dios.

Vv. 18, 19. La transición natural del tema de los dirigentes a la petición, *orad por* [P. 168] *nosotros*, sugiere que al autor antes había sido uno de aquellos dirigentes. *Nosotros* no incluye más que el autor mismo, porque en el siguiente versículo usa la primera persona del singular. La insistencia del autor en su *buena conciencia* y en sus buenas intenciones es lo que sugiere una defensa de su carácter y conducta. Tal vez había algunos en la congregación de los “hebreos” que criticaban a este ex dirigente. El autor afirma que sus motivos son puros y sus acciones honrosas.

¡Cuán grande es él!

13:20

El autor caracteriza a Dios en esta doxología, de tal manera que tenemos una teología completa.

1. Dios promueve la paz en todo y entre todos.
2. Dios mostró su poder inmenso en la resurrección de Jesús.
3. Dios nos dio modelo perfecto de un pastor en Jesús, el gran Pastor de las ovejas.

“Especialmente,” dice el autor, “pido sus oraciones para que yo pueda reunirme de nuevo con ustedes.” Alguna circunstancia impide que el autor visite a la iglesia; por tanto, manda este sermón escrito. Sin embargo, no se conforma con la oración mutua desde una distancia; su anhelo es visitarles personalmente, o tal vez volver a vivir entre ellos. Algunos han especulado sobre la causa de esta separación forzosa, mencionando especialmente las persecuciones o el encarcelamiento. Pero igualmente podrían ser las exigencias de su responsabilidad actual, una enfermedad o aun carencias económicas, lo que le prohibía salir de su lugar actual de servicio.

Después de pedir las oraciones de los lectores, el autor pronuncia una oración sublime por ellos (vv. 20, 21). Toda la verdad que el autor ha presentado acerca de Jesucristo se resume en el v. 20, especialmente en la frase *la sangre del pacto eterno*. Toda la respuesta que pide de los cristianos basado en esta verdad se resume en el v. 21, especialmente en la frase *hacer su voluntad*. La oración se dirige al *Dios de paz*. Esta frase, que Pablo también usa con frecuencia, significa “el Dios que otorga la paz”. *Paz*, en el AT, incluye todos los aspectos de una vida de satisfacción: salud, prosperidad, éxito, salvación, buenas relaciones con Dios y con los seres humanos. Es probable que el autor de Hebreos quiere recalcar la salvación que Dios otorga, que restaura la vida al estado bendito que Dios quiere para nosotros. Dios es capaz de dar esta salvación plena y de contestar la oración del autor, porque *levantó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús*. La resurrección de Cristo es una doctrina prominente en Pablo y en otros documentos del NT, pero ésta es la única vez que se menciona en Hebreos. El énfasis en esta epístola está más bien en la exaltación de Jesús a la diestra de Dios. Este énfasis no está en pugna con el de Pablo y de otros escritores del NT, porque la resurrección es un requisito implícito de la exaltación. La paz o restauración que el autor pide para sus lectores en el v. 21 es una continuación de la obra de resurrección que Dios empezó en Jesús.

El Señor Jesús es *el gran Pastor de las ovejas*. Este título también aparece aquí por primera vez en la obra. Aunque el concepto [P. 169] de Cristo como Pastor es común en el NT, la frase *Pastor de las ovejas* aparece solamente en Juan 10:2 y aquí. Es probable que el autor pensó en Isaías 63:11, que dice que Dios hizo subir a Israel del mar Rojo, junto con *el pastor de su rebaño* (en LXX, “de las ovejas”), Moisés. Dios había levantado a Moisés de una muerte potencial en el mar Rojo o por las espadas del ejército de Egipto. A Jesucristo lo *levantó*, no de una muerte potencial, sino de la realidad de la muerte. Por tanto, Jesús es el *gran* Pastor, superior a Moisés y a todo otro pastor. Aquí el adjetivo significa “único, sin igual”, como en la frase *gran sumo sacerdote* (4:14).

Hebreos dice que Dios realizó esto *por la sangre del pacto eterno*. Pero, ¿cómo pudo ser la muerte de Jesús el instrumento de su resurrección? Algunos comentaristas explican que la resurrección confirmó que Dios había aceptado el sacrificio de Jesús, pero si esta fuera la idea, la resurrección sería más bien el instrumento para lograr el propósito de la sangre, y no al revés. Tal vez el autor más bien conecta esta frase con *el gran Pastor de las ovejas*. (En el gr. *por la sangre...* viene inmediatamente después de aquel título.) La sangre que Jesús derramó para establecer el nuevo y eterno pacto entre Dios y los hombres (ver 9:15, 20), lo confirmó y estableció en el oficio del gran Pastor, sentado a la diestra de Dios para interceder por su rebaño y guiarlo a la presencia de Dios.

A este Dios poderoso, que ya mostró en Jesucristo su deseo de bendecir a los hombres, el autor pide que *os haga aptos*. El verbo así traducido significa restaurar, completar, o adecuar para su función. Se aplica en 10:5 al cuerpo que Dios preparó para Cristo, y en 11:3 a la creación del mundo. El mismo verbo describe a Jacobo y a Juan *arreglando* redes en Mateo 4:21 y Marcos 1:19. La oración del v. 21 es que Dios complete la obra de salvación y restauración en los lectores, preparándoles *para hacer su voluntad*. Para este propósito hacen falta aptitudes amplias *en todo lo bueno*. La voluntad de Dios siempre es lo bueno, en todo sentido. Es buena según las pautas de justicia y rectitud; es buena en el sentido de que agrada a Dios; es buena porque es lo que

más nos conviene a nosotros mismos. Por tanto, la voluntad de Dios debe ser el ideal, la meta y la guía de todo cristiano.

Es Dios quien nos da la capacidad para hacer su voluntad, pero cuando estamos capacitados, es también Dios quien hace *en nosotros lo que es agradable delante de él*. Esta idea doble es semejante a la de Pablo en Filipenses 2:13: que Dios produce el deseo de hacer su voluntad en nosotros, pero también produce las obras. Tanto Filipenses 2:13 como Hebreos 13:21 aplican el mismo verbo “hacer” a la acción de Dios y a la acción del hombre restaurado. La perfección cristiana, a la cual Dios nos está restaurando, no es simplemente hacer su voluntad en lugar de nuestra voluntad, sino que su voluntad sea nuestra. Tal armonía entre Creador y criatura se puede lograr solamente *por medio de Jesucristo*. Solamente por su vida santa (5:7–9), su sacrificio que nos santifica (10:14), y su socorro (2:18) e intercesión (7:25) continuos, podemos vivir de una manera *agradable delante de Dios*, esto es, podemos *hacer su voluntad*.

Los pensamientos de este poder divino, del sacrificio único de Cristo y del destino glorioso al cual Dios y Cristo nos llevan, hacen que el autor prorrumpe en una doxología: a él *sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén*. En la RVA, esta alabanza se dirige a Jesucristo, pero gramaticalmente es posible también que sea a Dios [P. 170] que el autor atribuye la gloria. Cualquiera que sea el sentido gramatical, sin duda el corazón del autor estaba lleno de adoración hacia el Padre Dios y al Hijo Cristo.

5. Notas personales y saludos, 13:22–25

El v. 22 refuerza la impresión de que hubo cierta tensión en la relación entre el autor y la congregación a la cual escribe (ver v. 8). Pide que reciban *bien* la carta; el verbo significa “soportar” o “tolerar”.

En este versículo tenemos también la opinión del autor acerca del género literario de su obra: la llama una *palabra de exhortación*. En el primer siglo los judíos empleaban esta expresión para el sermón en la sinagoga. En Hechos 13:15 los líderes de la sinagoga de Antioquía de Pisidia usan el mismo término para invitar a Pablo y a Bernabé a que entreguen el mensaje en el culto. Así que el autor de Hebreos llama a su obra lo que nosotros llamaríamos un sermón, aunque inmediatamente añade, *he escrito*. El verbo traducido así significa, no escribir en general, sino escribir una carta. Por tanto, Hebreos se puede llamar un “sermón escrito”. Como es un sermón, empieza sin la introducción acostumbrada de una carta (que encontramos, p. ej., en las cartas de Pablo); porque es también una carta, termina con notas personales, y la bendición acostumbrada de una epístola (ver 1 Cor. 16:23, 24; 2 Cor. 13:14; Gál. 6:18; 1 Ped. 5:14; etc.). La única razón que el autor ofrece para “soportar” su sermón es que, a fin de cuentas, es breve. Aunque es una de las cartas más largas del NT, se puede leer en menos de una hora. Un sermón breve, si se compara con el de Pablo en Troas (Hech. 20:7, 11). ¡Claro que el predicador nunca es el primero en darse cuenta de que el sermón se alargó! De todos modos, sabemos que cuando menos en un lugar (9:5) el autor omitió material que pudiera haber incluido.

El autor comunica una noticia que sería grata a la congregación: que *Timoteo* ha salido de la cárcel (v. 23). Es probable que este Timoteo es el discípulo y compañero de Pablo que aparece en Hechos y en las cartas de Pablo. Esta congregación y el autor de Hebreos, entonces, tenían alguna relación con el círculo paulino de iglesias. El autor espera que Timoteo llegue al lugar donde él mismo se encuentra, para acompañarle en el viaje que piensa hacer a la ciudad de los “hebreos” a quienes escribe (v. 19).

El autor termina su carta con saludos y una palabra de bendición (vv. 24, 25). Menciona específicamente a los *dirigentes*, la tercera mención de ellos en este capítulo (ver vv. 7, 17). Tal vez el autor los vuelva a mencionar para recalcar el respeto y sumisión que merecen. Repite la palabra *todos*, con los dirigentes y con los *santos* en general; es posible que piense en líderes y miembros de las congregaciones que se reúnen en otras casas en la ciudad de los “hebreos”. La congregación que recibió la carta aparentemente vivía en una condición de aislamiento, que les hizo más difícil soportar la persecución y que los dejó más susceptibles a las *diversas y extrañas doctrinas* (v. 9). Tal vez el autor les pida que lleven saludos a sus congregaciones hermanas con la esperanza de que este contacto les estimule a renovar y estrechar su relación con ellas. El contacto fraternal sería otro recurso para la estabilidad y el progreso de la congregación de los “hebreos” en su peregrinaje de fe.

Los *santos* son los que han sido santificados por la sangre de Jesús (13:12), y así pueden acercarse a Dios con confianza (4:16). En Hebreos, como en todo el NT, el concepto de la santidad incluye que la pureza moral y la santidad se logran solamente [P. 171] en Cristo. La idea de la santidad como el requisito esencial para entrar a la presencia de Dios es un énfasis especial de Hebreos.

¿Quiénes son *los de Italia*? Unos comentaristas han sugerido que son hermanos de Italia que ahora radican donde se encuentra el autor, y mandan sus saludos a la iglesia. Esta interpretación indicaría que la iglesia destinataria está en Italia, en o cerca de Roma. Otros piensan que el autor escribe desde Italia, y los que están

alrededor mandan sus saludos; es probable que el autor o la iglesia se encontrara en Italia. Es imposible saber cuál es la interpretación acertada.

La palabra final de Hebreos es una petición de *la gracia* de Dios para los lectores. La gracia de Dios es el favor que nos muestra en Jesucristo. Es la fuente de toda bendición, todo crecimiento y toda perseverancia en la vida cristiana. La gracia de Dios proveyó la muerte de Jesús para santificarnos (2:9–11). Su gracia nos socorre en las necesidades y tentaciones que enfrentamos (4:16). La gracia afirma nuestros corazones para que perseveremos y crezcamos (13:9). Dios escucha con agrado una petición de gracia, y siempre está dispuesto a otorgarla, pero tenemos que aceptarla en sumisión, fe y obediencia (12:15). Dios siempre ofrece su gracia, pero algunos por su propia decisión no la alcanzan.

F. F. Bruce concluye su comentario de la epístola con un excelente resumen del mensaje de Hebreos y su pertinencia para nuestro siglo. Dice (traducción del autor): “La fe una vez entregada a los santos no es algo que se pueda atrapar y domesticar; continuamente dirige a los santos a nuevas aventuras en el servicio de Cristo, según el llamamiento siempre nuevo de Dios... Permanecer en el mismo nivel donde algún maestro estimado del pasado nos ha llevado, por una lealtad equivocada a él; aferrarse en la religión a cierto patrón de actividad o a cierta actitud solamente porque fue el patrón o la actitud de nuestros padres y abuelos: estas tentaciones y otras semejantes son las que hacen menester y saludable que oigamos el mensaje de Hebreos. Cada nueva manifestación del Espíritu de Dios tiende a convertirse en estereotipo en la siguiente generación, y lo que hemos oído con nuestros oídos, lo que nuestros padres nos han dicho, llega a ser una tradición tenaz que invade la lealtad que se debe prestar solamente a la palabra viva y eficaz de Dios. Los primeros lectores de Hebreos vivieron en un tiempo cuando el orden antiguo y amado estaba siendo destruido. Aferrarse a tradiciones venerables no les ayudaría en absoluto en su situación; solamente aferrarse al inmutable Cristo, quien seguía avanzando, podría llevarlos adelante y prepararlos para enfrentar un nuevo orden con seguridad y poder. Así, en un día en que todo lo que se puede sacudir se está sacudiendo delante de nuestros ojos y aun debajo de nuestros pies, demos gracias también nosotros por el reino que hemos heredado: un reino que no puede ser sacudido, que perdura para siempre cuando todo lo demás en que los hombres esperan desaparece sin dejar huella alguna”.

[P. 172]

[P. 173]

SANTIAGO

Exposición

Daniel Carro

Ayudas Prácticas

Julio Beltrán Patarroyo

[P. 175]

INTRODUCCIÓN

Entonces dije: Mejor es la sabiduría que la fuerza, aunque el conocimiento del pobre sea menospreciado y sus palabras no sean escuchadas. Las palabras del sabio, oídas con sosiego, son mejores que el grito del que gobierna entre los necios. Mejor es la sabiduría que las armas de guerra, pero un solo pecador destruye mucho bien (Ecl. 9:16–18).

La pieza de literatura conocida como “Epístola universal de Santiago” es una obra de literatura de sabiduría, quizá la única en su estilo en todo el NT. Es una obra pequeña, de pretensiones humildes, casi insignificante frente a las imponentes obras de la literatura paulina; pero es una obra densa, importante y muy significativa desde el punto de vista de un cristiano comprometido que quiere de veras vivir como Jesús.

La epístola de Santiago es obra densa, oscura, indigesta, llena de implicaciones y connotaciones. Es un signo que indica en múltiples direcciones, es una red de significados, es una obra para leer lentamente, como los proverbios, uno por día y nada más. Santiago es un escrito para leer pausadamente, para meditar, para pensar. Cada frase, cada palabra, cada expresión tiene un significado pleno que lucha por ser comprendido.

LAS DIFICULTADES EN SANTIAGO

Diversas dificultades se presentan a quien accede a la lectura de Santiago desde el español. La primera de ellas es que se acerca a la obra a partir de una traducción. Las traducciones, a la vez que permiten a un lector llegar a la obra que, si no hubiese estado traducida, le quedaría prohibida; por otro lado oscurecen el texto que se traduce con la insoslayable oscuridad cultural del idioma al que es traducido.

Un ejemplo. En el capítulo primero de Santiago se usa seis veces el término griego *peirasmos*³⁹⁸⁶. Sólo en el versículo 13 se lo utiliza tres veces. En la dos primera apariciones (1:2 y 1:12), la palabra se traduce “pruebas”, “prueba”. Pero en el versículo 13 la misma palabra se traduce “sea tentado”, “soy tentado”, “no es tentado”, “no tienta”, y en el versículo 14 “es tentado”. Si esto nos parece extraño, para agregar a los dolores de cabeza, en el versículo 12 hay una expresión española que parece provenir del mismo término griego, pero que en realidad proviene de otro. “Haya sido probado” no proviene del griego *peirasmos*³⁹⁸⁶, sino de *dokimos*¹³⁴⁸, que significa algo que ha sido probado, “verificado” decimos hoy, y ha salido aprobado, airoso de la prueba.

Si aun en el propio griego es difícil comprender cabalmente el campo semántico que cubre la palabra *peirasmos*³⁹⁸⁶, cuánto más en el español, en el que no [P. 176] hay una palabra que lo represente completamente, y menos aún cuando las palabras utilizadas para su traducción tienen significados e implicaciones teológicas tan distintas como “prueba” y “tentación”. Esta es una primera dificultad que todo lector del NT debe reconocer cuando lee en una lengua no original. Las dificultades de traducción son especialmente importantes en la lectura y estudio de Santiago.

Otro tipo de dificultades que se enfrentan al estudiar a Santiago nacen de la propia naturaleza del género literario en que está escrito. Santiago puede ser clasificado sin dudas como literatura de sabiduría. Si bien algunos autores han clasificado a Santiago como literatura “parenética” es decir educativa y exhortativa; y otros la han clasificado como “diatriba” o sea diálogo con supuestos oponentes; estas clasificaciones no echan por tierra la naturaleza sabia del escrito. Las dificultades propias de la literatura de sabiduría le pertenecen. La naturaleza del proverbio, aparentemente desconectado de su contexto inmediato; la naturaleza del dicho experiencial, que aparentemente no pretende enseñar sino decir la cosa tal cual es; la naturaleza del dicho

didáctico, y del dicho artístico, de los mandatos y prohibiciones, de las enseñanzas “de tu padre” y “de tu madre”; todas ellas deben ser tomadas en cuenta al analizar el género literario de esta epístola.

Un tercer tipo de dificultad nace del análisis literario de la obra. Santiago usa continuamente y a la vez hebraísmos y helenismos, lo cual es extraño, como veremos más adelante. También utiliza aliteraciones, familias de palabras y relaciones semánticas muchas veces imposibles de traducir y explicar para quien no está habituado a comprender otro idioma que no sea el propio.

También hay dificultades teológicas. Estas quizá son las más graves. Algunos grandes cristianos, como Lutero, renegaron de esta obra, tildándola de “epístola de hojarasca, que no tiene nada del evangelio en ella”, porque parecía debatir la validez de la *sola fide*, incluyendo el valor de las obras para la salvación. No sólo en la historia de la iglesia, temprana y tardía, se ha leído a Santiago con sigilo y un poco de menosprecio, también actualmente hay muchos cristianos que no se atreven a leer la carta completa.

Otros han objetado que esta epístola tiene una cristología “pobre”, que sólo incluye 12 referencias al “Señor”, que sólo en dos ocasiones menciona el nombre de Jesús, y que tampoco tiene referencias a la cruz ni a la resurrección, lo cual la hace teológicamente objetable. Quienes hagan esta acusación no podrán dejar de reconocer, sin embargo, que esta carta es el documento neotestamentario que más menciona los dichos de Jesús, aparte de los cuatro Evangelios, y que se parece muchísimo en estilo y contenido al Sermón del monte, una de las piezas clásicas de Jesús.

Las dificultades no empobrecen la obra, por el contrario, la enriquecen. Las dificultades confieren a Santiago el carácter de una obra con una densidad específica muy alta, y la hacen muy rica a la vez que muy difícil al momento de su interpretación. Las dificultades pueden ser muchas, sin embargo, cualquier lector que lea este libro detenidamente y con la convicción que da el Espíritu Santo, no podrá negar su profundo sentir cristiano y su alto valor teológico.

[P. 177] Por eso, estudiar Santiago no es para desesperar al estudioso, sino que recordemos que para aclarar las dificultades es que se han escrito los comentarios, y esperamos que éste no sea la excepción. Las dificultades pueden ser muchas y nuestra luz poca, pero no debemos esquivar el desafío de arremeter contra ellas lo mejor que podamos. De los resultados verá si le hemos ayudado a comprender mejor el texto y a relacionar lo aparentemente inconexo, por lo cual nos sentiremos profundamente recompensados.

LAS LLAMADAS EPÍSTOLAS “CATÓLICAS”

Todas las Biblias, de las cuales RVA no es la excepción, clasifican a la Epístola de Santiago entre las llamadas epístolas “católicas”. Estas epístolas generales, universales o “católicas” tienen algunas características distintas del resto de las epístolas del NT.

Por ejemplo, por el estudio de las epístolas paulinas, uno está acostumbrado a esperar que una carta trate circunstancias concretas y específicas de la comunidad a la que fue dirigida. Pero con las epístolas generales, quizá con la excepción de las tres cartas juaninas, tales expectativas se ven altamente frustradas. Tan es así que algunos comentaristas han propuesto que estas epístolas no sean consideradas como tales, sino como tratados, diatribas o parénesis.

Lo mismo pasa con la epístola de Santiago. La falta de entendimiento sobre el carácter de este texto hace difícil la reconstrucción del contexto en el que fue dado. Esto debe ser muy tenido en cuenta en su interpretación, y considerar toda tesis sobre el carácter de este texto como provisional e hipotético.

Como Santiago no trata con problemas específicos de una iglesia en particular sino con diversos problemas de las diversas sinagogas de la época temprana del cristianismo en que fue escrita, muchos no quieren considerarla como carta. Sin embargo, en la consideración de las características literarias y teológicas de este escrito esperamos poder demostrar claramente no sólo que fue una carta, sino que fue una carta circular, que fue escrita tempranamente, siendo quizá uno de los escritos más tempranos de todo el NT, y que fue escrita por Santiago, el medio hermano de nuestro Señor Jesucristo, durante su largo ministerio pastoral al frente de la primera iglesia cristiana de Jerusalén.

CARACTERÍSTICAS LITERARIAS

Como ya hemos dicho, esta epístola tiene un carácter general o universal. Le falta un destinatario específico. La dirección: “a las doce tribus de la dispersión” (1:1) acentúa su carácter general, “católico”, circular.

Por esta razón el comentarista James H. Ropes, entre otros, afirma que esta epístola se trata de una diatriba, un género muy popular en el tiempo del NT, en el cual se atacan ideas, personas o acciones. Según este comentarista y otros, Santiago tiene perfectamente el diseño y el perfil de una diatriba.

Otros han considerado a Santiago como un gran resumen de apuntes de homilias, al igual que el Sermón del monte. Así, por ejemplo, el comentarista Martín Dibelius afirma que el carácter de Santiago es parenético. La parénesis, descrita por el mismo Dibelius, es un depósito de tradición del judeocristianismo [P. 178] de la época, que contiene amonestaciones para la vida diaria de los creyentes. Desde este punto de vista Santiago sería un compendio de refranes o dichos morales populares con el propósito no tanto de juntar información, sino de provocar en sus oyentes el sano deseo de comportarse como Jesucristo lo ordenó.

Además, el texto denota un autor de origen hebreo. Varios comentaristas coinciden en esto. El texto imita la literatura de sabiduría hebraica, con referencias frecuentes a los libros de sabiduría del AT, inclusive los deuterocanónicos Sabiduría y Eclesiástico. El texto destila una atmósfera como del AT. Si bien las citas directas son sólo 5, a saber: 1:11 a Isaías 40:7; 2:8 a Levítico 19:18; 2:11 a Éxodo 20:13; 2:23 a Génesis 15:6; 4:6 a Proverbios 3:34, el texto tiene una gran cantidad de instancias en que el griego recuerda la fraseología hebraica. El texto denota paralelismos, una figura poética hebraica: 1:9, 10; 1:15, 17; 1:19, 20, 22; 5:11, 12. Aliteración y asonancia, es decir, repetición de uno o varios sonidos semejantes en una palabra o enunciado, para producir un efecto poético: 1:2; 3:5; 3:8; 5:7. Repetición de palabras de la misma familia: 1:4; 1:13; 1:19; 3:6; 3:7; 3:18; 4:8; 4:11; y pleonasma, una figura literaria que emplea vocablos innecesarios o repetición de palabras (redundancia) para dar mayor énfasis o expresividad, o para reforzar el sentido: 1:7; 1:8; 1:19; 1:23.

Sin embargo, y esto es lo extraño, pocos comentaristas pueden explicar el hecho de que el texto se exprese en un griego muy fino y pulido, lo que muestra un conocimiento profundo de la literatura griega (la lengua griega y el texto griego de la LXX). De modo que, aunque las principales ideas del texto son judías, el modo de expresarlas es eminentemente griego, con expresiones, sentencias y aun ideas del ámbito griego de la época del NT.

El texto mantiene el género literario sapiencial, caracterizado por sentencias breves y proverbiales, lo cual, unido a las abundantes referencias a los temas del Sermón del monte, le dan una cercanía muy especial al género usado por nuestro Señor Jesucristo. Por el otro lado, el texto también mantiene un carácter profético (4:2 ss., 4:7; 5:1), extraño en la literatura de sabiduría del AT. En Santiago, sin embargo, ambas características literarias no parecen estar en competencia, sino en una tensión creativa.

Por las características literarias podemos afirmar que Santiago es un cristiano de trasfondo judío escribiendo para otros cristianos que, por causa de la dispersión originada por la muerte de Esteban (Hech. 8:2; 11:19), se esparcieron por todo el mundo conocido llevando consigo el evangelio de Jesucristo. Estas comunidades en muchos casos incluían personas de trasfondo no judío, especialmente griegos. El griego pulido de su texto puede deberse a algún amanuense que Santiago tuviera en la primera iglesia de Jerusalén, dada la íntima relación que existe entre esta carta y la enviada por el Concilio de Jerusalén a las iglesias gentiles (Hech. 15:23–29), relación que discutiremos más adelante como prueba de la paternidad literaria de Santiago, el medio hermano de nuestro Señor.

CARACTERÍSTICAS TEOLÓGICAS

Las características teológicas de la carta de Santiago también nos ayudan en su ubicación general. Por su estudio podemos inferir que esta es una de las cartas [P. 179] más tempranas, si no la más temprana del NT. Es posible que nos encontremos frente al primer escrito cristiano de todos los que forman el NT.

En primer lugar, la segunda venida del Señor está viviéndose como algo real e inminente, “¡He aquí, el Juez ya está a las puertas!” (5:9), un tema predilecto del cristianismo temprano.

Además, en la iglesia hay un orden “incompleto”. Los cristianos se reúnen todavía en la sinagoga, *synagoga*⁴⁸⁶⁴, (2:2); se mencionan “ancianos” (5:14), pero no obispos ni diáconos; hay multitud de maestros, lo cual no sólo preocupa a Santiago (3:1), sino que demuestra la falta de sistematización de la iglesia, una de las características de los comienzos del cristianismo.

Tampoco se menciona en la carta el Concilio de Jerusalén, realizado en el año 49, ni la admisión de los gentiles en la iglesia realizada inmediatamente después del Concilio, ni la caída de Jerusalén en el año 70, elementos que se hubieran mencionado si la carta hubiera sido escrita después de ellos, ya que convienen a muchos de los argumentos de la misma.

Un hecho teológico de importancia que Santiago muestra es el estado miserable de los cristianos, su aflicción, sus luchas internas, y su persecución por causa de los principales judíos. En la más pura tradición judeocristiana, Santiago defiende al pobre, al desvalido, al perseguido injustamente, al injuriado, al denigrado, al afrentado por su fe y su esperanza, al ultrajado en sus creencias y derechos; sufrimientos que, como cristianos, nos recuerdan el “final del Señor”, y nos llaman a “la perseverancia de Job” (5:11).

La ausencia de alguna referencia directa al Mesías, o a la muerte y resurrección del Señor, hicieron que muchos tomaran a este libro como de dudoso valor para el cristianismo, lo cual seguramente afectó su canonicidad. Sin embargo, como ya hemos dicho, su mensaje es fuertemente cristocéntrico, su interés es la promoción moral y espiritual de sus oyentes según la propia enseñanza de Jesucristo, de quien el autor, aunque fuera su medio hermano, se considera su siervo y esclavo.

ORIGEN Y DESTINATARIOS

La teoría tradicional ha sido considerar a Santiago como una epístola “católica” o universal, tanto por su alcance como por su canonicidad. Eusebio de Cesarea (265 d. de J.C.) la calificó de “católica”, citando a Clemente de Alejandría (150 d. de J.C.), quien la había calificado como “general, encíclica y circular”.

La teoría tradicional, sin embargo, no ha sostenido necesariamente la paternidad literaria de Santiago el medio hermano del Señor, aunque se podría considerar que esa es su presuposición principal. Algunas variantes de la teoría tradicional afirman que en realidad el autor fue otro de los Santiagos del NT, así Erasmo de Rotterdam y el comentarista Moffatt. Para otros, como el comentarista Lowther Clarke (1952), Santiago representa resúmenes de homilias de algún judío cristiano del primer siglo, que hablaba griego y que ponía sus resúmenes en forma de epístolas tradicionales para darles autoridad. El escrito sería entonces, pseudónimo.

En el siglo XIX, dos comentaristas trabajando paralelamente, el alemán [P. 180] Friedrich Spitta (1896) y el francés L. Massebiau (1985), cada uno por su lado afirmaron que Santiago es un documento originalmente judío al que se “cristianizó” con las inclusiones de 1:1 y 2:1. Según ellos, y muchos otros que hasta el día de hoy los siguen, la gran afinidad con lo judío y con lo cristiano quedaría así explicada.

Para algunos otros, como el comentarista Burkitt (1924), Santiago es una traducción libre de una carta aramea que sí fue escrita por Jacobo el hermano del Señor a alguna iglesia particular, y luego fue traducida y editada por algún griego de su tiempo que hizo las referencias específicamente griegas.

Según el comentarista alemán Martín Dibelius (1964), Santiago tiene un carácter parenético. Una parénesis es un “depósito de tradición”, es decir, es un escrito que recoge dichos de muchos autores compilados según un tema general que los reúne. No sería raro que los cristianos primitivos hayan usado la epístola de Santiago, entre otras epístolas, con propósitos de instrucción moral y discipulado, sin embargo, pensar que Santiago es un depósito de tradición anterior al cristianismo no se compadece con algunas enseñanzas específicamente cristianas que la epístola tiene (1:18; 1:25; 2:7; 2:14–26).

Hay muchas razones por las cuales se originaron estas teorías. Sin embargo, de todas las razones que puedan investigarse, ninguna parece más necesaria, ni explica mejor el origen de este escrito que la teoría tradicional. Por esta razón seguimos sosteniendo que el autor de esta carta circular fue Santiago, el primer pastor de la iglesia de Jerusalén. Santiago se sentía responsable no sólo por su iglesia local sino por todos aquellos que habían aceptado a Jesucristo como su Señor. Su obra pastoral no podía restringirse a la localidad de Jerusalén, por eso escribe una carta con extractos de sus homilias dominicales, y la envía como muestra de afecto, interés y deseos de educar a un público más general. Evita los localismos, trata de ser lo más inclusivo posible, y escribe uno de los escritos más bellos y profundos del NT.

Santiago mismo identifica sus destinatarios como “las doce tribus de la dispersión” (1:1), una frase que merece explicación ya que define sus destinatarios. Para poder entenderla, hay que relacionar este versículo con el siguiente: “tenedlo por sumo gozo cuando os encontréis en diversas pruebas” (1:2). ¿Quiénes eran estos “de la dispersión” que estaban pasando por diversas pruebas? Evidentemente, son los cristianos que, por causa de la persecución de Esteban, se habían dispersado por todo el mundo conocido. El texto de Hechos 11:19–21 es más que iluminador: “Entre tanto, los que habían sido esparcidos a causa de la tribulación que sobrevino en tiempos de Esteban fueron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin comunicar la palabra a nadie, excepto sólo a los judíos. Pero entre ellos había unos hombres de Chipre y de Cirene, quienes entraron en Antioquía y hablaron a los griegos anunciándoles las buenas nuevas de que Jesús es el Señor. La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número que creyó se convirtió al Señor”. Este es el grupo de primeros creyentes a quienes Santiago dirige su carta.

Queda, sin embargo, la pregunta: ¿Por qué llamarles las “doce tribus”? Por falta de más evidencia, los comentaristas generalmente atribuyen a Pablo el concepto [P. 181] del “nuevo Israel” para referirse a los cristianos (ver Rom. 4; 9:7, 8; >1 Cor. 10:18; 11:25; Gál. 4:21–31; 6:15, 16; Fil. 3:3). Sin embargo, el concepto no necesariamente debió haber nacido con Pablo. Jesús mismo eligió a doce discípulos, claro símbolo de las doce tribus de Israel. Esta analogía del “nuevo Israel” con el antiguo debió haber sido pan cotidiano entre los primeros cristianos de Jerusalén, de trasfondo judío. Referencias indirectas a esta idea también pueden

verse en los escritos del apóstol Pedro (1 Ped. 2:9, 10), del autor de Hebreos (Heb. 8:10) y del apóstol Juan (Apoc. 21:21). No es extraño entonces que Santiago, primer pastor de la primera iglesia cristiana de la historia, se refiera a su rebaño como “las doce tribus”. La referencia no es directa a Israel como nación, sino alegórica al “nuevo Israel” o al “Israel de Dios” (Gál. 6:16) todos aquellos que, habiendo recibido a Jesucristo como su Señor, ahora son hijos de Dios, herederos y coherederos con todos los santos, miembros y ciudadanos del Israel de Dios.

La carta está dirigida entonces a todos aquellos primeros cristianos que por causa de la persecución de Esteban fueron dispersados por todo el mundo conocido. A ellos Santiago, pastor preocupado por su bienestar espiritual y emocional, les escribe una carta de aliento, de recomendaciones pastorales, de amistad y cariño, una carta genuinamente pastoral.

AUTOR

El comentarista inglés Adam Clarke (1853), comienza su comentario sobre Santiago afirmando que “Ha habido más dudas y más diversidad de opinión sobre la autoría de esta carta que sobre cualquier otra parte del NT”. Por el versículo 1 del primer capítulo sabemos que el supuesto autor se llamaba Santiago, y que se consideraba a sí mismo “siervo de Dios y del Señor Jesucristo”. La pregunta sin embargo, subsiste: ¿significa eso algo para determinar la autoría de esta epístola? Las teorías sobre la autoría que se han propuesto son varias.

Quizá la teoría más generalizada sea la teoría pseudoepigráfica. Sostenida desde antaño, según se desprende de algunas citas de Eusebio y Jerónimo, y que es sostenida actualmente por muchos comentaristas. Martín Dibelius, por ejemplo, afirma: “Es natural que algún cristiano de la época que haya querido que su trabajo tenga resonancia, eligiera autodenominarse hermano del Señor”.

Erasmus de Rotterdam y Martín Lutero, por su parte, sostuvieron que esta epístola fue escrita por “alguien llamado Santiago”, que no sabemos quién era. No debemos olvidar que Jacobo o Santiago era un nombre muy común entre los judíos de la época del NT. Lutero afirmó que debíamos considerar al autor de esta epístola como “alguien bueno, piadoso, sincero, que tomó y recopiló muchos de los dichos de los apóstoles”.

Obviamente, si el autor fue algún “Santiago”, el NT tiene varios para ofrecer. El primer “Santiago” que podemos considerar es Santiago, “el de Judas” (lit. en Luc. 6:16; Hech. 1:13; Jud. 1:1). Este fue pariente del apóstol Judas, no el Iscariote. No parece muy probable, sin embargo, que este Santiago haya sido el autor de la epístola, al menos no es más probable que el medio hermano del Señor.

Otro “Santiago” fue el hijo de Alfeo (Mat. 10:3; Mar. 3:18; Luc. 6:15; Hech. 1:13) [P. 182] y hermano de Mateo (Mar. 2:14). Un tercer “Santiago” fue Santiago, “el menor”, o “el pequeño” (Mat. 27:56; Mar. 15:40; Juan 19:2). Un cuarto “Santiago” fue Santiago, el hijo de Zebedeo y hermano de Juan (Mat. 10:2; Mar. 3:17; Luc. 6:14; Hech. 1:13). Este Santiago siempre aparece en el Evangelio junto a su hermano (Mat. 4:21; 17:1 y otros), y fue el primero en ser martirizado por Herodes Agripa en el año 44 d. de J.C. (Hech. 12:2), lo cual es una mediana prueba de que no pudo haber sido el autor de la epístola, porque es casi imposible fecharla tan temprano. Sin embargo, el códice Corbiense, del siglo X, titula esta carta como: “Epístola de Jacobo hijo de Zebedeo” y la tradición española, desde Isidro de Sevilla (636 d. de J.C.), ha sido inspirada por el patriotismo religioso de identificar a su patrono, Santiago de Compostela, como el hijo de Zebedeo y autor de esta epístola. No parece demasiado probable que alguno de estos “Santiagos” haya sido el autor, al menos no parece más probable que la teoría tradicional. Por esa razón es que la sostenemos.

El único “Santiago” que nos queda es Santiago “el hermano del Señor” (Mat. 13:55; Mar. 6:3). Sabemos que en vida de Jesús sus hermanos lo negaron (Mat. 12:46–50; Mar. 3:21, 31–35). Es más, ni aun creían en él (Juan 7:3–9). Pero en Hechos 1:14 la situación ha cambiado. De allí en adelante se menciona a este Santiago como el que toma la directiva en la iglesia de Jerusalén. Como tal, preside el Concilio de Jerusalén (Hech. 15:1 ss.), Pablo lo visita (Hech. 21:18), y lo reconoce como apóstol (Gál. 1:19) y “pilar” (Gál. 2:9).

Pablo sabe de la aparición del Cristo resucitado a Santiago (1 Cor. 15:5–7) y por ello es compatible que lo considere como apóstol (Hech. 1:22 y 1 Cor. 9:1), si bien lo distingue específicamente de los “doce” o “todos los apóstoles”.

Extrabíblicamente, sabemos que Eusebio cita a Hegesipo (apologista judío del siglo II) como reconociendo a Santiago como primer obispo de Jerusalén. También Clemente de Alejandría agrega que fue elegido por Pedro y Juan, Jerónimo dice que “fue ordenado obispo de Jerusalén inmediatamente después de la pasión por 30 años”, y las *Reconociones Clementinas* relatan que en la aparición de 1 Corintios 15:7, Jesús le ordenó levantar una “huelga de hambre” que Santiago había prometido bajo juramento, de que no comería nada desde la hora “en que bebiera la copa del Señor hasta verlo levantado de los muertos”. La historia es eviden-

temente ficticia, ya que toma a Santiago como presente en la última cena. Lo único que emerge como histórico de todo este marco extrabíblico es el hecho de que este Santiago fue martirizado en Jerusalén en el año 61 d. de J.C.

Como puede parecer casi obvio ya, ésta última teoría es la más posible. Aunque no se puede afirmar con un 100% de certeza, lo más creíble es que esta epístola general o universal haya sido escrita por Santiago, el medio hermano del Señor, durante su ministerio como pastor en la primera iglesia de Jerusalén, a los cristianos que, dispersados por las persecuciones de los judíos nacidas después de la muerte de Esteban, estaban sufriendo ataques de todo tipo mientras continuaban reuniéndose en las sinagogas judías.

Consideremos ahora brevemente algunos argumentos en contra y a favor de esta última teoría. Algunos comentaristas afirman que es de esperarse con razón que en una epístola escrita por Santiago el “hermano del Señor” hubiera [P. 183] mencionado ese hecho. Si no lo hubiera hecho por su propio peso, quizá lo hubiera hecho porque le daría mayor autoridad y prestigio. Otros han comentado que si efectivamente esta carta fue escrita por un medio hermano del Señor, es notable la ausencia de toda referencia a los grandes eventos sobresalientes conectados con la persona de Jesús de Nazaret, su manera de vida, su sufrimiento y muerte, su resurrección y ascensión. También la omisión de toda referencia directa a Cristo como el Mesías de la profecía veterotestamentaria es vista por algunos como un dato que desestima la autoría del medio hermano del Señor.

Los argumentos anteriores, sin embargo, no son afirmativos, sino negativos. No afirman nada, sólo niegan. Son usualmente llamados “argumentos de silencio”. Los argumentos de silencio no desacreditan la autoría de Santiago, sólo prueban que Santiago como autor estaba más interesado en los problemas teológicos y humanos de sus miembros que en relatar hechos periodísticos. Santiago no está interesado en detalles, va al grano, quiere hacer una tarea de fondo. No menciona al Señor, menciona sus enseñanzas. No se acuerda de los detalles, sintetiza sus grandes enseñanzas, comparte su consuelo, le muestra a Jesús como Dios y Señor.

Otro argumento que se opone a esta teoría afirma que es muy improbable que un hombre de extracción humilde como un vecino galileo, hijo de María y José, sea capaz de escribir una epístola con un griego tan pulido. Esta es una teoría que ha ganado respetabilidad no tanto por lo que afirma sino por el calibre de los autores que la han propuesto. Sin embargo, debiera notarse que en la época de Santiago eran muy comunes los escribas o amanuenses, personas que se dedicaban profesionalmente al arte de escribir documentos. Siendo Santiago una persona “sin letras y del vulgo” (Hech. 4:13), es altamente probable que con asiduidad haya usado los servicios de un escriba o amanuense para las tareas pastorales que requerían la producción de algún documento, del mismo modo que hoy en día alguien puede apelar a un corrector de estilo, o más comúnmente, a un programa especializado de computador personal en corregir la ortografía y gramática.

La gran similitud estilística de Santiago con otra carta que también salió de su pluma más o menos para la misma época (Hech. 15:23–29), indica la gran probabilidad de que ambas hayan sido escritas por el mismo amanuense. Es muy probable además que Santiago, por la múltiple cantidad de visitas que recibía, por haber pasado tanto tiempo discutiendo con cristianos y no cristianos de todo el mundo que venían a Jerusalén a visitarle, hubiera ganado un conocimiento respetable del griego, del mismo modo que hoy en día no es raro encontrar personas que, por razones de trabajo o familiares, dominan a la perfección una segunda lengua.

Quizá el argumento más fuerte en contra de la paternidad literaria del medio hermano del Señor tenga que ver con la teología de esta epístola. Aparentemente, la actitud del hermano del Señor hacia la observación de la ley, en la controversia entre Pablo y los judaizantes, fue una actitud religiosa y conservadora. Algunos comentaristas han señalado que, aunque Santiago tomó una posición mediadora y conciliadora en el concilio de Jerusalén, en Gálatas 2:12 aparece como [P. 184] un estricto observador de la ley, ya que hasta el propio apóstol Pedro le teme. La cuestión era si tales “obras” de la ley como la circuncisión, las reglas de la dieta y la observación del sábado, eran o no requisitos para la justificación en Cristo. El tema, como sabemos, se trató extensivamente en el Concilio de Jerusalén (Hech. 15). En la epístola, sin embargo, todas estas cuestiones quedan sin tratar. Los intereses del autor parecen ser otros, de modo que Santiago, el medio hermano del Señor, dicen, no pudo haberla escrito.

Para contrarrestar este argumento, debemos darnos cuenta de que la expresión “algunos de parte de Jacobo” en Gálatas 2:12 no debe tomarse como que fue el propio Santiago quien envió los emisarios, sino que vinieron algunos de la iglesia que pastoreaba Jacobo. Además, el autor de Santiago hace una extensa discusión de la relación entre la fe y las obras, como anticipando el tema que habría de tratarse en el Concilio de Jerusalén. De modo que el hecho de que el autor no trate directamente temas como la circuncisión, la dieta o el sábado, no debe tomarse como que los ignora, sino que, dirigiéndose a comunidades cristianas que incluían también a griegos, decidió evitarlos por el bien del conjunto.

Entre los argumentos a favor de la autoría de Santiago, el medio hermano del Señor, podemos señalar primeramente el carácter general de la epístola, propio de una carta que viniera de la pluma de una personalidad como quien fuera el primer obispo o pastor de la iglesia de Jerusalén. El carácter eminentemente hebraico de su autor, y su excelente dominio del griego, hacen este documento propio de quien seguramente estaba día a día, por casi 30 años, discutiendo con cristianos y no cristianos de todo el mundo que venían a Jerusalén a visitarle, como hicieron Pedro y Pablo (Hech. 21:18; Gál. 1:19).

También el género literario de “sabiduría profética”, propio de quien debe ser pastor de una comunidad tan importante y variada como la jerosolimitana, favorece la autoría del medio hermano del Señor. Las expresiones “hermanos”, “mis hermanos”, usadas 14 veces, “¡gente adúltera!”, “pecadores”, “hombre vano”, y otras por el estilo, marcan la personalidad de quien está realmente acostumbrado a la continua predicación, como seguramente Santiago lo estaba.

Quizá la mayor indicación de la autoría de Santiago sea la íntima relación que existe entre el lenguaje de esta carta y el lenguaje de la carta enviada por el Concilio de Jerusalén a las iglesias gentiles. Las coincidencias más visibles son las siguientes:

a. El saludo *jairain*⁵⁴⁶³, usado en 1:1 y Hechos 15:23, representaba una forma educada de saludo epistolar. Sólo en estos dos casos, y en la carta de Claudio Lysias en Hech. 23:26, aparece esta forma en todo el NT.

b. La expresión “el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros”, usado en 2:7 y en Hechos 15:17 también representa un paralelo único en el NT.

c. El término hermano *adelphos*⁸⁰, ampliamente usado en Santiago 1:2, 9, 16, 19; 2:5, 15; 3:1; 4:11; 5:7, 9, 10, 12, 19, aparece también en la carta de Hechos 15:23, y en el modo de expresión de Santiago a la asamblea, en Hechos 15:13.

d. Otras coincidencias verbales que se pueden anotar son visitar *episkepteszai*¹⁹⁸⁰, usado en 1:27, y por Santiago en Hech. 15:14; guardarse *terein*⁵⁰⁸³ *kai diaterein*¹³⁰¹, usado en 1:27 y en Hechos 15:29; volver, convertirse [P. 185] *epistrefein*¹⁹⁹⁴, usado en 5:19, 20 y en Hechos 15:19; y amados *agapetos*²⁷, usado en 1:16, 19; 2:5 y en Hechos 15:25.

Estas coincidencias de lenguaje son evidencia innegable de que la misma persona que produjo esta carta es la que trabajó en la carta enviada como resultado del Concilio de Jerusalén, todo lo cual coincide interesantemente con el modo de hablar de Santiago según lo registra Lucas en el libro de Los Hechos.

Por todo lo anterior se hace necesario defender la teoría tradicional de que el autor de la carta de Santiago fue el medio hermano del Señor, pastor de la iglesia de Jerusalén.

FECHA

El problema de la fecha está íntimamente ligado al de la autoría. Por ejemplo, una teoría pseudoepigráfica necesitaría una fecha tardía, en el siglo II. Nuestra suposición de que el autor es Santiago, el medio hermano del Señor, nos hace suponer una fecha más bien temprana, es decir, aproximadamente entre el año 40, cuando fuera nombrado pastor de la iglesia, y el año 61, cuando según la tradición fue martirizado.

La mayoría de los comentaristas que favorecen la autoría de Santiago piensan que lo correcto sería la última fecha posible, es decir el año 61; ya que las principales doctrinas del cristianismo están dadas como supuestas en el texto. Sin embargo, las características teológicas ya mencionadas en esta introducción favorecen una fecha más bien temprana. Por ejemplo, la segunda venida del Señor está viviéndose como muy real e inminente (5:7–9), hay un orden “incompleto” de la iglesia, ya que se mencionan *ancianos*, pero no obispos ni diáconos (5:14), los cristianos están reuniéndose todavía en la sinagoga, *sunagoge*⁴⁸⁶⁴, (2:2), hay muchos maestros que discuten entre sí, lo que preocupa a Santiago (3:1), todas estas son características de los comienzos del cristianismo.

También hay argumentos de silencio para fechar esta epístola tempranamente, como el hecho de que no se menciona el Concilio de Jerusalén ni la admisión de los gentiles en la iglesia, tampoco la caída de Jerusalén, todo ello sumado al estado de aflicción y lucha interna entre los cristianos, y la persecución por parte de los judíos. Estos argumentos de silencio, sin embargo, son muy precarios para poder fechar la epístola con objetividad.

La verdadera importancia de esta epístola no descansa en el hecho de que se haya escrito en el año 40 ó 60. La epístola está interesada en animar y desafiar a los cristianos de su época. La misma epístola muestra el poco desarrollo del pensamiento cristiano en aquellas primeras décadas. Santiago está interesado en poner

un fundamento ético a la teología, señalando que la verdadera vida cristiana se fundamenta en lo moral, en lo que se hace, no tanto en lo que se dice. Eso tendría igual sentido con una fecha temprana o tardía.

En resumen, como hemos optado por la paternidad del medio hermano del Señor, en cuanto a fecha nos quedamos con la tradicional también. En la tradicional hay dos opciones, o la más tardía que Santiago permite, es decir, el año 61 d. de J.C., o una más temprana, siempre después del Concilio de Jerusalén. Si fechamos el Concilio para el año 42, Santiago tendría que ser fechado más o [P. 186] menos para la misma fecha, quizás un poco anterior al Concilio, ya que no lo menciona. Del mismo modo que algunos intérpretes han considerado a Gálatas como una preparación argumental hecha por el apóstol Pablo para el Concilio de Jerusalén, igualmente podríamos considerar a Santiago, como un preparativo argumental que el primer pastor de la iglesia de Jerusalén realiza para sí mismo con miras al encuentro con los grandes apóstoles y con la iglesia para decidir estos importantísimos argumentos de inclusión y consuelo.

EL PROPÓSITO DE LA CARTA

Con los comentarios anteriores llegamos a imaginar cuál fue el propósito de esta carta universal. Tres propósitos parecen muy apropiados: animar a las iglesias, corregir los excesos y exponer la necesidad de tener en todo la sabiduría de lo alto.

El primer propósito de Santiago es animar a las iglesias. Basta leer los primeros cuatro versículos para darse cuenta de que habla de gozo en medio de las pruebas, la fe que sostiene al creyente, la paciencia que es su fruto, y la sabiduría que se produce como resultado de las pruebas. En varias instancias de la epístola estos temas de ánimo se repiten, siendo quizá el fin de la carta, la segunda parte del capítulo 5, la que más claramente pueda ser clasificada como alentadora, confortadora y consoladora.

El segundo propósito de Santiago es el de corregir los excesos que estas tempranas congregaciones cristianas sin duda estaban experimentando. El problema de la palabrería sin base en la realidad, el de la aceptación de personas, el de los múltiples maestros, el de la fe sin obras, el de la amistad con el mundo, el de la vanagloria, el de la riqueza mal habida y de la opresión de los pobres, todos ellos eran un signo, para Santiago, de que las comunidades habían olvidado lo principal, por lo cual debía llamarles la atención y llamarlos a la corrección.

El propósito final de Santiago es señalar la sabiduría de lo alto y animar a sus oyentes a vivir en ella. El centro y eje de la epístola está en el pasaje de 3:13–18. En ellos Santiago descubre la verdad esencial del cristianismo: vivir cada día en la sabiduría que viene de Dios. Las comunidades a quienes dirige su carta, sin duda espejo de la propia comunidad que Santiago pastoreaba en Jerusalén, necesitaban escuchar de su pastor y maestro la enseñanza que corregiría sus vidas para llevarlas a una correcta relación con Dios, autor y dador de toda sabiduría. A exponer esta sabiduría y detallar las 10 advertencias que Santiago dirige a sus contemporáneos nos dedicaremos en las siguientes páginas.

BOSQUEJO DE SANTIAGO

- I. SALUTACIÓN, 1:1
 1. Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, 1:1a
 2. “A las doce tribus de la dispersión”, 1:1b
 3. Saludos, 1:1c
- II. CUIDADO CON EL DOBLE ÁNIMO QUE PUEDE VENIR CON LAS PRUEBAS-TENTACIONES, 1:2-18
 1. Las pruebas-tentaciones, 1:2-4
 - (1) “Sumo gozo”, 1:2
 - (2) Paciencia, 1:3
 2. La verdadera sabiduría de la vida, 1:5-8
 3. El destino del ser humano, 1:9-11
 4. La bienaventuranza de la integridad, 1:12-15
 5. La naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre, 1:16-18
- III. CUIDADO CON LA FALSA RELIGIÓN DEL DECIR PERO NO HACER, 1:19-27
 1. Ser pronto para oír, 1:19a
 2. Ser lento para hablar, lento para la ira, 1:19b
 3. Despojarse de toda inmundicia y toda maldad, 1:21a
 4. Recibir con mansedumbre la palabra implantada, 1:21b
 5. Ser hacedor de la palabra, 1:22-24
 6. Prestar atención a la perfecta ley de la libertad, 1:25a
 7. Perseverar en la perfecta ley de la libertad, 1:25b
 8. Sólo quien siga estos pasos es dichoso, 1:25c
 9. Sólo quien siga estos pasos tiene un servicio religioso puro e incontaminado que no es el exterior de las formas, 1:26, 27
- IV. CUIDADO CON HACER ACEPCIÓN DE PERSONAS Y HACERSE A UNO MISMO JUEZ, 2:1-13
 1. El juicio verdadero nace de un espíritu imparcial, 2:1-4
 2. El juicio verdadero se sustenta en la obediencia a la ley real, 2:5-9
 3. El juicio verdadero culmina en la misericordia, 2:10-13
- V. CUIDADO CON LA “FE” SIN OBRAS, 2:14-26
 1. La fe sin obras está muerta en sí misma, 2:14-17
 2. La fe y las obras se necesitan mutuamente, 2:18-20
 3. La fe y las obras obran conjuntamente la justificación, 2:21-26
- VI. CUIDADO CON LO QUE UNO DICE, Y CON HACERSE A UNO MISMO MAESTRO, 3:1-12
 1. “No os hagáis muchos maestros”, 3:1, 2
 2. [P. 188] Ejemplos prácticos, 3:3-12
 - (1) Los caballos, 3:3-4
 - (2) Los barcos, 3:4
 - (3) El fuego, 3:5
 - (4) La lengua y sus efectos, 3:6-12

VII. TEMA CENTRAL: LA SABIDURÍA DE LO ALTO, 3:13-18

1. La sabiduría de abajo, 3:14-16
2. La sabiduría de lo alto, 3:17
3. Los frutos de ambas sabidurías, 3:18

VIII. CUIDADO CON LAS PASIONES ENGAÑOSAS, 4:1-12

1. Las pasiones dominan nuestra vida, 4:1
2. Cuidado con la codicia y las pasiones, 4:2, 3
 - (1) “Codiciáis pero no tenéis”, 4:2a
 - (2) “Matáis y ardéis de envidia, pero no podéis obtener”, 4:2b
 - (3) “Combatís y hacéis guerra”, 4:2c
 - (4) “No tenéis, porque no pedís...”, 4:2d, 3
3. Cuidado con el adulterio espiritual, 4:4-6
4. Diez imperativos de la vida cristiana, 4:7-10
 - (1) Primera dupla, 4:7
 - (2) Segunda dupla, 4:8
 - (3) Tercera dupla, 4:9
 - (4) Cuarta y última dupla, 4:10
5. Las pasiones y los hermanos, 4:11, 12

IX. CUIDADO CON LA VANAGLORIA, 4:13-17

1. La vanagloria y jactancia, 4:13
2. El futuro, 4:14
3. La solución a la jactancia y la vanagloria, 4:15, 16
4. Corolario, 4:17

X. OCTAVA ADVERTENCIA: CUIDADO CON LA RIQUEZA Y CON OPRIMIR AL POBRE, 5:1-6

1. Recomendación inicial, 5:1
2. Riquezas que se han podrido..., 5:2, 3
3. Clama el jornal de los obreros, 5:4-6

XI. CUIDADO CON EL DESÁNIMO Y EL DESALIENTO, 5:7-12

1. Primera recomendación, 5:7, 8
2. La paciencia y la murmuración, 5:9
3. La paciencia y el camino de la felicidad, 5:10, 11
4. La paciencia y la integridad de espíritu, 5:12

XII. [P. 189] CUIDADO CON NO CONSIDERARNOS LOS UNOS A LOS OTROS, 5:13-20

1. La vida en comunidad nos ayuda en todos nuestros estados de ánimo, 5:13
2. La vida en comunidad nos ayuda en nuestra necesaria sanidad, 5:14-18
 - (1) Nos pone en circunstancias de que nuestros pecados sean perdonados, 5:16a
 - (2) Se fortifica en la oración del justo, 5:16b-18
3. La comunidad hace volver a la verdad a aquellos que están extraviados, 5:19, 20

XIII. CONCLUSIÓN

AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Allison, Roy. *Comentario sobre la epístola universal de Santiago*. México: El Faro, s/f.
- Alonso, José, SJ. *Carta de Santiago*, en *La Sagrada Escritura*. Madrid: B.A.C., 1967.
- Barclay, William. *Santiago*. Buenos Aires: La Aurora, 1974.
- Bonnett y Schroeder. *Comentario del Nuevo Testamento*. Buenos Aires: Junta Bautista de Publicaciones, 1952.
- Carroll, B. H. *Santiago*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1941.
- Deiros, Pablo A. *Santiago*. Miami: Caribe, 1992.
- Eerdman, Charles. *Las epístolas generales*. Grand Rapids: T.E.L.L., 1976.
- Gomes Coelho Filho, Isaltino. *Tiago, nosso contemporâneo*. Rio de Janeiro: JUERP, 1987.
- Garret, James Leo. *Teología Sistemática*, 2 Tomos. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1996.
- Gregory, Joel. *Santiago, una fe que obra*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1986.
- Harrop, Clayton. *La epístola de Santiago*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1941.
- Knoch, Otto. *Carta de Santiago*. Barcelona: Herder, 1969.
- Kunz y Schell. *Fe en acción* (Serie encuentros bíblicos). Buenos Aires: Certeza, 1972.
- Michl, Johann. *Cartas católicas*. Barcelona: Herder, 1971. Tomo VIII.
- Támez, Elsa. *Santiago: Lectura latinoamericana de la epístola*. San José (Costa Rica): Departamento Ecu-
menico de Investigaciones, 1985.

SANTIAGO

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

I. SALUTACIÓN, 1:1

En cuanto a si este versículo, junto con Santiago 2:1, son adiciones poscristianas hechas a un escrito precristiano, ver la Introducción.

La primera palabra de la Epístola distingue a su escritor: *Santiago*. Este nombre era una forma helenizada del hebreo *lakob*⁸²⁹⁰, un nombre bastante común entre los judíos de todos los tiempos. Jacobo.

Es interesante notar que su nombre no vuelve a aparecer en el resto de la carta. No sólo que no aparece su nombre, tampoco aparece otra referencia personal a su escritor. A diferencia de Pablo, Juan, y otros escritores bíblicos que sí las hacen, Santiago no hace referencias directas o indirectas a su persona en toda su epístola, salvo en este primer versículo. Esto ha llevado a algunos a pensar que quien realmente escribió esta carta no era ningún Santiago, sino que fue atribuida a Santiago, especialmente teniendo en cuenta que Santiago fue el primer pastor de la iglesia de Jerusalén y, que por esta causa una carta de su autoría gozaría de mucha autoridad y popularidad.

Sin embargo, como ya hemos dicho en la Introducción, los argumentos de silencio no prueban nada en contra de los argumentos escritos. Como la epístola comienza identificando a su autor por nombre, mientras no se tengan argumentos sólidos y convincentes que prueben lo contrario, es correcto sostener que la autoría de esta epístola corresponde a alguien de nombre Santiago. En cuanto a quién de todos los Santiagos del NT corresponda, también ha sido discutido en la Introducción. La posición que hemos tomado es la tradicional: que el autor de esta epístola fue el medio hermano de nuestro Señor, de nombre Jacobo, o Santiago.

1. Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, 1:1a

Además de identificarse por su nombre, Santiago se llama a sí mismo *siervo de Dios y del Señor Jesucristo*. La primera cosa que puede llamar la atención con esta descripción es que, siendo Santiago medio hermano del Señor, no haga referencia directa a ello. Esto no debe de extrañarnos, ya que tampoco Judas se distingue a sí mismo como medio hermano del Señor, aunque sabemos que lo fue, pero sí como hermano de Santiago (Jud. 1). Pero ambos, Santiago y Judas, se llaman a sí mismos *siervo* de Jesucristo.

Santiago no se llama a sí mismo apóstol, ni obispo de Jerusalén, ni utiliza otro tipo de título o referencia que le distinga. La iglesia cristiana a través de los siglos, sin embargo, lo ha considerado un apóstol de Jesucristo. El título que Santiago utiliza para sí es el de *siervo, doulos*¹⁴⁰¹, palabra que distingue a quien es un esclavo en el [P. 192] sentido de haberse convertido en propiedad de un amo (Mat. 8:9). En esto se iguala Santiago a Pablo (Rom. 1:1; Fil. 1:1; Tito 1:1), quien también fue considerado apóstol por la iglesia a pesar de no haber sido de los doce.

Santiago se reconoce como *siervo de Dios y del Señor Jesucristo*. Textualmente, esta frase podría también traducirse *de Jesucristo, Dios y Señor*. Siendo esta epístola de fecha tan temprana, llama la atención que Santiago equipara a Jesucristo con Dios. Es un reconocimiento implícito del mesianismo de Jesucristo. Jesús es el Señor, Jesús es Dios, Jesús es el Mesías, el Cristo de Dios.

Jesús es el *Señor*. El título Señor, *Kurios*²⁹⁶², lo toma Santiago de la LXX, donde se lo usa como traducción de *Elohim*⁴³⁰ y *Jahweh*³⁰⁶⁸, los nombres de Dios. También hay que recordar que los romanos aplicaban este título al emperador, a quien asignaron durante algún tiempo, especialmente durante Nerón, atributos divinos. Jesús es el *Cristo*. La palabra Cristo, *Cristos*⁵⁵⁴⁷, es la traducción griega del término hebreo para *Mesías*. Ambos términos significan “ungido”. Jesús es el ungido de Dios. Tan difícil como pueda parecer en una época tan temprana del cristianismo, Santiago comienza su epístola reconociendo la divinidad de Jesús, el Cristo de Dios.

2. “A las doce tribus de la dispersión”, 1:1b

La epístola va dirigida a *las doce tribus de la dispersión*. Para una discusión del significado de esta frase, ver la Introducción. Baste recordar que no hay razón para pensar que esta carta estuviera dirigida solamente a los creyentes de entre los judíos. Siendo esta una época muy temprana del desarrollo del cristianismo, los creyentes estaban reuniéndose todavía en las sinagogas, lo cual hace difícil distinguir taxativamente entre

judíos y no judíos. La carta fue escrita para todo aquel que supiera leer, y particularmente a quienes tenían a Jesucristo como su Señor. De la misma manera que parece raro aceptar que en una época tan temprana Santiago hubiera asignado divinidad a Jesucristo, también parece raro aceptar el que se haya referido a los cristianos como el nuevo Israel en época tan temprana, sin embargo, esto no es raro para un hombre iluminado que no teme llamarse *siervo* de su propio medio hermano, a quien le reconoce su divinidad.

3. Saludos, 1:1c

Saludos es una mejor traducción del griego *jairein*⁵⁴⁶³ que “salud”. El verbo saludar, *jairo*⁵⁴⁶³, como expresión de saludo se encuentra sólo cuatro veces en el NT (las otras tres son en Hech. 15:23; 23:26; 2 Jn. 11). La aparición aquí está íntimamente ligada con la de Hechos 15:23, una carta también escrita por Santiago, o al menos por su amanuense personal (ver Introducción). El uso de esta palabra como saludo es una prueba más de la autoría de Santiago el medio hermano del Señor.

II. CUIDADO CON EL DOBLE ÁNIMO QUE PUEDE VENIR CON LAS PRUEBAS-TENTACIONES, 1:2-18

Como todo buen pastor, Santiago comienza identificándose con su rebaño. Ellos están esparcidos, perseguidos, pasando por *diversas pruebas*. La palabra griega pruebas, [P. 193] *peirasmos*³⁹⁸⁶, puede significar varias cosas: (1) Un experimento, un intento, una prueba para ver si algo funciona, como en Juan 6:6. (2) Una prueba de la fidelidad o del amor de alguien, como en Gálatas 4:14. (3) Una tentación, una invitación al pecado, como en Mateo 4:1. (4) Una adversidad, una aflicción, un problema enviado por Dios para probar el carácter, la fe o la santidad de alguien, como en 1 Corintios 10:13. (5) Una tentación hecha a Dios por parte de los hombres, como en Salmo 78:41 y Hebreos 3:8.

De un modo u otro, Santiago parece incluirlas a todas en este pasaje de apertura de su epístola.

1. Las pruebas-tentaciones, 1:2–4

Las dos traducciones posibles de *peirasmos*³⁹⁸⁶ en español son “prueba” y “tentación”. Cuando traducir cual es algo que los traductores debaten. Para evitar el debate, y darle a la palabra el sentido inclusivo en que Santiago parece usarla, propongo traducirla prueba-tentación. Prueba destaca el sentido positivo de la palabra, y tentación el sentido negativo. Prueba-tentación intenta rescatar la ambigüedad intrínseca del término *peirasmos*, que le permite a Santiago jugar con sus múltiples significados y enriquecer su texto. El argumento de Santiago es muy sencillo, pero de algún modo difícil de explicar: Las pruebas-tentaciones enfrentadas correctamente son enriquecedoras, pero enfrentadas incorrectamente pueden ser muy dañinas.

Las pruebas-tentaciones son algo en lo cual, según Santiago, caemos. Las pruebas-tentaciones nos acometen sin que podamos hacer nada por evitarlas. La traducción os encontréis (voz pasiva) intenta rescatar este aspecto imprevisto de las pruebas-tentaciones. La palabra griega *peripesete*⁴⁰⁴⁵ (comparar con el español peripecia, pirata, experiencia, empírico) significa *caer en algo* como por ejemplo en Lucas 10:30, en que el hombre a quien el samaritano ayudó “cayó en manos de ladrones”. Las pruebas-tentaciones nos atacan, caemos en manos de ellas, según Santiago, como piratas que en el medio del mar atacan nuestras naves. No podemos evitarlas, debemos aprender a tratar con ellas. Santiago, al igual que Pedro (1 Ped. 1:6), las califica como diversas: es decir nos atacan de todos los lados, en todos los tiempos y de todas las maneras. El carácter humano está siempre siendo probado, muy particularmente en aquellos momentos en que no estamos conscientes de ello.

Frente a las diversas e inevitables pruebas-tentaciones, Santiago tiene tres apreciaciones.

Las doce tribus de la dispersión

(1:1–4)

La referencia está dada por Santiago a los cristianos judíos que se encontraban fuera del área de Palestina y que estaban atravesando serias dificultades por seguir a Jesucristo. Este tipo de comunicación posiblemente les haría recordar la historia de su pasado y las pruebas que tuvieron cuando la nación judía fue dispersada, pero que salieron triunfantes de las pruebas y conflictos.

(1) **Sumo gozo, 1:2.** La primera es que debemos considerarlas con *sumo gozo*. Es cierto que la prueba-tentación en sí, como la buena educación, no produce gozo en el momento de sufrirla (1 Ped. 1:6, Heb. 12:11). Más tarde, sin embargo, cuando el pleno fruto de la prueba-tentación ha sido obtenido, el gozo es la

marca predominante de la experiencia. Santiago no dice que debemos considerarlas con gozo, ni con algo de gozo, sino con “sumo” gozo, es decir, con gozo pleno, completo, entero (Fil. 2:29). La marca primordial de la experiencia cristiana es el gozo. Hay múltiples incidencias del gozo cristiano en el NT, que el lector debiera estudiar con ayuda de una buena concordancia. Gozo no es deleite, ni felicidad, ni placer, ni entusiasmo, ni júbilo, ni risa. Gozo es un profundo sentimiento de la aprobación de nuestro actuar por parte de Dios, una seguridad de saberse en los caminos y en la voluntad de Dios más allá de todo dolor humano que se pueda estar experimentando. Por eso, en medio de diversas pruebas-tentaciones, el cristiano fiel todavía puede *tenérlo por sumo gozo*.

(2) Paciencia, 1:3. La segunda apreciación [P. 194] de Santiago es que las pruebas-tentaciones producen en nosotros paciencia. En esto Santiago está de acuerdo con Pablo (Rom. 5:3, 4) y con Pedro (1 Ped. 1:6, 7). Evidentemente, esta sucesión de conceptos: prueba → paciencia → carácter → esperanza era común entre los primeros cristianos. La frase *la prueba de vuestra fe* no se refiere al proceso en el cual la fe es probada, sino al resultado, a la “parte probada”, al “residuo probado” de vuestra fe. Así como el oro se “prueba” en el fuego, y la “parte probada” es el oro purificado que queda, así también la fe, cuando es “probada” por las pruebas-tentaciones, produce un residuo, una parte probada, que es lo que produce paciencia. Al igual que Pablo (2 Cor. 4:17) y Pedro (1 Ped. 1:7), Santiago reconoce el elemento genuino de la fe que queda purificado por las pruebas-tentaciones.

La palabra produce está expresada en el griego de tal manera que debiera entenderse como “produce completamente” o “lleva hacia la producción total” de la paciencia. Las pruebas-tentaciones ponen a prueba la fe de muchos. Aquella persona que pueda mantenerse firme en medio de ellas, tendrá en sí misma una parte probada, un “eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17) que producirá en ella un segundo beneficio: el carácter cristiano.

La tercera apreciación de Santiago en cuanto a las pruebas-tentaciones es que conducen a la perfección cristiana. Cuando la paciencia tiene su “obra completa”, el cristiano llega a ser completo y cabal, *no quedando atrás en nada*. La palabra completos, *teleios*⁵⁰⁴⁶, puede traducirse al menos de tres modos: (1) perfecto, como en Mateo 5:48 y 19:21; (2) completo, terminado, como en Juan 17:4; y (3) maduro, completo en el sentido humano, lleno de virtudes, adulto, como en 1 Corintios 2:6. Nuevamente, el sentido que Santiago da a esta palabra es inclusivo y no debe ser reducido a ninguno de sus equivalentes castellanos, que cortan su inclusividad.

Como para dar más énfasis a este estado de completo, Santiago agrega *y cabales*. La palabra cabales, *jolokleros*³⁶⁴⁸, significa entero, completo en todas sus partes, algo a lo que no le falta nada, algo consumado, que no tiene falta ni defecto, así como se requería de las víctimas sacrificiales en la teología hebrea (Lev. 3:1 y paralelos). Algunos comentaristas han sugerido que estas imágenes de *completos y cabales* surgen de los juegos olímpicos, en los cuales el hombre que se hubiese perfeccionado en el pentatlón y hubiese obtenido la victoria, era llamado “completo” o “perfecto”. Sin embargo, parece correcto pensar que Santiago estaba pensando en la perfección requerida por la ley de Moisés (Deut. 6:1–9), la de los patriarcas (Gén. 6:9; 17:1; Núm. 32:11, 12; 1 Rey. 8:61; Job 1:1; Sal. 119:1 y paralelos), la que nuestro propio Señor reclamó de sus discípulos (Mat. 5:48; 19:21), y que los demás apóstoles también reclamaron (Ef. 4:13; Fil. 3:15; Col. 1:28; 2 Tim. 3:17; Heb. 10:1, 14). Todo creyente maduro debe anhelar la perfección cristiana. Debemos desear ser completos en la doctrina, adornados con el múltiple fruto del Espíritu Santo, ser poseedores de toda virtud y de toda la excelencia de la mente de Cristo, y practicar el amor con todos sin distinción de personas. Santiago se referirá más a la perfección cristiana durante el desarrollo de su epístola.

2. La verdadera sabiduría de la vida, 1:5–8

Habiendo establecido la necesidad de la perfección cristiana, Santiago introduce el tema principal de la epístola, si bien esperará hasta bien entrado su argumento para exponerlo claramente: *la sabiduría que procede de lo alto* (3:13–18). Aquí, al comienzo de la epístola, sólo quiere aclarar [P. 195] quién es la fuente de esa sabiduría, y qué relación guarda esa sabiduría con la fe y con el carácter cristiano.

La frase *Si a alguno de vosotros le falta sabiduría* en el griego es una condición que presupone la realidad de la premisa. Santiago no está dudando que a alguien le falte sabiduría, por el contrario, con esta frase aparentemente condicional está afirmando que a todos, indudablemente, nos hace falta sabiduría. Una traducción posible sería: “Siendo que a alguno de vosotros le falta sabiduría...”, o “Ya que a alguno de vosotros le falta la sabiduría...”. Inmediatamente dice qué hacer cuando hace falta sabiduría: *pídala a Dios*. Una traducción más acertada sería “pídala de Dios”, o “de parte de Dios”. Hay dos tipos de sabiduría para Santiago, una que no descende de lo alto, que es *terrenal, animal y diabólica* (3:15) y otra que sí procede de lo alto, que viene de Dios, que es *de lo alto* (3:17). Para tener la verdadera sabiduría hay que pedirla de Dios, Dios es su

fuente y quien la da. Sólo Dios la puede dar porque sólo él la tiene. Él mismo es la sabiduría, ella es parte de su ser.

La verdadera sabiduría de la vida no se alcanza por méritos o esfuerzos humanos. Lo único que se requiere para obtenerla es la humildad de pedirla, y el reconocimiento de la soberanía y majestuosidad de Dios. Lo interesante del caso, dice Santiago, es que Dios le da *a todos con liberalidad y sin reprochar*. La palabra liberalidad, *japlos*⁵⁷⁴, significa “sencillamente, abiertamente, francamente, sinceramente”. Así es como Dios la da. El dador de todo bien, el perfecto dador de *toda buena dádiva y todo don perfecto* (1:17), da a todos con generosidad, incondicionalmente, *con liberalidad*, especialmente cuando se le pide sabiduría. Así fue el caso de Salomón: Dios se le apareció en un sueño ofreciéndole cualquier cosa que él quisiera. Salomón pidió sabiduría, y tanto le agradó esto a Dios que junto con la sabiduría le dio las otras cosas que él no había pedido: riqueza y gloria (1 Rey. 3:4–15). Todos los libros de sabiduría en el AT enfatizan esta necesidad humana de sabiduría y su proveniencia divina. Las numerosas exhortaciones a procurar esa sabiduría proveniente de Dios se encuentra en el libro de los Proverbios.

La afirmación de Santiago se basa en esa tradición: Dios la da “con liberalidad y sin reprochar”. No hay nada reprochable en pedir sabiduría de parte de Dios. La única bendición que no añade tristeza es la que proviene de Dios (Prov. 10:22). Dios no reprocha a nadie, no echa en cara sus bendiciones, no cobra por lo que da, no busca lo suyo. Dios da generosamente, por amor.

Si alguno pide de Dios esta sabiduría, dice Santiago, *le será dada*. La afirmación es tajante y positiva. No tiene visos de duda. No hay un “quizá” o un “tal vez”. El futuro pasivo en que la frase está enmarcada indica nuevamente que la proveniencia es de Dios, y que seguramente llegará. Santiago afirma con certeza, en el mismo tono y con la misma fuerza que aprendió de nuestro Señor: “Pedid, y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad, y se os abrirá” (Mat. 7:7); una de las tantas reminiscencias que esta epístola guarda con las palabras del Sermón del monte.

Dios da su sabiduría *a todos*, es decir, a todo aquel que se la pida y la requiera. Dios no la da a quien no la pide, a quien vive engraidamente en sus propios caminos sin tomar en cuenta a Dios. Dios la da al que la pide *con fe, no dudando nada*. La fe, como decía el autor de Hebreos (11:6), es la actitud fundamental sin la cual no se puede agradar a Dios. La fe en este caso representa la seguridad del que pide que Dios le conceda el tan ansiado bien de la sabiduría. La expresión *no dudando nada, diacrino*¹²⁵², no tiene tanto que ver con la anulación de un aspecto natural del juicio humano como es la duda, sino que tiene **[P. 196]** que ver más con los aspectos naturales del análisis discriminado que intenta decidir algo por sí mismo, pero sin tomar en cuenta a Dios. Santiago exhorta a sus lectores a pedir sabiduría de Dios sin la maquinación de hacer calculos estratégicos. *No dudando nada* no goza del doble negativo del castellano en el griego, si bien la expresión griega *meden*³³⁶⁷, es un compuesto de “no” y “algo”, resultando en “nada”, de ahí la traducción de RVA.

La duda, sin embargo, como la fe, no puede ser vista en grados. Si alguien duda “algo”, ya está dudando lo suficiente. Por eso también los dichos de Jesús sobre la fe y el grano de mostaza (Mat. 17:20; Luc. 17:6) acentúan la independencia del tamaño sobre la efectividad de la fe. Santiago no reclama la anulación de la duda radical, sino de la duda en sí. Toda fe verdadera se sustenta sobre la duda, y todo aquel que camina sobre el mar, como Pedro, lo hace sobre las olas de la duda y la desesperación (Mat. 14:23–32). Como humanos dudamos, pero mientras nos sustentemos mirando a Jesús podemos caminar sobre el mar de la duda en el sustento que la fe nos otorga. La fe es el ancla de la duda.

El ejemplo de Santiago de la *ola del mar*, es un ejemplo de inestabilidad. Quien haya estado en el mar sabe lo que es: las olas son inestables. No hay quietud, siempre movimiento, un vaivén interminable que no para. Las olas son “movidas por el viento y echadas de un lado a otro”, dice Santiago. También en Efesios 4:14 el apóstol Pablo utiliza los mismos conceptos. Para los discípulos, criados y acostumbrados a los fuertes vientos en el mar de Galilea, algunos de ellos pescadores y hombres de mar, estas imágenes eran muy reales. El carácter cristiano debe afirmarse en la fe para que la duda no lo haga trastabillar.

Tal hombre, uso enfático del pronombre “tal”, indica un hombre que se deja dominar por la incertidumbre de no saber si Dios nos dará lo mejor, o qué; un hombre dividido en su mente, que no sabe qué pensar ni en qué afirmarse, un hombre que no está persuadido de la eficacia de la fe. Esa persona tiene una mente doble, como indicará inmediatamente Santiago en 1:8. *No piense* tal persona, negación también enfática, significando “de ninguna manera”, “bajo ninguna circunstancia”, que recibirá “cosa alguna” del Señor. No es sólo la sabiduría que se le niega a quien no puede afirmarse en la fe, sino también todas las cosas.

Del mismo modo que Salomón sólo pidió sabiduría, y recibió con ella todas las demás cosas, así también todas las cosas le son negadas a quien no tiene fe para pedir sabiduría de parte de Dios. Con la sabiduría vienen todas las cosas, sin la sabiduría las demás cosas también se retiran. Una nueva reminiscencia de Santiago

al Sermón del monte de nuestro Señor, cuando dijo: “Más bien, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

La persona que no puede afirmarse sobre la fe y la sabiduría que de ella se desprende es un *hombre de doble ánimo*. La palabra que Santiago usa para “hombre” en 1:8 es *aner*⁴³⁵, que es el equivalente a “varón” en castellano, es decir, persona del sexo masculino. Por su parte, el término usado en 1:7 es *anthropos*⁴⁴⁴, que significa “hombre” en sentido general, inclusivo, sin indicación ni referencia a sexo. Como se puede ver también en 1:12, 23; 2:2; 3:2; Santiago utiliza estos términos indistintamente, no así en el resto del NT en el que *aner* tiene un claro sentido de oposición genérica con *gune*¹¹³⁵, término griego que significa “mujer”.

La expresión que se traduce como *doble ánimo, dipsujos*¹³⁷⁴, es una expresión peculiar y característica de Santiago, quizá acuñada por él. Aparece sólo aquí y en 4:8 en todo el NT. Compuesto de *dis*¹³⁶⁴, doble, doblado, y *psuje*⁵⁵⁹⁰, alma, mente, corazón, por lo que podría traducirse: “mente doble”, “alma dividida”, “corazón doblado”. ¿A quién se refiere Santiago? Evidentemente a los hipócritas de su tiempo. Jesús había atacado fuertemente a la hipocresía, especialmente en el Sermón del monte (Mat. 6:2, 5, 16; 7:5, Luc. 6:42; [P. 197] 12:1; 13:15). La palabra “hipócrita” es una palabra importada por Jesús desde la prevalente cultura griega de su tiempo. Se refería al actor que, cubriéndose la cara con una máscara, representaba en el teatro griego más de un personaje a la vez. Santiago, siendo un purista de la lengua hebrea y escribiendo fundamentalmente para judíos, quiere evitar la palabra, por eso acuña la palabra *dipsujos*.

Para Santiago el hipócrita es una persona “de doble ánimo”, alguien que tiene dos almas; la una extendida hacia lo malo y la otra extendida hacia lo bueno, algo imposible de coexistir en una sola persona (Stg. 3:11). Así es el hombre de doble ánimo, alguien que tiene dos caras, que quiere asegurarse lo mejor de los dos mundos, que no quiere abandonar las cosas terrenales, pero tampoco puede asegurarse las celestiales.

Esa persona de ánimo dividido, de dos caras, es *inestable en todos sus caminos*. La palabra que se traduce *inestable, acatastatos*¹⁴², o inconstante, aparece otras dos veces en Santiago (3:8, 16), una vez en los Evangelios (Luc. 21:9), donde se traduce “insurrecciones” o “revoluciones”; y dos veces en Pablo (1 Cor. 14:33; 2 Cor. 6:5; 12:20) donde se la traduce desorden, tumultos. Sólo una vez aparece en el AT, en Isaías 54:11, donde se la traduce fatigada. Así está el alma dividida: inestable, inconstante, en desorden constante, en tumulto continuo, fatigada, dividida contra sí misma. Como dijo Jesús: “Todo reino dividido contra sí mismo está arruinado” (Mat. 12:25; Luc. 11:17).

3. El destino del ser humano, 1:9–11

Del mismo modo que la hipocresía lleva a la división de la persona, así también las riquezas. Las posesiones son engañosas porque nos hacen creer que por poseerlas somos más importantes, o que por carecerlas somos más humildes. Ni lo uno ni lo otro. Ni la pobreza puede equipararse con la humildad, ni la riqueza con la importancia. No somos más por lo que tengamos, ni menos por lo que carezcamos. Somos lo que somos solamente por la gracia de Dios (1 Cor. 15:10).

Esta es la primera vez en la carta de Santiago que puede percibirse la horrenda división de clases que existía en el primer siglo. La clase media, así como muchos la conocemos hoy, de gente que no es rica, pero tampoco pobre, no existía en el primer siglo. Es cierto que existía una clase trabajadora, artesanal, sin embargo, las clases estaban muy divididas: o se era muy rico, o se era muy pobre, no existía nada en el medio. Desgraciadamente, esta división podía verse también en el interior de la iglesia cristiana. Pablo hace referencia a ella en relación a la supuesta celebración de la cena del Señor que hacían los corintios (1 Cor. 11:20–22), en la cual unos se hartaban y se emborrachaban, mientras otros los miraban comer sin poder acercarse a los alimentos. Santiago reprocha esa división, como puede verse más adelante en 2:1–13 y 5:1–6.

Santiago, al igual que Pablo (Rom. 12:3), enseña que cada persona debe pensar de sí mismo con cordura. El humilde debe gloriarse porque será exaltado por Dios, y el rico debe gloriarse en que Cristo le ha enseñado la verdadera humildad. Cada uno, en su justa medida y en su estado correcto, deben depender de Dios, quien es el que humilla y exalta porque, como enseñó nuestro Señor “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mat. 23:12; Luc. 14:11; 18:14).

La palabra que Santiago usa para describir a este *hermano de humilde condición* es *tapeinos*⁵⁰¹¹, palabra que indica una persona pobre, de condición baja, destituida, falta de medios económicos, humilde, sencilla, modesta, gente sin importancia [P. 198] (Prov. 30:14; Luc. 1:52). Según Levítico 27:8, *tapeinos* era una persona tan falta de valor que, llegada la circunstancia, el propio sacerdote tendría que fijarle algún precio. Según la ley, valía menos que un recién nacido. También la palabra podía significar una persona de actitud humilde, deprimida, pobre de espíritu (2 Cor. 7:6) y alguien de carácter amable y gentil (Mat. 11:29; 2 Cor. 10:1). Seguramente, con su espíritu inclusivo, Santiago se refería a ambos sentidos de pobreza.

Por otro lado, está también el rico. La palabra rico, *plusios*⁴¹⁴⁵, indica tanto una persona rica en el sentido material (Mat. 27:57; Luc. 6:24), como figurativamente una persona rica llena de virtudes y posesiones eternas (Luc. 12:21; 1 Cor. 4:8; 2 Cor. 8:9; 1 Tim. 6:18). Al hablar del rico, sin embargo, Santiago se refiere sólo a la riqueza material, porque los que son verdaderamente ricos en fe y herederos del reino de Dios, los ricos en espíritu, según Santiago, son los pobres (Stg. 2:5).

Lo que se destaca en el texto de Santiago es la igualdad de pobres y ricos. Todos dependemos del Señor. La vida es de Dios. Él da la vida y él la quita (Job 1:21). El destino de la vida nos iguala. El pobre será exaltado, y el rico será humillado. Por eso el hermano de humilde condición debe gloriarse *en su exaltación* mientras que el rico debe gloriarse *en su humillación*. Dios es el que exalta a los humildes y humilla a quienes se exaltan a sí mismos (Sal. 147:6; Prov. 3:34; Luc. 1:52; 2 Cor. 7:6; Stg. 4:6; 1 Ped. 5:5). El pobre debe gloriarse en su exaltación porque Dios le levantará. El rico [P. 199] debe gloriarse en su humillación porque Dios le humillará. El rico “pasará como la flor de la hierba”. Esto es cierto de todos, ricos y pobres. Todos pasaremos como la flor de la hierba.

Semillero homilético

La victoria en medio de las pruebas

1:1–12

Introducción: Una característica de los auténticos cristianos, es el de ser victoriosos en medio de las pruebas y dificultades. Ellos ven las bendiciones de Dios a pesar de las pruebas, porque se encuentran revestidos del poder del Espíritu Santo y tienen plena confianza en su Señor.

I. La victoria se da en el siervo de Dios, 1:1–3.

1. La prueba al siervo produce gozo (v. 2).
2. La prueba al siervo refuerza la fe (v. 3).
3. La prueba al siervo genera paciencia (v. 3).

II. La victoria se da a los cabales, 1:4–6.

1. Debido a la calidad de vida (v. 4).
2. Debido a la sabiduría perdida (v. 5).
3. Debido a la seguridad de la respuesta (v. 6).

III. La victoria se da con la corona de vida, 1:7–11.

1. Por la firmeza de su ánimo (v. 8).
2. Porque tendrá su exaltación (v. 9).
3. Porque su existencialismo descansa en Dios (v. 11).

Conclusión: La victoria está dada por el Señor, para quien haya soportado las dificultades y aceptado el reto en medio de las pruebas y llegado a ser auténtico en él (v. 12).

El apóstol Pablo afirmó: “Pero lejos esté de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien el mundo me ha sido crucificado a mí y yo al mundo” (Gál. 6:14). En la misma época y desde otra perspectiva, Santiago afirma lo mismo. En la cruz de Cristo nos igualamos ricos y pobres. La cruz es exaltación para el pobre y humillación para el rico, el instrumento de tortura se ha convertido en trono desde el cual reina el Rey de reyes y Señor de señores.

Santiago, al igual que Pedro (1 Ped. 1:24), cita a Isaías 40:6 y Salmo 90:5, 6, que hablan de la transitoriedad de la vida. También nuestro Señor se refirió a ella en el Sermón del monte cuando dijo: “Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy está y mañana es echada en el horno, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?” (Mat. 6:30; Luc. 12:28).

El rico, dice Santiago, *pasará, pareleusetai*³⁹²⁸, el original está en una forma tal que indica que desaparecerá, se desvanecerá, perecerá completamente. La hierba del rico “se seca”, su flor *se cae*, sus negocios “se

marchitarán”. Todas estas acciones están dadas en la voz pasiva. Estas acciones sucederán aunque el ser humano no las quiera. Sucederán porque es Dios el que realiza este acto. Es Dios quien trae justicia sobre la tierra. De su parte vienen el bien y el mal. Dios hace prosperar y Dios hace marchitar. Tanto el rico como el pobre deben siempre recordarlo.

La justicia de Dios es equitativa y pareja. La figura de Santiago es muy clara: el mismo sol que produce la hierba es el que la seca. La figura intenta mostrar la inevitabilidad y la transitoriedad de la vida. Santiago recuerda a sus lectores la fragilidad de todos sus *negocios*. *Negocios, poreia*⁴¹⁹⁷, no significa aquí sólo aquellas actividades que puedan reportar alguna ganancia económica. La palabra también puede traducirse “viajes”, “actividades”, “emprendimientos”. Todo lo humano pasará. Como dice Isaías 15:6 (RVR-1960).

El amor y la justicia de Dios van de la mano y se necesitan. Dios es todo amor, pero es también toda justicia. Su amor se asienta en su justicia y su justicia se asienta en su amor. Uno trae beneficios y otro trae castigo, pero los dos vienen del mismo Dios y de su misma actitud hacia el ser humano, sea rico o pobre. La vanidad y la prepotencia humana pasarán. No serán los fuertes ni los ricos los que heredarán la tierra. Sólo aquellos que, siendo mansos y humildes de corazón, y se aferran a las promesas divinas, verán la salvación de Dios (Mat. 5:5).

4. La bienaventuranza de la integridad, 1:12–15

Siendo que el amor y la justicia de Dios van de la mano, la virtud más grande del cristiano es la integridad. Nuevamente recuerda Santiago las enseñanzas de nuestro Señor en el Sermón del monte. Todo el Sermón del monte es un llamado a la integridad. Del mismo modo, Santiago insistirá en la integridad de la personalidad cristiana como una señal clara de la presencia de Dios en la persona, y como reconocimiento del carácter santo y eterno de Dios contrastado con la fragilidad y la transitoriedad [P. 200] humanas. La única manera de ambicionar la integridad cristiana es teniendo a raya al doble ánimo, denominación que Santiago usa para denotar la hipocresía tan denunciada por Jesús en sus enseñanzas.

El cristiano está llamado a resistir en las pruebas-tentaciones. Resistir en ellas no significa evitarlas, porque éstas no pueden ser evitadas. Santiago ya ha dicho que las pruebas-tentaciones nos atacan, se nos presentan en forma inevitable. El verbo que Santiago utiliza para describir la actitud del cristiano frente a las pruebas-tentaciones es *jupomemo*⁵²⁷⁸. Este término, compuesto de *jupo*⁵²⁵⁹, que significa “estar a merced de”, o “debajo”, y *meno*³³⁰⁶, que significa “permanecer”, “continuar existiendo”, y en relación con personas, “seguir siendo uno mismo”, “esperar”, “tener paciencia”. El término *jupomemo*⁵²⁷⁸, se traduce generalmente de tres maneras íntimamente relacionadas: (1) quedarse (Luc. 2:43; Hech. 17:14), (2) pacientes, soportar, sufrir a merced de alguien, perseverar (Rom. 12:12; 1 Cor. 13:7; 2 Tim. 2:10, 12; Heb 12:7; 1 Ped. 2:20), y (3) perseverar (Mat. 10:22; Stg. 5:11). El llamado de Santiago a resistir en las pruebas-tentaciones se enmarca entre el segundo y tercer sentido. Santiago llama a sus lectores a mantenerse firme, a perseverar mientras uno sufre a merced de una experiencia que uno mismo no puede controlar. La traducción de RVA *perseverar bajo la prueba* es muy acertada.

Quien resista en las pruebas-tentaciones, dice Santiago, perfeccionará su carácter, y por eso será dichoso, bienaventurado. La felicidad bienaventurada no es sufrir las pruebas-tentaciones. El cristiano no es un masoquista que se deleita en el sufrimiento. El cristiano, sin embargo, puede sentirse bienaventurado al tener que sufrir múltiples pruebas-tentaciones, porque sabe que ellas educan su carácter y lo preparan para una vida con propósito, y para la vida eterna.

Quien resista en las pruebas-tentaciones, además, recibirá la corona de vida. Esa corona de vida se recibirá “cuando haya sido probado”. Santiago está repitiendo aquí la progresión: prueba → paciencia → carácter → esperanza que anteriormente había citado en 1:3. *Probado*, nuevamente, no se refiere al proceso en el cual la fe es probada, sino al resultado, a la “parte probada”, al “residuo probado” de la fe. La fe que es “probada” por las pruebas-tentaciones produce un residuo, una parte probada, que es lo que produce paciencia, la cual produce carácter, y ese carácter probado (Rom. 5:4; 1 Tim. 6:19) es la base de la esperanza bienaventurada de la salvación eterna.

Joya bíblica

Bienaventurado el hombre que persevera bajo la prueba; porque, cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman (1:12).

La frase *corona de vida* está construida en el original de tal manera que expresa que la vida misma es la esencia de la corona. La corona que el cristiano espera recibir de Dios no es una corona “de oro” que simboliza la vida, es una corona *de vida*. En esto Santiago concuerda con los apóstoles Pedro (1 Ped. 5:4) y Juan (Apoc. 2:10). La corona que nuestro Señor recibió de parte nuestra fue una corona de espinas (Mat. 27:29; Mar. 15:17; Juan 19:2), pero de parte de Dios recibió su verdadera corona (Hech. 2:36; Fil. 2:9–11). Así también los cristianos, muchas veces sólo recibimos pruebas y tentaciones, pero si somos fieles al Señor, recibiremos la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman (1 Cor. 9:25; 2 Tim. 4:8).

Lo que sostiene al cristiano a través de las pruebas-tentaciones es el amor de Dios y el amor a Dios. Dios ha prometido su corona “a los que le aman”. El amor a Dios es el primer mandamiento, dijo Jesús, y el amor al prójimo es el segundo (Mat. 22:36–39; Mar. 12:28–31; Juan 15:12). Nosotros amamos a Dios, sin embargo, porque Dios nos amó primero (1 Jn. 4:19). La base de [P. 201] nuestro amor es un amor correspondido. Es también un amor que se sostiene en el amor al prójimo (1 Jn. 4:20, 21). Si queremos sostenernos en nuestra propia fuerza no podremos hacerlo. Las pruebas-tentaciones son más fuertes que nuestra propia voluntad, pero no son más fuertes que el amor de Dios. Dios, que nos ama a pesar de todo, que nos ama más allá de nuestros errores y fracasos, nos da la fuerza necesaria para poder atravesar con éxito las más duras pruebas-tentaciones. “El amor de Cristo nos impulsa” dijo Pablo (2 Cor. 5:14). Santiago nos recuerda que es la única fuerza que nos podrá sostener en medio de las tormentas de la vida.

Quizá el problema humano más grande frente a las pruebas-tentaciones sea su fuente. ¿De dónde vienen? ¿Quién es el autor de ellas? Hasta el día de hoy los humanos nos justificamos frente al pecado en relación al supuesto origen de las pruebas-tentaciones: Dios. Se dice: Si Dios nos creó así, ¿qué podemos hacer? Creemos que hay algo en nuestros genes que nos empuja hacia el pecado de modo que no podemos evitarlo. Santiago se apresura a negarlo. Las pruebas-tentaciones no vienen de Dios. Para hacerlo apela al propio carácter de Dios. Dios es “intentable” dice Santiago, *apeirastos*⁵⁵¹, su carácter es tal que está más allá del bien y del mal, él es completamente diferente de nuestra naturaleza “tentable”.

Porque Dios no puede ser probado-tentado por el mal, por lo tanto él mismo tampoco prueba-tenta a nadie. El AT está lleno de advertencias sobre tratar de tentar a Dios. Éxodo 17:2–7 quizá sea el pasaje más ejemplar, recordado por los salmistas (Sal. 81:7; 95:8; 106:32). Dios no puede ser probado-tentado por los humanos, ni tampoco *por el mal*. La palabra que se traduce de modo neutro como *mal*, *cakon*²⁵⁵⁶, podría también ser masculino, en cuyo caso habría que traducirla “maligno”. La distinción es importante porque se despersonaliza el mal, de modo que pierde algo de su fuerza maligna. Siendo que todo en el versículo 13 apunta a agentes humanos, creo que sería mejor traducirla “maligno”, de modo que se leería: “Dios no es tentado por el maligno”. Ahora, si debiéramos entender ese “maligno” como un agente humano, o personificado en Satanás, es algo que cada intérprete debe decidir por sí mismo. De cualquier modo, Santiago afirma una total independencia de Dios como la fuente de las pruebas-tentaciones, y como objeto de cualquier maligna intención sea humana o satánica.

Las pruebas-tentaciones no provienen de Dios. Nadie puede decir “Soy tentado por Dios”. Las pruebas-tentaciones son posibles porque es el medio ambiente en el que se desarrolla la vida humana. De la cuna hasta la tumba, todo en la vida puede ser equiparado a una prueba o a una tentación. Al enfrentarla, los humanos no podemos distinguir entre prueba y tentación. Sólo creemos saberlo cuando hemos pasado por la prueba o tentación. Si salimos airoso, decimos que fue una “prueba” y que fue enviada por Dios para purificar nuestra vida. Si voluntariamente caemos en ella, decimos que fue una “tentación” y que fue enviada por el maligno para destruir nuestra vida. Desde el punto de vista humano es imposible distinguir entre una y otra. Por eso no debemos culpar a Dios, como tampoco al diablo, por nuestras pruebas o tentaciones. La responsabilidad de la vida es nuestra, nos la fue dada por Dios, quien nos hizo personas únicas y responsables. No somos títeres de Dios sino individuos responsables. La responsabilidad de las pruebas-tentaciones es nuestra, no debemos culpar a nadie por ellas.

En los versículos 14 y 15 Santiago realiza una nueva progresión. Así como la progresión prueba → paciencia → carácter → esperanza tenía como fin la corona de vida, esta nueva progresión tendrá como fin la muerte (Rom. 6:23). Se trata de la progresión pasión → concepción → pecado → muerte. La propia pasión, cuando nos arrastra y nos seduce, concibe. Cuando esta concepción se realiza, el pecado es dado a luz. El pecado tiene como consecuencia la muerte.

[P. 202] La verdadera fuente de las pruebas-tentaciones no está en Dios, está en nosotros mismos, es nuestra “pasión”. La palabra, *epizumia*¹⁹³⁹, significa textualmente “calentura superficial”, o “deseo ardiente frívolo”. En el NT se lo traduce de tres maneras: (1) en un sentido neutral, como un impulso o deseo (Mar. 4:19), (2) en un buen sentido, una aspiración, un anhelo verdadero (Fil. 1:23; 1 Tes. 2:17), y (3) en un senti-

do malo, un deseo incontrolado por algo prohibido, concupiscencia, deseo sexual, propensión a lo malo, bajo instinto (Rom. 7:7; 1 Tim. 6:9). Siguiendo la pauta hermenéutica trazada desde el comienzo, no podemos decir que Santiago no estaba incluyendo estas acepciones del término en este texto, si bien la mayoría de los intérpretes parece inclinarse hacia la tercera acepción.

El origen de las pruebas-tentaciones, dice Santiago, está en cada uno de nosotros. Cada uno, de su propia pasión, se prueba-tienta a sí mismo. Esa pasión, ese deseo, no es incontrolable, pero muchas veces es incontrolado. Dos imágenes superpuestas usa Santiago para describir esta progresión mortal. La imagen de la concepción y el parto, y la imagen de la pesca. Ambas están entrelazadas. Así como un pez es seducido por la carnada o el señuelo hasta que muerde el señuelo y el anzuelo se clava en su boca, así el deseo incontrolado, nos seduce y nos clava el anzuelo. Es notable que la palabra que se traduce “seducido”, *deleazomenos*¹¹⁸⁵, tenga en sí la palabra *delear*, no usada en el NT, que significa “carnada”. La propia pasión nos seduce, se nos presenta de carnada, nos atrapa y nos arrastra. También el apóstol Pedro utiliza la misma figura en 2 Pedro 2:14–18.

Nadie diga soy tentado por Dios

(1:12–15)

Santiago rechaza el concepto griego de que Dios es quien tienta a las personas. Los griegos creían que sus dioses eran los causantes de las desgracias y tentaciones de los seres humanos. Un ejemplo es el caso de Zeus y Pandora cuando éste le dio a ella una caja llena de desgracias para la humanidad y cuando ésta fue abierta, vinieron múltiples calamidades a la tierra.

Eso no es pecado todavía. El deseo, aunque sea una “baja pasión”, no es pecado. Para que el deseo se convierta en pecado tiene que “concebir”. Aquí es donde Santiago mezcla la metáfora pesquera con la metáfora de la concepción de una mujer. Para que una mujer dé a luz, primero tiene que concebir. Así es el pecado, para dar a luz, primero tiene que “concebir”. Para poder concebir, necesita del auxilio de la voluntad. No hay pecado si no hay voluntad. Todo pecado humano es voluntario, *sullambano*⁴⁸¹⁵ significa tomar prisioneros, arrestar (Mat. 26:55; Hech. 26:21), cazar o pescar (Luc. 5:9), concebir o quedar embarazada una mujer (Luc. 1:24) y, metafóricamente, la unión del deseo sexual con la voluntad o la intención que resultará en un acto pecaminoso. Nuevamente, todos estos sentidos están entremezclados en la frase de Santiago. El deseo incontrolado, cuando se une con la voluntad o la intención de cometer aquel deseo incontrolado, “concebe”. Esa concepción, una vez hecha, dará a luz el pecado. Así como una mujer que ha quedado embarazada dará a luz a no ser que algún acto de fuerza mayor se lo impida, así también el pecado. Una vez que el deseo incontrolado se ha unido con la voluntad de cometer el acto concebido, el pecado es el único resultado predecible.

El pecado, “una vez llevado a cabo”, engendra muerte. Esta frase puede ser traducida de mejor manera y expresar lo que el original dice al expresarse “siendo plenamente formado”, porque sigue la figura de la concepción y el dar a luz. El verbo *ticto*⁵⁰⁸⁸, significa fruto de la tierra, o el dar a luz la mujer. El pecado es la unión de la voluntad con el deseo incontrolado. La misma metáfora se usa en Salmo 7:14. Hay algo de inevitable una vez que el deseo incontrolado “concebe” en unión con la voluntad humana. Se forma el pecado, que cuando queda “plenamente formado” da nacimiento, produce la muerte.

[P. 203] 5. La naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre, 1:16–18

Para concluir su primera advertencia, Santiago compara la naturaleza de Dios y la naturaleza humana. Dios no puede ser el autor de las pruebas-tentaciones porque Dios sólo da lo mejor. Dios creó las condiciones en las cuales se dan las pruebas-tentaciones, pero viviendo bajo esas mismas condiciones Jesucristo triunfó sobre el pecado y la muerte. El ser humano no puede achacar a Dios su condición pecaminosa, sólo a sí mismo. Dios no nos induce al pecado, sino nuestra propia pasión incontrolada en conjunción con nuestra voluntad. Dios no puede ser probado-tentado y él tampoco prueba-tienta a nadie.

Santiago, como pastor de su grey, exhorta a sus amados hermanos a no dejarse engañar. La advertencia a no dejarse engañar no es dirigida sólo al varón, también a la mujer. El verbo *no os engañéis* sería mejor traducirlo “no seáis engañados” porque *planao*⁴¹⁰⁵, ser engañado, embaucado, engatusado, lo expresa así. También Pablo utiliza esta fórmula en sus cartas (1 Cor. 6:9; 15:33; Gál. 6:7).

El diablo es mentiroso y engañador, presentándose ante el ser humano como ángel de luz pero cegando sus ojos al peligro del pecado (2 Cor. 4:4; Ef. 4:14; 1 Ped. 5:8, 9). Suyo es el camino del hurtar, matar y des-

truir (Juan 10:10; Rom 7:7–14). Por eso no hay que dejarse engañar. El camino de Dios no es el camino del engaño sino el de la verdad. Dios es dador de todo lo bueno, no de lo malo. *Toda buena dádiva y todo don perfecto* provienen de él. Es curioso que esta frase, tan rítmica en el español, también lo sea en el griego. Algunos comentaristas piensan que puede haber aquí alguna cita a algún poema o a la letra de algún himno que los primeros cristianos conocerían de su tiempo de adoración en la sinagoga. No podemos saberlo a ciencia cierta. Lo interesante es que tanto *Toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto* como “Las malas compañías corrompen las buenas costumbres” (1 Cor. 15:33) son hexámetros, es decir frases de seis sílabas, y ambas siguen a la frase *No os engañéis*. Pablo y Santiago evidentemente responden a un modo común del dicho sapiencial de la época.

Resultado de las pruebas

(1:12–18)

Para el creyente en Jesucristo, las pruebas producen:

1. Dirección a la persona para evaluar su capacidad de resistencia.
2. Reafirmación de la fe en el Señor, cuando sale de ellas.
3. Perfeccionamiento de la paciencia para madurar.

Lo que Dios nos da son “dádivas”, “dones”, es decir regalos. Dios no nos paga conforme a nuestros bajos deseos. Los dones de Dios, especialmente la vida eterna, son siempre inmerecidos. La muerte, sin embargo, es completamente merecida. La muerte y el castigo eterno no parten de un capricho siniestro de Dios. Son el resultado directo de nuestros propios bajos deseos concebidos por nuestra voluntad. También el apóstol Pablo aseguraba que “la paga del pecado es muerte; pero el don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:23).

La frase “de lo alto” o “de arriba”, en [P. 204] sintonía con otros textos neotestamentarios (Juan 3:3, ver nota RVA, 31; 19:11), significa “de Dios”. Dios es *de lo alto*, el hombre es de abajo (Ecl. 5:2; Mat. 5:34). *Toda buena dádiva y todo don perfecto* provienen de Dios, no sólo algunos. Dios es generador y dador de todo bien. Santiago continúa explicando su idea de que Dios no tienta a nadie. No parece probable que Santiago esté discutiendo la famosa frase de Job: “Recibimos el bien de parte de Dios, ¿y no recibiremos también el mal?” (Job 2:10), aunque no deja de venir a la mente cuando afirmamos tan tajantemente con Santiago que Dios es dador sólo de “buenas dádivas” y “dones perfectos”. Para clarificarlo, quizá sea necesario meditar en la naturaleza del bien y del mal. Muchas cosas que pensamos son nuestros bienes, terminan siendo nuestros males más grandes y, viceversa, muchas cosas que pensamos son nuestros males, terminan siendo nuestros grandes bienes. Nuevamente, como con la prueba y la tentación, se nos hace difícil a los seres humanos entender la naturaleza absoluta del bien y del mal. Pero para Dios es distinto. Dios ve las cosas desde otra óptica, su visión es total y absoluta. También Pablo afirmó que “Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman” (Rom. 8:28). Nosotros no podemos entender cómo una enfermedad pueda resultar en nuestro bien, pero Dios hace que todo resulte para nuestro bien, si es que le amamos. En todo, Santiago quiere que sus oyentes dependan de Dios.

Sorpresivamente, Dios es llamado por Santiago el *Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación*. Esta expresión, de esencia netamente griega, ha llevado a muchos comentaristas a dudar de la paternidad literaria de Santiago, el medio hermano del Señor. Ya se explicó en la Introducción la razón de las expresiones griegas en esta epístola. Juan dice que “Dios es luz” (1 Jn. 1:5), y Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). En este contexto, sin embargo, “luces” debe entenderse así como en Jeremías 4:23 y Salmo 148:3, las “luminarias”, es decir, las estrellas. Similarmente, Job llamó a Dios “padre de la lluvia” (Job 38:28), y Pablo “padre de consolación” (2 Cor. 1:3) y “padre de gloria” (Ef. 1:17). Santiago está diciendo no sólo que Dios es luz, sino más, que Dios es el padre de la luz y el padre de las luces. Todo lo bueno, simbolizado por la luz, proviene de Dios.

Como Dios es quien está en “lo alto” y de él “desciende” toda buena dádiva y todo don perfecto, en Dios no *hay cambio ni sombra de variación*, afirma Santiago. El interés de Santiago por afirmar la inmutabilidad de Dios no es tanto el interés griego de buscar un punto fijo en el cual y desde el cual afirmar todo el universo. Su interés no es filosófico, es pastoral. En Dios no hay cambio, Dios siempre busca el bien de aquellos que le aman. Dios no es un loco caprichoso a merced del cual los seres humanos nos sacudimos como hojas secas levantadas por el viento. Dios es constante, permanente, estable, duradero. Se puede confiar en él.

Para probarlo, Santiago apela a dos metáforas estelares: en Dios no hay “cambio” ni “sombra de variación”. Las dos metáforas están relacionadas con términos técnicos de la astronomía, por lo cual se hace difícil su interpretación. “Cambio” traduce la palabra griega *paralage*³⁸⁸³, que indica una variación en la visión debida a factores atmosféricos o astronómicos. La palabra es también traducida técnicamente como “paralaje”. El diccionario de la Real Academia de la lengua Española define esta palabra así: Diferencia entre las posiciones aparentes que en la bóveda celeste tiene un astro, según el punto desde donde se supone observado. Es muy difícil pensar que Santiago tenía esta definición en mente cuando utilizó la palabra, sin embargo, su expresión no está totalmente desligada de este entendimiento. El paralaje de un astro es visible para quien estudie las estrellas, y también para quien, viendo una puesta de sol, compruebe que el tamaño del astro rey se ha aumentado. El sol siempre tiene el mismo tamaño, somos [P. 205] nosotros, los observadores, quienes lo vemos aumentado por causa del paralaje. En Dios no hay paralaje, dice Santiago. Dios ve las cosas como son, nosotros las vemos aumentadas o disminuidas, cambiadas, transformadas, alteradas por nuestras propias visiones humanas que son siempre pequeñas, parciales, fragmentarias.

No sólo que en Dios no hay *cambio*, ni siquiera hay en Dios *sombra de variación*. Una nueva metáfora astronómica que se refiere a las sombras que los astros proyectan sobre otros. Lo que nosotros llamamos “eclipse” no es en realidad un oscurecimiento del astro en sí, sino la sombra que otro astro proyecta sobre el que se ve. En Dios no hay eclipses, dice Santiago. Dios es un sol que siempre brilla al máximo de su potencia y de su luz. Nuestras visiones de Dios pueden ser parciales o fragmentarias, pero Dios está más allá de todas ellas, Dios es bueno y perfecto, dador de *toda buena dádiva y todo don perfecto*. Dios, como un “sol de justicia” (Mal. 4:2), puede ser abrasador para el malo, pero “en sus alas traerá sanidad” para quienes confían en él. La voluntad del Dios eterno e inmutable es traer buenas dádivas, dones perfectos y por sobre todo, la salvación.

La dádiva más grande de Dios para nosotros, afirma Santiago, no se traduce en cosas. Lo más importante que Dios nos da es ser hechos criaturas de él. Dios es el autor de nuestra vida material, pero más importante el autor de nuestra vida espiritual. Dios “nos hizo nacer” desde el vientre de nuestra madre (Sal. 22:9, 10; 71:6; 139:13), pero más que nada nos hizo nacer como “primicias de sus criaturas”. Como dijo Jesús a Nicodemo, todo ser humano tiene que “nacer de nuevo” (Juan 3:3), nacer “no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12, 13). La dádiva más grande, el don más perfecto de Dios para toda criatura, no es sólo la vida en la cual a tientas nos afirmamos, es la vida eterna que proviene de Dios.

Santiago afirma este nuevo nacimiento como un nacimiento que se ha realizado por medio de *la palabra de verdad, logos*³⁰⁵⁶ *alezeias*²²⁵. La expresión no sólo denota la verdad del mensaje del evangelio (2 Cor. 6:7; Ef. 1:13; Col. 1:5; 2 Tim. 2:15), sino esa misma palabra *logos* que, según Juan, “se hizo carne” entre nosotros (Juan 1:1, 2, 14), por la que Dios nos hizo nacer a una nueva vida abundante, y a la vida eterna. Dos cosas son claras en este pasaje: Que el nuevo nacimiento se produce como una manifestación de la voluntad de Dios, y que se realiza a través de la palabra de verdad, o la verdadera palabra. Cuando el padre de las luces dijo: “Sea la luz” (Gén 1:3) fue el comienzo cósmico del mundo así como lo conocemos. Cuando el padre de las luces se manifestó a la humanidad perdida por medio de su verdadera Palabra, su *logos* hecho carne, nos hizo nacer “como primicias de sus criaturas” (Rom. 8:23; 1 Cor. 15:20–24). El paralelismo de una nueva creación que comienza a partir de la manifestación del único Hijo del único Padre es evidente. Así como la palabra de Dios fue la génesis de todo lo creado, así el *logos* inmanente y hecho carne entre nosotros es el nuevo nacimiento de todo aquel que cree y confía en él y le recibe como Señor y Salvador.

La primera advertencia de Santiago está completa: Cuidado con el doble ánimo; cuidado con el fariseísmo de quien se deja vencer por las pruebas-tentaciones; cuidado con no comprender que la integridad no sólo es la cosa más importante del cristianismo sino la única: cuidado con no afirmarse en Dios, quien es la única razón y sustento de toda nuestra existencia, la material y la espiritual. La segunda advertencia, como veremos, está íntimamente relacionada.

Joya bíblica

Toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto y desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación (1:17).

[P. 206] III: CUIDADO CON LA FALSA RELIGIÓN DEL DECIR PERO NO HACER, 1:19-27

La verdadera piedad según Santiago está unida a la práctica. La ética de Santiago es una ética de la interioridad, una que procede de adentro hacia afuera. La conversión del ser humano no se produce de afuera hacia adentro. Se puede cambiar todo el exterior de una persona sin que su corazón cambie. La verdadera

conversión es la conversión del corazón, y luego todo el ser comienza a convertirse. Santiago se apoya fuertemente en la ética de Jesús. Por ejemplo, Jesús predicaba: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de afuera del vaso o del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero el interior del vaso para que también el exterior se haga limpio!” (Mat. 23:25, 26). Con la misma intención, quizá sin tanta fuerza emocional, Santiago llama a su congregación dispersa a mantener los principios de la verdadera religión. La verdadera religión no es la de las formas, sino la de una interioridad transformada y renovada por el poder del evangelio.

Además, como hemos visto en la Introducción, la carta de Santiago fue escrita en una época de grandes conflictos dentro de la primitiva iglesia cristiana. Esos conflictos, como los de la iglesia del día de hoy, eran mayormente éticos: se hacía acepción de personas, se juzgaba sin compasión y sin verdad, se afirmaba tener fe pero no se actuaba en consecuencia, se vivía de la vanagloria, se explotaba al pobre y se amaba la riqueza, se vivía sin consideración los unos de los otros. Todas estas faltas éticas de la vida cristiana serán referidas por turno por Santiago, pero antes de hacerlo el apóstol desea afirmar el fundamento esencial de toda ética cristiana: se hace lo que se dice.

Santiago sostiene que en la vida, especialmente en la vida cristiana, hay tres elementos que se encadenan y se necesitan: el oír, el hablar y el hacer. Los tres están íntimamente relacionados. De la forma como se realice uno se realizarán los demás. Todos sabemos que una persona que habla mucho por lo general no escucha a los que le rodean. También sabemos que el que habla mucho hace poco. Decimos: “perro que ladra no muerde” y otros dichos semejantes para analizar estas relaciones humanas. Santiago las ha visto en su propia congregación y se dispone a advertir a sus oyentes acerca de ellas.

Santiago ha descubierto que la verdadera religión no es algo que se dice, o algo que se declama, sino algo que se hace, algo que se realiza. Somos nosotros quienes distinguimos entre teología y ética. Para nosotros la teología es lo que se cree con la cabeza, y ética es lo que se hace con las manos. En la unidad de la fe según como la ve Santiago no se puede hacer nada con las manos que antes no haya estado en la cabeza. La ética y la teología están tan íntimamente ligadas que es imposible separarlas. La verdadera religión es aquella que no sólo se asienta en una sana doctrina sino que también destila una sana práctica. Teología y ética, doctrina y práctica, son los dos pies sobre los que camina la fe y sobre los que se sostiene la verdadera religión.

Para llevar a sus oyentes a la verdadera religión Santiago escribe siete recomendaciones. Sólo quien tenga estas cualidades será dichoso y tendrá en sí la marca de la religión pura e incontaminada.

[P. 207] 1. Ser pronto para oír, 1:19a

Todo cristiano debe ser muy cuidadoso con el fariseísmo de oír poco, hablar mucho y no hacer nada. La fórmula de Santiago es la opuesta: oír mucho, hablar poco y hacer todo lo que Cristo manda. Todo cristiano debiera saberlo. Sin embargo, continuamente lo olvidamos. Por eso Santiago comienza su advertencia con *sabed, mis amados hermanos*. No porque no lo sepan, sino porque lo han olvidado. Así también decían los otros apóstoles, y el Señor (Mat. 24:43; Luc. 21:31; Juan 15:18; Hech. 13:38; 28:28; Ef. 5:5; Heb. 12:17; 2 Ped. 3:3). También el apóstol Pablo: “El escribiros las mismas cosas, a mí no me es molesto y para vosotros es más seguro” (Fil. 3:1). Santiago escribe de cosas sabidas, para que nadie se olvide.

Joya bíblica

Sabed, mis amados hermanos: Todo hombre sea pronto para oír, lento para hablar y lento para la ira (1:19).

¿Qué es lo que *todo hombre* debe saber? Que hay que ser pronto para oír, lento para hablar y lento para enojarse. Los que seguramente demostraban estos defectos una y otra vez eran los “muchos maestros” a los cuales se referirá más tarde en el capítulo 3:1–12. Sin embargo, esto de hablar mucho y escuchar poco es una actitud tan generalizada que Santiago la confiere a *todo hombre*. Los muchos que se hacían maestros en su tiempo disputaban y debatían unos con otros, probablemente con mucha violencia. De esto todos hemos tenido experiencia en las iglesias cristianas. Cuando no se busca la verdad y no se atiende a lo que el Señor dice, todo tipo de enseñanzas extrañas y doctrinas retorcidas salen a relucir. Grupos de presión, manejos de poder, peleas estériles para la verdad. Todo el NT advierte sobre esto (Mat. 7:15; 23:9, 10; Mar. 13:22; 2 Cor. 11:13; 1 Tim. 6:3–5; 2 Tim. 4:3; 2 Ped. 2:1) y Santiago no es la excepción.

Todo hombre debe ser *pronto para oír*: “El que tiene oídos, que oiga” decía Jesús (Mat. 13:9). Tan obvio, tan fundamental, pero tan pasado por alto, tan olvidado. Todas las personas en mayor o menor grado necesitamos escuchar la amonestación de Santiago. Ser rápido para oír significa atender, prestar atención a lo que se nos dice. Oír para Santiago es escuchar, atender a lo que se nos dice. Oímos todo lo que suena, escucha-

mos sólo lo que atendemos. Así también el autor de Hebreos nos exhorta a que “con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Heb. 2:1). Así junto con los muchos maestros de la iglesia temprana, los creyentes tenían que aprender a escuchar en silencio para luego estar listos para predicar. Cualquiera que quiera ser sabio para con Dios debe seguir la enseñanza de Santiago: primero pedir la sabiduría a Dios (1:6) y luego aprender en silencio de aquellos que ya la han adquirido, los verdaderos maestros de la fe. Con el tiempo y el esfuerzo, si Dios quiere, cada uno de ellos podrá convertirse, a su vez, en un maestro del evangelio.

2. Ser lento para hablar, lento para la ira, 1:19b

Lo que Santiago requiere no es que hablemos despacio, sino que seamos lentos para comenzar a hablar. Lo mismo con la ira: debemos ser lentos en dejar que nuestro espíritu se agite. Hay una relación de necesidad entre las tres. Cuando más rápidos seamos para oír y más lentos para hablar, más lentos seremos en enojarnos.

David y Pablo enseñaron lo mismo, Pablo dice: “Enojaos, pero no pequéis” (Ef. 4:26) y David dice: “Si se enojan no pequen” (Sal. 4:4, NVI). El problema de la ira no está en ella misma, sino en el hecho de que *la ira del hombre no lleva a cabo la justicia de Dios*. Seguramente existe algo que podemos llamar una “santa indignación”. [P. 208] Que sepamos, Jesús se enojó en varias oportunidades. En Marcos 3:5 se enojó con los fariseos y herodianos que cuestionaban su poder para hacer un milagro en día sábado, y curó al hombre enfermo en la propia sinagoga. En Marcos 10:14 se enojó con sus discípulos porque no permitían a los niños que se le acercaran. En Mateo 16:23 se enojó duramente con uno de sus discípulos preferidos, Pedro, y le llamó “Satanás”, por no haber sabido poner la mira en las cosas de Dios. El episodio más conocido del enojo de Jesús fue cuando, haciendo un látigo de cuerdas, entró con poder en el templo y sacó a todos los que se aprovechaban económicamente de los pobres (Mat. 21:13). En todas estas ocasiones, Jesús no pecó.

También el apóstol Pablo describió a los corintios su santa indignación (2 Cor. 11:29). Hay una santa indignación, una indignación que nace de querer hacer y que se haga la voluntad de Dios sobre toda la tierra. Pero cuidado, la ira es también la causa de mucho mal en el mundo. Cuando nos enojamos perdemos la razón, no escuchamos a nadie, sólo gritamos y nos dejamos dominar por nuestros sentimientos mal dirigidos.

Santiago nos recuerda que la indignación del ser humano raramente es santa, que está llena de prejuicios y maldades, y que no responde a lo que Dios demanda. Difícilmente avance el reino de Dios por medio de la ira o el enojo humanos (Sal. 37:8, 9). Por eso, Santiago aconseja a cualquiera que quiera ser verdaderamente religioso a *refrenar su lengua* (1:26) y no engañar su corazón con la ira.

3. Despojarse de toda inmundicia y toda maldad, 1:21a

La ira viene de la inmundicia y de la maldad. Cuando el corazón está sucio, todo lo que se hace en consecuencia está sucio. Hace falta cambiar, convertirse, desechar lo malo para poder recibir lo bueno. No se puede recibir en humildad la palabra y dejar que se implante en nosotros si primero no hacemos espacio para ella.

Esta metáfora del despojarse de la ropa, *apothemenoi*⁶⁵⁹, es también usada por otros apóstoles (Rom. 13:12; Ef. 4:25; Col. 3:8; Heb. 12:1; 1 Ped. 2:1). Cuando nuestra ropa está sucia debemos quitárnosla para lavarla y ponernos ropa limpia. Cuando la vida está llena de inmundicia, de malicia y de toda cosa sucia e inaceptable para Dios, no podemos hacer lugar a lo limpio y nuevo hasta que no nos hayamos quitado la ropa vieja. El arrepentimiento es sin duda una condición para la conversión.

Lo que debemos despojarnos es de *toda suciedad y la maldad que sobreabunda*. Ambas, suciedad y maldad, se refieren sin duda al pecado. No es un poco de suciedad lo que debemos limpiar, sino toda la suciedad. No es poca la maldad que mantenemos, ella sobreabunda. Las declaraciones tajantes y extremas de Santiago son para llamarnos la atención. Todos concedemos que algún mal habremos hecho. Pero reconocer todo el mal que se ha hecho, y reconocer que el mal que tenemos es sobreabundante sólo puede hacerse “en mansedumbre” y siguiendo el mandato bíblico (Mat. 3:2; 4:17; Mar. 1:15; Hech. 2:38; 3:19).

La manera en que Santiago utiliza la expresión *con mansedumbre* puede tanto referirse a la frase anterior o a la posterior, así: “...desechando toda suciedad y la maldad que sobreabunda con mansedumbre recibid la palabra implantada...”. Si recordamos que en el griego antiguo no se utilizaban puntos ni comas para separar las palabras, nos daremos cuenta de que esta expresión *con mansedumbre* puede referir tanto al desechar la suciedad y la maldad, como al recibir la palabra implantada. Santiago tiene razón, ninguna de las dos puede hacerse sin mansedumbre. Evidentemente, una contraposición a la ira con que sus oyentes parecen estar conduciéndose.

4. Recibir con mansedumbre la palabra implantada, 1:21b

No es sólo vaciarse de lo malo. Si alguien se vacía de algo malo, pero no se llena de [P. 209] lo bueno, ese vacío puede nuevamente ser llenado de lo malo (Mat. 12:43–45; Luc. 11:24–26). Para realmente estar vacío de lo malo tenemos que llenarnos de lo bueno, del Señor Jesucristo.

La *palabra implantada*, *logos*³⁰⁵⁶, es una velada referencia a Jesucristo. Que Jesucristo es el *logos*, la palabra encarnada de Dios lo prueban los apóstoles, especialmente Juan (Juan 1:1, 14; Apoc. 19:13). La palabra *logos* puede también referirse a la Biblia, la palabra escrita de Dios (2 Tim. 2:15; 4:2) y a la palabra predicada (1 Cor. 12:8; 1 Tim. 5:17). Todas ellas están referidas por Santiago. Si no tenemos a Cristo, la palabra encarnada de Dios, viviendo en nuestro corazón, seguramente tampoco obedeceremos a la palabra escrita de Dios ni atenderemos a la palabra predicada. La palabra de Dios no es innata ni natural en nosotros, tenemos que recibirla, aceptarla, invitarla a hacer su morada en nuestra vida.

Pronto y lento

(1:19–22)

Se dan ciertos pasos en la manera como el creyente debe comportarse ante las circunstancias de la consejería cristiana:

Primero, debe ser diligente para escuchar.

Segundo, debe ser cuidadoso al hablar para no herir.

Tercero, debe ser cauteloso para actuar en testimonio cristiano siendo hacedor de la Palabra y no tan solamente oidor.

Cuando se recibe la palabra, ella queda *implantada* en nosotros, *emfutos*¹⁷²¹, plantada dentro de nosotros, como una planta en el jardín de Dios. Cuando tenemos esta palabra plantada dentro de nosotros, entonces ella es capaz de *salvar vuestras almas*. También los otros apóstoles vieron esta relación íntima entre el recibir la palabra de Dios y la salvación del alma (Rom. 1:16; 1 Ped. 1:9).

5. Ser hacedor de la palabra, 1:22–24

El próximo paso en el desarrollo de la verdadera religión es ser *hacedores de la palabra*.

Santiago comienza su frase con un *pero*, lo cual indica un cambio, en el modo de actuar. Indica que hay algo que hacer que no se está haciendo. A todos nos hace falta escuchar esta amonestación de Santiago. El que oye solamente, pero no hace lo que la palabra manda, se engaña a sí mismo. Se engaña porque no descubre que realmente no tiene la palabra implantada. Si la palabra está verdaderamente implantada en nosotros, no podemos dejar de hacer lo que la palabra demanda. Así lo dijeron los apóstoles: “Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20).

Santiago nos llama a ser *hacedores* de la palabra. El griego tiene varios verbos para “hacer”, el que aquí se usa, *poieo*⁴¹⁶³ es también usado por Pablo en Romanos 2:13, indica una actividad creativa, como la del poeta (Hech. 17:28), que trabaja creativamente con las palabras. No se puede hacer la voluntad de Dios ni cumplir la palabra de un modo mecánico y de ciega obediencia. La acción a la que el texto nos llama es una acción creativa, que busca los modos de cumplir lo que la palabra manda, aún cuando parezca difícil y complicado.

Así también Jesús nos enseñó que “No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 7:21). También hay que cuidarse de “hacer nuestra justicia delante de los hombres” (Mat. 6:1) y hacer la voluntad de Dios, así como Jesucristo mismo hizo siempre la voluntad de Dios (Mat. 12:50; Juan 5:30; 6:38; 1 Jn. 2:17). [P. 210]

Mirar la cara en un espejo

(1:23–25)

Antes que se inventaran los espejos, el hombre miraba su imagen en el agua de lagos y ríos. Entre los egipcios, a los espejos de metal se les atribuían propiedades mágicas y no se rompían, pues eran de metal. La reflexión aquí nos indica el estado en que nos encontramos. El espejo refleja en cada uno de nosotros los más leves detalles tanto del rostro, como del cuerpo y

del vestido en general, mostrando las imperfecciones en que a veces nos encontramos frente a Dios. El espejo no nos deja engañar. De la misma manera la Palabra de Dios nos refleja tal cual somos en la vida íntima espiritual. La Palabra nos confronta de igual modo haciéndonos caer en cuenta de nuestros errores.

De nada sirve la teología si no se practica en la acción. De nada sirve decir que uno cree en Dios si no está dispuesto a jugarse la vida por él. De nada sirve la piedad si no está acompañada de la acción. El ejemplo de Santiago es contundente: de nada sirve mirar al espejo nuestro rostro *natural* si no ponemos manos a la obra para arreglarnos un poco antes de salir a la calle. Nos miramos en el espejo lo feos que estamos, pero no nos lavamos la cara, ni nos cepillamos el cabello, sólo nos marchamos. Al marcharnos, el espejo ya no nos acompaña, y nos olvidamos cómo éramos: feos, sucios, desgreñados. La palabra de Dios es como un espejo en la que todos nos miramos. No nos miramos sólo para compadecernos de nuestras fealdades, nos miramos para arreglarnos conforme a lo que ella nos enseña. El que oye, pero no hace, se engaña a sí mismo, cree haberse arreglado, pero sigue estando lleno de suciedad y abundancia de maldad. Una persona así no engaña a los demás, sólo se engaña a sí mismo.

6. Prestar atención a la perfecta ley de la libertad, 1:25a

La recomendación de Santiago es a *prestar atención*. Esta expresión *parakuptas*³⁸⁷⁹ puede traducirse literalmente como “mirar dentro” (Luc. 24:12), “inclinarse para mirar una cosa” (Juan 20:5, 11) o “contemplar” (1 Ped. 1:12). En todas ellas se trata de observar algo que está en el primer momento oculto a la mirada, para verlo hay que “prestar atención”, hay que “mirar atentamente”. No es una mirada pasajera, como la de quien se miraba al espejo sin atender demasiado. Es una mirada atenta, escudriñadora, una mirada que busca descubrir las suciedades y corregir las maldades.

Lo que se debe mirar con suma atención, aquello a lo que hay que prestar atención *es la perfecta ley de la libertad*. Nuevamente tenemos aquí una velada referencia a Jesucristo y sus enseñanzas. Para todo cristiano en el primer siglo era muy obvio que Jesucristo enseñó una nueva ley. Especialmente en aquella ocasión que, como Moisés, “subió al monte” para dar la nueva ley de Dios (Mat. 5:1). La ley de Cristo, sin embargo, no es una ley seca y dominante (Rom. 7:12), es una ley viva y activa; es una ley de libertad, un evangelio de gracia (Gál. 6:2).

Esa ley de libertad de Jesucristo está asegurada por su propia vida y obra, que nos hizo libres (Luc. 4:18; Juan 8:32; Rom. 8:2, 21; 2 Cor. 3:16). La ley de la libertad pudo ser dada únicamente por Jesucristo. Él es su autor y consumidor. Él nos trajo libertad para poder vivir como Dios manda. A partir de Jesucristo, vivir con Dios no es cumplir preceptos fríos y mecánicos. Vivir con Dios y para Dios es creativamente descubrir las riquezas de la palabra implantada en nosotros, viva y activa a través de la obra del Espíritu Santo. [P. 211] El judío podía describir la ley de Dios como “perfecta” (Sal. 19:7), como algo deleitable (Sal. 1:2), como algo que había que recordar perpetuamente (Éxo. 13:9). Sin embargo, una y otra vez ese pueblo se apartó de la ley de Jehová (Amós 2:4) y la desechó (Isa. 5:24). La ley de Jesucristo es una ley de libertad, en la cual el seguimiento es abierto y creativo.

Ninguna ley es perfecta si no produce en nosotros libertad. La ley de Moisés era buena, pero no perfecta. Jesucristo la perfeccionó (Mat. 5:17), la llevó a su consumación (Mat. 5:21, 22, 27, 28, 38, 39, 43, 44), la transformó completamente (Mat. 22:36–40; Mar. 12:30–33), de modo que los primeros apóstoles pudieron leer esa ley de Moisés de una manera diferente (Rom. 13:9; Gál. 5:14). Sólo la ley de Jesucristo es perfecta. No es una ley de reglas y castigos, es una ley de imperativos categóricos y realizaciones creativas de la voluntad de Dios. Es la ley del amor. La disputa que Pablo tuvo contra los judaizantes de su tiempo se basó precisamente en el concepto de que la ley de Moisés mantenía a la humanidad en esclavitud (Gál. 4:8–20). Su argumento es que, ya que esta ley no se cumple, ni se puede cumplir, no es una ley cósmica o universal, sino que fue dada por [P. 212] un tiempo, a un solo pueblo, provisionalmente (Rom. 5:20) y fue para los cristianos como un tutor, un maestro sustituto que nos llevó a los pies de Cristo (Gál. 3:24). Sin embargo, llegado el verdadero maestro, Cristo, ya no estamos bajo tutor, sino que seguimos la verdadera ley, la de la libertad (Gál. 3:25, 26), en la cual procuramos estar firmes (Gál. 5:1).

Semillero homilético

Las bases del cristiano sabio

1:1–25

Introducción: Las bases del cristiano sabio se circunscriben en el obrar permanente en Jesucristo, y el aceptar completamente aquello que le permite actuar en consonancia al propósito de Dios para testimonio de muchos.

- I. La primera base del cristiano es Dios, 1:1–4.
 1. Quien produce gozo en medio de las pruebas (v. 2).
 2. Quien produce paciencia en sus siervos (v. 3).
 3. Quien produce resultados favorables (v. 4).
 - (1) A los hermanos para conocerse a sí mismos.
 - (2) A los hermanos para reafirmar su fe.
- II. La segunda base del cristiano es la fe, 1:5–8.
 1. Que cree recibir sabiduría de Dios (v. 5).
 2. Que cree mantenerla con firmeza (vv. 6–8).
 - (1) Sin equivocarse con Dios (v. 7).
 - (2) Sin ser de doble ánimo (v. 8).
- III. La tercera base del cristiano es el testimonio, 1:9–11.
 1. Porque será gloriosamente exaltado (v. 9).
 2. Porque será enormemente recompensado (vv. 10, 11).
 - (1) De acuerdo a su generosidad.
 - (2) De acuerdo a su existencialismo (v. 11).
- IV. La cuarta base del cristiano es la perseverancia, 1:12–18.
 1. Porque recibirá la corona de vida (v. 12).
 2. Porque Dios le defenderá de la prueba (vv. 13–15).
 3. Porque Dios le da el don perfecto (vv. 16–18).
- V. La quinta base del cristiano es la Palabra, 1:19–25.
 1. Que le hace escuchar y oír primero (v. 19).
 2. Que le hace actuar adecuadamente (v. 20).
 3. Que le hace actuar con la Palabra (vv. 21–24).

Conclusión: El cristiano de hoy debe tener cuidado de mantener estas bases vigentes en su vida, las que le ayudarán a ser más auténtico en el Señor Jesucristo (v. 25).

Los cristianos ya no estamos atados a la letra del AT, no necesitamos explicar los ritualismos de la ley a través de reinterpretaciones alegóricas, ni explicar leyes higiénicas cuando ya no hay necesidad para ellas, ni actitudes poco éticas de un Dios que se muestra como vengativo y colérico. Los cristianos hemos venido a los pies del Mesías, el Cristo de Dios, el ungido, el único Hijo del único Padre. Como María, nos hemos sentado a los pies del maestro, hemos aprendido sus leyes, hemos aceptado su autoridad, que no necesita de apoyos legalistas, hemos aceptado su ética, basada en los preceptos del amor, y hemos entregado nuestra vida y nuestros días en su honor. Hemos aprendido de Cristo una nueva ley: la ley de la libertad. Obviamente que es difícil vivir en ella, es más difícil que guardar los preceptos de la ley de Moisés, pero su aparente dificultad no nos atemoriza, por el contrario, nos anima el hecho de que algún día, por el poder de la libertad con que Cristo nos hizo libres, seremos resucitados como él y viviremos eternamente en su presencia infinita.

7. Perseverar en la perfecta ley de la libertad, 1:25b

Además, el seguimiento de la ley de la libertad tiene que ser hecho en perseverancia. Perseverar, *parameno*³⁸⁸⁷, está emparentada con la actitud que debemos tener frente a las pruebas, *upomeno*⁵²⁷⁸, que se traduce como soportar, o perseverar. La conexión es evidente; así como debemos tener coraje para soportar y perseverar bajo la prueba-tentación, así tenemos que afirmar nuestra voluntad frente al prestar atención en estudio y obediencia de la perfecta ley de la libertad. Nada se consigue sin perseverancia.

Además perseverar, *parameno*, está emparentada con el “prestar atención” *parakuptas*³⁸⁷⁹, del versículo anterior. La conexión nuevamente es evidente; así como tenemos que atender para prestar atención, tenemos que atender doblemente para poder perseverar. Una perseverancia constante es la que Santiago reclama de sus oyentes.

La actitud perseverante que hace falta es acentuada por Santiago con la frase *sin ser oidor olvidadizo sino hacedor de la obra*. Esta frase es una antítesis formada sobre la base de dos expresiones. Así como hay un “oidor de olvido”, hay un “hacedor de hecho”. Quien persevere en prestar atención a la ley de Cristo, la perfecta ley de la libertad, no será un oidor de olvido, sino un hacedor de hecho. Nuevamente, Santiago afirma que la verdadera religiosidad está basada en los hechos, no en los dichos, ni en los escuchas. No importa cuántas veces uno ha escuchado la palabra de Dios, lo que importa es cuántas veces uno la ha hecho. No importa cuántas veces uno ha dicho que va a hacer la voluntad de Dios, lo que realmente importa es hacerla, llevarla a cabo. Dios se complace en quienes hacen su voluntad.

Joya bíblica

Si alguien parece ser religioso y no refrena su lengua, sino que engaña a su corazón, la religión del tal es vana (1:26).

8. Sólo quien siga estos pasos es dichoso, 1:25c

Llegamos al final del largo argumento de Santiago. Llegamos a la bienaventuranza. Si bien la expresión de bienaventuranza era común en el AT (Deut. 33:29; Job 5:17; [P. 213] Sal. 1:1; 32:1; 146:5; Prov. 28:14; Isa. 30:18), y los apóstoles también la usaron (Rom. 14:22; 1 Ped. 3:14; 4:14), la expresión de bienaventuranza es típica del hablar de nuestro Señor. No sólo comenzó él con sus famosas bienaventuranzas el Sermón del monte (Mat. 5:3–11) sino que en un sinnúmero de otras ocasiones utilizó la expresión: “Bienaventurado...” (Mat. 11:6; 13:16; 16:17; Luc. 10:23; 11:28; Juan 13:17; 20:29). Santiago imita al Señor en su hablar. Quien haga todas estas cosas, será *bienaventurado*.

La bienaventuranza de Santiago tiene una calificación: *será bienaventurado en lo que hace*. Una vez más se acentúa el valor del hacer sobre el oír o el decir. Nuevamente el hacer que se refiere es un hacer creativo, como el hacer de los pacificadores en Mateo 5:9. No se es bienaventurado por lo que uno cree, o por lo que uno escucha, o por lo que uno dice. Se alcanza la bienaventuranza por medio de la acción.

9. Sólo quien siga estos pasos tiene un servicio religioso puro e incontaminado, que no es el exterior, de las formas, 1:26, 27

La dicha de la acción cristiana es poder traducir la fe en acciones de amor. La verdadera religión no es la del parecer sino la del ser. *Si alguien parece ser religioso* es en griego una condición expresada de manera tal que no se duda de la premisa, sino que se la afirma como un paso para decir otra cosa. Una posible traducción sería “Ya que alguno parece ser religioso pero no refrena su lengua...”. La palabra *parecer*, *dokei*¹³⁸⁰, significa (1) ser de la opinión, pensar, suponer, (2) parecer, ser contado como, tener reputación de, y (3) me parece a mí. Cualquiera de las tres posibles traducciones da al texto su real sentido. Si alguno es de la opinión de ser religioso, o si alguno piensa que es cristiano, o si alguno parece ser cristiano, o es contado entre los cristianos, o tiene reputación de cristiano, entre otras son traducciones posibles. Todas ellas llevan el mismo sentido: si no es lo que parece ser, es un fariseo. Por fuera parece, por dentro no lo es; por fuera tiene apariencia de algo, por dentro no se es nada.

La conclusión de Santiago es que la religión de tal persona *es vana*, es decir, no tiene fuerza, no vale de nada, no tiene verdad ni éxito ni resultados, es inútil, sin propósito. Esa persona sólo *engaña su corazón* porque no *refrena su lengua*. La palabra *refrena* lleva el mismo sentido del freno que se pone en la boca de los caballos para manejarlos. En este caso el freno debe estar puesto por cada uno en su propia boca. Más adelante (3:2, 3), Santiago utilizará esta misma imagen del freno. La idea aquí es clara, quien no puede dominarse a sí mismo tiene una religiosidad vana, inútil, sin propósito.

Una nueva referencia al fariseísmo del decir pero no hacer es hecha por Santiago con la palabra que utiliza para *religión*. Hay varias palabras que se usan en el NT para indicar religión, sentimientos religiosos, actitudes religiosas y acciones religiosas. La palabra *zreskeia*²³⁵⁶ es la menos usual de todas, apareciendo sólo otras dos veces en el NT (Hech. 26:5; Col. 2:18), sin embargo es utilizada tres veces por Santiago en estos dos versículos. Se refiere a una religión exterior, de las formas, una religiosidad que se vive exteriormente en ritos y ceremonias. Los ritos y ceremonias no salvan. La [P. 214] religiosidad de los ritos engaña, hace creer que se está cerca de Dios cuando en realidad se está muy lejos de él.

Por eso Santiago llama a sus oyentes a tener delante de Dios y Padre una religión *pura e incontaminada*. También Pablo dijo “Para los que son puros, todas las cosas son puras” (Tito 1:15), y nuestro Señor dijo a los fariseos que no había que purificar lo de fuera del vaso, sino el vaso por dentro (Mat. 23:25; Luc. 11:39). Para Santiago la religión *pura e incontaminada* no es aquella que se traduce en ritos y ceremonias religiosas, sino aquella que se traduce en acciones de amor y en la pureza del alma.

El porqué utiliza Santiago la frase *Dios y Padre* es enigmático. Parece ser una redundancia, especialmente para alguien de trasfondo judío. Dios es el Padre (1 Crón. 29:10; Sal. 89:26; Isa. 9:6; Mal. 2:10). Quizá sea una referencia velada al modo en que Jesús nos enseñó a llamar a Dios: Padre (Mat. 6:9). También Pablo llamó a Dios “Padre” en varias ocasiones (Rom. 1:6; 15:6; 1 Cor. 1:3; 2 Cor. 1:2), y Pedro (1 Ped. 1:2; 2 Ped. 1:17). Quizá hasta pueda ser una forma abreviada de aquella otra expresión que los apóstoles utilizaron continuamente: y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 15:6; 2 Cor. 1:3; Ef. 1:3; 1 Ped. 1:3). Si *Dios y Padre* es una abreviación de “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, entonces tenemos en esta expresión una nueva velada referencia mesiánica.

Los inmediatos receptores de las acciones de amor cristianas son *los huérfanos y las viudas*. Diversas leyes del AT defendían a los más pobres y necesitados de la comunidad, especialmente los huérfanos y las viudas, y también a los extranjeros (Exo. 22:22; Deut. 24:17–21; 26:12, 13; 27:19). Los huérfanos y las viudas eran protegidos especialmente por Dios (Deut. 10:17, 18; Sal. 10:14; 68:5; 146:9). Dios promete calamidades para quienes no los respeten (Deut. 27:19). Oprimir al huérfano y a la viuda era tan grave como derramar sangre inocente o adorar a dioses ajenos (Jer. 7:6; 22:3; Mal. 3:5).

Santiago manda a sus oyentes a visitarlos *en su aflicción*. Este tipo de “visitación” (Sal. 8:5; Heb. 2:6) es más que estar con la persona y acompañarle, es darle algo, proveer para sus necesidades de comida, vestido, abrigo y demás aprietos de la pobreza. Las viudas y los huérfanos en esa época eran pobres porque no tenían medios legales para proveer a sus necesidades más inmediatas. Dependían para su subsistencia de los parientes cercanos o lejanos que pudieran compadecerse de ellos. Una de las primeras acciones de amor cristiano de la iglesia primitiva fue cuidar a las viudas (Hech. 6:1). Más tarde, sin embargo, aparentemente algunos abusos de parte de algunas viudas hizo que los cristianos fueran un poco más cautos en sus atenciones a las viudas (1 Tim. 5:3–16). Santiago ve la atención a las viudas no tanto como una necesidad de las mismas viudas de ser atendidas por causa de sus necesidades, sino como una forma de la pura e incontaminada religiosidad. Su conclusión es: si alguno tiene una religiosidad pura e incontaminada, esa persona atenderá a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones. También nuestro Señor, en su famosa parábola del juicio de las naciones, indicó que quienes fueron aceptados por el Señor en el reino celestial fueron aquellos que mostraron actitudes de compasión cristiana con Jesús a través de los más necesitados (Mat. 25:35, 36).

El segundo mandato de Santiago es *guardarse sin mancha del mundo*. Quizá esta frase sea una de las más difíciles de interpretar de toda la epístola. Siendo Santiago judío, pareciera que está reafirmando el legalismo de la pureza ritual de los judíos, que Jesús critica en los fariseos. La frase pareciera indicar que uno debe continuar guardando las leyes judías de la pureza ritual. Esta interpretación podría traer a colación el texto de Gálatas 2:12 en el que Pablo condena a Pedro por retraerse y apartarse de comer con los gentiles luego que viniesen a Galacia “ciertas personas de parte de Jacobo” (Santiago). Esta interpretación, [P. 215] sin embargo, va en contra de todo lo que la epístola enseña y todo lo que en general, los apóstoles enseñan en el NT.

La frase debe ser entendida en el contexto de un cristianismo que se ha liberado de la ley judía. Es un comentario de la “perfecta ley de la libertad”. Si somos “hacedores de la palabra” como Santiago demanda, la perfecta ley de la libertad nos guiará a mantenernos sin mancha del mundo. Por escribir en una época tan temprana del desarrollo del cristianismo, Santiago está todavía balanceando las demandas de la sabiduría didáctica judía con las demandas del evangelio. El espíritu de sus mandatos no traiciona ni a la una ni a la otra. Sus palabras destilan el espíritu de la ley y el espíritu del evangelio, están afuera del ritualismo judío rechazado por Jesús en los fariseos hipócritas de su tiempo, y más bien se conectan con el verdadero espíritu del verdadero Maestro: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48).

Las conclusiones de esta segunda advertencia de Santiago se ven en dos realidades innegables: (1) Sólo el que oye, habla y hace correctamente, es dichoso (1:25c). Cuando un cristiano no puede vivir a la altura de sus dichos, tenemos cristianos tristes. Los cristianos que pueden afirmarse en la palabra implantada y vivir visitando a los necesitados y guardándose sin mancha del mundo, son cristianos gozosos. Quizá no siempre estarán alegres, pero el gozo del Señor será su fuerza y su fortaleza. (2) Sólo tiene un servicio religioso verdadero aquel que no guarda el exterior de las formas, sino que se afirma en el interior, del corazón (1:26, 27), que se traduce en acciones de amor (1:27b) y que se traduce en pureza de alma (1:27c).

Esta es la única verdadera religión. Lo demás es puro cuento. Sólo quienes aman “de hecho y en verdad,” no “de palabra y de lengua” (1 Jn. 3:18) han comprendido la esencia de la verdadera religión, de lo que Dios reclama y espera de sus hijos. La tercera advertencia se dedicará a profundizar en ello.

"Yo tengo un sueño"

Al leer estos textos no podemos menos que recordar las famosas palabras del discurso de Martin Luther King titulado "Yo tengo un sueño": "Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento, yo aún tengo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el 'sueño americano'. Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: 'Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales'. Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad. Sueño que un día, incluso el estado de Mississippi, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia. Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad. ¡Hoy tengo un sueño! Sueño que un día, el estado de Alabama cuyo gobernador escupe frases de interposición entre las razas y anulación de los negros, se convierta en un sitio donde los niños y niñas negras, puedan unir sus manos con las de los niños y niñas blancas y caminar unidos, como hermanos y hermanas. ¡Hoy tengo un sueño! Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y montañas serán llanos, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano. Esta es nuestra esperanza. Esta es la fe con la cual regreso al Sur. Con esta fe podremos esculpir de la montaña de la desesperanza una piedra de esperanza. Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestra nación en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe podremos trabajar juntos, orar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres". El sueño de Martin Luther King resuena aún hoy no sólo en las colinas de Georgia y en todo Estados Unidos de América, sino también fuertemente en toda nuestra querida América Latina.

[P. 216]

IV. CUIDADO CON HACER ACEPCIÓN DE PERSONAS Y HACERSE A UNO MISMO JUEZ, 2:1-13

“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís se os medirá”. Estas palabras del Sermón del monte de nuestro Señor (Mat. 7:1, 2) no son citadas por Santiago en esta tercera advertencia de su epístola, pero nadie podrá dudar que esta amonestación de Santiago es un gran comentario de aquellas palabras. Ellas resuenan y están presentes en los comentarios de Santiago.

Uno de los pecados más graves en la historia del cristianismo ha sido el de la acepción de personas. Por culpa de la acepción de personas múltiples problemas surgieron en la iglesia y en el mundo. Peleas internas y externas, guerras, cruzadas, el prejuicio humano las ha fomentado a todas. El enfoque al que ha ido dirigido el prejuicio humano ha sido muy diverso: la apariencia, el género, el origen, la raza, el color de la piel, el estatus, la riqueza o la pobreza, la falta de notoriedad, entre otras.

En contraposición al capítulo 1, cada una de las tres siguientes advertencias de Santiago comienza con una amonestación (2:1, 14 y 3:1) y termina con una conclusión (2:12, 13, 26 y 3:11, 12). La amonestación del comienzo señala el interés principal de la advertencia. Luego, Santiago desarrolla creativamente alrededor de esa amonestación una serie de derivaciones menores de cada una, y termina con una sentencia conclusiva. En el capítulo 1 Santiago siguió más la forma del dicho enigmático, y las conexiones entre las secciones eran más tenues y sutiles. En el capítulo 2 y 3 las secciones están bien demarcadas por estas amonestaciones y conclusiones, y tienen mayor coherencia. No sería de extrañar que cada una de estas secciones represente un sermón o serie de sermones que el propio Santiago haya presentado a su congregación en alguna ocasión.

El contexto general de este pasaje (2:1–13) está dado en términos de un juicio que se realiza en la sinagoga. Los judíos en la dispersión realizaban en las sinagogas todos aquellos aspectos de su vida y su religión que, si estuvieran en Jerusalén, se realizarían en el templo. Entre aquellas cosas que los judíos de la época realizaban en el templo, se encontraban juicios en los cuales los rabinos interpretaban la ley de Moisés para una situación particular entre personas. Cuando una persona tenía algún asunto o problema contra otra, traía el asunto a un rabino o grupo de rabinos en el templo, los cuales, juzgando a partir de la ley de Moisés y la tradición de los ancianos, determinaban entre los adversarios quién tenía la razón. Esta práctica está claramente establecida en Deuteronomio 17:8–13. Siendo que los romanos no permitían a los judíos tener sus propios tribunales, sino solamente los tribunales romanos, los judíos asistían al templo para encontrar justicia entre sus hermanos de sangre. En la dispersión, ésta práctica se realizaba en las sinagogas.

Esta misma práctica pasó más tarde a las comunidades cristianas. El apóstol Pablo la refleja claramente en 1 Corintios 6:1–8. [P. 217] Santiago trata sobre la misma situación. En la sinagoga se está celebrando un juicio. Hay un rico y un pobre frente a un tribunal cristiano, pero los jueces son, según Santiago, *jueces con malos criterios* (2:4), *que han afrentado al pobre* (2:6), y que *hacen distinción de personas* (2:9).

En este contexto de juicio más que de culto, Santiago recuerda a sus oyentes que el juicio verdadero nace de un espíritu imparcial (2:1–4), se sustenta en la obediencia a la ley real (2:5–9) y culmina en la misericordia (2:10–13).

1. El juicio verdadero nace de un espíritu imparcial, 2:1–4

Aunque no seamos jueces, todos juzgamos. El juicio es una capacidad mental innata del ser humano que le sirve para formarse una opinión de las más diversas cosas, y para moverse con libertad en el mundo. Nos sirve para hacer decisiones, para hacer amigos y enemigos, para llevar adelante la vida. Lo importante no es dejar de juzgar, porque eso nadie lo puede realizar. Lo importante es juzgar con un espíritu imparcial.

La expresión *la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo* podría traducirse de diversas maneras: (1) “la fe en la gloria de nuestro Señor Jesucristo”, (2) “la fe en nuestro Señor de gloria, Jesucristo”, (3) “la fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo” y (4) “la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo”. Las cuatro maneras de traducir la frase tienen sutiles distinciones teológicas. No sólo por razones teológicas, sino también textuales, la traducción que presenta la RVA es la mejor. La expresión no se refiere a la fe personal del creyente, ni siquiera a la fe personal del propio Señor Jesucristo. La frase se refiere simplemente a la fe cristiana.

Nuestra fe cristiana es la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo. Esta fe no puede estar mezclada con parcialidad, dice Santiago. Mientras estuvo en la tierra, Jesucristo fue él mismo un ejemplo de imparcialidad. Mucho más ahora que es nuestro glorioso Señor. El que fue imparcial en la tierra es más imparcial en el cielo. Esta es la segunda y última referencia al Señor Jesucristo en toda la epístola. En ambas, Jesús es mostrado como Señor y Santiago como siervo del Señor. Lo notable en esta mención al Señor es que Santiago lo define como *glorioso*. El Señor pudo haber estado en la tierra, pudimos haber contemplado su “gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Sin embargo, ascendió al cielo con otra gloria, con la gloria de la exaltación con que Dios lo exaltó hasta lo sumo (Fil. 2:5–11). Para Santiago, que seguramente conoció al Señor personalmente, lo más importante de Jesús no es ya su vida en esta tierra, sino su posición gloriosa junto a la diestra del Padre, donde intercede por nosotros. En esto Santiago refleja el sentir de todo el NT sobre la glorificación eterna del Hijo (Rom. 6:4; 2 Cor. 4:4–6; Ef. 1:17; Heb. 1:3; 1 Ped. 4:13).

La negación que Santiago utiliza en este texto es fuerte y enfática. Se podría traducir “de ninguna manera tened la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo mezclada con acepción de personas”. Son cosas incompatibles: si se tiene fe en el glorioso Señor Jesucristo no se puede hacer distinción. La palabra que se traduce *distinción de personas, prosopolempsia*⁴³⁸², significa literalmente “mirar la cara” o “atender a la cara” de una persona. Es el pecado de respetar a las personas no por lo que realmente son en su carácter sino por sus [P. 218] circunstancias externas, sea porque son de alta alcurnia, porque son ricos, poderosos, o tienen alguna cualidad que todos quisieran tener en su cuerpo o en su mente. Pablo afirmó que para Dios no hay acepción de personas (Rom. 2:11; Ef. 6:9; Col. 3:25), y Pedro tuvo que comprenderlo en la casa de Cornelio (Hech. 10:34). Pero los cristianos del primer siglo, tanto como los cristianos de hoy en día, parecemos no comprenderlo nunca. Todos caemos de un modo o de otro en el pecado de distinguir a las personas de un modo injusto.

Joya bíblica

Hermanos míos, tened la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo, sin hacer distinción de personas (2:1).

Los versículos 2 al 4 son un ejemplo que Santiago da de un juicio en la sinagoga. La palabra que RVA traduce *congregación* es la palabra “sinagoga” (ver nota en RVA) en el original. Debemos recordar lo que explicamos en la Introducción que los cristianos en esta época temprana de la iglesia esparcida por la persecución de Esteban se continuaban reuniendo en la sinagoga. De hecho, los cristianos continuaron reuniéndose en las sinagogas judías hasta el año 85. Desde temprano, sin embargo, surgieron las tensiones, no sólo porque algunos seguían a Jesucristo y algunos no, sino principalmente porque hombres como Felipe, Esteban, Bernabé, Pablo y hasta el propio Pedro contendieron en las sinagogas para que se reconociera a los gentiles, especialmente en la mesa de compañerismo (Gál. 2; Ef. 2:11–3:13). No fue la cristología lo que trajo la división en las sinagogas, porque los judíos siempre tuvieron muchos desacuerdos sobre la persona y obra del Mesías. Lo que trajo división fue la inclusión de gentiles no circuncidados en la sinagoga, especialmente en la mesa de compañerismo. La destrucción de Jerusalén en el año 70 profundizó la división porque los judíos se volvieron más nacionalistas y centrados en la ley de Moisés, mientras que los cristianos se propagaron más y más en el mundo gentil. La división final vino en el año 85 cuando la “decimosegunda bendición”, realmente una maldición contra los apóstatas, fue incluida entre las 18 bendiciones que los judíos recitaban diariamente en las sinagogas. La decimosegunda bendición decía: “Para los perseguidores que no haya esperanza, y líbranos Tú rápidamente en nuestros días del dominio de la arrogancia. Haz que los Nazarenos (Cristianos?) y ...perezcan en un momento, haz que sean tachados del libro de la vida, y no permitas que sean contados entre los justos”. Como es obvio, los cristianos no pudieron repetir esta “bendición” día tras día, y se alejaron definitivamente de la sinagoga para reunirse en sus casas, y más tarde en sus propios templos.

En el ejemplo de la sinagoga que Santiago ofrece es evidente la distinción entre los adversarios. Uno es un *rico con anillo de oro*, literalmente, “con dedo de oro”, evidentemente haciendo referencia al tamaño del anillo. El otro es un *pobre con vestido sucio*, literalmente un mendigo con ropa “llena de tierra, inmunda”, en contraposición a la “ropa lujosa” del rico, literalmente, “brillante, deslumbrante” (Luc. 23:11; Hech. 10:30). El problema no es que los adversarios sean tan distintos, el problema es la actitud diferenciada que los jueces tienen frente a ellos.

Al que lleva la ropa lujosa y el anillo de oro se lo “atiende con respeto”, literalmente se lo “mira con buenos ojos”, *epiblepein*¹⁹¹⁴, se lo mira bien, se lo atiende, se lo considera, se lo toma en cuenta. Al que lleva la ropa sucia, al mendigo, ni siquiera se lo mira, se le habla con rudeza, [P. 219] se le dice: *Quédate allí de pie* o “Siéntate en el estrado”, es decir, el estrado del asiento del juez o, lo que sería peor, el estrado del asiento del propio rico. La traducción de RVA *a mis pies* no toma en cuenta la palabra *jupopodion*⁵²⁸⁶, que RVR-1960 traduce “estrado”. De todas maneras, el lugar donde el pobre debe sentarse, si acaso fuera posible hacerlo, es un lugar muy poco privilegiado. La parcialidad es evidente.

También Jesús había condenado a quienes buscaban los primeros lugares para sentarse en las sinagogas (Luc. 11:43; 20:46), y recomendó a sus discípulos que, al ir a una fiesta, se sentaran en los últimos lugares para que, cuando venga el dueño de casa, ponga a cada uno en el lugar que se merece. La sinagoga que Santiago toma como ejemplo no recuerda ni pone en práctica estas enseñanzas de humildad que dejó el Señor.

El versículo 4 sacará la conclusión. La pregunta de Santiago es una pregunta retórica. Santiago no duda de lo que ellos hacen. Su pregunta no es una verdadera pregunta, sino que afirma a través de la pregunta. Lo que Santiago afirma es que ellos hacen distinción entre los hermanos, y que son jueces con malos criterios. La parcialidad en un juicio afrenta a Dios tanto como afrenta al pobre. Cuando se manifiesta una actitud de cor-

tesía especial y deferencia hacia el rico, queriéndolo o no, se desafía y ridiculiza al pobre. Un verdadero juez no puede tener malos criterios. Dios es el Juez de toda la tierra, el Juez eterno y justo (Gén. 18:25; Sal. 50:6; 94:2; Hech. 10:42; 2 Tim. 4:8; Stg. 4:12; 5:9), y quien se llame hijo de Dios tiene que actuar con justicia, no haciendo distinciones.

La palabra que se traduce *hacéis distinción, diacrino*¹²⁵², significa separar, discriminar, preferir a uno sobre el otro, y también decidir en una disputa o en un juicio favoreciendo a alguien sin razón. Los jueces del ejemplo de Santiago hacían favoritismo, miraban a uno con preferencia y trataban al otro con dureza. La frase con malos criterios puede también traducirse “con malos pensamientos”. Quizá lo que falla en estos jueces no sean los criterios sino los motivos. Cuando los motivos son sucios es difícil tener criterios rectos (Mat. 15:19; Mar. 7:21). Sean criterios o motivos, son *malos*. Razonar y juzgar no es necesariamente malo cuando se hace con corrección. Lo malo de juzgar es cuando se hace con criterios o motivos malos.

Lo que hace falta en la vida del cristiano es imparcialidad. La imparcialidad nace de la entereza del espíritu, de la firmeza de la voluntad, de la independencia de la mente y de la resolución de no tomar partido por el rico porque es rico o por el pobre por ser pobre. Sólo un espíritu imparcial lleva dentro de él el espíritu del glorioso Señor Jesucristo.

2. El juicio verdadero se sustenta en la obediencia a la ley real, 2:5–9

Ahora Santiago está listo para avanzar su argumento un poco más: El que hace distinciones a favor del rico no se da cuenta de que en realidad Dios mismo ha elegido a los pobres. Dios los ha elegido no porque tengan algo particular que les distinga, sino justamente porque no tienen nada. Porque no tienen nada ni a nadie, ahora tienen a Dios de su parte. Los pobres, por eso, son los herederos del reino y los verdaderos ricos, porque son ricos en fe.

Santiago se da cuenta de que su argumento es fuerte y que será resistido por los ricos injustos y por la clase dirigente de las [P. 220] sinagogas. Por eso comienza con la exhortación: *oíd*. Lo que nos recuerda la expresión de los profetas: “oíd la palabra del Señor” (Isa. 66:5; Amós 5:1; Miq. 6:1,) y la expresión de Jesús “el que tiene oídos, oiga” (Mat. 11:15; 13:9; Mar. 4:23; 7:16; Luc. 8:8).

La dura reprimenda que Santiago va a dar a los jueces con malos criterios y a los ricos insensibles, sin embargo, no será dada con la furia profética de Amós o de Isaías, sino con el amor de un pastor que sufre por su rebaño. Por eso, Santiago se apresura a agregar: *amados hermanos míos*. En 15 ocasiones en su epístola utiliza Santiago la expresión “hermanos”: en 4 de ellas es simplemente “hermanos”, en 8 ocasiones utiliza la expresión “hermanos míos” y sólo en 3 “hermanos míos amados”. Esta es una de ellas. Luego de su amorosa expresión queda claro que lo que impulsa a Santiago es el amor de Cristo. Como un verdadero padre, Santiago amonesta a sus hijos no para destruirlos sino para corregirlos, para instruirlos en la verdad y hacerlos caminar derecho en los caminos de Dios.

Una vez más utiliza Santiago el recurso de la pregunta retórica, en este caso con la ventaja que en el griego se puede construir una pregunta retórica para que tenga contestación afirmativa. *¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo...?* podría también traducirse: “¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres de este mundo...? La respuesta implícita a la pregunta es: “Obviamente, sí”. Santiago no duda que Dios haya elegido a los pobres, lo afirma taxativamente a través de su pregunta retórica. Es interesante que para el verbo “elegido” Santiago utiliza una forma que indica que Dios los ha elegido “para sí mismo”. El verbo es el mismo que se utiliza en el AT para indicar la elección que Dios hizo de Israel (Deut. 4:37; 7:7; 14:2; 18:5), y en el NT la elección de los cristianos (1 Cor. 1:27, 28; Ef. 1:4). Del mismo modo, la elección de Dios recae sobre los pobres como algo para sí mismo.

La expresión *pobres de este mundo* probablemente intenta traducir al griego la expresión hebraica que usualmente se traduce en el AT como “pobres de la tierra” (Job 24:4; Prov. 30:14; Isaías 11:4; Jer. 40:7; Amós 8:4). Las discusiones que hacen los comentaristas, entonces, sobre si la palabra *mundo* en este contexto debiera interpretarse como “pecado” son innecesarias y no vienen al caso.

Es muy claro en todo el AT que Dios ha elegido al pobre. Las estipulaciones de la ley de Moisés contra aprovecharse del pobre también señalan la preferencia de Dios por los pobres, y la defensa que Dios mismo hace de ellos. Es paradigmático el texto de Éxodo 22:25–27 “Si das prestado dinero a algún pobre de mi pueblo que está contigo, no te portarás con él como usurero, ni le impondrás intereses. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás a la puesta del sol. Porque eso es su única cubierta; eso es su vestido para cubrir su cuerpo. ¿Con qué más ha de dormir? Cuando él clame a mí, yo le oiré; porque soy misericordioso”. La implicación del texto es clara, quien se pone en contra del pobre se pone en contra de Dios. Es Dios mismo quien defiende al pobre porque el pobre no tiene otra defensa. Muchos otros textos del libro de Levíti-

co llevan la misma connotación (Lev. 19:10; 23:22; Deut. 15:11; 24:12–15). También tiene la ley estipulaciones en contra de favorecer al pobre en el juicio, sólo porque es pobre (Éxo. 23:3; 30:15). El propósito [P. 221] de la ley es la igualdad y la imparcialidad. Quizá ningún texto sea tan claro como Levítico 19:15, “No harás injusticia en el juicio. No favorecerás al pobre, ni tratarás con deferencia al poderoso. Juzgarás a tu prójimo con justicia”. Esto es justamente lo que las sinagogas del tiempo de Santiago no estaban haciendo. Ellos no estaban siendo justos en sus juicios, sino parciales. Es un hecho humano que la parcialidad casi siempre se incline hacia el rico y el poderoso. Por eso Santiago castiga tanto a los jueces con malos criterios como a los ricos.

Santiago distingue además a los pobres de este mundo como *ricos en fe y herederos del reino*. En esto no hace más que recordar las palabras del Señor en sus bienaventuranzas (Mat. 5:3; Luc. 6:20). El ejemplo mayor de pobreza auto infligida lo dio nuestro Señor. Él, “siendo rico, por amor de vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Cor. 8:9; Fil 2:5–8). En todos estos textos se relativiza la pobreza o la riqueza material, pero se afirma la necesidad de la riqueza espiritual. No son los fuertes y los poderosos los que heredarán la tierra y el *reino que* [Dios] *ha prometido a los que le aman*. Los pacificadores, los mansos, los humildes, los pobres, ellos son los que heredan las promesas de Dios (Mat. 5:3–10). Como dijo Agustín “Por haberlos elegido, Dios ha hecho que los pobres sean ricos en fe, y por la misma razón los hace herederos de su reino. Por eso es correcto decir que él eligió esa fe en ellos, porque fue para producirla que él los eligió”. Como dijo Pablo: “Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo Dios ha elegido para avergonzar a lo fuerte” (1 Cor. 1:27).

Olvidando las enseñanzas y el ejemplo del Señor, dice Santiago, ellos han *afrentado al pobre*. “Afrentar”, *atimazo*⁸¹⁸, significa denigrar, injuriar, agraviar, insultar, ofender, deshonorar, insultar, sea de palabra o por medio de hechos. Eso es lo que ellos han hecho con el pobre. El “vosotros” en la frase debiera interpretarse como incluyendo tanto a los jueces con malos criterios como a los ricos. Ambos son los que injurian y denigran al pobre: los jueces, por ser parciales, y los ricos, por oprimirlos y arrastrarlos a los tribunales. La violencia y la arrogancia con que estos ricos operan es gráficamente descrita con esta palabra “arrastrar”, utilizada en el NT siempre en situaciones violentas y relacionadas con juicios injustos (Luc. 12:58; Hech. 8:3; 16:19; 21:30).

La discriminación

(2:1–4)

Uno de los problemas que no se han podido resolver, a pesar de los años desde que escribió Santiago, es el hacer distinción o discriminación de personas, parcializarse en favor del que aparentemente ofrece mejores ganancias en la sociedad consumista en que vivimos. Hoy por hoy la discriminación racial, étnica y sexual es una realidad a la que tarde que temprano nos deberemos enfrentar.

La mayoría de los comentaristas identifican a estos *ricos* como unos que no pertenecían a la comunidad cristiana. Si ese fuera el caso, habría también que entender que los tribunales delante de los cuales arrastran a los pobres son tribunales civiles, que no pertenecían a la comunidad cristiana. Como ese no es el caso, sino que los tribunales y los jueces son evidentemente de la comunidad cristiana, no hay otra posibilidad que entender a estos ricos como cristianos. Los que oprimen al cristiano pobre son los cristianos ricos. Los que arrastran al cristiano pobre a los tribunales cristianos son los cristianos ricos, y los jueces cristianos son los que miran con parcialidad a los cristianos ricos. Esto es para Santiago lo verdaderamente escandaloso, y por eso lo denuncia con fuerza y dureza. La actitud de ellos es tal que *blasfeman* [P. 222] *ellos el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros*.

Cuando un cristiano rico oprime a un pobre, no sólo hace afrenta al pobre, también hace afrenta a Dios, blasfemando el buen nombre que fue invocado sobre él (Rom. 10:12; 2 Tim. 2:19; 1 Ped. 1:15). Cuando una persona se bautiza, se invoca sobre esa persona el nombre “del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mat. 28:19). También puede entenderse que Santiago se refiere específicamente al nombre de Jesucristo (Hech. 11:26; 1 Ped. 4:14). De cualquier manera que sea, ese *buen nombre*, *kalos*²⁵⁷⁰, es un nombre precioso, excelente, eminente, admirable, magnífico, genuino, aprobado, honorable. Ese buen nombre es blasfemado cada vez que esa persona no sigue el camino y las enseñanzas del Señor. Cuando un cristiano rico oprime a un pobre deshonor al pobre y blasfema a Dios.

Opresión por parte de los ricos

2:5-7

Es una denuncia que se formula contra los que atentan contra la dignidad de los menos favorecidos, por medio de la explotación y opresión. Walter Rauschenbusch, reconocido como el padre del "Evangelio social" en su obra *Los Principios Sociales de Jesús*, dijo: "No podemos apartar de nuestro espíritu la visión de Jesús con un brazo puesto alrededor del pobre para protegerlo y la otra mano levantada para amonestar al rico. Si lo dudamos, dejemos que sus contemporáneos nos lo digan: Es evidente que el pueblo lo tenía por amigo".

Al leer estos textos uno se pregunta qué ha pasado con la iglesia cristiana que a 20 siglos que estas palabras de Santiago se escribieran, todavía siguen existiendo estas distinciones y estas injusticias entre hermanos. La situación de las sinagogas de Santiago no es muy diferente de las terribles injusticias que todos los días se viven en distintas partes de nuestra América Latina. Uno se pregunta, además, qué hace falta para que los cristianos de hoy denunciemos el pecado con mayor empeño, a la vez de hacerlo con el mismo amor con que Santiago lo hace. Santiago es un gran ejemplo para los pastores de hoy. Nos enseña cómo tratar las situaciones de injusticia con firmeza y amor.

Además de blasfemar a Dios, dice Santiago, la actitud de deferencia hacia el rico y de opresión hacia el pobre no cumple la ley real: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lev. 19:18; Mat. 22:37-39). Otra vez, la condición *Si de veras cumplís...* debe ser tomada como afirmativa: "Ya que de veras cumplís...". Santiago quiere afirmar a sus lectores que hacen bien en cumplir la ley de Dios. Esta ley la describe Santiago como real, lo cual puede querer decir que es una ley que viene de un Rey y que pertenece a un Rey, o que es la reina de las leyes. Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el primer y más importante mandamiento, Jesucristo señaló al amor como la reina de las leyes (Mat. 22:35-40; Mar. 12:28-31; Luc. 10:25-28). También de la llamada "regla de oro" dijo Jesús que "es la Ley y los Profetas" (Mat. 7:12). Sea cualquiera de estas dos posibilidades a las que Santiago se esté refiriendo, el sentido del texto no varía. La ley real se sustenta en el amor a Dios y el amor al prójimo, y cumple la llamada "regla de oro". Cualquiera que cumpla esta ley real no hará distinción de personas.

Por las razones anteriores, Santiago concluye, la deferencia hacia los ricos es pecado. Quien hace acepción de personas queda convicto por la ley de Dios como trasgresor de toda la ley (Lev. 19:15; Deut. 1:17; 16:19; Rom. 2:25-27; Gál. 2:18). La condición *si hacéis acepción de personas...* es un verdadero condicional, dando a entender que se puede vivir y juzgar sin hacer acepción de personas. Pero ellos han decidido no hacer caso a la ley y hacer acepción de personas. Por eso, son pecadores. La palabra que se traduce *cometéis, ergazomai*²⁰³⁸, significa obrar, trabajar, ejercitar, adquirir, cometer. El pecado no es algo en lo que se cae por casualidad, el pecado es algo para lo cual se trabaja y se obra. Lo que ellos podrían estar considerando como una falta menor es un pecado, [P. 223] dice Santiago, condenado desde siempre por la ley de Moisés y condenado por la ley de Jesucristo, la ley de la libertad.

La expresión *sois reprobados por la ley como transgresores* revela una vez más el trasfondo judaico de Santiago. *Sois reprobados* está expresado en el original de manera tal que sería más exacto traducirlo "siendo reprobados" o "siendo reprendidos". Esta traducción mostraría más directamente la íntima conexión entre obrar o cometer pecado y la reprobación que ello trae de parte de la ley. La ley reprende o reprueba al pecador declarándolo "trasgresor". *Parabates*³⁸⁴⁸, significa literalmente ir más allá de lo que la ley permite, ser un criminal, un violador de la ley, alguien que no respeta los límites sino que se extralimita a lo que la ley no permite. Santiago enfrenta al juez con malos criterios y al rico opresor con un poco de su propia maldad. Ellos quieren prender al pobre y declararlo trasgresor de la ley. En realidad, quienes transgreden la ley contra el pobre y contra Dios son ellos. Su falta de ecuanimidad, de solidaridad y de respeto, les ha llevado a ir más allá de la ley de Dios, la cual los declara transgresores. También Pablo a los Romanos (Rom. 2:21-29) relativiza el sentido de ser judío en relación a la falsa confianza que los judíos tenían en la circuncisión como señal del pacto, afirmando que aún siendo circuncidado se puede ser trasgresor de la ley (Rom. 2:27), y a los Gálatas (2:18) les anima a continuar edificando en la vida cristiana sobre la fe de Jesucristo y no sobre las obras de la ley, justamente para no convertirse en trasgresor de la ley de Dios. En el mismo sentido, Santiago descubre la astucia del argumento del juez con malos criterios y del rico opresor. Ellos quieren condenar a otro para de ese modo justificarse a sí mismos. Ellos no saben que Dios es quien "prende a los sabios en la astucia de ellos" (1 Cor. 3:19).

3. El juicio verdadero culmina en la misericordia, 2:10–13

La ley, sin embargo, no es todo. Más importante que la ley es la misericordia. Todo juez humano debe recordar que todos somos pecadores y transgresores de la ley, porque siempre en algo pecamos. Nadie puede guardar la ley completamente. Como demostró claramente el apóstol Pablo a los Romanos, el pecado y la ley van de la mano (Rom. 3:20; 5:13; 5:20; 7:7–9, 25; 8:3). El guardar la ley no es cuestión de cantidad, sino de calidad. Nadie puede decir que porque ha guardado el 99% de los mandamientos, ha guardado la ley. El argumento de Santiago es claro: *el que ofende en un solo punto se ha hecho culpable de todo* (Gál. 5:3). De nuevo, es una cuestión de calidad. Los judíos distinguían los mandamientos entre los más importantes y los menos importantes. Para Santiago no es cuestión de jerarquía sino de cumplimiento. Si se quiebra uno, se quiebra toda la ley. La expresión *se ha hecho, gegonen*¹⁰⁹⁶, tiene también un sentido cualitativo: ha llegado a ser, se ha convertido en, se ha hecho. La culpabilidad por el pecado no tiene ningún sentido cuantitativo. No son “pecados” lo que se comete, sino “pecado”. El pecado es un estado del alma en el cual el pecador ha entregado su voluntad a Satanás. La salvación es un estado del alma en el cual el pecador ha entregado su voluntad a Jesucristo. Entre ambos estados no hay un punto intermedio.

El pecado, además, no es contra uno de [P. 224] los puntos de la ley sino contra la ley en sí misma y fundamentalmente contra el dador de la ley, que es Dios. La unidad de la ley se basa en el dador de las leyes, no en la coherencia interna de las mismas. El mismo Dios que dio un mandamiento, dio el otro mandamiento, y todos los mandamientos. Porqué razón Santiago menciona los pecados del adulterio y del homicidio no es obvio. Algunos comentaristas sugieren que son los mandamientos que más se relacionan con el amor o el odio al prójimo, porque alguien que ame a su prójimo nunca lo mataría ni cometería adulterio. Cuando estos males se hacen, se indica poca estima por el prójimo. También Jesús, en el Sermón del monte, utilizó estos dos mandamientos como ejemplos de las contraposiciones de su ética para con la ley de Moisés: “Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás homicidio...” (Mat. 5:21) y “Habéis oído que fue dicho: No cometerás adulterio” (Mat. 5:27). Jesús endureció ambos mandamientos, porque en un caso prohibió también el enojo y el llamar al hermano “necio” o “fatuo”, y en el otro caso prohibió aun mirar a una mujer para codiciarla. Del mismo modo, Santiago trata la parcialidad y la distinción de personas como un pecado tan grave como el homicidio o el adulterio, un pecado que va contra toda la ley y, como consecuencia, un pecado contra Dios. La inferencia es obvia: Quien guarda todos los mandamientos, pero trasgrede el mandamiento del amor por hacer acepción de personas, se hace trasgresor de toda la ley.

Si hubiéramos de ser juzgados sólo por la justicia de la ley, todos somos transgresores (Rom. 3:23). La única esperanza que nos queda es la misericordia. La única esperanza de vivir sin hacer acepción de personas es sustentarse y formarse en la misericordia. Eso sólo lo podemos aprender de Dios, quien es “Padre de misericordias y Dios de toda consolación” (2 Cor. 1:3). El AT enseña claramente que la misericordia proviene de Dios (Deut. 32:36; Neh. 1:5; Sal. 136), y que Dios es “lento para la ira y grande en misericordia” (Éxo. 34:6). Dios es el único que puede decir: “Tendré misericordia del que tendré misericordia y me compadeceré del que me compadeceré” (Éxo. 33:19). Por eso, Dios puede requerir la misericordia de sus hijos (Miq. 6:8). Jesucristo enseñó que sólo los misericordiosos recibirán misericordia de parte de Dios (Mat. 5:7; 6:14; 7:1–4; 9:13; 12:7; 18:33; Mar. 5:19; Luc. 10:37). Así como hay una relación inmediata entre la salvación y la misericordia, también hay una relación íntima e inmediata entre la misericordia de Dios y la misericordia que todos nos debemos los unos a los otros.

Joya bíblica

**Si de veras cumplís la ley real conforme a las Escrituras:
Amarás a tu prójimo como a ti mismo, hacéis bien (2:8).**

Santiago afirma que todos, jueces y juzgados, indefectiblemente todos hemos de ser juzgados por la misma ley: la ley de la libertad en Cristo Jesús. Esta es la ley del amor, de la regla de oro y de la misericordia. Por eso debemos hablar y actuar conforme a esta nueva ley. La ley de Moisés nos llevó a los pies de Cristo. La ley de la libertad es más completa y perfecta que la ley de los mandamientos. La ley de la libertad, Jesucristo, nos ha enseñado que: “...si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mat. 6:14). La [P. 225] ley de Cristo es la ley de la misericordia, y la misericordia siempre triunfa, más allá del juicio justo de la ley.

Triunfa la misericordia, triunfa la igualdad, triunfa Cristo. Hacer distinción a favor del rico es olvidar el mensaje de amor, imparcialidad y justicia que nos enseñó el Señor en palabra y acción. Para el que realice un juicio sin misericordia, le espera un juicio sin misericordia. La relación es pareja. La misericordia, concluye

Santiago, *se gloria triunfante sobre el juicio, katakaujazomai*²⁶²⁰, gloriarse, jactarse, alardear. Las otras dos veces que se usa esta palabra en el NT se la usa con un sentido negativo de mala jactancia (Rom. 11:18; Stg. 3:14). Sólo aquí la usa Santiago en un sentido positivo, de triunfo, de gloria, de victoria, de alabanza sobre una conquista, de alardear positivamente de algo bueno. Si el juicio hubiera triunfado, no tendríamos esperanza. Dios tendría que castigarnos por nuestros merecidos pecados. Pero como triunfa la misericordia, ¡hay esperanza! Podemos esperar con confianza de que Dios nos perdonará nuestros pecados y nos llevará a la gloria eterna. Mientras tanto, nuestro deber para con ese Dios misericordioso es mostrar misericordia a nuestros contemporáneos.

Como dijo Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla: “La misericordia es el arte más alto y el escudo de quienes la practican. Es la amiga de Dios, que está siempre junto a él y bendice libremente todo lo que él quiere. No debemos despreciarla. En su pureza, ella da más libertad a quienes le responden igualmente. Debe ser mostrada a quienes se han enemistado con nosotros, y a quienes han pecado contra nosotros, tan grande es su poder. Rompe cadenas, disipa la oscuridad, extingue el horno de fuego, mata el gusano, y destruye el crujir de los dientes. Por ella se abren las puertas del cielo con mayor facilidad. En resumen, la misericordia es una reina que hace a los hombres como Dios”.

Ley de la libertad

(2:12, 13)

La Palabra de Dios sembrada en el corazón del hombre es la ley de la libertad, que nos hace completamente libres del pecado y las injusticias, del temor, de las frustraciones. En otras palabras es la ley de la liberación en Jesucristo. Esta ley no permite que caigamos en el juicio sin misericordia.

La tercera advertencia de Santiago culmina con un llamado a la misericordia. La cuarta tendrá un llamado a la fe que obra.

[P. 226]

V. CUIDADO CON LA “FE” SIN OBRAS, 2:14-26

La cuarta advertencia de Santiago se relaciona con un sano entendimiento de la fe cristiana. Por su alto interés en la ética cristiana, pareciera que Santiago está más preocupado por las obras cristianas que por la fe. En esta sección, sin embargo, mostrará que sólo un sano entendimiento de la fe puede complementarse con un sano entendimiento de las obras de amor cristiano. Los problemas que ha anotado y que seguirá anotando en estas advertencias, especialmente los relacionados con la hipocresía, la doble cara o el doble ánimo, y la falta de amor y transparencia para con el pobre y el necesitado, parten de entender la fe como una mera declaración verbal, algo que se dice, que se declama, que se recita, y nada más. Santiago quiere demostrar que la fe que se dice tener necesita una profunda correlación con la acción, relación que si no existe pone en duda aun la propia existencia de la fe. Una fe que se declama pero que no se realiza en acciones de amor es una fe que no sirve, que no puede salvar (2:14), que está muerta en sí misma (2:17, 20, 26).

La misma verdad que sirve para la acción personal del creyente también se aplica para la acción comunal de la iglesia. La acción social de la iglesia no puede estar separada de su mensaje teológico. Como ya dijo Santiago en 1:19–27, lo que predicamos por medio de la palabra no debe ser anulado por medio de la acción.

Esta sección de la epístola ha sido la más castigada y la más difícil de entender históricamente. Por esta sección de la epístola Lutero la apartó del canon del NT, y la declaró una “epístola de hojarasca”. Es una desgracia y una calamidad que así haya sido. No hay tal contradicción entre Santiago y Pablo. Tanto para Santiago como para el apóstol Pablo, la fe y obras son necesarias para una correcta vida cristiana. La insistencia en la aparente contradicción entre ambos apóstoles sólo muestra que no se puede, o no se quiere, entender un argumento en su totalidad. Ambos apóstoles afirman que tanto la fe como las obras son necesarias. Para poder hacer una comparación realista, es necesario clarificar los términos “fe” y “obras”.

Semillero homilético

La igualdad a los ojos de Dios es para todos

2:1-13

Introducción: Una de las características de Dios en su soberanía, es que él mira con misericordia a todos los seres humanos por igual y en él no hay variación ni mudanza de su amor.

- I. La fe del Señor es sin distinción, 2:1-4.
 1. El Señor ama a todos por igual (v. 1).
 2. El Señor exige a la congregación igualdad (vv. 2-4).
 - (1) Tanto con el pobre, como con el rico.
 - (2) Tanto con el débil, como con el fuerte.
- II. La elección del Señor es sin distinción, 2:5-11.
 1. A los pobres de este mundo (vv. 5-7).
 - (1) A quienes hace ricos en fe.
 - (2) A quienes hace herederos del reino.
 2. A los que aman al prójimo como a sí mismos (vv. 8-11).
 - (1) Que no hacen distinción de personas (v. 9).
 - (2) Que no cometen adulterio ni homicidio (v. 11).
- III. La misericordia del Señor es sin distinción, 2:12, 13.
 1. Para los que hablan y actúan (v. 12).
 2. Para los que practican la misericordia (v. 13).

Conclusión: El Señor tomará cuentas no solamente a los individuos como tales, sino que también a su iglesia le exigirá responsabilidad como lo plantea el apóstol Santiago.

Los teólogos han distinguido tres acepciones de la palabra fe. James Leo Garrett, en su Teología Sistemática (Tomo II, p. 257), las distingue como asentimiento, confianza y compromiso. (1) La fe como asentimiento, dice Garrett, es “el reconocimiento de que Dios ha actuado salvíficamente en su Hijo, Jesús el Mesías”. Esta fe es llamada por otros teólogos *credentia* o “conocimiento”. La fe como *credentia* es aceptar proposiciones, información, conclusiones o instrucciones sin exigir una evidencia o prueba normal de la validez de esas proposiciones. Este modo de creer en Dios es referido por Santiago en 2:19, donde afirma que también los demonios “creen”, pero tiemblan. Obviamente, esta no es la verdadera fe como Santiago la entiende. (2) La fe como confianza, dice Garrett, es “la dependencia sobre la misericordia y la gracia de Dios en Jesucristo para el perdón de los propios pecados y la [P. 227] aceptación por parte de Dios”. Este modo de la fe es llamado por otros teólogos *fiducia*, “convicción” o “asentimiento”. La fe como *fiducia* es aceptar lo que Dios dice como verdadero, es tomarle la palabra a Dios, es hacer una decisión, dar un salto de fe, comenzar no sólo a creer en Dios, sino creerle a Dios. Este modo de tener fe, de creer, es bueno y necesario, sin embargo no es el modo completo de la fe. Esta es la fe incipiente, la fe del catecúmeno, la fe de quien comienza en la fe cristiana y hace una decisión por Cristo. Esta fe es esencialmente discursiva y dependiente de palabras y afirmaciones de fe en un futuro incierto. Esta es la fe a la que Santiago se refiere en 2:14, donde afirma que alguien *dice que tiene fe, pero no tiene obras*. Obviamente, no puede ser la fe completa que Santiago dice que los creyentes necesitamos. (3) La fe como compromiso, dice Garrett, es “la entrega total de sí mismo a Jesucristo en la fuerza del Espíritu Santo para un discipulado obediente”. Es referida por otros teólogos como *fides* o “confianza”. La fe como *fides* incluye todo el rango extensivo que la palabra fe puede tener: incluye un elemento cognoscitivo, un elemento discursivo y una relación completa con Dios, en la cual la persona se entrega a Dios completamente. Esta es la fe que Santiago tiene en mente para sus lectores: una fe comprometida, una fe completa, entera, una fe que incluye la confianza completa en Dios.

En el griego del NT la misma raíz del sustantivo fe, *pistis*⁴¹⁰², es la del verbo creer, *pisteueo*⁴¹⁰⁰. Desgraciadamente, no pasa así en el idioma castellano, donde las raíces difieren: fe y creer. La unidad de la fe con el creer es más clara y firme a la luz del testimonio del NT. Tanto el sustantivo fe como el verbo creer aparecen cientos de veces en el NT, desparramados extensivamente en todos los escritos. Solamente en las epístolas del apóstol Pablo aparecen más de 200 referencias. Para el apóstol Pablo la fe constituye una confianza personal y absoluta en Dios para nuestra salvación en contraposición con la falsa confianza que pueden dar las obras de la ley. Los seres humanos, afirma Pablo, no somos justificados por las obras de la ley sino por la fe en Cristo Jesús (Rom. 5:1; Gál. 2:16; 3:24; 10:4; Fil. 3:9). La exclusión de las obras de la ley como medio de salvación produce la exclusión de toda jactancia, para que los méritos de la salvación sean sólo de Jesucristo, y no de ningún ser humano (Rom. 3:27; 1 Cor. 1:29). De lo único que podemos gloriarnos o jactarnos, según Pablo, es de la cruz de Cristo y de sus sufrimientos que nos dieron la vida, por medio del cual nosotros también vivimos en una vida crucificada (Gál. 2:20; 6:14).

Igual cuidado debiéramos tener con la interpretación de la palabra *obras*. El NT distingue al menos entre tres tipos de obras: las obras en general, también llamadas obras de caridad u obras de amor, las “obras de la carne” y las “obras de la ley”. Las “obras” en general se refieren a acciones de amor realizadas por un cristiano en nombre de Dios y que tienen como propósito glorificar a Dios en la vida (Mat. 5:16; 16:27; Juan 3:19–21; 10:38; 14:11).

Las “obras de la carne” es una expresión paulina referida a los pecados humanos (Rom. 8:13; Gál. 5:19). Las “obras de la ley” es una expresión técnica que el apóstol Pablo utiliza especialmente para referirse a aquellas cosas que la ley de Moisés requería de una persona para mantenerse dentro de la legalidad, es decir los mandamientos. Cumplir los mandamientos para un judío del primer siglo era lo mismo que realizar las obras de la ley (Rom. 3:20–28; Gál. 2:15, 16; 3:2, 5, 10). Pero estas “obras de la ley” no pueden producir la salvación, afirma Pablo. No son las “obras de la ley” que justifican al hombre, sino la fe, pero la verdadera fe se demuestra en las buenas obras que el propio Dios predestinó para cada uno (Ef. 2:8–10). De modo que hay también en Pablo una necesidad del cristiano en andar en obras que parten de la fe.

Quizá debido a la mayor extensión y didáctica [P. 228] de sus escritos, el apóstol Pablo es más claro en sus referencias a las obras que el apóstol Santiago. No podemos decir, sin embargo, que Santiago sea confuso en su modo de hablar. Tampoco podemos decir que Pablo y Santiago se contradigan porque, como veremos en el análisis de esta sección, las mismas aseveraciones de Santiago fueron hechas por Pablo. Sólo puede insistir que hay contraposición entre Pablo y Santiago quien haga un análisis apresurado y liviano del material de ambos sobre la fe y las obras.

1. La fe sin obras está muerta en sí misma, 2:14–17

Una vez más Santiago comienza su sección con una pregunta retórica: *¿De qué sirve?* La respuesta está implícita: de nada. Es una manera de afirmar: “No sirve de nada si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras”. La expresión *si alguno dice* (literalmente “diga”) permitiría traducirlo “si alguno continúa diciendo”, lo cual le daría al verbo un sentido más continuo y repetido como lo tiene en el original. Es una verdadera condición, que se continúa con la segunda parte *pero no tiene obras*, también en forma condicional en el griego. La pregunta: *¿Puede acaso su fe salvarle?* es también retórica y está construida en el original de tal manera que espera la respuesta “No”. El uso del “acaso” en la traducción de RVA es afortunado. Lo que no es afortunado en la traducción de RVA es la expresión *su fe*. El original dice “la” fe. Probablemente la razón de esta traducción obedece a que en algunos casos el artículo en el original indica posesión. Sin embargo, no parece ser este el caso. La expresión *su fe* parece personalizar y privatizar la fe de quien dice que tiene fe. Siguiendo este argumento, en este caso *su fe* no lo salvaría, pero si tuviera fe, verdadera fe, esa fe podría salvarlo. Ese argumento es el que justamente Santiago intenta evitar utilizando el artículo “la” enfrente de fe. Si “la fe” no puede salvarlo, no es solamente por la manera privada de ese individuo de entender la fe, sino porque una “fe” que no tiene obras no es verdadera fe, y por lo tanto, es inoperante para la salvación. Sólo la verdadera fe, la que tiene obras, es la que puede salvar.

Durante toda esta sección Santiago dialoga con interlocutores imaginarios. En esta primera discusión de este tipo, Santiago afirma que la fe del que dice que tiene fe, pero no tiene obras, no es verdadera fe, es una “fe” inútil, que no tiene poder para salvar, es una “fe” que no es verdadera fe. El ejemplo que introduce Santiago es de aquel que anima a otro, pero no le da lo necesario para que ese ánimo sea efectivo. El texto recuerda el juicio de las naciones en Mateo 25:31–46. En aquel caso “tuve hambre y me disteis de comer..., estuve desnudo y me cubristeis...” (Mat. 25:35, 36), pero en este caso el hermano o la hermana están desnudos y hambrientos, y se los despide sólo con una palabra de aliento, sin darles lo necesario para vestir su desnudez o calmar su hambre. Con una nueva pregunta retórica: *¿De qué sirve...?* (2:16), Santiago afirma que esa palabra de aliento no sirve de nada.

La expresión *Id en paz* representa un antiguo saludo judío (1 Sam. 1:17; 20:42; 2 Sam. 15:9) basado en la palabra hebrea *shalom*⁷⁹⁶⁵, que además de paz, significa sanidad, prosperidad, un estado de completa tranquilidad, contentamiento, satisfacción. Es una contradicción decirle a una persona que vaya en contentamiento y satisfacción cuando no tiene los elementos necesarios para producir ese contentamiento y esa satisfacción, y quien le envía tampoco se los provee. La contradicción se acentúa porque quien saluda tan descortésmente agrega: *calentaos y saciaos*, casi [P. 229] como añadiendo una burla a la terrible situación del pobre. En lugar de recibir ropas que puedan calentarlo, y comida que pueda saciarlo, el pobre sólo recibe palabras vacías de compasión y vacías de sinceridad. Con eso no podrá ni calentarse ni saciarse.

Una *fe* así, *si no tiene obras*, es una fe que está muerta en sí misma, afirma Santiago. Por la forma en que la frase está formulada, la expresión que se traduce *si no tiene obras* podría traducirse también “si persevera en no tener obras” o “si continúa no teniendo obras”. Lo que Santiago intenta afirmar es que esta actitud de descortesía y desatención del pobre no es una casualidad que podría pasar por haber estado distraído, o por no prestar la debida atención a una situación particular alguna vez, sino que es una actitud continua y repetida. No es una vez por si acaso que así se ha actuado, es siempre, continua y repetidamente. Esta “fe” verbal descomedida *está muerta en sí misma* afirma Santiago. La expresión puede significar tanto “en sí misma” como “de parte de sí misma”. El significado en ambos casos es casi el mismo: no sirve de nada, no tiene vida. Está muerta en sus posibilidades de vida interna y en sus manifestaciones de vida externa.

2. La fe y las obras se necesitan mutuamente, 2:18–20

Una nueva discusión mano a mano con otro interlocutor imaginario se observa tras el fuerte discurso de los versículos 18–20. *Alguno dirá*, escribe Santiago. Debemos recordar que estamos tratando con una epístola general, no dirigida a ninguna comunidad cristiana en particular, sino a todas las comunidades cristianas dispersas [P. 230] por causa de la persecución de Esteban. Esta misma actitud de *alguno* es la que Santiago probablemente ha visto en su comunidad en Jerusalén, que le ha sido referida de palabra por quienes viniendo de otras comunidades dispersas la han ratificado, y que, por eso, se convierte, para Santiago, en una actitud generalizada. Cualquiera que haya sido pastor por algún tiempo simpatiza inmediatamente con esta frase: “Sin embargo, alguno dirá”. ¡Hay tantas cosas que se dicen, y tanta gente que dice cosas sin fundamento en todas las iglesias cristianas! La reflexión de Santiago sigue siendo apropiada en el día de hoy.

Joya bíblica

Hermanos míos, si alguno dice que tiene fe y no tiene obras, ¿de qué sirve? ¿Puede acaso su fe salvarle? (2:14).

Lo que este “alguno” dice es: *Tu tienes fe, yo tengo obras*. Santiago ataca duramente esta posición exclusivista y privatista de la religión. No puede tener fe quien no tiene obras, es lo que dice. Indirectamente, también dice que no puede tener verdaderas obras quien no tiene fe. La fe y las obras se necesitan mutuamente. Nadie puede decir que tiene el don de fe sin las obras. Nadie puede decir que tiene el don de las obras si no tiene también la fe.

La respuesta de Santiago es irónica y contundente: *Muéstrame* (es decir, si puedes) *tu fe sin tus obras, que yo te mostraré mi fe por mis obras*. La expresión *sin, joris*⁵⁵⁶⁵, significa “aparte de”, en el sentido de que sólo por medio de ella, cosa que falta, se obtiene lo que se desea. Las dos partes de la expresión llevan el mismo sentido: Sin obras no se puede mostrar la fe. El que tiene fe debe mostrarla a través de sus obras. El desafío que Santiago da a su interlocutor imaginario es mordaz y punzante. Si alguna persona intentara demostrar su fe sin sus obras, no sólo no podría hacerlo, se pondría a sí mismo en ridículo. No hay manera de mostrar la fe sin las [P. 231] obras, porque la fe es interior, del corazón, invisible. Sólo se ven las obras que parten de la fe, y la demuestran visiblemente.

Fe sin obras

(2:14–18)

La fe que no tiene acciones concretas de solidaridad hacia los oprimidos y explotados, se le puede declarar abiertamente que no es la fe del Señor Jesucristo. La auténtica fe es dinámica y armoniosa con sus exigencias de corte humanitario. Un ejemplo de lo que muchas veces ocurre en los países del llamado “Tercer mundo”, lo presentan los hermanos Leonardo y Clodovis Boff en su obra *Cómo hacer Teología de la Liberación*

cuando comparten el siguiente relato: "Cierta día, durante la sequía del nordeste brasileño, una de las regiones más famélicas del mundo, encontré a un obispo trémulo que entraba a la casa y le pregunte:

—Señor obispo, ¿qué sucede? Jadeante, respondió que había presenciado algo terrible. Encontró a una señora con tres niños y uno más en brazos, frente a la catedral. Vio que la mujer estaba casi desmayándose de hambre; la criatura que llevaba en sus brazos parecía muerta. El obispo le dijo:

—¡Mujer, alimente la criatura!

—No puedo, señor obispo —respondió ella—.

El obispo insistió, pero ella siempre respondía: no puedo. Finalmente, a causa de la insistencia descubrió su pecho, el cual estaba sangrando. La criatura se lanzó violentamente al seno y absorbía la sangre. La madre que engendró esa vida la alimentaba, como un pelicano, con su propia vida, con su sangre".

La auténtica fe de los cristianos se fundamenta ante todo en la Palabra de Dios, pero debe ser proyectada en acciones a favor de los desvalidos y oprimidos. No es la fe ciega del carbonero que se mete a la mina sin saber si los muros que la sostienen son fuertes.

Debemos recalcar una vez más que no es aquí una cuestión de “tener” fe en contra de “tener” obras. Lo que Santiago intenta afirmar es que la simple profesión de la fe no basta para mostrar que se tiene una fe viva y activa. No es sólo cuestión de decir que uno tiene fe en Cristo, es cuestión de demostrar por medio de las acciones que uno verdaderamente tiene fe. En esto recuerda Santiago las múltiples llamadas del Señor a la responsabilidad de hacer la voluntad del Padre (Mat. 7:21). Tampoco sirven para la salvación las obras que no reflejan la fe (Mat. 7:22, 23). Las obras por sí mismas no sirven, porque no parten de la fe. Pero la fe que no se manifiesta en obras no es verdadera fe.

Nuevamente, debemos recordar que Santiago no se está refiriendo aquí a las “obras de la ley” (Rom. 4; Gál. 3) que no pueden salvar, sino a las obras de amor, como una verdadera prueba de la fe que salva. También Pablo afirma esto en Gálatas 5:6: “Pues en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la fe que actúa por medio del amor”. El argumento es el mismo. No es la circuncisión (obra de la ley) la que salva, sino la fe, dice Pablo. La siguiente frase es la que muchas veces es pasada por alto por el que lee: “la fe que actúa (obra) por medio del amor”. Pablo y Santiago concuerdan: La fe verdadera se manifiesta a través de las obras de amor.

La fe verdadera no es sólo *creer que Dios es uno* (Stg. 2:19). No es sólo asentimiento, sino confianza y compromiso. La fe como asentimiento no sirve para la salvación. Aún *los demonios* creen como asentimiento, y *tiemblan* por causa de esa fe. Marcos (1:34) registra que Jesús “no permitía a los demonios hablar, porque le conocían”. Los demonios tienen una fe como asentimiento (Luc. 4:41; 10:17), pero esa fe no alcanza para la salvación, por eso “tiemblan”, porque saben cuál es el futuro que les espera (Apoc. 20:10). Sólo la fe como confianza, que se manifiesta en las obras de compromiso, es la fe que salva. Que obviamente, no es la fe que los demonios tienen.

Termina su sección Santiago con una nueva afirmación firme y tajante sobre la necesidad de demostrar la fe por las obras, esta vez dirigidas a un *hombre vano*. La palabra “vano”, *kenos*²⁷⁵⁶, significa vacío, falto de verdad. Se la dice tanto de los lugares y las cosas que no contienen nada, como de las personas que no tienen nada, que vienen con las manos vacías, sin regalos, o metafóricamente de aquellos cuyos actos no resultan en nada productivo, que son vanos, sin efecto, sin fruto, y también de aquellos que no pueden demostrar los frutos de su fe. La afirmación está dirigida no sólo a la fe sino a la persona. Un hombre que tiene una fe vana termina siendo un hombre vano, afirma Santiago. Alguien que tenga como buena una fe muerta termina muriendo él mismo. Alguien que tenga una fe vana, termina él siendo vano completamente. La expresión “oh hombre” era también común en el apóstol Pablo (Rom. 2:1, 3; 9:20; 1 Tim. 6:11). Pablo también usa la palabra “necio”, pero nunca “vano” (1 Cor. 15:36).

La fe sin obras está *muerta* traduce la RVA el versículo 20. La palabra griega *arge*³⁴¹⁰, significa inactiva, que no trabaja, que no obra. Se usa para denotar las personas que no trabajan o que están desempleadas (Mat. 20:3, 6), las personas que no quieren hacer nada porque son vagos o haraganes (1 Tim. 5:13), las cosas que son inútiles, que no sirven para nada, ociosas (2 Ped. 1:8), y las que son indignas, o que han sido dichas sin cuidado (Mat. 12:36). (Hay un problema textual complicado en el uso de esta palabra, pues hay muy buenos manuscritos que usan la palabra *necra*³⁴⁹⁸, que significa muerta, en lugar de *arge*³⁴¹⁰). La fe sin obras, dice Santiago, no trabaja, es ociosa, no sirve para nada, es indigna. Es casi un juego de palabras: “La fe sin obras no obra”.

[P. 232]

3. La fe y las obras obran conjuntamente la justificación, 2:21–26

En el tercer y último párrafo de esta advertencia, Santiago insistirá más profundamente en la íntima interdependencia entre la fe y las obras para la salvación o la justificación. Los ejemplos de Abraham y de Rajab le vienen a Santiago muy a la mano porque también fueron usados por otros apóstoles. En Romanos 4 y Gálatas 3 Pablo discute ampliamente la relación de Abraham con la salvación a través de la fe, como así también el autor de Hebreos (11:8). En cuanto a Rajab, aunque sólo Hebreos (11:31) la menciona, y es incluida por Mateo en la genealogía de Jesús (Mat. 1:5), aparentemente su ejemplo de fe era comúnmente reconocido entre los judíos del primer siglo, y era equiparado al de Abraham. Ambos, Abraham y Rajab, son puestos por Santiago como ejemplos de la fe que se muestra por las obras.

Semillero homilético

Santiago, apóstol de la liberación

2:1–20

Introducción: Uno de los más significativos y directos en el mensaje del Nuevo Testamento en cuanto a la problemática social y dificultades humanas en los tiempos de la iglesia primitiva fue Santiago. Con toda propiedad se le puede llamar el Amós del Nuevo Testamento. El plantea la liberación de los oprimidos y explotados, como lo hicieron los llamados "profetas de la justicia social", que tanto los necesitamos en el día de hoy.

I. Santiago plantea las causas de la pobreza absoluta, 2:1–4.

1. Una causa es la parcialidad (v. 1).
2. Otra es la lucha de clases (vv. 2–4).
 - (1) Promovida por los ricos sin conciencia (v. 3).
 - (2) Promovida por los ricos opresores (v. 4).

II. Santiago plantea la iglesia como la solución de Dios, 2:5–18.

1. Por la estrategia de trabajo comunal (vv. 12–15).
 - (1) Porque actúa dentro de la sociedad (v. 14).
 - (2) Porque siente las necesidades de los demás (v. 15).
2. Por la estrategia de solidaridad (vv. 16–18).
 - (1) Dando respuestas concretas de solución.
 - (2) Dando muestras de la acción de Dios.

III. Santiago plantea la respuesta escatológica, 2:12, 13.

1. Cuando venga el juicio de Dios (v. 12).
2. Cuando venga el Señor en gloria (v. 13).

Conclusión: Este mensaje alerta no solamente a la comunidad de la Iglesia del Señor, sino que reta a la comunidad, para tomar las armas de la justicia de Dios y actuar dinámicamente en el nombre de Jesucristo como generadores de soluciones.

La expresión *justificado por las obras* ha sido quizá la causa principal por la cual Santiago ha sido tan malentendido y criticado. Obviamente, Pablo ha sido quien ha afirmado con más vehemencia que la salvación y la justificación son solamente por la fe, no por obras. Que Pablo estaba entendiendo por esas “obras” las “obras de la ley” ha sido explicado anteriormente. Sin embargo, muchos cristianos que no distinguen entre estas dos categorías de obras, ven una abierta contradicción entre Pablo y Santiago en esta expresión. La salvación es por fe, pero el juicio de Dios es en base a las obras. Aquellos que insisten en que hay contradicción entre Santiago y Pablo deberían leer con cuidado el siguiente texto del apóstol: “Él [Dios] recompensará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que por su perseverancia en las buenas obras buscan gloria, honra e incorrupción; pero enojo e ira a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre toda persona que hace lo malo (el judío primero, y también el griego); pero gloria, honra y paz a cada uno que hace el bien (al judío primero y también al griego)” (Rom. 2:6–10). De modo que también, según Pablo, toda persona será justificada “conforme a sus obras”.

Lo chocante del ejemplo de Santiago es que quien fue justificado por las obras fue nada menos que nuestro *padre* Abraham, el así llamado “padre de la fe” (Rom. 4:11–16). Lo que parece una contradicción, sin embargo, no lo es. Santiago no discutiría que Abraham fue justificado por la fe. Sin embargo, como ya ha dicho que la fe verdadera es una fe que obra, si afirma que el resultado visible de esa fe invisible son las obras de la fe, y que es imposible tener una “fe” que no se manifieste en obras de amor. También el apóstol Pablo afirma esto (Gál. 5:6; 1 Tes. 1:3; 2 Tes. 1:11), y es natural concluir que el propio Señor insistió en que la justificación sería por las obras, no por la fe (Mat. 7:21; 25:31–46). El tema principal en Santiago, al igual que en todo el testimonio del NT, es evitar la polaridad entre la fe y las obras. No es que uno es salvo “sólo” por la fe, ni tampoco “sólo” por las obras. La fe y las obras “actúan juntamente con” la una y la otra para producir la justificación.

Que Abraham sea llamado *nuestro padre* por Santiago es consistente tanto con el testimonio del AT (Gén. 17:5; Jos. 24:3; Isa. 51:2), como del NT (Mat. 3:9; Luc. 1:73; Juan 8:39; Hech. 7:2; Rom. 4:1, 12; Gál. 3:7, 29). Nuestro padre Abraham, [P. 233] padre de la fe, fue “justificado por las obras”, “cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar”. El hecho que refiere Santiago es relatado en Génesis 22:1–14. Es evidente que Santiago no puede contar este hecho de Abraham entre las “obras de la ley” porque la ley todavía no había sido promulgada. En una instancia previa a la ley de Moisés Abraham realiza las obras de la fe antes que la ley las demandara. Del mismo modo, en Romanos 4, Pablo demostrará que la fe de Abraham fue aún previa a la circuncisión, señal del pacto, por lo cual las referencias a las obras en Romanos 4:4, 5 tienen que ser entendidas en relación a las “obras de la ley”. En ambos casos la comprobación es la misma: La misma obra de fe de ofrecer a su hijo Isaac sobre el altar (Stg. 2:21) es la prueba de la fe que Abraham tuvo aún antes de la ley (Rom. 4:4, 5), lo cual fue la razón de su justificación. No hay contradicción posible entre Santiago y Pablo si ambos son entendidos correctamente. Además, no es seguro ni que uno estuviera contestando al otro, cualquiera sea que conteste, ni siquiera es seguro que uno haya conocido el pensamiento del otro al escribir su respectiva epístola. La prueba es que tanto Pablo como Santiago estuvieron de acuerdo uno junto al otro en el Concilio de Jerusalén (Hech. 15; Gál. 2), en el cual este asunto de la fe y las obras no tuvo discusión alguna.

El versículo 22 trae el argumento final. La fe *actuaba juntamente* con las obras, a la vez que *fue completada* por las obras. Ambas expresiones merecen consideración. La expresión *ves que...* podría traducirse quizá mejor como una pregunta retórica: “¿Acaso no ves que...”. La idea es la misma: lo que está presentando es tan evidente, que el autor duda que el lector no pueda verlo. La expresión “actuaba juntamente”, *sunergo*⁴⁹⁰³, significa obrar conjuntamente, ayudar en una obra, ser socio en un trabajo, asistir, ayudar, favorecer, socorrer. Las obras hacen esto con la fe, la ayudan a mostrarse, son su socia visible, la asisten, la ayudan, la socorren. Es sólo a través de las obras que la fe llega a ser lo que realmente es: fe. Para Santiago la fe y las obras se asisten mutuamente para producir la justificación. Sin obras la fe es invisible, no actúa, está muerta. Con obras, la fe es visible, es fuerte, es real: es verdadera fe.

La segunda expresión de Santiago lo clarifica aún más, la fe *fue completada* por las obras. El verbo “fue completado”, *teleioo*⁵⁰⁴⁸, significa perfeccionar, hacer perfecto, llevar adelante una obra hasta el final, completar, cumplir, como en el caso de una profecía que ha sido “cumplida”. Es el mismo verbo que el Señor utilizó en la cruz cuando dijo: “Consumado es” (Juan 19:30), usado en el mismo sentido que Juan lo utiliza en su primera epístola para decir que “el que teme no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Jn. 4:18). Del mismo modo, el que no tiene obras, no ha sido perfeccionado en la fe. La fe sin obras es una fe a medias. Puede ser una fe como asentimiento, quizá como confianza, pero nunca como compromiso. La verdadera fe es más que creer que Dios es uno, es más que decir que uno confía en Dios, es jugarse por el Señor en el quehacer diario, en la vida de cada día, en cada acción que delata nuestras verdaderas lealtades.

El versículo 23 es la prueba final que Santiago y Pablo hablan de lo mismo. Ambos citan Génesis 15:6 (Rom. 4:3): Santiago para probar que Abraham tenía obras con su fe, y Pablo para probar que su fe precedía a la circuncisión y que fue la base verdadera de su justificación. Ambos tienen razón. La fe verdadera se muestra en obras, pero no se sustenta en ellas para la justificación, sino en Dios, el dador de la fe (Ef. 2:8), y en Jesucristo, el “autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2). Si la fe se sustentara en nosotros mismos, entonces dejaría de ser una obra de amor y se convertiría en una obra de la ley por la cual se presume ganar el cielo. Pero el cielo no se gana, es un don libre de Dios, una gracia eterna que sólo tiene a Dios como su autor y dador, aquel que dijo “Tendré misericordia del que tendrá misericordia y me compadeceré [P. 234] del que me compadeceré” (Éxo. 33:19, comp. Rom. 9:15). La salvación y la justificación dependen exclusivamente de la gracia y la misericordia de Dios. Sólo Dios garantiza la salvación.

La expresión *fue llamado amigo de Dios* no corresponde a Génesis 15:6, sino a 2 Crónicas 20:7, o Isaías 41:8. En ambos casos la expresión está puesta en boca de Dios: “Abraham mi amigo”. La expresión *amigo*, *filos*⁵³⁸⁴, por su parentesco con *fileo*⁵³⁶⁸, amar, gustar, aprobar, tratar con afecto o cariño, tratar como amigo, podría también traducirse “amado de Dios, aprobado por Dios, miembro de la familia de Dios”. Cualquiera de estos calificativos honra a Abraham, y a cualquiera que, como él, se sustente en la fe de Dios y la demuestre a través de las obras de amor.

El versículo 24 completa el argumento de Santiago. Una vez más la expresión *Veis...* podría ser traducida como una pregunta retórica: “¿Acaso no veis...?”. Lo curioso es que en este caso el interlocutor es más de uno. Sin mayores explicaciones, Santiago pasa del singular al plural, lo cual es una muestra más del hecho de que no tenía a nadie en particular, ni a ninguna congregación en particular en mente. Al escribir una carta general, circular, católica, puede pasar del singular al plural, porque todos y cada uno estamos incluidos en su argumento. Nadie puede pensar que fue dicho para otros, aunque también fue dicho para otros, o que no fue dicho para uno mismo, porque también fue dicho para mí. Esa es la fuerza del argumento de Santiago.

El verbo *es justificado*, *dikaioo*¹³⁴⁴, puede traducirse tanto “hacer justo, justificar, o hacer que una persona sea como debe ser”, como “mostrar, evidenciar, exhibir a alguien como justo” (aunque no lo fuera). Cuál de estos dos sentidos estaba en la mente de Santiago es difícil decirlo. Sin embargo, de cualquier modo que fuera, la idea es la misma. Las obras demuestran la fe que salva. La fe que justifica es aquella que puede mostrarse en obras de amor. Si no hay obras, no hay fe que justifica. De modo que no es *solamente por la fe*, porque la fe necesita evidenciarse a través de las obras. La prueba que Santiago no desprecia la fe es esta palabra *solamente*. La salvación, diría Santiago, es por la fe, pero no *solamente* por la fe, sino por las obras que demuestran la verdadera existencia de esa fe como compromiso total con Dios. Es claro que Santiago está evidenciando las obras como prueba de la fe, no como el acto inicial de justificarse frente a Dios, como Pablo en Romanos 4. Una fe viva es lo que todos debiéramos tener, sólo que debe mostrarse en obras, como pasó con Abraham y con Rajab.

La razón por la cual Santiago se ve impulsado a traer como argumento el ejemplo de Rajab no es clara para nosotros, aunque debió haber sido clara para los primeros oyentes o lectores. Lo único que nos queda claro es que su ejemplo va paralelo nada más y nada menos que al de Abraham, el padre de la fe. Según varios comentaristas esta asociación entre Abraham y Rajab como ejemplos de fe era muy común entre los judíos. Lo que Santiago intenta demostrar, sin embargo, es claro: Ambos, Abraham y Rajab, fueron justificados [P. 235] por aquellas obras que demostraron su fe. Los dos momentos en que se mostraron las obras de Rajab para con los mensajeros fueron cuando los *recibió* y cuando los *envió por otro camino*, es decir, por una ventana en lugar de por la puerta (Jos. 2:15, 16). La palabra que se traduce *mensajeros*, *aggeloi*³², significa “ángeles, enviados, mensajeros de parte de Dios”. Hebreos 11:31 los identifica de un modo más humano como “espías”. Que estos *mensajeros* no eran ángeles del cielo, sino mensajeros humanos, queda claro de la lectura detenida de Josué 2.

Lo que llama la atención en la mención de Rajab es que ella es una prostituta y, lo que es peor, una pagana. En la visión de Santiago, y en la visión cristiana en general (Mat. 1:5; Heb. 11:31) estos dos impedimentos fueron eliminados, al parecer, por el hecho de haberse convertido en una heroína de fe por su confesión del Dios de Israel como “Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos. 2:11).

La corta y enigmática mención de Rajab ha comenzado la conclusión de Santiago, que ahora remata el argumento con el versículo 26. Así *como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también, la fe sin obras está muerta*. Un cuerpo sin espíritu pareciera que tiene vida, pero no la tiene. Así es la “fe” que se declara, pero que no se muestra en acciones de amor. Parece viva, pero está muerta. Parece algo que no es. Así también era la iglesia de Sardis, a la cual el Señor en el Apocalipsis dice: “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, pero estás muerto” (Apoc. 3:1). Así también, la fe que no se demuestra en obras está muerta (Stg. 2:14, 17, 20).

Completando el argumento que comenzó en los versículos 15 y 16, en resumen, Santiago afirma que el que dice que cree en Dios pero se lava las manos en situaciones de injusticia, de hambre y desnudez, al no mostrar el amor de Dios en estas realidades sociales de la vida, de veras no cree en Dios ni ama a Dios (cf. 1 Jn. 4:20). En el resto de sus advertencias, Santiago expondrá más claramente esta diferencia entre ricos y pobres en la iglesia cristiana, especialmente en la séptima advertencia (Stg. 4:13–17) y octava (Stg. 5:1–6).

Los demonios creen y tiemblan

(2:19–26)

El rechazo de la fe falsa que tienen algunos que no actúan en consonancia a la voluntad de Dios, es la que se muestra aquí, presentando un axioma. Los demonios tienen conocimiento de Dios y saben que existe, pero no pueden creer con fe auténtica, porque de la que nos habla Santiago es un don de Dios.

[P. 236] VI. CUIDADO CON LO QUE UNO DICE, Y CON HACERSE A UNO MISMO MAESTRO, 3:1-12

Al leer esta advertencia debemos recordar una vez más que Santiago está escribiendo para una congregación joven. Los problemas que Santiago y los primeros apóstoles tuvieron que enfrentar en el primer siglo son similares a los problemas que vemos en las congregaciones jóvenes en América Latina y el mundo hoy en día: ambiciones desmedidas de parte de los líderes, falta de ética, deseos de poder, mala relación con asuntos de dinero, ansias de fama, falta de sabiduría.

En esta quinta sección de su carta, Santiago advierte sobre el problema de hacerse maestro a uno mismo, y el problema relacionado con la mala administración de la palabra. El problema de aquellos que se hacen a sí mismos maestros era tan real en el primer siglo como en la actualidad. Ser un maestro de la iglesia es un don de Dios (1 Cor. 12:28; Ef. 4:11; 1 Tim. 2:7; 2 Tim. 1:11). Los que no son puestos por Dios se ponen a sí mismos, usualmente buscando fama o fortuna. Quienes así se comportan no se dan cuenta de varias cosas que Santiago apuntará en su advertencia: los maestros son juzgados más duramente, los maestros ofenden con mayor continuidad que aquellos que no lo son, los que se hacen a sí mismos maestros no quieren tener ningún tipo de responsabilidad para con sus oyentes, tampoco doman su lengua sino que producen con su boca “bendición y maldición” (3:10). “No puede ser”, dice Santiago, “que estas cosas sean así”.

Una vez más comienza Santiago con su frase pastoral: *Hermanos míos*, usada quince veces en toda su epístola, y tres veces sólo en este capítulo (3:1, 10, 12). Su interés pastoral amoroso no impide la dureza con que se dirigirá a sus lectores. Ellos, sus colegas maestros, han equivocado el rumbo de su enseñanza, y Santiago se dispone a corregirlo.

1. “No os hagáis muchos maestros”, 3:1, 2

Esto es lo que aconseja Santiago. La iglesia del Señor necesita maestros, muchos maestros. Sin embargo, no está bien que los maestros “se hagan” maestros a sí mismos, especialmente cuando son “muchos” los que quieren hacerse a sí mismos maestros. La utilización de este término parecería indicar: “no continúen haciéndose” maestros a ustedes mismos, lo cual indicaría una actitud continua y deliberada de parte de estos “maestros” de la iglesia primitiva, y una ausencia de parte de la iglesia en el nombramiento de tales responsabilidades didácticas. La multiplicación de los malos maestros ha sido la ruina de muchas iglesias.

No es conveniente hacerse maestro a uno mismo, dice Santiago. Es conveniente, en todo caso, esperar que la propia iglesia vea la necesidad de los maestros, pastores o líderes, y ella misma tome la iniciativa en nombrar a esos maestros. En este caso, cada maestro está respaldado por la congregación toda. Si una iglesia se equivoca en nombrar un pastor, un líder o un maestro, la propia iglesia es responsable y la propia iglesia puede tomar iniciativa en removerlo de su cargo en caso de que esa enseñanza no sea adecuada. Un maestro nombrado por la iglesia es siempre responsable ante la misma, además de ser responsable ante Dios. También el apóstol Pablo enseñó que los dones, entre los cuales se cuenta el don de la enseñanza, fueron dados por el espíritu a las personas para ser usados en el bienestar de la iglesia y no para lucimiento propio (1 Cor. 12–14).

[P. 237] No sólo los maestros deben recordar que no deben nombrarse a sí mismos, también deben recordar que recibirán mayor crítica. En esto Santiago se incluye a sí mismo: *recibiremos*. No está mal ser maestro, está mal hacerse a uno mismo maestro, y está mal no darse cuenta de que recibiremos un *juicio más riguroso*. Nadie es perfecto, todos tropezamos, todos *ofendemos en muchas cosas*, especialmente los maestros, que

necesitamos utilizar la palabra para entregar nuestra enseñanza. El problema mayor de quien se hace maestro es que presume saber. La ignorancia no es pecado, pero cuando una persona presume de sabio, sin serlo, la condenación que recibe es más dura.

La situación en las sinagogas de la dispersión del tiempo de Santiago era más grave que lo que podemos imaginar. Era natural que algunos judíos de la época rechazaran la posición cristiana del mesianismo de Jesús. Eso producía todo tipo de roces y discusiones. Sin embargo, el texto de Santiago no pareciera referirse a problemas entre los maestros por cuestiones de doctrina, sino sobre la falta de sabiduría que estos autos nombrados “maestros” mostraban. La necesidad mayor en las sinagogas de la dispersión, así como en nuestras iglesias en el día de hoy, eran maestros sabios.

El maestro, o “rabino” en la tradición de los judíos, era una persona generalmente sabia y muy respetada. El título de “rabino” no se lograba a través de estudios formales en alguna escuela, sino que era un título honorífico de la vida. Jesús fue llamado “rabino” o “rabi” en varias ocasiones (Mat. 26:49; Mar. 9:5; 10:51; 11:21; 14:45; Juan 1:38, 49; 3:2; 4:31; 11:8). También en la primitiva iglesia cristiana, el título de maestro era un título de honor (Hech. 13:1; Ef. 4:11). Eso hacía que muchas personas sin carácter ni moral anhelasen esas posiciones de honor. El propio Jesús criticó a los fariseos de su tiempo por anhelar ser llamados “maestros” (Mat. 23:5–7), y desanimó a sus discípulos que requieran ser llamados así (Mat. 23:8). Los maestros son necesarios, pero pueden hacer mucho daño si no tienen sabiduría de parte de Dios.

El dominio de la palabra es un deber para todo maestro. Si un maestro no ofende en palabra, es *cabal, tejeios*⁵⁰⁴⁶ (ver explicación en 1:4). Un maestro cabal es capaz de conducir con eficacia toda su personalidad. Nuevamente Santiago se incluye a sí mismo en el grupo de quienes ofenden en la palabra. Todo maestro está usando continuamente la palabra y por eso está siempre en situación de ofender “en muchas [P. 238] cosas”. La expresión podría traducirse también “de muchas maneras” o “en muchas situaciones”. Santiago no está preocupado por cuestiones doctrinales o académicas, comunes en la enseñanza. La preocupación suya es ética, dirigida hacia la mundanalidad del maestro reflejada en una sabiduría que no es “de lo alto”, de Dios, sino “de abajo” (3:13–18).

Semillero homilético

La ecuanimidad del creyente

2:14–26

Introducción: Ecuanimidad es el vocablo que indica igualdad de ánimo, y que debe ser propio del creyente en Jesucristo, para mantenerse fiel en sus actuaciones que rigen la voluntad de Dios.

I. Hay ecuanimidad en todos los que obran, 2:14–17.

Santiago combate un cristianismo insulso y vacío carente de obras.

1. Porque la fe auténtica impulsa a actuar (v. 14).
 2. Porque la fe auténtica impulsa a la congregación (v. 15).
 3. Porque la fe auténtica produce obras (vv. 16, 17).
- II. Hay ecuanimidad en todos los que creen y obran, 2:18–20.
1. No basta fe y obras separadamente (v. 18).
 2. No basta creer que Dios es uno (v. 19).
 3. No basta tener fe en la teoría (v. 20).
- III. Hay ecuanimidad en todos los que hacen justicia, 2:21–26.
1. Al estilo de Abraham que creyó a Dios (vv. 21–23).
 2. Al estilo de Rajab que creyó a la palabra (v. 25).

Conclusión: El buen ánimo es fundamentalmente apoyado por el Espíritu Santo, pues éste nos mantiene en un ambiente de ecuanimidad para no desfasarnos del objetivo cristiano, pues la fe sin obras no sirve y viceversa (v. 26).

Atribuyen a Carlos Spurgeon el comentario de que si alguien quiere saber cómo se siente un pastor, debería disfrazarse de venado y salir al campo el día que comienza la temporada de caza. No es fácil ser maestro. Para serlo hay que dominar las palabras, lo cual presupone un dominio total de la personalidad: las emociones, la inteligencia, la voluntad. El verbo que Santiago utiliza es *jalinagoo*⁵⁴⁶⁸, que significa literalmente “dirigir por medio de una rienda”, de ahí “frenar” o “refrenar” como traduce RVR-1960, es algo que se hace usualmente con los caballos, o los animales de monta. La implicación de Santiago es clara: aquella persona que pueda refrenar su palabra será capaz de mantener a raya toda su personalidad. También el apóstol Pablo se refrenaba a sí mismo (1 Cor. 9:27), y recomendó a Tito “tapar la boca” de “muchos rebeldes, habladores de vanidades y engañadores, especialmente de los de la circuncisión”, quienes “por ganancias deshonestas trastornan casas enteras, enseñando lo que no es debido” (Tito 1:10, 11). Es evidente que el problema de la enseñanza y de los falsos maestros y profetas era muy agudo en la iglesia primitiva (Mat. 7:15; 24:11, 12; Mar. 13:22; 2 Ped. 2:1–3; 1 Jn. 4:1), quizá tanto o más como en nuestras iglesias jóvenes de hoy en día.

2. Ejemplos prácticos, 3:3–12

Santiago ejemplifica este dominio de la personalidad del maestro con tres ejemplos: el dominio de los caballos y los animales salvajes (3:3, 7), el dominio de las naves (3:4) y el dominio del fuego (3:5, 6). El principio en los tres es el mismo: algo grande y difícil de dominar, es dominado mediante algo muy pequeño y fácil de manejar. El cuerpo de los caballos sigue su boca, así como el barco entero sigue el movimiento del timón, y un bosque completo se quema por un pequeño fuego. Atender al dominio de la palabra no es pequeña cosa, pues doma al hombre completamente. El autor tiene en mente el contraste entre la pequeñez del instrumento y la grandeza de su efecto.

(1) Los caballos, 3:3. Los caballos se dominan por el freno. El freno de un caballo es un pequeño hierro que se pone de lado a lado, dentro de la boca de caballo. Ese hierro tiene en sus extremos unas argollas o arandelas de las cuales se atan las riendas, que son usualmente de cuero. Tirando de la rienda derecha, el caballo virará hacia la derecha y, si está en movimiento, tuerce su andar hacia la derecha. Lo mismo hacia la izquierda. El principio es simple, pero muy efectivo. Todo el cuerpo del caballo obedece el más sutil movimiento de las riendas hecho por quien lo monta.

(2) Los barcos, 3:4. El mismo principio gobierna los barcos. Ellos “también”, *aunque son grandes y llevados por impetuosos vientos, son dirigidos con un timón muy pequeño*. El timón de un barco es una aleta plana móvil, hecha de diversos materiales, que se coloca detrás de una embarcación y sirve para darle dirección. El mismo principio del timón rige en los aviones, los helicópteros y los submarinos. Inclinando el timón hacia “babor” se gira el barco hacia la derecha, y “estribor” hacia la izquierda. Como el principio del freno en el caballo, [P. 239] el barco se dirige *a dondequiera, según el antojo del que los conduce*. La palabra que se traduce *el que los conduce, euzinontos*²¹¹⁶, deriva de una palabra griega que significa “enderezar”, “nivelar”, “aplanar” (Mar. 1:3). El que dirige una nave la dirige rectamente, la mantiene derecha, la conduce hacia un fin adecuado. La palabra se utilizaba también en ese entonces para un pastor de ovejas, para un cochero (conductor de carros y carretas tirados por caballos), lo que hoy en día sería un chofer, conductor o piloto.

Como verdadero maestro de su congregación, Santiago enseña a los muchos *maestros* que se han hecho a sí mismos, que la intención del piloto es la que dirige el destino de la nave. Así también los maestros en una congregación cristiana. Quien haya sido maestro en alguna congregación cristiana por algún tiempo sabe de qué estamos hablando. Con cuánta pena se escucha hoy en día tanta derivación doctrinal y ética en la iglesia. ¡Cuánta cosa torcida se enseña acerca de Dios! Así como el apóstol Pablo en su día, refiriéndose al indigno trabajo de muchos falsos maestros y profetas, muchos hoy quizá podemos decir: “¿Quién se enferma sin que yo no me enferme? ¿A quién se hace tropezar sin que yo no me indigne?” (2 Cor. 11:29). El maestro de una congregación debe cuidar lo que enseña. Lo que se enseña en una iglesia tiene que responder a la sana doctrina (1 Tim. 1:10; 2 Tim. 4:3; Tito 2:1) y tiene que incluir “todo el consejo de Dios” (Hech. 20:27). La desgracia de la mala enseñanza no la sufre el maestro sino los alumnos. Son las generaciones venideras las que prueban la veracidad de una enseñanza, por eso el maestro tiene que ser muy cuidadoso. Pequeñas desviaciones al principio hacen grandes desviaciones al final. Aquellas cosas que para un maestro descuidado puede ser considerado como tonterías o torpezas, terminan siendo con el tiempo desgracias fenomenales en aquellas congregaciones que fueron instruidas con aquellas enseñanzas.

(3) El fuego, 3:5. El tercer ejemplo de Santiago lo enseña más claramente: Un pequeño fuego enciende un gran bosque. El ejemplo del fuego incluye los dos anteriores, pero presenta un nuevo desafío. La lengua, la enseñanza, no sólo *es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas*, sino que sus efectos son devastadores e inimaginables. El contraste de tamaño pequeño-grande se transfiere del poder inmediato del instrumento, como sea dirigir un gran caballo o una bestia salvaje mediante un pequeño freno, o pilotear una gran nave por medio de un pequeño timón, al poder mediático de la palabra como iniciadora de grandes movi-

mientos y cambios en la historia, algunos de los cuales han podido ser pacíficos, pero muchos otros han sido violentos y crueles.

Un pequeño fuego incendia un gran bosque. Esto lo saben muy bien los guardabosques, y lo anuncian con grandes carteles en las rutas y caminos que llevan al bosque. Muchos fuegos comienzan con la colilla de un cigarrillo arrojada descuidadamente desde un automóvil, o por un fuego mal apagado después de una comida o una noche de campamento. Los guardabosques previenen los fuegos grandes cuidando los pequeños. La frase es expresada enigmáticamente por Santiago mediante el uso de dos preguntas indirectas. La expresión literal sería algo así como: “¿Qué tamaño de fuego enciende qué tamaño de bosque?”. Obviamente, el tamaño del fuego no importa. Si no se controla, el fuego termina quemándolo todo. Así es con las doctrinas en la iglesia: si son buenas y vienen “de lo alto”, de Dios, llevan a la iglesia a la bendición; pero si son malas y vienen “de abajo”, terminan destruyendo la iglesia completamente. Todo maestro debe cuidar bien lo que enseña, aunque parezca ser [P. 240] poca cosa. Así decía el filósofo danés Sören Kierkegaard: “El fuego es un buen siervo, pero mal amo”. Cuidar el fuego y mantenerlo controlado es la tarea de un buen maestro en una congregación.

El hacerse maestro

(3:1)

Es muy importante reconocer que al que más sabe y conoce más se le demandará. Por una información mal dada, puede perderse la vida y aun dejar a alguien sin comprender la grandeza de la salvación. La siguiente ilustración nos ayuda a entender mejor esto: Se cuenta que en cierta ocasión una señora con su hijo de brazos abordó el tren en pleno invierno para ir a su pueblo. Como la noche era tempestuosa, ella iba muy preocupada de no pasarse del lugar donde debía bajarse. Un señor que la vio tan asustada, le preguntó que a dónde iba; ella le indicó el nombre del lugar y él le dijo que no se preocupara, que él conocía el lugar y le indicaría cuando debía bajarse. Pasó el tiempo y el tren se detuvo y el hombre le indicó a la señora que debía bajarse. Ella, muy agradecida con el hombre por indicarle el lugar, se bajó y el tren al cabo de un rato se marchó. No pasó mucho tiempo antes de que el empleado del tren anunciara a gran voz a los pasajeros que se alistaran porque iban a llegar a la nueva parada...que era el lugar al que la señora iba. El hombre se asustó mucho, y no entendía lo que había pasado. Hablando con el empleado del tren, éste comentó que lo que sucedió fue que se les presentó un pequeño inconveniente en la máquina y tuvieron que parar en un lugar intermedio. Esto había confundido al hombre, quien hizo que la señora y su hijo se bajaran en un lugar equivocado. Al día siguiente apareció en las noticias que una señora con su hijo habían sido encontrados congelados.

Un maestro sin conocimiento real y verdadero, puede desviar el propósito de Dios.

Este tercer ejemplo del fuego parece acentuar el carácter negativo y pesimista de los comentarios de Santiago. La lengua *es un fuego; es un mundo de maldad, contamina el cuerpo entero, prende fuego al curso de nuestra vida, y es inflamada por el infierno* (3:6). La lengua *es un mal incontrolable, llena de veneno mortal* (3:8). Este ejemplo, sin embargo, debe mantenerse siempre balanceado con los dos anteriores, más positivos y optimistas, de un pequeño timón que controla un gran barco, o un pequeño freno que controla un gran animal. El buen uso de la lengua puede dar servicios positivos para la vida de la iglesia. Es el mal uso lo que Santiago enseña a controlar. La lengua, el uso de la palabra, no es malo de por sí, es malo cuando se utiliza para el mal y cuando es controlado por el mal, como Santiago dirá más adelante (3:6).

(4) La lengua y sus efectos, 3:6–12. Esta metáfora del fuego en relación con la lengua es también utilizada por los proverbistas hebreos. Proverbios 16:27 afirma que “el hombre indigno trama el mal, y en sus labios hay como fuego abrasador”. Muchos otros proverbios advierten contra el mal uso de la lengua (Prov. 6:16,

17; 10:20, 31; 12:18; 26:20–25, 28). “La muerte y la vida están en el poder de la lengua, y los que gustan usarla comerán de su fruto” (Prov. 18:21). Siguiendo la literatura de sabiduría Santiago advierte a los auto nombrados “maestros” que su palabra puede matar o dar vida, depende de cómo ellos la utilicen.

La lengua, para Santiago, es “un mundo de maldad”, lo cual es ejemplificado por Santiago de tres maneras diferentes: la lengua mancha toda la personalidad, concentra vivamente el mal de nuestro mundo, y ella misma es inflamada por el propio infierno. La palabra “manchar” puede también traducirse “salpicar, ensuciar, infamar” (Ef. 5:27; 2 Ped. 2:13). La lengua no sólo mancha todo el cuerpo, sino toda la personalidad. Si bien la palabra “cuerpo” en otros contextos del NT puede referirse a la iglesia, no parece ser este el caso. Siguiendo los ejemplos del caballo, las naves, y el fuego, Santiago parece estar refiriéndose a la lengua como el lugar desde donde se domina toda la personalidad. Ella es la que contamina a la persona entera.

La lengua, además, *prende fuego al curso de nuestra vida*. Si la lengua es un fuego, ella se destaca por “prender fuego”, *flogizo*⁵³⁹⁴, es decir, quemar, hacer arder, encender. En todo ello se destaca este poder pernicioso de la lengua, que opera destructivamente. La lengua puede también operar creativamente, para cosas buenas. En este sentido la frase de Santiago debe ser cuidadosamente estudiada. La frase *tes trojón*⁵¹³⁴ *tes geneleos*¹⁰⁷⁸, que se traduce *el curso de nuestra vida*, significa literalmente “la rueda de las generaciones”. [P. 241] Los griegos, que creían en el eterno retorno, afirmaban que nada se creaba absolutamente, ni nada se destruía completamente. Todo estaba en continuo movimiento de de generación y regeneración. Un árbol que cae en el bosque sacudido por un rayo pronto se pudre, sólo para convertirse en tierra fértil que genera nuevos árboles. Esa “rueda” de destrucción y construcción parece ser a la que Santiago alude con esta frase. Lo que no queda claro, aunque entendamos la frase, es en qué sentido la lengua es la que “enciende” o “prende fuego” al curso de la vida. ¿Lo que refiere Santiago es en un sentido puramente físico y material, o quizá conlleva un sentido psicológico o quizá filosófico? Difícil frase para entender. De ninguna manera, sin embargo, puede entenderse esta “rueda” como haciendo alusión a los signos del zodiaco y las doce “casas astrales”.

Todo lo anterior, y la lengua misma, son *inflamadas*, es decir, encendidas, prendidas fuego, por el mismo infierno. La palabra *geena*¹⁰⁶⁷, de origen hebraico, indicaba aquel lugar llamado tanto “Gehenna” (Mat. 5:29, 30; ver nota en RVA) o “Gehenna de fuego” (Mat. 5:22; ver nota en RVA). Originalmente era el nombre del valle de Hinom, al sur de Jerusalén, donde se echaba la basura y los animales. En esa época se deshacían de la basura a través del fuego. Todo se quemaba y, como es lógico en un lugar descampado que nadie atendía, el fuego y el humo quemaban por días y días. De allí la palabra infierno, “algo que quema por adentro”. El nombre y lo que ello representaba era un modo preferido de Jesús para referirse al destino de los malvados, y la inminencia y sufrimiento de su futura destrucción. Entendemos la Gehenna y el destino de los malvados, lo que no nos queda claro es en qué sentido Santiago relaciona al infierno como *inflamando* o prendiendo fuego a la lengua, sólo que el fuego es siempre relacionado con el juicio (Mat. 5:22; Heb. 10:27; 2 Ped. 3:7) y la destrucción eterna (2 Tes. 1:8, 9).

Todo se doma, las *fieras y aves, reptiles y criaturas marinas de toda clase*. El ser humano tiene poder y dominio sobre ellas, pero el ser humano no puede controlar su propia lengua, porque ella es indomable, es un “mal incontrolable, llena de veneno mortal”. Cuatro clases de animales menciona Santiago, siguiendo la enseñanza de Génesis 9:2. Por qué razón Santiago agrupa los primeros dos en un par, y los segundos en otro par, no nos queda claro. También la clasificación de Hechos 10:12, y 11:6 es similar a Génesis 9:2, aunque en distinto orden. Probablemente, Santiago está sólo intentando describir la gran gama de posibilidades para la habilidad del hombre de conquistar y domesticar lo salvaje. La palabra que se traduce *ser humano, anzropine*⁴⁴², es muy poco usada en el NT (Hech. 17:25; 1 Cor. 10:13; 1 Ped. 2:13). Muestra el interés de exclusividad de Santiago en una época en que el ser humano era distinguido sólo por su masculinidad, no tanto por su feminidad. La capacidad de dominar es tanto del hombre como de la mujer. Que ambos dominan mediante el uso de la lengua está implícito. El ser humano, mediante su lengua, domina toda clase de animales. ¡La paradoja es que aquella que es usada para dominar no puede ser dominada! El ser humano domina sobre los más variados seres y elementos de la naturaleza, pero no puede dominarse a sí mismo y sus deseos.

La lengua es un *mal incontrolable*, dice Santiago. La palabra *acatastatos*¹⁸³ fue también utilizada por Santiago en 1:8 para [P. 242] describir al hombre de “doble ánimo” que es “inconstante” en todos sus caminos. Inconstante, incontrolable, así es el ser humano cuando no puede dominar su lengua. Nadie puede dominar su lengua, así como nadie tampoco puede dominarse a sí mismo. Sin la vida de Cristo en nuestra vida no podemos controlarnos ni dominarnos. Somos dominados por nuestras emociones, por nuestros deseos y ansiedades.

La lengua no sólo es *incontrolable*, está también *llena de veneno mortal*. La palabra que Santiago utiliza para *veneno* es la misma que más tarde se traducirá “moho” (5:3) y que Pablo utiliza en Romanos 3:13 para

el “veneno de serpientes”. Este veneno trae la muerte. El moho de las riquezas mal habidas trae la muerte de quien las posee, no la vida. En todos estos consejos, Santiago advierte sobre lo que parece bueno, pero no lo es. Utilizar la palabra es algo bueno, si con ella construimos la comunidad y traemos bendición sobre el cuerpo de Cristo. Pero si con ella traemos fuego, veneno mortal, palabra inspirada por el infierno, no sólo estamos trayendo destrucción, también estamos destruyendo el cuerpo de Cristo, de lo cual ninguno que lo haga será llamado inocente.

La palabra, en fin, es un reflejo del interior de la persona. En esto sigue Santiago la enseñanza de Jesús: “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mat. 12:34). Los ejemplos de Santiago también recuerdan los del Señor Jesús en su Sermón del monte. De la misma boca no pueden salir bendición y maldición. Jesús pedía a sus discípulos: “Benedicid a los que os maldicen” (Luc. 6:28) y Pablo: “Benedicid a los que os persiguen; bendicid, y no maldigáis” (Rom. 12:14), y también “Ninguna palabra obscena salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según sea necesaria, para que imparta gracia a los que oyen” (Ef. 4:29). El testimonio es consecuente: los cristianos verdaderos no pueden maldecir.

Cuatro ilustraciones claras

(3:4–12)

1. Saber controlar las bestias.
2. Saber controlar los barcos.
3. Saber controlar el fuego.
4. Saber controlar la legua que tiene el poder tanto de dañar como de edificar.

Es incongruente que con la misma boca con que bendicimos al Dios y Padre (Luc. 1:64; Rom. 15:6) maldigamos a las criaturas formadas a la imagen y semejanza de Dios, nuestros compañeros seres humanos [P. 243] (Gén. 1:26; 9:6; 2 Cor. 3:18). Obviamente, afirma Santiago, *no puede ser que estas cosas sean así*. Este “no puede ser” también puede traducirse “no es apropiado”, “no es correcto”. Es una incongruencia moral que de una misma boca salga la bendición y la maldición. La frase *sean así* puede también traducirse “que sigan sucediendo”. La traducción más certera sería: “No es correcto, hermanos míos, que estas cosas sigan sucediendo”.

El resumen de la enseñanza de Santiago está dado en los versículos 11 y 12. Toda persona, especialmente los maestros en una iglesia, deben refrenar su hablar para poder refrenarse a sí mismos. Santiago da dos ejemplos: (1) Un manantial no da agua dulce y amarga por la misma boca, y (2) todo árbol se conoce por sus frutos. Con dos preguntas retóricas que esperan respuestas negativas, Santiago pregunta “¿Será posible que de un manantial...?” y “¿Puede la higuera...?”. La obvia respuesta a ambas preguntas es: No, no es posible. Un manantial es de agua dulce o de agua salada. Una higuera no puede producir olivas, una vid tampoco puede producir higos. Son las mismas metáforas que el Señor utilizó en su Sermón del monte (Mat. 7:16–20).

El problema de los autonombrados *maestros* en la época de Santiago no se ha terminado. Sean maestros, diáconos, pastores, apóstoles, o lo que fuera, quienes se nombran a sí mismos en una función eclesiástica no saben lo que hacen, acarrearán sobre sí mismos toda clase de críticas innecesarias, destruyen el cuerpo de Cristo que es la iglesia, y llevan mal nombre sobre la casa y las cosas del Señor. Todo buen maestro, según la enseñanza de Santiago, debe ser nombrado por la iglesia, debe responder responsablemente a la iglesia, debe estar atento a las necesidades y requerimientos de la iglesia, y debe cuidar que su enseñanza este acorde con aquello que la propia iglesia utiliza como pautas hermenéuticas.

Lo grandioso de Santiago es que mediante una serie de metáforas aparentemente inconexas describe los efectos de la lengua, tanto los malos ejemplos, que son más evidentes en el texto, como los buenos, que van implícitos. Los maestros debemos no sólo recordar los aspectos malos y destructivos que puede tener nuestra enseñanza, sino también los aspectos positivos y de gran dirección para la vida que nuestra enseñanza puede tener. El pequeño miembro domina todo el cuerpo y la personalidad, la pequeña lengua hace gran daño, la más pequeña de todas es la más incontrolable. Por otro lado, así como el timón en los barcos, o el freno en la boca de los caballos, una buena enseñanza dirige toda la vida, da dominio y balance a la personalidad, fija los rumbos y los destinos de la persona y de la comunidad de fe, sostiene el curso de lo que debe ser. La enseñanza más profunda de Santiago en estos versículos es que esta divergencia tan tajante entre unos y otros efectos del uso de la lengua no debiera manifestarse en la vida del maestro y tampoco en la vida de la comunidad de

fe. La enseñanza de los maestros debiera siempre compadecerse con su propia vida, y los alumnos debieran siempre poder ver en ellos ejemplos verdaderos de vida cristiana.

En el tema central de su epístola, que Santiago desarrollará luego de sus primeras cinco advertencias, quedará claro qué es lo que, no sólo los maestros sino todos los cristianos, necesitamos para poder llevar adelante nuestra vida en el Señor: la sabiduría de lo alto.

[P. 244]

VII. TEMA CENTRAL: LA SABIDURÍA DE LO ALTO, 3:13-18

Siguiendo una estructura común del modo de escribir de la época llamada “quiasmo”, Santiago llega por fin al tema central de su epístola. Ha estado desarrollando cinco advertencias para las incipientes iglesias cristianas en la dispersión, y todavía le quedan otras cinco. En medio de ellas, en el propio centro de su escrito, Santiago desarrolla su tema principal. No sigue la estructura de Romanos, donde su tema principal está desarrollado en el primer capítulo (Rom. 1:16, 17), ni la estructura de Eclesiastés, donde el tema principal está desarrollado al final (Ecl. 12:13, 14). Santiago desarrolla el tema principal de su escrito en el medio del contenido general.

Como ha venido haciendo, Santiago introduce el tema con una pregunta retórica: *¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?* No es que Santiago esté buscando al sabio y entendido, está afirmando que si alguien es sabio y entendido en medio de su sinagoga, esa persona mostrará su sabiduría mediante una vida recta, y mediante su mansedumbre sabia. Santiago ya ha demostrado que la lengua “es un fuego, un mundo de maldad” (3:6). Ahora está uniendo ese mundo de maldad que parte de la lengua con el mundo de iniquidad que parte de una sabiduría mal entendida. Tanto el habla como la sabiduría sufren el abuso de quien no sabe dominarlas. Si es difícil dominar la lengua, más difícil es dominar la sabiduría. Un antiguo proverbio árabe dice: “No digas todo lo que sabes, no hagas todo lo que puedes, no creas todo lo que oyes, no gastes todo lo que tienes; porque el que dice todo lo que sabe, el que hace todo lo que puede, el que cree todo lo que oye, el que gasta todo lo que tiene, muchas veces dice lo que no conviene, hace lo que no debe, juzga lo que no ve, gasta lo que no puede”. Así también el apóstol Pablo recomendó a los corintios no confiar en la sabiduría de este mundo (1 Cor. 1:5, 17; 2:1–5), aunque sí afirmó que: “Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; pero una sabiduría, no de esta edad presente, ni de los príncipes de esta edad, que perecen. Más bien, hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó desde antes de los siglos para nuestra gloria” (1 Cor. 2:6, 7).

El apóstol Santiago ve aquellas actitudes básicas de un cristiano como manifestaciones de una sabiduría “que procede de lo alto”. La preocupación especial de Santiago es que los cristianos podamos, como Salomón, recibir de Dios una sabiduría que nos pueda hacer vivir así como Dios quiere.

Durante muchos años Santiago ha estado expuesto a la sabiduría hebrea, ha sido enseñado por la Torá o Pentateuco, los rabíes o maestros y los Midrashim o comentarios de la ley. Ahora que ha venido la fe cristiana, Santiago comprueba con tristeza que se han amontonado demasiados maestros, y todos hablan y todos enseñan, muchos de ellos sin saber. Santiago se siente molesto por tanta palabrería (3:1–12). Su interés es concretar la fe en algo visible, sintetizar el creer en algo que se vea y sea incontestable.

Por eso hace una comparación entre dos tipos antagónicos de sabiduría: la sabiduría de este mundo, una sabiduría de abajo, llamada por Santiago *terrenal, animal y diabólica*, y la sabiduría que viene de Dios, que proviene de arriba, y *desciende de lo alto*.

Comienza su comparación con una verdadera pregunta: *¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?* *Sabio, sofós*⁴⁶⁸⁰, indica alguien experto, conocedor, cultivado, aprendido, verdaderamente sabio en las cosas del diario vivir. Entendido, *epistemon*¹⁹⁹⁰, [P. 245] indica alguien inteligente, lleno de experiencia, que tiene el conocimiento de un experto. La unión de ambos adjetivos le viene de la LXX, versión griega del AT que evidentemente Santiago conocía de cerca (Éxo. 31:3; Deut. 1:13, 15; 4:6; 2 Crón. 2:12; Isa. 33:6; Dan. 1:17).

Para Santiago el sabio no es el sabelotodo, que siempre tiene una respuesta preparada de antemano para cada pregunta. El sabio es aquel que ha comprendido la naturaleza y el propósito del saber. Verdaderamente sabio es aquel que sabe para qué sabe, que sabe lo que sabe, y fundamentalmente, que sabe lo que ignora. El entendido, de la misma manera, no es aquel que tiene la capacidad de comprender todas las cosas, sino aquel que comprende la naturaleza y el propósito de las cosas y que, justamente por eso, tiene la capacidad de enseñarlas a otros. La conclusión de Santiago es clara: Si hay alguien así, se mostrará así a partir de una correcta forma de encarar la vida con su sabiduría humilde a través de sus acciones. Santiago lo dice condicionalmente: “Que demuestre por su buena conducta sus obras en la mansedumbre de la sabiduría”.

En esta conclusión, Santiago marca tres condiciones de quien es “sabio y entendido” en las cosas del Señor: (1) El sabio tiene una sabiduría que se muestra en su conducta, en sus obras. Es una sabiduría que puede ser demostrada en obras, no una “sabiduría” que sólo sirve para hablar. (2) El sabio tiene buena conducta, es decir, lleva adelante una buena manera de enfrentar la vida. (3) El sabio tiene una sabiduría humilde, llena de mansedumbre.

La “sabiduría” de abajo, dirá más adelante (3:14–16), produce celos amargos, contiendas, rivalidad, jactancia, falta de ubicuidad frente a la verdad, perturbación y gran variedad de prácticas perversas. La sabiduría de lo alto (3:17, 18), sin embargo, produce paz, pureza, benignidad, buenos frutos, imparcialidad y sinceridad (literalmente, sin hipocresía).

Como pastor que es, Santiago sabe que lo que una persona es en su interior siempre queda revelado en su exterior a través de su conducta. Son nuestros valores los que determinan nuestro modo de actuar. Esos valores invisibles se tornan visibles en el modo de actuar de una persona, y en las respuestas verbales que esa persona da [P. 246] cuando se le cuestiona su accionar. “Por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:16), y “la sabiduría es justificada por sus hechos” (Mat. 11:19), dijo el Señor. La verdadera sabiduría, la “sabiduría de lo alto” se demuestra por la buena conducta cristiana, una conducta que se hace visible en una sabia mansedumbre (3:13).

Semillero homilético

El hablar del cristiano maduro

3:1–12

Introducción: El cristiano maduro bajo todas las consideraciones que se le observe, es una persona que en su manera de expresarse debe indicar la orientación del Espíritu Santo, y su hablar refleja la madurez que ha alcanzado bajo la dependencia de Dios y la fundamentación que la Iglesia del Señor le haya dado.

- I. Es hablar con adecuada dirección del Espíritu Santo, 3:1–4.
 1. Por ser auténtico en la palabra (v. 1).
 2. Por tener el ejemplo en los animales (v. 3).
 3. Por tener el ejemplo en las grandes naves (v. 4).
- II. Es hablar con dominio propio en el Señor, 3:5–8.
 1. Controlando la lengua jactanciosa (v. 5a).
 2. Controlando la lengua incendiaria (v. 5b).
 3. Controlando la lengua de maldad (vv. 6–8).
- III. Es hablar con edificación en la Palabra de Dios, 3:9–12.
 1. Para bendecir y no maldecir (v. 10).
 2. Para ser fuente dulce y no salada (v. 11).
 3. Para ser fuente de agua limpia y no sucia (v. 12).

Conclusión: El creyente en Jesucristo debe hablar de tal manera que al comunicarse refleje el que Dios ha controlado su vida y que vive bajo el control del Espíritu Santo.

Al igual que Pablo, Santiago desprecia la sabiduría pretenciosa y jactanciosa del mundo, pero revaloriza la sabiduría de Dios, una sabiduría que el mundo no comprende, pero que es la que verdaderamente hace girar el mundo. Esa sabiduría debe ser demostrada, así como la fe debió ser demostrada en 2:18. Esa demostración de la fe y de la sabiduría se hacen mediante una *buena conducta* (Fil. 1:27; 1 Tim. 4:12; 1 Ped. 2:12). Las acciones hablan más fuerte que las palabras, y la mansedumbre es más fuerte que el orgullo. Por eso la buena conducta debe ir unida a una “sabia mansedumbre”. Esta traducción es preferible a la que presenta la RVA *mansedumbre de la sabiduría*. Hay una falsa “mansedumbre” que parte del poco ánimo, de la falta de inicia-

tiva, de ser quedado y estar abatido. La mansedumbre a la que Santiago hace referencia es una mansedumbre *sabía*, así como la de nuestro Señor. Solamente de Moisés y de nuestro Señor dice la escritura que fueron “mansos y humilde de corazón” (Núm. 12:3; Mat. 11:29; 21:5). Sin embargo, ninguno de ellos fue falto de ánimo o de iniciativa.

El sabio y entendido, dice Santiago, tiene primeramente una buena forma de enfrentar la vida. El ideal del hombre griego era “bello y bueno” (*kalos kai agazos*). Es natural que el sabio tenga belleza en sus acciones, porque tiene una bella forma de enfrentar la vida. No es que tenga al fin una vida bella, sino que tiene un estilo de vida bello, un modo bello de enfrentar la vida.

Además, continúa Santiago, el sabio y entendido tiene una sabiduría humilde. Todo verdadero sabio es humilde. Siempre lo ha sido así, y últimamente más que nunca. Frente al gran desarrollo de la ciencia y del conocimiento humano, ¿quién pudiera hoy pretender que lo sabe todo, que tiene toda la verdad en sí? Si alguna vez fue difícil, hoy más que nunca el saber enciclopédico es imposible.

Siendo que para Santiago “toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto y desciende del Padre de las luces” (1:17), es evidente que al calificarla como que “desciende de lo alto” (3:15), Santiago está identificando esta sabiduría como la sabiduría de Dios en el hombre.

No sólo el deuterocanónico libro de Sabiduría, sino el libro de Proverbios, identifican a Dios con la sabiduría. La sabiduría no es un atributo de Dios, sino Dios mismo. Por causa de ser *sofia*⁴⁶⁷⁸ una palabra del género femenino en griego, muchas veces se la ha asociado como mostrando el aspecto “femenino” de la divinidad. De un modo u otro, Dios es el origen de la sabiduría, por eso quien esté necesitado de ella debe pedirle “a Dios, quien da a todos con liberalidad y sin reprochar; y le será dada” (1:5). Obviamente, para pedirle a Dios hace falta tener esa buena forma de enfrentar la vida, y esa sabia mansedumbre que Santiago recuerda. La humildad y un sano sentido de impotencia frente a los grandes desafíos de la vida son los prerrequisitos humanos para estar abierto a recibir “la sabiduría que desciende de lo alto”.

1. La sabiduría de abajo, 3:14–16

Como buen predicador, Santiago comienza con lo negativo, para terminar luego con una nota positiva. Los griegos de la época tenían la costumbre de hacer largas listas de vicios y virtudes que luego colgaban de las paredes de sus casas como cuadros, para recordarlas continuamente.

Esta falsa sabiduría, que no desciende de lo alto, que no proviene de Dios, se genera en los propios corazones de los hombres. Debemos recordar que el corazón para el [P. 247] judío no era tanto el asiento de sus emociones, sino el centro mismo de la vida y del pensamiento. Las emociones estaban centradas en las entrañas (1 Rey. 3:26; Prov. 23:16; Isa. 16:11; Jer. 4:19). El corazón era el centro de la vida y el pensamiento (Gén. 6:5; Sal. 10:13; 26:2). En la mente del ser humano alejado de Dios es donde se engendra esta falsa sabiduría, esta sabiduría de abajo, que responde a las angustias y desesperanzas de quien se cree ser el centro del mundo.

El versículo 14 señala tres orígenes de esta génesis de la sabiduría mundana y despreciable en la mente de los hombres: (1) Celos amargos y rivalidades, (2) jactancia y (3) mentira. Los celos, *dselos*²²⁰⁵, tienen en la Biblia un sentido positivo (Sal. 69:9; Juan 2:17), uno indefinido (2 Rey. 19:31; Prov. 27:4) y un sentido negativo (Hech. 5:17; 1 Cor. 3:3). Es en este último sentido en que Santiago lo usa. Para destacarlos en un sentido negativo, les agrega la palabra “amargos”. El concepto de amargura era reconocido entre los judíos desde los tiempos del éxodo, desde cuando debieron comer las “hierbas amargas” (Éxo. 12:8) y beber las aguas de “Mara”, o amarga (Éxo. 15:23). El sentido de orgullo de la sabiduría humana entraña siempre un dejo amargo, produce contiendas, desorden y prácticas perversas (3:16). También Pablo (Rom 3:14; Ef. 4:31) y el autor de Hebreos (Heb 12:14, 15) advirtieron a sus lectores sobre los resultados de la amargura humana. *Si en vuestros corazones tenéis amargos celos...* es una condición que implica la realidad de la premisa. No duda Santiago que haya celos en sus corazones, sino que lo afirma tajantemente. Los celos amargos y las contiendas son la manifestación de que tienen una sabiduría que no proviene de Dios. La palabra que se traduce *contiendas*, *erizeia*²⁰⁵², significa hacer partidismos, ponerse a uno mismo por delante de los demás, tener un espíritu faccioso y partisano. También Pablo advierte sobre este mal en la iglesia (Rom. 2:8; 2 Cor. 12:20; Gál. 5:20; Fil. 1:17). Facciones, divisiones, partidismos, eso es lo que promueve la sabiduría que no viene de Dios.

El segundo origen de la sabiduría de abajo es la jactancia. En la sabiduría que proviene de Dios no hay jactancia. Toda jactancia queda excluida, porque esa sabiduría no proviene del hombre, sino de Dios. También Pablo advierte a los corintios que la jactancia humana no es buena (1 Cor. 5:6) y que cuando la obra es de Dios la jactancia queda excluida (Rom. 3:27). Por eso Santiago reclama de sus oyentes: *No os jactéis...* La sabiduría es esencial para un maestro, pero la jactancia arrogante no manifiesta la verdadera sabiduría sino

aquella “sabiduría” de un espíritu divisivo y orgulloso. El orgullo personal y la vanagloria nunca fueron parte del verdadero espíritu cristiano (Fil. 2:3, 4), antes bien, el espíritu de despojarse a uno mismo y hacerse siervo de los demás (Fil. 2:5–11).

El tercer origen de la sabiduría de abajo es mentir contra la verdad. La palabra *verdad*, *alezeia*²²⁵, significa desocultar, des-velar, revelar. “Verdadero” es algo que ha estado oculto y finalmente queda a la luz y a la vista de todos, es todo aquello que esté libre de simulación, falsedad, artificio, embustería, engaño, ocultación. Nuevamente Santiago lo deplora: *Ni mintáis...* Mentir contra la verdad es inútil, es como “dar coces contra el agujón” (Hech. 26:14). Siendo que para Santiago la verdad de un maestro se demuestra no tanto por su enseñanza verbal como por su conducta, mentir contra la verdad es comportarse de un modo indigno de aquello que se está enseñando, es decir, el evangelio. Así, pretendiendo enseñar una verdad que viene de Dios, estos maestros están enseñando una verdad que proviene de ellos mismos, de sus celos, de sus envidias, de sus contiendas, de sus jactancias y sus mentiras.

Para que no queden dudas, Santiago describe *esta sabiduría* con tres palabras fuertes: *terrenal, animal y diabólica*. Es imposible no identificar aquí tres pasos descendentes en la descripción de esta sabiduría que no proviene de lo alto. Veamos [P. 248] que la reconoce como *esta* sabiduría, en clara oposición con la sabiduría que viene de lo alto, y como despojándola de todo sentido de verdadera sabiduría. Si es sabiduría, implica Santiago, es una sabiduría falsa.

Esta sabiduría es primeramente *terrenal, epi-geios*¹⁹¹⁹, que existe “sobre-la tierra” (Juan 3:12; 1 Cor. 15:40; 2 Cor. 5:1), o con limitaciones terrenales (Fil. 3:19). Hay aquí un reconocimiento implícito a la terrenalidad de esta sabiduría, así como de muchas otras sabidurías y filosofías que existen sobre la tierra, pero que no provienen necesariamente de Dios. *Esta* sabiduría está sobre la tierra y no tiene capacidad de volar más allá de la tierra, no da cuenta de Dios, no reconoce un origen divino, no tiene alcances muy profundos.

Además, *esta* sabiduría es *animal*. Aunque no imposible, es muy difícil traducir la palabra *psuquicos*⁵⁵⁹¹. La palabra proviene de *psuque*⁵⁵⁹⁰, de la cual derivan las palabras castellanas *psique*, y *psicológico*. Siendo que uno de sus sentidos principales, especialmente en el AT, es el denotar el hálito de vida, o el principio de toda vida animal, los traductores de RVA proponen traducirla *animal* o “natural” (1 Cor. 15:44, 46). En el mismo sentido lo traduce la Biblia de las Américas. Es de notar para beneficio de quienes sostienen esta traducción que la palabra “animal” en castellano deriva de “anima” o alma en latín. Sin embargo, como esa conexión desgraciadamente se ha perdido, la traducción “animal” pareciera sugerir algo menos que humano, por lo cual no es buena. Otro de los sentidos de *psuque*⁵⁵⁹⁰ es denotar el alma en contraposición al cuerpo, por lo cual podría también traducirse como “espiritual” o “psíquica”. Un tercer sentido posible es que la palabra denote la naturaleza sensible de una persona, sujeta a sus apetitos y pasiones, por lo cual también se ha dado en traducir esta palabra como “sensual”. Ninguno de los sentidos parece hacer justicia al texto.

Siendo que la palabra *psuquicos*⁵⁵⁹¹ está en contraposición con *pneumaticos*⁴¹⁵² tanto en Pablo (1 Cor. 15:44, 46) como en Judas (Jud. 1:19); y siendo que es posible dar a la palabra *pneumaticos* el sentido de algo propiamente espiritual, es decir, imbuido del Espíritu Santo, es mejor traducir *psuquicos* como “espiritual” en el sentido humano, como reconociendo todas las manifestaciones de la psique humana que no vienen necesariamente del Espíritu de Dios. La mejor palabra, entonces, para poder traducir este sentido de *psuquicos* es “humana”. Es decir, la sabiduría que no viene de lo alto es “terrenal y humana”. Siendo que lo humano está atado tanto a pasiones irracionales como a razonamientos lógicos, todos ellos quedan incluidos en este sentido “psíquico” de la sabiduría que no viene de lo alto. Es una sabiduría “psíquica” o “anímica”, pero no es una sabiduría “espiritual”, es decir, no proviene de Dios. La sabiduría humana, que no viene de Dios, ha reemplazado entonces la sabiduría del Espíritu, que proviene de Dios. Esto es lo deleznable en las sinagogas a las que Santiago escribe, que las enseñanzas del Espíritu de Dios hayan tenido que competir con enseñanzas que provenían de maestros humanos. Lo humano de por sí no es necesariamente malo, pero cuando se interpone en las cosas que provienen del Espíritu de Dios, entonces lo humano queda como entrometido y arrogante. El espíritu puramente humano no puede discernir las cosas del Espíritu de Dios sin la ayuda indispensable y bienaventurada del propio Espíritu Santo (1 Cor. 2:6–16). Si algo entendemos los cristianos, si en algo estamos iluminados, es pura y sencillamente por el entendimiento y la iluminación que nos da el propio Espíritu de Dios. Sin el Espíritu no entenderíamos nada, seríamos como ciegos guías de ciegos (Mat. 15:14).

El tercer y último adjetivo que Santiago utiliza para describir esta sabiduría es *diabólica, daimoniodes*¹¹⁴¹, pareciéndose a o viniendo de un espíritu demoníaco. Este adjetivo *diabólico*, aplicado a la sabiduría, lleva la intención evidente de relacionar la procedencia de *esta* sabiduría con [P. 249] aquello que efectivamente viene de abajo, con las influencias del diablo, del demonio, de Satanás y de sus huestes infernales. Santiago no es dualista o maniqueísta. No afirma que lo que no venga de Dios necesariamente debe provenir del

diablo. Sin embargo, esta sabiduría que pretende enseñar en nombre de Dios pero que no viene de Dios es sin duda diabólica y demoníaca, porque pretende destruir la obra de Dios desde adentro.

En el versículo 16 Santiago completa su presentación de esta sabiduría que no proviene de lo alto con dos de sus subproductos: el desorden y las perversidades. *Desorden* traduce la palabra *akatastasia*¹⁸¹, que significa inestabilidad (1:8), algo incontrolable (3:8), inconstancia, confusión, conmoción, desorden. Todo eso produce la falsa sabiduría de quienes dicen hablar de parte de Dios pero cuyos pensamientos provienen de su propia mente perversa y aprovechada. Es obvio que este modo de proveer “sabiduría” a la iglesia producirá un estado de desorden (1 Cor. 14:33) que traerá como consecuencia *toda práctica perversa*. La palabra que se traduce *perversa, faulos*⁵³³⁷, significa algo liviano, ordinario, sin importancia, y en un sentido ético, malo, dañino o malvado. También se la puede definir como oposición a lo bueno (2 Cor. 5:10) o en oposición a la verdad (Juan 3:20, 21). Esto es lo que “esta” sabiduría perversa produce, todo lo que sea opuesto a lo bueno y a la verdad. Con estos resultados, no hay duda de su proveniencia nefasta.

¿Cómo estar seguro de la naturaleza terrenal, humana, demoníaca de tal “sabiduría”? ¿Por alguna revelación especial del cielo? La respuesta de Santiago no parece provenir de lo opinable sino de lo visible. Sabemos que esta sabiduría es terrenal, humana y demoníaca porque hemos visto sus obras. Esta sabiduría proviene de los celos amargos, contiendas, jactancia, mentira, y produce desorden y toda práctica perversa. ¿Hace falta más para determinar su naturaleza?

Al leer a Santiago nos parece descubrir el sistema altamente competitivo en el que nos toca vivir, donde el que quiere subir en la escala social debe “pisar” al de abajo. Así también nos ha llegado a pasar dentro de la iglesia, donde hemos comenzado a desarrollar una competitividad maligna en la puja por tener iglesias más grandes que otras, y pensando que el éxito de la empresa evangélica se mide por la cantidad de gente que se reúne en un culto, y no por la sabiduría que se genera en la comunidad y que beneficia a todos. Así también desgraciadamente se piensa que aquellos pastorados en iglesias grandes son más importantes que los pastorados en iglesias pequeñas u obras misioneras. Desgraciada manera de pensar, que mide los resultados espirituales con medidas puramente humanas. Esa sabiduría no viene de Dios. Si Jesucristo hubiera pensado como nosotros, nunca hubiera predicado a una sola persona, como lo hizo con Nicodemo o la mujer samaritana, nunca se hubiera dedicado a sus doce discípulos, nunca hubiera afrontado la soledad de la cruz. Pero la sabiduría que a él le dirigía no era la sabiduría de abajo, terrenal, humana, demoníaca. La sabiduría que a él le dirigía, y que también está disponible para cualquier cristiano hoy, es la sabiduría que viene de lo alto, la sabiduría verdaderamente espiritual, imbuida de la presencia del Espíritu Santo, y dirigida hacia la realización plena de la voluntad de Dios en nuestras vidas y en la tierra.

2. La sabiduría de lo alto, 3:17

Santiago ha descrito la sabiduría de abajo. Ahora está listo para describir la sabiduría de lo alto, aquella que realmente viene de Dios. La expresión “de lo alto” traduce el término griego *anozen*⁵⁰⁹, que [P. 250] significa de arriba, de un lugar elevado, de las cosas que vienen de Dios, desde el principio, o de nuevo. Es el mismo que utilizó Jesús en su charla con Nicodemo (Juan 3:3). La expresión “de nuevo” puede significar también “de arriba”, o “de Dios” (ver notas en RVA). Así también Santiago llama a sus oyentes a tener una sabiduría convertida, un punto de vista entregado a la voluntad de Dios, un modo de pensar que venga de lo alto.

La sabiduría que viene de arriba ya había sido mencionada en los escritos rabínicos como perteneciente a Enoc y a Salomón, y reúne en sí misma las características de toda verdadera religión, la que agrada a Dios y que hace bien a los hombres. Santiago la describe con siete adjetivos: pura, pacífica, tolerante, complaciente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y no hipócrita. Siguiendo la costumbre judía del significado de los números, las características de la sabiduría de abajo son tres, mientras que las características de la sabiduría de lo alto son siete. Si la sabiduría de abajo es completamente mala (significado del número tres), la sabiduría de lo alto es perfectamente buena (significado del número siete). Aunque esta simbología no fuera correcta, es al menos interesante darse cuenta que la lista de virtudes de la sabiduría de lo alto es el doble más uno de la lista de vicios de la sabiduría que no es de lo alto, lo cual ciertamente tiene un significado de importancia.

Semillero homilético

Las claves de la auténtica sabiduría

3:13–18

Introducción: La sabiduría que viene de Dios, hace que el hombre se mantenga dispuesto a actuar en consonancia a su voluntad. La sabiduría del mundo riñe con la sabiduría auténtica de Dios.

- I. La primera clave es la mansedumbre, 3:13.
 1. Con claro entendimiento (v. 13a).
 2. Con buena conducta al obrar (v. 13b).
- II. La segunda clave es decir la verdad, v. 14.
 1. Sin amargura de ánimo (v. 14a).
 2. Sin contiendas como lo hace el necio (v. 14b).
 3. Sin jactancia de soberbia (v. 14c).
- III. La tercera clave es la sabiduría de lo alto, 3:15–18.
 1. Que es pura y pacífica (v. 17a).
 2. Que es tolerante y complaciente (v. 17b).
 3. Que es misericordiosa y da buenos frutos (v. 17c).
 4. Que es imparcial y sincera (v. 17d).

Conclusión: El que practique las claves antedichas y mantenga su relación estrecha con Dios, gozará de sus bendiciones y será tenido por sabio. Además tendrá frutos de justicia y paz.

La sabiduría de lo alto es *primeramente pura*, dice Santiago. *Jagnos*⁵³, se utilizaba para hacer resaltar la reverencia (Sal. 19:9), la santidad (2 Cor. 6:6), la pureza carnal (1 Tim. 5:22), la virginidad (2 Cor. 11:2), la castidad (1 Ped. 3:2), la modestia, la limpieza inmaculada (2 Cor. 7:11; 1 Jn. 3:3). Es la pureza que está asociada con la santidad. Santiago dice que la sabiduría de Dios es “primeramente” pura. Esta primacía le pertenece tanto en su tipo como en el tiempo. Es primera porque nada le aventaja ni le antecede. Es primera porque viene de Dios. Si viene de Dios, tanto genérica como temporalmente, esta sabiduría es pura, no tiene ningún modo ni forma de contaminación. Todo cristiano debe anhelar la pureza de la sabiduría eterna de Dios.

Luego, como consecuencia de esta primacía de la pureza, la sabiduría tiene como resultado otras características que Santiago enlista, como ser, que la sabiduría es también *pacífica*, *eirenikos*¹⁵¹⁶. *Pacífica* significa algo relacionado con la paz, que proviene de la paz, que trae paz o vive en paz, que produce o promueve la paz, que trabaja para la paz. A pesar que este término se usa solamente aquí y en Hebreos 12:11, el concepto de paz, integridad, *Shalom*⁷⁹⁶⁵, es un concepto claramente bíblico. Significa integridad, sanidad, bienestar, paz; y por ende, prosperidad, amistad, contentamiento, tranquilidad, relación de pacto, ausencia de guerra y otros derivados. La sabiduría que proviene de Dios es así: pacífica, íntegra, sana, próspera, amigable, tranquila.

El tercer adjetivo con que Santiago califica la paz es *tolerante*, *epieikes*¹⁹³³, que significa amable, asequible, acogedor, afable, amigable, atento, bondadoso, gentil. En este caso la traducción de RVA no parece tan buena como la de RVR-1960, que traduce “amable”. Amable es una persona que sabe amar y que sabe ser amado, alguien que considera siempre a los demás como superiores a sí mismo, que piensa siempre bien de los otros y de sus intenciones, que siempre otorga a los demás el beneficio de la duda. Ser amable es una de las características del pastor, según Pablo (1 Tim. 3:3; Tito 3:2), y de todos los cristianos [P. 251] (Fil. 4:5), porque a la vez es una de las características de Cristo (2 Cor. 10:1).

La sabiduría también es *complaciente*, *eupeizes*²¹³⁸, que significa una persona que es de buen tino, fácil de persuadir, no obstinada ni arrogante, que muestra buena disposición para hacer las cosas, que es generosa, dócil y humilde de corazón, benigna. A pesar que esta es la única aparición de esta palabra en el NT, el verbo *peizo*³⁹⁸², que significa “persuadir” y su compuesto *eupeizeia*, mayormente usado en la LXX, y tradu-

cido “obediencia”, son de común utilización en toda la Biblia. Complaciente es alguien que es fácil de persuadir y que obedece con inteligencia aquello que se le pide.

En quinto lugar, esta sabiduría es descrita por Santiago como *llena de misericordia y de buenos frutos*. La misericordia, *eleos*¹⁶⁵⁶, es una característica de una persona que es deseosa de perdonar, de pasar por alto los errores de los otros, pequeños o grandes, que es deseosa de dar perdón a quien se equivoca, que desea llevar a cabo con los otros todo acto de amabilidad. Muy poco usada es esta palabra en el NT, pero de gran uso en el AT. Se usa principalmente para referirse a la misericordia de Dios (Isa. 63:7; Luc. 1:78; Rom. 9:23), pero también de los seres humanos (2 Crón. 24:22). Si la misericordia refleja la actitud de Dios, los “buenos frutos” reflejan la actitud de los seres humanos. Nuevamente puede verse el parentesco de Santiago con el apóstol Pablo (2 Cor. 9:10; Fil. 1:11) y con el propio Señor. Toda muestra del carácter cristiano se ve en los frutos que produce. “La sabiduría es justificada por sus hechos (obras, hijos, ver nota en RVA)” dijo el Señor (Mat. 11:19). Cada temperamento produce en su exterior lo que el interior de su naturaleza reclama, por eso “el árbol es conocido por su fruto” (Mat. 7:17–20; 12:33).

La sexta característica de esta sabiduría de lo alto es que es *imparcial, adiakritos*⁸⁷, es decir, sin incertidumbre, sin parcialidades, sin variación, que no hace distinción entre persona y persona, que da a cada uno lo que le es debido, que nunca se mueve por interés propio, por la gloria del mundo o por el temor a los hombres. Solamente en este texto se utiliza esta palabra en todo el NT y una vez más en el AT (Prov. 25:1), que usualmente no es traducida por nuestras biblias castellanas.

La última característica es *sin hipocresía, anypocritos*⁵⁰⁵, sincera, no fingida (1 Tim. 1:5; 2 Tim. 1:5; 1 Ped. 1:22), sin fingimiento (Rom. 12:9), sin pretender lo que no se es, actuando siempre bajo su propia manera de ser, sin dos caras, que busca nada más que la gloria de Dios y sin otros medios que los que Dios mismo provee para lograrla.

3. Los frutos de ambas sabidurías, 3:18

Así como la sabiduría de abajo rendía sus frutos de desorden y todo tipo de prácticas perversas, así también la sabiduría de arriba rinde su fruto: su fruto es la paz, y es recogido por aquellos que hacen la paz, que son pacificadores. Todo fruto se siembra, se produce, y es cosechado. Para que sea un fruto de paz tiene que ser sembrado, producido y cosechado en paz. Tanto quienes lo siembran como quienes lo cosechan, ambos lo hacen en paz. La sabiduría de abajo se siembra en lucha, en pelea, en contención. La sabiduría de lo alto se siembra en paz.

Una hermosa promesa finaliza la descripción del carácter cristiano según Santiago; es la promesa de la bendición bienaventurada que gozarán quienes sigan los caminos de la sabiduría de lo alto como lo hizo su Señor. Hacer la paz es lo que Cristo hizo (Ef. 2:15), porque él fue un hacedor de paz (Col. 1:20), que bendijo a “los que hacen la paz, porque ellos serán llamados [P. 252] hijos de Dios” (Mat. 5:9). Jesucristo es el autor y consumidor de la sabiduría de lo alto. Él la sembró en paz para aquellos que hacen la paz. El fruto de justicia *se siembra en paz, para aquellos que hacen la paz*. La palabra *paz, eirene*¹⁵¹⁵, significa un estado de tranquilidad nacional, la ausencia de guerra, seguridad, prosperidad, felicidad, ausencia de conflicto entre individuos, armonía, concordia y también la paz que Cristo trae, el camino de salvación, la seguridad tranquila de aquella alma que se sabe perdonada por Dios y que no tiene nada que temer para el día de su muerte, y que por eso puede contentarse con su destino terrenal, cualquiera que fuera. *Hacer la paz, poiein*⁴¹⁶⁰, significa producirla, construirla, formarla, moldearla, crearla de un modo creativo, prepararla, constituirla muchas veces a partir sólo de un sueño o de una visión que poco o nada tiene que ver con la realidad. La paz no es nunca un estado definitivo, siempre tiene que ser conseguido y asegurado. Aun en paz, los seres humanos debemos estar construyendo la paz.

“*Si vis pacem, para bellum*” decía el antiguo proverbio latino: “Si quieres la paz, prepárate para la guerra”. Nada más equivocado. La paz no se asegura preparándose para la guerra. La paz se asegura asegurando nuestro corazón en donde pueden verdaderamente asegurarlo: en Cristo, el autor y consumidor de la paz. Toda *paz* que no esté fundada en Cristo es sólo un armisticio, puede durar un tiempo, pero pronto desaparecerá. La “*pax romana*” terminó. También terminará la “*pax estadounidense*”. Pero la paz que Cristo da nunca terminará, por el contrario, durará por los siglos de los siglos. Él será el “rey de justicia”, y el “rey de paz” que “no tiene principio de días ni fin de vida” sino que “permanece sacerdote para siempre” (Heb. 7:2, 3), por eso “ha sido hecho fiador de un pacto superior”, que “porque permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo” y que “por esto también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:22–25).

Así culmina Santiago esta sección central de su carta, marcando definitivamente el carácter de un verdadero hijo o hija de Dios. Si antes comenzó a desarrollar advertencias para quienes todavía están en el camino,

estos versículos delinear claramente aquellos que han llegado a la fuente, aquellos que han descubierto la verdadera causa, el verdadero fundamento, origen y principio de la vida cristiana, que es la sabiduría que viene de Dios. “Mi comida es que yo haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra”, dijo Jesús (Juan 4:34). Esa misma determinación debiera ser la nuestra, la de todos aquellos que decimos ser hijos de Dios y ciudadanos del reino, pero que todavía estamos vacilando entre lo que viene de Dios y lo que el mundo nos ofrece. “Enten-eller”, o lo uno o lo otro, es el título del más famoso escrito del filósofo danés Sören Kierkegaard, quien afirmó que “la pureza del corazón es querer una sola cosa”. Esa cosa que se quiere, que se anhela, esa única cosa que puede unificar el corazón de una persona hasta hacerlo uno con el corazón de Dios es la sabiduría de lo alto, la enseñanza que proviene de Dios y que no puede ser conseguida ni aprendida a menos que sea impartida por Dios mismo. En las cinco advertencias que vienen a continuación, Santiago profundizará un poco más esta bifurcación de caminos.

Joya bíblica

La sabiduría que procede de lo alto es primeramente pura; luego es pacífica, tolerante, complaciente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y no hipócrita (3:17).

[P. 253]

VIII. CUIDADO CON LAS PASIONES ENGAÑOSAS, 4:1-12

Habiendo establecido el centro neurálgico de la fe cristiana como aquella sabiduría que proviene de lo alto, de Dios, Santiago continúa con una nueva serie de advertencias para sus oyentes. Ya les dio cinco, le quedan cinco más. En todas ellas advirtió a sus lectores sobre los peligros de tener un doble ánimo (1:8), del fariseísmo del decir pero no hacer (1:22), de la “fe” que no tiene obras (2:17), del hacerse a uno mismo juez de los demás (2:4), de hacerse a uno mismo maestro más allá de los dones y las determinaciones de Dios (3:1). En lo que queda de la epístola enmarca esas advertencias en las pasiones que nos engañan y en la enemistad contra Dios (4:1, 4), en la vanagloria de la vida (4:16), en la riqueza mal habida y en el oprimir al pobre (5:4), en el desánimo y el desaliento (5:9), y en el olvidarse de considerarnos los unos a los otros (5:15). Todas estas advertencias buscan desarrollar en sus oyentes de un modo práctico aquella sabiduría de lo alto que acaba de describir en 3:13–18.

1. Las pasiones dominan nuestra vida, 4:1

Santiago comienza su segunda serie de advertencias previniendo a sus oyentes en relación con las pasiones. Santiago ya ha dicho que aquellas pasiones que no se dominan nos engañan y nos hacen pecar (1:14, 15). Su argumento es simple, pero muy ilustrativo: Cuando un deseo incontrolado se une con la voluntad o la intención de cometer aquel deseo incontrolado, *concibe*. Esa concepción, una vez realizada, da a luz el pecado. Así como una mujer que ha quedado embarazada dará a luz a no ser que algún acto de fuerza mayor se lo impida, así también el pecado. Una vez que el deseo incontrolado se ha unido con la voluntad de cometer el acto concebido, el pecado es el único resultado posible.

Santiago aplica ahora esta enseñanza a *las guerras y los pleitos entre vosotros*, es decir, entre cristianos. Estas guerras y pleitos, que no debieran existir, sólo se explican como resultado de nuestras pasiones desordenadas y descontroladas. A la primera pregunta *¿De dónde vienen las guerras y de dónde los pleitos entre vosotros?* Santiago la contesta con una nueva pregunta, en este caso una pregunta retórica que presupone respuesta afirmativa: *¿No surgen de vuestras mismas pasiones que combaten en vuestros miembros?* La respuesta es obvia: Sí, así es. Nuestras mismas pasiones descontroladas, las que combaten en nuestro interior, son las que producen todas las guerras, los pleitos, las disensiones y toda otra obra de maldad. En esto Santiago recuerda al Señor, cuando dijo: “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las inmoralidades sexuales, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre...” (Mat. 15:19, 20).

¡Con cuántas preguntas, tanto directas como retóricas, Santiago presenta sus argumentos! Como buen pastor, sabe que aquello que no puede afirmarse tajantemente sin correr el riesgo de ofender a alguien, puede insinuarse a través de una pregunta, esperando que el corazón del ser humano le convenza de pecado. Así Santiago utiliza la pregunta como un recurso homilético recurrente. Los predicadores de hoy día debiéramos aprender de él este sabio uso de la pregunta.

Los verdaderos orígenes de una guerra son difíciles de precisar. Santiago, sin embargo, pone el dedo en la llaga. *Las guerras, polemoi*⁴¹⁷¹ (Mat 24:6; Luc. 14:31; 1 Cor. 14:8), y *los pleitos, majai*³¹⁶³, combates, batallas, disputas (2 Cor. 7:5), todos [P. 254] ellos no provienen de afuera, ni de circunstancias externas. Las gue-

rras, estados más generalizados y continuos de conflicto; tanto como los pleitos, incidentes más cortos y específicos de batalla; ambos provienen de adentro, de las circunstancias internas de cada persona. Se dice que “para bailar el tango hacen falta dos personas”. Lo mismo para la guerra. No se puede pelear contra alguien que no quiere pelear, ni una guerra larga ni una batalla corta. Las guerras y los pleitos derivan de nuestras *pasiones, hedonai*²²³⁷, de nuestros placeres y deseos de placer. En una sociedad hedonista como la nuestra no es difícil encontrar motivos para peleas y guerras. Así también en las sinagogas de Santiago. Los motivos sobran porque los placeres abundaban. Las pasiones incontroladas nunca han sido buenas consejeras.

El décimo mandamiento dice: “No codiciarás” (Éxo. 20:17). La codicia, en sus múltiples formas, es una enemiga secreta de las almas nobles y de las innobles. Según el mandamientos, los elementos afectados por la codicia son de lo más variados: dinero, bienes materiales, casas, animales, objetos de gran valor o aun de poco valor, poder, prestigio o posición; hasta los seres humanos, por ejemplo, la mujer del prójimo. Todos ellos caen bajo los efectos de la codicia y de las pasiones. Las pasiones nos afectan tanto y de tal manera que es imposible desarraigarlas de nosotros. Si bien no las podremos arrancar completamente de nuestros corazones mientras vivamos, sí podemos y debemos aprender a reconocerlas bajo los distintos disfraces que se ocultan, y hallar algunas formas de luchar en contra de ellas.

Estar en guardia contra las pasiones es la recomendación más difícil de los mandamientos de Moisés, de las enseñanzas de Jesús, y de la epístola de Santiago. El pecado invisible toca el aspecto más difícil de una moral auténtica: el frente interno. Todos los otros pecados, una vez consumados, quedan a la vista de alguien. La codicia y las pasiones no quedan a la vista porque se sostienen en el deseo interior, que es invisible. Las pasiones viven en lo interno, se gestan, crecen, y se consuman en el interior de la persona. Es cierto que la codicia, como otras pasiones, es la madre de otros pecados visibles, pero ella misma, en sí, permanece oculta en el corazón de cada hombre o mujer que la anida. La codicia es un pecado invisible.

Santiago, tanto como Moisés, Jesús y los demás apóstoles (Rom. 13:14; Ef. 4:22; 1 Tes. 4:5; 1 Ped. 2:11; Jud. 1:16, 18), descubre la fuente de las acciones, y pone su énfasis final sobre el motivo, más que sobre el hecho en sí. Las pasiones son la gestación de muchos pecados, por eso es necesario estar en guardia contra ellas, no dejarnos seducir por sus llamados de sirena y, por sobre todo, no dejarnos dominar por ninguna de ellas.

2. Cuidado con la codicia y las pasiones, 4:2, 3

Las pasiones engañosas nos hacen desviar la vista de Dios y ponerla en cosas que no son de verdadera importancia, como las riquezas. Muchas veces tenemos la idea de que las cosas que nos alejan de Dios son la falta de tiempo, la falta de dinero, la falta de medios, la falta de cosas materiales. De veras no es así. Todas estas y muchas otras son puestas por nosotros como excusas para no darle a Dios el tiempo y la primacía que él reclama. El problema es la codicia. El problema es que nuestras pasiones nos dominan. Ese es el verdadero problema. De él surgen las demás debilidades y pecados. De él la falta de tiempo, de dinero y de cosas materiales.

No tenemos tiempo porque codiciamos más tiempo. No tenemos dinero porque codiciamos el dinero. No tenemos las cosas materiales porque las codiciamos desmedidamente. Si pudiéramos tener todo aquello que planificamos tener, todavía querríamos más. La ambición malsana nunca se sacia. No tenemos carácter porque nos dejamos vencer por nuestro yo interior egoísta y enfermizo. No tenemos tiempo porque lo perdemos en cosas banales y sin importancia. Las cosas materiales no pueden alejarnos de Dios más allá de lo que pueden acercarnos. El problema no son las cosas, [P. 255] el problema verdadero somos nosotros. El problema está en el interior.

Como en un *stacatto* musical, Santiago utiliza una serie de frases entrecortadas para conllevar su predicación. Al analizarlas, vemos que hay cuatro declaraciones paralelas. Las tres primeras son las condiciones, la última los resultados.

(1) “Codiciáis, pero no tenéis”, 4:2a. La primera declaración se centra en la codicia. La codicia es la frustración de quien o quienes no tienen la sabiduría de lo alto, de quienes se sostienen en sus propios malos deseos. La palabra que se traduce *codiciáis, epizumeite*¹⁹³⁷, en sí misma no implica necesariamente un mal deseo. Por ejemplo, en Lucas 22:15, Jesús la utiliza enfáticamente para referirse al intenso deseo que ha tenido de celebrar la última cena con sus discípulos. En el contexto de Santiago, sin embargo, como en la mayoría de los textos del NT (Gál. 5:17; 2 Ped. 1:4; 2:10; 1 Jn. 2:16, 17), ese “deseo” es un deseo malo, impuro, una codicia nefasta que lleva a la guerra y a la pelea.

(2) “Matáis y ardéis de envidia, pero no podéis obtener”, 4:2b. La segunda declaración es aún más fuerte. *Matáis, foneuo*⁵⁴⁰⁷, es el verbo usado en el noveno mandamiento: “No cometerás homicidio” (Éxo. 20:13;

Deut. 5:17). Jesús, sin embargo, reinterpreto este mandamiento: “Pero yo os digo que todo el que se enoja con su hermano será culpable en el juicio. Cualquiera que le llama a su hermano ‘necio’ será culpable ante el Sanedrín; y cualquiera que le llama ‘fatuo’ será expuesto al infierno de fuego” (Mat. 5:22). La expresión que se traduce *ardéis de envidia* conlleva este sentido del infierno en el que una persona envidiosa se introduce. La codicia es la abuela del homicidio porque es la madre de la ira, del dejarse llevar por el enojo y las emociones violentas, y del proferir palabras que no convienen. También el apóstol Juan nos recuerda que “todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Jn. 3:15). Por eso Santiago relaciona el matar con el arder de envidia. Lo que mata no es el arma, lo que mata es la envidia.

(3) “Combatís y hacéis guerra”, 4:2c. La tercera declaración completa el sentido de las dos condiciones anteriores: *Combatís y hacéis guerra* [pero no tenéis]. Cuando la envidia no ha logrado obtener los resultados que buscaba, comienzan los combates y las guerras. Ya hemos visto la relación entre “combate” y “guerra” en 4:1. Tanto los combates individuales como las guerras completas provienen de la envidia, de la codicia desmedida del que lo quiere todo para sí. Las guerras no se hacen porque existen las armas. Existen las armas porque la codicia incontrolada y la envidia desmedida buscan sus propios fines a través del flagelo de la guerra. Se hace la guerra, pero no se obtiene lo que se desea. No se obtiene lo que se desea porque se lo busca donde no está, se lo busca de una manera equivocada, se lo busca por un motivo equivocado. La codicia pecaminosa no obtiene los resultados que busca, porque la sabiduría de abajo no puede satisfacer los deseos internos del corazón. Sólo Dios puede, por eso sólo él puede darlos (1:5).

(4) “No tenéis, porque no pedís...”, 4:2d, 3. La conclusión de Santiago es doble (1) *No tenéis, porque no pedís*, y (2) *Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres*. El verbo pedir, *aiteo*¹⁵⁴, usado en el infinitivo medio “pedir para sí”, recuerda nuevamente al Señor, quien dijo: “Pedid, y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad, y se os abrirá” (Mat. 7:7). La implicación es clara: El que otorga nuestros pedidos, el que atiende nuestros [P. 256] llamados, el que nos encuentra cuando andamos buscando, es Dios. Sólo Dios puede dar lo verdadero, sólo Dios puede llenar el vacío del alma necesitada, sólo Dios es la fuente de “toda buena dádiva y todo don perfecto” (1:17).

Unos no reciben porque no piden. Otros sí piden, pero tampoco reciben, porque piden mal. Estos también “piden para sí”, pero lo hacen de una mala manera, *kakos*²⁵⁶⁰, que significa “malamente, impropriamente, equivocadamente”. Estos que así piden tampoco reciben nada de Dios, dice Santiago, porque piden *para gastarlo en vuestros placeres*. La palabra *placeres* es la misma que en 4:1 se traduce “pasiones”, *hedonai*²²³⁷. El círculo entonces se completa. Todo comienza y termina en las pasiones o placeres. El que vive para sus placeres no puede agradar a Dios. Sólo el que ha aprendido a sacrificar sus placeres para dar a Dios lo que Dios se merece, recibirá algo de parte de Dios, porque vive y está entregado a su voluntad. El que se deja dominar por sus placeres o pasiones, y que vive entregado a ellos, malgasta su vida, sus talentos y sus dones. La palabra *gastar*, *dapanao*¹¹⁵⁹, más que sólo incurrir en gastos o expensas (Mar. 5:26; Luc. 14:28; 2 Cor. 12:15), significa desperdiciar, derrochar, consumir, así como lo hizo como el hijo pródigo de la parábola (Luc. 15:14).

Se pide de Dios aquello que Dios no da, por eso tampoco se lo recibe. Dios no nos da para nuestros derroches y desperdicios. Toda ganancia que sea para el desperdicio no viene de Dios, sino de la explotación del trabajo y de las habilidades de los demás, recursos de vida que les son arrebatados por aquellos que por codicia y ambición desmedida les retienen fraudulentamente sus merecidos jornales (5:4). Lo que Dios da lo da “con liberalidad y sin reprochar” (1:5), actitud diametralmente opuesta a la de estos supuestos cristianos. Ellos sólo saben pedir para sí, vivir para sí, centrarse en sí mismos. Es obvio que quien viva de esta manera no recibirá nada de Dios.

3. Cuidado con el adulterio espiritual, 4:4–6

En 2:11, al recordar los mandamientos dados a Moisés, Santiago mencionó dos: el homicidio y el adulterio. En esta sección de su carta nuevamente emergen. Tanto el homicidio como el adulterio regulan nuestras relaciones con los demás. Ambos tienen que ver con la vida y la muerte, y con nuestras lealtades para con Dios y para con nuestros congéneres.

Las pasiones engañosas y el vivir para los placeres nos hacen equivocarnos en nuestras lealtades, entre ellas, las lealtades espirituales, que son las más importantes. En lugar de consagrarnos a adorar al verdadero Dios, comenzamos a dedicarnos y a adorar a otros dioses que toman su lugar. Eso es adulterio espiritual. La imagen del adulterio espiritual fue utilizada por el profeta Oseas, que recibió de Dios el mandato de casarse con una mujer dada a la prostitución, “porque la tierra se ha dado enteramente a la prostitución, apartándose de Jehovah” (Ose. 1:2). Santiago lo dice directamente, sin tapujos: ¡Gente adúltera! También Jesús y Juan el Bau-

tista hablaron fuerte y dijeron las cosas abiertamente (Mat. 3:7; 12:34; 23:33). Por eso, muchas veces se ganaron la antipatía de quienes se sentían desenmascarados frente a los demás.

La expresión de Santiago que se traduce *gente adúltera, moijalides*³⁴³², que, por ser femenino, podría traducirse literalmente: [P. 257] “adulteras”. Siendo que la palabra griega para *alma* es también femenino, RVR-1960 traducía “Oh, almas adúlteras”. También podría referirse a la “generación adúltera”, una expresión favorita de Jesús (Mat. 12:39; 16:4; Mar. 8:38). La expresión de RVA *gente adúltera* es más inclusiva. No sólo el alma es lo que adultera, también el cuerpo. El sentido que Santiago le da a la palabra no es en el sentido literal (Rom. 7:3; 2 Ped. 2:14) sino en el sentido espiritual de una persona o comunidad de fe que han abandonado a Dios por otros dioses. También el apóstol Pablo comparó a la iglesia con una esposa infiel (2 Cor. 11:1–3), que ha abandonado a Dios y a su verdadero marido, Cristo (Ef. 5:24–28).

Una nueva pregunta retórica continúa el argumento: *¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?* Como si fuera una verdadera pregunta, Santiago la contesta: *Por tanto, cualquiera que quiere ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios.* Es una manera retórica de afirmar lo mismo: Todo amigo de Dios es enemigo del mundo, y todo amigo del mundo es enemigo de Dios. La intención de Santiago no es crear un dualismo teológico, escatológico o aun ético. Su pensamiento refleja el sentir del Señor. Hay dos puertas y dos caminos (Mat. 7:13, 14), dos árboles (Mat. 7:17), dos hijos (Mat. 21:28), dos que están en el campo (Mat. 24:40, 41), porque finalmente hay dos señores: “Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se dedicará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mat. 6:24). Cada uno tiene que hacer su decisión. Cada quien debe decidir con quien caminar, si con Dios o con el mundo, cada uno debe decidir dónde están sus amigos. La antítesis amistad—enemistad está repetida dos veces en el versículo 4, una vez como pregunta retórica que espera respuesta afirmativa, y la otra vez como afirmación tajante: *el que quiera ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios.* La misma antítesis es utilizada por el apóstol Pablo (Rom. 5:10; 8:7; Fil. 3:18). No se puede ser a la vez amigo de Dios y amigo del mundo, como tampoco se puede ser a la vez enemigo del mundo y enemigo de Dios. La aceptación de la amistad de uno conlleva la aceptación de la enemistad del otro.

Es de notar la expresión de Santiago: *el que quiera ser amigo del mundo.* No es cosa siquiera de llegar a serlo, basta con querer serlo. Hay quienes son amigos del mundo sin saberlo y hay quienes son amigos del mundo sin quererlo. Los peores son quienes quieren serlo. Hay quienes dan su vida por tener la amistad del mundo. Hay quienes para los cuales no hay otra cosa que la amistad del mundo. Estos son, sin duda, los enemigos de Dios. Para ellos las cosas de Dios no tienen valor ni importancia. Por haberse hecho a sí mismos amigos del mundo, han sido declarados, constituidos (presente) enemigos de Dios. Hay aquí una nueva aparición del pasivo divino. *¿Quién es el que los ha declarado enemigos?* Dios mismo. Esa es la implicación de Santiago.

Hay que entender bien las implicaciones de Santiago en cuanto a la relación del cristiano con el mundo. El centro de la epístola y núcleo de la vida cristiana ha sido establecido como tener la sabiduría de lo alto (3:17, 18). Como resultado de esa sabiduría, el creyente se compromete con Cristo a vivir de cierta manera. Santiago nos muestra cómo. La posición aparente de Santiago en cuanto a la relación del cristiano con el mundo es negativa. El cristiano que vive como el mundo es un adúltero espiritual, es un enemigo de Dios, es alguien que no resiste al diablo sino que se complace en él. En relación a esta aparente negatividad de la relación del cristiano con el mundo, la receta de Santiago es clara: el pecador debe limpiar sus manos (4:8), el de doble ánimo debe purificar su corazón, afligirse, lamentar y llorar (4:9), y humillarse ante Dios (4:10). Esta es la aparente fórmula de Santiago. Pero por el fondo hay otro remedio, uno de carácter positivo, más importante y permanente que el anterior.

Aunque no lo diga con palabras, Santiago [P. 258] implica una relación más positiva del cristiano con el mundo. Primero, que el cristiano vive en el mundo y es responsable por él. Segundo, que el mundo es de Dios, no del diablo. Satanás puede estar en control del mundo, pero por poco tiempo. Tercero, Satanás no controla a los cristianos. Satanás sólo controla a aquellos que no le resisten, pero los verdaderos cristianos se someten a Dios, no al diablo. Por último, los cristianos pueden y deben ser agentes de cambio para bien en un mundo que cambia para mal. Santiago sueña con otro mundo posible. Si Santiago fuera un dualista o maniqueísta, como a veces son algunos cristianos, no vería ninguna posibilidad de cambio para bien en el mundo, ni esperanza. Santiago anima continuamente a sus oyentes a vivir una vida que, aunque vaya en contra de las tendencias y expectativas del mundo, sea un testimonio de las tendencias y esperanzas que vienen de parte de Dios, quien es el dueño verdadero del mundo.

La conclusión positiva de Santiago es que el cristiano forma parte del mundo y no debe alejarse de él re-trayéndose. El peligro de algunos cristianos dualistas es alejarse tanto del mundo que de pronto ya no tienen ningún tipo de contactos o influencia en él. Para poder afectarlo y cambiarlo para bien, el cristiano debe me-

terse en el mundo que le rodea, no retraerse, sino jugarse por su Señor. Así también el Señor, en su oración sacerdotal pidió: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno” (Juan 17:15). En esta tensión de estar en el mundo pero no ser del mundo vivimos siempre los cristianos. Santiago no es ajeno a ella.

Además, todo verdadero cristiano ya no vive en “este” mundo porque Cristo Jesús ha inaugurado un nuevo mundo y el cristiano, como nueva creación en Cristo, es criatura de una nueva forma de vida. Por eso el cristiano puede aspirar a nuevas formas de vida porque él ha experimentado una nueva forma de vida: la vida de Cristo en su vida. El cristiano también puede ser verdadero agente de cambio en la sociedad que le rodea, porque él ha experimentado un nuevo tipo de sociedad, la sociedad de Cristo, la familia de Dios. Esa sociedad con Cristo le impulsa a asociarse con otros en pureza y no en pecado. El cristiano estará entonces siempre tendiendo hacia un mundo mejor, hacia la ciudad que no tiene fundamentos en la tierra, cuyo verdadero fundamento es Dios, la ciudad celestial, la Jerusalén eterna, que baja desde el cielo (Heb. 11:10; Apo. 21:2).

Si Santiago sólo debiera ser interpretado por lo escrito, la relación del cristiano con el mundo parecería muy negativa y falta de esperanza. Pero cuando analizamos el pasaje a la luz de todo lo que Santiago escribe en su epístola, podemos ver una actitud positiva, una esperanza real y un llamado de Santiago al compromiso social, a la lucha por un mundo mejor, por un mundo donde los derechos de todos sean respetados, especialmente los derechos de los pobres y los indefensos. El cristiano tiene un deber de relacionarse con el mundo que le rodea sin temores, sin excusas y sin escudarse en sus fallas y pecados. Dios le da poder para relacionarse positivamente con el mundo.

Una última implicación nos deja Santiago, más sutil pero no por eso menos importante. Para quienes se deleitan en las cosas de Dios, para quienes buscan el reino de Dios y su justicia, para quienes intentan realizar un mundo mejor, para estos está reservada la bienaventuranza de Abraham, quien además de ser nuestro padre en la fe, recibió el honorable título de “amigo de Dios” (2:23).

La amistad con Dios es afirmada positivamente por Santiago con el reconocimiento de la presencia del Espíritu Santo en el creyente. Cualquiera que crea que la carta de Santiago es un antiguo escrito judío al que algún cristiano hizo un par de retoques debería quedar estupefacto al leer este versículo. La promesa del Espíritu Santo en cada creyente es un signo del nuevo pacto (Eze. 36:27). Muchos tropiezan con este versículo por no poder encontrar el texto de la Escritura a la cual Santiago [P. 259] se refiere. Obviamente, ese texto tendría que ser del AT, ya que en tiempos de Santiago el NT estaba todavía en formación. Al no poder señalar ningún texto en el AT que diga textualmente: *El Espíritu que él hizo morar en nosotros nos anhela celosamente*, intentan explicarlo como una descripción poética de Éxodo 20:5 (o Deut. 6:15), o como una recopilación de Génesis 6:3–5, Isaías 63:8–16 o Zacarías 8:2. Nada de todo esto es necesario. Si bien es natural y razonable esperar que después de la frase *dice la Escritura* se cite realmente un texto bíblico, no todas las veces es así. A veces se citan textos de proveniencia desconocida (1 Cor. 2:9), a veces se citan textos adaptados libremente (Ef. 5:14, adaptación libre de Isaías 26:19 ó 60:1), a veces se citan textos de escritos que no fueron aceptados en el canon. En el caso que nos ocupa, la proveniencia del texto es desconocida.

Amargos celos y contiendas

(3:13–18)

Es el reflejo de los implicados en la violencia verbal, que no es la sabiduría de Dios que viene de lo alto, todo lo contrario es animal y terrena y da lugar al diablo. Por eso la auténtica sabiduría divina enseña a no parcializarse ni a ser hipócritas, que es una característica del chismoso o del que habla mal de los demás.

La afirmación de Santiago, en cualquier caso, es muy clara: El Espíritu Santo habita en los cristianos y nos *anhela celosamente*. Esta expresión, *epipozeo*¹⁹⁷¹, significa desear, anhelar, buscar con amor, apetecer, y aun codiciar. La expresión es usada muchas veces por el apóstol Pablo para referirse a sus amados hermanos (Rom 1:11; Fil. 1:8; 2:26; 2 Tim. 1:4). Ese mismo amor celoso, en el buen sentido de los celos, es el que el Espíritu Santo tiene por los cristianos. El argumento de Santiago sigue rondando la idea de la amistad-enemistad con Dios. Si el Espíritu nos anhela celosamente no dejará que nos alejemos de Dios y que seamos constituidos enemigos suyos.

Al pensar en estos celos amorosos del Espíritu hacia los cristianos, la idea que inmediatamente viene a la mente es de si seremos dignos de tanto amor y de tanto celo. Quizá por eso Santiago se apure a decir *Pero él da mayor gracia*. ¿Qué quiere decir? ¿Mayor gracia que qué? Obviamente, mayor que nuestra falta de fidelidad al amor celoso del Espíritu que nos habita. Si fuera por nuestra falta de consideración al Espíritu de Dios, éste debiera haberse ya retirado de nosotros. No lo hace, sin embargo, porque la presencia del Espíritu en el cristiano no es un mérito del cristiano sino un don de Dios, una gracia *mayor* que Dios nos da, mayor que nuestra falta de fe, mayor que nuestra incredulidad, mayor que nuestra infidelidad, mayor que nuestra humanidad. Nosotros podemos ser débiles, pero el Espíritu, que nos anhela celosamente, permanecerá siempre con nosotros en medio de nuestra debilidad (2 Cor. 12:10). Su permanencia no se sostiene en nuestra fidelidad sino en su fidelidad.

La única cosa que como humanos podemos hacer para merecer la gracia de Dios, culmina Santiago, es mantener un espíritu de humildad. Todo lo demás es hecho por Dios. Por eso recuerda Proverbios 3:34: “Ciertamente él se burlará de los que se burlan, pero a los humildes concederá gracia”. También el apóstol Pedro (1 Ped. 5:5) recuerda el mismo proverbio al hablar de la humildad, lo cual manifiesta una vez más la interdependencia de Santiago y Pedro. Nuevamente Santiago reitera la antítesis amistad-enemistad, esta vez en relación al carácter que la determina: humildad-soberbia. La amistad con Dios está marcada por la humildad, así como la enemistad con Dios por la soberbia. La soberbia produce amistad con el mundo, pero enemistad con Dios. *Dios resiste a los soberbios*, dice Santiago. La soberbia, *uperetanos*⁵²⁴⁴, literalmente “que mira para arriba”, altanera, arrogante, orgullosa, vanidosa, que se jacta de su posición y desprecia a los otros (2 Tim. 3:2-4), es una de las características de aquellos que han sido abandonados por Dios, en el vocabulario de Pablo (Rom. 1:30); de los que han sido esparcidos en los pensamientos de sus propios corazones, según las palabras del [P. 260] cántico de María (Luc. 1:51). Dios no tiene nada que ver con los soberbios.

Pero Dios *da gracia a los humildes*. Nuevamente recuerda Santiago al hermano de humilde condición (1:9), y lo señala como amigo de Dios, y el único que recibe su gracia. Es natural que quien reciba la gracia de Dios sea aquel que en su carácter se parece a Jesucristo, quien fue “manso y humilde de corazón” (Mat. 11:29; 2 Cor. 10:1). Nuevamente, en la vida cristiana no se puede ser lo que no se recibe de Dios. La gracia, el Espíritu Santo, la humildad verdadera, y la sabiduría de lo alto, todo ello se recibe de Dios.

4. Diez imperativos de la vida cristiana, 4:7-10

La única manera de dejar un mal hábito es llenar la vida con un buen hábito. La única manera de vencer las pasiones engañosas es dedicándose a vivir, con la misma pasión, los desafíos y las promesas de la vida cristiana. La pasión en sí no es mala. Es mala cuando se la dedica a la sabiduría de abajo, aquella que no viene de Dios. Pero cuando la misma pasión se la dirige hacia la sabiduría de lo alto, la que viene de Dios, entonces la vida se encamina y se dirige a grandes metas en el reino del Señor.

En esta sección de su carta, Santiago enlista diez imperativos de la vida cristiana que, si se viven entregadamente, pueden manifestar en el cristiano de un modo concreto aquellos resultados de la sabiduría de lo alto. Los diez imperativos de Santiago están agrupados en tres duplas, rematadas por un imperativo final, también en dupla. Las cuatro duplas siguen una forma de la poesía hebrea llamada “paralelismo”. Las duplas primera y cuarta son paralelismos antitéticos o contrarios, la segunda y la tercera duplas son paralelismos sintéticos o redundantes.

La primera dupla tiene que ver con la antítesis amistad-enemistad con Dios. La segunda dupla amplifica el primer imperativo: *Someteos a Dios*. La tercera dupla amplifica el segundo imperativo: *Resistid al diablo*. El imperativo final es la conclusión. No es posible saber si este agrupamiento de imperativos fue originado por Santiago, o si él lo tomó de otro, o si era un agrupamiento común entre los primeros cristianos. Pedro incluye un agrupamiento similar en 1 Pedro 5:5-11. Un estudio detallado de ambas listas sería de gran valor para cualquier cristiano que esté dispuesto a vivir la vida cristiana así como Jesucristo la mandó y los primeros cristianos la enseñaron.

(1) Primera dupla, 4:7. La primera dupla de imperativos: *Someteos pues a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros* (4:7) fija el tono de toda la serie. Aunque ambos términos están expresados en imperativo, el primero, *someteos*, está en voz pasiva; mientras que el segundo, *resistid*, en voz activa. Una traducción más cercana al texto sería: “Permitid a Dios someteros, y resistid al diablo”. Como dos caras de la misma moneda, ambas cosas se implican y se necesitan. La única manera de resistir al diablo es someterse a Dios, así como la única manera de someterse a Dios es resistir al diablo. *Someteos, jupotasso*⁵²⁹³, significa “meterse debajo”, subordinarse, ponerse en sujeción, obedecer, ponerse al mando de otro. *Resistid, antijistemi*⁴³⁶, por su parte, significa oponerse, ponerse a uno mismo en oposición a otro, contradecir, contrariar, rechazar. La implicación es obvia: la única manera de recibir la gracia de Dios es por la voluntad de Dios, de modo que no hay

nada que nosotros mismos podamos hacer por lo cual podamos someternos a Dios. Todo lo contrario sucede con el diablo. El diablo se entromete con nosotros, nos busca y nos [P. 261] ataca, por eso debemos tener siempre frente a él una actitud de abierta y decidida oposición. Si resistimos, el diablo huye (Mat. 4:11; 1 Ped. 5:8, 9; Ef. 6:11–13).

(2) Segunda dupla, 4:8. La segunda dupla reafirma el imperativo de la primera dupla: *Someteos a Dios*. Santiago dice: *Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros*. Dios está en el mismo lugar, quienes nos alejamos de él somos nosotros. Es obvio que si nos acercamos a él, Dios se acercará a nosotros. La predicación de Jesús fue que “el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2; 4:17; 10:17; Luc. 10:9–11). El reclamo de tal acercamiento era: “Arrepentíos”. Así era y así sigue siendo. Santiago lo dice en la segunda parte de la dupla: *Limpiaid vuestras manos...* Así también era con los sacerdotes en el AT, tenían que purificarse para el encuentro con Dios (Éxo. 19:22). La palabra que se usa para “limpiar”, *kazaridso*²⁵¹¹, significa tanto limpiar en un sentido físico como limpiar en un sentido ritual y moral, purificar el corazón de toda iniquidad (Éxo. 30:19–21; Mar. 7:3, 9). El sentido moral y espiritual parece prevalecer en Santiago. El verbo que acompaña el paralelismo es “purificar”, *jagnizo*⁴⁸, que tiene sólo un sentido ceremonial de limpieza moral y de purificación espiritual.

Los judíos se lavaban las manos para declararse puros ceremonialmente (Éxo. 30:20, 21; Mar. 7:3), lo cual generó discusiones entre los fariseos y Jesús y sus discípulos (Mat. 15:2, 20; Mar. 7:2). Para Jesús la purificación del cuerpo no era tan importante como la del alma. La religiosidad y la moral de Jesús nacieron de un corazón puro y se irradian hacia toda la vida de la persona y de su entorno. La purificación del corazón también era un requisito de la moral judía (2 Cró. 30:18; Sal. 26:2) así como lo es de la moral cristiana (Hech. 15:9; 1 Ped. 1:22; 1 Jn. 3:3). Quizá Santiago se haya inspirado para los pensamientos del Salmo 24:3, 4. La vida cristiana requiere limpieza y una sola mente y corazón, por eso quienes deben lavar sus manos son los “pecadores” y quienes deben purificar su corazón son los “de doble ánimo” como en 1:8. La implicación moral pertenece a ambas.

(3) Tercera dupla, 4:9. La tercera dupla reafirma el segundo imperativo de la primera dupla: “Resistid al diablo”. Así como la conclusión lógica de que el reino de Dios se ha acercado es el arrepentimiento, así también la conclusión lógica de acercarse a Dios es el resistir al diablo. La resistencia activa a la influencia del diablo y el arrepentimiento son la misma cosa. Los imperativos de esta dupla son cuatro: *aflijíos, lamentad, llorad, convertid vuestra risa en llanto y vuestro gozo en tristeza*. Todos ellos conllevan un sentido de pesar por el pecado cometido, y una afirmación de no volver a cometerlo. *Aflijíos, talaiporesate*⁵⁰⁰³, significa sufrir miserablemente, sentirse como una miseria, *talaiporia*⁵⁰⁰⁴ (Rom. 3:16; 7:24; Stg. 5:1). *Lamentad y llorad, penzesate*³⁹⁹⁶ *kai klausete*²⁷⁹⁹, es una combinación que aparece también en los evangelios (Mar. 16:10; Luc. 6:25) como contrapartida de una de las bienaventuranzas (Mat. 5:4), y en Juan 16:20 como contraposición a la alegría superficial de este mundo. Un poco más adelante (5:1) Santiago le pedirá a los ricos que lloren y aúllen por las miserias que les vendrán, utilizando nuevamente estos mismos imperativos.

La fuerza de esta dupla es reforzada por la segunda parte: *Vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza*. Lo que debe convertirse es *vuestra* risa y *vuestro* gozo. Esa risa y ese gozo no provienen de Dios, sino del mundo, por eso deben convertirse. “Convertir”, *metastrefo*³³⁴⁴, significa volverse, cambiar internamente, convertirse. El énfasis de esta frase no se enfoca ya tanto en un cambio de conducta, [P. 262] como en el versículo anterior, sino en un cambio interior, en un remordimiento de espíritu, que es el que puede producir los verdaderos cambios. En lugar del placer y la alegría que sentían en sus tiempos de pecaminosidad, Santiago reclama de sus oyentes que se encaminen por el llanto y la tristeza. *Tristeza, katefeian*²⁷²⁶, palabra compuesta de “abajo” *kata*²⁵⁹⁶ y “parecer” *fain*⁵³¹⁶, significa tener una expresión decaída, vergüenza, depresión, como el publicano de la parábola que “no quería ni alzar los ojos al cielo” (Luc. 18:13). Según el apóstol Pablo, hay dos tipos de tristeza, “la tristeza que es según Dios”, la cual “genera arrepentimiento para salvación” y de la cual “no hay que lamentarse”, y “la tristeza del mundo”, que “degenera en muerte” (2 Cor. 7:10). Así también Santiago afirma que la tristeza y el pesar por el pecado cometido son el camino del arrepentimiento que llevan a Dios.

Joya bíblica

Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros (4:7).

(4) Cuarta y última dupla, 4:10. La cuarta y última dupla cierra el pasaje de los imperativos: *Humillaos delante del Señor, y él os exaltará* (4:10). Humillarse, *tapeinozete*⁵⁰¹³, significa bajarse, reducirse, achicarse. La raíz de la palabra humildad deriva del latín *humus*, que significa tierra. Humillarse es volverse a la tierra,

acercarse a la tierra. También Jesús afirmó que “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido (Mat. 23:12; Luc. 14:11; 18:14), y los apóstoles Pablo (2 Cor. 11:7) y Pedro (1 Ped. 5:6). La exaltación es siempre un acto de reivindicación que los humildes reciben del Señor (Luc. 1:52), porque el propio Señor lo recibió de su Padre. Dos exaltaciones tuvo Jesús: la exaltación de la cruz (Juan 3:14) y la exaltación de la resurrección (Hech. 5:31). La primera exaltación fue para el sufrimiento y la entrega. La segunda exaltación para la resurrección y la glorificación. No hay gloria que no pase por el sufrimiento. El principio es válido para todos. El que se humilla, será exaltado, pero el que se exalta, será humillado. Así también, el publicano, que se humilló delante del Señor, volvió a su casa justificado; pero el fariseo, que se exaltaba a sí mismo delante de Dios, no volvió justificado (Luc. 18:9–14).

Hasta que no hayamos puesto en práctica los imperativos de este pasaje, hasta que no nos hayamos vuelto a Dios, hasta que no podamos obedecer su voz conforme a todo lo que él nos manda, no habremos vencido en nuestro frente interno. Nuestro cristianismo será superfluo. Con cada vaivén de la vida nos alejaremos de Dios. Quizá volvamos a acercarnos a él si la vida da un nuevo vuelco, pero lo más probable es que, con cada día que pase, nos alejemos más y más de Dios.

5. Las pasiones y los hermanos, 4:11, 12

Las pasiones engañosas no sólo nos llevan a desconsiderar a Dios, también nos llevan a desconsiderar al hermano y a la hermana. La mayoría de los comentaristas consideran estos versículos como una digresión en el argumento de Santiago. Nada más errado. El intérprete de las Escrituras no debe tratar de hacer caer la mente del autor dentro de su propia mente, sino al revés, debe tratar de entender él mismo porqué el autor de un escrito incluyó lo que incluyó en el momento que lo incluyó. Hacerlo de otra manera no es [P. 263] hacer justicia al escrito.

Esta sección debe leerse en conjunción con todo el material de la epístola, y como una conclusión natural en la mente de Santiago en relación con los diez imperativos de la vida cristiana. De hecho la sección comienza con un imperativo: *Hermanos, no habléis mal...* La visión de Santiago es que el cristiano puede ser un verdadero agente de cambio en la sociedad porque él ha experimentado un nuevo tipo de sociedad, la sociedad con Cristo, que le impulsa a asociarse con otros en pureza y no en pecado. El cristiano puede señalar nuevas formas de vida porque él ha experimentado una nueva forma de vida: la vida de Cristo en su vida. En estos versículos Santiago enseña respecto a la relación del cristiano con otros cristianos. ¿Cómo ha de ser nuestra relación con los hermanos en la fe? Pues si esa relación se destruye, o se debilita por los chismes y el hablar mal los unos de los otros, la eficacia del poder del evangelio se pierde.

Recordemos que en la época que Santiago escribe todavía existe una tremenda mezcla en la sinagoga. En ella están los judíos, y también los incipientes cristianos. En ella se han suscitado estos problemas entre los muchos auto nombrados maestros (3:1–12), que tienen mucho que decir y poco para enseñar verdaderamente. La época de los cristianos junto a los judíos en la sinagoga fue de grandes problemas para el cristianismo. Una vez más en su carta Santiago vuelve a tratar el tema de maldecir y hablar mal de los hermanos.

Comienza su sección, una vez más, con un tono pastoral: *Hermanos* (1:2, 16, 19; 2:1, 5, 14; 3:1, 10, 12; 5:7, 9, 10, 12, 19), tono que contrasta con los versículos anteriores: “pecadores”, “vosotros de doble ánimo” (4:8). Aquel que es pastor de ovejas rebeldes ha aprendido que el amor puede más que el látigo.

El vicio contra el que advierte Santiago es el de *hablar mal* los unos de los otros. El verbo *katalaleo*²⁶³⁵ puede traducirse como calumniar, maldecir, denigrar, actitudes que usualmente toman entre sí aquellos que pertenecen a partidos diferentes, y que manifiestan divisiones en el cuerpo de Cristo. Así lo señala el apóstol Pablo a los corintios (1 Cor. 3:4). La calumnia y la maledicencia son pecados particularmente importantes para los cristianos porque señalan una vida de maldad (1 Cor. 1:12, 13). También el apóstol Pedro advierte sobre la maledicencia entre otros pecados tan graves como la malicia, el engaño, la hipocresía, la envidia, y “todas las detracciones” (1 Ped. 2:1). Cuando aquellas murmuraciones vienen de quienes no tienen a Cristo, y son hechas contra aquellos que tienen buena conciencia, los que murmuran y calumnian su buena conducta en Cristo, son avergonzados (1 Ped. 2:12; 3:16). Pero cuando las murmuraciones son entre unos y otros, es decir, entre cristianos, deben terminarse tajantemente. El que habla mal del hermano, o juzga al hermano, no se está comportando como cristiano sino como juez. Santiago retorna a varios temas anteriores: a la acepción de personas y hacerse a uno mismo juez (2:1–4), a la mala enseñanza, al hacerse a uno mismo maestro y a la falta de control de la lengua (3:1, 2), y la relación de la lengua con la verdadera religión (1:26). Más adelante también retomará el tema en relación a los juramentos (5:12).

Hablar mal del hermano es una señal de un tono de superioridad de parte de quien lo hace. Quien habla mal de su hermano o hermana se pone a sí mismo no sólo por sobre la persona que está siendo juzgada, dice Santiago, sino lo que es peor, se pone a sí mismo por sobre la ley. El que juzga a [P. 264] los demás juzga

también la ley. No es un hacedor de la ley, es un juez. La ley que Santiago tiene en mente es la ley de Moisés, pero su comentario tiene valor para todas las leyes bajo las cuales nos toca vivir. No podemos seleccionar cuáles leyes obedeceremos y cuáles no, a menos que busquemos contravenir también la ley de Dios, y nuestra propia conciencia (Hech. 4:19, 20).

La gravedad de esta violación de la ley queda patente porque *hay un solo Dador de la ley y Juez*. Aunque la palabra *solo* no se encuentra en el griego, el énfasis del *un* sigue siendo el mismo. La diferencia entre uno y dos es cualitativa además de cuantitativa. Uno es singular, dos y dos mil son plurales. Hay un Dios, hay un Dador de la ley, hay un Juez. El que se pone a sí mismo por sobre la ley se iguala a Dios y desconoce a Dios como único. El origen del pecado es querer ser como Dios (Gén. 3:5) e igualarse a él. Sólo Dios está por sobre la ley. Él es el dador de la ley y el último juez por quien las acciones de los hombres son juzgadas. Todos los demás autonombrados “jueces” deberán responder a él.

La autoridad de este Dador y Juez de la ley es reafirmada por Santiago por el hecho de que él puede “salvar y destruir”. A Dios pertenecen la salvación (Gén. 49:18; Éxo. 15:2; Deut. 32:15; 2 Sam. 22:47; Sal. 24:5; Luc. 1:77; 2:30; 3:6; Hech. 4:12; Rom. 1:16, 17; Heb. 5:9; Apoc. 7:10) y la destrucción (Gén. 19:29; Sal. 55:23; Isa. 10:25; Rom. 9:22; 2 Ped. 2:1), y a nadie más. La pregunta retórica con que Santiago culmina su argumento es demoleadora: *¿Quién eres tú que juzgas a tu prójimo?* El argumento se basa en la indignidad de uno en relación a la dignidad del otro (1 Sam. 26:14), un argumento también utilizado por el apóstol Pablo para relacionar a un supuesto interlocutor con Dios (Rom. 9:20; 14:4). La respuesta que esta pregunta espera es: Tú no eres nada ni nadie frente al soberano Dios, Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. 15:4). La indignidad de la criatura es puesta en evidencia al compararla con la dignidad del Creador del universo, Dador de la ley, y Juez del mundo entero.

La conclusión de Santiago es clara: Un cristiano jamás debe murmurar de otro cristiano. Murmurar es más que hablar de otro, es hacerlo con saña, con rabia y con celos. El murmurador es inseguro de sí mismo y trata de cubrir esa inseguridad denigrando a otro. Aunque no lo haga por respeto al otro cristiano, al menos por respetar la ley de Dios, un cristiano no debe hablar mal de los otros. Todo aquel que habla mal de los otros pasa de murmurar en contra de los otros, a veces sin advertirlo, a murmurar en contra de la ley de Dios. De nuestra separación de los demás a nuestra separación de las leyes divinas hay un sólo paso. Cuando dejamos que Satanás [P. 265] entre en nuestro corazón contra un hermano, permitimos que nos suceda lo de Judas, que entregó al Señor.

Joya bíblica

Humillaos delante del Señor, y él os exaltará (4:10).

Dios dio sus leyes para que las cumplamos, no para que las discutamos y las juzguemos. Somos muy rápidos en decir que las leyes de Dios son obsoletas, o que son injustas, o que no tienen validez para nosotros. Si las cumpliéramos más seguido, probablemente tendríamos un mejor entendimiento de lo que es la ley de Dios, y de lo que es nuestra propia persona frente a la ley de Dios. Todo cristiano debiera ser hacedor de la ley de Dios, no juez de los demás. Sólo Dios es el dador y el juez de la ley. Sólo Dios puede salvar o condenar a una persona. Sólo Dios está por sobre la ley, todos los demás por debajo. Todos los demás somos súbditos de Dios, no jueces de la ley. Un cristiano que juzga a otros termina juzgándose a sí mismo en aquello mismo por lo que juzga a los demás, y, más gravemente aún, un cristiano que juzga a otros termina juzgando a Dios. La señal de testimonio más fuerte que tenemos los cristianos frente a quienes nos rodean es el amor. Es la misma señal que indica nuestra obediencia a Dios, porque “Dios es amor” (1 Jn. 4:8).

Unos pocos manuscritos antiguos terminan esta sección con la siguiente frase: “...porque los pasos del hombre no son dirigidos por el hombre, sino por Dios”. Aunque no se sabe su procedencia, los comentaristas explican la frase como un título dado a la próxima sección (4:13–17) que fue confundido por algunos copistas como si fuera el final de la sección anterior. La frase, sin embargo, que cita Proverbios 20:24, es una justa transición hacia la próxima advertencia de Santiago.

Hay un solo dador de la ley y juez

(4:11, 12)

Hace referencia al juez que no puede en ningún momento transgredir sus principios. Este concepto se ilustra con el siguiente ejemplo que escuché: Un hombre que no sabía nadar se resbaló y cayó en una piscina. Inmediatamente el salvavidas

al ver que no salía, se lanzó y le salvó la vida.

Un tiempo después, el hombre que fue salvado, tuvo que comparecer ante un juzgado por haber cometido un delito. Tanto el juez como el acusado quedaron sorprendidos al reconocerse mutuamente por el incidente que ocurrió tiempo atrás. Esto alegró al acusado, quien se dijo: ahora éste juez me exonerará de la culpa o me aplicará una pequeña multa. En el curso del interrogatorio, el juez comprobó que el hombre era culpable y el juez aplicó la sentencia de acuerdo a la ley. Decepcionado, el acusado le hizo saber al juez sus pensamientos y su desilusión por haberlo sentenciado, pues esperaba que de la misma manera que le había salvado la vida, así mismo no le hiciera ningún cargo por su delito. El juez le replicó y dijo: en ese entonces fui su salvador, pero ahora soy su juez. Dios como el mejor juez, debe dar curso a la justicia sin violentar su naturaleza.

IX. CUIDADO CON LA VANAGLORIA, 4:13-17

Santiago ya ha hablado de los pobres y de los ricos. Al igual que en 1:9-11 y 2:6, 7, debe darse por entendido aquí que Santiago se refiere a pobres y a ricos que son cristianos. Muy especialmente en esta sección, debe entenderse que los comerciantes ricos a los que hace referencia son cristianos, es decir, son personas de holgada posición económica que al menos llevan el nombre de cristianos. Si Santiago se refiriera a ricos que no eran de la comunidad de fe, como la mayoría de comentaristas lo interpretan, el argumento todavía sería poderoso, [P. 266] pero carecería de sentido propio. Aunque no es natural, es obvio que un rico que no es de la comunidad de fe se comporte del modo que Santiago describe. Pero no es ni obvio ni natural que un rico cristiano se comporte como Santiago lo describe.

Decálogo para cómo murmurar de otro cristiano con éxito

(Adaptado de "El Expositor Bautista").

Haga todo lo contrario, y obrará como un cristiano:

1. No respete ni se someta al hermano/a, aunque la Biblia lo mande.
2. Crea y repita todo lo desfavorable que oiga decir sobre él o ella.
3. Nunca le aliente. Evite toda demostración de gratitud o de aprecio por sus esfuerzos como cristiano.
4. Cuando él/ella no está presente, critíquelo/a hábilmente ante otras personas, para desprestigiarlo/a con fina sutileza.
5. Acuse a su cónyuge de cosas que no se pueden probar.
6. No ore por él/ella ni por su familia, ni en privado ni en público.
7. Divulgue todos los errores del otro cristiano, y nunca elogie sus aciertos.
8. Jamás intente defenderlo/a, pero muestre su desagrado si él/ella se defiende.
9. Procure ridiculizarlo/a y humillarlo/a haciéndole notar con lujo de detalles todos sus defectos, sin reconocer al mismo tiempo sus virtudes.
10. Olvide que el otro cristiano es un hijo de Dios, específicamente apartado por el Espíritu Santo para el mi-

nisterio que cumple. De todos modos, si usted hace las cosas que indica este decálogo de mal creyente, ya ha demostrado que el Espíritu Santo no tiene mucho lugar en su vida.

1. La vanagloria y la jactancia, 4:13

Santiago profetiza contra la vanagloria de la vida y la jactancia de quienes pretenden tener todo bajo control, cuando el verdadero control está solamente en manos de Dios. Santiago comienza su desarrollo con: *Vamos pues ahora...*, una frase que se encuentra sólo aquí y en 5:1 en toda la Escritura. La frase nos hace recordar a los “ayes” de Jesús sobre los fariseos (Mat. 23:13–16; 23–29; Luc. 11:42–52). Así como los fariseos, como verdaderos ciegos espirituales que guiaban a otros ciegos, no podían distinguir las verdades que Jesús quería entregarles, así tampoco estos negociantes ricos del tiempo de Santiago habían discernido para sí mismos el verdadero centro neurálgico del evangelio, la sabiduría de lo alto (3:17, 18).

Aunque no tengamos referencias directas, es natural pensar que muchos de aquellos que fueron dispersados por causa de la persecución de Esteban (Hech. 11:19), destinatarios principales de esta epístola, se hayan dedicado en la dispersión a los negocios, especialmente al comercio. También es natural pensar que se dedicaran a ofrecer productos y servicios que eran comunes para ellos, pero que eran escasos en las nuevas tierras donde se radicaron. Si así lo hubieran hecho, el resultado habría sido muy promisorio económicamente para estos negociantes emprendedores. Del éxito en los negocios a la vanagloria hay un sólo pequeño paso: olvidarse de Dios y centrar todo en uno mismo. Eso es lo que Santiago intenta combatir en sus lectores.

La frase comienza una sección que está escrita en un tono profético. El profeta grita sus verdades entre quienes quieran escucharlo, sin preocuparse mucho por el modo en que sus expresiones sean tomadas, ni tampoco en adecuar sus frases a sus oyentes como para no ofender a nadie. Así como Jesús (Mat. 11:16–19; 12:34; 15:7–9; 23:33; Luc. 12:56) y Juan el Bautista (Mat. 3:7; Luc. 3:7), Santiago denuncia con dureza aquellos que se creen demasiado seguros de sí mismos como para hacer planes a futuro sin tomar en cuenta que el futuro es inseguro y que sólo está en las manos de Dios. La sección intentará demostrar la tontería de sus razonamientos y encauzar a quienes son verdaderos cristianos en el modo cristiano de ver y tratar con el futuro.

Al igual que toda criatura, afirma Santiago, el negociante debe aprender a no depender de sus riquezas o poderes. Hay cosas que un negociante no maneja, entre ellas el día de mañana y su propia vida, que es como un poco de vapor o neblina (4:13, 14). También el negociante próspero, al igual que todos los demás, debe aprender a depender de Dios para todas las cosas. La intención de Santiago no es que el rico aprenda a decir *si Dios quiere* como una fórmula sin sentido. Por el contrario, el rico debe aprender a actuar en conformidad con la voluntad de Dios y con lo que Dios realmente quiere (4:15). O un rico obra según la voluntad de Dios, u obra según su propia jactancia. Esa jactancia, como toda otra jactancia, es mala, es lisa y llanamente pecado (4:16). El pecado es justamente saber hacer lo bueno y no hacerlo. El cristiano rico sabe qué es lo bueno: Amar a su prójimo como a sí mismo. Lo sabe, pero no lo hace, por eso vive en pecado (4:17).

La jactancia del negociante se demuestra en su modo de conducir su vida como si todo dependiera de él mismo: *“Hoy o mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año y haremos negocios y ganaremos”* [P. 267] (4:13). La frase nos suena extrañamente familiar. Todos hemos hecho este tipo de planes en relación con nuestra vida. La vida exitosa, se dice, comienza con hacer planes realistas. Aquel que no hace planes vive una vida perdida y sin sentido. El problema de Santiago no son los planes en sí. El problema es hacer planes que ni toman en cuenta la contingencia de la vida, ni incluyen a Dios. Estos negociantes, jactanciosos y soberbios (4:16), obran como si la vida les perteneciera, como si ellos pudieran determinar las cosas más esenciales de la vida. Así también Jesús afirmó que no podemos hacer “que un cabello sea ni blanco ni negro” (Mat. 5:36), cuánto menos hacer planes sobre el día de mañana, que es incierto. Por eso enseñó a sus discípulos a no preocuparse desmedidamente por el día de mañana (Mat. 6:34), sino a depender de Dios para el futuro, y esperar de él todas las bendiciones.

La jactancia del negociante emprendedor se muestra en el modo en que formula su frase: *“Iremos..., estaremos..., haremos..., ganaremos”*. La permanencia del futuro se da por sentado. No hay ni una mínima reflexión sobre la incertidumbre que pueden traer las enfermedades, los problemas del camino, las dificultades propias de la vida. Tampoco hay en la frase del negociante una reflexión sobre la voluntad de Dios sobre esos planes. ¿Será que Dios aprueba esos planes? ¿Estaremos haciendo bien en ir a esa ciudad? ¿Es el principal propósito de la vida, según Dios, el ganar dinero? Todas estas preguntas pasan muy por encima de la determinación jactanciosa y soberbia del negociante rico. El rico no incluye a Dios en sus planes, por eso su cristianismo es, por lo menos, tibio y falto de sentido vital.

2. El futuro, 4:14

El rico que así se comporta no sólo no sabe lo que será mañana, tampoco tiene sentido de qué es la vida. No saber qué será del mañana no es problema sólo de los ricos o de los negociantes. Proverbios 27:1 dice: “No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué dará de sí el día”. Nadie sabe qué será mañana: sólo Dios. El rico soberbio y jactancioso, sin embargo, presume saberlo. Así es el rico de la parábola de Jesús: ha decidido derribar sus graneros y edificar mayores, para tranquilizar su alma y gozarse por el resto de su vida. Sin embargo, Jesús dice que “Dios le dijo: ‘¡Necio! Esta noche vienen a pedir tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será?’ ” (Luc. 12:16–20).

El problema del rico no es la riqueza, el problema es él mismo, que no puede desprenderse de ella. El problema con los ricos es quién domina a quién. ¿Somos nosotros quien dominamos nuestra riqueza, o es nuestra riqueza la que nos domina a nosotros? Cuando la subida o bajada de la bolsa de valores es más importante que las relaciones familiares, entonces la riqueza es un problema. Cuando el trabajo se lleva más horas que las relaciones con los demás, entonces el trabajo se ha convertido en un problema. Cuando los planes para el futuro son hechos sin tomar en consideración a Dios, entonces el futuro se ha convertido en un problema. El problema no son las riquezas, ni el trabajo, ni el futuro. El problema es querer volverse rico de la noche a la mañana. Nadie puede hacerse rico rápidamente, si lo hace honestamente. Cuando queremos amontonar más de lo que alguna vez vamos a poder utilizar, la riqueza se nos ha convertido en un problema. Tenemos que aprender a saber qué es la vida.

El negociante soberbio no sólo no sabe lo que será mañana, tampoco sabe qué es la vida. La vida, dice Santiago, es como un *vapor*, *atmós*⁸²², humo, neblina, bruma: un claro ejemplo de su transitoriedad. El humo, [P. 268] la niebla, ha sido utilizada extensivamente en la Biblia como símbolo de la transitoriedad de la vida (Sal. 37:20; 68:2; 102:3; Isa. 51:6; Ose. 13:3). Cuando el sol sale, la niebla se desvanece. Así también comparaba Santiago al ser humano con la flor de la hierba, que también “se desvanece” (1:10, 11). La transitoriedad de la vida está enfatizada por este “aparecer” y “desaparecer” del vapor y de la flor de la hierba, las dos aparecen *por un poco de tiempo*, y después *se desvanecen*. También el ejercicio corporal ayuda *por un poco de tiempo*, dijo Pablo, pero la piedad aprovecha para siempre (1 Tim. 4:8). Así también aquellos que recibieron el evangelio como entre piedras, la palabra creció “por un tiempo”, pero al llegar la prueba, se apartaron de ella (Luc. 8:13). La vida es transitoria, pero quien se afirma en Dios puede confiar en él para el resto de su existencia en esta tierra y más allá de esta vida. El negociante jactancioso y soberbio todavía tiene que aprenderlo, todavía tiene que descubrir que la verdadera riqueza de la vida está en obtener la sabiduría de lo alto (3:17, 18).

3. La solución a la jactancia y la vanagloria, 4:15, 16

La solución de Santiago es simple, pero no simplista. *Más bien* está indicado por *anti*⁴⁷³, que marca una transición, significando: contrariamente, por el contrario, en lugar de. Lo que el negociante rico debería hacer en contrario a lo que está haciendo es aprender qué quiere decir: *Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello*. Esta expresión es conocida históricamente como la *conditio Jacobeae*, o “condición de Santiago”, pero se encuentra en todo el NT (Hech. 18:21; 1 Cor. 4:19; 16:7; Fil. 2:19, 24; Heb. 6:3; 1 Ped. 3:17). Es una condición que indica verdadera condicionalidad. *Si el Señor quiere* lleva implícito el hecho de que no sabemos si quiere o no quiere, y por lo tanto tenemos que depender de él para que quiera o no. En cualquiera de los dos casos para nosotros será lo mismo, porque queriendo él o no queriendo, siempre será su voluntad, que es lo que nosotros debemos hacer, como nos enseñó Jesús (Juan 4:34). Todos los planes del ser humano están determinados y dirigidos por Dios (Sal. 32:8; Pro. 16:33; Jer. 33:3). Nuestra parte es alzar la vista a Dios y pedirle intervención directa en nuestra vida.

Desgraciadamente, muchas personas hoy en día, como lo ha sido también históricamente, utilizan esta expresión *si Dios quiere* como un simple formulismo. Los antiguos griegos la utilizaban, y también los árabes. Los romanos la cristalizaron en la expresión latina *deo volente*, de la que deriva nuestro conocido “Dios mediante”. Los cristianos también podemos caer en la trampa de utilizar esta expresión como un costumbrismo, o como un conjuro, sin tener verdaderamente su sentido propio. El que de veras entrega su vida a Dios, sin embargo, cuando dice *si Dios quiere* está dependiendo de él más de lo que acostumbradamente se hace.

El consejo de Santiago es que el verdadero cristiano debiera siempre decir: *Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello*. Las dos expresiones están unidas por una conjunción concadenada: Si el Señor quiere, no sólo viviremos, sino también haremos esto o aquello. La condición para que hagamos *esto o aquello* es que vivamos. Eso es lo que ha olvidado el rico. En su fruición emprendedora, el rico ha olvidado que vive. El rico ha olvidado lo más importante: la vida.

Así le pasa al rico: se olvidó de Dios, se olvidó de vivir, se olvidó de lo más importante. El negociante piensa sólo en sus negocios y se olvidó que la razón de sus negocios es vivir. El rico, como cualquier persona, debe volver a aprender a decir: *Si Dios quiere*. El negociante rico debe aprender [P. 269] que la vida no depende de sí, sino de Dios. El negociante debe recordar que hay otras variables para sus planes que los horarios de los aviones y la fluctuación de la bolsa de valores. Las variables más importantes son la voluntad de Dios y la vida. Estando estas dos cosas, el negociante puede luego hacer planes. Pero planificar sin consultar ni la voluntad de Dios ni la vida es planificar para un desastre.

Semillero homilético

La relación con el mundo que nos rodea

4:1-17

Introducción: La actuación del creyente en Jesucristo con el mundo que le rodea, no deja de ser una relación, más no una función. El pueblo de Dios tiene otros objetivos que los del mundo, aunque estemos en él. No olvidemos que ninguna comunión tiene la luz con las tinieblas, y que no podemos unirnos en yugo desigual.

I. Es relación mas no una amistad, 4:1-10.

1. Se da la relación por estar en el mundo (vv. 1, 2).

(1) Porque el mundo anda en guerras y pleitos.

(2) Porque el mundo anda en pasiones y codicias.

(3) Porque el mundo anda en muerte y envidia.

2. Se da la relación porque ignora la Palabra (v. 3).

(1) Porque no se saben pedir en oración.

(2) Porque se pide para placeres desordenados.

3. Se da la relación en yugo desigual (vv. 4-6).

Siempre estaremos en desventaja con el mundo si llegaran a actuar como ellos.

(1) Porque somos de Dios.

(2) Porque somos humildes.

II. Es relación mas no identificación, 4:7-12.

1. Por respeto al prójimo que nos mira (vv. 7-11).

(1) No hablando mal entre los hermanos.

(2) No lanzando juicios equivocados.

(3) No siendo juez con la ley.

(4) No juzgando al prójimo.

2. Por respeto a la ley de Dios (v. 12).

(1) Por ser Dios el dador de la ley.

(2) Por ser Dios quien salva.

(3) Por ser Dios quien juzga.

III. Es relación mas no función con el mundo, 4:13-17.

1. Porque el que ama al mundo no depende de Dios (v. 13).

(1) Actúa por su propia cuenta.

(2) Se desvanece por su propia cuenta.

2. Porque el mundo no sabe lo que hace (vv. 14–17).

(1) Debieran decir: si el Señor quiere.

(2) Debieran hacer lo bueno y no lo hacen.

Conclusión: Debemos relacionarnos con el mundo, más nuestros pasos tienen que ser cautelosos, pues no podemos tener ninguna comunión con las tinieblas. Dios es luz y el mundo anda en tinieblas que obstruyen el proceso de la luz.

Lo peor de estos cristianos negociantes, dice Santiago es que se jactan de sus soberbias. La expresión *os jactáis, kaujaomai*²⁷⁴⁴, significa gloriarse (con o sin razón), gozarse, jactarse, alardear. Aparte de Santiago en esta ocasión, el único que utiliza esta palabra en sus escritos es el apóstol Pablo. En muchas cosas dice el apóstol Pablo que una persona puede gloriarse. Uno puede gloriarse en Dios (Rom. 2:17), en la ley de [P. 270] Dios (Rom. 2:23), en los hombres; cosa que no hay que hacer; (1 Cor. 3:21), en el arrepentimiento de los pecadores (2 Cor. 7:9), en sus visiones y revelaciones (2 Cor. 12:1), en los hermanos (1 Tes. 2:19). La más cristiana forma de gloriarse, dice Pablo, es gloriarse “en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál. 6:14).

Doble ánimo

(4:11–17)

Es el calificativo que se da a una persona que es inconstante en sus acciones y compromisos. Viene a ser como la onda del mar que es llevada a capricho por el viento. Para donde el viento sople, para allí se golpea la ola; de la misma manera, un creyente inmaduro y falto de seguridad en la doctrina y en su Señor, es llevado por las influencias y se torna de doble ánimo o de doble faz.

Estos negociantes insensatos, sin embargo, ni siquiera se glorían de sus realizaciones o de sus logros, se glorían *en vuestra soberbia*. Esta expresión, que está en el plural en el original, es mejor traducida por RVR-1960 “en vuestras soberbias”. *Alazoneias*²¹², significa una charla ostentosa y vacía, una seguridad insolente que confía sólo en sus propios recursos y que desprecia y viola las leyes divinas y los derechos de los demás, una presunción impía y vanidosa que confía en la supuesta estabilidad de las cosas terrenales. En Argentina se le llama “fanfarronería”, es decir, hacer tocar una fanfarria o pequeña banda de instrumentos de viento delante de uno. El que no ha hecho nada en su vida sólo puede alardear de sus fanfarronerías, de sus soberbias, de aquellas cosas que sólo en su afiebrada mente cree haber realizado. De ellos habló Pablo a los romanos (Rom. 1:28–32) y el apóstol Juan en su primera carta (1 Jn. 2:16). La conclusión de Santiago es obvia: *Toda jactancia de esta clase es mala*.

4. Corolario, 4:17

El último versículo de esta sección es usualmente tratado por los comentaristas como un versículo aparte. A juicio de ellos, el versículo 17 no parece tener mucha relación con la sección anterior ni con la posterior. A decir verdad, el texto parece sostenerse solo, sin necesidad del contexto anterior ni del posterior. Esto pasa con toda la literatura de sabiduría. Los proverbios no parecen tener mucha relación los unos con los otros, pero eso no quita su pertinencia u oportunidad. Lo mismo pasa con este texto: *Al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, eso le es pecado*.

La relación con su contexto está dada por el *por tanto*, que conlleva un sentido de finalidad. Si el versículo tuviera que leerse separadamente, tendría que ser interpretado como un precepto en contra del pecado de omisión (Mat. 23:23). Al estar relacionado con lo anterior, o aun si estuviera relacionado con lo posterior, el mandamiento está inmediatamente dirigido hacia evitar la soberbia y la vanagloria, a tener cuidado con la riqueza y con la opresión del pobre, y a depender de Dios para todas las cosas de la vida. El orgullo, la autosuficiencia y la vanidad de la vida son la principal causa de la desobediencia del ser humano para con su creador.

Saber hacer lo bueno y no hacerlo es la raíz del pecado. El cristianismo no es cosa de saber hacer lo bueno, sino de hacerlo. El que dice, pero no hace, no lleva provecho. Sólo el que hace la obra es bienaventurado (Mat. 7:26; Juan 13:17; Stg. 1:23). El que no hace lo que dice, *le es pecado*. La expresión significa algo así como que “es pecado para él” o “se le cuenta a él como pecado, aunque no sea pecado en sí”. La expresión,

un poco extraña para nuestro modo de hablar y de pensar, es una traducción de la expresión veterotestamentaria “sería en ti pecado” (Deut. 23:21, 22; 24:15), que es una muestra de la búsqueda judaica del pecado individual oculto que ensucia la vida de la comunidad, usualmente llamado “anatema” (Deut. 13:17; Jos. 6:17, 18; 7:13).

Lo más interesante del versículo, sin embargo, es su definición de pecado. Confundimos la esencia del pecado con los pecados. [P. 271] Pecado es matar, pecado es robar, decimos. No nos damos cuenta que esos son pecados. La definición de Santiago tuerce radicalmente nuestro concepto de pecado. Desgraciadamente, en nuestro día ya no se habla de pecado. Hablamos de enfermedades, de crímenes, de inmoralidad, pero no de pecado. Para los griegos antiguos el pecado era atribuido principalmente a la ignorancia humana. Hoy en día hay quienes atribuyen el pecado a la naturaleza humana. Como dice la letra de un tango argentino: “Si soy así, qué voy a hacer...”. Otros atribuyen el pecado a los instintos primitivos o animales que todavía nos dominan como seres humanos. Todo esto es una seria deformación de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza humana. La Biblia llama a las cosas por su nombre, y al pecado, le llama pecado.

El pecado es representado en la Biblia de diversas maneras: (1) Como desobediencia, o trasgresión en contra del pacto con Dios (Jos. 7:11; Jue. 2:20; Jer. 34:18; Ose. 8:1; Rom. 2:23; Gál. 3:19; Heb. 9:15). (2) Como fallar al blanco, no acertar, desviarse, caerse hacia un lado (Mat. 6:14; Gál. 6:1, 2; Ef. 1:7; Col. 2:13). (3) Como maldad, iniquidad, trasgresión, ofensa o delito (Éxo. 34:7–9; Sal. 6:8; Luc. 13:27; Rom. 6:19; 2 Tim. 2:19). (4) Como idolatría o tener otros dioses delante de Dios (Éxo. 20:3; Sal. 115:4–8; Isa. 40:18–20; Rom. 1:22–25; 2 Ped. 2). El lector realmente interesado en desarrollar un concepto bíblico de pecado debiera revisar la Teología Sistemática del profesor James Leo Garrett (Tomo 1, Capítulos 34–38). Para Santiago el pecado es saber hacer lo bueno, y no hacerlo.

Semillero homilético

El creyente es actor, no espectador

4:11–17

Introducción: La mejor manera de hacer la voluntad de Dios es mantener un compromiso permanente para crear mejores condiciones de vida en el mundo que nos rodea.

- I. No hablando inadecuadamente contra los hermanos, 4:11.
 1. Porque el tiempo no alcanza (v. 11a).
 2. Porque nos hacemos jueces (v. 11b).
 3. Porque entendemos que somos salvados por Dios (v. 11c).
- II. No juzgando inadecuadamente al prójimo, 4:12.
 1. Porque nos sentimos salvados por Dios (v. 12a).
 2. Porque nos sentimos igual al prójimo (v. 12b).
- III. No siendo independientes de Dios, 4:13, 14.
 1. Porque sabemos que el futuro es de Dios (v. 13).
 2. Porque sabemos que la vida le pertenece a Dios (v. 14a).
 3. Porque sabemos que la prosperidad viene de Dios (v. 14b).
- IV. No actuando contra la voluntad de Dios, 4:15–17.
 1. Solicitando el apoyo de Dios en nuestro actuar (v. 15).
 2. Solicitando el apoyo de Dios para no caer en la jactancia (v. 16).
 3. Solicitando el apoyo de Dios para hacer lo bueno (v. 17).

Conclusión: Una de las mejores cosas que debe hacer el creyente en Jesucristo es ser un verdadero participante de las funciones que compete a la vida cristiana auténtica. Es decir, no ser sólo espectador de los acontecimientos, sino actor.

Lo peor que han olvidado estos negociantes ricos es el amor al prójimo y la regla de oro (Mat. 5:43–48; Mat. 22:36–40). Ellos sólo buscaban ganancias. Para ellos el todo de la vida es tener más y más. Sus relaciones y amistades no son importantes. Ellos saben qué es lo bueno, ellos saben cómo hacer lo bueno. Ellos han concurrido a las sinagogas, han escuchado sermones, han estudiado la Biblia. El problema no está en el conocimiento. El problema está [P. 272] en la acción. Ellos no hacen lo que saben que deben hacer. Por eso Santiago engloba todas las definiciones bíblicas de pecado en esta gran fórmula: Saber hacer lo bueno y no hacerlo, eso es el pecado.

Dando vuelta la frase y poniéndola en positivo, lee: El que sabe hacer lo bueno y sí lo hace, verá la salvación de Dios. Así como Jesús afirmó: “No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 7:21), así también dijo: “Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mat. 12:50). Para Jesús lo más importante de la vida es hacer la voluntad del Padre (Luc. 22:42; Juan 4:34). Él la realizó completamente en su vida, y por eso no pecó. Hacer la voluntad de Dios nos encamina en la salvación que Dios quiere darnos. Hacer la voluntad de Dios nos libra de la vanagloria de la vida, y de querer acaparar todo para nosotros. Hacer la voluntad de Dios nos libera para una vida con propósito y con sentido.

Santiago ha completado su advertencia contra la vanagloria de la vida, pero todavía tiene algo más para decir a los ricos. La próxima sección les advertirá sobre los peligros de la riqueza y la opresión de los pobres.

Semillero homilético

La responsabilidad del creyente al hablar

4:11–17

Introducción: El hijo de Dios, y mucho más en el mundo en que vivimos, debe ser responsable de cada una de las palabras que expresa, pues el mundo lo observa y dará buen o mal testimonio de su fe en Jesucristo y su Iglesia.

- I. Dios exige responsabilidad al hablar, 4:11.
 1. Cuando se murmura contra los hermanos (v. 11a).
 2. Cuando se emiten juicios descalificadores (v. 11b).
 3. Cuando se cuestiona negativamente a la ley (v. 11c).
 4. Cuando se hace a sí mismo juez de la ley (v. 11d).
- II. Dios exige responsabilidad al juzgar, 4:12.
 1. Porque Dios es el dador de la ley (v. 12a).
 2. Porque Dios es quien salva (v. 12b).
 3. Porque Dios es quien puede destruir (v. 12c).
 4. Porque Dios no permite que el hombre ocupe su lugar (v. 12d).
- III. Dios exige responsabilidad al actuar, 4:13–17.
 1. Porque Dios es dueño del futuro (v. 13).
 2. Porque Dios es el dueño de la vida (v. 14).
 3. Porque Dios exige acciones responsables (vv. 15–17).
 - (1) Cuando solicitamos su permiso (v. 15).
 - (2) Cuando dejamos la jactancia (v. 16).
 - (3) Cuando se hace lo bueno (v. 17a).
 - (4) Cuando se deja de hacer lo bueno (v. 17b).

Conclusión: Es preciso considerar que, si a alguien se le debe hacer responsable de sus propias acciones y manera de hablar, es el creyente en Jesucristo a quien mucho se le ha dado mediante su evangelio, y mucho se le demandará.

X. CUIDADO CON LA RIQUEZA Y CON OPRIMIR AL POBRE, 5:1-6

Con la misma expresión con que comenzó su sección profética contra los negociantes jactanciosos y soberbios en 4:13, comienza Santiago esta nueva sección dirigida [P. 273] expresamente contra los ricos: ¡*Vamos pues ahora, oh ricos!* Curiosamente, estos ricos ya no son negociantes que viajan de una ciudad a otra, sino dueños de campos que han sido segados por los pobres (5:4). El ámbito productor de su riqueza puede haber cambiado, pero la situación es similar: los unos y los otros se han olvidado de Dios y del prójimo.

Nuevamente es útil recordar que Santiago se refiere a ricos que son cristianos, o que al menos presumen de ser cristianos. La distinción más notable entre los ricos de 4:13–17 y los de esta sección es que para estos ricos parece no quedar ya esperanza. Al menos, Santiago no expresa ninguna en los versículos de esta sección. En la sección anterior Santiago reconviene a sus ricos oyentes al arrepentimiento y a comportarse de una manera más cristiana (4:15). En esta sección, sin embargo, no hay llamado al arrepentimiento, ni hay indicación alguna de cómo estos ricos dueños de campos puedan cambiar su modo de actuar por uno más cristiano. Parece que, para Santiago, ya no tienen esperanza sino una horrenda expectativa de juicio y condenación (Heb. 2:2, 3; 10:26, 27).

1. Recomendación inicial, 5:1

La recomendación inicial a estos ricos terratenientes es *llorad y aullad*, que sería más acertado traducirlo “llorad aullando”. La expresión *ololuzein*³⁶⁴⁹ es en sí onomatopéyica, y podría traducirse como ululante, así como ululan las sirenas de los patrulleros o de las ambulancias. La expresión está emparentada con el verbo *alalazo*²¹⁴ (Mar. 5:38; 1 Cor. 13:1) que se derivó de repetir frecuentemente el grito de “alalalala”, como lo hacían los soldados que iban a la batalla, y que pasó luego a significar lamentarse, aullar o gritar desesperadamente. El tono profético es muy marcado: el mismo llamado a lamentar aullando se encuentra repetidamente en Isaías (Isa. 13:6; 14:31; 15:2, 3; 23:1, 14; Jer. 48:31).

Joya bíblica

Vuestras riquezas se han podrido, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; su moho servirá de testimonio contra vosotros y devorará vuestra carne como fuego. ¡Habéis amontonado tesoros en los últimos días!

(5:2, 3).

Así el rico, según Santiago, no sólo debe llorar, debe hacerlo de manera desesperada, como aullando. La declaración de Santiago no está hecha como un llamado al arrepentimiento sino como una proclamación profética: los ricos ya no tienen esperanza, sólo una terrible expectativa de juicio pendiente. En la sección anterior Santiago daba alguna recomendación a los negociantes ricos (4:16), así como también lo hacía en la primera parte de su carta (1:12; 2:1). En todas ellas parecía haber como una esperanza de reforma o de conversión para los ricos. En esta sección, sin embargo, toda esperanza de reforma se ha abandonado, sólo queda para ellos la reprimenda y la advertencia del juicio que pende sobre sus vidas no transformadas por la sabiduría de lo alto. En la próxima sección Santiago se dirigirá a los pobres, pidiéndoles paciencia y grandeza de ánimo (5:7–12) y en la última sección de su carta a todos por igual: ricos y pobres (5:13–20) recordándoles que el Juez está a las puertas, y que deben amarse y respetarse los unos a los otros, orando [P. 274] unos por otros, confesándose sus pecados los unos a los otros, y exhortándose unos a los otros para que todos se mantengan en el camino de Dios.

Como en varios pasajes del NT (Mar. 12:41; Luc. 1:53; 6:24; 14:12; 21:1; 1 Tim. 6:17, 18; Apoc. 6:15), los ricos son tratados en plural, como una clase aparte y determinada. La riqueza, especialmente aquella que ha sido mal adquirida, no se obtiene en individualidad sino en complicidad con otros que son ricos o que quieren enriquecerse. Cuando los ricos operan como clase su poder se acrecienta. Eso lo saben todas las mafias y los grupos de presión que operan en este mundo. El tratar a los ricos como grupo no es entonces una mera obsesión clasista, sino un reconocimiento de la pluralidad del pecado, y de lo sistemático del atropello hacia el pobre y el trabajador.

Los ricos deben llorar aullando *por las miserias* que vendrán sobre ellos. La palabra *talaiporia*⁵⁰⁰⁴ significa calamidad, catástrofe, problema, dificultad, miseria. Esta es una palabra compuesta de *tlao*, sufrir, soportar, y *poria*, dureza, callo; cuyo significado básico resultante es: “sufrir un callo”. Así como no hay nadie más miserable que aquel que tiene que sufrir un callo y por eso no puede caminar, así también le pasa al rico insensible e insensato: sus riquezas son miserias *que vienen sobre vosotros*. La palabra sobrevenir, *eperjomai*

¹⁹⁰⁴, significa algo que sucede sin que la persona involucrada pueda hacer nada por prevenirlo, como el ataque de un enemigo (2 Sam. 17:1, 2), una enfermedad (2 Crón. 20:9), una maldición (Hech. 8:24), la ruina (Prov. 3:25), la destrucción de la tierra (Luc. 21:16) y aun la presencia del Espíritu Santo (Isa. 32:15; Luc. 1:35).

El sentido profético de la sección es nuevamente recalcado: El rico ha amontonado riquezas como bendición pero en un momento ellas mismas se volverán contra él como maldición, como miserias que lo destruirán. La realización de la intervención de Dios, expresada por Santiago en un pasivo divino, es inminente. Es Dios el que destruye a los ricos a través de sus propias riquezas. Es el todopoderoso que burla los planes de quienes se creían poderosos de la tierra, pero no le reconocieron ni le dieron gloria (Rom. 1:21). Lo hace a través de lo que ellos más valoraron: sus propias riquezas.

2. Riquezas que se han podrido..., 5:2, 3

Las miserias que vienen sobre los ricos son sus propias riquezas. ¡Qué contradicción! Lo que se intentó como bendición se vuelve maldición; lo que se intentó como ostentación y lujo, está enmohecido y podrido; lo que se intentó como riquezas, ahora son miserias. Así son las riquezas de los ricos jactanciosos: son miserias presentes y miserias por venir. Las riquezas del rico: el grano, el vino y el aceite que llenaban sus despensas, *se han podrido*. Las ropas del rico, seguramente ya fuera de moda, están comidas de polilla en los guardarropas. El oro y la plata del rico, diseñados para hermosear su parecer, ahora se han herrumbrado y enmohecido. La misma sensación de impotencia del rico en relación las miserias “que vienen” sobre ellos (5:1), se repite en el modo en que se destruyen de sus riquezas. Ellas *se han podrido*, *katiotai*²⁷²⁸, verbo compuesto con el prefijo *kata* que indica que “se han podrido completamente”. El rico no ha podido hacer nada para evitar que se corrompan, y sus resultados son completos y desastrosos. El rico no se ha dado cuenta de que él mismo no puede controlar la destrucción de sus riquezas, que sólo Dios puede controlarlas [P. 275] (Hag. 2:8). Las *ropas* que están comidas de polillas se refieren a ropas finas y distinguidas, *jimation*²⁴⁴⁰, traducido capa o manto que se usaba sobre la túnica, que en el caso de los ricos sería de gran pompa (Luc. 7:25). Eran ropas de gran pompa, pero las polillas no perdonan. El rico puede controlar a los sastres que diseñan y cosen sus ropas delicadas, pero no puede controlar la polilla.

Clama el jornal de los obreros

(5:4, 5)

En este pasaje, Santiago expresa el compromiso con los pobres y busca la reivindicación de aquellos que fueron explotados en su trabajo y no ofrecieron ningún tipo de resistencia. Ahora clama al Señor que se haga justicia, pues han llegado a sus oídos los lamentos de su pueblo.

Bien se quejó en cada una de sus obras Rauschenbuch, cuando dijo: "El tipo de hombre de negocios que ganaba millones con fábricas inmundas, consumía la vida de las mujeres y niños, sacaba doce por ciento de interés de los conventillos, impedía el casamiento de los hombres y mujeres pagándoles menos de lo que necesitaban para vivir y mantenía las cunas vacías por causa de los elevados precios y el miedo al futuro".

Es imposible que haya justicia, cuando se está por encima de los demás. Jesús comprendió esto y se puso del lado de los pobres.

El rico malinterpretó el sentido de las riquezas. En lugar de utilizarlas para lo que Dios las envió: dar de comer al hambriento, dar ropa al desnudo, sostener la vida; el rico guardó sus riquezas celosamente bajo tierra o en lugares aparentemente seguros, donde a nadie aprovecharon. No aprovecharon al rico cuando las tuvo porque se limitó a guardarlas. Tampoco aprovecharon al pobre que las necesitaba y nunca las tuvo porque estuvieron guardadas por el rico en sus graneros (Luc. 12:18). Ahora que son inútiles, esas riquezas convertidas en miserias testifican contra el rico, son ellas quienes devorarán su *carne*; literalmente “sus carnes” (en plural (Apoc. 17:16; 19:18, 21) *como fuego* (5:3). El moho y la polilla comen silenciosa y discretamente, como un cáncer en el cuerpo. El que las riquezas miserables coman “como fuego” lleva un sentido de juicio inminente. En palabras del propio Jesucristo, es el eterno fuego de la Gehenna que les espera, fuego que quema pero que no se consume nunca (Mat. 5:22, 29, 30; 25:41; Mar. 9:43, 45, 47; Luc. 12:5).

Varios comentaristas insisten en que el fuego destruye rápidamente, no lentamente como la podredumbre, el moho y la polilla. El fuego de la Gehenna, sin embargo, era un fuego lento, que quemaba de un modo continuo y sin reposo. Este sentido de fuego lento y continuado es acentuado por el modo en que aquellas riquezas han sido hechas. Los ricos dueños de campos han ido acrecentando su riqueza lentamente, jornal tras jornal que no fue pagado a los obreros que segaron sus campos. Así como lentamente lo atesoraron, lenta pero inexorablemente también lo perderán a manos de la podredumbre, el moho y la polilla, quienes son sus últimos testigos de culpa y cargo frente a Dios. Una variante textual lee: “habéis atesorado *ira* en los últimos días”.

El paralelismo de esta sección con Mateo 6:19, 20 es evidente. El problema de estos ricos es que ahora ya es muy tarde para prevenir. Ellos no han acumulado tesoros en el cielo, sino en la tierra. Ahora estos tesoros acumulados en la tierra se vuelven contra ellos como instrumentos de su propia perdición, utilizados en manos de un justo Dios para dar pago y retribución del pecado.

El herrumbre y la polilla son los testigos contra los ricos en el juicio, así como el jornal retenido a los obreros y los obreros mismos (5:4). Las riquezas *claman* frente al Señor demandando una reparación justiciera (Lev. 19:13; Deut. 24:15; Mal. 3:5). Las despensas podridas, los guardarropas llenos de ropa vieja y apolillada, la plata enmohecida en el banco, son pruebas en contra de los cristianos ricos de que no [P. 276] han usado las riquezas del modo que Cristo nos enseñó, para compartirlas con el pobre y el necesitado (Luc. 3:11; 16:9–11). Son pruebas de que han amado el dinero no por lo que pueda producir para beneficio de muchos, sino por amor al dinero. Son pruebas de que lo han guardado como avaros en lugar de utilizarlo para lo que verdaderamente sirve, para mantener la vida y mejorarla para todos. Los tesoros se convierten en basuras no sólo en cuanto a los valores (Fil. 3:7–9) sino que esas basuras llevan a los propios ricos a ser tirados al basurero, la Gehenna de fuego (Mat. 5:29, 30).

3. Clama el jornal de los obreros, 5:4–6

El jornal de los obreros, fraudulentamente retenido, también *clama*. El jornal era la paga por un día de trabajo en el campo, usualmente establecido en un denario (Mat. 20:1–16). Defraudar a una persona un día de su trabajo no parece ser demasiado dinero. El texto, sin embargo, habla de varios obreros, e implícitamente de muchos días de trabajo; no se cosecha un campo en un día, especialmente cuando esa cosecha se hacía a mano. El texto da por sentado una actitud premeditada y continuada de parte de los dueños de los campos. El tipo de fraude no se explica, sólo que los dueños de los campos no estuvieron dispuestos a pagar lo que era debido.

No hace falta saberlo para darse cuenta de que Santiago está describiendo la actitud de quienes se hacen ricos a costa del trabajo y el sacrificio de los pobres. Veinte siglos han pasado, y la situación no parece haber cambiado mucho.

No sólo la comida podrida, las ropas apolilladas, y el oro y la plata enmohecidos testifican contra los ricos. No sólo el jornal fraudulentamente retenido clama a Dios. Principalmente *los clamores de los que segaron han llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos*. Sus clamores *han llegado a los oídos de* (literalmente, “han entrado en los oídos de”) el Señor de los Ejércitos. Estos *clamores* o llantos de angustia frente a Dios exigiendo justicia en la tierra no son muy comunes en el NT, excepto en boca de Jesús (Luc. 18:7), pero sí en el AT, especialmente Deuteronomio 24:15, que dice: “En su día le darás su jornal. No se ponga el sol antes de que se lo des, pues él es pobre, y su alma lo espera con ansiedad. No sea que él clame a Jehovah contra ti, y en ti sea hallado pecado” (Gén. 4:10; 18:20, 21; Éxo. 2:23; 22:23, 27; Deut. 15:9; 26:7; 1 Sam. 9:16; Job 35:9; Isa. 59:4). Estos clamores a Dios no están tanto emparentados con la oración como con reclamos de justicia. Son verdaderos reclamos presentados por aquellos que no tienen defensores en esta tierra frente a quien puede ser su único defensor: Dios.

¡Y vaya defensor que tienen! Santiago nos recuerda que quien defiende al pobre, al desvalido, al menesteroso, al huérfano, a la viuda, al extranjero, al discapacitado, es el mismísimo *Señor de los Ejércitos*. *Kurios*²⁹⁶² *Sebaoz*⁴⁵¹⁹ es uno de los nombres de Dios más utilizados en el AT, casi no existente en el NT, donde aparece sólo aquí y en Romanos 9:29 (que cita Isa. 5:9). Tampoco aparece la expresión en boca de Jesús, ni de los apóstoles. Este nombre de Dios parece indicar por un lado su omnipotencia y por otro lado su carácter vengativo y guerrero contra todo aquel que obra la injusticia. En el contexto profético de esta sección de Santiago, la expresión adquiere un valor simbólico muy grande, y una reivindicación de los derechos de los pobres trabajadores que fueron despojados de sus jornales injustamente por estos ricos defraudadores. Los empleadores se hicieron de oídos sordos ante los clamores de sus obreros, pero Dios los oye, y los defiende. El Juez “está a las puertas” (5:9) para dar la retribución que tal actitud demanda.

Los ricos han dado muestras con sus obras que han vivido la mala manera de [P. 277] vivir, de acuerdo a la sabiduría de abajo y no la sabiduría de lo alto. Han vivido *en placeres* (Luc. 7:25; 8:14; 1 Tim. 5:6; 2 Tim. 3:4; 2 Ped. 2:13), en lujurias, en deleites, en gratificaciones, alimentándose con las gorduras sin temor de Dios, han engordado sus corazones para la matanza, han alimentando su apetito sensual, y han dado muerte al justo, no quizá porque lo hayan matado, pero porque no lo salvaron en su momento, como el caso de la parábola (Luc. 16:20–31). Se han engordado a sí mismos, como si fueran ovejas preparadas para el *día de la matanza* (Jer. 12:3), o vacas llevadas por ganchos al matadero (Amós 4:1, 2). Ellos, como un verdadero Aman, prepararon la horca para Mardoqueo, sin darse cuenta que ellos mismos serían quienes terminarían siendo colgados de ella (Est. 7:9, 10). Esa es la triste condición de los ricos opresores, que han condenado y dado muerte al justo creyendo que con ello se enriquecían más a sí mismos, pero esa propia actitud es la que les vale a ellos su propia condena y muerte.

Ya ha dicho Santiago que los ricos controlaban las cortes de justicia (2:6), y que al hacerlo, blasfemaban el buen nombre que había sido invocado sobre ellos (2:7). Ahora se ve claramente el resultado de su control y desatino: la muerte del justo. ¿Quién es *el justo* y porqué en singular? No lo sabemos. Aunque no parece haber ninguna referencia directa, casi ningún cristiano podrá leer este [P. 278] texto sin pensar en la muerte del Señor. El fue “el justo” (1 Jn. 2:1) por excelencia. Su muerte estaba sin duda tan fresca en la mente de Santiago que es casi imposible no pensar en ella (Stg. 5:11). Además, agrega Santiago, *Él no os ofrece resistencia*. Con ello nos convence más que se refiere a quien “como un cordero, fue llevado al matadero” (Isa. 53:7). La referencia es opaca, sin embargo, y no podemos decir con certeza que no se refiera, por ejemplo a la muerte de Esteban, recientemente acontecida (Hech. 6:8–8:2), o a la muerte de los cientos, quizá miles de pobres obreros despojados fraudulentamente de sus jornales. De cualquier forma que fuera, la culpa de este *justo* que ha muerto recae en quienes, pudiendo salvarle, no lo hicieron. Nos recuerda el reclamo en el sermón que el apóstol Pedro predicó frente al Concilio de los judíos: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero” (Hech 5:30). La reacción de los judíos fue que también quisieron matar a los apóstoles (Hech. 5:33).

Semillero homilético

Dios castiga los pecados sociales

5:1–6

Introducción: Dios como justo que es, se ve en la necesidad de aplicar los correctivos necesarios para que las cosas no se desproporcionen, ya que el hombre no puede tener control sobre su propia naturaleza pecaminosa. Por ello Dios castiga los pecados sociales del hombre.

- I. Dios castiga al rico por amontonar tesoros mal habidos, 5:1–3.
 1. Por esto Dios trae el lloro y el aullido (v. 1).
 2. Por esto Dios trae la confiscación de las riquezas (v. 2).
 3. Por esto Dios trae testimonio contra la avaricia (v. 3).
- II. Dios castiga al rico por amontonar injusticias, 5:4.
 1. Injusticias sobre los trabajadores explotados (v. 4a).
 - (1) Porque pagaron salarios injustos.
 - (2) Porque retuvieron los salarios.
 2. Injusticias contra los protegidos de Dios (v. 4b).
 - (1) Quienes claman día y noche.
 - (2) Quienes son escuchados por el Señor.
- III. Dios castiga al rico que vive disolutamente, 5:5, 6.
 1. Porque anda en los placeres (v. 5a).
 2. Porque ha engordado con la muerte de otros (v. 5b).

3. Porque se ha aprovechado del desvalido (v. 6).

Conclusión: Dios traerá humillación al rico, pues él es el único que puede arreglar la historia y el desorden que el hombre ha creado.

La evidente conclusión de Santiago es que el cristiano debe tener mucho cuidado con la forma como se gana la vida y provee para sus necesidades vitales. Las riquezas, lejos de ser una bendición de Dios, pueden convertirse en una maldición. La mitología griega expresaba esta verdad a través de la famosa historia del rey Midas, un hombre tan tonto como ambicioso, que quería ser el hombre más rico del mundo. La mitología cuenta que un día un viejo sátiro llegó al palacio de Midas. Midas lo reconoció como Sileno, un amigo del dios Dionisio, y lo invitó a quedarse y gozar de su hospitalidad. Tan complacido quedó Sileno con la hospitalidad de Midas que le ofreció concederle un deseo. Entonces Midas pidió que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Si eso sucediera (en su entender) él se convertiría en el hombre más rico del mundo. El dios cumplió su promesa y a partir de ese momento todo lo que Midas tocaba se convertía en oro. Midas estaba muy contento. Inmediatamente salió a recorrer los alrededores de su palacio demostrando a todos su nueva habilidad. Muy pronto, sin embargo, se dio cuenta de su tremendo error. Sin reflexionar, se le ocurrió comer una uva, pero casi se quebró una muela por morder el oro que cayó en su boca. Con mucho cuidado quiso comer un pedacito de pan, sin embargo estaba tan duro lo que antes había sido blandito y delicioso. Un traguito de vino, quizás pero al llevar el vaso a la boca se ahogó tragando el oro líquido. De repente, toda su alegría se transformó en miedo. Cuando su querida gatita saltó para sentarse con él, al querer acariciarla, quedó como una estatua dura y fría. Midas se puso a llorar: “¿Sentiré solamente cosas frías el resto de mi vida?”, gritaba entre lágrimas. Al sentir el llanto de su padre, su hija Zoe se apresuró para reconfortarlo. Midas quiso detenerla, pero al instante una estatua de oro había quedado a su lado. El rey lloraba desconsoladamente. ¡Todo lo que tocaba se convertía en oro! Midas entonces buscó a Dionisio y le suplicó: “¡Oh, Dionisio, no quiero el oro!”. Ya tenía todo lo que quería. Sólo quiero abrazar a mi hija y sentirla reír, tocar y sentir el perfume de mis rosas, acariciar a mi gata, y compartir la comida con mis seres queridos. Por favor, “¡quítame esta maldición dorada!”. Dicen que entonces Dionisio le susurró al corazón: “Puedes deshacer el toque de oro y devolverle la vida a las estatuas, pero te costará todo el oro de tu reino” y Midas exclamó: “¡Lo que sea! ¡Quiero la vida, no el oro!”. Dionisio entonces le recomendó: “Busca la fuente del río Pactulo y lava tus manos. Esa agua, y el cambio en tu corazón devolverán la vida a las cosas que con tu codicia transformaste en oro”. Midas finalmente limpió su “toque de oro” en el río Pactulo, por lo cual hasta el día de hoy dicen que ese río tiene destellos dorados. La historia es sólo un cuento, pero no deja de ser ilustrativa. Cuando las riquezas se han convertido en el centro y norte de nuestra vida, en lugar de ser una bendición son una maldición. Las riquezas mal habidas nos alejan de Dios y de sus propósitos.

[P. 279] Con esta sección Santiago se acerca una vez más a la persona y enseñanzas de Jesús. Es imposible no relacionar esta sección con Lucas 6:24–36, donde Jesús dice: “Pero ¡ay de vosotros los ricos! Porque estáis recibiendo vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora os reís! Porque lamentaréis y lloraréis”. En muchas ocasiones Jesús habló de los ricos y de las riquezas. Dijo que no se puede servir a Dios y a las riquezas (Mat. 6:24; Luc. 16:13), que por el engaño de las riquezas queda sin fruto la Palabra de Dios (Mat. 13:22; Mar. 4:19), y que será muy difícil para los ricos entrar en el reino de Dios (Mat. 19:23–25; Mar. 10:23; Luc. 18:24). También contó la parábola del rico insensato (Luc. 12:16–21) y la parábola del rico y Lázaro (Luc. 16:19–31). Tan duro fue Jesús en sus declaraciones que los discípulos alegaron: “Entonces, ¿quién podrá ser salvo?” (Mat. 19:25), y Jesús les contestó: “Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible” (Mat. 19:26). Sólo Dios puede tener compasión de una persona que no ha tenido compasión de otros.

Quizá las dos actitudes posibles en relación con las riquezas estén ejemplificadas en dos historias con que el evangelista Lucas las relaciona: la historia del joven rico (Luc. 18:18–30) y la historia de Zaqueo (Luc. 19:1–10). El joven rico preguntó qué debía hacer para ser salvo. Jesús le dijo que guardara los mandamientos. Cuando el joven anunció que “Todo esto lo he guardado desde mi juventud” (Luc. 18:21), Jesús le dijo: “Aún te falta una cosa: Vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme” (Luc. 18:22). “Entonces él”, culmina la historia, “al oír estas cosas, se entristeció mucho, porque era muy rico” (Luc. 18:23). Otra historia, muy diferente, es la de Zaqueo. Zaqueo, “que era un principal de los publicanos, y era rico” (Luc. 19:2), al convertirse, hizo reparación de todas las injusticias sociales que había cometido en su vida antes de ser cristiano.

Habéis dado muerte al justo

(5:6)

Esta referencia es el caso típico de la fábula famosa del ratón, la rana y el buitre de Esopo, y que será aplicada al homicida cuando relata que: "Quería un ratón atravesar un estanque y, no sabiendo nadar, le pidió a una rana que le ayudara a cruzar el agua. Aceptó la rana; pero, deseosa de ahogar al ratón, le dijo que atara una de sus patas a una de sus ancas.

Aceptó el ratón, que no desconfiaba de la rana, y se dejó atar; pero el anfibio, en cuanto estuvieron en un sitio bastante hondo, se sumergió para ahogar al ratón. Apenas lo había hecho cuando un buitre vio al ratón sobre el agua y se precipitó sobre él, arrebatándolo con sus garras, llevándose tras él a la rana, que atada no pudo escapar y así pagó esta con su vida, el daño que quería hacer al ratón.

Esa es la ruta que correrán los que han hecho mal a los pobres y han mancillado hasta su dignidad. Caerán en manos del Dios justo.

Cuando recibió al Señor en su casa, puesto en pie, dijo al Señor: "He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado". (Luc. 19:8), a lo que el Señor respondió: "Hoy ha venido la salvación a esta casa" (Luc. 19:9). La historia da por sentado que luego de eso Zaqueo siguió siendo respetuoso para con los demás, sin defraudarles en sus impuestos. El joven rico y Zaqueo representan dos actitudes muy opuestas hacia las riquezas. También Santiago nos advierte en cuanto al engaño de las riquezas, y a saberlas utilizar para glorificar al Señor en nuestras vidas.

XI. CUIDADO CON EL DESÁNIMO Y EL DESALIENTO, 5:7-12

Si la sección anterior estaba dirigida a los cristianos ricos, esta sección está dirigida a los cristianos pobres. Una cosa los une, según Santiago: Ambos deben aprender a depender de Dios para todas sus cosas. Así [P. 280] como los ricos deben aprender a no confiar en sus riquezas, los pobres deben aprender a no desanimarse ni desalentarse. Los pobres deben aprender a ejercitar la grandeza de su ánimo. El problema del rico es confiar más en sus riquezas que en Dios. El problema del pobre es desanimarse y desalentarse tanto por los problemas de la vida que ya no confie en Dios. Ambas cosas, la confianza en las riquezas y la desesperación y el desaliento nos alejan de la sabiduría de lo alto. Así como para los ricos el mejor remedio era arrepentirse y decir "Si el Señor quiere..." (4:15), para los pobres el mejor remedio es aprender a engrandecer su ánimo y depender de Dios en oración.

Hay dos cosas que previenen en los ricos la hipocresía y el vivir como si uno estuviera más allá del alcance de la ley, y en los pobres el desánimo y el desaliento: la paciencia y la oración. Con estas dos recomendaciones termina Santiago su carta circular. De la paciencia se ocupará en la presente sección (5:7-12), de la oración en la siguiente (5:13-20).

1. Primera recomendación, 5:7, 8

La sección comienza con una frase que indica una consecuencia directa de los versículos anteriores: *Por lo tanto*. A la luz de lo que estos así llamados hermanos denunciados por Santiago en 4:13-17 y 5:1-6 han estado haciendo, ¿qué debe hacer un cristiano? ¿Qué debe hacer un cristiano que de veras desea ser cristiano en presencia de aquellos que, llamándose cristianos, viven como si no lo fueran? ¿Cómo comportarse frente a cristianos que viven sin diferenciarse de aquellos que no lo son? ¿Qué hacer frente a aquellos cristianos que se vapulean unos a otros como si no fueran creyentes en Cristo? ¿Qué hacer frente a los creyentes que son soberbios? ¿Cómo comportarse frente a los cristianos ricos que oprimen a los cristianos pobres y que viven para las cosas materiales? Para quien quiera responderlas, no son preguntas fáciles.

Frente a estas preguntas difíciles, muchas veces los cristianos nos dejamos tentar por el desánimo. "Corríais bien," dijo Pablo a los Gálatas, "¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad?" (Gál. 5:7). Desgraciadamente, de un desánimo pasajero muchas veces se pasa al desaliento total. Hay cristianos que ya no corren. Para ellos no hay carrera cristiana. Han terminado antes de finalizar la carrera, están desalentados, han perdido la paciencia.

La *paciencia* (grandeza de ánimo, *makrozumía*³¹¹⁵), refiere a esa constancia, a ese aguante, a esa perseverancia y entereza que se necesita para poder soportar la injusticia. La paciencia es una de las virtudes cristianas más sobresalientes: Es tanto uno de los constitutivos del fruto del Espíritu Santo en Pablo (Gál. 5:22), como una de las participaciones de la naturaleza divina en Pedro (2 Ped. 1:6, ver nota en RVA). Santiago ya ha pedido a sus oyentes tener “paciencia” en 1:3, 4, 12. Esa paciencia, llamada por Santiago *jupomone*⁵²⁸¹, está más emparentada con la sumisión frente a una circunstancia adversa y con una perseverancia activa. El tipo de paciencia descrito en estos versículos es otro tipo de paciencia. Esta no es ya la paciencia de la conformidad o la resignación frente a lo que no se puede solucionar, ni tampoco la paciencia de la sumisión, ni la paciencia de la perseverancia activa, ni mucho menos la tolerancia de los espíritus débiles. La paciencia que Santiago describe como *makrozumía* es la capacidad de agrandar el ánimo para poder soportar lo humanamente insoportable. Una mejor traducción del versículo 5:7 sería: “Por tanto, hermanos, engrandeced vuestro ánimo hasta la venida del Señor. He aquí, el labrador espera [P. 281] el fruto precioso de la tierra, engrandeciendo su ánimo sobre él, hasta que reciba el temprano y el tardío”.

La exhortación de Santiago es a engrandecer el ánimo no sólo por un tiempo o por un par de años. La exhortación es a hacerlo *hasta la venida del Señor*. La palabra que se traduce *venida*, *parousía*³⁹⁵², significa tanto “venida” (1 Cor. 16:17; 2 Cor. 7:6) como “presencia” (2 Cor. 10:10; Fil. 1:26). Utilizada sola o, como en este versículo, en la expresión *venida del Señor*. La palabra se utilizaba para indicar el retorno visible de Jesús desde el cielo, para resucitar los muertos, para producir el juicio final y para establecer formalmente sobre la tierra el reino de Dios (Mat. 24:3, 27, 37, 39; 1 Tes. 2:19; 3:13; 4:15; 5:23; 2 Ped. 1:16; 3:4, 12; 1 Jn. 2:28). Esta expresión es una nueva marca del carácter puramente cristiano de este escrito. Si bien la palabra *parousía*³⁹⁵² se utiliza en la LXX, en ninguno de sus usos veterotestamentarios esta palabra refiere a la venida del Señor o del Mesías. No cabe más que pensar que fue utilizada por Santiago en su sentido propio y neotestamentario.

El labrador es el gran ejemplo de paciencia. El labrador es quien engrandece su ánimo mientras el fruto crece. La expresión que se traduce *aguardándolo con paciencia* puede traducirse más propiamente: “engrandeciendo su ánimo sobre él hasta...”. La paciencia del labrador es engrandecer su ánimo. El labrador piensa: ¿Lloverá a tiempo y suficiente? ¿Será buena la semilla que planté? ¿Vendrá la langosta o alguna otra plaga? ¿Tendré salud para levantar la cosecha? ¿Habrá buen tiempo durante la cosecha o se me arruinará por la lluvia? Son muchas preguntas para un hombre humilde. Así también el cristiano, al enfrentar las injusticias de la vida y las diversas maneras de vivir del rico y del pobre, puede quedar paralizado por la incertidumbre. Sólo aquel que puede confiar en Dios más allá de lo que se puede ver es quien “engrandece su ánimo” y recibe la promesa del Señor. En el evangelio, la grandeza de ánimo nos ayuda a esperar sin desesperar, a creer como Abraham, más allá de toda esperanza, a no desmayar aunque las circunstancias sean desalentadoras.

El labrador espera el precioso fruto de la tierra *hasta que reciba las lluvias tempranas y las tardías*. Esta traducción es muy desafortunada. La palabra “lluvias” no se encuentra en el original. Además, las palabras “tempranas” y “tardías” están en griego en el género neutro, del mismo modo que la palabra “fruto”. De modo que sería más adecuado traducir: “hasta que reciba el temprano y el tardío”, sobreentendiéndose “fruto”. Así lo registran, por ejemplo, unos pocos manuscritos antiguos. Es decir, la segunda parte de este versículo debiera leerse: “He aquí, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardándolo con paciencia, hasta que reciba el temprano y el tardío”. Es cierto que las palabras *proimos*⁴⁴⁰⁶ y *opsimos*³⁷⁹¹ se utilizaron ampliamente para referirse a las lluvias tempranas y las lluvias tardías (Deut. 11:14; Jer. 5:24; Ose. 6:3; Joel 2:23). Lo que los traductores fallan es en ver es que la palabra *proimos*, que significa “temprano” o “temprana”, se utiliza también para la fruta, como por ejemplo en Jeremías 24:2, donde RVA traduce “brevas” y el griego dice, literalmente: “higos tempranos”. También en Oseas 9:10 se habla del “fruto temprano”, y en Isaías 58:8 a la “luz temprana”, que RVA traduce “el alba”. Lo mismo pasaba con la palabra *opsimos*, que en Zacarías 10:1 se refiere a la “estación tardía”. En resumen, no hay razón exegética para entender que Santiago se refiera a las lluvias tempranas y a las lluvias tardías. Tampoco hay razón teológica para hacerlo. A pesar de que el contexto en el cual se encuentra esta expresión es escatológica, interpretarla como una referencia escatológica velada a lluvias tempranas [P. 282] y tardías como manifestaciones especiales del Espíritu Santo en la historia del cristianismo es hilar demasiado fino. Recibir un fruto temprano y un fruto tardío son la esperanza y el gozo de todo labrador. Tener paciencia con los ricos presuntuosos es la esperanza y el gozo de todo verdadero cristiano.

Tened también vosotros paciencia, exhorta Santiago (5:8). Así como el labrador debe tener paciencia, así también el verdadero cristiano. El labrador es ejemplo de lo que Santiago requiere para la verdadera vida cristiana. La vida cristiana verdadera se sostiene en la paciencia, en la grandeza del ánimo de quien, aunque ve la injusticia, se planta frente a ella denunciándola y confrontándola con la verdad. Frente a un mundo que

se aleja de Dios por su camino, el cristiano, con su grandeza de ánimo, sigue firme en el camino del Señor, aunque por ello se quede solo.

En una nueva manera de describir la grandeza de ánimo, Santiago exhorta *afirmad vuestros corazones* en el evangelio de Jesucristo. Afirmar es establecer, sostener, hacer estable algo que antes estaba en movimiento, y ondulante como la ola del mar (1:6). Santiago ya ha dicho que “el hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos” (1:8). Agrandar el ánimo es “afirmar el corazón”, establecerse firme en una sola verdad, la de Jesucristo. Santiago ya ha dicho que los de doble ánimo deben purificar su corazón (4:8), y que los ricos han engordado sus corazones para el día de la matanza (5:5), con la implicación de que por haberlo hecho no los han purificado. En este versículo Santiago exhorta a los verdaderos discípulos de Jesucristo a “afirmar el corazón”. La palabra “afirmar” también puede traducirse establecer, soportar, instalar, instituir, colocar, fundar, asentar (Luc. 22:32; 1 Tes. 3:13).

Lo que hay que afirmar, sostener y asentar es el “corazón”. El corazón es visto en el NT como una expresión del ser interior de una persona, como el asiento de la vitalidad física (Hech. 14:17), como el asiento de las funciones del alma, del espíritu, de la vida emocional (Hech. 2:26), como el asiento de la voluntad (2 Cor. 9:7), y aun como el asiento de la vida racional (Hech. 7:23). Es decir, el corazón de una persona es el centro mismo de su vida entera (Mar. 12:30), allí donde se hace lugar para Dios (Rom. 5:5), donde se recibe al Espíritu Santo (2 Cor. 1:22) y donde habita Cristo (Ef. 3:17). Afirmar el corazón es unificar la vida detrás de una sola meta, es buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, esperando que las demás cosas sean añadidas (Mat. 6:33).

El cristiano verdadero debe tener paciencia y afirmar su corazón *porque la venida del Señor está cerca*. La misma palabra que Santiago utilizó para exhortar a sus lectores a “acercarse a Dios” (4:8), la utiliza ahora para indicar que el Señor se está acercando. En este caso, sin embargo, el acercamiento del Señor no es para salvación, sino para juicio, como dirá en el próximo versículo. También el apóstol Pedro utiliza la palabra en sentido escatológico (1 Ped. 4:7). La segunda venida de Cristo, a la cual Santiago se refiere aquí por segunda vez, se veía como muy inminente entre los cristianos de la primera generación. Muchos de ellos, quizá recordando la expresión de Jesús “De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan” (Mat. 24:34; Mar. 13:31; Luc. 21:32), esperaban la segunda venida del Señor antes de morir. El Señor, sin embargo, nunca dio una señal exacta de su segunda venida, ni animó a sus discípulos a tenerla (Hech. 1:6, 7), sino que dijo que sería de una manera inesperada, como “ladrón en la noche” (Mat. 24:43, 44), lo cual impactó también la manera de pensar de los primeros apóstoles (1 Tes. 5:2). De todas maneras, la venida del Señor en aquella primera generación se veía como más inminente que lo que muchas veces se espera hoy en día, 20 siglos después. En el versículo siguiente dirá que está “¡a las puertas!”.

La grandeza de ánimo produce en el creyente tres cosas que Santiago discutirá [P. 283] a continuación: evita la murmuración (5:9), nos pone en el camino de la verdadera felicidad (5:10, 11), y desarrolla en nosotros la integridad de espíritu (5:12).

2. La paciencia y la murmuración, 5:9

El primero de los males humanos que evita la paciencia, o grandeza de ánimo, es la murmuración. La murmuración, así como los juramentos (5:12), está sustentada en la impaciencia. La impaciencia lleva a la murmuración. Cuando murmuramos siempre lo hacemos de los otros y a espaldas de los otros. El que murmura da por sentado que son los demás quienes tienen la culpa de lo que pasa, o de lo que no pasa. El que murmura se pone a sí mismo por sobre los demás y juzga a los demás. El cristiano que tiene grandeza de ánimo, de manera opuesta a aquellos cristianos que viven quejándose unos de otros, puede entender el punto de vista de cada uno, puede aprovechar lo bueno y despreciar lo malo de cada uno. Lo mejor de la grandeza de ánimo en el creyente es que evita que él mismo entre en una pelea sin sentido.

La razón por la cual Santiago reclama de sus oyentes paciencia, o grandeza de ánimo, no es una pura razón ética o moralista dirigida hacia el buen vivir. Las quejas de unos contra otros deben ser evitadas entre el cuerpo de Cristo porque el Juez está *a las puertas*, una figura que muestra a Cristo como parado frente al umbral, y a punto de entrar nuevamente en la historia de la humanidad, figura que el propio Señor había utilizado (Mat. 24:33; Mar. 13:29). Los cristianos no debemos murmurar porque aquel que viene a juzgar a los vivos y a los muertos está a punto de volver para juzgar, y condenar. La referencia a Mateo 7:1, “no juzguéis para que no seáis juzgados” es inevitable, la expresión griega está calcada. La grandeza de ánimo evita que seamos condenados por el juez justo, Dios.

El Juez justo pagará a cada quien conforme a sus obras. La seguridad de su juicio reparador hace que podamos seguir esperando con paciencia su ingreso en la historia humana. El Juez justo podrá venir con condenación para quienes hayan juzgado a otros, pero nunca para el cristiano que le espere con grandeza de

ánimo. Lo que se ve como una advertencia para quienes hacen lo malo, es una gloriosa esperanza para quienes hacen lo bueno. El mismo Juez que pagará juicio y retribución al que hace lo malo, pagará vida eterna, gloria, honra y paz, a quienes hacen lo bueno (Rom. 2:5–11).

El ejemplo de los profetas

(5:10, 11)

Acude al testimonio de los que anduvieron presentando el mensaje de Dios al pueblo, y sufrieron persecución aun de sus compatriotas, quienes no creían a su predicación. Además muchos de ellos fueron muertos por cumplir con su ministerio en el caso de los mártires de la fe, quienes se consideran una prolongación del trabajo de los antiguos y quienes soportaron con paciencia y aguantaron hasta el fin.

3. La paciencia y el camino de la felicidad, 5:10, 11

En segundo lugar, afirma Santiago, la grandeza de ánimo nos pone en el camino de la felicidad. Los verdaderamente bienaventurados, dice, son *los que perseveraron*. Ellos nos dieron *ejemplo de aflicción y de paciencia*. La expresión utiliza la palabra [P. 284] “grandeza de ánimo” que ya fue explicada (5:7), y la palabra *kakopatía*²⁵⁵², palabra compuesta que significa “sufrir lo malo” o “sentir el mal”. Por eso es traducida *aflicción* (como en 5:13), o “sufrir penalidades” (2 Tim. 2:3, 9). Lo más importante del pasaje es la razón por la que se sufre la aflicción, o por la cual se sufren las penalidades. No es ninguna virtud cristiana sufrir cuando uno ha hecho lo malo (1 Ped. 2:20), pero sufrir por hacer la voluntad de Dios sí lleva una recompensa divina en los cielos. En esto recoge Santiago la enseñanza de nuestro Señor en el Sermón del monte (Mat. 5:12).

Al mismo estilo hebreo de las listas de virtuosos (Heb. 11), Santiago trae a colación tres ejemplos: los profetas, el justo Job, conocido por su gran paciencia y, como no podría faltar, el ejemplo del propio Señor Jesucristo en su fin. La palabra *ejemplo, upodeigma*⁵²⁶², emparentada con nuestra común palabra “paradigma”, significa un modelo para copiar, algo que puede enseñarnos cómo vivir (Juan 13:15; Heb. 4:11; 2 Ped. 2:6). Los modelos de vida del cristiano, según Santiago, no deben ser los deportistas, los cantantes, los modelos del cine y la televisión. Seguramente en su época Santiago pudo haber tenido ejemplos parecidos. Los modelos de vida útiles para un cristiano son aquellos que sufrieron por la justicia, aquellos que entregaron sus vidas por una causa mayor que ellos, aquellos que supieron poner el reino de Dios por encima de todas las cosas y las realidades de la vida, las “madre Teresa de Calcuta” y los “Martin Luther King” de nuestra época.

Semillero homilético

Las estrategias dadas al creyente

5:7–20

Introducción: Las estrategias que el hombre emplea en sus acciones como cristiano e hijo de Dios, son aquellas que le han sido conferidas por el Señor para actuar en consonancia a la Palabra de Dios y su compromiso con él.

- I. La estrategia de la paciencia escatológica, 5:7–10.
 1. Es al estilo del labrador que espera el fruto (v. 7).
 2. Es al estilo del que afianza su corazón en el Señor (vv. 8, 9).
 3. Es al estilo de los profetas con el mensaje de Dios (v. 10).
- II. La estrategia de la perseverancia en el Señor (5:11, 12).
 1. Que hace bienaventurados a sus hijos (v. 11a).
 2. Que hace comprometerse con su propósito (vv. 11b, 12).
 - (1) Sin hacer juramentos (v. 12a).
 - (2) Hablando con la verdad (v. 12b).

- III. La estrategia de la oración eficaz de la iglesia, 5:13–20.
1. Que ayuda al afligido en cualquier circunstancia (v. 13).
 2. Que ayuda al enfermo en cualquier enfermedad (v. 14a).
 3. Que ayuda en equipo a cualquier persona (v. 14b).
- (1) Aplicándole la medicina dirigida por el Señor.
 - (2) Orando por las necesidades de la persona.
4. Que ayuda en el perdón de los caídos (v. 15).
 5. Que ayuda en la reconciliación de los hermanos (v. 16).
 6. Que ayuda a los que se han desviado (vv. 18–20).

Conclusión. Estas estrategias deben ser usadas en forma permanente por el creyente en Jesucristo, pero especialmente en unidad con la comunidad cristiana.

El primer ejemplo, *ejemplo de aflicción y de paciencia*, es el de *los profetas que hablaron en el nombre del Señor*. Al [P. 285] recordar la persecución de los profetas nuevamente la mente vuela a las enseñanzas del Señor. Jesús criticó duramente a los fariseos de su tiempo por perseguir a los profetas mientras se autojustificaban edificando sus sepulcros (Mat. 23:29–39; Luc. 11:47–54). Jesús lloró sobre Jerusalén por causa de los profetas (Luc. 13:34, 35). Jesús contó la parábola de los labradores malvados, en la cual se equiparó a sí mismo con los profetas que vinieron antes que él (Mat. 21:33–46; Mar. 12:1–12; Luc. 20:9–19). Los profetas fueron ejemplo de aflicción injustificada.

El segundo ejemplo, ejemplo de *perseverancia*, es Job. La historia de Job, así como en nuestros días, era muy conocida entre los judíos. Aunque no sufrió a manos de quienes no gustaron de su mensaje, como en el caso de los profetas, Job también sufrió injustamente. La única razón aparente de su sufrimiento es equiparada en el propio libro con un capricho de Satanás. Job se quejó amargamente contra su destino, y luchó con toda su alma por entender lo que le sucedía, pero en ningún momento renunció de Dios ni se quejó contra él (Job 1:21, 22; 2:9, 10; 13:15, 16; 16:19–21; 19:25–29).

Si los profetas fueron ejemplo de aflicción y de paciencia, y Job fue ejemplo de perseverancia, el tercer y último ejemplo fue ejemplo de todo ello y de mucho más. Santiago recuerda el ejemplo del propio Señor Jesucristo, especialmente su fin. Job sufrió duramente, pero su historia tuvo un final feliz. La historia de nuestro Señor, sin embargo, no tuvo un final feliz. Su sufrimiento y muerte no fueron la culminación feliz de una vida entregada al prójimo. Es cierto que el Señor resucitó, y es muy extraño que Santiago no lo haya mencionado, pero su “fin” no fue un final feliz. El Señor murió en la cruz abofeteado, castigado a latigazos, con una corona de espinas en su frente, con su costado traspasado por la lanza, con sus discípulos alejados de él (excepto las mujeres y Juan), solo, despreciado, desechado. Sin embargo, en medio de todo eso, dice Santiago, el Señor fue “*muy compasivo y misericordioso*”. En medio del escarnio y la burla, él dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34). La traducción de RVA que refiere al *propósito final* del Señor no deja de ser interesante, pero es limitativa. Es cierto que el Señor sufrió el menosprecio y la hostilidad en vistas a un propósito final que era la salvación de nuestras almas, pero no es a esto a lo que se refiere Santiago. El énfasis de Santiago está puesto en el fin de la vida terrenal de nuestro Señor, en sus sufrimientos en la cruz, en su injusta muerte, y en el modo como el Señor enfrentó esas aflicciones injustas con un espíritu de perseverancia total. La expresión *muy compasivo* es única en el NT, y podría traducirse también “lleno de profundos sentimientos”. También la misericordia le distinguió en su vida y su muerte. Así fue nuestro Señor, quien, como dijo Pedro de él: “...cuando le maldecían, él no respondía con maldición. Cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia...” (1 Ped. 2:20–25).

Nuestro Señor engrandeció su ánimo cuando fue llevado a la cruz. El profeta dijo que “Él fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca. Como un cordero, fue llevado al matadero; y como una oveja que enmudece delante de sus esquiladores, tampoco él abrió su boca” (Isa. 53:7). En todo esto, dice Santiago, él mostró su grandeza de ánimo. Los profetas, Job, nuestro Señor, a todos ellos, dice Santiago, los *tenemos por bienaventurados*. Son felices, son dichosos, los felicitamos y los imitamos, porque ellos marcaron el camino [P. 286] por donde siempre debíamos caminar aquellos que llevamos su nombre.

4. La paciencia y la integridad de espíritu, 5:12

La grandeza de ánimo, por último, desarrolla en nosotros integridad de espíritu. La impaciencia nos lleva a gruñir, a desesperar, a jurar y maldecir. Frente a los problemas de la vida, mientras los demás se desesperan y comienzan a jurar para hacerse escuchar y hacer valer sus puntos de vista, el cristiano que tiene grandeza de ánimo puede esperar en Dios sin necesidad de recaer en juramentos para que su verdad quede a la vista.

El juramentar habla de un espíritu dividido. Los indígenas norteamericanos decían que un mentiroso es aquel que “habla con lengua partida”. También Santiago, desde el comienzo de su epístola, advierte contra el doble ánimo (1:8), y contra la hipocresía del hablar sin hacer (1:19–27). El cristiano no necesita jurar. Su espíritu es íntegro. Cuando quiere decir que sí, es sí, y cuando quiere decir que no, es no. No anda con vueltas, no utiliza caminos transversales, atajos, ni requiebres. El cristiano es aquel que vive transparentemente a la vista de los demás, sean creyentes o incrédulos. El cristiano es quien, mejor que nadie, puede hacer decir sí cuando siente que sí, y no cuando siente que no. Así vive: sí, sí; no, no; y punto.

La paciencia, grandeza de ánimo, fundamenta un verdadero hablar que excluye el juramentar porque no lo necesita. Esto es el final, lo último, lo que se hace *por sobre todo* (5:12), la culminación de la aflicción y la paciencia. Nuevamente refiere Santiago a las palabras del Sermón del monte: “Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera... Pero sea vuestro hablar, ‘sí’, ‘sí’, y ‘no’, ‘no’. Porque lo que va más allá de esto, procede del mal” (Mat. 5:34, 37).

Los judíos tenían todo tipo de formulismos para los juramentos, que Jesús discute y desecha (Mat. 5:36; 23:16–22). Los juramentos usualmente ocultan una mentira (Mar. 14:71), por eso son desechados de cuajo por el Señor (Mat. 5:37), y también por Santiago. No se debe jurar *ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento*. Llevando este argumento a un extremo, algunos cristianos dicen que está mal jurar lealtad a la nación o a la bandera que la representa. El jurar en sí no es malo, porque el propio Dios ha jurado (Heb. 6:13–20). En ese sentido, la palabra podría también traducirse “prometer”. Dios puede jurar o prometer porque él seguramente cumple lo que promete. Los que no debemos jurar somos los seres humanos, porque no controlamos nuestras circunstancias externas, y tampoco controlamos nuestras emociones y nuestras intenciones. Y tampoco debemos jurar para tapar una mentira.

Joya bíblica

Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento. Más bien, sea vuestro sí, sí; y vuestro no, no; para que no caigáis bajo condenación (5:12).

La palabra que se traduce *no juréis* podría también traducirse “no maldigáis”. Muchas maldiciones comienzan con un juramento. [P. 287] La palabra *omnuo*³⁶⁶⁰, además de jurar o prometer, podría significar amenazar, invocar (un espíritu), imprecicar, jurar por alguna cosa o divinidad (“¡Por Zeus!”). Aquel que está desanimado o desalentado está propenso a maldecir y decir todo tipo de juramentos y amenazas. Esto tampoco es de un cristiano. Lo mejor es decir solamente “sí”, “sí”, y “no”, “no”. Todo lo demás está de sobra.

La razón de hablar así, según Santiago, es para que no caigáis bajo condenación. El que jura para tapar una mentira pronto cae bajo la condenación de aquellos que descubren su mentira. También Dios está pronto y “a las puertas” (5:9) como Juez para juzgar sobre toda injusticia y toda hipocresía del que jura falsamente. Nuestro hablar debe representar nuestro hacer.

Tanto el versículo 9, que advierte contra la murmuración como este versículo en contra de los juramentos, llevan la misma enseñanza y el mismo trasfondo: Sólo aquel que no se desalienta ni se desanima por las injusticias y los problemas de la vida puede seguir siendo fiel al Señor, quien es nuestro único juez y defensor.

La paciencia y la oración nos guardan de estos males.

XII. CUIDADO CON NO CONSIDERARNOS LOS UNOS A LOS OTROS, 5:13-20

La última advertencia de Santiago, muy apropiadamente, tiene que ver con el valor de la comunidad y el respeto que los cristianos debemos tener los unos por los otros como hijos de un mismo Padre. Analizado superficialmente, el texto pareciera hablar de la oración. Mirado con un poco más de detenimiento, y en especial a la luz del contexto de las diez anteriores advertencias, se descubre una trama más profunda e importante en el texto: el valor y el cuidado de la comunidad cristiana.

Según Santiago, hay dos cosas que previenen en los ricos la hipocresía y el vivir como si uno estuviera más allá del alcance de la ley, y en los pobres el desánimo y el desaliento: la paciencia y la oración. De la pa-

ciencia se ocupó en la sección anterior (5:7–12), de la oración se ocupa en esta (5:13–20). Ambas, sin embargo, están íntimamente ligadas a una realidad superior: la existencia de la comunidad cristiana, comunidad que los ricos han despreciado (5:1–6), y de la que los pobres, quizá comprensiblemente, tienden a desalentarse.

La oración es un arma muy poderosa, dice Santiago (5:16), y ayuda para todas las circunstancias de la vida, las buenas y las malas. Orar es ir más allá de nuestros propios medios humanos para volcar nuestra alma en Dios y esperar que él haga aquellas cosas que nosotros no podemos hacer. Lo más grande de la oración es que Dios contesta la oración. ¿Qué sería la oración más que un ejercicio de espiritualidad si no fuera porque Dios la contesta? Orar es estar en comunicación con el Altísimo.

El poder de la oración, sin embargo, reside en el lugar desde donde esa oración se realiza: la comunidad cristiana. Santiago ha comprendido profundamente el principio del sacerdocio universal de todos los creyentes, y así lo expresa a su manera. En nuestra época, teñida de un exagerado individualismo, la oración ha perdido ese carácter comunitario que tenía en las primeras épocas del cristianismo. Para Jesús la oración era comunitaria, realizada en la comunidad y dirigida al Padre “nuestro”, que es el Padre de todos (Mat. 6:9; Luc. 11:2). Así también lo entiende Santiago. El plural está presente en toda su sección: *¿Está afligido alguno de vosotros? ¿Está enfermo alguno de vosotros? Confesaos unos a otros...orad unos por otros...* Son frases que nos recuerdan la esfera de comunidad de la experiencia cristiana. No sólo la oración, la adoración, la ministración, la confesión, la exhortación, todas ellas son comunitarias en esencia, y deben ser realizadas en comunidad.

[P. 288]

1. La vida en comunidad nos ayuda en todos nuestros estados de ánimo, 5:13

Los estados de ánimo del ser humano son variables. Un día arriba y al siguiente abajo. Nuestras emociones son engañosas, pero en todas ellas la comunidad cristiana puede ayudarnos.

El antiguo refrán dice que “una pena compartida es menos pena, y una alegría compartida es más alegría”. Santiago lo sabía. Por eso aconseja que cuando alguno está afligido debe orar, y si está alegre, cantar salmos. Las oraciones y los cánticos, productos directos de la vida en comunidad, sirven para estabilizar la vida emocional del cristiano.

La sabiduría de lo alto (3:17, 18) se manifiesta a sí misma en todos los estados de ánimo de la vida, y en todos los momentos de la vida. Si alguno está afligido, como en 5:10, quizá por alguna injusticia de la vida, el consejo de Santiago es que ore. Así como alguien puede estar afligido *entre vosotros*, así la oración, que también se hace en comunidad, puede aliviar la aflicción. El consejo de Santiago es que ore, que “permanezca orando”, en lugar de murmurar (5:9) o jurar y maldecir (5:12). Casi al final de su epístola, como cerrando un círculo, Santiago retoma el tema del comienzo: las pruebas, aflicciones y adversidades (1:2–4). Luego de leer su epístola nos queda más en claro cuáles eran las “diversas pruebas” a las que los cristianos de la dispersión eran sometidos.

Por su lado, el que está alegre debe *cantar salmos*. La expresión de Santiago es “salmear”, una palabra que originalmente significó rasgar un acorde en el arpa, y más tarde cantar alabanzas a Dios, con o sin instrumento. Un comentarista propone traducir este versículo como “que permanezca haciendo melodías”. También el apóstol Pablo recomendaba “salmear” con el espíritu y con el entendimiento (1 Cor. 14:15), y hablar “entre vosotros con salmos, con himnos y con canciones espirituales”, salmeando “al Señor en vuestros corazones” (Ef. 5:19; Col. 3:16). Una vez más, también en Pablo, se destaca el aspecto comunitario de la oración y la adoración.

2. La vida en comunidad nos ayuda en nuestra necesaria sanidad, 5:14, 18

Los versículos 14–16 han sido quizá los más vapuleados y mal entendidos de toda la epístola de Santiago. Se los ha manipulado para hacerlos sostener las más variadas formas de doctrina y práctica cristiana, desde las concepciones mágicas del poder de la unción de aceite, pasando por el poder de “la oración de fe”, como si hubiera alguna verdadera oración que no partiera de la fe, hasta el “aceite de la oración” o la sagrada unción de la Iglesia Ortodoxa griega, y el sacramento de la extrema unción desarrollado por la Iglesia Católica Romana en el Concilio de Trento (1564). Quizá aclarar el significado original de estos versículos sea muy difícil, pero al menos es útil intentar mirar más allá de los lugares comunes de la interpretación dogmática.

Así como en el versículo anterior se hablaba de los afligidos y los alegres *entre vosotros*, en este se habla del hecho de que si *alguno de vosotros* está enfermo. Siendo que en griego es la misma expresión, es una pena que habiendo traducido *alguno entre vosotros* en el versículo 13, aquí se lo traduzca *alguno de vosotros*,

dándole al texto un sentido más individualista del que parece tener. El sentido comunitario de la salud y la enfermedad era muy alto en las comunidades de trasfondo judío. Así como mancharse con el anatema contaminaba toda la comunidad (Deut. 7:26; Jos. 6:17), así mancharse con el pecado y la enfermedad contaminaban a todos por igual. Cuando alguno enfermaba en la comunidad de fe, todos enfermaban (2 Cor. 11:29). La enfermedad y aun la muerte eran vistas como un resultado de [P. 289] la mala práctica de la comunidad, como atestiguan Pablo (1 Cor. 11:30) y el autor de Hebreos (Heb. 12:15, 16).

El propósito obvio del texto es afirmar que la oración en comunidad “da salud” (5:15) a los enfermos, sea curándolos o aliviándolos; y trae salvación, perdonando los pecados. Tristemente, el texto se conoce más por el uso del aceite de la unción que por el poder de la oración o el valor de la comunidad.

Las dificultades en la explicación de este versículo son varias.

La primera dificultad, quizá la más importante, sea determinar qué quiso decir Santiago con *salud* y “enfermedad”. El verbo *sodso*⁴⁹⁸² significa tanto “salvar” como “sanar”. En un sentido común o natural, en el NT se lo traduce como salvarse de algún peligro físico (Hech. 27:20), rescatar o ser rescatado de alguna situación peligrosa (Juan 12:27), curar o ser curado de alguna enfermedad, ser restaurado en salud (Mat. 9:21). En un sentido religioso, se lo traduce como ser rescatado del pecado, de los peligros espirituales de la muerte eterna (Rom 5:9), ser traído a la salvación (Ef. 2:8), como la mediación humana que puede traer salvación divina (Rom. 11:14; 1 Cor. 7:16), y hasta se lo usa para indicar la instrumentalidad de las cosas espirituales, como la Palabra de Dios, el bautismo y la fe, que llevan a la salvación (Stg. 1:21; 2:14; 1 Ped. 3:21). La dificultad se hace visible al comparar las dos traducciones más comunes al español: Mientras la RVR-1960 y aun la RVR-1995 traducen: “salvará” al enfermo, RVA traduce *dará salud*. Si bien es difícil decidir, la traducción de RVA pareciera ser más inclusiva y abarcativa. En todo caso, es difícil atestiguar, con una mentalidad moderna y científica en relación con la enfermedad como tenemos hoy en día, qué tipo de salud o salvación estaba en la mente de Santiago.

El sentido de la frase tampoco se aclara mucho con las palabras que Santiago usa para “enfermedad”. El verbo “estar enfermo” usado en el versículo 14, *aszeneo*⁷⁷⁰, significa principalmente estar flojo, cansado, sin fuerzas, sin capacidad para hacer nada, y por extensión estar necesitado, débil, enfermo. También el término que se traduce *enfermo* en el versículo 15 deriva del verbo *kamno*²⁵⁷⁷ que significa cansarse y desalentarse, y por extensión estar enfermo, un verbo que en el NT aparece sólo aquí y en Hebreos 12:3, donde se lo traduce “no decaiga vuestro ánimo ni desmayéis”.

La expresión *el Señor lo levantará* tampoco ayuda a aclarar la situación. El verbo que se traduce levantar, *egeiro*¹⁴⁵³, tiene significados tan variados en el griego como en español: despertarse del sueño (Mat. 8:25; Hech. 12:7), añadir (Fil. 1:17), pararse, levantarse (Mar. 14:42), sacar de un pozo (Mat. 12:11), producir descendencia (Mat. 3:9; Luc. 3:8), resucitar (Luc. 20:37; Juan 5:21), entre otros.

En resumen, no queda claro en el texto si la condición aludida por Santiago se refiere a una enfermedad o debilidad, y si la misma es de carácter físico o espiritual. Los dos sentidos parecieran estar implicados. Sin embargo, a la luz de las anteriores advertencias de Santiago en toda su epístola, el sentido espiritual pareciera prevalecer. La comunidad está enferma de acepción de personas (2:1), de maldición (3:10), de guerras y pleitos (4:1), de maledicciones (4:11), de orgullo (4:13), de soberbia y jactancia (4:16), de injusticia (5:4). No es para menos que haya desánimo y desaliento entre los pobres de tal comunidad. Los pobres de la comunidad están débiles y enfermos por las actitudes de los ricos de la comunidad. Esa comunidad debe ser sanada. No es sólo uno que está enfermo por aquí o por allí, es toda la comunidad que está enferma. El sentido plural se acrecienta claramente en el versículo 16: *para que seáis sanados*. Desgraciadamente, sin embargo, la interpretación dogmática no ha privilegiado este sentido.

Una segunda dificultad en este texto es qué significa la expresión *que llame a los ancianos*. El verbo que se traduce *que llame* se encuentra de manera tal que implican una ventaja para aquel que realiza la acción. Podría traducirse “que llame [P. 290] para sí” o “que llame en su propio beneficio”. No queda clara la razón por la cual el enfermo debe “llamar” a los ancianos, si es porque está imposibilitado de levantarse o caminar, o si el hecho de “llamarlos” tiene alguna implicación ética o espiritual que a nosotros nos queda vedada. Visitar a los enfermos era una práctica común entre los judíos (2 Sam. 13:5, 6), y especialmente recomendada para los rabinos. El propio Señor la recomienda a sus discípulos (Mat. 25:36), y los primeros cristianos la continuaron (Hech. 9:10–19).

Joya bíblica

La ferviente oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho (5:16b).

Las personas que el enfermo debe llamar son *los ancianos de la iglesia*. Siguiendo la práctica de las comunidades judías, los primeros oficiales de la iglesia primitiva fueron los ancianos. La palabra *presbyteros*⁴²⁴⁵, como la palabra “anciano” en castellano, significa tanto una persona de edad avanzada, como una función oficial en la iglesia. Santiago pareciera estar indicando la función oficial. Los ancianos son representantes de la iglesia, y por eso deben ser llamados a ministrar al enfermo.

Las funciones oficiales de la iglesia primitiva no se desarrollaron sino hasta alrededor del final del primer siglo, lo cual es atestiguado por las cartas pastorales (1 Tim. 4:14; 5:1, 2; 5:17–19; Tito 1:5), y los escritos de los apóstoles Pedro (1 Ped. 5:1, 5) y Juan (2 Jn. 1; 3 Jn. 1). Sin embargo, entroncando en la idea del “anciano” de los judíos (Hech. 4:5, 8; 6:12; 11:30), los primeros cristianos desde el principio establecieron ancianos para sus comunidades (Hech. 11:30; 14:23). Para el tiempo del concilio de Jerusalén es evidente que la iglesia está dirigida por apóstoles y ancianos como dos grupos distintivos dentro del liderazgo de la comunidad (Hech. 15:2, 4, 6, 22, 23), ejemplo que las otras iglesias no tardaron en imitar (Hech. 16:4; 20:17; 21:18; Fil. 1:1). Las funciones directivas de estos ancianos no están claramente delimitadas, pero se puede inferir de los textos que realizaban todo tipo de acciones y toma de decisiones que afectarían la existencia y el futuro de la comunidad, entre ellas, cuidar de los enfermos y visitarles (1 Tes. 5:14).

Llama la atención también que estos funcionarios son ancianos *de la iglesia*. En la otra referencia a la comunidad cristiana que Santiago hizo (2:2) no usó la palabra *ekklesia*¹⁵⁷⁷ sino la palabra *sunagoge*⁴⁸⁶⁴. No hay razón para suponer que en alguno de los dos casos la esté usando en sentido propio, y en el otro en sentido figurado. Lo más probable es que en ambos casos ambas palabras sean usadas en el sentido amplio de “congregación” (Hech. 7:38), refiriéndose a un grupo de personas o a una asamblea, sin indicar su procedencia ni su denominación, en cuyo caso las dos serían sinónimos. Si hay en el cambio de palabra alguna indicación de algún tipo de ordenamiento administrativo de la comunidad cristiana, no se especifica.

Sea como fuera, es claro que la función de estos ancianos es representar a la iglesia o comunidad de fe, y que su oración por el enfermo es sinónimo de la oración de toda la comunidad. Ellos no oran en nombre propio, ni por ser propietarios de algún poder milagroso de sanidad. Ellos oran en nombre de la comunidad y por efecto de ella, por eso ungen al enfermo con aceite *en el nombre del Señor*, y oran *por él*.

La tercera dificultad es justamente ésta: qué significa para Santiago que los ancianos *oren por* el enfermo. La expresión “oren” está reforzada por la preposición griega *epi*¹⁹⁰⁹ que, usada como en este caso, significa principalmente “sobre”. Si, siguiendo la interpretación dogmática, entendiéramos el procedimiento descrito en los versículos 14 y 15 como un exorcismo, habría que entender que aquí se está tratando de una sanidad milagrosa, efectuada [P. 291] por la oración, por el aceite de la unción y apoyada en la fórmula mágica: *en el nombre del Señor*. El demonio de la enfermedad se aviene al poder desplegado por la invocación de la fórmula y suelta su víctima. La fórmula exorcista tendría, entonces, tres apoyos: la oración *por*, el aceite de la unción, y la expresión *en el nombre del Señor*.

La interpretación más razonable, sin embargo, es que la expresión “orar sobre” el enfermo, presupone la realización en conjunto con la oración, sea antes, durante o después de ella, del antiguo acto de la imposición de manos, una costumbre también entroncada en la tradición de los judíos, y realizada por los discípulos desde el principio. La imposición de manos implicaba una bendición (Éxo. 17:11–13; Mat. 19:13–15; Mar. 10:16), y en algún caso en el AT, una transferencia (Núm. 8:12). Según los evangelios sinópticos, fue una forma preferida de Jesús para sanar a los enfermos (Mar. 6:5; 8:23, 25; Luc. 4:40; 13:13), actitud que siguieron los apóstoles en sus actividades curativas (Hech. 9:12, 17; 28:8). Los primeros cristianos también utilizaron la imposición de manos para orar por funciones eclesiales (Hech. 6:6; 13:3; 1 Tim. 4:14; 5:22) y para pedir de Dios y reconocer en otros la presencia el Espíritu Santo (Hech. 8:17–19; 19:6). En ningún caso de los mencionados en el NT pareciera implicar una transferencia de ningún tipo a través de la imposición de las manos. El acto retiene su valor simbólico como identificación con el que sufre, con el que es dedicado al ministerio, o con el que recibe la bendición. En la iglesia primitiva también se imponía las manos sobre los que se bautizaban.

Una cuarta dificultad, muy relacionada con la anterior es la unción con aceite. No es sólo la oración y la imposición de manos lo que los ancianos deben hacer. Deben hacerlo, además, *ungiéndole con aceite*. El

aceite de la unción era usualmente de oliva, aunque en algunos ritos mediterráneos se utilizaba la grasa derretida de algunos animales. Entre los judíos, el aceite de oliva tenía un uso cosmético (Rut 3:3; Dan. 10:3), o medicinal (Isa. 1:6), algunas veces mezclado con vino (Luc. 10:34). Como manifestación cultural entre los judíos, el aceite mezclado con mirra, canela y algunas otras semillas aromáticas se utilizaba con propósitos no medicinales: para coronar a un rey (1 Sam. 9:16; 2 Rey. 11:12), para santificar a un sacerdote (Éxo. 29:7; 40:15) o consagrar los objetos sagrados del culto (Éxo. 29:36; 40:9–11; Núm. 7:1).

El NT registra dos verbos referidos al acto de ungir. El primer verbo, *aleifó*²¹⁸, indica “ungir” como untar, frotar o dar un masaje con aceite o ungüentos mezclados con fines de cuidado físico (Mat. 6:17), medicinales (Mar 6:13; Luc. 10:34), de mostrar estima a un huésped (Luc. 7:38, 46; Juan 11:2; 12:3), y de dar honor a los muertos (Mar. 16:1). El segundo verbo, *jrío*⁵⁵⁴⁸, significa “ungir” como consagrar, especialmente a Jesús en su oficio mesiánico (Luc. 4:18, que cita Isa. 61:1; Hech. 4:27; 10:38 y Heb. 1:9, que cita Sal. 45:6, 7). En dos pasajes, todos ellos en 1 Juan, se utiliza también el sustantivo *jrisma*⁵⁵⁴⁵ en relación con los cristianos como ungidos, es decir consagrados a un oficio sacerdotal (1 Jn. 2:20, 27).

En este pasaje Santiago no utiliza el verbo *jrío*, ungir como consagrar, sino el verbo *aleifó*, ungir como untar, frotar o masajear. La única presunción posible es que Santiago tenía en mente los mismos fines medicinales de Isaías 1:6; Marcos 6:13 y Lucas 10:34. No hay ninguna indicación en el texto de que aquí se esté practicando algún exorcismo, o algún otro ritual oriental o mediterráneo que otorgue alguna atribución mística al aceite. Tampoco hay ninguna indicación que permita presuponer que tanto aquí como en Marcos 6:13 se realice el ungir en una manera ceremonial en lugar de simplemente frotar o masajear, como se aconseja en la mayoría de los tratados de medicina.

El aceite de oliva era uno de los remedios más comunes de la antigüedad. Hasta el día de hoy es recetado por los médicos para aliviar a los enfermos interna y externamente. [P. 292] Lo que Santiago parece estar diciendo es que cuando un cristiano está enfermo debe llamar a los ancianos o representantes oficiales de la comunidad para que oren por él, y además tomar la medicina, una cosa y otra hechas en el nombre del Señor. La oración sin medicina, o la medicina sin oración pueden no resultar en la sanidad de la persona. Sobre todo, cada una debe ser hecha en el nombre del Señor, porque finalmente el que sana es Dios, y cuando él quiere. En Santiago tenemos las dos recomendaciones que hasta el día de hoy, como cristianos, podemos dar a una persona enferma: ore a Dios y tome la medicina. Los mejores médicos creen en Dios y en el poder de la oración, pero también aplican a los enfermos que tratan los descubrimientos de la medicina. Esa es la recomendación de Santiago.

Una última dificultad en este pasaje es el significado de la frase *en el nombre del Señor*. Así como los profetas hablaron en el nombre del Señor (5:10), así también la unción con aceite y la oración deben ser hechas *en el nombre del Señor*. La expresión era familiar para los cristianos desde la entrada triunfal en Jerusalén, cuando los discípulos tomaron ramas de palmera y arrojaron mantos delante de su paso, cantando: “Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor”. Que aquella entrada había sido importante para los primeros discípulos lo atestigua el hecho que se lo relata en los cuatro Evangelios (Mat. 21:9; Mar. 11:9; Luc. 19:38; Juan 12:13). Aparentemente el hecho de invocar el nombre del Señor era común entre los primeros cristianos, porque es mencionado tanto en el discurso de Pedro en Pentecostés (Hech. 2:21) como en la carta de Pablo a los Romanos (Rom. 10:13). Es esa invocación del nombre del Señor que hace que el acto se convierta en religioso y no meramente medicinal.

En el nombre del Señor no es un conjuro. No debe ser usado así, porque al Señor no se lo invoca como a un espíritu entre los espiritistas, o a un dios entre los paganos. Tanto en la antigüedad como hoy en día la superstición y la magia intentan ver en el uso del nombre del Señor un “abracadabra” espiritual que todo lo solucione. El verdadero sentido cristiano de hacer algo *en el nombre del Señor*, sin embargo, significa someterse al Señor como aquel que hace la cosa, a la vez que uno se somete a los resultados que el Señor quiera traer de esa oración. El que obra la sanidad de la persona no es el que invoca al Señor, es el propio Señor. Aun el propio Jesús, en toda su vida pero particularmente en el monte de los Olivos, se sometió a la voluntad de Dios en su oración: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc. 22:42). [P. 293] Eso es orar *en el nombre del Señor*.

Elías, hombre de pasiones como nosotros

(5:17, 18)

Santiago conocía muy bien la referencia hecha sobre Elías y la compara con los atribulados en el día de hoy. A Elías le había entrado en su corazón una depresión tan fuerte, que deseaba morir. Y él se fue un día de camino por el desierto. Luego vino, se sentó debajo de un arbusto de retama y ansiando morirse dijo: ¡Basta ya, oh Jehová! ¡Quítame la vida, porque yo no soy mejor que mis padres! (1 Rey. 19:4).

Cuatro cosas se desprenden de la humanidad de Elías:

1. Era un hombre con iguales problemas y dificultades que los que estaba describiendo Santiago, y lo mismo a los del día presente.
2. Sufrió terrible depresión, debido a los retos de su ministerio, como profeta de Dios.
3. Se encontraba cansado físicamente después de haber combatido a los profetas de Baal e interceder pidiendo lluvia.
4. Sintió miedo al igual que cualquier persona a quien le quieren dar muerte sus enemigos. Hay momentos de desesperación que obnubila la mente del profeta y pastor de Dios.

El resultado de esta práctica comunitaria de la oración por los enfermos es que *la oración de fe dará salud al enfermo, y el Señor lo levantará*. Ya que ha mencionado la imposición de manos y la unción con aceite, Santiago se apura para aclarar cuál es el elemento esencial en la práctica comunitaria: la oración. Lo principal en el tratamiento del enfermo no es la imposición de manos ni la unción de aceite, lo principal es la oración. Tampoco la expresión *oración de fe* debe ser contrastada con otra “oración” que no sea de fe. Toda oración presupone la fe y se sostiene en ella. Si no hubiera fe, no sería oración. En todo caso habría que decir que algunas oraciones que hacemos no son oraciones, pero nunca pensar que hay oraciones sin fe y oraciones con fe. La naturaleza esencial de la oración es la fe de quienes oran.

La expresión *dará salud al enfermo* debe ser tomada como una expresión de deseos de quienes realizan la oración y no como un resultado natural de la realización de la oración. El problema con la interpretación de este pasaje ha sido tomar la indicación de Santiago como si fuera una receta infalible para la sanidad. Cuando se toma la sanidad divina como resultado natural de la *oración de fe* (lo cual sucede en muchas comunidades cristianas hasta el día de hoy), se cae en la necesidad de explicar qué pasa cuando el enfermo no es sanado. Las explicaciones usuales tienen que ver con el hecho de que no se ora bien, que no se ora con fe, que no se aplicó el aceite o la imposición de manos correctamente, y muchas más. Estas explicaciones no toman en cuenta el hecho de que toda oración por los enfermos, como cualquier otra oración, es hecha *en el nombre del Señor*. Orar por un enfermo *en el nombre del Señor* significa que, si el Señor quiere, el enfermo será sanado, y si el Señor no quiere, no será sanado. Dios es el dueño de nuestras vidas desde la cuna hasta la tumba. Dios es el dueño de la salud y la enfermedad. No nos compete a nosotros explicar porqué Dios sana al que sana y no sana al que no sana. Caso contrario, tendríamos que explicar porqué se enferman las personas de fe, y porqué murieron todos los grandes cristianos de la historia.

La oración, como verdadera medicina espiritual, tiene siempre un efecto positivo en nuestras vidas. Si estamos enfermos, y quién no lo está alguna vez, es tan necesario orar como tomar la medicina. Quien no ora se priva de una de las armas más poderosas para contrarrestar las enfermedades, sean tanto del cuerpo como del alma. La oración es el medio divino para sanar nuestras vidas de toda dolencia física y espiritual. La oración también sana la comunidad cristiana, por eso hay que orar *unos por otros, para que seáis sanados* (5:16). Hay múltiples razones por las que orar. El apóstol Pablo rogaba a sus oyentes: “Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17).

(1) Nos pone en circunstancias de que nuestros pecados sean perdonados, 5:16a. La oración de la comunidad no sólo nos sana de nuestras dolencias físicas, sino también y muy particularmente de nuestras dolencias espirituales. Más que sólo curar nuestros cuerpos, la oración nos pone en circunstancia de que nuestros pecados sean perdonados. Los judíos creían que las enfermedades y las calamidades provenían del pecado. La pregunta que los discípulos le hicieron a Jesús sobre la ceguera del ciego de nacimiento lo muestra: “Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?” (Juan 9:2). También los amigos de Job le acusaron de ser pecador y rebelde a Dios, y que por eso venían sobre él las aflicciones (Job 22:1–10).

Es cierto que muchas enfermedades son por causa del pecado. De la borrachera continua viene la cirrosis y del fumar el cáncer de pulmón. También el hambre y la corrupción están relacionadas con el [P. 294] pecado, así como la guerra, el racismo y muchos de los males sociales. La oración no sólo alivia el síntoma, que es la enfermedad física y social. La oración ataca la causa de la enfermedad, que es el pecado. La comunidad que ora nos pone en contacto con Dios, y el contacto con Dios alivia la enfermedad y perdona el pecado. Por eso dice Santiago en forma condicional *Y si ha cometido pecado...*, es decir, en el caso de que la enfermedad derive de algún pecado cometido (Mar. 2:5; Juan 5:14; 9:2; 1 Cor. 11:30), esos pecados le serán perdonados. La evidente expresión de Santiago se dirige a esos pecados en cuestión, y no al pecado en general. Nuevamente, los pecados no le serán perdonados de forma mágica, ni porque se le haya otorgado sanidad física, ni sin un cambio de corazón y sin convertirse a Dios a través de Cristo. Todo eso está presupuesto en la frase de Santiago. La oración, sin embargo, es un signo visible de un corazón cambiado, de un espíritu humillado delante de Dios, y de una genuina conversión (Hech. 9:11).

Hay que tener cuidado también de no llevar el argumento anterior al extremo. No todas las enfermedades tienen su origen en el pecado. Los males y la pestilencia que siguen a un terremoto o una explosión volcánica no pueden ser equiparadas con el pecado humano. No hay ninguna injusticia personal o social a la cual achacar las enfermedades y la muerte que siguen al paso de un huracán. Por eso, en tales circunstancias, mucha gente culpa a Dios. La cuestión más importante no es buscar culpables, lo más importante es que nuestras vidas sean sanadas de todo mal físico y espiritual. El único que puede dar perdón de nuestros pecados es Dios (Mat. 9:6; Mar. 2:7–11; Luc. 5:21–24; 1 Jn. 1:9, 10).

La oración en comunidad asegura la presencia de Dios y el perdón de los pecados. Jesús dijo: “Porque donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). La presencia de Cristo en la comunidad se da donde están dos o tres congregados en su nombre. La congregación cristiana es una forma de sociedad o de congregación humana muy especial, porque en ella se encuentra Cristo. El que autoriza, faculta y habilita una congregación cristiana es Dios a través de la presencia del Espíritu Santo en cada uno de los congregados. Esa igualdad de todos los creyentes frente a Dios es la que sustenta el valor de la comunidad cristiana y el respeto que unos por otros debemos tener en la iglesia. No es sólo un sacerdote (o anciano, o pastor, u obispo, o diácono) el que escucha la confesión de pecados.

Santiago dice: *Confesaos unos a otros vuestros pecados*. La confesión a Dios se da por sentado. Si no le confesamos nuestros pecados, Dios nunca nos perdonará. Lo que Santiago nos recuerda es que esa confesión a Dios está mediada por la confesión a nuestros hermanos y hermanas en la iglesia, quienes son “real sacerdocio” (1 Ped. 2:9). Todos somos sacerdotes de los demás en la iglesia. El pueblo cristiano no puede dividirse entre “clero” y “laico”. Todos somos laicos y todos somos sacerdotes. Estos versículos aclaran y ponen en relieve la posición de los ancianos en relación a la oración “sobre” el enfermo. Aquel pasaje (5:14) pareciera poner a los ancianos de la iglesia en una posición privilegiada por sobre el resto de la congregación. Si ese fuera el caso, también aquí Santiago diría que la confesión de pecados debiera ser hecha a los ancianos, sin embargo la indicación es a hacerla *unos a otros* (5:16a).

La oración en comunidad ayuda a la comunión de los hermanos de los unos con los otros. La comunidad de Santiago estaba tristemente dividida entre ricos y pobres (2:6, 9; 5:4). Una comunidad llena de guerras y divisiones (4:1–4) no puede ser bendecida por Dios. Para que Dios sane una comunidad tiene que haber unidad y aceptación entre los componentes de la comunidad. La comunidad que quiera ser bendecida por Dios, según Santiago, debe hacer dos cosas: Primero, confesarse unos a otros las ofensas, y segundo, orar los unos por los otros. Jesús enseñó a sus discípulos a orar hasta por los enemigos y los [P. 295] que les maldecían (Mat. 5:44). Cuánto más entre los hermanos. Para Santiago, la oración es más que una experiencia personal e individual. La oración es una experiencia de comunidad cristiana, quizá la más inefable de todas. Cuando estas dos cosas se dan entre los hermanos, hay verdadera comunión.

La mutualidad y corresponsabilidad de la experiencia cristiana queda claramente expresada en el *unos por otros*. Quizá no haya idioma como el griego que tenga un pronombre recíproco como *allelon*²⁴⁰, que puede ser traducido “unos por otros, unos de otros, recíprocamente, mutuamente”. Santiago ya ha dicho que los miembros de una comunidad cristiana no deben murmurar los unos de los otros (4:11) ni quejarse los

unos contra los otros (5:9). Ahora afirma que tenemos que orar los unos por los otros. El Señor nos enseñó que debemos lavarnos los pies unos a otros (Juan 13:14), y el apóstol Pablo que en el cuerpo de Cristo somos miembros los unos de los otros (Rom. 12:5). Por eso es necesario que, unos a otros, nos amemos y prefiramos (Rom. 12:10), nos esperemos para comer (1 Cor. 11:33), nos preocupemos (1 Cor. 12:25), nos sirvamos (Gál. 5:13), sobrellevemos las cargas unos de otros (Gál. 6:2), nos soportemos con paciencia (Ef. 4:2), seamos benignos y misericordiosos (Ef. 4:32) y nos sometamos (Ef. 5:21). También dice Pablo que no debemos juzgarnos unos a otros (Rom. 14:13), que debemos recibirnos los unos a los otros (Rom. 15:7), aconsejarnos unos a otros (Rom. 15:14) y saludarnos unos a otros (Rom. 16:16; 1 Cor. 16:20; 2 Cor. 13:12). Otros apóstoles concuerdan (Heb 10:24; 1 Ped. 1:22; 4:9; 5:14; 1 Jn. 3:11, 23; 4:7, 11, 12; 2 Jn. 5). Todos estos pasajes hablan de la experiencia cristiana en una comunidad. El que destruye la comunidad destruye la fe de Cristo. Sólo una comunidad que se confiesa sus pecados y que ora comunitariamente es sanada en la fe.

La expresión *seáis sanados, iaomai*²³⁹⁰, acentúa el sentido de la curación del alma de una comunidad enferma espiritualmente (Mat. 13:15; Heb 12:13). El pecado es una enfermedad comunitaria de difícil curación. Para Dios, sin embargo, no hay nada imposible.

(2) Se fortifica en la oración del justo, 5:16b–18. La segunda parte del versículo 16 ha sido un “texto áureo” de las escuelas dominicales por muchos años. Cada niño que ha crecido en una iglesia cristiana ha memorizado este texto en alguna ocasión. La oración aquí descrita es la oración *del justo*. Este término debe ser visto simplemente como indicando a una persona devota, piadosa, religiosa en el sentido amplio del término (Hab. 2:4; Luc. 2:25; Rom. 1:17). Es cierto que Jesucristo es llamado “el justo” en reiteradas ocasiones en el NT (Mat. 27:19, 24; Hech. 3:14; 7:52; 22:14; Rom. 3:26; 2 Tim. 4:8; 1 Ped. 3:18; 1 Jn. 2:1, 29; 3:7; Apoc. 16:5), y probablemente también por Santiago (5:6), pero no hay nada en este pasaje que indique que se refiere solamente a la oración de Jesús. Todas las oraciones de todos los creyentes que se acercan a Dios son escuchadas, cada una de ellas (1 Ped. 3:12), todas ellas son llevadas a su presencia como en “copas de oro llenas de incienso” (Apoc. 5:8). La oración eficaz del justo puede mucho porque es escuchada por Dios, quien contesta la oración con su poder infinito.

Además, la oración descrita por Santiago es una oración ferviente, que obra eficazmente, es decir, una oración que “vale algo” (Gál. 5:6), que “actúa” (2 Cor. 4:12), que “está obrando” (2 Tes. 2:7), como se traduce esta misma expresión en otras partes del NT. La oración no es un consuelo de tontos, un remedio de viejas o un sostén de pusilánimes. La oración no es [P. 296] un opio para adormecer la conciencia del pueblo. Los pobres oran porque son pobres, y los ricos porque son ricos. La oración puede despertar la conciencia de los unos y los otros y volverlos a Dios, que es a quien nos dirigimos como comunidad que ora. La oración es entendimiento, iluminación, comunicación, relación, trato, unión, comunión con Dios. Parafraseando al obispo William Temple, podemos decir que “Adorar, orar, es despertar la conciencia por la santidad de Dios, alimentar la mente con la verdad de Dios, purgar la imaginación a través de la belleza de Dios, abrir el corazón al amor de Dios y dedicar la voluntad al propósito de Dios”. Todo ello se realiza en la comunidad que ora.

Por último, la oración descrita por Santiago es una oración que puede mucho. Tiene mucha fuerza en su acción. Hay que tener cuidado en no interpretar este versículo como que la oración es un modo de forzar a Dios a que haga algo. Ya ha dicho Santiago que “Dios no es tentado..., y él no tienta a nadie” (1:13). Lo mismo con la oración: Dios no puede ser forzado, y él no fuerza a nadie. Lo más importante en la oración no es que nosotros cambiemos el corazón de Dios, sino que Dios cambie nuestro corazón. No es Dios el que debe cambiar, somos nosotros. La oración nos pone a nosotros en situación de ser cambiados por Dios. Esa es su fuerza, ese es su gran poder, eso es lo *mucho* que puede la oración.

La oración no es un modo de torcer el brazo de Dios para que haga algo. La contestación a nuestra oración no es necesariamente una respuesta afirmativa. Dios siempre nos contesta: A veces afirmativamente, a veces negativamente, a veces ambiguamente, pero siempre contesta. La persona que considera que, porque no ha recibido lo que pide, Dios no le ha contestado, debiera pensar que quizá Dios sí le ha contestado: negativamente. La oración *puede mucho* porque puede cambiar los corazones, puede convertir las personas, puede hacer cosas que el hombre común no puede, puede afirmarnos en la fe, puede sostenernos en las pruebas y aflicciones, puede darnos esperanza en medio de la adversidad. Todo esto y mucho más Dios realiza en nosotros a través de la oración.

No termina de ser evidente si la eficacia de la oración, según Santiago, se debe a la persona que ora: *el justo*, a la intervención del Espíritu Santo en la oración en sí (como Pablo a los Rom. 8:26), o a la voluntad de Dios, que siempre realiza sus propósitos más allá de todas las injerencias humanas. Quizá las tres están implicadas. De todos modos, para poder comprender su dinámica, la oración debe ser practicada. Sólo quien ora entiende la oración.

El ejemplo de esta oración ferviente, que obra eficazmente, y que puede mucho es Elías. Elías es un gran ejemplo porque, como dice Santiago, *...era un hombre sujeto a pasiones, igual que nosotros*. Del mismo modo que ya hizo en 2:21, 25, y en 5:10, 11, Santiago trae a colación un personaje de la historia judía que le sirve como ejemplo. Luego de Abraham, Moisés y David, Elías es el personaje más nombrado del AT. Elías es el profeta por excelencia, un ejemplo de poder, de milagros y de grandes realizaciones (Mar. 9:4; Luc. 9:30). La razón por la que lo menciona Santiago, sin embargo, es justamente la opuesta. Es cierto que Elías hizo grandes milagros, dice Santiago, pero él *era un hombre sujeto a pasiones* como cada uno de nosotros. El propósito de Santiago de mencionar a Elías es mostrarlo vulnerable y humano. Elías no era un mago, ni un superhombre, ni alguien que tuviera poderes especiales. En Dios y con Dios, sin embargo, Elías era de temer. El poder de Elías era el poder de Dios.

Santiago no aclara cuáles fueron las pasiones que agitaron a Elías, pero es fácil suponer. La sequía de los tres años, o tres años y medio como afirma Santiago, se relata en 1 Reyes 17 y 18. Inmediatamente después de esta gran manifestación del poder de Dios, y de matar a los profetas de Baal, en 1 Reyes 19 se relata cómo la pérfida Jezabel pone precio a la cabeza de Elías. Elías se desespera y huye por el desierto. [P. 297] Cobijándose a la sombra de un enebro desea la muerte (1 Rey. 19:4). Fortalecido por una comida que un ángel le entrega, camina 40 días y 40 noches hasta llegar a Horeb, donde se esconde en una cueva (1 Rey. 19:9). Este es el Elías de Santiago, un Elías deprimido y desalentado, un Elías que no tiene nada que ver con el Elías que enfrentó a los 450 profetas de Baal y los 400 profetas de Asera (1 Rey. 18:19), y que los degolló en el arroyo de Quisón (1 Rey. 18:40). Elías es para Santiago un prototipo de los pobres en la comunidad de la dispersión, pobres que están deprimidos y desalentados por la prepotencia de los ricos que, como Jezabel, buscan matarles (5:6).

Lo más curioso de la interpretación de Santiago, sin embargo, es que ni en 1 Reyes 17:1 (anuncio y comienzo de la sequía), ni en 1 Reyes 18:42 (final de la misma) no sólo no se menciona que Elías hubiera orado *con insistencia*, ¡ni siquiera se menciona que Elías hubiera orado! Es cierto que en 1 Reyes 18:42 se dice que “puso su rostro entre sus rodillas”, pero el texto no menciona la oración como tal. Es posible que la tradición judía haya enfatizado el poder de los profetas sobre cielo y tierra, poder que se llevaría a cabo seguramente a través de la oración. Tampoco hay nada en el texto veterotestamentario sobre los tres años y medio. 1 Reyes 18:1 dice “al tercer año”. Sólo en Lucas (4:25) y aquí se menciona el típico periodo de tiempo para las realizaciones majestuosas de Dios, la mitad de siete años, o sea tres años y medio, o 42 meses, o 1.260 días (Dan. 7:25; 12:7; Apoc. 11:2; 12:6, 14). No podemos decir que Santiago esté inventando los tiempos o los hechos, sólo que no podemos establecerlos basándonos en los relatos del AT. Seguramente Santiago tenía literatura rabínica que sustentaba sus dichos que nosotros no conocemos y que, si la tuviéramos, sus comentarios sobre la “insistente” oración de Elías se aclararían, como así el señalado periodo escatológico.

Una razón más muestra la importancia de Elías como ejemplo de oración: Así como una sola persona mancha la comunidad de fe con su pecado, así una sola persona de oración mejora la comunidad y la levanta hasta ponerla en comunicación con Dios. Esta es la razón porque la oración *del justo* puede mucho. Un sólo justo en una comunidad puede levantar la comunidad. Por un puñado de justos Dios hubiera perdonado a Sodoma y a Gomorra (Gén. 18:26–33). La cantidad no es tan importante para el evangelio como la calidad. La presencia de un sólo justo en una comunidad de fe es de suma importancia para Dios.

3. La comunidad hace volver a la verdad a aquellos que están extraviados, 5:19, 20

La última sección de Santiago descubre el propósito de la carta: hacer volver a la verdad a los extraviados. Muchos cristianos en las comunidades de la dispersión estaban engañados. Santiago, por su carta, está intentando hacerles volver a la verdad, al camino de la salvación. Como buen predicador, Santiago les advierte de los peligros del camino. A algunos los acusa y los redarguye, a otros los concientiza y los advierte, a otros los defiende y los anima. A todos ellos trae al camino de la fe y la esperanza en Cristo Jesús.

Nuevamente, como cerrando un círculo al final de su carta, Santiago acentúa otro de los temas iniciales de su carta, el tema [P. 298] de la dispersión de las “doce tribus” (1:1). Santiago, como pastor de la primera iglesia de Jerusalén, tuvo que ver con dolor cómo sus ovejas se dispersaban por causa de la persecución de los judíos que se realizó después de la muerte de Esteban (Hech. 11:19). Jesús había advertido: “Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mat. 26:31; Mar. 14:27). Santiago lo estaba viviendo en carne propia. Santiago descubre su juego: es él mismo aquel *otro* que hace volver al pecador de su camino (5:19).

El párrafo comienza con la consabida frase de Santiago *Hermanos míos* (1:2; 2:1, 5, 14; 3:1, 10, 12; 5:12). El pastor Santiago está listo a dar su último consejo pastoral.

Semillero homilético

Las tres advertencias vitales

5:1-20

Introducción: Dios entrega en forma permanente, serias advertencias a quienes descuidadamente, hacen cosas pecaminosas que van en contra de la sociedad, y la vida espiritual en todas sus manifestaciones.

- I. La primera advertencia es social, 5:1-6.
 1. Por el enriquecimiento ilícito (vv. 1, 2).
 - (1) Que trae angustias a los pueblos del llamado "Tercer mundo".
 - (2) Que trae miserias a las gentes de bien.
 - (3) Que trae calamidad a la economía de Latinoamérica.
 2. Por la acumulación de capitales (v. 3).
 - (1) Que trae pobreza absoluta.
 - (2) Que trae testimonios de juicio.
 - (3) Que trae enfermedades sicosomáticas.
 3. Por la explotación del trabajador (vv. 4-6).
 - (1) A quien se le paga míseramente.
 - (2) A quien se le paga tardíamente.
 - (3) A quien se le paga con muerte.
- II. La segunda advertencia es espiritual, 5:7-11.
 1. Que se tenga paciencia hasta la venida del Señor (vv. 7-10).
 - (1) Al estilo del labrador que espera el fruto.
 - (2) Al estilo y ejemplo de los profetas de Dios.
 2. Que se tenga perseverancia entre los santos (v. 11).
 - (1) Para lograr ser bienaventurado.
 - (2) Para lograr el propósito del Señor.
- III. La tercera advertencia es de compromiso, 5:12-17.
 1. Cuando hablamos con la verdad (v. 12).
 - (1) Sin necesidad de juramentos.
 - (2) Sin otro recurso que el sí, o el no.
 2. Cuando hablamos con Dios abiertamente (vv. 13-18).
 - (1) Mediante la oración.
 - (2) Mediante la alabanza.
 - (3) Mediante el uso de la medicina apropiada.
 - (4) Mediante la fe genuina.
 - (5) Mediante la intercesión a Dios como Elías.

Conclusión: Estas advertencias son expresadas por Dios para lograr que las almas alejadas de él, logren recuperarse nuevamente, mediante la persuasión de su error.

La expresión *si alguno entre vosotros es engañado* es una condición en el original, [P. 299] condición que presume que es probable que alguno de ellos esté siéndolo. El verbo engañar, *planao*⁴¹⁰⁵, puede traducirse literalmente como extraviarse (Mat. 18:12), vagar (Heb. 11:38); o figurativamente como apartarse de la verdad (Mat. 24:5), engañarse (1 Cor. 6:9) o ser engañado (Gál. 6:7), “desviar en su corazón” (Heb. 3:10) o ser llevado al error o apartado de la verdad (Heb. 5:2). Al analizar las 10 advertencias de su epístola, es evidente que Santiago tenía en mente el sentido espiritual y figurativo del extraviarse del camino de la verdad (Heb. 12:13). Nuevamente aparece la expresión *alguno entre vosotros* (como en 5:13, 14). La cuestión no es el extravío posible de un alma, sino de toda la comunidad que sigue detrás del extraviado. Decimos “una manzana podrida pudre el cajón” y las primeras comunidades cristianas tenían una mentalidad comunitaria, y Santiago lo sabía.

El camino *de la verdad* no es tanto una referencia a un código de preceptos religiosos y morales accesibles a los miembros de una comunidad, como una nueva referencia a Jesucristo mismo (1:1; 2:1). Jesucristo se identificó a sí mismo como “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6; 1 Jn. 1:6; 3:18–20). Al hablar del *desviarse de la verdad* Santiago estaba refiriéndose al apartarse de la senda de Jesucristo. Era fácil entonces y más fácil ahora ser engañado y llevado fuera del camino de la verdad que es en Cristo Jesús. Por eso hay que caminar en el camino cristiano con perseverancia y esmero.

Si otro le hace volver es la continuación de la condición de probabilidad. Es probable, aunque no es seguro, que si otro le hace volver, una persona se convierta de sus caminos de maldad para venir al camino de la verdad. El verbo *epistrefeo*¹⁹⁹⁴ puede traducirse literalmente como volver o voltearse (Juan 21:20), retornar, retroceder, regresar (Hech. 15:36). También figurativamente puede traducirse como arrepentirse (Mar. 4:12), como cambiar de mente, retornar espiritualmente (Luc. 17:4; Gál. 4:9). Cuando el verbo es usado, como aquí en los versículos 19 y 20 (y en Luc. 1:16), debe traducirse como “hacer volver” o “producir el arrepentimiento”, como bien traduce RVA.

Siguiendo algunos manuscritos antiguos, RVA dice *sabed*, en la segunda persona plural. RVR-1960 y RVR-1995, sin embargo, dice “sepa”, en tercera persona del singular. Siendo que en el versículo 19 la expresión *alguno de entre vosotros* se refiere a una persona singular, pareciera textualmente más apropiado leer también acá en el singular. Sin embargo, siguiendo el sentido comunitario del pasaje, leer en el plural parece teológicamente más apropiado. La iglesia es una comunidad de salvación. A través de sus esfuerzos, el hermano descarriado es restaurado, “convertido” del error al camino de la verdad. El esfuerzo productivo de la comunidad, en lugar de malgastarse en críticas (4:11) y murmuraciones (5:9), se utiliza en la influencia benéfica de salvarse los unos a los otros. También el autor de Hebreos pedía que nos “considerémonos los unos a los otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (Heb. 10:24). De cualquier forma, singular o plural, el versículo 20 es la conclusión de las dos condiciones del versículo 19.

Como la condición, también la conclusión es doble: *salvará su vida de la muerte y cubrirá una multitud de pecados*. Así como en el castellano, *salvará su vida de la muerte* no es claro si se refiere a la vida del pecador que es rescatado, o a la vida del que rescata al pecador. Siendo que este pasaje cita o refiere directamente a Ezequiel 3:18–20, cualquiera de las dos posibilidades es factible. El tono general del contexto, sin embargo, pareciera inclinarse hacia la vida del pecador que es rescatado. El camino del error no es simplemente un camino alternativo del que, cuando uno quiera, puede retractarse. El camino del error termina en la muerte, es camino de muerte (Prov. 12:28; 14:12; 16:25; Jer 21:8; Hech. 22:4).

Una ambigüedad similar rodea la segunda conclusión. La expresión *cubrirá una [P. 300] multitud de pecados* no aclara si se refiere a los pecados pasados del pecador que se ha desviado de la verdad, o los pecados posibles en su futuro. También la interpretación católica romana toma este texto como refiriéndose a los pecados del conversor, no del convertido que, de esa manera, se salva a sí mismo (1 Tim. 4:16). El proverbio (10:12) dice: “el amor cubre todas las faltas”, lo cual también recuerda el apóstol Pedro (1 Ped. 4:8). La conclusión lógica pareciera ser, sin embargo, que Santiago se refiere a los pecados del convertido.

Joya bíblica

Sabed que el que haga volver al pecador del error de su camino salvará su vida de la muerte, y cubrirá una multitud de pecados (5:20).

Como hemos visto desde el principio en esta interpretación de la carta de Santiago, no siempre es necesario salvar la ambigüedad de los dichos, especialmente cuando éstos son dichos de sabiduría. Es probable que Santiago haya sido deliberadamente ambiguo con sus conclusiones como para posibilitar diversas lecturas. Lo interesante es que todas ellas parecen apropiadas para su argumento.

XIII. CONCLUSIÓN

Santiago termina, pero no concluye. Así como empezó, así termina: abruptamente. Sin conclusión (Juan 20:30–31), sin saludos (Rom. 16), sin doxologías (Heb. 13:20, 21; 1 Ped. 5:10, 11). En parte, viendo el arreglo de la carta, no parece hacer falta una conclusión general. Cada una de las secciones ha tenido su conclusión. Si esta fue la razón de Santiago para no escribir una conclusión a su escrito, no hace más que fomentar el sentido de lo que se dijo en la introducción de que la epístola representa una serie de sermones u homilías del pastor de la iglesia de Jerusalén hacia sus ovejas dispersadas (1:1). De todas maneras, en nuestro modo de pensar, una conclusión general no hubiera estado fuera de lugar.

Una segunda razón para la falta de conclusión, más apropiada al estilo literario de Santiago, parece prevalecer: La literatura de sabiduría o de amonestación no necesita conclusiones. El libro de Proverbios no tiene conclusión. Quizá podría aplicarse como conclusión a Santiago la conclusión del libro de Eclesiastés: “Y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo. También sopesó, investigó y compuso muchos proverbios. El Predicador procuró hallar palabras agradables y escribir correctamente palabras de verdad. Las palabras de los sabios son como agujones, y como clavos hincados son las palabras que forman parte de una colección y que son expuestas por un Pastor” (Ecl. 12:9–11). Así son las palabras del pastor Santiago, el primer Predicador de la primera iglesia cristiana de la historia: palabras suaves pero duras, agradables pero agujoneantes.

Santiago ha querido hacer volver a su rebaño dispersado al camino de la verdad de Jesucristo. Ha escrito diez severas advertencias. Sólo restaría decir como acostumbraba a decir el Señor, su propio medio hermano: “Si alguno tiene oídos para oír, que oiga” (Mat. 11:15; Mar. 7:16, ver nota en RVA; Luc. 8:8; 14:35).

[P. 301]

1 PEDRO

Exposición

Cecilio McConnell

Ayudas Prácticas

Hebert Palomino

[P. 303]

INTRODUCCIÓN

Para hacer el bien es importante tener disciplina, y nos conviene recibir instrucción y exhortación para lograrlo. Para hacer el mal o lo mediocre, poco hace falta. Para tener flores hay que esforzarse; la maleza es más fácil que crezca. Siempre cuesta más ir cerro arriba que cerro abajo. Una tendencia natural, cuando uno es amenazado por una situación que cree no poder confrontar, es agacharse con las manos sobre la cabeza para protegerla de los golpes o, cambiando la figura, de adentrarse en sí mismo, como la tortuga que se encierra en su caparazón.

Sin embargo, en un ambiente difícilísimo el apóstol Pedro, en base a la inspiración divina y a su propia experiencia, exhorta a sus hermanos lectores a que levanten la cabeza y recuerden que son elegidos conforme al previo conocimiento de Dios Padre por la santificación del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre. Dificultades hay, pero ¡regocijaos y adelante! Nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva. En el pasado se arregló para nosotros una herencia, en el presente somos guardados y en el futuro nos espera una salvación preparada para ser revelada en el tiempo final (1:2–5). Por ello, *creyendo en él os alegráis con gozo inefable y glorioso* (v. 8).

FORMATO

La forma de escribir cartas en el ambiente del primer siglo era diferente de la del día de hoy. En las cartas de aquellos años descubiertas en papiro, al igual que en las epístolas apostólicas y en las halladas en Hechos 15:23–29 y 23:26–30, observamos que lo primero es el autor, luego el destinatario y un saludo. Al final del escrito suele haber otro saludo. La manera de presentar el contenido central de la carta no se distingue tanto de las costumbres de hoy.

Desde luego sus cartas no estuvieron divididas en capítulos y versículos, como ahora lo vemos en nuestras Biblias. En los primeros siglos del cristianismo el NT fue dividido en lecturas para el culto público y privado, las que en gran parte ahora sirven como capítulos. La división en versículos, con el fin de facilitar la ubicación de algún pasaje bíblico, fue hecha por un impresor francés, Roberto Estienne (Stephanus), y publicada en la segunda edición de su NT en gr. en 1550. Y Casiodoro de Reina siguió esa innovación en su Biblia del Oso en 1569, como ha sido la costumbre también en otras traducciones y revisiones, incluyendo la RVA. Como sería lógico, él hizo la división en su propia compilación del texto del NT realizada de acuerdo con los pocos mss. gr. que él conocía. Felizmente no afectan a 1 Pedro ciertos problemas relacionados con la numeración de versículos que hizo Estienne. Estudios posteriores, que han incluido mss. más antiguos y más numerosos que los que Estienne tenía a su disposición, [P. 304] dan un texto con algunas variaciones menores, pero que en 1 Pedro no implican versículos que él numeró. (Cómo esos estudios han afectado esta epístola, ver la sección sobre TEXTO.)

AUTOR

Por supuesto, el autor de todas las Sagradas Escrituras es Dios, cuyo mensaje es recibido y “digerido” por algún instrumento humano. Este lo expresa en sus propias palabras, dirigidas a una situación específica aunque también aplicable universalmente. En el caso ante nosotros el portavoz es Simón Pedro, uno de los primeros discípulos personales de Jesucristo. Era de Galilea, casado, pescador, hijo de Jonás. Era de familia judía, pero con alguna influencia gentil común en esa región; el nombre de su hermano Andrés es de origen griego. Andrés había sido discípulo de Juan el Bautista y, cuando llegó a conocer a Jesucristo, condujo a Simón a él. Jesús vio en este ciertas cualidades, habidas o por desarrollar, y le dio el nombre Cefas en lengua aramea o

Petros en gr. (que significan “piedra”), de donde viene “Pedro” en castellano (Mar. 1:16, 30; Juan 1:40–42). Luego éste llegó a ser un dirigente importante en el grupo apostólico.

Pedro fue escogido como apóstol y aparece en primer lugar en las cuatro listas de ellos (Mat. 10:2–4; Mar. 3:16–19; Luc. 6:13–16; Hech. 1:13). Estuvo involucrado en muchos de los incidentes en el ministerio de Jesús y en los relacionados con las actividades de las iglesias entre los judíos. Sin ser el “primer Papa”, como muchos lo han presentado, de todos modos sobresalía entre los seguidores de nuestro Señor.

Si bien la paternidad literaria de esta epístola no ha sido cuestionada tanto como algunos otros escritos bíblicos, como por ejemplo 2 Pedro, Efesios o Apocalipsis, de todos modos ha habido quienes dudan de que sea obra del apóstol. Señalan: 1. Que alguien que había estado tanto tiempo con Jesús como Simón Pedro habría mencionado más las experiencias con él. 2. Que un simple pescador galileo no podría escribir un griego tan pulido como se revela en esta epístola. 3. Que el autor aquí hace eco de pensamientos de algunas epístolas de Pablo y de Santiago, algo que una persona tan destacada como Pedro no hubiera hecho. 4. Que las persecuciones tratadas en la carta no vinieron sino hacia el final del siglo, años después de la probable fecha de la muerte de Pedro. Veamos brevemente esos argumentos.

1. En cuanto a la escasez de referencias directas a experiencias dadas a conocer en los Evangelios, cabe decir que las epístolas de Juan, Santiago, Judas y Pablo tampoco hacen uso de ellas, como asimismo los discursos en Hechos. No sabemos del todo por qué; pero tal vez los documentos mencionados por Lucas (1:1), o el Evangelio según Marcos y los relatos orales sobre el ministerio de Jesús circulaban entre las iglesias y proveían los datos acerca de los hechos y las enseñanzas del Señor, de tal modo que los escritores de las epístolas no veían la necesidad de repetirlos. Pero parece evidente que estimaban más importante quién era Jesucristo, junto con su crucifixión, su resurrección y la promesa de su segunda venida, y el perdón y la nueva vida que otorga al creyente. Sin **[P. 305]** embargo, en el caso de 1 Pedro hay alusiones a incidentes tratados en los Evangelios, como por ejemplo la referencia a pastores en 5:2 en relación con lo que Jesús dijo a Pedro, anotado en Juan 21:16. Al hablar de cómo los profetas de antaño habían inquirido acerca de la salvación ahora dada a conocer (1:10), nos recuerda lo que dijo Jesús en Lucas 10:24. Y la bendición que proviene de la persecución (3:14) refleja Mateo 5:10; alguien con acierto ha opinado que toda la epístola es un comentario sobre: “Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia”.

2. Una explicación sobre la calidad del griego de la epístola puede tener que ver con Silvano, o Silas, de quien Pedro dice: “Os he escrito brevemente por medio de Silas, a quien considero un hermano fiel” (5:12). Silas era un cristiano judío a quien la iglesia en Jerusalén estimaba como “profeta” (Hech. 15:32), y digno de representarla en la delicada tarea de tratar con los hermanos en Antioquía acerca de las obligaciones de los creyentes gentiles con las leyes judías. También era ciudadano romano y acompañante de Pablo (Hech. 16:37; 15:40) en su segundo viaje misionero. Es mencionado en 2 Corintios 1:19 y figura como coautor de 1 y 2 Tesalonicenses (1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1). Quizá este hermano culto colaboró con Pedro en la redacción de 1 Pedro, lo cual explicaría por qué esta carta de un pescador galileo tiene un formato gramatical de muy alta calidad y bastante diferente del de 2 Pedro, donde Silas no se menciona.

3. En cuanto a las similitudes de expresiones en 1 Pedro y Santiago, y en escritos de Pablo, especialmente Efesios, es posible que Pedro haya visto Romanos, Efesios u otra epístola de Pablo. Pero lo más probable es que todos estaban usando maneras de hablar comunes en el ambiente cristiano de su época, tal como en nuestros tiempos hemos desarrollado un vocabulario eclesiástico, sea consciente o inconscientemente. Y, después de todo, esos autores bíblicos se conocían personalmente y sin duda escribían pensamientos que anteriormente habían expresado oralmente. El que menos contacto había tenido con otros dirigentes cristianos era Pablo; pero él tuvo algo y tenía por compañeros a Bernabé y a Silas, quienes habían vivido entre los hermanos en Jerusalén, en el grupo en que participaban Pedro, Juan y Judas.

4. Se sabe de la feroz persecución en Roma de los seguidores de Jesucristo en el tiempo del emperador Nerón (54–68 d. de J.C.), pero no hay seguridad de que haya habido una embestida contra ellos en las provincias sino hasta algunos años después. Especialmente el tiempo de Domiciano (81–96) fue sangriento para los cristianos de todo el imperio. Pero la epístola no indica esa clase de persecución. Esto hablaría de una fecha más temprana para su composición. Además, los evangélicos de España y de América Latina comprenden que no es necesario que el gobierno tome la iniciativa en contra para que haya malos ratos para el pueblo de Dios. Y es muy cierto que la persecución que enfrentaban los primeros lectores de esta epístola sólo era un preludio de lo que vendría después.

¿Qué evidencia añaden los cristianos primitivos en cuanto a esta epístola? De los escritos que nos han llegado, la primera mención de la epístola relacionándola **[P. 306]** con Pedro, aparte de la de 2 Pedro, viene de Ireneo, o sea alrededor de 185 d. de J.C. Él creció en Asia Menor donde conoció a Policarpo, pero su ministe-

rio estuvo centrado en Lyon (Francia). Clemente, obispo en Roma (92–100), en varias partes en su epístola a los Corintios, parece hacer eco de expresiones de 1 Pedro; y Policarpo (69–155?), obispo en Esmirna y probablemente discípulo del apóstol Juan, cita la epístola pero, como era su costumbre, no indica quién la había escrito. Después Clemente de Alejandría (150–216?) la atribuye a Pedro. Eusebio de Cesarea (265?-340) coloca 1 Pedro entre las obras cuya paternidad no se dudaba, indicando que se aceptaba en todas las iglesias. Y así hasta tiempos modernos.

LUGAR

La epístola incluye saludos de la iglesia que está en Babilonia (5:13), lugar en que el apóstol se encontraba. Es muy dudoso que haya estado en una Babilonia en Egipto, una fortaleza cerca de donde ahora está El Cairo. Es posible que haya sido la antigua ciudad de Mesopotamia, donde sabemos que había muchos judíos desde el tiempo del cautiverio de Nabucodonosor y aun antes. A favor de que ése fuese el lugar está el ministerio preferente de Pedro entre los judíos y el hecho de que realmente se llamaba Babilonia. Pero esta región quedaba al margen del mundo grecorromano en el tiempo de Pedro, por lo cual habría menos relación allí con los pueblos más influidos por la cultura griega, como eran las iglesias a las cuales iba dirigida la carta.

El otro lugar, que es más respaldado por la tradición desde los primeros siglos de nuestra era, sería la Roma imperial. Cuando se escribió el Apocalipsis, se le dio a Roma el sobrenombre de Babilonia (Apoc. 16:19; 17:5; 18:10, 21), y la expresión podría haberse usado antes, haciendo una referencia criptográfica como precaución por si el escrito cayera en manos de hostiles oficiales romanos. Si es que Pedro estuvo en Roma, habría sido después de que Pablo escribió Romanos y probablemente después de su primer encarcelamiento allí; pues Pablo escribió, y precisamente a los romanos: "...he procurado predicar el evangelio donde Cristo no era nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno" (Rom. 15:20). Según esto no habría escrito la epístola si hubiese pensado que un hermano tan destacado como Pedro estuviera relacionado con la iglesia en ésa. Ni se incluye a Pedro entre aquellos a quienes Pablo envía saludos.

Tampoco es mencionado Pedro en la última parte de Hechos, donde se presenta la estada de Pablo en Roma, ni en las epístolas paulinas escritas desde allí. Si Romanos fue escrita alrededor del año 57 desde Corinto, antes que saliese Pablo para Jerusalén y de allí preso dos años en Cesarea y luego a Roma donde estuvo dos años, Pedro podría haber estado en Roma desde aproximadamente el año 62 ó 63 hasta su muerte en la persecución de los cristianos por Nerón, injustamente acusados del incendio de la ciudad, por el año 64 de nuestra era. De este modo la fecha de la epístola se pondría en este intervalo.

También ha habido quienes proponen que la carta fue escrita desde Jerusalén o desde Asia Menor, quizá Esmirna.

[P. 307] DESTINATARIOS

Al comienzo de la carta se dice que va dirigida a la región norte y oeste de lo que hoy es Turquía, en Asia Menor: a Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Estas zonas representaban reinos antiguos, si bien todas menos Ponto habían llegado a ser también provincias romanas, de una manera no del todo diferente a como los territorios de los incas, guaraníes, mapuches, chibchas, mayas, aztecas, etc., fueron afectados entre sí y después añadidos a España. Siglos antes, el territorio había sido sede de los hititas (heteos). Otros pueblos lo habían invadido, como los galos (en Galacia), los persas, los grecomacedonios y luego los romanos.

Había judíos también en la región, descendientes de los que Antíoco III el Grande, y otros, habían ubicado allí. Además, algunos habían inmigrado allí por razones comerciales. La situación sería algo parecida a la que se revela en Hechos, pues donde llegaba Pablo, en un territorio principalmente un tanto al sur de los lugares visitados por el emisario de Pedro, existían sinagogas judías las cuales eran frecuentadas por gentiles. En general, al igual que en nuestros templos cristianos, los extraños eran bienvenidos en la mayoría de sus cultos.

La epístola va dirigida a los expatriados de la dispersión, términos usados comúnmente para los judíos que vivían fuera de Israel mismo, pero que también vendrían bien para los cristianos. Especialmente lo sería para aquellos cuyo primer contacto con el evangelio ocurrió en una sinagoga, fueran ellos judíos o gentiles; aunque en un sentido muy real correspondería a todos los creyentes en el ambiente hostil en que vivían.

En la carta no hay indicios de graves errores doctrinales o de práctica entre las iglesias, como encontramos en la mayoría de las epístolas de Pablo; ni de problemas entre creyentes judíos y gentiles. ¿Sería porque no había tales o porque Pedro, escribiendo desde lejos a hermanos no muy conocidos personalmente, enseñaba y exhortaba en términos generales, algo que a todos nos hace falta? ¿Habría trabajado Pedro antes en esa parte del Imperio? ¿O fue más bien que de allí (quizá algunos que se habían convertido en Jerusalén en el primer Pentecostés cristiano, según Hech. 2:9) pedían consejo al destacado apóstol, o que alguien (posible-

mente Silas) viajando allá quería llevar una comunicación suya, tal vez como enseñanza y como carta de presentación para el portador (ver Rom. 16:1)?

Algunos lo relacionan con el extraño hecho de que Pedro menciona como primer lugar a Ponto, que no sería primero mirando desde Babilonia en el oriente o desde Roma en el occidente. ¿Sería porque el barco en que viajaría el mensajero desde Italia iba a un puerto de Ponto, o porque hermanos de esa región se habían comunicado con el Apóstol para comprender el propósito de Dios y alentarse en su tarea de extender la buena nueva de Cristo? De hecho, antes de finalizar la era apostólica, ya había pequeños grupos de creyentes en territorios muy remotos de Jerusalén y Antioquía; era obra mayormente de hermanos sencillos pero dedicados, fuesen judíos, prosélitos o gentiles netos.

[P. 308] CONTENIDO

Como ya hemos expresado, la epístola no trata problemas específicos de las iglesias, sino situaciones más o menos comunes de todas las congregaciones. Pedro lo dice así al finalizar su carta: *...para exhortar y testificar que ésta es la verdadera gracia de Dios* (5:12). Los cristianos eran una pequeña minoría en medio de una mayoría que les era hostil. Las colonias judías veían como renegados y traidores a sus compatriotas que se habían hecho cristianos, y la población gentil miraría a los creyentes en Jesús como locos (por su “fanatismo”), ateos (por no creer en los dioses), o hasta caníbales (por interpretar mal, por ignorancia o con mala intención, el esto es mi cuerpo en la Cena). (Si eso parece absurdo, recuerde cómo los evangélicos han sido acusados de colocar una imagen de la Virgen debajo del umbral de la puerta con el fin de pisarla, u otras cosas parecidas). Y siempre los cristianos habían cometido el crimen de ser diferentes. Además, los seguidores de Cristo siempre necesitan instrucción, estímulo y compasión; y continúan asediándoles los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida (1 Jn. 2:16).

El propósito, entonces, es ayudar a los lectores a que comprendan la obra de Dios; se entreguen voluntariamente al Santísimo, quien es a la vez proveedor de la gracia para salvar; frente a las experiencias de la vida, incluso las persecuciones, sean conscientes de la esperanza viva; y muestren su gratitud y lealtad a Cristo mediante su estilo de vida en todas las relaciones. El bautismo simboliza su paso de muerte a vida; y la verdadera gracia de Dios, hay que estar firmes en ella (5:12).

Esta carta de Pedro tiene mucha semejanza con sus sermones presentados en Hechos. Es interesante observar las diferencias de estilo de ella comparada con los escritos de Pablo y de Hebreos. En términos generales podríamos decir que Pablo primero enseña y luego exhorta, Hebreos exhorta a medida que enseña y Pedro enseña mientras exhorta. El método de Pedro es sencillo y práctico, y casi no hay oración gramatical que, tomada aisladamente, no contenga una idea y una enseñanza importante en sí misma. Tiene mucho que contribuye a la adoración y a la acción.

TEXTO

Daremos un vistazo a dos aspectos del texto de 1 Pedro. Primero, en cuanto a la epístola misma. Como hemos señalado bajo AUTOR, el gr. es de una calidad que no esperaríamos de un pescador galileo cuyo idioma de cuna era el arameo. Llama la atención la larga lista de palabras gr. usadas aquí y que no aparecen en ninguna otra parte del NT, aunque más de la mitad de ellas están en el AT en gr. Los hebraísmos son pocos, y no hay expresiones latinas. Parece ser el gr. de un judío bien educado y de buena situación social del mundo grecorromano del primer siglo cristiano. También interesa que las frecuentes citas del AT provienen de la Septuaginta (LXX), versión griega, y no del heb. que se supone se usaría en Israel. Se ha creído que Silas ayudó en la formulación en gr. de los pensamientos de Pedro, y que se usó la LXX por ser la forma de las Escrituras más conocida en esa parte del Imperio Romano, la que estuvo bajo la influencia [P. 309] griega desde el tiempo de Alejandro Magno casi 400 años antes.

El segundo aspecto tiene que ver con la transmisión del texto original hasta nuestros días. Hoy sólo tenemos copias de copias de copias de él, copias de traducciones antiguas a otros idiomas y de citas de 1 Pedro en los escritos de antiguos predicadores y comentaristas bíblicos, tales como Clemente, Agustín, Cirilo, etc. Como dijimos en FORMATO, Casiodoro de Reina se valió del NT gr. de Roberto Estienne, quien basó su texto sobre unos 15 mss. (mayormente tardíos) que él conocía, si bien siguió en casi todo a Erasmo, aunque éste contaba con menos mss. En general, las revisiones de la obra de Reina han seguido con el texto de ellos, sin tomar en cuenta los millares de mss., muchos de ellos más antiguos que aquellos con los que contaban Reina y Valera, además de las copias de versiones en otros idiomas en los primeros siglos, con las cuales podemos informarnos sobre cómo era el texto gr. de los documentos con que trabajaban los traductores. Así, ahora tenemos compiladas las variaciones en el material bíblico que laboriosamente se han juntado durante más de 400 años. Tal como Reina utilizó los estudios textuales que tenía a mano en 1569, los editores de la RVA se han valido de la erudición con que hoy se cuenta; es decir, la obra de ese insigne precursor se ha actualizado.

La principal fuente inmediata ha sido la tercera edición del NT en gr. de las Sociedades Bíblicas Unidas (1975).

Para apreciar cómo eso ha afectado esta epístola petrina, veamos algunos casos de variación en el cap. 1. En los vv. 4 y 5 algunos mss. de la Edad Media dicen *hemas* (nosotros), pero los más antiguos (y así más cerca del original en cuanto al tiempo) tienen *humas* (vosotros); en gr. suenan muy parecidas. “Que somos guardados” o “que sois guardados” en gr. es sólo “guardados”, de tal modo que va bien con somos o con sois. En el v. 22 hay muchos mss. tardíos que dicen “la verdad por medio del Espíritu”, mientras que los más antiguos únicamente tienen “la verdad”, como está en la RVA. La Vulgata reza *caritatis*, que en castellano sería caridad o mejor amor. Algo parecido ocurre en el v. 23, donde los mss. más antiguos, seguidos por muchas versiones y citas de los Padres, sólo tienen “y permanece”, aunque mss. posteriores rezan “y permanece para siempre”, como aparece correctamente en el v. 25. Asimismo, en el v. 24 los mss. más antiguos y las versiones dicen “su gloria”, y otros de fecha más reciente tienen “la gloria del hombre”, como está en la LXX de Isaías 40:6. En el cap. 1 hay otras variaciones pequeñas, pero que no se distinguen en una traducción al castellano. La situación en los demás capítulos es parecida, y las variaciones que tienen una relativa importancia son mencionadas en las notas.

Podemos ver así que hay distinciones entre los mss., pero no afectan las enseñanzas básicas de la Biblia. Considerando todas las dificultades que enfrentaban los copistas durante los siglos, casi es extraño que las variaciones no sean mayores. Si alguien pregunta por qué entonces damos atención a tales asuntos, respondemos que la palabra de Dios es tan importante que debemos estudiarla a fondo. Dios ha usado a hombres falibles para escribir, copiar, conservar y predicar su Palabra infalible.

EL CANON

La voz canon viene del heb. *kanaj*, que significa “caña” o “varilla”, algo que se [P. 310] usa para medir, a través del griego *kanon*, con la idea de “norma”, “regla” o “principio” (ver 2 Cor. 10:13, 15). Entonces, ciertos escritos religiosos de antaño eran “canónicos”, porque satisfacían las normas que los dirigentes espirituales y las iglesias reconocían como esenciales para considerarlos inspirados como Palabra de Dios. Un factor importante era si se creía que sus autores eran apóstoles. Así algunos documentos eran aceptados e incluidos en la Biblia, y otros no.

Con el tiempo esos escritos, aceptados como canon por las condiciones prefijadas, llegaron a ser la regla con que juzgar las enseñanzas, o doctrinas, de la iglesia. El AT fue aceptado como canon por las iglesias cristianas evangélicas (los católicos romanos y algunos otros tienen normas un tanto diferentes), siguiendo la norma de los fariseos, pues las Escrituras de los saduceos incluían sólo los cinco libros de Moisés. Los escritos de los apóstoles eran considerados de mucho valor desde el mismo comienzo, y más aun después de su muerte. Primera de Pedro es de Simón Pedro, quien era un apóstol destacado. Hay ecos de la epístola en la obra de Clemente de Roma (90–100) y en la de Ignacio (¿115?). Ireneo (130–200?) la cita. Cipriano de Cartago (m. 258) coloca 1 Pedro entre los Escritos. Eusebio (265?-340) la incluye entre los libros acerca de los cuales no hay duda. Los concilios de Laodicea (363?) y de Cartago (397) confirmaron todos los 27 libros del NT, tal como lo habían hecho Cirilo de Jerusalén (315?-386), Jerónimo (347?-420) y Agustín (354–430).

“La paz sea con todos vosotros que estáis en Cristo” (5:14).

BOSQUEJO DE 1 PEDRO LA DINÁMICA DE LA ESPERANZA

INTRODUCCIÓN, 1:1, 2

I. ESPERANZA VIVA DE LA SALVACIÓN: POSESIÓN DEL NACIDO DE NUEVO, 1:3-12

1. La base y la naturaleza de esta esperanza, 1:3-5
2. El resultado de esta esperanza en el ser interior, 1:6-9
3. Lo maravilloso de esta esperanza, 1:10-12

II. FRUTO DE LA ESPERANZA EN LA VIDA PERSONAL, 1:13—2:10

1. Exhortación a una vida santa, 1:13-25
2. Exhortación al crecimiento espiritual, 2:1-8

III. [P. 311] FRUTO DE LA ESPERANZA EN LA COMUNIDAD, 2:9—3:7

1. El pueblo de Dios como su instrumento ante el mundo, 2:9-17
2. Ejemplo de Cristo en el sufrimiento, 2:18-25
3. Responsabilidades en el matrimonio, 3:1-7

IV. ACTITUD DEL QUE TIENE ESPERANZA FRENTE A LA PERSECUCIÓN, 3:8-22

1. No devolver mal por mal, sino bendecir, 3:8-12
2. Es mejor padecer por el bien que por el mal, 3:13-17
3. El ejemplo del padecimiento de Cristo, 3:18-22

V. LA VIDA SEGUN LA VOLUNTAD DE DIOS, 4:1-11

1. Dejar la antigua vida pecaminosa, 4:1-6
2. Cumplir nuestra mayordomía, 4:7-11

VI. GLORIFICAR A DIOS POR SUFRIR POR LA CAUSA DE CRISTO, 4:12-19

1. No sorprenderse por las pruebas ardientes, 4:12
2. Gozo por poder participar de las aflicciones de Cristo, 4:13
3. Hacerlo así comprueba que el Espíritu reposa sobre nosotros, 4:14
4. Que el padecimiento no sea por haber hecho maldad, 4:15
5. Aceptar ser un cristiano calumniado, 4:16
6. El juicio que aguarda al impío, 4:17, 18
7. Encomendar el alma al fiel Creador, 4:19

VII. EXHORTACIÓN A LOS PASTORES Y AL REBAÑO, 5:1-11

1. Exhortación a los ancianos (pastores), 5:1-4
2. Exhortación a los jóvenes, 5:5-7
3. Advertencia de cuidarse del diablo, 5:8, 9
4. Bendición y doxología, 5:10, 11

VIII. SALUDOS FINALES, 5:12-14

1. Testimonio final, 5:12
2. Quiénes mandan y quiénes reciben saludos, 5:13, 14a
3. Bendición final, 5:14b

[P. 312] AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Arichea, Daniel y Nida, Eugene A. *A Translator's Handbook on the First Letter from Peter*. New York: United Bible Societies, 1980.
- Bonnet, Luis y Schroeder, Alfredo. *Comentario del Nuevo Testamento*, Tomo 4. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1982.
- Barclay, William. *The Letters of James and Peter*. Philadelphia: Westminster, 1976.
- Bigg, Charles. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles: St. Peter and St. Jude*. New York: Scribners, 1909.
- Diálogo Teológico*, Número 20, octubre 1982. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones.
- Jamieson, Roberto, Fausset, A. R. y Brown, David. *Comentario Exegético y Explicativo de la Biblia*. Trad. Jaime C. Quarles, et al. Tomo II, El Nuevo Testamento. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1983.
- Marshall, Alfred. *The NASB Interlinear Greek-English New Testament*. Grand Rapids: Regency Reference Library, 1984.
- McClanahan, John H. *1 Pedro: Mensaje de Estímulo*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1982.
- Metzger, Bruce M. *Textual Commentary on the Greek New Testament*. Stuttgart: United Bible Societies, 1985.
- Thayer, Joseph Henry. *A Greek-English Lexicon of the New Testament*. New York: American Book Company, 1889.
- The Greek New Testament*. Tercera Edición. New York: United Bible Societies, 1975.
- Vincent, M. R. *Word Studies in the New Testament*. Wilmington, DE: Associated Publishers and Authors, 1972.
- Wheaton, David H. *Nuevo Comentario Bíblico*, "1 Pedro". El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1977.
- Wiersbe, Warren W., *Be Hopeful* (mensajes sobre 1 Pedro). Wheaton, IL.: Victor Books, 1986.

1 PEDRO

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

INTRODUCCIÓN, 1:1, 2

El inspirado autor de esta epístola usa el nombre *Pedro* (significando “piedra”; Juan 1:42) que Jesucristo le había otorgado, en vez del “Simón” (o “Simeón”, que proviene del verbo hebreo para *oír*; Gén. 29:33) que sus padres le habían dado. En 2 Pedro utiliza los dos nombres. Se presenta como *apóstol*, o enviado, en ministerio para su Señor. Se dirige a sus primeros lectores, hermanos cristianos en cinco regiones de Asia Menor (ahora Turquía), es decir, casi todo el país, menos la costa sur.

Los considera *expatriados*, pues andan lejos de su verdadera base de operaciones, el Israel de Dios, sea el terrenal o el espiritual. Son de la *dispersión*, o *diaspora*¹²⁹⁰, término gr. que significa “esparcido”, muchas veces involuntariamente (Deut. 30:4; Sal. 147:2). Se usa para los cristianos este vocabulario que tradicionalmente representaba a los israelitas fuera de Israel, quienes eran “expatriados”, “diáspora”, “gidos”. Pero la gran mayoría de ese “pueblo escogido” judío había desechado su privilegio y responsabilidad, y Jesús tuvo que pronunciar la sentencia: “...el reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a un pueblo que producirá los frutos del reino” (Mat. 21:43). Pablo, en varias partes, desarrolla la idea expresada en Gálatas 3:9: “...los que se basan en la fe son benditos junto con Abraham, el hombre de fe”. Y Pedro va a tratar el tema después, especialmente en 2:9, 10. En otro sentido, también los cristianos son extranjeros: Al igual que Abraham, esperan “la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb. 11:10).

Rociamiento

1:1, 2

Pedro hace alusión a la práctica judía de “rociamiento”, la cual tiene su raíz en el AT (ver Núm. 19). Una vaca tierna era degollada y consumida por el fuego. Luego la ceniza era mezclada con agua para ser rociada sobre aquellos que se habían contaminado. Este era un rito de purificación. Analógicamente, el sacrificio de Cristo y su sangre eran el nuevo y auténtico rociamiento para una purificación eterna.

Aunque sean maltratados, desde el punto de vista del Dios que les ama, son *elegidos* (v. 2); y esto no desde tiempo reciente, sino *conforme al previo conocimiento de Dios*. Por lo mismo, tanto la ubicación de ellos como su experiencia no siempre agradable no han tomado de sorpresa a aquel que es un *Padre* sabio y cariñoso, sino que representan un propósito divino y un triunfo final para sus hijos.

Vemos aquí un aspecto de la relación entre las tres personas de la Trinidad y de esta con los seres humanos. Cada persona de la Trinidad tiene una parte distinta en la redención de los hombres. Es el Dios Padre [P. 314] que elige y tiene el *previo conocimiento*. Es el Espíritu por medio de quien se lleva a cabo *la santificación* (ver 2 Tes. 2:13), o apartamiento para Dios, atribuyendo y luego proveyendo la santidad tan necesaria para estar en la presencia de la Majestad y ayuda en la tarea evangelística (v. 12). Esta acción del Espíritu resulta en *obedecer a Jesucristo y en ser rociados con su sangre*. La idea en parte es expresada por la lírica de Vicente Mendoza:

“Obedecer y confiar en Jesús es la regla marcada para andar en la luz”.

Parecería que el texto bíblico estuviese mirando desde el presente hacia el pasado. ¿No viene primero el ser rociado con la sangre de Cristo antes de la obediencia? ¿O no serán, más bien, los dos lados de una sola moneda? Cristo nunca ha ofrecido ser Salvador aparte de ser Señor. Por [P. 315] ejemplo, no tenemos derecho de separar Mateo 11:28 de los vv. 29 y 30 (ver Rom. 10:9). El término “ser rociado” con sangre es común en el AT. En Éxodo 24:8 leemos: “Entonces Moisés tomó la sangre y roció con ella al pueblo, diciendo: ‘He aquí la sangre del pacto que Jehovah ha hecho con vosotros...’”. En Hebreos, se nos enseña que el sacrificio de Jesucristo es el cumplimiento del sistema de sacrificios: “Sin derramamiento de sangre no hay perdón” (Heb. 9:22). Fuimos rociados al aceptar al Señor; y, al igual que los sacrificios repetidos de los hebreos de antaño, se aplica la sangre de Cristo en cada ocasión. Él “fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de

muchos” (Heb. 9:28); pero siendo lo imperfecto que somos, “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). Es posible que aquí Pedro esté previendo, junto con el sufrimiento vicario de Cristo, cómo el padecimiento de los creyentes por causa de la justicia será un medio para adelantar el evangelio.

Semillero homilético

Mensaje divino para un pueblo con propósito

1:1, 2

Introducción: El apóstol Pedro escribe a un grupo de creyentes en el Asia menor (Turquía, en el día de hoy). Su mensaje es de ánimo, afirmación y estímulo a seguir firmes en la fe en Cristo Jesús. Pedro, vivamente, les describe su identidad en Cristo y el propósito por el cual han respondido a su llamado.

I. Mensaje divino para un pueblo en dispersión (vv. 1, 2a).

1. A los expatriados de la dispersión.

(1) Algunos de los creyentes habían emigrado a estos territorios a causa de la persecución de la época.

(2) Eran pueblo de Dios viviendo como extranjeros en la diáspora.

(3) El término “dispersión”, se usa sólo tres veces en el NT: Juan 7:35; Santiago 1:1; 1 Pedro 1:1.

2. Elegidos según la presciencia de Dios Padre.

(1) La elección divina era parte de su identidad.

(2) Tal elección estaba conectada con el eterno pasado de Dios. Dios les conoció y les apartó de antemano.

(3) Es Dios quien toma la iniciativa en buscarnos. Así fue desde un principio. Ellos podían confiar plenamente en él.

II. Mensaje divino para un pueblo con misión (v. 2b).

1. En santificación del Espíritu.

(1) Estos creyentes, a pesar de su dispersión, fueron apartados por el Espíritu para un propósito trascendente.

(2) Es Dios quien inicia y concluye la obra santificadora en el creyente. Estos creyentes eran una prueba de ello (ver 2 Tes. 2:13. Pablo comparte la misma posición de Pedro: “que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu”).

2. Para obedecer y ser rociados con la sangre de Cristo.

(1) La obediencia es un acto volitivo al mensaje recibido.

(2) Pedro considera la obediencia a la verdad como el medio por el cual estos creyentes habían sido purificados: *Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad...* (1:22a).

(3) La conversión es un acto de obediencia a la convicción del Espíritu Santo.

3. Gracia y paz os sean multiplicadas...

(1) Pedro desea para sus destinatarios múltiples favores de Dios en abundancia.

- (2) Pedro anhela fervientemente que el descanso y el bienestar de Dios les sean multiplicados en medio de la persecución y zozobra que les abate.
- (3) La paz que Pedro les desea es esa paz que "...sobrepasa todo entendimiento [y] guardará [sus] corazones y pensamientos en Cristo Jesús..." (Fil. 4:7).

Se usa un saludo inicial que debe haber sido común entre los hermanos cristianos del primer siglo, una expresión de deseo de que el destinatario tenga *gracia y paz*. *Cáris*⁵⁴⁸⁵ (gracia) tiene forma e idea parecidas a *cairein*⁵⁴⁶³ (bienestar, felicidad o saludos) que solía usarse (Hech. 15:23; 23:26; Stg. 1:1) o el imperativo *caire* en el singular y *cairete* en el plural, usado desde el tiempo de Homero, y el saludo sincero del ángel Gabriel a María (Luc. 1:28), el engañoso del Iscariote (Mat. 26:49) y el burlón "viva" de los soldados ante Jesús en el juicio (Mat. 27:29). Junto con *gracia*, voz cristiana extraída básicamente del ambiente grecorromano, se usa *paz*, expresión tradicional entre los judíos y otros (Gén. 43:23; Dan. 4:1). Este término no representa la inactividad, sino una condición de armonía y tranquilidad en el actuar; es una sincera expresión de buenos deseos que rara vez está demás.

I. ESPERANZA VIVA DE LA SALVACIÓN: POSESIÓN DEL NACIDO DE NUEVO, 1:3-12

1. La base y la naturaleza de esta esperanza, 1:3-5

En lo fundamental, pese a los contratiempos, Pedro considera que hay ocasión para una doxología. *Bendito*, o alabado, sea Dios. La voz *eulogetós*²¹²⁸ (bien hablado o tratado) se usa ocho veces en el NT sólo con referencia a Dios; si bien en el AT hay seis veces en que seres humanos son encomiados, como en Génesis 24:31 y Rut 2:20. Del término gr. vienen nuestra palabra "elogio" y sus derivados. La alabanza es apropiada, basada eternamente en la *misericordia* del *Dios y Padre*, históricamente en *la resurrección de Jesucristo* y experimentalmente en ser *guardados por el poder de Dios mediante la fe* (vv. 3, 5).

También en estos versículos vemos la naturaleza de lo esperado. La esperanza es *viva* y creciente. Es una *herencia* (v. 4) en el sentido de haberla recibido de otro, un patrimonio no ganado por esfuerzo propio, [P. 316] sino por la gracia de Dios. En parte la herencia ya es nuestra, pero su plenitud aún ha de venir. Es algo de valor permanente, expresado mediante una aliteración (tanto en gr. como en español): *incorruptible, incontaminable e inmarchitable*; es decir, lo esperado no es material que con el tiempo se corrompe, ni es capaz de ser ensuciado, y su hermosura no se marchita como si fuese una flor o una corona de laurel que ganara un competidor de atletismo. En cambio, está *reservada en los cielos*, el lugar más seguro, resguardada para cuando hace falta, desde ahora hasta los siglos sin fin. También es algo muy personal, acreditado *para vosotros* por aquel que "a sus ovejas las llama por nombre" (Juan 10:3). Para mucha gente *el tiempo final* (v. 5) es algo temible; pero para los que tienen esta esperanza prometida por Dios, es una *salvación* total, una liberación completa de aquello que les limita o les causa dolor. Los creyentes están bien *guardados por el poder de Dios*, tal cual lo estuvo Eliseo frente al ejército de los sirios (2 Rey. 6:16, 17). Pedro habla en base a su experiencia, una de las cuales mostraba que la guarda del ángel era más potente que la de los soldados (Hech. 12:5-7). Y Pablo afirma: "La paz de Dios...guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús" (Fil. 4:7). Y todo se ajustará en la segunda venida de nuestro Señor.

Aplicación a la vida

1:3-12

Nunca podremos entender la dimensión del plan salvífico que Dios obró en nuestro favor. Pedro bendice a Dios por tal regalo. La expresión: *Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...* podría entenderse de tres maneras. En primer lugar, en relación con Dios mismo. En segundo lugar, de Dios en relación con algo o alguien. En tercer lugar, como un atributo de Dios. En esta ocasión Pedro expresa tal bendición en referencia al *kurios* (Señor), el Señor que murió, resucitó e hizo posible nuestra salvación.

Y esto es nuestra posesión gracias a aquel que *nos ha hecho nacer de nuevo* (v. 3), condición fundamental de la vida cristiana. Jesús explica a Nicodemo la necesidad de un nuevo nacimiento, o el nacimiento de arriba (Juan 3:3-8); y distingue entre lo carnal y lo espiritual, lo terrenal y lo celestial. Además, cuenta cómo

el hijo pródigo “estaba muerto y ha vuelto a vivir” (Luc. 15:32). A su vez, Pablo habla de los *muertos* que han recibido “vida juntamente con Cristo” (Ef. 2:1, 5), es decir, una resurrección espiritual; y en otros pasajes lo expresa como una “nueva criatura”, o nueva creación (2 Cor. 5:17; Gál. 6:15) y de un “viejo hombre” que llega a ser uno “nuevo” (Col. 3:9, 10). Así también Pedro aquí, en el v. 23 y en otras partes que veremos, pone énfasis en la transformación espiritual y moral que la regeneración opera en el creyente.

2. El resultado de esta esperanza en el ser interior, 1:6–9

Posteriormente, miraremos el fruto en las reacciones personales hacia fuera y en aquellas hacia la comunidad. El Señor Jesucristo, horas antes de ser crucificado, dijo: “En el mundo tendréis aflicción, pero ¡tened valor; yo he vencido al mundo!” (Juan 16:33). Esa confianza le cuesta a Pedro, y tropieza; pero regresa más fuerte, gracias al perdón de Jesús, el poder del Espíritu Santo y su propia persistencia. Así que, por inspiración y experiencia afirma que es a causa de tal esperanza que *os alegráis, a pesar de que por ahora, si es necesario, estéis afligidos momentáneamente por diversas pruebas* (v. 6). El regocijo es permanente; la aflicción es *por ahora y momentáneamente*. Siempre viene el llamado de Cristo: “Si alguno quiere [P. 317] venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mat. 16:24). Pero debemos estar seguros de que el sufrimiento venga por causa de la justicia y no por nuestra imprudencia. Tampoco hemos de buscar la aflicción, pensando que así ganamos mérito delante de Dios. Por eso Pedro dice: *si es necesario*. Esto es seguro: Habrá en el camino diferentes clases de pruebas, suficientes para hacer constatar nuestra fidelidad y, sin duda, para afirmarla.

La voz gr. traducida “prueba” (*peirasmós*³⁹⁸⁶) al final del v. 6 no es la “prueba” y “probado” (*dokimion*¹³⁸³ y *dokimadzo*¹³⁸¹) del v. 7. En el primer caso habla de tentación, aflicción no merecida u ocasiones en que uno tiene que tomar una decisión; en los otros se trata de la comprobación. Uno es el examen al alumno, y [P. 318] el otro es la nota que recibe al final del curso.

Semillero homilético

La naturaleza de la salvación

1:3–12

Introducción. Si la carta fue escrita a judíos que vivían fuera de Palestina o a cristianos con trasfondo gentil, lo cierto es que tiene como uno de los propósitos expresar la naturaleza de la salvación en Cristo Jesús. Pedro declara a estos hermanos por lo menos tres aspectos de la naturaleza de la salvación.

- I. La salvación comienza en Dios (vv. 3–5).
 1. Dios es el autor de la salvación.
 - (1) Pedro da gracias a Dios por su grande misericordia.
 - (2) Por esa misericordia tanto Pedro como sus lectores han recibido una nueva vida, una esperanza viva, una herencia sin contaminación y eterna (vv. 3, 4).
 2. Dios es el principio y fin de dicha salvación.
 - (1) Dios toma la iniciativa en salvarnos.
 - (2) Dios nos guarda como su patrimonio por su poder por la fe puesta en su Hijo (v. 5a).
 - (3) La salvación, liberación del pecado, es una experiencia pasada y una posesión presente y futura (v. 5b).
- II. Los salvos experimentan pruebas (1:6–9).
 1. La vida en Cristo es un peregrinaje.
 - (1) Aunque nos regocijamos en nuestra salvación, los creyentes pasamos por momentos de prueba (v. 6).
 - (2) Sin embargo, la prueba no es nuestro estado final (5:10).
 - (3) Pedro aduce que el cristiano no busca la prueba o el do-

lor. Esta viene si es necesario.

2. La vida en Cristo tiene su precio a pagar.
 - (1) Las pruebas tienen un propósito en la providencia de Dios: Probar nuestra fe (v. 7).
 - (2) Pedro no afirma que nuestra fe es genuina cuando somos probados. Más bien, reconoce el valor de esta fe cuando ha pasado por la prueba y ha permanecido.
3. La vida en Cristo se vive en fe.
 - (1) Estos creyentes no habían visto al Señor, pero esto no era obstáculo para que ellos creyeran en él.
 - (2) El amor de estos hermanos era un amor *agape*: amor incondicional, no era un amor *filios* (v. 8).
 - (3) Estos creyentes estaban seguros de que Cristo y su salvación habían traído como consecuencia un gozo no sólo para el presente pero para el futuro (v. 9).

(Continúa en la página siguiente)

La fidelidad con gozo debe conducir a *que la prueba de vuestra fe...sea hallada digna* (v. 7). El texto no dice quién la va a hallar digna, pero sin duda es Dios como juez supremo. La *alabanza* ha de ser: “Bien, siervo bueno y fiel” (Mat. 25:21). Alabanza, gloria y honra pertenecen a Dios (1 Tim. 1:17), pero él las confiere al ser humano (Rom. 2:7, 10, 29), en este caso *en la revelación de Jesucristo*. Él se da a conocer de diversas maneras en el tiempo, pero lo hará por excelencia en su retorno a la tierra en la segunda venida. Sin embargo, mientras tanto, nuestra fe será puesta a prueba y, siendo imperfecta, el proceso de refinamiento, tal cual ocurre con el oro, implica sufrimiento. Pablo expresa algo del mismo concepto en Romanos 5:1–6. Y al final, la fe que tiene resultados eternos es *más preciosa que el oro que, pese al valor que representa, perece*.

(Continúa de la página anterior)

- III. La salvación tiene sus testigos (vv. 10–12).
 1. La salvación fue profetizada en el pasado.
 - (1) Pedro no define cuáles “profetas”. Pero sin duda que hace referencia a aquellos que anunciaron al que habría de venir.
 - (2) Dicho anuncio profético fue debidamente investigado: persona y tiempo.
 - (3) El resultado de la investigación mostraba los padecimientos y las bendiciones postreras.
 2. La salvación tendría su cumplimiento en el futuro.
 - (1) El Cristo anunciado tuvo su aparición muchos años después (más de 750 años).
 - (2) Dios les “reveló” que el Cristo vendría en su tiempo. Pedro usa el verbo *apokaluptein* para mostrar que Cristo fue revelado.
 - (3) Ahora ese Cristo revelado ha sido manifestado y anunciado por los predicadores del evangelio.
 - (4) La presencia del Espíritu Santo en la proclamación muestra la naturaleza del mensaje: un mensaje celestial (v. 12).
 3. La salvación sólo es posible por la fe en Cristo.
 - (1) Pedro anima a sus lectores y a nosotros en el día de hoy a

afirmar nuestra fe en Jesucristo.

- (2) Nuestra fe es histórica: Tiene fundamento en lo que Dios anunció y cumplió en el pasado y en lo que Dios continúa haciendo en el presente y futuro.
- (3) Nuestra salvación está basada en un Cristo vivo. Por lo tanto, hay esperanza cualesquiera que sean nuestras circunstancias.

Otro derivado de esa esperanza es que *a él le amáis* (v. 8). Nuestro Señor aprueba el concepto de que la persona que ha sido perdonada mucho ama mucho (Luc. 7:42, 43). Entonces, ya que él nos ha perdonado de nuestros pecados y nos ha dado una esperanza viva y segura mediante su gracia, ¿por qué no le vamos a amar, aun *sin haberle visto*? Los hermanos de Asia Menor, al igual que nosotros y a diferencia de Pedro, no le habían mirado en la carne pero, como lo expresa Jesús a Tomás: “¡Bienaventurados los que no ven y creen!” (Juan 20:29). A veces no es “ver para creer” sino “creer para ver”. *En él creéis; y aunque no lo veáis ahora, creyendo en él os alegráis...* Con rostro elevado prosiguen tal cual Moisés, quien “por la fe abandonó Egipto..., porque se mantuvo como quien ve al Invisible” (Heb. 11:27), o como nuestro Señor mismo, “quien por el gozo que tenía por delante sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Heb. 12:2), [P. 319] y venció triunfante. Por ello la alegría es *con gozo inefable y glorioso*, algo más allá de la comprensión humana y la capacidad de expresar en palabras. Y el gozo se irradia resplandeciente por la misma presencia del Espíritu de Dios.

Joya bíblica

Acerca de esta salvación han inquirido e investigado diligentemente los profetas que profetizaron de la gracia que fue destinada para vosotros (1:10).

Luego todo se concentra en obtener *así el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas* (v. 9). Esa es nuestra plena confianza; venga lo que venga, podemos decir con el apóstol Pablo: “Por esta razón padezco estas cosas, pero no me avergüenzo; porque yo sé a quien he creído, y estoy convencido de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Tim. 1:12). Aquí *alma* no se limita al lado espiritual de una persona, sino que se refiere a la salvación de ella en su totalidad, e indica que el ejercicio de la fe, el amor y el gozo contribuye a que algo del anticipo del cielo se obtenga aun aquí en el mundo. El futuro es glorioso, y también lo es el presente; hemos “pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

3. Lo maravilloso de esta esperanza, 1:10–12

En seguida el Apóstol reflexiona sobre lo maravilloso de esta esperanza. *Los profetas* (v. 10) de antaño y hasta *los ángeles* (v. 12) del cielo no han logrado comprender la increíble gracia de Dios, ni el tiempo de su plena realización, hacia los seres humanos, tantos de los cuales en su carnalidad habían hecho alarde de su independencia del Altísimo mediante su desafiante desobediencia. Pero estos profetas presentaban fielmente las advertencias y las promesas que *el Espíritu de Cristo que estaba en ellos* (v. 11) les confería.

Este pasaje hace referencias muy importantes acerca de los escritos proféticos del AT (ver 2 Ped. 1:21). Afirma la confianza de Pedro y otros en su inspiración divina, algo corroborado por las abundantes citas de ellos en esta epístola. También señala el papel central desde tiempos remotos de la segunda y de la tercera personas de la Santísima Trinidad en esa inspiración e implica un reconocimiento de la preexistencia de Cristo. La expresión más común [P. 320] es *Espíritu de Dios* (Mat. 3:16 y otros). Pero en Romanos 8:9, Pablo lo identifica con el *Espíritu de Cristo*. En 2 Corintios 3:17, 18 se habla del “Espíritu del Señor”; en Gálatas 4:6, del “Espíritu de su Hijo”; Filipenses 1:19, del “Espíritu de Jesucristo”. Cristo es Señor y es Dios, y siempre lo ha sido; en la Trinidad hay personas distintas, pero están unidas.

Nueva vida a los 72 años

El 23 de diciembre de 1994 fue un día especial para Tranquilino Ocampo, de 72 años de edad, sacerdote jubilado de la guerra del Chaco. Posterior a su diagnóstico de cáncer de pulmón entró en una etapa depresiva profunda. Fue referido por su oncóloga para trabajo clínico pastoral. Tranquilino estaba angustiado, ansioso, aprehensivo.

Tras dialogar, basado en su agenda, me compartió que estaba confundido. Le pedí que me permitiera caminar con él ese tramo del camino. Su corazón angustiado se remontaba a su investidura sacerdotal, su fe, su tradición, su pastoral, su pasado.

—Capellán—, me dijo, no estoy listo para estar cara a cara con Dios.

—Tranquilino, ahora puedes hacer tu paz con Dios. Él está listo para tomar tu vida, perdonarte y darte su salvación.

Tras una prolongada pausa, Tranquilino tomó la iniciativa de orar conmigo a Dios aceptando a Cristo como su Salvador y única esperanza eterna. El regalo de Navidad vino anticipado. Tranquilino nació de nuevo. Como decía el Apóstol: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su grande misericordia nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva...* (v. 3)

Además, nos enseña que los escritores bíblicos no eran meros secretarios; *...han inquirido e investigado diligentemente* (v. 10; ver Luc. 1:3). Las Escrituras son productos divinos, pero también tienen elementos humanos. Los mensajeros hablaban más allá de su comprensión personal; *escudriñaban para ver*, pues su interés no era sólo profesional, sino genuino. Y Dios respondió haciéndoles saber que sus palabras tenían relevancia mucho más allá de su situación local y temporal, y llegaban hasta generaciones muy posteriores.

Los profetas eran portavoces *de la gracia que fue destinada para vosotros* (v. 10). Dios ama a todos y “no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9). Asimismo, *los que os han predicado el evangelio* (v. 12) son instrumentos del Señor para adelantar su santa causa. Humildemente afirmamos nuestro propio llamado para representarle en el mundo, pero nunca debemos actuar en base a algún modo de pensar propio, sino *por el Espíritu Santo enviado del cielo*. Cualquier otra predicación o testimonio es de dudoso valor.

No obstante, lo más notable *de esta salvación...de la gracia que fue destinada para vosotros* (v. 10) es que involucraba activa y sacrificialmente al *Mesías* (hebreo), al *Cristo* (griego) o al *Ungido* (castellano) de Dios (Juan 1:41; Isa. 61:1 con Luc. 4:18); o como dice Pablo: “...Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Cor. 5:19). Cristo aceptó voluntariamente *las aflicciones* en bien de *las glorias después de ellas* (v. 11). Como predecía Isaías: “Cuando se haya puesto su vida como sacrificio por la culpa, verá descendencia...A causa de la angustia de su alma, verá la luz y quedará satisfecho”. ¡Piensa en ello! ¡El dueño del universo se ofrece para la aflicción suprema a favor de los impíos que somos nosotros, y encuentra satisfacción en que aceptemos su ofrecimiento! Maravillosa gracia que, por cierto, compromete nuestra gratitud y nuestro servicio. En la versión himnica de Dante Pinto:

“Maravilloso es, maravilloso es cuando pienso que Dios me ama a mí”.

[P. 321] Entonces, ¿cómo ha de expresarse esta gratitud y servicio? Lo demás de la epístola trata de eso. El mensaje del Apóstol es muy práctico y, en general, no es difícil de entender. El llevarlo a la realidad ofrece mayores problemas, pero “vuestra fe y esperanza estén en Dios” (v. 21).

La prueba de la fe

1:3–12

Roy Dominguez es un joven creyente en un pequeño pueblo llamado Friona, en el oeste de Texas. Trabajaba reparando las llantas de los autos. Un día, a la edad de quince años, conoció a Jesucristo como su Señor y Salvador. Al regresar a su casa, gozoso compartió con los suyos esta gran bendición. Sus abuelos le dijeron que si no dejaba su fe tendría que irse de la casa. Roy optó por lo segundo. Su nuevo hogar fue ir a vivir con una familia creyente que le recibió. Por todos estos años Roy ha caminado con el Señor. Dios lo ha usado en el ministerio de la música, en el trabajo evangelístico, en el ministerio juvenil. La prueba de su fe a una edad tan tierna fue superada. Su fe ha crecido. Gracias a Dios por su misericordia y esperanza.

II. FRUTO DE LA ESPERANZA EN LA VIDA PERSONAL, 1:13—2:10

La preciosa provisión de una esperanza viva que nos ha sido otorgada por la maravillosa gracia de Dios da la obligación moral y lógica de que el nacido de nuevo llegue a ser más parecido al Padre celestial. Además de contemplar la gloria hemos de completar el servicio. Así, el escritor empieza diciendo *por eso*, al iniciar la exhortación a una vida santa.

Semillero homilético

Un llamado a vivir en esperanza y santidad

1:13—2:3

Introducción: Pedro, haciendo uso del participio conectivo *por eso*, invita a sus lectores a reflexionar en el aspecto ético de la esperanza que se les ha predicado y ellos han recibido. La vida cristiana tiene sus demandas éticas conforme al Señor, quien ha llamado y al cual se le ha respondido en obediencia.

- I. Llamados a vivir una vida en santidad (v. 13).
 1. Equipándonos adecuada y continuamente (v. 13a).
 - (1) Con la mente preparada para actuar...El testamento Nueva Vida usa la expresión “preparen sus mentes para un buen uso”.
 - (2) Pedro usa la metáfora de “ceñir los lomos” (ver nota de la RVA) como una indicación de estar listo para la acción (vea Éxo. 12:11; Luc. 12:35).
 - (3) Aunque Dios es quien santifica, el creyente debe estar listo con su mente para hacer buen uso del mensaje que ha recibido del Señor y ponerlo en práctica.
 2. Viviendo alertas y atentos a nuestro diario vivir (v. 13b).
 - (1) Siendo sobrios...Esto quiere decir lleno de atención o estar despiertos. La vida en santidad según Pedro no es para vivirla aislada del mundo, en ascetismo, o enclaustrado en mi dogma de interpretación.
 - (2) El ser sobrios, según Pedro, es estar atento y alerta al diario vivir y a la acción de la gracia de Dios.
 - (3) El estar alertas o “sobrios” no es una opción para el creyente. Por el contrario, es un mandato.
 3. Esperando incondicionalmente en Dios (v. 13c).
 - (1) Juntamente con ceñid y sed sobrios, *poned vuestra esperanza*.
 - (2) Esperar es un verbo que denota acción. Por lo tanto, el esperar en la manifestación de Dios no es un acto pasivo sino activo.
 - (3) Esperar en la gracia es una acción escatológica. Es decir, la consumación de aquel tan anhelado día.

(Continúa en la página siguiente)

1. Exhortación a una vida santa, 1:13—25

Primero dice cómo y luego qué se ha de hacer. Hay que tomar una decisión: *Poned vuestra esperanza completamente en la [P. 322] gracia que os es traída en la revelación de Jesucristo* (v. 13). Concentrar la atención en lo esperado y no en esquivar problemas. Esto no es lo único que debemos hacer, pero es lo primero; debemos saber a dónde vamos y calcular los recursos con que contamos. En la *revelación* de Cristo en

el Calvario, en las Escrituras, en la historia, en la experiencia personal y, sobre todo, en la aguardada segunda venida tenemos la certeza de su perdón y de su dirección. ¿Cómo reaccionar? *Con la mente preparada para actuar y siendo sobrios*. En la antigüedad, para las tareas que requerían agilidad de las piernas, ataban bien la túnica con el cinturón para que no se estorbase el movimiento. Asimismo ahora, que estén alertas para saber responder a diversas situaciones, a la vez que practiquen el dominio propio, cuidándose de las bebidas intoxicantes y también de los pensamientos y las acciones que intoxican.

En el gr. de los vv. 14, 15 hay un verbo directo: **Sed o Llegad a ser**. *Sed santos*: ¿cómo? Primero, *como hijos obedientes*. Segundo, *no os conforméis*, o amoldéis, a las pasiones mundanas que antes de conocer la verdad os parecían normales (Ef. 2:1–3). Tercero, tomando más bien como modelo de vida la santidad de *aquel que os ha llamado* (v. 15). Y cuarto, esta separación abarca *todo aspecto* de la conducta. En el v. 16, se afirma el mandato divino con una cita de las Escrituras del AT, lo cual para el que cree es determinante. Al decir *escrito está*, un personaje neotestamentario afirma que lo citado es autoridad inspirada de Dios.

(Continúa de la página anterior)

II. Llamados a vivir una vida práctica (vv. 14–21).

1. Como hijos obedientes... (v. 14).

(1) Pedro hace referencia a dos tipos de vida: la antigua y la nueva. En la primera la ignorancia era causa de vivir separados de Dios. En la segunda la misericordia de Dios se ha hecho manifiesta en nuestro carácter. El carácter de Cristo Jesús.

(2) La vida nueva no está centrada en lo bueno que se es o se hace. Más bien, en aquel quien nos ha llamado (v. 15).

(3) La santidad no es un acto o ritual religioso. Es la dedicación consciente, racional, bajo la convicción del Espíritu Santo, de todas las áreas de nuestra vida.

2. Conducíos en temor... (v. 17c).

(1) Pedro insta a tener un temor reverencial hacia Dios, opuesto al temor que encadena y oprime (ver 3:6, 14).

(2) El creyente debe vivir en constante temor reverencial hacia Dios en todo lo que hace y es (ver 2:17).

3. Tened presente... (v. 18).

(1) El conducirse en temor tiene un fundamento de ser. El temor reverencial del creyente es en gratitud a la obra llevada a cabo por Cristo Jesús.

(2) La vida sin Cristo es vacía, vana. Esto se aplicaba tanto para el judaísmo como para las religiones paganas por muy sofisticadas que éstas fuesen.

(3) El rescate del creyente es un acto divino: ...la sangre preciosa de Cristo (v. 19).

(4) Cristo es el Cordero de Dios en quien se cumplen las profecías, destinado de antemano por el Padre. En él nuestra fe y esperanza están consumadas (vv. 20, 21).

(Continúa en la página siguiente)

[P. 323] Asimismo, en el gr. de los vv. 17–21 hay un solo verbo central, al final del v. 17: *conducíos*, concepto que en el v. 15 se ha expresado como *manera de vivir*. En estos pasajes, el Apóstol pone énfasis en nuestro estado como miembros de la familia de Dios. Por ello empieza la oración: *Y si invocáis como Padre...* (v. 17) y sigue recordando a sus lectores que ese Padre es a la vez un juez imparcial, que actúa *sin hacer distinción de personas*, no tiene predilección ni en contra ni a favor de nadie, sino que “quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4).

Para evitar una oración larga y complicada que en gr. está clara pero que en castellano no lo sería tanto, la RVA ha puesto como cláusulas separadas los vv. 18–21. Forman una idea paralela con los versículos anteriores, al dar una base práctica para la conducta que debe caracterizar al hijo de Dios: *Como hijos obedientes...y si invocáis como Padre a aquel...* (vv. 14, 17). ¿Cuál es la base? Tener presente quiénes somos nosotros y luego quién es Cristo. Éramos presos de un sistema de vida que, cuando más, es vacío; pues no conduce a un verdadero bien, sistema que también caracterizaba a los antepasados y a todo aquel que busca el placer en vez del gozo, y lo temporal en vez de lo eterno.

Nuestro rescate de esa vanidad no se logró con bienes materiales, pues por muy estimables y duraderos que parezcan son perecederos. Más bien, el rescate ha sido logrado *con la sangre preciosa de Cristo* (v. 19), presentada “una vez para siempre en la consumación de los siglos, para quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo” (Heb. 9:26). Reemplaza con creces infinitas *un cordero sin mancha y sin contaminación* (v. 19), la víctima indicada en la ley dada a Moisés (Éxo. 12:5; Juan 1:29). Cristo como el verdadero vicario *fue destinado* (v. 20) a ello *desde antes de [P. 324] la fundación del mundo*, y los animales inmolados según los ritos levíticos eran sólo una figura, o sombra, del sacrificio supremo del Calvario, sacrificio que dio eficacia a los muchos realizados según el AT (ver Heb. 9:25). Y somos los privilegiados en la historia, pues Cristo ya ha venido; *ha sido manifestado en los últimos tiempos por causa de vosotros* (v. 20).

(Continúa de la página anterior)

III. Llamados a vivir una vida en comunión (1:22–2:3).

1. Siendo obedientes a la verdad del evangelio (v. 22).

(1) Por todo lo anterior Pedro insta a sus lectores a expresar el resultado de la comunión con Dios.

(2) La comunión con Dios se muestra en el amor fraternal no fingido (v. 22b).

(3) La verdad del evangelio nos ordena amarnos unos a otros: entrañablemente y de corazón puro (v. 22c).

2. Viviendo en compromiso constante con el Señor (vv. 23–25).

(1) Pedro recuerda a sus lectores el fundamento del amor fraternal: el Dios imperecedero (v. 23).

(2) La Palabra de Dios no sólo debe ser leída y escuchada sino también guardada en el corazón del creyente.

3. Creciendo constantemente en el Señor (2:1–3).

(1) La obediencia a la Palabra trae consigo la santidad.

(2) La obediencia al Señor trae crecimiento (vv. 2, 3).

Además, *por medio de él creéis en Dios* (v. 21). Como Cristo expresó a sus primeros discípulos: “Si me habéis conocido a mí, también conoceréis a mi Padre...El que me ha visto, ha visto al Padre” (Juan 14:7, 9). También la frase de Pedro podría traducirse: “Mediante él sois fieles a Dios”, o “sois creyentes en Dios”. En todo caso, Cristo es el medio para lograrlo: “Nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). ¿Y cómo cooperó el Padre en esto? El Apóstol menciona dos cosas: *Lo resucitó* (a Jesús) *de entre los muertos* y le dio *gloria*. De este modo resulta que vuestra fe y esperanza pudieran estar en Dios. La resurrección de Jesucristo fue el hecho central del NT. Así lo expresó Pedro en su famoso sermón del día de Pentecostés: “¡A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos!” (Hech. 2:32). Después, entonces, los discípulos han podido concentrar su atención en la *esperanza* y no en eludir dificultades, por cuya razón en la oración de Hechos 4:29 pidieron valentía en vez de liberación.

El v. 22 es un llamado a un sincero *amor fraternal*, sin hipocresía y con fervor desde lo más recóndito del corazón. ¿Cómo será posible eso? No siempre es una actitud fácil o natural. Fue por ello que nuestro Señor insistía repetidamente en la orden apremiante: “...que os améis los unos a los otros. Como os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:34, 35. Ver Juan 15:12, 17; Rom. 13:8, 9; Gál. 5:14; Ef. 5:2; 1 Tes. 4:9; Stg.

2:8; 1 Ped. 2:17; 1 Jn. 2:10; 3:10, 11, 14, 23; 4:7–21; 2 Jn. 5). Aun así, precisa que se base en haber *purificado vuestras almas en obediencia a la verdad* y con renovación continua en la palabra de Dios.

En el v. 2 vimos que *la santificación del Espíritu* conducía a la obediencia a Jesucristo; en el v. 22 está el inverso de esa realidad: *La obediencia a la verdad* (y recordamos quién es la verdad y los escritos que hablan de él) conduce a la purificación del alma. Lo divino y lo humano cooperan, y un fruto de esa interacción es el amor a los hermanos. Ya que el segundo nacimiento es de *simiente* celestial e *incorruptible*, entonces lógicamente debemos demostrar características de aquel que es amor (1 Jn. 4:8). ¿En qué sentido se realiza esta obra redentora *por medio de la palabra de Dios*? Pues bien, como se dice en el v. 25, *es la palabra del evangelio que os ha sido anunciada*, evangelio que “es poder [P. 325] *de Dios para salvación a todo aquel que cree* (Rom. 1:16; ver Sal. 119:130). Para poner énfasis en su ponencia, el Apóstol cita Isaías 40:6–8: La peregrinación del ser humano pasa, mientras que *la palabra del Señor permanece...*

2. Exhortación al crecimiento espiritual, 2:1–8

Para la vida personal que la esperanza fomenta también cabe una exhortación al crecimiento espiritual. El *pues* en el v. 1 también podría traducirse “por lo tanto”; es decir, el nuevo llamado a la acción se basa en lo ya expresado: Si hemos sido purificados, luego tenemos que dejar las prácticas que dificultan el compañerismo y traen deshonra al Cristo que derramó su sangre preciosa por nosotros. A la vez, se trata de cosas que obstaculizan el desarrollo cristiano. La Biblia reconoce que no siempre es fácil desechar esas características; de otro modo, ¿cómo se explica que en sus páginas hay frecuentes exhortaciones en cuanto a ellas? El nacer de nuevo resulta en una nueva criatura, un bebé que ha de crecer, no en un carácter del todo acabado.

Hay muchas listas de males en las Escrituras, pero no hay ninguna que pretenda anotar todos los males; y la que Pedro aquí menciona, después de usar el término general *toda maldad* (v. 1), presenta con preferencia las actitudes y acciones que afectan las relaciones interpersonales: *engaño*, con la intención de aprovechar para su propios fines; *hipocresía*, como si usase una máscara a fin de presentarse como diferente de lo que es; *envidia*, en que el celo por obtener es remplazado por los celos hacia lo obtenido por otro; y *maledicencia*, cuya voz en gr. lit. es “hablado hacia abajo” (chismografía o calumnia).

Ya que esas actitudes no conducen a la amistad, ¿qué hace falta? Pues bien, una madurez creciente. Como es el deseo de los *recién nacidos* (v. 2) por la *leche* materna, debemos tener sed por la leche pura de la palabra de Dios. Es interesante notar que Pablo se refiere a *leche* (1 Cor. 3:2) como alimento apropiado para el novato en el evangelio, actitud parecida a la mostrada en Hebreos 5:12, 13; mientras que Pedro la mira como esencial para toda la vida. Nosotros también usamos una figura a veces en un sentido y después en otro sentido. La vida madura va más allá de los primeros principios, pero dejarlos de lado resulta en quedar sin fundamento. *Logikós*³⁰⁵⁰, traducido aquí como *espiritual* (v. 2) y en Romanos 12:1 como *racional*, también puede ser *de la palabra*. En cualquiera de los casos esta leche es un medio de crecimiento hacia una salvación total, aquí y en el más allá.

¿Es posible vivir sin esperanza?

1:13–2:3

Cicerón, filósofo y estadista romano, considerado el más grande orador de su época, decía: “A un hombre se le puede limitar su ropa y aun así puede subsistir. Se le puede limitar su comida, y aun así puede subsistir. Se le puede confinar a una isla separado de sus seres queridos, y aun así puede subsistir. Pero a un hombre se le quita la esperanza y le hemos quitado todo”.

La esperanza a la que Pedro hace alusión es aquella puesta en un Dios vivo que se hizo hombre y habitó entre nosotros.

El v. 3 es un reflejo del Salmo 34:8. Otra posible traducción del gr. es: “Si habéis gustado que el Señor es bueno”. La [P. 326] bondad del Señor debe estimularnos a la fidelidad y no a la flojera. ¡Un máximo, y no un mínimo, para aquel que nos redimió! El asunto es qué clase de gustos hayamos desarrollado.

Semillero homilético

Casas edificadas sobre un fundamento duradero

Introducción. Mi mente se remonta a los días de mi infancia. Nuestra casa requería un muro de contención por lo inclinado del terreno. El constructor elevó el muro, parecía ser la solución al problema. A la noche cayó una lluvia torrencial, se produjo un deslizamiento de tierra, el muro cedió y cayó. El fundamento es la base para el futuro de toda construcción.

En esta carta las metáforas del crecimiento (ver vv. 1–3) y la construcción están íntimamente relacionadas. Hay mucha similitud entre ellas. El Apóstol nos invita a explorar la naturaleza de Cristo como nuestro firme fundamento de fe en medio de cualquier circunstancia.

I. Cristo, piedra de fundamento verdadero (v. 4).

1. Acercándoos a él...

- (1) El verbo acercar es un participio presente que denota una acción duradera, continua.
- (2) El v. 3, en conexión con el v. 4, implica que el creyente, por haber gustado la acción del Señor, debe acercarse constantemente a él.

2. Piedra viva...

- (1) Pedro hace alusión a Jesús como piedra viva, el cual fue rechazado por los hombres, mas para Dios es una piedra de gran valor.
- (2) Pedro afirma a Jesús como esperanza viva (1:3), palabra viva (1:23) y, ahora, piedra viva (2:4).

II. El creyente, como piedra viva (v. 5).

1. También vosotros...

- (1) Pedro ve a Jesús y a todo creyente como piedras vivas.
- (2) Por lo tanto, cada creyente como piedra viva debe ser material propicio para construir la iglesia del Señor.

2. Sacerdocio santo...

- (1) Pedro no ve el sacerdocio como una posición especial para unos cuantos. Por el contrario, todo creyente es uno.
- (2) La palabra latina *pontifex*, para sacerdote, significa un “constructor de puentes”. La connotación es clara: El creyente tiene acceso a Dios y es a la vez ministro de reconciliación. Es decir, un constructor de puentes, entre otras personas y Dios.

III. La Palabra de Dios, testimonio vivo (vv. 6–8).

1. Unos 750 años atrás, aquella “Piedra viva” (Cristo Jesús) había sido profetizada por Isaías:

- (1) Jesús era el cumplimiento de esa profecía (v. 6a).
- (2) El que creyera en él, tendría vida eterna (v. 6b).

2. Aunque Jesús fue rechazado por los incrédulos, vino a ser el cumplimiento de lo anunciado por las Escrituras (v. 7).

3. La persona y el mensaje de Jesús vinieron a confrontar al hombre con su realidad (v. 8).

¿Dónde encontraremos el fundamento y la protección para realizar nuestro cometido? En los vv. 4–8 la figura ya no es de la leche que nos desarrolla por dentro, sino de una roca como elemento de estabilidad exterior sobre el cual edificar una vida. El Señor como Roca es una expresión común [P. 327] en las partes poéticas del AT, empezando en Deuteronomio 32:4. En el desierto donde no hay árboles, una roca ofrece albergue del sol, el viento y la arena movediza y puede ser señal para ubicarse. Pero aquí hay un énfasis un tanto diferente. Como en 1 Corintios 10:4 hay una “roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo”, aquí es una roca, o *Piedra viva* (v. 4), término que nos hace recordar “esperanza viva” y “palabra” que “vive” en 1:3, 23. Quizá la diferencia entre “roca” y “piedra” sea que con “roca” se enfatiza lo inamovible, mientras que la “piedra” se puede mover a donde se necesite; y siendo “está disponible en donde haga falta. El contraste entre cómo muchas personas contemplan a Cristo (*rechazada por los hombres*) y cómo Dios lo mira (*elegida y preciosa*) es una advertencia de cómo la gente puede considerarnos a nosotros como seguidores de él. Pero seamos fieles; tal como él es *la Piedra del ángulo* (v. 6) precisamente para ubicarse en el lugar de mayor importancia, aunque tenga una forma que algunos crean inapropiada para la vida humana, así nosotros como *pedras vivas* (v. 5) hemos de llenar los espacios más vulnerables. Usando otra figura, en medio de una sociedad en que muchos piensan que las tinieblas son lo normal, somos la luz del mundo (Mat. 5:14).

Hemos de ofrecernos voluntariamente *como piedras vivas* (v. 5) sobre la Piedra viva para una *casa espiritual*. Esta casa es el templo en que estas mismas piedras sirven como un *sacerdocio santo*. Nuestro Señor había dicho que en un caso dado *las piedras gritarán* (Luc. 19:40), y ahora Pedro afirma que las “piedras vivas” serán hechas una *casa espiritual* (no es la misma voz traducida como *espiritual* en el v. 2 al hablar de la leche, sino “de espíritu” en contraste con lo material). Aquí somos *casa*, o templo, del Espíritu Santo (ver 1 Cor. 6:19) o, cuando menos, un templo no meramente terrenal sino del reinado espiritual. Y nuestro lugar allí no es algo estático, sino dinámico; tenemos que actuar. Dice Pedro: *Acercándoos a él...sed edificados* (vv. 4, 5).

Sin embargo, no somos sólo la casa sino también *un sacerdocio santo* (v. 5), es decir, sacerdotes ejerciendo en ella a favor de aquellos que han errado o que están lejos de Dios. ¿Habrá estado recordando el apóstol su experiencia en Cesarea de Filipos (Mat. 16:17–19) donde el Señor le llamó una piedra (Pedro) que utilizaría las llaves del reino representando a los hombres ante Dios? El sacerdote “lleva hacia arriba” (significado etimológico del verbo que se ha traducido como *ofrecer*) los *sacrificios* (v. 5) para colocarlos sobre el altar, como lo hizo Abraham con Isaac (Stg. 2:21) y como era estipulado por la ley levítica (Lev. 14:20). Pero ahora el sacrificio debe ser *espiritual* (la misma palabra que en *casa espiritual*). Esa es la clase que es agradable a Dios (ver Rom. 12:1). ¿Es el sacrificio que es *por medio de Jesucristo*, [P. 328] o es agradable por medio de él, o serán las dos cosas (ver Heb. 13:15, 16)? Por cierto, todos nuestros sacrificios llegan a tener valor en relación con la ofrenda suprema de Cristo. Es su sacerdocio que da validez al nuestro.

De alcohólico a predicador del evangelio ^{2:4-8}

Conozco a un hombre que hace cerca de 40 años caminaba por las calles de una ciudad sudamericana. Este hombre era un borracho empedernido. Su esposa lavaba ropa ajena para sostener a su familia. Un día este hombre encontró un folleto que hablaba del plan de Dios para su vida. Movidado por la curiosidad lo leyó y asistió al estudio bíblico. Allí la Palabra de Dios hizo eco en su corazón y nació de nuevo. Su vida, presente y futura, al igual que su familia, fue transformada. Este hombre se dedicó a la predicación del evangelio.

Esta historia es verdadera, pues es la historia de mi padre. La Palabra de Dios es viva. ¡Gloria a Dios!

En los vv. 6–8, el Apóstol alienta y amonesta a sus lectores reforzando su presentación de Cristo como Piedra del ángulo con citas de Isaías (28:16 y 8:14) poniendo el Salmo 118:22 en medio. Quien coloca su confianza en él no tendrá ocasión de avergonzarse, pero quien no lo hace saldrá perdiendo; como desobedientes tropezarán. El sentido de justicia básica es que la desobediencia nace en la incredulidad, y eso trae sus propias consecuencias. Para eso *fueron destinados* (v. 8).

¿Quiénes somos?

2:9, 10

1. Buscar la identidad. En mi corto ministerio como pastor, profesor, consejero y conferencista he encontrado un gran déficit en nuestras congregaciones evangélicas en el área de la identidad. Muchos buscan paliativos o fórmulas mágicas para su autoestima. Al creyente Dios le afirma y le dice quién es él. Este es un privilegio y un principio que él establece en el v. 7: *Para vosotros que creéis...*
2. El hombre contemporáneo forja diferentes "luces" para su vida: futuro, expectativas, existencia. Sin embargo, cada una de dichas "luces" es pasajera. La luz que el Apóstol declara es la de Cristo Jesús, quien tiene poder para descubrir cualquier oscuridad. Cristo mismo declaró: "Yo soy la luz del mundo" (Juan 8:12).

Sion (v. 6) originalmente significaba la colina de Jerusalén en que David centraba su fortaleza; después era Jerusalén misma, y finalmente ha sido una figura de "la ciudad de Dios" en dondequiera esté.

Una esperanza viva muestra su fruto en la vida íntima de quienes la tienen.

III. FRUTO DE LA ESPERANZA EN LA COMUNIDAD, 2:9—3:7

Al mismo tiempo, esa esperanza es la dinámica para producir fruto en la comunidad de los discípulos de Cristo, como también en el mundo. El conjunto de sacerdotes (mencionados arriba) llega a ser un sacerdocio, y nuestra manera de ser afecta el cumplimiento de nuestro ministerio.

1. El pueblo de Dios como su instrumento ante el mundo, 2:9–17

En los vv. 9–17 los pensamientos giran alrededor del concepto de que el pueblo de Dios es su instrumento ante el mundo. Para afirmar su ponencia el autor inspirado cita en el v. 9 la traducción gr. (LXX) de partes de Isaías 43:21 y especialmente de Éxodo 19:5, 6, donde Israel es presentado como pueblo sacerdotal a favor de toda la tierra. Pedro aquí, como también se hace en Apocalipsis 1:6, lo aplica al Israel espiritual, la iglesia cristiana. Al parecer, el problema entre cristianos judíos y cristianos gentiles, presentado en Hechos 15 y en la epístola a los Gálatas, no estaba en todas [P. 329] partes o muy pronto quedó solucionado; pues Pedro y otros escritores no lo tratan.

Pero vosotros (v. 9) señala la diferencia entre los lectores fieles y los desobedientes del v. 8. *Linaje* (nacido de un común antepasado, en este caso, de Dios mismo) *escogido* para una tarea específica. *Linaje, nación y pueblo* enfatizan que como comunidad de creyentes han de llevar a cabo el propósito de Dios. *Real sacerdocio* combina las cualidades de rey y sacerdote; y refleja, no sólo el pasaje en Éxodo 19, sino también el papel de Melquisedec de antaño y del Señor Jesucristo (Heb. 5:10; 6:20–7:1). Esta oración presenta un concepto muy exaltado de la comunidad que Dios ha dedicado como "pueblo escogido", no tanto para privilegios especiales sino para servicios [P. 330] especiales. Del espíritu de servicio emanan privilegios, y estos últimos no existen solos. ¿Y cuál es el propósito de este llamamiento especial? *Para que anunciéis* (lit., "proclaméis hacia fuera") *las virtudes* (u obras maravillosas) *de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable*. El Señor siempre hace algo para nosotros antes de pedir que hagamos nosotros algo para él. Básicamente nuestro mensaje es un testimonio de aquello que el Señor bondadosamente ha efectuado en nuestras vidas, de habernos conducido desde la oscuridad y de un porvenir muy incierto hacia un maravilloso día eterno: "Y juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales" (Ef. 2:6).

Semillero homilético

La verdadera identidad del pueblo de Dios

2:9, 10

Introducción: Uno de los temas de actualidad en el ambiente de salud mental es la autoestima. Hay diversas teorías respecto de

su origen, características, efectos y cómo tener una autoestima saludable. Estos dos versículos son clave y fundamentales en el principio divino de saber y conocer quiénes somos.

I. El pueblo de Dios tiene una identidad histórica (v. 1a).

1. Pero vosotros sois...

- (1) No hay alusión al Israel del pasado. Es afirmación a los creyentes a los cuales dirigía la carta y por ende a nosotros.
- (2) La identidad del creyente se fundamenta en lo que dice y declara Dios. Opuesto a lo que yo sienta o piense: *Pero vosotros sois*.

2. Linaje escogido...

- (1) Este es uno de los títulos provenientes de Isaías 43:20, 21.
- (2) A partir del siglo II vino a ser una expresión designada para los creyentes en todo el mundo.
- (3) En un principio Dios escogió un pueblo: Israel. Ahora, por la fe en Cristo Jesús, somos una estirpe escogida.

3. Real sacerdocio...

- (1) El creyente es separado, dedicado y consagrado para servir a su Dios, como en el AT.
- (2) El creyente pertenece a Dios. Por lo tanto es heredero de este sacerdocio que pertenece a Dios el Rey.

4. Nación santa...

- (1) La implicación ética de pertenencia no es sólo individual, sino corporativa: Dios les ha separado de las tinieblas (1:2). Ahora espera que sean como él en su conducta (1:15).
- (2) El “ser de” y “pertenecer a” una nación es parte de la identidad de todo ser humano. Los creyentes no sólo son parte de una nación, sino que pertenecen a ella.

5. Pueblo adquirido...

- (1) La identidad del creyente no está fundamentada en lo que hace. Por el contrario, a quién pertenece.
- (2) Dios ha adquirido, rescatado, comprado a su pueblo. Allí está el origen de quién soy y cuánto valgo. El precio que el cielo pagó fue muy alto (Heb. 2:3).

(Continúa en la página siguiente)

El v. 10 usa el significado de los nombres de los hijos del profeta Oseas (1:6, 9; 2:23) para ilustrar el cambio en nosotros, del cual hemos de testificar. Pablo utiliza la misma bendita figura en Romanos 9:25, 26. ¡Por misericordia divina una gente sin esperanza ha llegado a ser *pueblo de Dios*!

Luego, para poder representar satisfactoriamente a su Redentor, este pueblo debe tener una conducta que le haga honor. Los vv. 11 y 12 presentan esto; y el Apóstol, como a menudo se hace en las epístolas, especialmente al enfatizar algún deber cristiano que no sea fácil, los llama *amados* (ver 4:12). Dice *exhorto*, un verbo que en gr. es muy interesante (*parakaléo*³⁸⁷⁰, que lit. significa “llamar al lado”; uno se pone al lado de otro para ayudar, exhortar, [P. 331] defender, consolar, abogar, fortalecer, acompañar. De esta palabra viene *Paráclitos*³⁸⁷⁵, que Jesús aplica a sí mismo y al Espíritu Santo (Juan 14:16; 15:26; 16:7) y Juan aplica a Jesucristo (1 Jn. 2:1). Por el contexto, aquí se traduce *exhorto*.

(Continúa de la página anterior)

- II. El pueblo de Dios tiene un propósito histórico (v. 9b).
 - 1. Para que anunciéis...
 - (1) Uno de los propósitos imperativos del creyente es el proclamar (*exaggello*), declarar abiertamente, las obras salvadoras de Dios.
 - (2) El creyente no puede darse el lujo de ser un agente secreto del reino de Dios. Su vida y mensaje deben ser declarados y exhibidos ante el mundo.
 - 2. Las virtudes de aquel que os ha llamado...
 - (1) Una versión inglesa traduce “alabanzas” por “virtudes”.
 - (2) La obra de Dios en el hombre es integral. Es decir, Dios hace su obra completa. Por lo tanto, él es digno de ser alabado y reconocido por quien es y por lo que hace.
 - 3. De las tinieblas a su luz admirable.
 - (1) El llamado de Dios es a un cambio de vida.
 - (2) “Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas” (1 Jn. 1:5).
- III. El pueblo de Dios tiene un testimonio histórico (v. 10).
 - 1. La historia del pueblo hebreo muestra la fidelidad de Dios a su pueblo infiel.
 - 2. El sentido de fidelidad es ligado a la intimidad entre Dios y su pueblo.
 - (1) El ejemplo de Oseas y Gomer, su esposa (Oseas 1:1–11; 3:1–5) muestra el amor incondicional del Creador hacia su creación, su pueblo.
 - (2) La acción del pueblo de volverse a Jehovah fue honrada por Dios por su fidelidad incondicional: ellos alcanzaron su misericordia.
 - 3. El testimonio de la fidelidad de Dios es la proclamación del mensaje eterno del pueblo de Dios.
 - 4. Es claro que sólo en Jesucristo dicha historia es realidad.

Hemos de recordar que como pueblo de Dios, poseedores de la *esperanza viva*, nuestro hogar permanente no es esta tierra; pues en ella somos *peregrinos y expatriados*. Somos ciudadanos del cielo, por lo cual el Apóstol aconseja sobre cómo debemos conducirnos. Las *pasiones carnales* sin el control de Dios nos extravían del bienestar del alma. Los deseos humanos no son del todo malos. En verdad, suelen ser muy necesarios, pero siempre sujetos a los frenos y las fórmulas de Dios. El *alma* representa la parte más alta del ser humano, la que le puede relacionar con el Creador (Gén. 2:7) o, si no, ser perdida eternamente.

Los evangélicos hispanos deben comprender cuáles son las acusaciones que se han usado en su contra, especialmente las de los primeros tiempos de la obra misionera: “sirvientes de una religión extranjera” (cuando no lo han dicho en forma peor), “vendedores de su alma por dinero”, “vendepatrias”, “promotores de división en la familia y en la comunidad”, “desleales”, y otros epítetos semejantes. Asimismo fue en los tiempos de Pedro; también eran llamados ateos, por no adorar a los dioses, y caníbales por hablar de *esto es mi cuerpo* y *esto es mi sangre*; y sediciosos, por insistir en que Cristo era Señor por encima del emperador. Por ello, el Apóstol amonesta a los cristianos a que tengan un cuidado especial, a fin de que su conducta desmienta tales calumnias. El [P. 332] creyente debe ser obediente a las leyes y los reglamentos gubernamentales; sólo un mandato directo de Dios en su Palabra justifica una desobediencia, y entonces se debe estar dispuesto a sufrir las consecuencias. Es interesante notar que el filósofo pagano Celso (siglo II d. de J.C.) escribió muchas cosas contra los seguidores de Jesucristo, pero no mencionó alguna inmoralidad de ellos.

Semillero homilético

Ciudadanos responsables ante Dios y el mundo

2:11–25

Introducción: “Ustedes los evangélicos son buena gente, por eso creo que concederles la residencia permanente es una inversión para el país”. De esta manera se expresó el jefe de inmigración en el Paraguay al concedernos el documento de residencia permanente. En sus palabras, pensé yo, afirmaba lo que Pedro recomendaba y exhortaba a los creyentes de su época y de la nuestra. El seguidor de Cristo debe ser y hacer con su vida aquello que honra a su Señor.

- I. El cristiano debe honrar al Señor intra y extra personalmente.
 1. Amados, yo os exhorto... (v. 11)
 - (1) El Apóstol exhorta tanto a nacionales como a extranjeros.
 - (2) Su pedido es a estar alerta de la guerra espiritual.
 - (3) La lucha espiritual es una constante batalla. Pedro exhorta a no dar lugar a dichos deseos pecaminosos.
 2. Tened una conducta ejemplar... (v. 12).
 - (1) La versión Dios Habla Hoy dice “condúzcanse”.
 - (2) En el gr. la connotación es “manera de vivir”.
 - (3) El cristiano debe conducirse lo más íntegra y éticamente posible en y para con el mundo que lo rodea.
 - (4) El testimonio del cristiano nunca queda en el vacío.

(Continúa en la página siguiente)

Nuestro comportamiento debe ser tal que los que no han conocido a Cristo *glorifiquen a Dios* por ello (v. 12), Pedro seguramente habrá recordado lo dicho por Jesús (Mat. 5:16). Se debe vivir conscientes del *día de la visitación*. Esta palabra también puede traducirse “inspección”, la ocasión en que Dios entrega los premios o los castigos, sea dentro del tiempo o a la trompeta final. La expresión correspondiente en el AT a veces se traduce *castigo* (Éxo. 20:5; Isa. 10:3; Jer. 8:12; Ose. 9:7), entendiendo por el contexto el propósito punitivo de la “visita”.

Los vv. 13–17 siguen con la fase de la conducta que tiene que ver con toda institución humana; incluye la familia, pero especialmente trata del gobierno. Se debe respeto y obediencia a los que legítimamente ejercen el poder. Indirectamente, Pedro presenta la responsabilidad de los oficiales de actuar con justicia, tal como lo hace Pablo en Romanos 13:1–7 y otros escritores bíblicos a través de las Escrituras. Pero el estar *sujetos* (v. 13) no es meramente una docilidad negativa, sino hacer *el bien* (v. 14). Felizmente, hoy en nuestros países es más común ser ciudadano que sujeto, pero este privilegio trae consigo una mayor obligación de ayudar a conducir bien la nación. Y *ésta es la voluntad de Dios* (v. 15). En parte, a lo menos, servirá para que la sabiduría y la honestidad de los cristianos hagan *callar la ignorancia de los hombres insensatos* que quieren pensar que los creyentes son “zánganos de la sociedad”, como algunos lo han expresado. No podemos impedir que la gente hable mal de nosotros, pero podemos dejarles sin base para ello.

(Continúa de la página anterior)

- II. El cristiano debe honrar a las autoridades delegadas.
 1. Por causa del Señor... (v. 13).
 - (1) En el gr. la expresión es un imperativo.
 - (2) Sin embargo, el mandato tiene una razón del porqué:

¡Por causa del Señor!

- (3) Toda autoridad, aun aquella que no honra a Dios, debe ser respetada y obedecida.
 - (4) El cristiano se somete a las autoridades, no porque toman el lugar de Dios. Más bien, porque son delegadas.
2. Viviendo integralmente con Dios y en compromiso civil.
- (1) Un vivir integral ante Dios se refleja en las acciones delante de los hombres.
 - (2) Una ofrenda en sacrificio a Dios es acallar con nuestro testimonio toda voz que nos quiera juzgar (v. 15).
 - (3) En Cristo somos libres para ser sus siervos. Contrario a Satanás, que nos hace sus esclavos (v. 16).
 - (4) El compromiso del cristiano debe ser integral: Amar a los hermanos. Temer a Dios. Honrar al rey (v. 17).

(Continúa en la página siguiente)

[P. 333] Es algo maravilloso saberse amado por Dios, salvado de las consecuencias eternas del pecado y libre en Cristo Jesús. Ser *libres* (v. 16) es motivo de regocijo y de acción responsable. ¡Pero cuidado que no se degenera en el libertinaje, un *pretexto para hacer lo malo!* Nuestra libertad tiene el propósito de permitirnos ser *siervos* (o esclavos) voluntarios *de Dios*; nunca debe usarse meramente para fines egoístas. Pablo veía el mismo peligro (Gál. 5:1, 13) y la misma necesidad de escoger la forma de nuestra servidumbre (Rom. 6:15–23). De hecho, vamos a servir a alguien o a algo, ¿pero a qué? Es decisión nuestra.

Luego vemos resumida la actitud correcta hacia las instituciones humanas en cuatro imperativos, dos generales y dos específicos. Debemos honrar, o respetar, a *todos* (v. 17), quienesquiera que sean; y yendo más allá, amar *a los hermanos* (lit. “a la hermandad”, es decir, a la congregación de creyentes). Reflejando en parte Proverbios 24:21, hemos de temer *a Dios* (no tanto tenerle miedo como tenerle reverencia) y honrar *al rey*. ¡Y no olvidemos que el emperador en el tiempo de escribir esta epístola era el terrible Nerón! Hay que respetar el puesto aunque no sea digno el que lo ocupa.

(Continúa de la página anterior)

- III. El cristiano debe ser diligente en todas sus responsabilidades.
1. La sujeción a la autoridad es un atributo divino.
 - (1) El cristiano debe sujetarse y respetar a su patrón (v. 18).
 - (2) El respeto y sujeción no están demarcados por la bondad y/o maldad del patrón. Por el contrario, lo están por mandato divino (vv. 19, 20).
 - (3) Dios, últimamente, es quien aprueba y juzgará la actitud tanto del uno como del otro (v. 20b).
 2. Cristo es nuestro modelo a imitar en medio de la adversidad.
 - (1) No hay sufrimiento, grande ni pequeño, en el cual Cristo no nos pueda entender y apoyar (v. 21).
 - (2) Él fue inocente en todo lo que padeció. Encomendó su causa al que juzga justamente (v. 23).
 - (3) El sufrimiento vicario de Cristo completó su propósito con nuestro pasado, presente y futuro (v. 24).
 - (4) El cristiano puede descansar y confiar con certidumbre porque Cristo es su buen pastor (v. 25).

2. Ejemplo de Cristo en el sufrimiento, 2:18–25

Los vv. 18–25 tratan el sufrimiento injusto en relación con el ejemplo de Jesucristo. ¿Será siempre fácil demostrar la calidad de carácter que el esperanzado debe tener? Desde luego que no. Aun la *esperanza viva* mira el futuro; las dificultades están hoy, y la tendencia humana es ver más grande lo inmediato. En Hebreos 12:2 se habla de Cristo, *quien por el gozo que tenía por delante sufrió la cruz*. En nuestro pasaje se aplica el principio a la condición, considerada poco envidiable, de ser *siervos* (v. 18).

Hay que recordar que un alto porcentaje de la población del Imperio Romano era esclavo. Muchos habían sido presos tomados en las guerras o eran descendientes de éstos. Según la ley romana los esclavos no tenían derechos, sino que eran meras herramientas [P. 334] animadas. A veces los esclavos eran más cultos que sus amos. Pero siendo educados o no, tratados bien o no, siempre eran esclavos. Y la historia nos cuenta de diversas revueltas sangrientas de ellos contra sus amos y contra el sistema, generalmente sin lograr una situación mejor. A ese ambiente triste llegaron aquellos que proclamaban el evangelio. No atacaban el sistema (pues eran pocos y sospechados), pero enseñaban que Dios ama a todos, que Cristo murió por todos y que no hay diferencia fundamental entre ellos: “...sin hacer distinción de personas” (Stg. 2:1); “ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál. 3:28); “...que lo recibas ahora para siempre; ya no como a un esclavo, sino más que esclavo, como a un hermano amado” (Film. 15, 16). Y sabemos de casos en que un amo era miembro de una congregación en que un esclavo suyo era el pastor. Pero una enseñanza tan equilibrada y humanitaria es difícil para los intereses egoístas. Algunos amos se olvidaban de tratar con bondad a sus subordinados, y algunos siervos estaban más conscientes de su nuevo nivel espiritual que de sus responsabilidades sociales y económicas.

El término *siervos* usado aquí (v. 18) trata de la servidumbre doméstica, sean criados o esclavos. A diferencia de Pablo en Efesios 6:5–9 y Colosenses 3:22–4:1 pero parecido a él en 1 Timoteo 6:1, 2 y Tito 2:9, 10, Pedro no incluye exhortaciones para los amos. Tal vez sea porque entre los primeros lectores de la epístola pocos cristianos eran dueños de esclavos.

El énfasis en nuestro pasaje se pone en estar *sujetos* (v. 18), o sumisos ante el amo, como sea, *con todo respeto*. La palabra gr. vertida aquí como “respeto” básicamente es la misma que traducimos “temed” al hablar de Dios en el v. 17. Tal vez sea más fácil responder con sumisión *a los que son buenos y comprensivos*, si bien ha habido múltiples casos en que un obrero o empleado se aprovecha indebidamente de un patrón que es bondadoso. Cuando hay amos *severos*, de todos modos hay que respetarlos, no necesariamente porque lo merezcan, sino porque *esto es aceptable* (lit. “una gracia”) para *tener conciencia de Dios*. No es ninguna gracia aceptar sufrir cuando hemos merecido el castigo. En cambio, nos hace parecidos a Cristo al soportar *aflicción* y padecer *injustamente*. Al final del v. 20 de nuevo Pedro lo llama *aceptable*, una gracia que Dios toma en cuenta. Porque Dios es nuestra medida final en todas las actitudes y acciones.

Un cristiano en un medio difícil

2:11–25

Sergio Ramírez es un conocido narrador colombiano en el ámbito deportivo a nivel internacional. Hijo de una mujer piadosa, creyente y fiel al Señor, que oró por él muchos años. Sergio, conocido como el “mundialista”, es producto de las oraciones constantes.

Al comienzo de su trayectoria deportiva su testimonio fue objeto de admiración de unos, reproche y burla de otros. Sin embargo, su fidelidad nunca flaqueó. Hoy por hoy, Sergio es respetado en todo su medio y ha sido instrumento de Dios para llevar a otros a los pies del Señor. El padecer injustamente, como dice el Apóstol, traerá su fruto y recompensa por parte de Dios.

[P. 335] Quizá nos parezca extraño que, al hablar del sufrimiento el Apóstol diga: *Pues para esto fuisteis llamados* (v. 21). Para Pedro mismo había sido un problema. Cuando Jesús había explicado que iba a morir, Pedro respondió: “¡Jamás te suceda esto!” (Mat. 16:22); y después, cuando llegaron Judas y la guardia para prender a su Señor, blandió su espada en su defensa (26:51). Posteriormente aprendió, como lo hizo también Pablo, quien escribió a los filipenses: “...se os ha concedido a vosotros, a causa de Cristo, no solamente el privilegio de creer en él, sino también el de sufrir por su causa” (Fil. 1:29; ver Col. 1:24). Puede que uno su-

fra a causa de la maldad de otro, pero el buen cristiano lo aguanta sin recriminación por lealtad al Señor. Por esta razón le corresponde la bienaventuranza que hay para “los que son perseguidos por causa de la justicia” (Mat. 5:10–12). ¡Pero cuidado que no se desarrolle un “complejo de martirio”, pues no es para Cristo sino egoísta!

Cristo tomó nuestro lugar

2:11–25

Para el Apóstol, la figura de Isaías 53 es evidente en estos versículos. Es la imagen de aquella oveja inmaculada ofrecida en el altar del sacrificio. Cristo Jesús toma el lugar de aquella oveja pascual y se ofrece voluntariamente por toda la humanidad. Todo aquel que cree en él como su único sustituto se hace acreedor de su perdón y salvación por la eternidad. ¡Cuán claro y sencillo es el mensaje de la cruz! ¡Cuán difícil es para otros aceptar este don de Dios por fe!

Los próximos pensamientos de la epístola citan o parafrasean textos de Isaías 53, relacionando al Siervo Sufriente con Jesucristo, como el NT suele hacer. Lo hace para agregar como uno de los resultados de su sufrimiento no merecido: *Dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas* (v. 21). La palabra *ejemplo* en gr. era usada para indicar la muestra de caligrafía o de croquis que el maestro ponía a fin de que el alumno inexper-to la imitara o completase. ¿En qué nos sirve de ejemplo para seguir? *No cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca* (v. 22), es decir, nadie le podía atrapar en una mentira; *no respondía con maldición* (v. 23) al maltrato, devolviendo insulto por insulto; no expresaba deseos de venganza, sino que todo lo *encomendaba* (incluyéndose a sí mismo) al Juez justo.

En estos versículos tenemos la esencia del evangelio: *Cristo sufrió por vosotros* (v. 21); *...él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero* (la cruz, v. 24); *...por sus heridas habéis sido sanados. Porque eráis como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas* (vv. 24, 25). Aquí notamos nuestras características naturales: pecadores, malsanos, ovejas descarriadas. A la vez, vemos lo que el Señor hizo para efectuar el cambio en nosotros: Sufrió la aflicción a favor nuestro, llevó nuestros pecados, recibió los moretones que habrían correspondido a nuestro castigo, nos buscó cual Pastor vigilante. En fin, es el sacerdote que es el sacrificio, dador de vida, pastor y sobreveedor. Además, se explica la razón por la que lo [P. 336] hizo; fue para que exhibamos nuevas características: aliviados, perdonados, sanados, protegidos en el redil del Pastor divino.

Al mismo tiempo, el Apóstol inspirado dice que Cristo lo hizo *a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia* (v. 24). Ahí hay un lado negativo: morir *para los pecados*, y un lado positivo: vivir *para la justicia*, o rectitud. Dejamos lo torcido para ir tras lo recto. También, fijémonos cómo el Apóstol está imbuido de las Escrituras (aquí de Isa. 53), lo cual ha de servirnos como otro ejemplo.

Si Cristo hizo tanto por amor a nosotros, ¿hasta qué extremo debemos estar dispuestos a ir, al ser necesario, por amor a él? El que nos redimió sigue cuidándonos y vigilando nuestro trabajo, y es él a quien rendiremos cuenta.

3. Responsabilidades en el matrimonio, 3:1–7

Los vv. 1–6 presentan las actitudes que deben tener las esposas. Lo primero que dice es *Asimismo*. Quiere decir que rigen en este caso los mismos principios que se han aplicado en el caso de los siervos (2:18) y de todos en relación con las instituciones humanas (2:13), como también el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. A las *mujeres* les corresponde estar *sujetas* a los propios *maridos*. Esta expresión refleja el ambiente de aquel entonces, un tiempo en que una mujer casi no tenía derechos, poco diferente que un esclavo. En el mundo grecorromano ella dependía absolutamente del padre y después de su marido; y entre los judíos la situación era algo mejor, pero no tanto. Por supuesto, había mujeres, especialmente de las clases altas, que ejercían considerable independencia; pero esos casos eran la excepción. Ha sido el cristianismo que ha ido elevando el lugar de la mujer.

Tenemos la impresión de que en aquellos tiempos más mujeres respondieron al evangelio que varones. Al parecer, en este texto *algunos maridos no obedecen a la palabra*, es decir, no aceptaban la palabra de Dios para regir su vida. Si como casadas habían creído en Cristo sin la oposición de sus maridos, o a pesar de ella, mostraban valentía al hacerlo. Posiblemente algunas habían sido dadas en matrimonio por sus padres, o ellas

mismas deseaban casarse con el hombre, en contra de la enseñanza general de los apóstoles (2 Cor. 6:14 ss.). Sea como fuera, están unidas a un marido no creyente.

¿Qué hacer? Lógicamente, para el bien de ella, y el de él, era mejor ganarlo para Cristo. Con un juego de palabras (sí, lo dicho por Dios; no, lo dicho por ella), Pedro dice que *sean ganados sin una palabra*. Regañar, criticar, predicar sermones interminables no son métodos muy eficaces para convertir a un cónyuge. Por supuesto, una palabra sabia en un momento propicio [P. 337] puede ayudar, pero lo más importante es la *conducta* (en los vv. 2 y 16 como en 1:15 y 18 la palabra se traduce *manera de vivir*; en 2:12 como aquí). En el caminar se ve el carácter. Estos maridos no van tanto a oír como a *observar vuestra reverente y casta manera de vivir* (o “conducta”; v. 2). La actitud de la esposa cristiana se rige menos por cómo considera a su marido que por cómo considera a Dios, en forma parecida a la del siervo cristiano, presentada en 2:18 ss. Se caracteriza por un sincero temor de Dios. Es posible que el texto se refiera a una manera respetuosa y pura de tratar al marido, como en Efesios 5:33; pero en todo caso se la debe relacionar con el Señor. Nos fijamos que no hay sugerencia de que ella se divorcie de él (si fuera posible para una mujer). Sin duda, Pedro habría concordado con lo que dice Pablo en 1 Corintios 7:10–16: El cónyuge creyente no debe buscar poner término al matrimonio; pero si el no creyente lo inicia, no es culpa del cristiano.

Sujeción como responsabilidad ante el Señor

3:1–6

Pedro escribe a mujeres cristianas en matrimonios mixtos. El propósito de tal sujeción no es condicional. Al contrario, tiene como finalidad el dar testimonio del reino de Cristo. Es decir, la sujeción al esposo no va ligada al comportamiento de éste, sino más bien, como una responsabilidad ante el Señor. Pedro no está apoyando el abuso o el maltrato, ni tampoco este es su tema en este mandato.

Los vv. 3 y 4 han sido usados por algunos [P. 338] hermanos como argumento en contra de adornos personales y del uso de joyas. Este pasaje, tomado aisladamente, se puede prestar para esa interpretación. Pero las Escrituras en general no presentan este concepto. El padre del pródigo simbolizó la restauración de su hijo con un anillo (Luc. 15:22); el sirviente de Abraham dio a Rebeca las joyas que su amo le había encargado (Gén. 24:22, 53); los israelitas frente a Sinaí ofrecieron oro, plata y joyas, no para deshacerse de ellos, sino para construir el tabernáculo (Éxo. 35:21–29); y Dios mismo usa la figura de adornos finos y alhajas para representar su amor hacia Jerusalén (Eze. 16:10–13) y la hermosura de la ciudad celestial (Apoc. 21:18–21).

Semillero homilético

Responsabilidades y deberes de la mujer cristiana

3:1–6

Introducción: El papel de la mujer en el mundo contemporáneo es motivo de consideración en muchos niveles de la sociedad. Las posiciones son variadas, y en ocasiones encontradas. Pablo toca este tema por lo menos en dos pasajes (Ef. 5:21–6:4 y Col. 3:18–21). En este pasaje en particular, Pedro observa las responsabilidades y deberes intrapersonales de la mujer cristiana.

- I. La mujer cristiana tiene deberes y responsabilidades conyugales: *Asimismo vosotras, mujeres...* (v. 1).
 1. El deber, del latín *debere*, tiene la connotación de obligación ética.
 2. Pedro considera la sujeción como un acto voluntario en amor, antes que un acto motivado por el temor o culpa.
 3. La sujeción conyugal es un deber ético basado en el compromiso de obediencia hacia Dios. II. La mujer cristiana manifiesta un modelo de vida ejemplar.
 1. Al observar vuestra reverente y casta manera de vivir...(v.

2).

- (1) La sujeción lo es en palabra y en hecho (ver 2:13, 18).
 - (2) La actitud del corazón debe ser casta (pura) como testimonio a su cónyuge no creyente.
2. El testimonio de la mujer cristiana se debe expresar tanto en su apariencia externa como interna (vv. 3–6).
- (1) Debe haber diferencia entre el cuidado personal y la ostentación u obscenidad.
 - (2) El atavío en la mujer cristiana debe ser un subproducto de su atavío espiritual (v. 4; ver también Prov. 31:10–31. El v. 30 enfatiza la belleza interior de la mujer que vive y sirve a Dios).
 - (3) El ejemplo de mujeres en el pasado son un modelo a imitar, aún en el día de hoy (vv. 5, 6).

Conclusión: Lupe Torres es una fiel hermana a quien Dios me dio el privilegio de pastorear. Una vez que escuchó el evangelio aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador. Su esposo, Jorge, era vocalista de un grupo musical que tocaba en los bailes y fiestas. Constantemente ella oraba a Dios por la conversión de su esposo. El tiempo pasaba y parecía que cada día la situación era más difícil. Un día, después de reiteradas invitaciones de su esposa, Jorge visitó la iglesia.

Fue la primera vez en su vida que escuchó el evangelio, pero fue suficiente para entregar y dedicar su vida y talento para servir al Señor. Hoy Jorge es un diácono fiel que sirve al Señor en el ministerio de la música y el evangelismo con un grupo musical “La paz de Cristo”. Jorge fue ganado sin palabras por una esposa fiel al Señor.

Más bien, la enseñanza bíblica está en contra del exceso, de la ostentación, del falso orgullo en tales cosas (ver Isa. 3:16–24; Jer. 2:32). El asunto tiene que ver con dónde está la prioridad. Como dijera nuestro Señor: “La vida es más que el alimento, y el cuerpo es más que el vestido” (Luc. 12:23). Así Pablo en 1 Timoteo 2:9, 10 y Pedro aquí advierten contra un énfasis en un embellecimiento externo. *Vuestro adorno no sea el exterior, con arreglos (ostentosos no está en el gr.; ha sido agregado para aclarar el sentido) del cabello y adornos de oro, ni en vestir ropa* (v. 3; tampoco *lujosas* está en el gr.). Obviamente las lectoras debían *vestir ropa*, y era conveniente algún *arreglo del cabello*, pues como Pablo lo dice: “...a los miembros del cuerpo que estimamos ser de menos honor, a éstos los vestimos aun con más honor” y “...vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo” (1 Cor. 12:23; 6:19). Entonces, nuestra ropa y los adornos deben dignificarnos como seres hechos a la imagen de Dios y no llamar la atención tanto a sí mismos.

Más bien, lo importante es *la persona interior del corazón* (v. 4) y no lo que tiene puesto. La mujer impresionada favorablemente a su marido y a otros por medio de *lo incorruptible de un espíritu tierno y tranquilo*. La hermosura de cara tiende a corromperse, a desvanecerse; la hermosura de carácter puede ir en aumento, con el desarrollo de la mansedumbre y el sosiego cristianos. La ternura y el dominio propio son buenos amigos de la familia. Para Dios *lo de gran valor* no son las alhajas sino las almas, y la mujer creyente juega un papel central en el verdadero bienestar del hogar.

Luego, en los vv. 5 y 6 se presentan ejemplos de esa clase deseable de mujer, si bien sólo *Sara* se menciona por nombre. Como se ha dicho anteriormente, la base de respeto hacia el marido no es el *miedo [P. 339] de ninguna amenaza* (v. 6), sino porque *esperaban en Dios* (v. 5). *Amenaza* también podría traducirse “intimidación” o simplemente “temor” o “terror”. Recordemos que *tierno* o “manso” sugiere “poder bajo control” y no “intimidado” o “débil”. Esas *santas mujeres* no eran perfectas. Sara se rió porque no creyó al mensajero divino y luego mintió (Gén. 18:10–15). Pero estaban apartadas y dedicadas a Dios, y el tenor de sus vidas se relacionaba con él. Pero en nuestro pasaje lo que el autor sagrado señala es el término de sumisión, *mi señor*, que Sara usó para Abraham (Gén. 18:12).



Sara y Abraham (3:6)

Después de seis versículos de consejos [P. 340] para las esposas, Pedro resume en el v. 7 lo que dice a los *maridos*. Pablo (Ef. 5:22–33) da algo más de tiempo a los varones, e igual tiempo en Colosenses 3:18, 19. Quizás Pedro pensara que la mujer cristiana, con su nueva libertad en Cristo, necesitase usar de cautela y, a la vez, que con una sola oración gramatical se indicase lo esencial para el esposo. En verdad ahí cubre varias fases de la relación entre marido y mujer, y entre los dos y el Señor.

Semillero homilético

Recomendaciones a esposos del ayer que pueden vivir hoy

3:7

Introducción: Pedro ve el matrimonio como una relación de mutuo compromiso. Tal posición en su día era innovadora en todo sentido. El v. 7 da responsabilidad recíproca al esposo en relación con su esposa. Las recomendaciones dadas a la esposa en los versículos anteriores (*asimismo vosotras...*) son apropiadas al esposo en *de la misma manera* del v. 7. El marido también tiene sus deberes y responsabilidades en la institución matrimonial.

I. Vosotros, maridos, de la misma manera, vivid con ellas con comprensión...(v. 7a).

El vivir con su esposa con comprensión es más que sólo palabras.

1. Comprensión aquí, según el gr., es sinónimo de “conocer”.
2. La estabilidad y permanencia de la relación conyugal exige conocimiento mutuo de la pareja, no sólo sentimientos o emociones.
3. Pablo también refuerza la recomendación de Pedro (ver Ef. 5:25; Col. 3:19).

II. Fundamentos de una relación duradera.

1. Dando honor a la mujer como a vaso más frágil...(v. 7b).

(1) Pedro considera el honor en su máxima expresión.

- (2) Pide rendir honor, valorar a todo hombre y al rey (2:17).
- (3) La misma expresión va dirigida de esposos a esposas.
- (4) La analogía de “vaso frágil” no es en el sentido de inferioridad sino de consideración y cuidado incondicional.
- 2. Y como a coherederas de la gracia de la vida... (v. 7c).
 - (1) Los esposos son coiguales y herederos delante de Dios.
 - (2) La dimensión del amor de Dios es hacernos coherederos con su hijo Jesucristo. Así que la mujer es de igual valor.
 - (3) Tal herencia participativa y coigual es eterna, no pasajera (note que Pedro usa la palabra gr. *zoe* para vida. Es el principio de vida que está en Dios. El no usa *bios*, lo cual es período de existencia). La mujer cristiana tiene el mismo destino final que el hombre.
- 3. Para que vuestras oraciones no sean estorbadas (v. 7d).
 - (1) Una relación quebrantada entre esposos interfiere en una íntima relación con Dios.
 - (2) El vínculo de amor incondicional entre esposo y esposa es análogo al vínculo de amor entre Dios y nosotros.

Conclusión: Conozco a un hombre fiel al Señor quien por 35 ó 40 años oró a Dios por la conversión de su esposa. Un día, tras repetidas invitaciones al templo, ella accedió a acompañarle. Ese día el Señor tocó su corazón y ella le aceptó como su Salvador personal. Dios honró, y lo continúa haciendo, la oración de un hombre fiel: *...para que vuestras oraciones no sean estorbadas.*

El término *de la misma manera* (v. 7) es igual en gr. al que se traduce *asimismo* en 3:1. Los derechos y los deberes son en gran medida recíprocos. Las leyes de aquel entonces daban los privilegios a los hombres y las responsabilidades a las mujeres. Pero el cristianismo, no. El marido debe “vivir con ella”. La palabra también podría traducirse “cohabitar”, que es algo más que estar bajo un mismo techo y que afecta lo más íntimo. Su trato ha de ser *con comprensión*, sabiendo que ella es un *vaso más frágil*. A menudo, una mujer tiene tanta, o más, fuerza vital y resistencia que su marido; pero físicamente es más débil y en varios sentidos es más vulnerable; y corresponde al marido protegerla y no aprovecharse de ella, *dando honor*. Debe entregarle el respeto debido a su valor. Un *vaso* es una vasija que contiene algo que es útil. Pablo dice de él: “Si alguno se limpia de estas cosas (iniquidades), será un vaso para honra (honor), consagrado y útil para el Señor, preparado para toda buena obra” (2 Tim. 2:21). Además, si ella es *vaso más frágil*, el marido también es *vaso* que debe servir, aunque sea menos frágil. Los dos han de ser vasos para el Señor y, en conjunto y separadamente, tienen un papel importante que jugar. Luego se menciona un vínculo más: Ellas son *coherederas de la gracia de la vida*, el regalo divino de poder vivir en toda su plenitud, aquí en este mundo y después. Igualmente reciben de Dios como hijos suyos: “Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rom. 8:17). Entre las razones por las que el marido, especialmente el cristiano, debe tener en alta estima a su esposa es *para que vuestras oraciones no sean estorbadas*. [P. 341] El estado de armonía entre los cónyuges afecta profundamente su vida devocional.

El fruto de la esperanza ha de verse en todas las relaciones dentro de la comunidad.

Semillero homilético

Deberes y privilegios de una vida cristiana auténtica

3: 8–12

Introducción: La vida del cristiano se expresa no sólo en lo que dice, sino también en lo que hace. Pedro enumera en este pasaje algunos deberes y privilegios de una vida cristiana auténtica.

- I. Deberes éticos de unos para con otros (v. 8).
1. Finalmente...
 - (1) Pareciera que Pedro continúa con su discurso anterior a los esposos y responsabilidades civiles comenzado en 2:13.
 - (2) En esta ocasión las indicaciones directivas son para toda la audiencia en general: *sed todos...*
 - (3) Pedro enumera a continuación un conjunto de virtudes y a la vez deberes fundamentales para la armonía en cualquier tipo de comunidad: matrimonio, familia, iglesia, sociedad.
- (Continúa en la página siguiente)

IV. ACTITUD DEL QUE TIENE ESPERANZA FRENTE A LA PERSECUCION, 3:8-22

1. No devolver mal por mal, sino bendecir, 3:8–12

El v. 8 establece los principios en que se basan los aspectos de la actitud. *Finalmente* parece indicar que después de ver los resultados de la esperanza cristiana en la vida moral personal y en las relaciones específicas con algunos de los que nos rodean, ahora va a presentar admoniciones generales, como hace un buen pastor a toda la congregación, recordando que la vida se les presenta difícil. Menciona cinco cosas que deben caracterizar a todos los hijos de Dios: *De un mismo sentir*, no necesariamente de una sola opinión, pero sí de actitud y de propósito; *compasivos* (*sumpathés*⁴⁸³⁵), que significa “sentir con”, la capacidad de imaginarse en la situación de otro, y así palpar lo que el otro está sintiendo; con cariño *fraternal* (*filádelfos*⁵³⁶¹, ver 1:22); *misericordioso*, lit. “bien entrañable”, concepto venido del heb. al gr. y al castellano por la creencia de que las entrañas son la sede de los sentimientos; y *humildes*. El mundo en general tiende a mirar [P. 342] la humildad como indicio de debilidad en vez de una virtud; pero Jesús se la atribuye (Mat. 11:29), y los apóstoles la recomiendan como lo opuesto a la jactancia y al orgullo indebido. Un espíritu humilde es básico para la cortesía y para el aprendizaje.

- (Continúa de la página anterior)
2. Sed todos...
 - (1) *De un mismo sentir...* es la connotación de vivir en armonía, o tener una misma mente, unidad espiritual.
 - (2) *Compasivos...* Note que Pedro no habla de sentir lástima. Por el contrario, él habla de sentir simpatía (*sumpat-hos*). Es el hecho de poner mis pies en los zapatos del otro.
 - (3) *Amándose fraternalmente...* Tal mandato no está limitado por sexo, posición social, política o religiosa.
 - (4) *Misericordiosos...* La idea es ser de corazón tierno. Lo opuesto a ser inflexible o duro.
 - (5) *Humildes.* Como adjetivo es la única vez que se usa esta palabra en todo el NT. La idea detrás es alguien que humildemente reconoce que tan sólo es una criatura delante de Dios. De esta manera, no mira a otros, cónyuge, amigos, parientes, como inferiores a él.
 - II. Valores éticos para responder al mal (v. 9).
 1. El cristiano tiene recursos para confrontar la maldad.
 - (1) La Biblia en todo su contenido afirma y pregona la paz y el bienestar, tanto individual como corporativamente.
 - (2) Vencer con el bien el mal es la predicación, no sólo de Jesús sino de todos los que creen y viven para él.
 - (3) Pedro enfatiza que el revanchismo o venganza no debe

- ser el estilo de vida en las relaciones interpersonales (v. 9a).
2. El cristiano es convocado a bendecir y ser bendición (v. 9b).
 - (1) La única manera de confrontar la oscuridad es haciendo brillar nuestra luz (ver 2:12 y Mat. 5:16).
 - (2) En medio de una generación que busca su propia ley, el Apóstol nos recuerda para qué hemos sido convocados.
- (Continúa en la página siguiente)

Verdades prácticas

3:8–12

Pedro escribe a una audiencia determinada y específica. Sin embargo, la trascendencia de su mensaje aún tiene vigencia en este día. Es notable que el Apóstol no sólo habla de la responsabilidad individual, sino también corporativa. A continuación, muestra que sí es posible alcanzar y vivir una vida con propósito. A la vez, muestra cómo sus antepasados vivieron bajo esa misma esperanza y realidad en su día (cita directamente del Sal. 34:12–16). Aun hoy es posible vivir esa vida con propósito.

El v. 9 habla de una acción que debe provenir de la actitud presentada en el v. 8. El autor no menciona aquí una manera de ser diabólica: devolver el mal por el bien, pero sí trata la reacción del hombre natural en hechos y palabras, en el espíritu de “ojo por ojo”. Pero siguiendo a su Maestro (Luc. 6:27, 28), la iglesia primitiva enseñaba una ley más alta (Pedro aquí y Pablo en Rom. 12:17). *Para esto habéis sido llamados, y si otros no saben apreciar que estemos bendiciendo en vez de maldiciendo, Dios sí, para que heredéis bendición.* Los vv. 10–12 refuerzan el argumento a favor de esta manera de actuar con una cita del Salmo 34:12–16, donde es recomendada para quienes conocen el temor de Jehovah, indicando que una acción positiva, aun frente a una negativa, trae su propio bien; pues así lo ha decretado Dios. Demasiadas personas creen la mentira de Satanás de que la mejor *vida* (v. 10) involucra el hacer caso omiso del camino del Señor. Pero es el Señor quien es el Autor de la vida y el más capacitado para señalar cómo obtenerla. No siempre es fácil seguirla, pero con creces vale la pena. Es la manera de *ver días buenos* aquí y en toda la eternidad. Se menciona [P. 343] específicamente: Cuidado con la *lengua, apártese del mal y haga el bien*, y la búsqueda de la *paz*. El no actuar así asegura encontrarse ante el *rostro severo del Señor*.

(Continúa de la página anterior)

- III. Indicadores éticos de una vida con propósito (vv. 10–12).
1. *Refrene su lengua de mal...* Santiago expone ampliamente sobre el control de nuestro hablar (3:1–12).
2. *Y sus labios no hablen engaño...* Jesús enseña en el Sermón del monte: “...sea vuestro hablar: ‘Sí’, ‘sí’; ‘no’, ‘no’; porque lo que va más allá de esto, procede del mal” (Mat. 5:37).
3. *Apártese del mal...* la connotación de apartarse es el volverse del camino equivocado. Es arrepentirse y volver.
4. *Y haga el bien...* Se puede llevar al pie de la letra las indicaciones anteriores. Sin embargo, en el vivir cristiano se trata también de hacer el bien o lo correcto. Es decir, que el efecto de lo hecho es beneficioso.
5. *Busque la paz y sígala...* La idea no es tan sólo de buscar y encontrar, sino también de continuar en ella como estilo de vida. Jesús dijo que su paz no era pasajera, sino permanente

(Juan 14:27).

2. Es mejor padecer por el bien que por el mal, 3:13–17

Si somos *ávidos* (v. 13) por hacer el bien, nadie nos *podrá hacer daño* permanente, aunque nos puedan hacer *padecer* (v. 14). Pedro se hace eco de lo que dice nuestro Señor (Mat. 5:10) acerca de la bendición asegurada para el que padece *por causa de la justicia*. Por esta razón no debemos ser *aterrorizados* por la crueldad de los adversarios ni *turbados*. No está diciendo aquí que debemos buscar el martirio o el maltrato con el fin de acumular mérito ante Dios, sino que nuestro Hacedor premiará la fidelidad cuando cueste ser fiel.

Semillero homilético

El cristiano confrontando la persecución por causa de su fe

3:13–20

Introducción: Al leer este pasaje mi mente se remonta a la historia dinámica de la iglesia evangélica a lo largo de América Latina. Cada uno de los países hispanos ha escrito su propia historia. En algunos casos hasta con sangre. Un misionero contaba la experiencia de haber visto un camión llegar con muchos cadáveres a una plaza pública. Se acercó y preguntó quiénes eran. El soldado le respondió: “¡Son esos desgraciados evangélicos!”.

Pedro escribe a creyentes ante la amenaza de la persecución. Él no incentiva el martirio, como tampoco aprueba el hecho. Más bien les anima a reflexionar en que la persecución es injusta, pero es por una causa noble y trascendente.

- I. El cristiano confronta el sufrimiento con altruismo (vv. 13, 14).
 1. El cristiano confronta el mal con el bien (v. 13).
 - (1) Pedro inicia su alocución acerca de la persecución con un interrogante: ¿Quién...?
 - (2) Hay dos posibilidades en la pregunta del Apóstol:
 - a. Quién es aquel que viendo hacer el bien va a hacer daño.
 - b. Quién podrá tocar esa relación íntima que tienen con el Señor.
 - (3) La pregunta a la vez es un desafío a meditar en que la persecución es injusta mas la causa por la que sufren es justa: ...si sois ávidos para el bien...
 2. El cristiano sufre por lo que es correcto (v. 14).
 - (1) Pedro no descarta que en cualquier momento la persecución puede llegar.
 - (2) Mas, si se sufre por lo que es justo, hay bendición de lo más alto (*makarios*).
 - (3) Reiteradamente, Pedro enfatiza en sufrir por la causa correcta. No sufrir como consecuencia de haber hecho mal.
 - (4) De ser así, no hay razón para estar con temor o ansiedad.

(Continúa en la página siguiente)

Según el v. 15a, en vez de angustiarnos, hemos de estar seguros de que Cristo sea santificado, puesto en un lugar preferente y especial, en nuestro ser. La expresión es un reflejo de Isaías 8:13. Es interesante observar que los mss. más antiguos, seguidos por las primeras traducciones a otros idiomas, relacionan a *Cristo* como *Señor* [P. 344] con Jehovah de los Ejércitos (como creemos que Pedro y la iglesia primitiva lo habían

hecho), pero que mss. posteriores (que Casiodoro de Reina conocía en 1569) suavizaron la expresión para conformarla más a Isaías diciendo “Dios como Señor”. El concepto de Cristo como divino Señor no depende de un solo pasaje como éste, pero la evidencia textual aquí favorece ese énfasis. Es a él a quien debemos temer y obedecer, y no a los hombres, quienesquiera que éstos sean.

(Continúa de la página anterior)

- II. El cristiano confronta el sufrimiento con convicción (vv. 15–17).
 - 1. El cristiano debe estar siempre preparado (v. 15).
 - (1) *Santificad...a Cristo como Señor...* La connotación aquí es reconocer a Jesús como el Señor en su vida.
 - (2) *Y estad siempre listos para responder...*
 - a. Pedro no habla de defensa física, sino de defensa de la convicción en quienes ellos tienen como *kurios* (Señor).
 - b. La defensa de la fe (apología) no es excusa por creer en quien se cree. Al contrario, es compartir lo que se cree.
 - (3) *Con mansedumbre y reverencia...*
 - a. Mientras la persecución era sangrienta y agresiva, la defensa de la fe era hecha con humildad. Esta es una condición de la mente y el corazón. Es el producto del poder y autocontrol dado por el Señor.
 - b. La defensa de la fe debe ser inteligente y clara. Tal defensa se fundamenta en la esperanza pasada, presente y futura.
 - 2. El cristiano debe siempre tener una buena conducta (vv. 16, 17).
 - (1) Pedro ve la conducta cristiana como una acción continuada: *Tened buena conciencia...*
 - (2) Al momento de aparecer en juicio ante el tribunal romano la mejor defensa sería un antecedente limpio e intachable.
 - (3) Jesús afirmaba: “Vosotros sois la luz del mundo...Así alumbrad vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5:14a, 16).
 - (4) Pedro no habla del sufrimiento como la voluntad de Dios. Más bien, considera el sufrimiento como una posibilidad.
 - (5) Ahora bien, si en el poder permisivo de Dios el sufrir llega, que sea por hacer el bien y no por el mal.

(Continúa en la página siguiente)

Pero esa dedicación al Altísimo no nos separa del todo de nuestros semejantes. Debemos al Señor y a ellos el procurar estar *siempre listos* (v. 15) para explicar la *razón de nuestra esperanza*. El cristianismo no es anti-intelectual; debemos tratar de comprender y enseñar las bases de nuestra fe, aunque sepamos que la obra de Dios no se limita a la capacidad humana para comprenderla. Y si no podemos dar explicaciones razonadas, siempre podemos dar el testimonio de lo que somos a causa de él. El mundo antiguo quedaba atónito al ver cuántos cristianos estuvieron dispuestos a ir al martirio antes que renunciar a su fe, y fueron impactados más por la calidad moral de sus vidas. El mejor argumento es una vida consecuente. La [P. 345] explicación de *la razón* es ganar a un alma y no ganar un debate. Por eso conviene hacerlo *con mansedumbre y reverencia*; la *mansedumbre* mira en parte a los hombres, y la *reverencia* es mayormente hacia Dios. En todo no actuamos a título propio. Pedro había pagado caro esa lección: Habiendo afirmado con fiabilidad que él jamás

negaría a su Maestro, temió a los hombres en vez de al Señor. La palabra gr. que se ha traducido *reverencia* muchas veces se vierte como *temor* (v. 14).

Por la importancia de una conducta que dé respaldo a las explicaciones habladas, se especifica: *Tened buena conciencia* (v. 16), es decir, hacer lo bueno que ya sabe que debe hacer, pues así se verá que no es cierto aquello de malo que lenguas maliciosas hablan en vuestra contra, y quienes lo afirman quedarán en el ridículo. *Vivir en Cristo* tiene que ver con nuestra relación mística e íntima con él. *En Cristo* ocurre unas 80 veces en las epístolas y es una expresión favorita de Pablo. Cristo es el centro, y Cristo es la circunferencia de nuestra vida; él es el campo de operaciones de nuestras actividades. El pasaje aquí explica la clase de vida que es *buena*. Juan 1:4 dice: *En él estaba la vida*; y por fe, seguida por fidelidad, nosotros la compartimos.

(Continúa de la página anterior)

III. El cristiano confronta el sufrimiento con el ejemplo de Cristo (vv. 18–20).

1. Cristo, siendo justo, padeció injustamente (v. 18).

(1) Pedro anima sus oyentes a considerar la muerte de Cristo como un ejemplo de cómo reaccionar cuando llega el dolor.

(2) El padecimiento de Cristo tuvo un propósito eterno.

a. Jesús padeció por los pecados de la humanidad.

b. Su padecimiento fue, es y será único, sin sustitutos (ver 2:21–25; Isa. 53; 1 Cor. 15:3; Gál. 1:3, 4).

(3) La muerte de Cristo, además de ser vicaria, nos pone en contacto con Dios, el autor de la salvación.

(4) Pedro da evidencia de la muerte y resurrección de Jesús. Él fue testigo presencial de los dos eventos.

2. Cristo fue testimonio en vida como en muerte (vv. 19, 20).

(1) Estos dos versículos, juntamente con 4:6, son los más oscuros para interpretar. Hay más preguntas que respuestas de parte de los exégetas.

(2) Por lo menos, Pedro no hace una propuesta doctrinal en los dos versículos. Por lo tanto, la exploración del texto es amplia y dinámica en su interpretación:

a. Jesús visitó el Seol/Hades en el intermedio entre su muerte y resurrección.

b. Jesús hizo esto para proclamar su victoria sobre la muerte.

c. Jesús confirmaba de esta manera, a aquellos que no creyeron en él, su condenación.

d. Jesús ofrecía una segunda oportunidad a los que no habían aceptado su salvación.

e. Un pasaje apócrifo, sólo encontrado en Enoc 6:4, referido aquí por error textual.

Porque (v. 17) afirma y concluye lo dicho acerca del sufrimiento por la causa de Cristo. Para expresar en castellano un juego de palabras que hay en gr., tendríamos que crear un verbo: *Si la voluntad [P. 346] de Dios lo “voluntariara”* (o más exacto aun, en un tiempo ya anticuado, “voluntariare” para mostrar algo de duda), a fin de indicar que nada ocurre sin que el Señor tenga algo que ver. *...él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo* (Sal. 103:14). Luego, sea lo que él estime mejor o sea lo que él permita, es mejor el padecimiento al estar *haciendo el bien* y no *haciendo el mal* (ver 2:20).

3. El ejemplo del padecimiento de Cristo, 3:18–22

El mejor ejemplo de ser fiel aun en el padecimiento es el Señor Jesucristo. En esta sección Pedro nos presenta una de las verdades más claras y más preciosas de las Escrituras, aunque se ofrecen problemas técnicos, y también algunos de los conceptos más difíciles de interpretar.

Los mss. existentes tienen una variedad de expresiones en el v. 18. La más notable gira alrededor de lo que hemos traducido *padeció*. Otros mss. antiguos dicen *murió*. En gr. hay cierta similitud entre las dos palabras. Cualquiera de los dos conceptos expresa una gran verdad central de nuestra fe. *Cristo* sufrió (murió) *por los pecados*, o “referente a los pecados”, una expresión común para el sacrificio por el pecado descrito en la ley levítica (Lev. 5:7; 6:30; Sal. 40:6) en que eran ofrecidos animales o aves. Sin embargo, la ofrenda de sí mismo de parte de Cristo era de tal índole infinita que bastó que se hiciese “una vez para siempre” (Heb. 7:27; 9:11–14). “El justo lo hizo a favor de los injustos: ...por sus heridas fuimos nosotros sanados” (Isa. 53:5). El pecado a menudo separa al hombre de otros hombres y siempre lo separa de Dios, pero el sufrimiento vicario de Jesucristo es el medio *para llevarnos a Dios*. “En él tenemos libertad y acceso a Dios con confianza, por medio de la fe en él” (Ef. 3:12).

Presentar defensa de nuestra fe

3:13–20

En mi labor como capellán, consejero y predicador he podido observar diferentes grupos y personas dando testimonio del Señor. Algunos, consciente o inconscientemente, terminan defendiendo más su religión, iglesia o denominación, antes que sembrando la palabra con amor, respeto y reverencia. Otros lo hacen con tanto exclusivismo, dogmatismo y arrogancia que terminan espantando a quienes muestran interés por el Señor. El cristiano debe ser amable, respetuoso y aun reverente en la presentación de su convicción y de los que creen diferente a él. La recomendación del Apóstol aún es latente hoy.

Al venir a la tierra nuestro Señor tomó la naturaleza humana, la que murió en la cruz. Antes que ocurriera aquello, gritó: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Luc. 23:46). La *carne* de él, y también la nuestra, muere; pero el *espíritu* se vivifica; vive y hace vivir, cuando está en él (ver Mat. 26:41; Stg. 2:26).

Ese pasaje es un maravilloso resumen de la obra de Cristo en la cruz, pero ¿qué significado tiene el *también* (v. 18) que está en la primera parte de la oración? Nosotros, por mucho que suframos, no podemos ofrecer redención a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Pero el estar dispuesto a ser fiel, aun en el padecimiento, ha sido un factor poderoso para conducir a muchas almas a los pies de aquel cuya sangre derramada es eficaz para salvar.

Los vv. 19–21 ofrecen sus dificultades en la interpretación, como veremos. No obstante, algunas cosas maravillosas son muy claras: *La paciencia de Dios* (v. 20) es una [P. 347] realidad aun para los desobedientes más obstinados; el padecimiento de Cristo resultó en su dominio universal, *en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra* (Fil. 2:10); él murió y resucitó para salvar; el bautismo es una *figura (antítupos* ⁴⁹⁹, antitipo, v. 21) o sello de la obra realizada y una *apelación*, o interrogación, *de una buena conciencia hacia Dios*. En otras palabras, después de haber recibido por fe a Jesucristo como Señor y Salvador, se nos pregunta si comprendemos lo que estamos haciendo y si aceptamos en forma abierta y pública los privilegios y las responsabilidades de ser discípulos de él; y con el bautismo decimos que sí. Pero no es una decisión fácil. ¿Qué mujer da a luz riéndose, o qué bebé nace con una sonrisa? Un nacer, o un nacer de nuevo, implica transición, desprendiéndose de lo anterior para mirar hacia un futuro, aparte de la fe, incierto: *Habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia* (2:24).

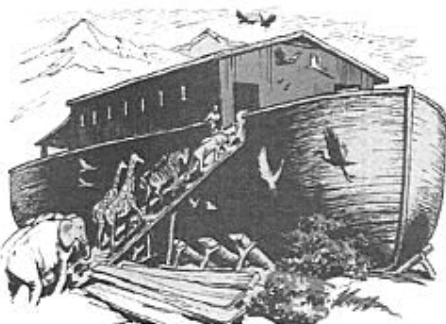
Las dificultades principales en los vv. 19 y 20 giran alrededor de cuándo se *predicó a los espíritus*, cuál era su naturaleza, quién la hizo y a quiénes, y por qué.

Tocante al cuándo, algunos han opinado que fue hecho en el tiempo en que Noé hacía el arca; otros, que fue entre la muerte de nuestro Señor y su resurrección, o después, tal vez durante su ascensión.

¿Quién la hizo? ¿Fue Noé como portavoz de Cristo, durante los largos años de su labor? ¿O fue el eterno Cristo, siglos antes de Belén, a la generación de Noé, sea antes que ella se ahogase en el diluvio o después en el mundo de los muertos? Ha habido quienes opinan que fue Enoc, antepasado de Noé, si bien no hay ningún ms. que contenga su nombre.

Al considerar a quién iba el mensajero, el texto dice *a los espíritus encarcelados* (v. 19), aparentemente aquellos *que fueron desobedientes...en los días de Noé* (v. 20). En otras partes la Biblia habla de espíritus inmundos y de espíritus servidores (ángeles). ¿Sería a los ángeles del diablo? ¿Pero no está preparado para ellos el fuego eterno (Mat. 25:41)? ¿No serían más bien aquellas generaciones pervertidas de antes del diluvio? ¿Se habría escogido ir a ellos por ser los peores de todos los tiempos a fin de que comprendiesen (o se escapen de) la justicia de Dios?

El concepto de la naturaleza del mensaje depende mayormente de la respuesta que demos a las otras preguntas. La palabra traducida *predicó* (*kerúisso*²⁷⁸⁴, v. 19) es un término general para proclamar, sea algo favorable o desfavorable. En cambio, la palabra usada en 4:6 (*euaggelizo*²⁰⁹⁷) dice que es una buena nueva. Si lo proclamado fue durante la vida terrenal de la gente, tuvo pocos resultados, salvo por la familia inmediata de Noé. Si les llegó después de su muerte, ha habido dos interpretaciones: una, que se limitaba a explicar y confirmar la condena eterna ya en ejecución. Otros intérpretes objetan eso, preguntando de qué serviría eso. Opinan más bien, apoyándose en 4:6 donde se [P. 348] habla de haber *anunciado el evangelio aun a los muertos*, que Dios habría dado una posibilidad de salvación a aquellos que en la tierra nunca tuvieron la oportunidad de saber de la redención en Jesucristo.



El arca de Noé (3:20)

Luego viene el asunto de por qué el Apóstol aplicaría de esta manera su enseñanza sobre Cristo como nuestro ejemplo en el sufrimiento. Nos da la impresión de que no procura asentar una doctrina sobre la vida de ultratumba en forma tan escueta. Debe basarse en algo en que sus primeros lectores tenían cierta noción de lo que trataba. Eso nos haría buscar interpretaciones más bien sencillas.

Entonces, ¿a qué conclusión podemos llegar? La idea de una nueva oportunidad después de esta vida presente es algo muy ajeno a las enseñanzas generales de las Escrituras. Sólo 3:19, 20 y 4:6 de esta epístola posiblemente podrían interpretarse así. Tales pasajes como: *...está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después el juicio* (Heb. 9:27) y *un gran abismo existe entre nosotros y vosotros* (Luc. 16:26) son más característicos. Es sabio interpretar pasajes difíciles a la luz del tenor general de la Biblia y no alentar, por una dudosa interpretación, una esperanza de poder arrepentirse después en ultratumba: *Sí oís hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones* (Sal. 95:7, 8; ver Heb. 3:7, 8, 15; 4:7).

Por lo tanto, parece que estamos entre escoger que Cristo, después de su muerte, fue a proclamar juicio (y no perdón) y victoria sobre las fuerzas del mal; o que, por medio de Noé, daba la oportunidad mientras se aguardaba el diluvio. En cuanto a lo primero, ¿qué propósito serviría? ¿Y por qué señalar específicamente la generación de Noé? De todos modos, estaban condenados y no podrían haberlo ignorado.

La otra explicación parece ofrecer menos problemas, pese a la secuencia de los detalles, mencionando la predicación después de la muerte y vivificación. En 2 Pedro 2:5 se habla de *Noé, heraldo de justicia*, y de su fidelidad a través de largos años al ir construyendo el arca, lo cual de por sí sería una llamada a huir de la ira venidera. Y el papel en la historia del Cristo antes de su encarnación se ve en tales pasajes como Hebreos 11:26 al señalar que Moisés “consideró el oprobio por Cristo como riquezas superiores”. Además, ya en 1:11 Pedro había dicho que los profetas “escudriñaban para ver qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, quién predijo las aflicciones que habían de venir a Cristo y las glorias después de ellas”. Y sobre todo, Jesucristo diría: “...yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:20); y Pablo: “...ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gál. 2:20) y “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Nuestro Señor se identifica con sus siervos (Mat. 25:40; Hech. 9:4), y lo ha hecho desde la creación.

Asumiendo, entonces, que esta es la interpretación preferible, vemos que en tiempos pasados el ser fiel a Dios tampoco aseguraba que la vida fuese sin contratiempos, pero sí que el rescate es una realidad para quienes han creído de veras.

Y esto nos lleva al tema del bautismo (vv. 20b–22), que simboliza el sufrimiento extremo y la victoria que lo sigue. En contraste con los *desobedientes* (v. 20), *ocho* personas eran obedientes y por medio del arca *fueron salvadas a través del agua*. El agua representaba el peligro y también era lo que levantaba el arca por encima del peligro.

El bautismo es una ceremonia cristiana que retrata una verdad central de la fe, el comienzo de una vida en relación íntima con nuestro divino Redentor. En este pasaje [P. 349] sirve al Apóstol inspirado para un doble propósito: explicar, aunque brevemente, el significado serio y hasta doloroso de lo que el bautismo simboliza (¡si el bautismo terminase con el ser sumergido en agua, sería de veras muy triste!); y a la vez ilustrar con el rito que la salvación lograda por Jesucristo y apropiada por nosotros incluye el padecimiento pero no termina allí (¡también se levanta del agua!). Lo primero que representa es la muerte y el entierro resultante; Cristo fue al Calvario, algo difícilísimo. Lo que nosotros tenemos que enfrentar es infinitamente menos, pero es genuino: Algunos encaran persecución y hasta la muerte, y todos hemos de decir “no” al yo al decir “sí” al Señor; y eso no es fácil, por mucho que convenga.

El *bautismo* entonces es una *figura* (*antitipos*⁴⁹⁹, antitipo, v. 21). Esta palabra se usa en el NT para representar la imagen que deja un sello al ser golpeado contra la cera u otra sustancia. En Hebreos 9:24 se nos dice que el santuario terrenal es *antitipos* del celestial, y así muchas cosas del AT son tomadas como “tipos” de realidades neotestamentarias.

El bautismo *os salva* (recordando que se trata de una figura). Significa (representa) la salvación, tal como: “Vo vosotros sois la sal de la tierra” (Mat. 5:13); “esto es mi cuerpo” (Mat. 26:26); o “yo soy la puerta” (Juan 10:7). La figura del agua (y hasta la de la sangre) como medio de limpieza espiritual es común en la Biblia (Lev. 4:7; 8:6, 23, 24; Núm. 8:7; Sal. 51:7; Eze. 36:25; Zac. 13:1; 1 Cor. 6:11; Ef. 5:26; Heb. 9:13, 14). ¿Pero podían estos líquidos realmente purificar de por sí? ¿O no sería que eran tipos mirando el tiempo en que “la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7) y “Cristo fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos” (Heb. 9:28)?

Luego, para confirmar que no propone alguna doctrina de regeneración bautismal, agrega: *no por quitar las impurezas de la carne, sino como apelación de una buena conciencia hacia Dios* (v. 21).

La voz *eperótoma*¹⁹⁰⁶, que se ha traducido *apelación* (v. 21), aparece sólo aquí en el NT. Posteriormente ha sido usada para expresar una indagación judicial. En nuestra epístola parece decir que, al recibir el bautismo, el creyente está afirmando aceptar con *una buena conciencia* los privilegios y las responsabilidades del convenio con su Señor. A la vez, mira *hacia Dios* en la confianza de que, por los méritos de Cristo, ha sido aceptado por el Todopoderoso. Una buena conciencia es aquella a la cual ha sido aplicada la sangre de Jesucristo: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom. 6:8).

Joya bíblica

Ahora él, habiendo ascendido al cielo, está a la diestra de Dios; y los ángeles, las autoridades y los poderes están sujetos a él (3:22).

Tras el padecimiento viene el enaltecimiento. Pedro recuerda haber visto a su Señor ir al cielo (Hech. 1:9–11), donde *está a la diestra de Dios* (v. 22). El estar al lado derecho del anfitrión es el lugar de honor, y en este caso quiere decir que Cristo el Hijo reina junto con su Padre. Y al final, todo cuanto hay, a la buena o a la mala, responderá a él, como lo expresa Pablo: “para que... toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor” (Fil. 2:11). *Los ángeles, las autoridades y los poderes* (sean espirituales o terrenales) *están sujetos a él*. Por ello los primeros lectores creyentes, pocos en número, despreciados y perseguidos, a veces hasta el martirio, podían tomar aliento y vivir en esperanza; y nosotros también. Pues [P. 350] *nada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rom. 8:39).

V. LA VIDA SEGUN LA VOLUNTAD DE DIOS, 4:1-11

1. Dejar la antigua vida pecaminosa, 4:1–6

Para hacer la voluntad divina en respuesta a la esperanza viva que tenemos, nos encontramos con la necesidad de dejar la antigua vida pecaminosa. Aun para nuestro Señor no siempre fue fácil hacer lo mejor pero, a pesar del padecimiento, ¡lo hizo!

Puesto que (v. 1) conecta lo que va a decir con lo que acaba de tratar acerca de la fidelidad de Cristo en el sufrimiento. A la vez, se podría traducir: “Habiendo Cristo sufrido en la carne, por lo tanto vosotros también os arméis...” *En la carne* puede querer decir “como ser humano”, aunque probablemente se refiera más específicamente a la cruz. Luego, si sois de veras seguidores de él, *armaos* (un término militar, pues la vida es una batalla, como Pablo nos recuerda en Rom. 13:12) también vosotros con la misma actitud: “El siervo no es mayor que su señor” (Juan 13:16). En teoría esa idea no es difícil de comprender, si bien en la práctica no es tan fácil.

Sin embargo, la próxima declaración ofrece sus problemas: *Porque el que ha padecido en la carne ha roto con el pecado* (v. 1). Esto es una ilustración del peligro que se ofrece cuando se trata de interpretar una frase bíblica sin tomar en cuenta el contexto y las enseñanzas generales de las Escrituras. A primera vista, se podría pensar que ella ofrece respaldo a la idea errónea de que el sufrimiento purifica y otorga méritos hacia la salvación del que sufre. Hay tal concepto en algunos libros apócrifos, [P. 351] pero es muy ajeno a lo presentado en los libros canónicos de la Biblia, donde encontramos “sólo la gracia” como base de la salvación, como se ve en Efesios 2:8, 9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe”. Aquí lo que parece decir es que el estar dispuesto a padecer por la causa de Cristo demuestra que la persona ya no está movida por el estímulo y la seducción del pecado. En otras palabras, el padecimiento es el resultado del rompimiento, o la cesación, y no la causa. Aunque es cierto que el resistir con éxito una prueba le hace a uno más fuerte para la próxima. En todo caso hay una relación íntima entre el sufrimiento por disciplina y el triunfo con la ayuda de Dios (Sal. 94:12; Heb. 12:5, 6).

Semillero homilético

Ninguno tenga en poco su salvación

4:1–6

Introducción: Al considerar el tema del sufrimiento con los capellanes en el Hospital Bautista en Asunción, Paraguay, llegamos a la conclusión de que esto es un misterio. Dios escogió la cruz como el método mediante el cual su Hijo salvaría al hombre de su pecado. La cruz, decía Pablo, es locura a los que se pierden. Sin embargo, a los que se salvan, es poder de Dios. Pedro anima a los hermanos en esta carta a no tener en poco su salvación.

- I. Ninguno tenga en poco su salvación: Cristo ya pagó el precio (vv. 1, 2).
 1. Cristo pagó por el pecado pasado, presente y futuro (v. 1).
 - (1) El sacrificio de Cristo fue real: *en la carne...*
 - (2) El cristiano debe estar comprometido con esta realidad: *armaos...con la misma actitud.*
 - (3) El padecimiento de Cristo *ha roto con el pecado.*
 2. El precio por el pecado es para que vivamos en la voluntad de Dios (v. 2).
 - (1) Jesús terminó con el dominio del pecado sobre el cristiano.
 - (2) Al comprometer nuestra vida con Cristo afirmamos que no viviremos más en nuestra carnalidad.
 - (3) La vida física (*bios*) que Dios nos da, después de haberle conocido, es para vivir haciendo sólo su voluntad.

(Continúa en la página siguiente)

En el v. 2 se confirma que lo dicho en el v. 1 no involucra algún mérito que se acumule por haber sufrido, pues explica que el propósito es *para vivir...en la voluntad de Dios*. La idea puede ser “armaos...para vivir” o “ha roto...para vivir”, si bien resulta aproximadamente igual; representa una dedicación personal a

que “sea hecha tu voluntad” (Mat. 6:10). Puede que la vida anterior haya sido piadosa o, más probable entre los nuevos creyentes gentiles (v. 3), mundana; pero ahora —¡bendita nueva oportunidad mientras haya vida!— *el tiempo que le queda en la carne*, sea largo o corto, no está dedicado a *las pasiones de los hombres*. La palabra gr. traducida aquí como *pasiones* (igual en 1:14 y 2:11, y en 4:3 como *bajas pasiones*) no siempre se refiere a algo malo en sí (ver la misma palabra como *deseo* en Fil. 1:23 y 1 Tes. 2:17); pero en general implica algo negativo. Y hasta un bueno deseo humano llega a ser malo si sirve de impedimento para algo mejor.

(Continúa de la página anterior)

II. Ninguno tenga en poco su salvación: En Cristo hay vida nueva (vv. 3–6).

1. *Porque ya es suficiente...* (v. 3a).

(1) La vida en el pasado, sin Cristo, había quedado atrás.

(2) El pasado no determinaba quiénes eran ellos en el presente.

(3) El *ya es suficiente* era la determinación a abandonar el pasado.

2. *Habiendo andado...* (v. 3b).

(1) Pedro menciona seis pecados específicos que abandonar:

a. *Sensualidad*: una moralidad permisiva sin control.

b. *Bajas pasiones*: deseo sexual impuro, sin control.

c. *Borracheras*: uso excesivo de vino.

d. *Orgías*: inmoralidad excesiva, fuera de límites. Tiene la connotación de cualquier actividad carnal.

e. *Banqueteos*: consecuencias producto de las embriagueces.

f. *Abominables idolatrías*: toda aquella creencia opuesta a la fe cristiana.

(2) El cristiano tiene vida nueva y hace lo que agrada a Dios.

(Continúa en la página siguiente)

En el v. 3 se elabora más la naturaleza de las actitudes y acciones que eran características del mundo pagano y que demasiadas veces practicaban muchos judíos, a pesar de su mayor conocimiento de las cosas de Dios (Rom. 2:21–24); pues conocer la verdad no es igual que practicarla. En seguida menciona seis ejemplos de *los deseos [P. 352] de los gentiles*, cosas que los creyentes habían *hecho en el tiempo pasado*: (1) *sensualidad*, desvergüenza o lascivia; (2) *bajas pasiones*; (3) *borracheras*; (4) *orgías* o prolongados tiempos de comer y beber en exceso, comúnmente con sus secuelas; (5) *banqueteos*, en que el beber alcohol es parte central; y (6) *abominables* (traducida *inmundo* en Hech. 10:28) *idolatrías*. Los primeros tres ejemplos señalan prácticas individuales, y los últimos tres se hacen en grupo, en los días de Pedro comúnmente en relación con los cultos paganos.

La solución para el enfermo del SIÚ

4:1–6

Carlos Pereira es un paciente con SIÚ. Aceptó al Señor hace tres años. Él me decía: “Pastor, desde el día en que escuché la Palabra del Señor mi vida no fue igual. La Palabra de Dios iluminó mi oscuridad y ahora, el tiempo que me resta por vivir lo dedico a él”.

Carlos es un coordinador del programa contra el SIÚ en el Paraguay. Cada vez que visita escuelas, universidades, batallones militares o iglesias, comparte cómo vive para servir al Señor.

A los que aún andan en prácticas mundanas *les parece* extraño (v. 4) que, al aceptar a Cristo como Señor y Salvador, el nuevo creyente ya no se entrega al *mismo desenfreno de disolución*. A veces le tienen lástima por hacer “tanto sacrificio inútil”, y a veces le *ultrajan*, pues lo desprecian creyendo que desea acabar con todo placer. Era, y es, cierto que hay ocasiones en que el cristiano se priva de placeres y actividades inocentes a causa del ambiente malsano en que suelen realizarse. Por ejemplo, los gremios acostumbraban reunirse, con abundante vino y otros entretenimientos, en el templo de algún dios pagano. Gráficamente, Pedro indica que para los mundanos no bastaba haber *andado en sensualidad* (v. 3), sino que tenían que “correr juntos” (v. 4) en abandono [P. 353] moral. *Ultrajan* (*blasfeméo*⁹⁸⁷) puede referirse a insultos dirigidos hacia los creyentes, como se ha traducido, o puede ser blasfemia hacia el Señor por pintar como malo lo que Dios enseña como bueno.

(Continúa de la página anterior)

III. Ninguno tenga en poco su salvación: Todos darán cuenta a Dios (vv. 4–6).

1. La nueva vida del cristiano es visible al mundo (v. 4).

- (1) Los gentiles podían ver el cambio en los cristianos.
- (2) Ellos estaban sorprendidos, extrañados, de la no participación en antiguas prácticas pecaminosas.
- (3) Hay ocasiones en que la nueva vida en Cristo trae consigo la indiferencia o persecución de aquellos con los cuales no compartimos su estilo de vida.

2. Toda persona comparecerá ante el juicio de Dios (v. 5).

- (1) En este contexto, los gentiles darían cuenta a Dios de su estilo de vida. Para nosotros hoy, aun esta palabra tiene cumplimiento (ver 1:13, 17; Heb. 9:27).
- (2) El juicio de Dios será para toda persona: viva y muerta (ver Hech. 17:31; Rom. 2:12; 2 Tim. 4:1; Heb. 10:30; Apoc. 11:18).

3. La predicación del evangelio es vida eterna (v. 6).

- (1) Como anotábamos anteriormente, este es uno de esos pasajes de interpretación dinámica junto con 3:19, 20.
- (2) ¿Estará Pedro considerando “muertos” a aquellos que no han tenido una experiencia personal de salvación en Cristo? (ver Ef. 2:1; Col. 2:13).
- (3) Lo cierto es que cuando la luz de la Palabra ilumina mi oscuridad allí comienzo a vivir *en espíritu según Dios* (v. 6b).

No obstante, advierte el Apóstol en el v. 5, *ellos darán cuenta*. Y no será ante quienes estiman lo bueno como malo o que creen que hacer bien o mal resulta igual, sino ante *quien ha de juzgar a los vivos y a los muertos*, al cual identifica en 1:17 como el Padre y a quien alude en 2:23. *Ha de juzgar* también puede traducirse (como en RVR-1960) como “está preparado para juzgar”. El juicio alcanzará, en el tiempo y sobre todo cuando venga Cristo otra vez, a todos, tanto a los que estén vivos como a los que hayan muerto.

Luego, en el v. 6 explica que es por esto, debido a la terrible perspectiva de “caer en las manos del Dios vivo” (Heb. 10:31), que *ha sido anunciado el evangelio*. Aunque también, junto con *para que sean juzgados*, un motivo es que *vivan en espíritu según Dios*. Hay un lado negativo y uno positivo: “...no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Cómo se interprete el pasaje en 3:18–20 puede afectar la interpretación aquí. Ya que allí optamos por la idea de que Noé predicó a la gente de su tiempo, así creemos que *aun a los muertos* se refiere a un tiempo en que todavía vivían en el mundo. Puede que sean los muertos en general, y la mención de “vivos y muertos” en el v. 5 apoya este concepto. Es posible que Pedro esté respondiendo a una inquietud de sus lectores que, al igual que los hermanos en Tesalónica (1 Tes. 4:13), se preocupaban por sus hermanos que ya habían fallecido sin presenciar el anhelado retorno de su Señor. Sea como fuera, el autor

inspirado explica que la muerte es patrimonio de los seres humanos. Todos serán *juzgados en la carne como...hombres* (el “los” no está en el gr.), pero el propósito de Dios es que nadie se pierda sino que *vivan en espíritu según Dios*. Hay un contraste marcado entre *juzgados — en carne — como hombres* y *vivan — en espíritu — según Dios*. También es interesante observar que *vivir* (*bióo*⁹⁸⁰) en el v. 2 y *vivan* (*zao*^{2 198}) aquí son dos verbos distintos. En el primer caso es la vida común y corriente, pero aquí es una vida más amplia que es un don de Dios. Captamos un mínimo de la distinción al comparar “biología” con “zoología”.

La vida es demasiado corta

4:1–6

T. B. Maston, distinguido profesor de ética cristiana en el Seminario del Sudoeste en Fort Worth, Texas, ya fallecido, decía en cierta ocasión: “La vida es demasiado corta y sólo vale la pena vivirla haciendo la voluntad de Dios”. Pedro anima a los creyentes, y a nosotros también, a dedicar el resto de la vida que nos quede haciendo la voluntad de Dios.

2. Cumplir nuestra mayordomía, 4:7–11

La vida según la voluntad de Dios también involucra el cumplir nuestra mayordomía. Además de una profunda gratitud que debemos sentir hacia nuestro Señor por lo que él ha hecho por nosotros, sobre todo en la cruz, en estos versículos se enseña que debemos administrar bien lo que nos ha sido dado, en vista de la segunda venida, según nuestros dones y para la gloria de Dios. Y se manifestará en nuestra relación con otros.

La sección empieza con una promesa para los fieles y una advertencia para los [P. 354] infieles: *El fin de todas las cosas se ha acercado* (v. 7). La referencia urgente es al retorno de Cristo a la tierra, tratado también en 1:5, 7; 4:13, 17; 5:1, 10 y en muchos otros escritos bíblicos. No intenta fijar fecha, pero indica su cercanía, al igual que en Santiago 5:8. Entonces (*oun*, que se ha traducido *pues*) el reconocimiento de su inminencia debe estimularnos a una manera ética de vivir. La palabra traducida *prudentes* habla de mantener a salvo la mente, o el juicio; es decir, poder ver las cosas en perspectiva, lo cual, desde luego, toma en cuenta la eternidad. El ser *sobrios* da énfasis a una idea análoga, el dominio propio, especialmente la moderación en comer y beber. *En la oración* (lit. *las oraciones*), sea pública o privada, implica, si ha de ser eficaz, que debemos ponerle todas nuestras facultades e intentar justipreciar los verdaderos valores al hacer las peticiones y acciones de gracias. Para orar bien necesitamos usar buen juicio.

Además, en el v. 8 Pedro se atreve a decir *sobre todo*, o antes de todo, al referirse a *un ferviente amor* hacia los hermanos. El creer que Cristo viene pronto no debe conducirnos a separarnos de la comunidad sino a ponernos al servicio de ella. Tal como en 1:22 y 2:17, el Apóstol hace eco de lo que el Señor había dicho repetidamente. El amor puede tener sentimiento (Pedro dice que sea *ferviente*), pero básicamente es una actitud, la disposición a servir al ser amado, tal como *amó Dios al mundo que dio a su Hijo...* (Juan 3:16). En este caso se recuerda a los lectores, parafraseando Proverbios 10:12 como lo hace Santiago 5:20, *porque el amor cubre una multitud de pecados*. Este dicho ha tenido diversas interpretaciones: que Dios perdona a quien demuestra amor, que el que ama estará dispuesto a pasar por alto las faltas del ser amado, o que una persona suele procurar no traicionar a quien le ama. La tercera opción es menos probable, pues lamentablemente muchos no devuelven el amor sino que lo aprovechan para sus propios intereses míopes. Las primeras dos opciones son válidas. El amor no condona el pecado, ya que el pecado daña al pecador; pero tampoco divulga el pecado. Al contrario, con cariño ora a Dios por él y discretamente aconseja, si viene al caso, en bien de su rectificación.

Otra fase de nuestra mayordomía (v. 9) involucra el recibir a los consiervos de Cristo en nuestros hogares. La instrucción de *hospedaos* era muy importante en los primeros tiempos cristianos, porque los albergues eran pocos y no muy buenos, y la mayor parte de los que viajaban de un lugar a otro en la obra de Cristo eran pobres. Sin duda Pedro, en sus frecuentes viajes, veía la necesidad no sólo de la hospitalidad sino de que se practicara *sin murmuraciones*. No basta hacer el bien; hay que hacerlo con una buena actitud, pues *algunos hospedaron ángeles sin saberlo* (Heb. 13:1). El principio está vigente hoy.

El tema conduce al tratamiento de los dones. *Cada uno* de los hijos de Dios *ha recibido* de él por lo menos un *don*. En gr. es *carisma*⁵⁴⁸⁶ (de donde viene el término “carismático”), que es *caris*⁵⁴⁸⁵, significando “gracia” o “favor no merecido”, más la terminación *-ma* que indica “resultado”. Así un don es algo que es el resultado de la gracia de Dios. Por eso el Apóstol indica que, habiéndolo recibido gratis, se *ponga al servicio de*

los demás. La *gracia* (*caris*⁵⁴⁸⁵), que es *multiforme*, ha sido otorgada por Dios a fin de que seamos *buenos administradores* de ella. No somos dueños, sino mayordomos de lo que se nos ha encomendado. Ni debemos menospreciarlo o usarlo egoístamente para nosotros mismos. No todos han recibido el mismo don. Pedro menciona dos (o tres si se cuenta la hospitalidad como uno), y Pablo (en Rom. 12:6–8; 1 Cor. 7:1–7; 12:8–10; [P. 355] 12:28–13:8 y Ef. 4:11) presenta varios. Parece que ni uno ni el otro trata de nombrar todos los dones del Espíritu, pero los dos insisten en que son para que *Dios sea glorificado* y que el cuerpo espiritual de Cristo cumpla su propósito.

Pedro dice: *Si alguien habla* (v. 11). Señala específicamente el don de la palabra, la capacidad de hablar bien, de mover a la gente con sus razones o con su oratoria. Es un don que debe usarse con responsabilidad, sea que se utilice desde el púlpito o en el trato público o privado. Al predicar no debe ser con mera sabiduría humana, sino *conforme a las palabras de Dios*. Y por cierto, toda nuestra conversación debe medirse con las palabras de Dios. Algunos han recibido más y deben rendir más. Si alguien *presta servicio* (*diaconéo*¹²⁴⁷, igual que en el v. 10), que sea *conforme al poder que Dios le da*, el cual es mayor que el nuestro propio. Como dice un himno: [P. 356] “Cristo me ayuda por él a vivir.”

Semillero homilético

Creando, sirviendo y viviendo como hijos de Dios

4:7–19

Introducción: Años atrás, mientras pastoreaba en el occidente del estado de Texas, en Estados Unidos, tuvimos la oportunidad de tener con nosotros al hermano José Borrás, ex sacerdote español. Al final de uno de los cultos, un hombre se le acercó y le dijo: “Deme una razón del porqué usted predica el evangelio”. El hermano Borrás le contestó: “Porque Cristo le ama a usted y viene otra vez”.

Pedro veía que el fin estaba cerca y animaba a los hermanos a permanecer fieles.

- I. Vivir no por lo temporal, mas por lo eterno (vv. 7, 8).
 1. Todo en la vida fenece (v. 7).
 - (1) Pedro usa la expresión *telos* (fin), indicando el límite a lo propuesto y alcanzado.
 - (2) En esta vida todo es relativo, pasajero, se agota, tiene su momento de terminar. Pero la venida del Señor es real.
 2. *Sobre todo...* (v. 8).
 - (1) El amor *agape* entre los cristianos debe ser incondicional.
 - (2) Tal amor está acompañado de una característica: ferviente. Es decir, lo más cercano posible, con intensidad.
 - (3) El amor incondicional de Dios debe ser, y es, la característica visible entre los hijos de Dios y para con el mundo.
- II. Servir a los demás de palabra y de hecho (vv. 9–11).
 1. *Hospedaos...* (v. 9).
 - (1) Pedro ve cerca la venida del Señor, mas esto no le detiene a continuar con la labor misionera.
 - (2) La hospitalidad debería ser hecha como un compromiso de amor y responsabilidad en la extensión del reino de Dios.
 2. Servir debe ser la prioridad de todo creyente (vv. 10, 11).
 - (1) Cada creyente ha recibido un don (*carismata*) para ser puesto a disposición de los demás.

- (2) Pedro descarta la posibilidad de ministrarse a sí mismo y glorificar a Dios de esta manera.
- (3) Todo lo que se es y se hace debe ser tan sólo para glorificar a Jesucristo.

(Continúa en la página siguiente)

Un propósito de todo eso lo expresa Pedro con una doxología (como lo hace en 5:11 y en 2 Ped. 3:18, y Pablo en varias epístolas): *para que en todas las cosas Dios sea glorificado por medio de Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el dominio* (v. 11). ¿Cómo puede el Todopoderoso, de quien son la tierra y las nebulosas más lejanas, ser glorificado por seres pequeños como nosotros? Porque nos creó a su imagen y mandó a su Hijo para estar de nuestra parte. Bien pudo orar nuestro Señor, la noche antes de ir al Calvario: “Yo te he glorificado en la tierra, habiendo acabado la obra que me has dado que hiciera” (Juan 17:4). Cristo es el supremo Profeta por quien nos viene el mensaje divino, y el supremo Sacerdote por quien suben nuestras alabanzas y súplicas al Altísimo. Al decir *a quien pertenecen*, ¿se refiere a Dios, como es común en otras doxologías, o a Cristo, como es más natural por la ubicación gramatical aquí? Probablemente Pedro no tendría problema con ninguna de estas interpretaciones. El *amén* del heb. (“verdad”) pasó al gr. y al castellano y a otros idiomas; en la liturgia significa “así es” o “así sea”.

¡Qué privilegio el nuestro que el Dueño del universo nos confiera la tarea de ser sus mayordomos! Así es su voluntad. Y eso no es sólo una esperanza; es realidad.

(Continúa de la página anterior)

III. Vivir y pagar el precio dignamente, por causa de Cristo (vv. 12–19).

1. Las pruebas son parte de la vida cristiana (vv. 12–14).

(1) Las pruebas son inevitables, vienen en cualquier momento. Hay que estar siempre preparados para la ocasión.

(2) La oposición no es ajena al cristiano, ni comparable con la gloria venidera. El verdadero cristiano no se goza de la persecución, pero sí se goza en su fidelidad al Señor.

(3) Pedro muestra en sus palabras un mensaje de esperanza. Por eso es conocido como el apóstol de la esperanza (ver 1:3, 7, 11; 5:1, 4, 10).

2. Las pruebas deben ser por nuestro testimonio, no por causa del pecado (vv. 15, 16).

(1) Algunas personas llegan a sufrir por causa del pecado, mas este sufrir no exalta a Dios. Pedro exhorta a establecer la diferencia al sufrir por el Señor.

(2) El testimonio cristiano debía reflejarse también en los actos del diario vivir: no matar, no robar, no hacer mal, no meterse en la vida de los demás.

(3) De nuevo Pedro anima a no dejar que nada les impida a hacer lo que deben hacer. Por el contrario, en cada adversidad glorificar el nombre de Dios.

3. Las pruebas nos llevan a depositar toda la vida en las manos de Dios (vv. 17–19).

(1) El juicio del Señor será evidente en cualquier momento. Por eso es necesario que el creyente esté preparado.

(2) Si el cristiano pasa por tantas vicisitudes y aun así es juzgado por el Señor, cuánto más aquellos que no creyeron.

(3) Pedro anima a hacer el bien continuamente y encomen-

dar (*paratithesthai*) su todo al Señor.

VI. GLORIFICAR A DIOS POR SUFRIR POR LA CAUSA DE CRISTO, 4:12-19

Entre las muchas cosas que una lectura de Hechos y las epístolas del NT nos enseñan está el hecho de que el ser hijo de Dios no nos libra del sufrimiento y de las persecuciones. Pablo, desde la cárcel [P. 357] escribe del privilegio de sufrir por la causa de su Señor (Fil. 1:29), e incluso del gozo de poder completar *en mi propia carne lo que falta de las tribulaciones de Cristo a favor de...la iglesia* (Col. 1:24). Pedro vuelve repetidamente al tema y en esta sección llama a glorificar a Dios mediante el sufrimiento.

Servicio al Señor

4:7-19

Es común escuchar comentarios acerca del servicio que ciertos hermanos ofrecen al Señor. Por un lado, aquellos que dan testimonio de cuán bendecidos son por los dones de otros. Hay también quienes tan sólo se sirven y ministran a sí mismos. Es decir, su deseo es alimentar su propio ego. Pedro nos invita en nuestro día a considerar la motivación que nos inspira a ejercer el o los dones que Dios nos da. Recordar que tan sólo a *Jesucristo...pertenecen la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén* (v. 11c).

1. No sorprenderse por las pruebas ardientes, 4:12

Para *amados* ver 2:11. *No os sorprendáis* (v. 12): Aunque entendamos que la *prueba* nos aguarda, suele costar enfrentarla cuando nos llega, *como si os aconteciera cosa extraña*. Por eso la llamada de atención. Parece que el Apóstol, con *poneros a prueba*, regresa a la figura del crisol para el oro en 1:6, 7. Dios puede usar *el fuego que arde* para purificar nuestro metal (Prov. 27:21). Por supuesto, ahora recordamos que muchos, por ser un testigo (*mártus*³¹⁴⁴), han llegado a ser un mártir en el sentido moderno de la palabra, entre ellos Pedro mismo; y al escribir la carta no estaba inconsciente de esa fuerte posibilidad. La experiencia de los paganos no incluía el sufrir por su religión; la convicción rara vez era tan profunda. Pero la historia de los judíos y de los cristianos ha tenido muchos capítulos de persecución, destierro y muerte.

2. Gozo por poder participar de las aflicciones de Cristo, 4:13

Antes bien, gozaos a medida que participáis (v. 13). No dice sencillamente “por cuanto” sino “en el proceso” o “en el grado en que” tomáis parte en *las aflicciones de Cristo*. Y como escribió Pablo, mientras aguardaba el juicio y la muerte: “Si morimos con él, también viviremos con él. Si perseveramos, también reinaremos con él” (2 Tim. 2:11, 12; ver Rom. 8:17). Para Pedro tampoco fue una expresión teórica, pues había pertenecido al grupo que estaba *regocijándose porque habían sido considerados dignos de padecer afrenta por causa del Nombre* (Hech. 5:41). Así, la culminación del gozo será *en la revelación de su gloria* al regresar Cristo a la tierra. Pero sin la cruz no hay corona. Así fue para Jesús, y así será para nosotros.

Joya bíblica

Quando sois injuriados en el nombre de Cristo, sois bienaventurados; porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros (4:14).

3. Hacerlo así comprueba que el Espíritu reposa sobre nosotros, 4:14

En el v. 14 Pedro hace eco de lo que su Señor dijo dos veces en el Sermón del monte (Mat. 5:10-12): *Sois bienaventurados*; es decir, “os va bien con ello”. Al ser [P. 358] *injuriados* a causa de *el nombre de Cristo*, el hecho de la fidelidad es una comprobación de que el *Espíritu...reposa sobre vosotros*. Lit. dice: “el Espíritu” (o “espíritu”; el gr. antiguo no hacía distinción entre mayúsculas y minúsculas) “de la gloria y el del Dios reposa sobre vosotros”. La repetición del artículo más el verbo en singular indica que “el de gloria y el de Dios” es el mismo, por lo cual *el glorioso Espíritu de Dios* es una traducción fiel. Así como Esteban (Hech. 6:15), hay algo del resplandor de Dios sobre quien acepta el sufrimiento por la causa de Cristo. Y el divino Ayudador está con nosotros para nuestro bien, por cuya causa los mártires han ido a la muerte cantando.

Pero hemos de recordar que hay una diferencia entre *aceptar* el padecimiento y *buscarlo*, pues lo segundo suele ser egocéntrico y no Cristocéntrico.

Joya bíblica

Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en asuntos ajenos. Pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence; más bien, glorifique a Dios en este nombre (4:15, 16).

4. Que el padecimiento no sea por haber hecho maldad, 4:15

Además (v. 15), debemos recordar, para que el Señor lo tome en cuenta, que ha de ser *por causa de la justicia* y que los opositores estén *mintiendo* (Mat. 5:10, 11), y no por nuestra torpeza o, peor, por nuestra maldad; de las cuales Pedro menciona cuatro. *Homicida* y *ladrón* son personas culpables de acciones específicas, y lamentablemente ha habido casos de creyentes que lo han sido, no sólo antes de convertirse sino también después; pues debemos recordar que hay quienes han llegado a Cristo de un trasfondo turbulento o que creen que los fines justifican los medios. Y a veces lo hecho es legal pero inmoral. *Malhechor* es un término más general para incluir a quien hace fechorías de cualquier clase (ver 2:12, 14). La palabra gr. que se usa para *por entrometerse en asuntos ajenos* lit. significa “sobreveedor de lo ajeno” o de lo que no le atañe; puede referirse a la codicia echando ojo a lo que otro tiene, o apetecer prácticas que no cuadren con la debida conducta cristiana, o (como se ha traducido) actuando como entrometido (ver 2 Tes. 3:11, donde no es la misma palabra). Desde luego, el preferir una interpretación no elimina necesariamente las otras.

5. Aceptar ser un cristiano calumniado, 4:16

Pero si alguno padece como cristiano (v. 16): La idea aquí no es que si alguien es buen cristiano debe estar dispuesto a sufrir, aunque también es cierto. Los primeros creyentes nunca se habrían atrevido a aplicarse el nombre “Cristo”, algo tan sublime, y luego agregar el diminutivo griego y llamarse *cristianos*. Más bien, el apodo habría sido obra de algún bromista de Antioquía (Hech. 11:26), ridiculizando la fanática lealtad de un grupo a su dirigente ya muerto como reo por su propio pueblo. Y dentro de 20 años el término estaba en los labios de la gente de Roma. Además, nos parece oír el sarcasmo en la voz del rey Agripa II al decir: “¿Por poco me persuades a ser cristiano?” (Hech. 26:28). Y ahora Pedro recomienda tomar el reproche de ser llamado *cristiano* como ocasión de honrar el nombre: *No se avergüence; más bien, glorifique a Dios*. Lo primero es negativo; lo segundo es positivo. Hacen falta los dos. Por nuestra conducta enaltecemos a Dios y hacemos [P. 359] que un nombre dado en burla tome un significado honroso. La historia nos muestra que ya hace siglos ese nombre es un honor. Recordemos que “bautistas”, “metodistas”, “protestantes”, etc., fueron primero usados en mofa; tal como “aleluyas” y “canutos”, más recientemente.

6. El juicio que aguarda al impío, 4:17, 18

El sufrimiento y toda experiencia de nuestra vida ha de medirse tomando en cuenta el *juicio* final (v. 17). Eso es el *porque* de nuestra actitud hacia ellos. Nunca debemos olvidar que es *tiempo de que...comience*. Y empezará primero *por la casa de Dios*, la familia espiritual, pues es más responsable por tener mayor conocimiento. Además, habiendo recibido a Cristo como Señor y Salvador, nuestro castigo no será eterno. Como explicara un caso Jehovah a Habacuc (1:5–10; 2:7 ss.), una gente pagana es instrumento para enjuiciar al pueblo de Dios, para luego ser destruida por sus pecados (ver Eze. 9:6b). En seguida viene la pregunta que nos hace estremecer por los millares de perdidos que nos rodean: *Y si primero comienza por nosotros, ¿cómo será el fin de aquellos que no obedecen* (lit. “desobedecen”) *al evangelio de Dios?* Este evangelio es a la vez algo de lo que Dios da y de lo que Dios es. Lo que se ofrece al hombre es un evangelio, una buena nueva; pero rechazada y despreciada es una mala nueva, “porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29). Recordemos que la justicia que Dios exige hace necesaria y preciosa la justicia que Dios provee en Cristo.

El v. 18 ilustra lo dicho con una cita de Proverbios 11:31, tomada de la LXX, que varía un poco del texto heb. que conocemos. Que la salvación del *justo* sea *con dificultad* puede indicar que por lo general cuesta decir que no al ego propio a fin de decir que sí al Señor de la vida, o puede reconocer que el servir a Cristo probablemente significará esfuerzo y sufrimiento. El *impío* es aquel que vive sin reverencia hacia Dios, como si Dios no existiera o no importase (1 Tim. 1:9). Originalmente la palabra traducida *pecador*, tanto en heb. como en gr., se refiere a alguien que ha “errado el blanco”. Dios pone el blanco, y el hombre yerra en su puntería.

7. Encomendar el alma al fiel Creador, 4:19

Por eso, concluye esta sección con el v. 19, *los que sufren según la voluntad de Dios* pueden alentarse para enfrentar lo que venga y encomendar *sus almas*. *La voluntad de Dios* (ver 2:15 y 3:17) siempre apunta el bien para todos, como lo dice nuestro Señor Jesús: "...no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ni uno de estos pequeños" (Mat. 18:14). Que los discípulos de Jesús *encomienden sus almas*, como Cristo en plena confianza encomendó su espíritu al Padre (Luc. 23:46). Al hablar de *fiel Creador* señala al que tiene supremo poder, el que cumplirá lo que ha prometido. Y todo llama a seguir *haciendo el bien*. Nuestra fe incluye la contemplación, pero ésta debe conducirnos a la acción a favor de aquel que todo lo sufrió por nuestra redención.

[P. 360] VII. EXHORTACION A LOS PASTORES Y AL REBAÑO, 5:1-11

El autor inspirado ha escrito acerca de la esperanza viva que los creyentes tienen aun entre las tribulaciones, y cómo deben dar testimonio fiel en su relación con el Señor y con diversos grupos humanos. Ha dado atención especial al hacer la voluntad de Dios en medio, y por medio, del sufrimiento. Ahora, al ir hacia el final de su carta pastoral, dirige su atención a dos sectores de la congregación en cuanto a su relación con ella, y luego da algunos consejos generales.

Joya bíblica

Apacentad el rebaño de Dios que está a vuestro cargo
(5:2a).

1. Exhortación a los ancianos (pastores), 5:1-4

Es un enfoque de la tarea de los dirigentes para con la hermandad. El v. 1 dice lo que son; el v. 2, lo que deben hacer; el v. 3, cómo lo deben hacer; y el v. 4, la recompensa por haber cumplido.

En el gr. del v. 1 hay un *oun* ("por eso") que, por no estar en los mss. tardíos que usó, Reina no incluyó en la Biblia del Oso (1569), ni otras revisiones posteriores, junto con muchas otras traducciones, incluso la RVA. La Versión Moderna lo pone como "pues" y BA como "por tanto", con justa razón. Algunos expositores no han visto un vínculo entre lo que viene y lo que ya ha escrito, pero bien puede que haya: La vida cristiana no ha de desarrollarse en aislamiento. Nos necesitamos los unos a los otros. Y sobre todo en tiempos de angustia y persecuciones. En los capítulos anteriores se ha tratado lo que el individuo debe hacer en diversas circunstancias. *Por tanto* los miembros del grupo llevan responsabilidades.

Los ancianos (v. 1; *presbíteros*⁴²⁴⁵, presbítero) podría referirse a los hermanos de cierta edad, pero por el contexto y, en especial, la mención de *apacentad* (v. 2) indicaría que se refiere a dirigentes de la iglesia. Los judíos solían usar el término "anciano" no sólo para indicar años vividos, sino también refiriéndose a un puesto dentro de la comunidad religiosa (Mat. 26:57). La idea vendría a representar la experiencia y la sabiduría que los años deben dar. En Hechos 20:17, 28 se usan *ancianos*, *obispos* y "pastores" para indicar las mismas personas. Asimismo, Tito 1:5-7 menciona *ancianos* y *obispos*. En 1 Pedro 2:25 señala a Jesucristo como *Pastor* y *Obispo*. *Anciano* habla de aconsejar a los de menos experiencia; *pastor*, de nutrir y cuidar al rebaño; *obispo*, de supervisar a un grupo de obreros. Todos hablan de un dirigente tratando con su congregación.

En relación con su exhortación, después de señalar en 1:1 que es apóstol, Pedro aquí dice tres cosas acerca de sí mismo: (1) Se identifica como *anciano también con* [P. 361] *ellos* (lit. "el copresbítero"). No pasa por Papa, ni nada semejante, sino como uno que está básicamente en el mismo nivel eclesiástico que ellos. Por eso Pedro no ordena sino que dice *les exhorto* (*parakaléo*³⁸⁷⁰; ver 2:12). Se revela aquí, como en otros pasajes neotestamentarios una organización eclesiástica muy sencilla. (2) El es *testigo* (*mártus*³¹⁴⁴) *de los sufrimientos de Cristo*; había estado presente en muchas de las experiencias desagradables de Jesús, sobre todo en la cruz; y por años ha proclamado lo que vio, recordando que se trata del prometido Mesías. Sus lectores primeros, al igual que nosotros, son testigos de lo que Cristo ha hecho en ellos. Antes de pasar mucho tiempo, *mártus* llegó a incluir la idea de quien paga su testimonio con su vida (ver Hech. 22:20; Apoc. 2:13; 17:6). (3) Es *también participante de la gloria que ha de ser revelada*; es decir, comparte la honra y el resplandor del Señor (ver 4:13, 14). Pedro había vislumbrado algo de su gloria en el monte de la transfiguración (Mar. 9:2), pero ella se verá plenamente en la segunda venida, en la cual todos los fieles participarán (1:7; 2 Tes. 2:14).

Brecha generacional

5:1-5

Una de las tensiones más comunes en la iglesia de hoy es la relación entre jóvenes y ancianos. La brecha generacional tiende a fraccionar el compañerismo de los dos grupos. Pedro nos anima a mirar la complementación que ambos pueden darse si están dispuestos a someterse al señorío de Cristo Jesús depouciendo todo orgullo y prejuicio.

En el v. 2 vemos cuál es la exhortación a los ancianos: *Apacentad el rebaño*. La figura campestre de ovejas para representar a los seres humanos es frecuente en las Escrituras; “Jehovah es mi pastor” (Sal. 23:1) es muy conocido. Jesús se refiere a sí mismo como “el buen pastor” (Juan 10:11) e instruyó a Pedro: *Pastorea* (la misma palabra que aquí tenemos como “apacentad”) *mis ovejas*. Aquí VM y BA acertadamente dicen “pastoread”, pues significa más que “dar pasto” o “alimentar”. [P. 362] Incluye también las ideas de cuidar, guiar, proteger, arredilar. Al tratarse de gente, es un ministerio más espiritual que administrativo. Este último concepto sería representado por el término *episkopos* (obispo), que es parecido a *episkopéo*¹⁹⁸³, traducido *cargo*. Asimismo, el Apóstol les recuerda que el rebaño no es de ellos, sino de Dios, y *que está a vuestro cargo*. Su tarea pastoral es una mayordomía.

Semillero homilético

Recomendaciones pastorales al liderazgo de la iglesia

5:1-5

Introducción: Al leer este pasaje mi mente se remonta a varias de las ciudades en nuestra América hispana que he visitado. En cada una de ellas he visto pastores de avanzada edad que han servido fielmente al Señor por muchos años. Entre ellos recuerdo al pastor Núñez, de Venezuela. En el año 1975, durante el IV Congreso Bolivariano de Juventudes, en Caracas, le pregunté al pastor Núñez: “Si volviera a empezar de nuevo su vida, ¿a qué se dedicaría?”. Él respondió: “Sería de nuevo un pastor”.

Pedro, al llegar a una edad madura, no reniega de su ministerio. Por el contrario, anima a los ancianos líderes a cumplir su labor.

I. Recomendaciones pastorales a los ancianos de la iglesia.

1. *A los ancianos...les exhorto* (v. 1).

(1) Pablo, en el comienzo de su ministerio, había constituido ancianos en las iglesias (ver Hech. 14:23; 20:17; 1 Tim. 5:17; Tito 1:5).

(2) Pedro escribe a estos ancianos en particular. Él se considera a sí mismo un anciano como ellos.

(3) Pedro muestra sus credenciales como testigo de Cristo y participe de su segunda venida.

2. *Apacentad...* (vv. 2, 3).

(1) Pedro relaciona la acción del pastor de ovejas con la labor pastoral de la iglesia.

(2) Pedro usa la misma figura del AT (Sal. 23; Isa. 40:11) y por Jesús en el NT (ver Juan 10:11, 14, 17, 18; 21:26).

(3) El apacentar tiene la connotación de cuidar en forma

integral. Pedro indica la clase de cuidado.

- (4) Apacentar con ternura voluntaria, no por compulsión. Apacentar sin avaricia o explotación. Apacentar sin manipulación o cohesión. Más bien, pastoreando como verdadero siervo.
- (5) En todo el anciano debía ser un ejemplo a los que sirve (v. 3).
- (6) La recompensa al buen servidor es eterna (v. 4).

(Continúa en la página siguiente)

Luego, lo que implica eso en peligros y privilegios se expresa con tres paralelos de negativo-positivo: (1) *No por la fuerza, sino de buena voluntad*. La labor no es para concriptos, sino para voluntarios (ver 1 Cor. 9:16, 17). Se debe hacer *según Dios*; el Padre sirvió dando a su Hijo para servir en un mundo ingrato, y Dios el Hijo es el que vino para ello. *Nosotros amamos, porque él nos amó primero* (1 Jn. 4:19). (2) *No por ganancias deshonestas, sino de corazón*. Es cierto que el predicador del evangelio necesita ganarse la vida; como Pablo en 1 Tim. 5:18 cita al Señor Jesús: *...el obrero es digno de su salario* (Luc. 10:7). Pero el tomar el ministerio pastoral o misionero meramente como una profesión más sería indigno, y cabalmente lo sería si se usara de tácticas inmorales. Más bien, que sea de “pronta disposición”, con entusiasmo. (3) *No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cargo, sino como ejemplos para el rebaño* (v. 3). Los pastores son llamados a dirigir a los hermanos, pero no a dominarlos. Como dice Mateo 20:25, usando la misma palabra, el enseñorearse de otros es un método del mundo; el método de Cristo es servir. La primera manera de instruir es por lo que somos, nuestro ejemplo. Las palabras son buenas si van respaldadas por una vida consecuente.

(Continúa de la página anterior)

II. Recomendaciones pastorales a los jóvenes de la iglesia.

1. *Asimismo...* (v. 5).

- (1) Pedro ruega a los jóvenes que imiten a los ancianos en su caminar de fidelidad y servicio al Señor.
- (2) Pedro no está estableciendo una jerarquía en la iglesia. Más bien habla de una sumisión mutua.

2. *Y...todos...* (v. 5b).

- (1) No sólo los ancianos y jóvenes deben estar en buena armonía y servicio, sino ¡todos!
- (2) El común denominador de la sumisión y sujeción mutua es el estar vestido de nuevo en el Señor.
- (3) La promesa es que Dios se agrada de los humildes mas no así de a los orgullosos (ver Prov. 3:34).

La expresión que se ha traducido como *los que están a vuestro cargo* lit. es “las porciones” o “el repartimiento”. Josué distribuyó el terreno en la tierra prometida por sorteo (Jos. 14:2), y Matías fue escogido por suertes (Hech. 1:26); y lo repartido llegó a ser la “heredad”. Pero ella nunca llegó del todo a ser de la persona. Siempre era algo cedido. Así la “porción” sigue perteneciendo a Dios, pero a “cargo” del anciano. Y siendo así, *al aparecer el Príncipe de los pastores* (v. 4), quien es el verdadero Dueño del rebaño, el pastor subalterno recibirá *la inmarchitable [P. 363] corona de gloria*. Los pastores de iglesias han de recordar que al final responderán a Cristo en su venida y que forman parte del gran rebaño de él. En este pasaje la *corona* no es la de la realeza sino la del vencedor. Aunque las coronas de laurel de los atletas victoriosos sean de hojas que se secan, las de los fieles pastores espirituales jamás se marchitan. Han recibido la tarea y recibirán la recompensa, la que será de gloria. ¿Y qué mejor que oír de labios de nuestro dignísimo Redentor: “Bien, siervo bueno y fiel...” (Mat. 25:21, 23).

2. Exhortación a los jóvenes, 5:5–7

Ellos necesitan de humildad y de confianza. Si los ancianos han de aconsejar y dirigir, se precisa que los más *jóvenes*, o nuevos, les hagan caso. Él *asimismo* puede representar meramente una transición de una responsabilidad a otra, pero es más probable que sea algo más profundo: Si los ancianos deben estar pendientes del Príncipe de los pastores en obediencia, esfuerzo y ejemplo, del mismo modo *los que están a vuestro cargo* (v. 3) han de estar *sujetos a los ancianos*. Pedro no habla de “sujetar” como actividad del superior, pero en 2:13, 18; 3:1, 5, 22 y aquí presenta el “estar sujetos” como actividad voluntaria y consciente de diversos grupos y, por ende, de todo cristiano; no es sujetar, sino sujetarse. Se basa aquí en un reconocimiento de experiencia y sabiduría, aplicable [P. 364] en la iglesia hacia sus dirigentes o entre hijos y padres.

Semillero homilético

Un llamado a la identidad verdadera en Cristo

5:6–14

Introducción: Esta porción final de la exhortación de Pedro tiene un significado especial para mí en estos días. Dos familias con quienes trabajamos en Perú fueron objeto de incidentes catastróficos en sus vidas. Una de ellas murió, los otros se debaten en medio del coma y el dolor profundo. Entender las palabras del Apóstol al término de este capítulo es doloroso para mí. Tengo que confesar que esta sección, especialmente los vv. 7, 9 y 10, es difícil de entender. Me imagino que para los hermanos en aquellos días también lo fue así. Dejemos que Dios nos hable de corazón a corazón.

I. Un llamado a vivir continuamente en humildad y confianza.

1. *Humillaos...* (v. 6).

- (1) De ninguna manera el Apóstol está desvalorizando a los creyentes.
- (2) Humillarse ante Dios es someterse voluntariamente a él como amo absoluto de la vida.
- (3) Humillarse bajo la poderosa mano...no es señal de opresión, sino de confianza total.

2. *Echad sobre él...* (v. 7).

- (1) Sólo en este versículo y en Lucas 19:35 aparece el verbo “echar” (*epirefantes*), que significa “arrojar”.
- (2) Dios es suficiente para llevar todo el peso que nos asedie. Más que eso: Él sabe cuidar de sus hijos.

3. *Sed sobrios y velad* (v. 8).

- (1) Por tercera vez el Apóstol les insta a estar con sus sentidos cabales (ver 1:13; 4:7).
- (2) El enemigo acusador (diablo) nos asecha siempre.
- (3) Ya fuera el César o el mismo diablo sería más que suficiente para estar despiertos ante su ataque.

(Continúa en la página siguiente)

A *todos* (v. 5) conviene la *humildad*, que es la actitud de darse cuenta de las limitaciones propias, como Pablo exhorta *que nadie tenga más alto concepto de sí que el que deba tener* (Rom. 12:3). Debe ser la manera de mirarse *unos para con otros*. Ninguno es suficiente en sí mismo; nos necesitamos mutuamente. Pedro usa la figura de *revestíos*, que habla de ponerse algo como delantal, o túnica de trabajo, tal como la toalla con que se ciñó nuestro Señor para lavar los pies de sus discípulos (Juan 13:4). No hay lugar para la arrogancia y el falso orgullo de parte de un seguidor del Maestro. Para reforzar el argumento se cita Prov. 3:34, según la LXX (substituyendo *Dios* por “el Señor”), tal como lo hace Santiago 4:6. Que tanto Pedro como Santiago use

la expresión sugiere que puede haber sido parte de un dicho común entre los primeros cristianos, si es que uno no haya visto la obra del otro. *Resiste* puede traducirse también como “se opone”, como si fuese un encuentro militar.

(Continúa de la página anterior)

II. Un llamado a vivir y perseverar para siempre.

1. Resistiendo a los ataques del enemigo (v. 9).

(1) La única manera de resistir es estando firmes en la fe (ver Ef. 4:27; 6:11; Stg. 4:7).

(2) Todo hijo de Dios es candidato a los ataques del enemigo. Aun Jesús pasó tal prueba (ver Mat. 4).

2. Esperando confiadamente en el Dios de toda gracia.

(1) Dios está en control, no sólo de ellos, sino de toda la humanidad. El tiene toda gracia.

(2) Dios nos ha convocado (*kaleo*) a una reunión eterna por medio de Jesucristo (v. 10).

(3) Antes de responder a tal convocatoria habremos de padecer un poco de tiempo (ver Apoc. 3:10).

(4) Tal padecimiento cumplirá su propósito: madurez, firmeza, fuerza y durabilidad del creyente.

III. Un llamado a vivir en paz y dando gloria al Señor.

1. *A él sea el dominio...* (v. 11).

(1) El Señor es digno por todo lo que es y lo que hace.

(2) No sólo merece el más elevado reconocimiento, sino también el más alto cargo de gobierno.

(3) La alabanza y autoridad para el César es por un tiempo. Mas para el Señor es para siempre.

2. Reconociendo y declarando el amor unos por otros.

(1) Silvano (Silas) ha sido su hermano fiel...

(2) La iglesia en Babilonia (posiblemente Roma) se une al afectuoso saludo junto con Marcos.

(3) De la manera que ellos expresaban su amor unos por los otros, ¡háganlo también ustedes!

(4) Pablo desea la misma paz (*eirene*) que Jesús declaró a sus discípulos (Juan 14:27), para los hermanos de aquel día y para nosotros hoy (v. 14).

Dadas las consecuencias respectivas de la soberbia y de la humildad, *humillaos, pues* (v. 6). La humildad se expresa ante otros seres humanos, pero su esencia básica se relaciona con *la poderosa mano de Dios*, sea por su capacidad de reprimir o la de sostener. Esta figura literaria es común en el AT (como en Eze. 20:33), mayormente tratando de la protección de Israel de sus enemigos. El autor inspirado de la epístola la aplica a la iglesia y explica que el propósito de ello es *para que él os exalte al [P. 365] debido tiempo*. Y esta aclaración indicaría que está pensando más en ayudar que en castigar. La exaltación vendría en forma suprema con el retorno a la tierra de nuestro Señor, si bien el *debido tiempo* puede también ser antes, según lo determine el Altísimo.

Joya bíblica

Echad sobre él toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de vosotros (5:7).

Pero por ahora las circunstancias no se ven propicias. El humillarse ante Dios no quita necesariamente la *ansiedad* (v. 7) por la persecución habida o que se vislumbra amenazante ahí no muy lejos; pero conviene, junto con acatar las directivas divinas con humildad, echar *sobre él toda vuestra ansiedad*. Si él es digno de guiar nuestras vidas, también están seguros con él cada uno de los detalles de esas vidas. Podemos tener esa confianza, *porque él tiene cuidado de vosotros*, lit. “le importa, o le preocupa, lo referente a vosotros” (ver Sal. 55:22).



El diablo, como león rugiente, anda...buscando a quien devorar (5:8)

3. Advertencia de cuidarse del diablo, 5:8, 9

Sin embargo, el entregar al Señor las ansiedades no le autoriza a uno a descuidar el esfuerzo y la vigilancia. Entre lo demás está la advertencia de cuidarse del diablo. Dos veces antes (1:13 y 4:7) se ha señalado la importancia de *sed sobrios y velad*. El Señor Jesús había advertido a [P. 366] Pedro y a sus compañeros sobre el velar en vista de la pendiente segunda venida (Mat. 24:42–51); aquí el Apóstol lo aplica al peligro del siempre presente Satanás, que *anda alrededor buscando a quien devorar*. El *diablo* (que significa “calumniador”) es *vuestro adversario*, pues *como león rugiente* su propósito es destruir. ¿Cómo debemos enfrentarlo? Resistiéndole, reteniendo firme la fe y comprendiendo que otros muchos pasan las mismas experiencias difíciles. Santiago 4:7 dice: “Resistid al diablo”. El Señor había advertido a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos...” (Luc. 22:31). *Resistid* (v. 9) en el gr. aquí no es igual a la voz que se usa en el v. 5. El término aquí es más defensivo, “estar firme contra”. Nosotros con nuestras propias fuerzas no somos capaces de tomar la ofensiva contra Satanás; pero mediante la fe en Cristo Jesús podemos resistirle, manteniéndonos en la firmeza del grupo de creyentes. Podemos lograr en el conjunto de hermanos lo que aisladamente sería muy difícil.

Joya bíblica

Resistid al tal, estando firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufri-mientos se van cumpliendo entre vuestros hermanos en todo el mundo (5:9).

También ayuda saber que no estamos solos en nuestra lucha. La valentía de unos estimula la valentía en otros. En el caso de los primeros lectores de esta epístola, deben afirmarse en su lealtad hacia su Redentor, pese a los feroces esfuerzos de los instrumentos del diablo, sean oficiales o presiones sociales, para hacerles renunciar o claudicar en su fe. Pero *la fe* (v. 9) bien puede significar más que actuar con fe. También se debe evitar el diluir o desviar la fe, es decir, el cuerpo de enseñanza que ha venido de Dios por medio de sus au-

ténticos mensajeros (ver Gál. 1:6–12; 1 Jn. 4:1–3). Hay que resistir la tentación de ajustar la doctrina porque parece conveniente a fin de evitar problemas.

4. Bendición y doxología, 5:10, 11

Y (también puede traducirse “pero”) introduce el contraste entre lo difícil del momento actual y lo glorioso del período interminable después (ver 2 Cor. 4:16–18). Así, *cuando hayáis padecido por un poco de tiempo*, Dios intervendrá con gracia y poder. Hay cosas que Dios hace, o permite hacerse, que nos parecen incomprensibles de parte de aquel que prometió amarnos y ayudarnos; pero al final veremos cabalmente que es *Dios de toda gracia*. Nos ama sin que lo hayamos merecido, y su provisión es suficiente para toda ocasión (ver 2 Cor. 12:9). El propósito detrás de todo tiene que ver con que *os ha llamado* (u “os llamó”) *a su eterna gloria*. El *llamado* está en Cristo, como lo está también la *gloria*. Algunos mss. ponen los cuatro verbos siguientes como un deseo (“os restaure, os afirme”, etc.); pero el peso de la evidencia de los mss. favorece un tiempo futuro: *os restaurará, os afirmará, os fortalecerá y os establecerá*. ¿Quién lo hará? *Él mismo*, Dios personalmente atenderá a sus hijos. ¿Qué hará? Cuatro cosas: (1) *Os restaurará*, el mismo verbo gr. se ha traducido en Hebreos como “preparar” en 10:5, “constituir” en 11:3 y “hacer aptos” [P. 367] en 13:21. La idea es poner las partes en el orden debido, corregir, ajustar, como en componer un hueso quebrado. (2) *Os afirmará*, para que tengan firmeza en su vida y testimonio. (3) *Os fortalecerá* para que tengan fuerza. (4) *Os establecerá*, es decir, será como la casa fundada sobre la peña (Mat. 7:25). La promesa no es librarles de persecuciones y padecimientos, sino darles poder (ver Hech. 4:29) y victoria. Y sin lucha no puede haber victoria. Pedro está confirmando a sus hermanos (Luc. 22:32).

La perspectiva del resultado final hace que el autor inspirado prorrumpe en una doxología (v. 11), celebrando la grandeza del dominio universal y sin fin de Dios. *Amén* (ver 4:11).

VIII. SALUDOS FINALES, 5:12-14

1. Testimonio final, 5:12

El Apóstol termina su carta con asuntos personales. Algunos eruditos creen que Pedro aquí toma la pluma de la mano del secretario y concluye la epístola con su propia mano (ver Gál. 6:11; 2 Tes. 3:17). Primero, identifica al hermano que le servía de secretario, o de emisario, *Silas* (lit. “Silvano”, v. 12), acerca de quien ver INTRODUCCION, AUTOR. Silas tenía muchas virtudes, pero Pedro destaca como más importante el ser *un hermano fiel*. *Brevemente* representaría que ha escrito poco en relación con lo mucho que tiene en su corazón para decirles (ver Heb. 13:22). Luego, reitera el propósito de haberles escrito: *para exhortar* (ver 2:11) y *testificar*—estimular a otros y dar su propio testimonio— de que lo presentado *es la verdadera gracia de Dios*. Aun el pasar peligros graves no es ausencia de la gracia divina; y ellos deben estar *firmes en ella*, pues eso es su cometido.

2. Quiénes mandan y quiénes reciben saludos, 5:13, 14a

La iglesia que está en Babilonia lit. es “la coelegida en Babilonia”. Algunos han creído que “la...en Babilonia” se refiere a la esposa de Pedro (1 Cor. 9:5), quien viajaba con él y sería conocida entre las iglesias; pero la tradición y algunos mss. y versiones suplen “iglesia”. En 1:2 ha dicho que los destinatarios de la epístola son *elegidos*. En el proceso de la salvación Dios llama primero, y nosotros le respondemos; pero tenemos la seguridad de que el propósito del Señor es la salvación y no la perdición (2 Ped. 3:9). *Babilonia* (ver INTRODUCCION, LUGAR). *Marcos* probablemente es Juan Marcos, discípulo bien conocido entre las iglesias (Hech. 12:12), y fue en la casa de su madre, María, que la primitiva iglesia en Jerusalén solía reunirse; pariente de Bernabé (Col. 4:10), acompañante de éste y de Pablo al iniciar su primer viaje misionero, pero por razones que Pablo consideraba insuficientes desistió (Hech. 12:25; 13:13); de nuevo, compañero de Bernabé en su obra misionera (Hech. 15:37–39), y de Pablo (Col. 4:10; 2 Tim. 4:11). *Mi hijo* no significaría un parentesco biológico, sino espiritual. Papias, oriundo de cerca de Colosas en el siglo segundo, dice que Marcos servía de secretario de Pedro y que compuso el Evangelio según Marcos en base a las historias relatadas por Pedro.

Un *beso de amor* (v. 14) era costumbre común entre las iglesias durante algunos siglos. Pablo termina cuatro epístolas (p. ej. Rom. 16:16) mencionando un saludo [P. 368] mutuo con “beso santo”. El gesto significa buena acogida y aceptación, amistad, compañerismo, tal como en nuestros días el abrazo o el círculo de personas tomadas de la mano al final, o en algún punto culminante de un culto (como en la Cena). Un sentido fuerte de familia parece ser más prevalente en un ambiente de sufrimiento, pues la dependencia mutua es acentuada. Este beso religioso era comúnmente en la mejilla o en la frente, y en general de hombres con hombres y de mujeres con mujeres.

3. Bendición final, 5:14b

La bendición final es una variación de una práctica común de la época (Hech. 15:29). Pedro usa el término *paz*, característico de judíos y cristianos (Luc. 24:36). La paz a que se alude no es una ausencia de actividad, sino la presencia de armonía y de concordia. La epístola empieza con paz (1:2) y termina del mismo modo, pues es ella menos una consecuencia exterior de lo que nos pasa y más una condición interior, la confianza en saber que estamos protegidos por aquel a quien pertenecemos. Es accesible a *todos vosotros que estáis en Cristo*. Para estar *en Cristo* ver 3:16.

Así vemos la dinámica de la esperanza viva que animó a Pedro, y a otros muchos a través de los siglos, a enfrentar padecimientos y la misma muerte, de modo que el evangelio nos llegue a nosotros. ¿Mostraremos la misma lealtad absoluta a nuestro dignísimo Redentor?: *...nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo* (1:3).

2 PEDRO

Exposición

Alberto F. Roldán

Ayudas Prácticas

Rubén O. Zorzoli

INTRODUCCIÓN

El escrito del NT conocido como “segunda epístola del apóstol Pedro”, aunque breve, resulta de notable importancia por su énfasis en el conocimiento de Jesucristo, el crecimiento en la gracia de Dios y la esperanza de la segunda venida del Señor. No obstante ello, en la historia del canon del NT, ha sido uno de los escritos que mayores dificultades tuvo para su inclusión.

PROPÓSITO, GÉNERO LITERARIO Y DESTINATARIOS

El propósito del autor es fortalecer a la iglesia en la fe y en la verdadera enseñanza, contra los falsos maestros (1:12 ss. y 3:2). Mientras en el cap. 2 se tomaría la carta de Judas *in extenso*, evitando las citas de libros apócrifos, tanto en el cap. 1 como en el 3 encontramos enseñanza escatológica, es decir, con elementos propios de las “cosas finales” (ver 1:11, 16, 19; 3:4, 9 y 12). Pedro exhorta a un estilo de vida acorde con el carácter de Dios y a un esfuerzo continuo y sostenido por la santidad y la perfección (1:4–11; 3:11, 14 y 17).

Aparentemente, este libro puede ser considerado más que como carta, como “un escrito didáctico general, que sólo conserva externamente el aspecto de una carta” (Karl H. Shelkle, *Cartas de Pedro y carta de Judas*, p. 250). No hay saludos de personas, fuera del autor, ni indicación de las circunstancias del mismo, aunque en 1:14 y 15 se informa que pronto tendrá que dejar el cuerpo.

AUTOR

El autor se menciona a sí mismo como Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo (1:1). En 3:2, sin embargo, habla de vuestros apóstoles, como si él no fuera incluido dentro de ellos. En 1:16 ss. da a conocer que estuvo presente como testigo ocular en la transfiguración de Jesús en el monte santo. También dice que escribió otra carta anterior (3:1), casi con seguridad refiriéndose a la primera carta de Pedro. Considera a Pablo nuestro amado hermano y pondera la sabiduría que Dios le había otorgado (3:15, 16).

En los primeros siglos de la era cristiana los Padres de la iglesia dudaron de la autenticidad petrina de este escrito. Las razones, básicamente, fueron las siguientes:

1. El estilo, términos e ideas diferentes entre 1 Pedro y 2 Pedro. En 1 Pedro hay gran influencia de la teología paulina (p. ej. 2:13 ss. con Rom. 13:1 ss.). En 2 Pedro sólo se reconoce la importancia de Pablo pero no hay tanta influencia (3:15).

2. En 1 Pedro hay una elevada cristología (1:7, 19 ss.; 2:4–8; 2:21–25; 3:18 ss., [P. 372] etc.) mientras aquí Cristo es sólo objeto de conocimiento (1:8; 3:18), sin entrar en consideraciones acerca de la obra de Cristo en la cruz.

3. Ambas cartas contienen bastante material escatológico, pero desde ópticas diferentes. En la primera, se habla reiteradamente del apocalipsis (revelación) de Jesucristo (1:7, 13; 4:13) mientras en la segunda, el énfasis recae sobre la *parousía*³⁹⁵² (venida, presencia, ver 1:16; 3:4, 12). Mientras la *parousía* de Jesucristo es totalmente cierta y hay una real espera de ella (1:13), aquí es negada por los burladores (cap. 3) y hay que reavivar en los cristianos la certeza de ella.

4. En 1 Pedro hay lenguaje sencillo. En 2 Pedro hay un gr. especial. Según los eruditos, aparecen 23 hapaxlegomena (palabras que ocurren una sola vez en todo el NT). Además, algunas palabras pertenecen al lenguaje religioso y filosófico helenista (gr.) en su forma y contenido. Ejemplos de ello son los términos *epígnosis*¹⁹²² (conocimiento, 1:2), *eusébeia*²¹⁵⁰ (piedad, 1:3), *areté*⁷⁰³ (virtud, capacidad, 1:3, 5), *théios*²³⁰⁴ *dúnamis*¹⁴¹¹ (fuerza divina, 1:3), *théios koinonos*²⁸⁴⁴ *físis*⁵⁴⁹⁹, "participantes de la naturaleza divina (1:4).

5. En el cap. 3 se menciona a los padres, en alusión aparente a los fundadores de la fe cristiana o a la primera generación de discípulos. Esto hace pensar en fechar el escrito en una época tardía.

Por las razones expuestas, muchos especialistas no dudan en decir que estamos en presencia de un escrito pseudoepigráfico, es decir, un libro o carta cuyo autor utiliza una especie de seudónimo (en este caso, “apóstol Pedro”). Considerado el hecho bajo cánones de nuestra cultura, esto resulta antiético. Sin embargo, en la antigüedad la seudonimia no tenía este carácter. Ricardo Franco lo explica en estos términos: “Un discípulo de San Pedro, inspirado de la misma preocupación pastoral de su maestro, considera perfectamente legítimo acudir en nombre del maestro y con su autoridad a remediar el mal que el apóstol no puede ya remediar personalmente. La seguridad de no exponer ideas propias, sino de aplicar a la situación presente la doctrina del maestro, legitiman perfectamente la utilización de su nombre y el recurso literario de la profecía” (La Sagrada Escritura, NT, vol. III, p. 312).

Quienes sostienen la autoría petrina de la epístola argumentan que mientras el Apóstol utilizó a Silvano como amanuense (ver 1 Ped. 5.12) aquí pudo tener otro o quizás no tuvo amanuense. En esta segunda carta la temática es diferente a la primera, de ahí la existencia de terminología distinta. Por otra parte, debe reconocerse que hay términos y conceptos que se repiten en uno y en otro escrito. Por ejemplo: “virtudes” o “excelencia” (1 Ped. 2:9 con 2 Ped. 1:3); “ha roto con el pecado” (1 Ped. 4:1 con 2 Ped. 2:14); “amor fraternal” (1 Ped. 1:22 con 2 Ped. 1:7) y “presta servicio” (1 Ped. 4:11 con 2 Ped. 1:5). Aunque en 2 Pedro se pone en duda la *parousia* del Señor, tal actitud no procede de los creyentes sino de los incrédulos, especialmente de los falsos maestros. En síntesis, en ambos escritos el segundo advenimiento del Señor es afirmado, aunque desde perspectivas diferentes (ver 1 Ped. 1:7, 13; 4:7, 13 con 2 Ped. 3:11–14).

[P. 373] FECHA Y LUGAR

En lo que se refiere a la fecha del escrito y el lugar donde se redactó, todo depende de si se considera una epístola petrina o un escrito pseudoepigráfico. En el primer caso, habría sido escrita en Roma en la década del 60, poco antes de la muerte del apóstol Pedro. En el segundo, se debiera fechar en el siglo II.

CANONICIDAD

Es uno de los escritos que no gozó de reconocimiento unánime en la iglesia primitiva. El primer testimonio explícito es el de Orígenes de Alejandría en su comentario sobre Juan. Eusebio de Cesarea, historiador, no la acepta como auténtica (véase *Historia Eclesiástica*, 3.3, 1). Ireneo no la utiliza ni aparece en el famoso Canon Muratorio. Jerónimo la admite, aunque sostiene que no era reconocida unánimemente. A partir del Concilio de Cartago (año 397) fue reconocida en Occidente.

RELACIONES CON JUDAS

Uno de los problemas de difícil resolución está relacionado con el hecho de las notables semejanzas entre esta carta y la de Judas. En realidad, todo el cap. 2 reproduce la carta de Judas, aunque con variantes. Hay tres hipótesis:

1. Que Judas es anterior y efectivamente en 2 Pedro su autor reproduce el contenido de Judas, aunque quitándole las referencias a los libros apócrifos y ciertos tonos fuertes de esa carta.
2. Que 2 Pedro es anterior a Judas. Este argumento se basa en la idea de que es difícil que un autor como Pedro (en caso de ser el Apóstol) utilizara material escrito por alguien no tan famoso como Judas.
3. Que ambos escritos utilizaron una fuente común.

En el estado actual de la cuestión no hay una solución definitiva al problema. De todos modos, nos inclinamos por la primera de las hipótesis mencionadas.

TEMA DE LA EPÍSTOLA

Un estudio inductivo de cada capítulo y la síntesis correspondiente, nos conduce a proponer como tema de la epístola:

“Los verdaderos apóstoles se distinguen de los falsos por su actitud hacia la segunda venida del Señor y por su conducta”.

BOSQUEJO DE 2 PEDRO

INTRODUCCIÓN, 1:1, 2

- I. Importancia de la vida que agrada a Dios, 1:3-15
 1. Su origen y desarrollo, 1:3-7
 2. Sus resultados presentes y futuros, 1:8-11
 3. Necesidad de recalcar estos principios, 1:12-15
 - II. **[P. 374]** Doble testimonio de la venida del Señor, 1:16-21
 1. Los testigos oculares, 1:16-18
 2. El testimonio de la profecía, 1:19-21
 - III. Carácter y conducta de los falsos maestros, 2:1-22
 1. Su acción a escondidas, 2:1-3
 2. Su castigo inevitable, 2:4-9
 3. Su conducta licenciosa, 2:10-16
 4. Su falsedad e inconsistencia, 2:17-22
 - IV. La venida del Señor es segura, 3:1-16
 1. ¡A pensar en profundidad!, 3:1, 2
 2. Burlas y negaciones, 3:3-7
 3. No confundir paciencia con tardanza, 3:8, 9
 4. La esperanza debe transformar nuestra conducta, 3:10-16
- Conclusión: Crezcamos en la gracia y el conocimiento, 3:17, 18

AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Barclay, William. *El NT Comentado. Santiago, I y II Pedro*, vol. 14, trad. Ernesto Suárez Vilela. Buenos Aires: La Aurora, 1974.
- Franco, Ricardo. *La Sagrada Escritura, NT, III*, 2da. ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1967.
- Michl, Johann. *Carta a los Hebreos. Cartas Católicas*. Comentario de Ratisbona, trad. Florencio Galindo. Barcelona: Herder, 1977.
- Shelkle, Karl Hermann. *Cartas de Pedro y carta de Judas*, trad. Olegario García de la Fuente. Madrid: Fax, 1974.
- Wheaton David H., *Nuevo Comentario Bíblico, "2 Pedro"*, 3a. ed. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1981.

2 PEDRO

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

INTRODUCCIÓN, 1:1, 2

El autor se presenta en forma directa. Se considera *siervo y apóstol de Jesucristo* (ver 1 Ped. 1:1). En mss. antiguos es lit. “Simeón Pedro”. Se considera que el nombre Simeón es una transcripción del nombre semítico respectivo. Aquí puede tratarse de cierto arcaísmo, ya que en todo el NT Pedro es designado como Simón (excepto en Hech. 15:14 “Simeón”). Pedro se denomina *siervo y apóstol*. Es *siervo* en el sentido de “esclavo” (*doulos*¹⁴⁰¹), cuya voluntad pertenece a un amo, de quien recibiera el apostolado para desarrollarlo entre los judíos (ver Gál. 2:7).

En cuanto a los destinatarios, el autor los designa como *los que han alcanzado una fe igualmente preciosa como la nuestra*. De este modo, se asocia con ellos en el sentido de que tanto los apóstoles como los creyentes en general han tenido la misma experiencia: una fe preciosa. ¿A qué clase de fe se refiere Pedro? Puede tratarse de la fe subjetiva, es decir, la acción de creer en Jesucristo. Sin embargo, considerando las semejanzas entre este escrito y el de Judas (ver Jud. 3) es probable que la referencia sea a la fe como depósito de la verdad, es decir, los contenidos de la fe cristiana. Johann Michl lo interpreta en estos términos: “La religión cristiana junto con sus verdades reveladas y la benevolencia de Dios hacia los hombres”. (*Carta a los Hebreos y Cartas Católicas*, p. 537). Sea que se tome a la fe como experiencia subjetiva o como depósito de la verdad, una cosa es cierta: la fe preciosa no es considerada como de valor esotérico, es decir, reservada sólo a ciertos iniciados en algunos “misterios”, sino que es para todos los creyentes.

La fe preciosa es fruto de *la justicia de nuestro Dios*. Es precisamente el carácter justo de Dios que lo hace actuar con imparcialidad, [P. 376] sin favoritismos. Nuestro Dios no hace acepción de personas (ver 1 Ped. 1:17) y está dispuesto a entregar su verdad (fe revelada) a todo el que responda con corazón receptivo. Algunos intérpretes consideran que la expresión *justicia de nuestro Dios* se refiere a la justificación por la fe, por la estrecha relación que hay entre los términos *fe* y *justicia* en el pasaje. Es una posibilidad cierta, pero optamos por la primera interpretación ya expuesta, es decir, que por la justicia de Dios, Pedro se refiere al carácter de Dios más bien que a la justificación por la fe. Esa justicia procede de Jesucristo como *Dios y Salvador*. Se trata de una afirmación de la deidad de Jesucristo (ver Rom. 9:5; Tito 1:4 y 2:13). Esto se deduce de dos razones: a) que el artículo en gr. está delante del nombre “Dios” (lit. *tou theou*) y b) que, como en muchos otros libros del NT, también en esta carta se hace referencia a Jesucristo como *Salvador* (véanse 1:11; 2:20; 3:2, 18).

Verdades prácticas

1:1

Siervo y apóstol (v. 1) son títulos de trabajo, de humildad, de autosacrificio. A veces alguien dice, con orgullo: “Yo soy el siervo del Señor”. El tono de voz y el contexto indican si está hablando de orgullo en lugar de humildad. Un apóstol es un “enviado” por otro, de modo que el poder no es suyo. Si queremos ser siervos y apóstoles de Jesucristo aprendamos la humildad que dará autoridad a las designaciones.

La fe es sumamente valiosa y está al alcance de cada persona. La fe no depende de títulos o posiciones que se puedan alcanzar en la obra del Señor. Pedro podía destacar que esa fe era igualmente preciosa como la nuestra. De modo que cada creyente puede vivir y crecer en esa fe que lo relaciona con nuestro Dios y Salvador Jesucristo.

Finalmente, Pedro desea que tanto la gracia como la paz, virtudes que se originan en Dios, sean multiplicadas en la experiencia de sus lectores. Ello es prueba más que elocuente de que la relación del cristiano con Dios es una relación interpersonal y, como tal, dinámica. El Apóstol se ocupará de ampliar esto en el resto de la carta. La forma como la gracia y la paz se pueden multiplicar es *el conocimiento de Dios y de nuestro Se-*

ñor Jesús. No existe en el NT, antítesis alguna entre conocimiento y crecimiento espiritual. Al contrario, mediante el desarrollo del conocimiento (*epignosis*¹⁹²²) es como el creyente alcanza madurez, tema central en los versículos siguientes. Es oportuno subrayar esto, ya que existen ciertos ámbitos de la iglesia donde dominan tendencias antiintelectuales y donde el conocimiento es despreciado. Nada más lejos de una perspectiva auténticamente neotestamentaria. Creemos en la *gracia* y en la *paz*, mediante el pleno *conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús*. No hay dicotomía alguna entre conocimiento y espiritualidad.

I. IMPORTANCIA DE LA VIDA QUE AGRADA A DIOS, 1:3-15

1. Su origen y desarrollo, 1:3-7

Toda forma de vida tiene un origen y un desarrollo. Así ocurre con las vidas vegetal y animal: nacimiento, crecimiento, reproducción. ¿Será diferente en cuanto a la vida espiritual? Básicamente no. Obviamente, su origen y su desarrollo obedecen a razones o causas diferentes, pero la vida cristiana sigue un curso similar a las otras formas de vida. Pedro habla de *todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad*. La palabra traducida *piedad* corresponde al término gr. *eusébeia*²¹⁵⁰, que ocurre aquí y en otros tres textos de esta carta (2:6, 7 y 3:11). Es una palabra compuesta por el prefijo *eu*, que significa “bien”, “bueno” y *sebomai*. “honrar”, “respetar”, “venerar”. Para los griegos “la *eusébeia* es una de las virtudes que distinguen al hombre honrado y acepto a los dioses” (W. Gunther). En términos cristianos, la piedad es el conjunto de actitudes que reflejan por parte del creyente veneración, respeto y temor de Dios. Pedro dice que tanto la vida como la piedad o, si preferimos unir ambos valores: “la vida piadosa”, son concedidas por el poder de Dios y mediante el conocimiento. La vida cristiana no ocurre por generación espontánea. Es el resultado del poder activo de Dios (*dunamis*¹⁴¹¹) que opera en el interior de la persona, generando [P. 377] una nueva clase de vida: vida de calidad eterna. Y la piedad, forma concreta de expresión de esa vida, también es generada y desarrollada por el poder de Dios y en proporción al conocimiento personal de Dios. Al fin y al cabo, como Jesús la definiera, la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero en la Persona de Jesucristo mismo (Juan 17:3).

Joya bíblica

Mediante ellas nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas (1:4a).

Dios *nos llamó por su propia gloria y excelencia* (v. 3). Ambos aspectos del carácter de Dios apuntan a su inefable dignidad, su nobleza y su excelencia. Y por medio de ellas nos ha dado promesas que son catalogadas por el Apóstol como *preciosas y grandísimas* (v. 4), ya que nos permiten participar de la *naturaleza divina*, cosa que se ha hecho realidad una vez que hemos *huido de la corrupción que hay en el mundo debido a las bajas pasiones* (v. 4). Resulta sumamente interesante constatar que aquí hay un trasfondo helenístico. A propósito, y siguiendo una investigación de W. Windisch, el exégeta Ricardo Franco dice que “los elementos de la espiritualidad helenista son: la huida de la caducidad del mundo, la participación de la naturaleza divina concedida por el poder divino (*dunamis*), la vida en Dios, el conocimiento de Dios y un ser inmutable” (Ricardo Franco, *La Sagrada Escritura, NT*, Vol. III, nota en p. 317). Esta coincidencia entre las aspiraciones que refleja el pensamiento griego y la formulación apostólica no debiera interpretarse como que sería factible obtenerlas por el camino de la mera reflexión filosófica. Más bien, constituyen una prueba del modo en que Dios satisface la necesidad y aspiración más profunda de la criatura humana, a través de su acción en Jesucristo. Por otra parte, la coincidencia terminológica no necesariamente es identidad esencial. Por caso, la huida del mundo no es, en la perspectiva neotestamentaria, un fugarse (precisamente el gr. aquí es *apoféugo*⁶⁶⁸) del mismo por considerarlo malo en sí mismo (materia = el mal). Es abrumador el testimonio bíblico en cuanto a la responsabilidad del pueblo de Dios y de cada uno de [P. 378] sus miembros en la tierra. Más bien es un huir del sistema, de los valores (o antivalores) del sistema del mundo, a causa de su corrupción. Tampoco la meta escatológica es un ser inmutable si por ello se entendiera una mera inmortalidad del alma, sino una resurrección, lo cual implica redención integral de la persona a la imagen del Primogénito: Jesucristo.

Semillero homilético

Las promesas de Dios para el cristiano

1:4

Introducción: ¡Cuántas promesas ha hecho el Señor a su pueblo! Las riquezas divinas se derraman sobre sus hijos en cada cosa que les promete. Examinemos algunas verdades clave de

esas promesas.

- I. La condición para la recepción de las promesas (v. 4c).
 1. La conversión o entrega de fe es indispensable (*después de...*).
 2. El arrepentimiento genuino da acceso al obrar de Dios en nuestras vidas (sin *corrupción* o *bajas pasiones*).
- II. La dádiva de las promesas de Dios (v. 4a).
 1. El valor de las promesas de Dios (*preciosas*).
 2. El alcance de las promesas de Dios (*grandísimas*).
- III. El propósito de las promesas de Dios (v. 4b).
 1. El acceso a la familia de Dios (*participantes*).
 2. El acceso al poder de Dios en la vida (*naturaleza divina*).

Conclusión: ¿Has cumplido las condiciones para recibir las promesas de Dios? Si es así, ¡aprovecha las grandes riquezas que Dios te da!

El inicio de la vida piadosa es el poder de Dios y el conocimiento de su persona. Su desarrollo dependerá de la medida de empeño que cada cristiano ponga. Dice Pedro: *Y por esto mismo, poniendo todo empeño*. Es decir, que para llegar a un pleno desarrollo de la vida que hemos recibido de Dios, necesitaremos invertir tiempo, dedicación y practicar gimnasia espiritual (ver 1 Tim. 4:7).

El empeño debe traducirse en añadir, a la fe inicial, siete virtudes o cualidades que adornan el carácter del cristiano y que otorgarán resultados palpables en el presente y en la eternidad. Primeramente, el proceso se inicia con la *fe*, vale decir, con el primer fruto de la acción de la Palabra de Dios, ya que *la fe es por el oír* (Rom. 10:17). A la fe debe añadirse la *virtud*. El término gr. *areté*⁷⁰³ es poco frecuente en el NT. Tanto en este texto como en Filipenses 4:8 es referencia al cristiano o a las virtudes cristianas, mientras que en el otro texto donde aparece (1 Ped. 2:9) es expresión del carácter de Dios mismo: "...las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable". El significado básico es "eminencia, valor, excelencia". En síntesis, a la fe, el creyente debe añadir la excelencia, la eficiencia, ya que el Dios que lo llamó a su comunión es digno de lo mejor.

A la virtud debe agregarse el *conocimiento*, aspecto sobre el cual hay un énfasis especial en esta carta y que ya fuera comentado (ver 1:2, 3 y 3:18). La siguiente cualidad es el *dominio propio*, en gr. *egkráteia*¹⁴⁶⁶, que implica tener señorío o dominio sobre todas las cosas y, especialmente, sobre uno mismo. Pablo menciona la *egkráteia* como uno de los aspectos del fruto del Espíritu (Gál. 5:23), lo cual muestra, una vez más, que no se trata de una cualidad autogenerada por el hombre mismo (el dominio propio fue ponderado por Sócrates y Aristóteles) sino que es un producto de la acción de Dios mismo en el creyente. Vinculada a esta virtud, Pedro menciona la *perseverancia* (*jupomoné*⁵²⁸¹). Se trata de la constancia o el aguante que el cristiano demuestra bajo diversas pruebas y presiones. La relación estrecha que existe entre la perseverancia y la esperanza, permite decir a U. Falkenroth: "Ciertamente, una paciencia [P. 379] sin esperanza sería tan 'vana' como la muerte de Cristo sin la resurrección; la fuerza y el soporte de toda perseverancia es la esperanza. En Romanos 12:12 ambas cosas aparecen una junto a otra como equivalentes..." (*Diccionario Teológico del NT*, Vol. III, "Paciencia"). A la perseverancia, el cristiano debe agregar la *devoción*, es decir, la "piedad" (*eusébeia*²¹⁵⁰), que ya hemos comentado.

Semillero homilético

Ingredientes para crecer en la vida cristiana

1:5-7

Introducción: En cualquier receta de cocina se detallan los ingredientes necesarios para la comida a preparar y se dice, por ejemplo: "Añada aceite, luego sal..." Para crecer en la vida cristiana hay que añadir diferentes virtudes o "ingredientes". Pedro

señala ocho de ellos:

- I. Primer ingrediente: fe.
- II. Segundo ingrediente: virtud.
- III. Tercer ingrediente: conocimiento.
- IV. Cuarto ingrediente: dominio propio.
- V. Quinto ingrediente: perseverancia.
- VI. Sexto ingrediente: devoción.
- VII. Séptimo ingrediente: afecto fraternal.
- VIII. Octavo ingrediente: amor.

Conclusión: La suma de virtudes señala a un cristiano maduro. El precio a pagar es la fidelidad a nuestro compromiso con Cristo. ¿Estamos dispuestos a crecer?

Las últimas cualidades que cierran esta cadena de virtudes cristianas, es el amor. Primero, el *afecto fraternal* o hermanable (*filadelfia* ⁵³⁶⁰). El propio Pedro destaca el amor fraternal en su primera carta. En 1:22, muestra que este amor es posible a partir de la purificación del alma y que debe ser un amor genuino, es decir, no fingido. En 3:8 del mismo libro, el amor fraternal es expresión de la unidad de los hermanos: un mismo sentir. Para el autor de Hebreos, el amor fraternal es de tal importancia que es una virtud que debe permanecer como experiencia constante en la comunidad (13:1). La *filadelfia* es, en suma, la inclinación afectiva que debe caracterizar a los creyentes en su vida comunitaria y que se refleja no sólo en palabras sino en actitudes de servicio y ayuda mutua.

El broche de oro en esta cadena de virtudes es el *amor* (*agápe* ²⁶). No debieran buscarse diferencias esenciales entre los términos *filéo* ⁵³⁶⁸ (de donde procede *filadelfia*) y *agápe*, pues, como comenta Xavier Léon-Dufour *filéo* “sirve a veces para designar el amor a Dios o a Jesús, sin que sea posible establecer una diferencia de matiz con el verbo *agapáo*” (*Diccionario del NT*, “Amor”). En efecto, en pasajes como 1 Corintios 16:22 y Juan 16:27 se habla del amor al Señor y del amor del Padre utilizando en ambos casos el verbo *filéo*. En Juan 5:20 el mismo término designa el amor del Padre hacia el Hijo. Ello no implica desconocer el hecho de que el vocablo más frecuente en el NT para designar el amor de Dios sea *agápe* como es el caso de Juan 3:16. En el presente contexto, mientras *filadelfia* designa, como se ha visto, el amor en círculo íntimo de los hermanos, *agápe* es referencia a un amor más amplio en sus alcances. De modo que, mientras la fe es la virtud inicial de la experiencia cristiana, el amor es, de alguna manera, la meta en la cual debe culminar esa experiencia.

Joya bíblica

Porque cuando estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (1:8).

2. Sus resultados presentes y futuros, 1:8–11

Del origen y desarrollo de la piedad Pedro pasa a indicar los resultados que la piedad trae para el presente y el futuro.

En cuanto al presente, Pedro dice en una especie de personificación, que si esas virtudes abundan, ellas mismas no nos dejarán estar ociosos y sin fruto. Es decir, las mismas virtudes nos dinamizarán para servir a Dios y llevar fruto para su gloria. Por el contrario, el cristiano que no se preocupa por el desarrollo de la vida que agrada a Dios, es miope a nivel de ceguera y, cambiando de metáfora, padece de arteriosclerosis, porque se olvida de la purificación de sus antiguos pecados. La arteriosclerosis es un grave endurecimiento de las arterias, consecuencia de la acumulación de sustancias adiposas que perjudican la circulación sanguínea, y, por ende, la memoria. Así ocurre en el plano espiritual, con cristianos que no se preocupan [P. 380] por desarrollar las virtudes cristianas. Otro resultado presente del que habla Pedro, consiste en no caer jamás, promesa que se cumple en quienes afirman con empeño su vocación y elección. Como resultado escatológico, el Apóstol dice que los cristianos que vivan así, tendrán una *amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (v. 11). Se trata de una de las únicas referencias explícitas al reino de Dios, aunque la

idea está en el trasfondo del cap. 3, especialmente en los vv. 12 y 13, que apuntan a la consumación de la historia con el advenimiento de los cielos nuevos y la tierra nueva. Aquí se habla de una amplia entrada en el reino de Jesucristo, que gozarán aquellos hijos de Dios que han cultivado la piedad aquí en la tierra.



El que no tiene estas cosas es ciego (1:9)

3. Necesidad de recalcar estos principios, 1:12–15

Pedro entiende que es muy necesario recalcar estas verdades. Percibe que le queda poco tiempo en el cuerpo (lit. *skénoma* tienda de campaña, ver 2 Cor. 5:1), sabiendo, acaso por alguna revelación de Dios, que pronto va a partir. Por ello, insta [P. 381] a estimular la memoria de los lectores en las cosas que perduran y que se sintetizan en *el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (v. 11). Aunque sepamos las cosas importantes de la vida piadosa, necesitamos que nos sean recalçadas, ya que nos olvidamos de ellas o directamente no las vivimos.

Verdades prácticas

1:12–15

El autor inspirado nos recuerda el valor de la repetición (1:12). A veces las cosas se saben, pero es necesario repetirlas (hasta que se practiquen). Las verdades cristianas deben ser repetidas como aquellas leyes del AT mencionadas en Deuteronomio 6:7. Esto tiene importancia en el contexto del hogar y de la iglesia local.

Es importante también aprovechar el tiempo que tenemos para servir al Señor. El tiempo de servicio es breve y sólo Dios sabe cuánto tiempo queda para cada uno de nosotros. Entre tanto (v. 13), ¿por qué no usar el tiempo que resta haciendo algo por otros? Lo que hagamos en el nombre de Jesucristo será la mejor inversión de algo tan escaso como es el tiempo de vida que aún nos queda por delante.

Todos hemos de dejar alguna herencia. Algunos se preocupan por dejar alguna herencia material que sea significativa. Otros pueden dejar sus huellas por medio de grandes descubrimientos que ayudarán a las generaciones venideras. ¿Qué estás dejando para tus hijos, tus amigos, tus hermanos? Procura *con empeño* (v. 15) dejar algo que valga en la vida de otros.

II. DOBLE TESTIMONIO DE LA VENIDÁ DEL SEÑOR, 1:16-21

1. Los testigos oculares, 1:16–18

En esta sección Pedro se refiere a la venida del Señor, la que es afirmada por el doble testimonio de los apóstoles y las Escrituras. La primera cuestión que surge es la de establecer a qué tipo de venida se refiere Pedro. Evidentemente hay sólo dos posibilidades: la primera venida o la segunda. Una impresión espontánea nos haría pensar en la primera venida, ya que Pedro hace alusión a la transfiguración del Señor. Sin embargo, creemos que en realidad él se está refiriendo a la segunda venida del Señor en gloria. Ello, porque las otras veces en que utiliza el término *parousía*³⁹⁵² es precisamente con respecto a la segunda venida de Jesucristo (ver 3:4, 12 donde habla de la *parousía* del día de Dios, Mat.24:27, [P. 382] 1 Tes. 2:19 y Stg. 5:7). Además, Pedro une los términos *poder* y *venida* de Jesucristo que parecen implicar una venida en poder, en gloria. El anuncio del regreso de Jesucristo, entonces, no es producto de fábulas artificiosas, mitos o ciencia-ficción, sino que es resultado de la revelación de Dios. Así se distingue la mitología de la revelación de Dios. Como bien define Shelkle “el mito carece de realidad divina y también de fuerza salvadora”. A diferencia de los falsos maestros, los apóstoles no hablaron de su propia cosecha sino que fueron testigos oculares y auditivos de la gloria de Jesucristo cuando se transfiguró en el monte (Mar. 9:2–7 y paralelos). Allí, junto a Pedro, Juan y Jacobo, el Señor manifestó algo de su gloria y oyeron la voz del Padre que daba testimonio de aprobación de su Hijo Jesucristo. Fue como un anticipo de esa gloria que manifestará el Señor en su revelación.

“Frágil morada”

1:14

El pastor accedió a llevar a la hermana María hasta el aeropuerto. Ella iba a visitar a una querida amiga, como en un viaje de despedida. El pastor observó a la hermana María mientras se acercaba hasta el automóvil. ¡Qué pequeña estaba! El cáncer había obrado en los últimos tres años de una manera demolidora. Lo que una vez había sido un cuerpo vigoroso ahora era una frágil morada (1:14).

Durante la media hora de viaje, varias veces ella se quejó cuando alguna frenada o algún pozo en el camino hacían vibrar aquel cuerpo debilitado. ¡Sin embargo, su espíritu estaba muy fuerte! Con entusiasmo hablaba de las cosas que iba a hacer con su amiga y los lugares y amigos que visitarían.

Dos semanas después, ya de regreso, la hermana María fue a estar para siempre con su Señor. La morada terrenal se había desvanecido. Pero el testimonio de su vida quedó grabado en muchos, que como aquel pastor, la habían conocido aquí en la tierra.

¡ESCRIBE!

1:15

El doctor Arnoldo Canclini, uno de los escritores evangélicos de Argentina que más ha impactado nuestro mundo cristiano hispanoamericano, escribió un libro sobre el “arte de escribir” que se titula *¡Escribe!* Así como el apóstol Pedro, Canclini cree que se puede tener memoria de estas cosas (1:15) cuando se las pone en papel y tinta.

En el libro *Dios, las palabras y yo*, con el que celebra sus cincuenta años como escritor, dice Canclini: “Escribir es un gesto de amor, una acción de fraternidad. Parte de la base de que hay otro que es como yo, que tiene el mismo interés o yo puedo ayudarlo a que lo tenga y que no puede ser ajeno a su llamado. ¿Cómo hago si no sé quién es, si está en otro país, si habla otro idioma, si aún no ha nacido? No sé si le llegarán mis

palabras, pero al menos doy el paso inicial, las escribo”.

Usted tiene sus experiencias espirituales. Ellas pueden ser de ayuda a otro cristiano como usted. ¡Escribalas!

Semillero homilético

Testigos de Jesucristo

1:16–18

Introducción: Pedro había probado ser un testigo fiel de Jesucristo (Hech. 4:20). ¿Qué características se destacan en los testigos de Jesucristo?

- I. La fundamentación de los testigos.
 1. No es un fundamento artificial ni meramente humano.
 2. La base es una experiencia personal con Jesucristo.
- II. El mensaje de los testigos.
 1. El poder salvador de Jesucristo.
 2. La segunda venida de Jesucristo.
- III. La misión de los testigos.
 1. Transmitir lo visto y oído.
 2. Dar a conocer la obra salvadora de Jesucristo.

Conclusión: ¿Podrás callar el mensaje que has visto y oído?

2. El testimonio de la profecía, 1:19–21

A la experiencia en el monte, Pedro agrega ahora la palabra profética. Hay dos formas de interpretar las relaciones entre la transfiguración y la palabra profética. Una, siguiendo la traducción de la RVR-1960 o [P. 383] la RVA, da a entender que la palabra profética es *más segura* que la experiencia en el monte. Otra posibilidad es interpretar la frase en el sentido de que la transfiguración confirma lo que dice la palabra profética. Esta interpretación es la que prefieren exégetas como William Barclay, Bonnet-Schroeder, Schelkle, Michl y Franco. No parece estar en la mente del autor contraponer la experiencia con la Escritura. De otro modo no tendría sentido destacar lo vivido en el monte santo. Más bien, se trata de que tanto la experiencia como la palabra profética armonizan entre sí. Lo vivido con Jesús transfigurado hace más segura al corazón de los creyentes la palabra de los profetas registrada en el AT. La lección práctica que se extrae es que toda genuina experiencia espiritual es confirmatoria de la enseñanza de las Escrituras. Pero de ninguna manera tenemos que oponer la experiencia a la Escritura ya que, en el propósito de Dios, la Palabra es para ser experimentada, no meramente para elaborar teorías.



Como una antorcha que alumbra (1:19)

El autor utiliza el símil de la antorcha para ilustrar la función de la palabra profética a la cual, dice, *hacéis bien en estar atentos a ella*. En contraste con el *lugar oscuro* del mundo en que vivimos, la palabra profética alumbra hasta que *el lucero de la mañana se levante en vuestros corazones* (v. 19). Hay cierta semejanza con el lenguaje que utiliza Malaquías cuando se refiere al *Sol de justicia* que en sus alas traerá sanidad (Mal. 4:2).

Semillero homilético

El testimonio de las Escrituras

1:19–21

Introducción: Tenemos la palabra profética, afirma el apóstol Pedro. Es bueno reflexionar acerca de este testimonio de las Escrituras.

- I. Es un testimonio originado en Dios.
 1. La autoridad del mensaje de la Biblia se debe a su origen divino.
 2. El Espíritu Santo es el intérprete de ese mensaje de Dios a los hombres.
- II. Es un testimonio por medio de los hombres.
 1. Dios utilizó a los hombres para predicar su mensaje.
 2. Dios utilizó a los hombres para escribir su mensaje.
- III. Es un testimonio que ilumina la vida de los hombres.
 1. La palabra de Dios como luz para los hombres.
 2. El testimonio de las Escrituras en cuanto a Jesús, la luz del mundo.

Conclusión: Tenemos un testimonio valioso en las Escrituras, que es luz para el camino de los hombres (Sal. 119:105).
¡Anunciémoslo!

Los dos últimos versículos (vv. 20, 21) han sido motivo de amplio debate a lo largo de la historia de la iglesia. En efecto, constituye una base para la apologética del catolicismo romano, que sostiene que la interpretación de la Sagrada Escritura es patrimonio del Magisterio Eclesiástico. Hay varias cosas a tener en cuen-

ta. En primer lugar, que la palabra traducida *interpretación* es *epílusis*¹⁹⁵⁵, que aparece sólo aquí en el NT. Este término significa “interpretación” o “explicación”. En segundo lugar, hay dudas en cuanto a quiénes se refiere el Apóstol, si a los profetas mismos o a los lectores de las profecías de la Escritura. La primera idea pareciera armonizar mejor con el contexto, es decir, que el autor en realidad se refiere a los autores de las profecías, quienes no hablaron de su propia inventiva o interpretación.

[P. 384] III. CARÁCTER Y CONDUCTA DE LOS FALSOS MAESTROS, 2:1-22

1. Su acción a escondidas, 2:1-3

Luego de exponer el doble testimonio de la venida gloriosa del Señor, es decir, su transfiguración y la palabra profética, el Apóstol pasa a describir detalladamente el surgimiento de falsos maestros, especie de “nueva versión” de los falsos profetas que registra el AT en pasajes como Deuteronomio 13:1-3 y Jeremías 6:13-15. Estos seudomaestros habrán de introducir con astucia *herejías destructivas*. Resulta altamente significativo el uso que hace Pedro del término *jaíresis*¹³⁹, que ocurre nueve veces en el NT: Hechos 5:17; 15:5; 24:5, 14; 26:5; 28:22; 1 Corintios 11:19; Gálatas 5:20 y aquí. Como puede apreciarse, la frecuencia mayor está en Hechos, donde Lucas se refiere a movimientos tan diferentes como los fariseos, saduceos, nazarenos; es significativo que en 24:14, en su defensa ante Félix, Pablo dice: “...te confieso esto: que sirvo al Dios de mis padres conforme al Camino que ellos llaman secta, creyendo todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas”. Esto muestra que aun los cristianos eran considerados “secta” o “herejía” por parte de sus adversarios. El término gr. *jaíresis* se vincula con el verbo *jairéomai* que significa “elegir”, “escoger”. En el gr. clásico, *jaíresis* se usaba para referirse a la elección de una escuela o una enseñanza, a partir de la cual se formaba una nueva agrupación con la consecuente distinción de otras escuelas de pensamiento. Entraban en juego la autoridad del maestro y su doctrina específica. Filón y Josefo también usaron el término para referirse a escuelas filosóficas y a partidos judíos. En la época posapostólica se encuentran ejemplos del uso del término en Justino Mártir y Orígenes de Alejandría. Como hemos visto, en el NT la palabra aparece nueve veces, varias de ellas en sentido neutro, es decir, simplemente se refiere a escuelas o movimientos como el de los fariseos o saduceos. En Gálatas 5:20 sí tiene un sentido peyorativo, ya que las “herejías” son manifestación de la carne, que aparece junto a fenómenos como la idolatría, las hechicerías, los pleitos y las disensiones. Esas herejías conducen a las divisiones dentro de la comunidad de fe. En el caso de 2 Pedro 2:1, la referencia es a *herejías destructivas*, es decir, creencias [P. 385] favoritas originadas por falsos maestros, quienes las introducirán subrepticamente en el ámbito de la iglesia.

Falsos profetas

2:1-3

A fines de 1978 la noticia corrió por el mundo: Un grupo de más de 900 seguidores de Jim Jones moría en Guyana, en un suicidio masivo que conmovió los círculos religiosos y trajo descrédito a la causa del Señor a quien decían servir.

En 1993, luego de más de 50 días de tensa espera, más de 80 seguidores de David Koresch, los “davidianos”, murieron quemados en otro acto irracional, bajo la apariencia de una secta cristiana y apocalíptica.

Muchos otros falsos profetas siembran hoy día el error en nuestra Hispanoamérica. Algunos son fácilmente identificables. Otros seducen a la gente con movimientos aparentemente cristianos, pero viciados de herejías destructivas. Es necesario notar, como nos advierte Pedro, la sensualidad, la avaricia y la mercadería de personas de estos cultos verdaderamente satánicos.

La promesa de la palabra de Dios por medio de Pedro es que acarrearán destrucción a sí mismos. ¡Quitemos las máscaras del error! La búsqueda de la madurez en Cristo nos evitará ser presa de estos mercaderes del evangelio.

A partir del siglo XIX comienzan a aflorar en el ámbito del cristianismo numerosos movimientos llamados “sectas”, que son especies de desprendimientos de la histórica fe cristiana. Se trata de agrupaciones como los llamados Testigos de Jehová, mormones, Ciencia Cristiana y, más recientemente, la Iglesia de la Unificación,

movimiento originado por el coreano Sun Myung Moon. En general los seudocristianismos surgen a partir de un maestro que descubre o inventa una nueva doctrina que, en esencia, está decididamente en contra de postulados básicos de la doctrina cristiana. Es así como los Testigos de Jehová niegan la deidad de Jesucristo, la trinidad y la segunda venida gloriosa y visible del Señor ya que, según ellos, Jesucristo volvió en 1914, claro que sólo espiritualmente. Sobre el carácter destructivo de las herejías, la historia reciente es harto elocuente al respecto, si se recuerdan los casos de Jim Jones en Guyana y, más recientemente, de los davidianos de Waco, Texas, seguidores del excéntrico David Koresh. Estos, como tantos falsos maestros, se consideraban con autoridad suprema sobre todos sus seguidores. El espectro se amplía hasta límites insospechados si pensamos en otras sectas de origen orientalista, agrupaciones satánicas, brujería, hechicería y, también, movimientos más refinados como la “Nueva Era”, especie de culminación sincretista de la astrología y la Meditación Transcendental.

Los falsos maestros llegarán a *negar al soberano Señor que los compró, acarreado sobre sí mismos una súbita destrucción* (v. 1b). ¿En qué sentido pueden negar a quien los compró? Puede ser que le nieguen por su conducta (Tito 1:16) o que nieguen su venida gloriosa (3:3, 4). El título “Señor” corresponde al gr. *despotes*¹²⁰³, que significa “dueño” o “señor”; (ver Hech. 4:24). Pedro introduce el tema del “rescate”, como una metáfora descriptiva de la salvación. Viene del término griego *agorázo*⁵⁹, que significa “comprar en el mercado”. Pablo lo usa en 1 Corintios 6:20 y 7:23, 30. La idea es que el hombre es esclavo del pecado y sólo puede ser liberado mediante el pago de un rescate que, en términos de la salvación, es “la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:19). Hasta qué punto de la experiencia cristiana hayan llegado estos falsos maestros es un aspecto difícil de dilucidar. Por el contexto, sobre todo el final del capítulo, pareciera que se trata de gente que no llegó a experimentar plenamente la obra de regeneración (ver vv. 21 y 22). El final de estos maestros heréticos será la destrucción repentina (*súbita destrucción*, según la RVA).

Joya bíblica

Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Desde hace tiempo su condenación no se tarda, y su destrucción no se duerme (2:3).

En los vv. 2 y 3, Pedro continúa refiriéndose a estos falsos maestros que lograrán que muchos les sigan *tras la sensualidad de ellos, y por causa de ellos será difamado el camino de la verdad. Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Desde hace tiempo su condenación no se tarda, y su destrucción no se duerme*. El Apóstol señala dos características de estos falsos maestros: su *sensualidad* y su *avaricia*. Se trata de aspectos que serán ampliados en la descripción que sigue. En cuanto a lo primero, la sensualidad, [P. 386] no puede dejar de pensarse en movimientos como el de los “Niños de Dios”, liderado por David Brandt Berg, que en doctrinas y prácticas promoviera el libertinaje sexual.

2. Su castigo inevitable, 2:4–9

Para entender esta sección hay que tener en cuenta un aspecto de su estructura. Desde el v. 4, mediante varios condicionales (*si Dios no dejó, si tampoco dejó sin castigo, si condenó*, etc.), Pedro va amontonando argumentos que culminan en el v. 9: *entonces el Señor sabe rescatar de la prueba a los piadosos y guardar a los injustos para ser castigados en el día del juicio*. Hecha esta aclaración, veamos la exposición del párrafo.

Pedro escoge varios ejemplos del AT para mostrar la justicia de Dios en la historia. Menciona los casos de los ángeles que pecaron, los incrédulos del tiempo de Noé, las ciudades de Sodoma y Gomorra. En todos esos casos Dios juzgó a los tales. En cuanto al orden de estos hechos, no hay correspondencia con Judas, ya que en esa carta el orden es: destrucción de incrédulos que salieron de Egipto, ángeles, Sodoma y Gomorra. Aquí sigue esta secuencia: ángeles, diluvio, Sodoma y Gomorra. Es probable que Pedro corrija cronológicamente lo que Judas escribiera fuera de orden. En el caso de los ángeles, Pedro dice que los ángeles que se rebelaron fueron arrojados *al infierno en prisiones de oscuridad*. *Prisiones de oscuridad* es un genitivo descriptivo, como si dijera “prisiones caracterizadas por la oscuridad”. Lo que se traduce como *infierno* corresponde al gr. *tártaro*⁵⁰²⁰, sitio de suplicio que en el simbolismo griego estaba reservado por Zeus para los gigantes que se sublevaron contra los dioses.

El v. 5 menciona el juicio del diluvio, cuando Dios preservó a Noé y su familia del juicio que había anunciado por medio de este *heraldo de justicia*. (Compárese la mención del diluvio en 1 Ped. 3:19–21). La condenación a destrucción de Sodoma y [P. 387] Gomorra fue motivada especialmente por la crueldad, la falta de misericordia y la homosexualidad. Los “sodomitas” toman el nombre precisamente de las prácticas que hombres corrompidos tenían unos con otros (ver Gén. 19; Rom. 1:24 ss.; 1 Tim. 1:10). Es cierto que la reac-

ción de Lot, en el relato del Génesis, no aparece muy drástica en cuanto a esas conductas. Sin embargo, Pedro lo llama el *justo Lot*, haciéndose eco, quizás, de una tradición que se encuentra en libros extracanonicos como Sabiduría: “Cuando la aniquilación de los impíos, ella puso a salvo al justo, fugitivo del fuego llovido sobre la Pentápolis” (10:6, Nueva Biblia Española).

No somos ángeles

2:4

El título de la película se refería a un grupo de presidiarios que escapaban de la cárcel y comenzaban a hacer de las suyas. La suposición era, por supuesto, que los ángeles no pecaban, eran inmaculados, y que ellos sí pecaban, porque justamente no eran ángeles.

Es interesante encontrar la frase *los ángeles que pecaron* (2:4; ver Jud. 6; Apoc. 12:7). No tenemos mayor luz para determinar quiénes fueron esos ángeles, cuántos fueron, qué clase de pecado cometieron y otras muchas preguntas. Todo ello da un gran terreno para la especulación.

Lo que sí podemos afirmar es que aquellos ángeles tampoco fueron “ángeles”. Se suponía que debían servir a Dios, pero pecaron, desvirtuando así su razón de ser pasando a ser enemigos de Dios.

La conclusión del argumento está en el v. 9: *entonces*, es decir, “deducimos de estos hechos de la historia bíblica” la forma como Dios obra en su universo moral: *El Señor sabe rescatar de la prueba a los piadosos y guardar a los injustos para ser castigados en el día del juicio.*

Semillero homilético

Las lecciones que enseña el Dios de la historia

2:4–10

Introducción: Esta mirada de Pedro hacia atrás nos enseña las grandes verdades que el Señor de la historia ha dejado registradas para los creyentes de todos los tiempos.

- I. Dios castigó a los ángeles rebeldes (v. 4).
 1. La realidad del pecado de los ángeles.
 2. El castigo de los ángeles que pecaron.
- II. Dios castigó al mundo antiguo pero preservó a Noé (v. 5).
 1. El castigo del mundo antiguo por medio del diluvio.
 2. La preservación del único justo como heraldo de justicia.
- III. Dios castigó a Sodoma y Gomorra pero libró al justo Lot (vv. 6–8).
 1. El castigo de los impíos en aquellas ciudades pecadoras.
 2. La condición de justicia de la vida de Lot.
 3. El rescate de Lot por el poder del Señor.
- IV. La enseñanza constante: Dios recompensa y castiga de acuerdo con las acciones de los hombres (vv. 9, 10).
 1. El castigo final de los injustos.
 2. El rescate final de los piadosos.

Conclusión: Dios dirige la historia para que cumpla sus propósitos. El obrar de Dios es consecuente con su carácter demostrado a lo largo de la historia.

Verdades prácticas

2:4–10

El apóstol Pedro nos insta a considerar la historia con ojos críticos (vv. 4–10), a fin de ver en ella las advertencias de Dios para nuestras vidas. Hay una secuencia clara en las palabras *porque* (v. 4), *si* (vv. 5, 6 y 7) y *entonces* (v. 9). Es decir, lo que ocurrió en el pasado tiene resultados hoy si advertimos lo que Dios nos enseña.

De la historia podemos aprender que Dios no deja sin castigo a los pecadores (ángeles, el mundo antiguo en el diluvio, Sodoma y Gomorra). La justicia de Dios es inexorable y demanda satisfacción. La historia nos enseña que Dios no es sorprendido por la maldad como si no supiera qué hacer.

Pero también aprendemos que Dios cuida de sus hijos y los libra en medio de las dificultades o castigos. Así como preservó a Noé (v. 5) y al justo Lot (v. 7), así la lección de la historia es que Dios hará lo mismo con sus fieles hoy día.

Así como hay castigo para los injustos, hay liberación en la prueba para los que llevan una vida de piedad (v. 9). Las pruebas vienen a la vida, pero el Señor conoce a los suyos y trabaja para librarlos. Si te sientes presionado por tus problemas, aprende de este pasaje que tu Dios puede librarle. ¡La historia no transcurre en vano! Aprende del obrar de Dios mirando a la historia de tu propia vida.

[P. 388] 3. Su conducta licenciosa, 2:10–16

El atrevimiento y la arrogancia de estos impíos se pone en evidencia toda vez que no temen maldecir a *las potestades superiores* (v. 10). Pedro lit. escribe *kuriótes*²⁹⁶³, es decir, “señorío”. Comparando con Judas 8, se trataría del rechazo del señorío de Jesucristo o de las potestades o autoridades angélicas.

Probablemente, en el estilo en que escribe Pedro, sea un ejemplo del uso de un término abstracto en lugar de uno concreto, es decir, “señorío” por “Señor”. Estos versículos encierran enigmas muy difíciles de resolver, ya que pertenecen a aspectos propios de la angeleología judaica.

La descripción de los falsos maestros no podría ser más detallada: son injustos, se deleitan en los placeres sensuales que concretan a plena luz del día, son manchas y suciedad en los ágapes cristianos (ver Jud. 12). La expresión *ojos llenos de adulterio* lit. significa “tener ojos llenos de la mujer adúltera”, significando que “en toda mujer ven una adúltera real o imaginaria”. En cuanto a la frase *hijos de maldición*, es técnicamente un hebraísmo similar al de Efesios 2:3 donde Pablo se refiere a los “hijos de ira”. Significa que los falsos maestros se caracterizan por la maldición y están destinados a ella.

La referencia a *Balaam hijo de Beor* es un tanto complicada. En el relato original de Números 22–24 Balaam fue contratado por Balac, rey de Moab, para que maldijera [P. 389] a Israel. A la postre el profeta, por intervención de Dios, fracasó en su intento. Aunque en la tradición que registra el libro de Números no aparezca tan claro, el judaísmo rabínico llegó a interpretar que el pecado de Balaam consistió precisamente en que en su corazón codició lo que Balac le ofreciera para que maldijera al pueblo de Dios. Si se leen atentamente los capítulos indicados, hay ciertos indicios en ese sentido. Por ejemplo, obsérvense las palabras del ángel de Jehová que indicó al profeta: “...tu camino es perverso delante de mí” (Núm. 22:32). Judas coincide con esa perspectiva, cuando al referirse al mismo caso, escribe: “...por recompensa se lanzaron en el error de Balaam” (Jud. 11).

2:16

Dios utilizó un burro para hablar al profeta Balaam (2:16). Algunos autores cristianos usan fábulas para decir las verdades que necesitamos oír aquellos que somos de Cristo y no practicamos lo que es nuestra fe.

Un ejemplo interesante lo presenta el colombiano Luis D. Salem. En *El burrito orejón* dice:

Un marranito dormía
—esto lo contó tía Berta—
y un descuidado borrico
vino y le pisó la oreja.
Aquel borrico, asustado
ante la aguda protesta,
que bien pudiera escucharla
un enfermo de sordera,
con el fin de disculparse,
esta frasecilla suelta:

¡Perdón! ¡Yo no fui culpable!

¡Tienes tan larga la oreja...!

Cual este burro orejón
que vio del puerco la oreja,
hay muchos burros humanos
que se burlan y se quejan
pero nunca de sus faltas,
sino de la falta ajena.

¿Tienen que hablarnos los animales para que entendamos las grandes verdades de la Palabra de Dios?

4. Su falsedad e inconsistencia, 2:17–22

Las metáforas *fuentes sin agua y nubes arrastradas* (v. 17) indican la inconsistencia de estos falsos maestros, quienes no tienen vida auténtica ni estabilidad. Esto se refuerza con la idea de que hablan con arrogancia *palabras de vanidad* (v. 18), es decir, huecas, sin contenido verdadero. Una vez más Pedro menciona luego el carácter sensual de aquellos que logran seducir a los incautos.

Relapsos

2:20–22

Según el Diccionario de la Real Academia Española, relapso es el “que reincide en un pecado de que ya había hecho penitencia, o en una herejía de que había abjurado”. Es, por lo tanto, un término religioso y más específicamente cristiano. Pedro hace alusión a esta situación de una manera muy gráfica (2:20–22).

¿Qué hacer en estos casos en nuestras iglesias? Los primeros siglos de la historia de la iglesia dan testimonio de que los relapsos eran un gran problema. Había posiciones diferentes que iban desde los más estrictos, que no daban una nueva

oportunidad a los relapsos, hasta los muy liberales que hacían “borrón y cuenta nueva”.

La enseñanza de Pedro pone la responsabilidad sobre el mismo relapso, advirtiendo las consecuencias de sus actitudes de enredo con los pecados del viejo hombre. Oír la advertencia de la Palabra de Dios y tenerla muy en cuenta puede evitarnos caer en las consecuencias ingratas de los ejemplos de los animales mencionados, el perro o el puerco.

¡Es que los relapsos no actúan ya como seres humanos regenerados sino como animales sin razonamiento!

El tema de la libertad aparece aquí bajo la errónea interpretación de antinomianos y gnósticos (vv. 19–22). Antinomianismo significa “anti ley” y es la tendencia de quienes dicen que si no estamos bajo la ley, entonces tenemos puerta libre para todo tipo de prácticas (ver Rom. 6:1 y 14). Los gnósticos no tomaban muy en serio el tema de la corrupción. Los unos y los otros malinterpretaban la doctrina cristiana y caían en el absurdo de prometer libertad siendo ellos mismos esclavos de corrupción. En cuanto al postrer estado en que caen los tales, que llega a ser peor que su comienzo, acaso tenga su antecedente en las palabras de Jesús cuando se refiere [P. 390] a la condición en que cae la persona poseída por un espíritu inmundo y luego su “casa” desocupada, barrida y adornada, viene a ser ocupada por siete espíritus peores. Jesús dice: *Y el estado final de aquel hombre llega a ser peor que el primero.* (Mat. 12:45). Hubiera sido mejor, dice el autor, que no hubieran conocido el camino de justicia que, luego de conocerlo, volverse atrás del santo mandamiento de Dios. El capítulo termina con la mención de dos proverbios que mencionan al perro y la puerca lavada, animales impuros mencionados por Jesús en el Sermón del monte (ver Mat. 7:6). En cuanto al *perro que se volvió a su propio vómito* es frase tomada de Proverbios 26:11 con referencia al necio. La imagen de la *puerca lavada* que se vuelve a revolcar en el cieno, nos hace pensar en el proverbio español: “Por más que la mona se vista de seda, mona se queda”. Es decir, el lavamiento externo no cambia el corazón de la persona. Los falsos maestros, aunque exteriormente puedan dar una imagen diferente de lo que son, al final ponen en evidencia que no han experimentado en profundidad la verdadera regeneración en Jesucristo.

Semillero homilético

Tres claves de las Escrituras

3:1, 2

Introducción: Dios nos habla por medio de las Escrituras. En este pasaje se mencionan tres partes clave de la Biblia:

- I. Las palabras de los profetas inspirados.
 1. Las palabras habladas y escritas de los santos profetas.
 2. El recuerdo de las profecías inspira a los cristianos que ven el obrar de Dios en la historia.
- II. Los mandamientos del Señor Jesucristo.
 1. Las enseñanzas clave de Jesús.
 2. La transmisión apostólica de esas enseñanzas.
- III. Las cartas de los apóstoles de Jesús.
 1. Cartas que amplían y aplican las enseñanzas del Maestro.
 2. Cartas que estimulan el entendimiento de los cristianos.

Conclusión: Las Escrituras ayudan a iluminar nuestra comprensión del propósito de Dios y guían nuestra acción en respuesta obediente al Señor.

IV. LA VENÍU DEL SEÑOR ES SEGURA, 3:1-16

1. ¡A pensar con profundidad!, 3:1, 2

En la última parte de la epístola el autor apela a sus lectores para estimularles a pensar en profundidad. Las realidades expuestas [P. 391] deben conducirlos a un entendimiento purificado y a una mente que tenga bien en cuenta las palabras de los profetas y de los apóstoles. De este modo Pedro une el testimonio profético con el testimonio apostólico lo cual, de alguna manera, anticipa lo que será luego reconocido por la iglesia: la unidad de la revelación de Dios en el AT y el NT. De paso, vincula su escrito a la primera carta de Pedro, aspecto que ya se ha tratado en nuestro comentario, en la introducción general.

2. Burlas y negaciones, 3:3–7

El autor vuelve al tema de los falsos maestros. Luego de haber descrito en forma pormenorizada su carácter (cap. 2), ahora se refiere a sus burlas en cuanto al regreso de Jesucristo. El término *primeramente* (v. 3) hay que relacionarlo con la frase siguiente, donde encontramos otra razón a tener en cuenta: *En los últimos días vendrán burladores con sus burlas*. La expresión *últimos* corresponde al gr. *ésjatos*²⁰⁷⁸, de donde viene “escatología”, [P. 392] como doctrina de las últimas cosas o las cosas finales. (Ver el uso de *ésjatos* en Heb. 1:2; Jud. 18; Stg. 5:3). En esos días finales, dice Pedro, *vendrán burladores con sus burlas*, utilizando una construcción en la que repiten los términos: La frase en gr. puede traducirse como “escarnecedores con sus burlas” o “burladores sarcásticos”. Impulsados por sus *bajas pasiones* (concupiscencias), estos burladores cuestionan la promesa de la venida del Señor. Preguntan en qué ha quedado esa promesa ya que las cosas siguen igual que al principio. El escritor dice que *desde el día en que nuestros padres durmieron todas las cosas siguen igual*. Se refiere a la primera generación de cristianos que ya habían muerto. Los falsos maestros aducen que desde entonces *todas las cosas siguen igual, así como desde el principio de la creación*. En términos actuales, se trata del argumento que sostiene que el mundo es una especie de sistema cerrado, que no admite ningún tipo de intervención sobrenatural. Vivimos en un sistema de causa-efecto y, por lo tanto, no podemos creer en intervenciones sobrenaturales de Dios.



La tierra fue asentada en medio de las aguas (3:5)

A las ideas sarcásticas de los burladores, Pedro responde con dos argumentos: Primero, que la tierra, habiendo surgido del agua y estando asentada en agua, ya sufrió la catástrofe del diluvio. Es decir, Dios ha intervenido en el pasado en su mundo, como demostración de su justicia. Segundo, que los cielos y la tierra existen por la Palabra de Dios y son reservados por esa misma Palabra para el día del juicio. La concepción del origen de la tierra como surgida de las “aguas primordiales”, es común tanto en el relato del Génesis (ver Gén. 1:2, 9) como en las tradiciones asirias, babilónicas y de la filosofía griega. Pedro dice que la Palabra de Dios es la que mantiene el mundo y la que lo reserva para el juicio final. En síntesis, así como el mundo de los tiempos de Noé pereció anegado en agua, el mundo será nuevamente juzgado por Dios mediante una gran conflagración, aspecto que luego ampliará el autor en el v. 10. La idea del juicio por fuego también aparece en pasajes del AT como Joel 2:3 y Zacarías 12:6.

Verdades prácticas

3:8-12

Dios no se apura: *es paciente para con vosotros* (v. 9). ¡Cuántas veces nos impacientamos con otras personas! El propósito de Dios es alcanzar el arrepentimiento de todos. Su tiempo tiene otras dimensiones que las que nosotros manejamos. ¡Aprendamos de su amor y su paciencia al evangelizar!

¿Qué clase de personas somos? Es bueno examinarnos a la luz de lo que la Palabra de Dios pide de nosotros. Pedro nos exhorta a tener una clase de conducta santa y piadosa. Esto quiere decir que debemos poner en acción aquello que anunciamos con nuestros labios. ¿Somos lo que decimos ser?

Espera paciente y victoriosa. Esperamos el día de Dios como un día de victoria. Aunque la descripción es terrible, los creyentes esperamos en victoria cielos nuevos y tierra nueva. La renovación universal en la segunda venida de Cristo cumplirá la antigua profecía de Isaías 65:17, confirmada por el apóstol Pedro en este pasaje.

3. No confundir paciencia con tardanza, 3:8, 9

Mientras en los versículos anteriores el mensaje tenía como protagonistas a los burladores que argumentaban en cuanto a la tardanza del Señor, ahora el autor se [P. 393] refiere a los cristianos. Les dice que no deben ignorar que el Señor es eterno y la aparente tardanza no es tal. La expresión *un día es como mil años y mil años como un día* (v. 8), está tomada del Salmo 90:4. Aunque el término *jiloi*⁵⁵⁰⁷ es el mismo que en Apocalipsis 20:1-5, en este caso no se refiere al milenio como período sino simplemente al hecho de que el factor *cronológico*, es decir, tiempo, no afecta al Señor, porque él es eterno. Esa aparente tardanza del Señor en regresar, en realidad, debe ser interpretada como una prueba de su paciencia (gr. *makrothuméo*³¹¹⁴ = longanimidad, capacidad de aguante) hacia los seres humanos. La voluntad del Señor es que nadie perezca, sino que todos cambien de actitud. Esta misma idea, que Dios quiere la salvación de todo ser humano, aparece en 1 Timoteo 2:4.

Semillero homilético

El tiempo del Señor

3:8, 9

Introducción: La impaciencia humana ya se manifestaba en la primera generación de cristianos. “¿Cuándo vuelve el Señor?”, se preguntaban los primeros creyentes. Quizá usted también se lo pregunte hoy. Aprendemos aquí algunas cosas en cuanto al tiempo del Señor.

- I. El tiempo del Señor opera en forma diferente al tiempo humano.
 1. El tiempo del Señor no es cronológico (años, meses, días), sino de oportunidades (tiempo propicio).
 2. El Señor espera el momento oportuno para su venida.
- II. El tiempo del Señor opera de acuerdo con su paciencia.
 1. El Señor no se retrasa pues no estableció fechas cronológicas para el fin.
 2. La paciencia del Señor opera en favor de la humanidad perdida.

III. El tiempo del Señor opera esperando el arrepentimiento de los hombres.

1. El propósito salvador del Señor está operando en la historia.

2. El propósito salvador es generoso para alcanzar a la mayor cantidad de personas.

Conclusión: La preocupación mayor de los creyentes no debe ser la fecha de la segunda venida del Señor. Debemos esperar confiados en la sabiduría del tiempo del Señor.

4. La esperanza debe transformar nuestra conducta, 3:10–16

El interés que se percibe en la escatología del NT no es tanto presentar un mapa de los eventos del porvenir sino, más bien, mostrar cómo la esperanza debe transformar nuestro presente. El tenor de esta última parte de 2 Pedro es el mismo. El Apóstol nos invita a una espera productiva y transformadora de nuestra conducta. Analicemos sus ideas.

En este capítulo el autor utiliza como términos intercambiables *día del Señor* (v. 10) y *día de Dios* (v. 12), expresiones que están tomadas del AT (ver, p. ej., Isa. 13:6 y Joel 2:1). El NT aplica ese día de Yahweh a la persona de Jesucristo (ver, p. ej., 1 Tes. 5:2; 2 Tes. 2:2 y aquí). En cuanto a que *el día del Señor vendrá como ladrón*, es una imagen que ya usó Jesús y que se registra en Mateo 24:43 y Lucas 12:39 (ver el uso paulino en 1 Tes. 5:2).

En el día del Señor *los cielos pasarán con grande estruendo; los elementos, ardiendo, serán deshechos, y la tierra y las obras [P. 394] que están en ella serán consumidas* (v. 10). ¿A qué se refiere Pedro con los *elementos*? El término gr. es *stoijéion*⁴⁷⁴⁷, que Pablo utiliza en Gálatas 4:3 y Colosenses 2:8, donde podría ser una referencia a fuerzas cósmicas personificadas. En el caso del significado aquí, puede tratarse de los cuatro elementos esenciales que determinaron los filósofos estoicos: agua, aire, fuego y tierra. Parece claro que Pedro se refiere a elementos físicos, que conforman la realidad del mundo.

“Como ladrón”

3:10

En charla de amigos, un hermano compartía su triste experiencia con ladrones en su casa. Por dos veces habían llegado “los amigos de lo ajeno” en un corto lapso de tiempo. Su comentario era que le había quedado una sensación de inseguridad que perduraba por bastante tiempo. Comentaba que por varias noches, después de los robos, ante el menor ruido él se levantaba en la noche y recorría la casa buscando al posible ladrón. ¡Aunque los robos habían sido a pleno día, cuando no había nadie en la casa!

¡Qué diferente será la venida de Jesús como ladrón! (3:10). Los creyentes lo esperaremos seguros. ¡Será un “ladrón” esperado! Los creyentes anhelamos su venida y oramos por ella (Apoc. 22:20). Sin embargo, será sorpresiva y se anticipa una recepción bien diferente por aquellos que no conocen al Señor.

Para los que somos de Cristo, el anticipo de su próxima venida debe motivarnos a ser una clase diferente de personas (3:11). ¿Estamos viviendo como personas verdaderamente regeneradas por Cristo?

Hay cierto contraste implícito entre lo perecedero de los elementos, la tierra y sus obras, con la santidad y la piedad. Esto se ve en la relación entre el final del v. 10 y el comienzo del v. 11: *...la tierra y las obras que están en ella serán consumidas. Ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡qué clase de personas debéis ser vosotros en conducta santa y piadosa!* Es decir: ya que todo aquello va a desaparecer, ¡ocúpense en aquello que ha de perdurar! Lo perdurable es la santidad y la piedad, de la que Pedro escribiera abundantemente

en el cap. 1. Esa vida de santidad y piedad debe reflejarse en el aguardar la venida del día de Dios y siendo diligentes (*apresurándoos*).

Joya bíblica

Según las promesas de Dios esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia (3:13).

El v. 13 apunta a la meta del propósito cósmico de Dios: los cielos nuevos y la tierra nueva en los que mora la justicia. La idea de cielos nuevos y tierra nueva ya está anticipada por Isaías (ver 65:17 y 66:22; comparar con Apoc. 21:1).

En los últimos versículos de la carta, Pedro insiste en el estilo de vida que debe caracterizar a los cristianos en espera de la venida del Señor. Deben empeñarse en vivir de tal manera que el Señor los encuentre en paz, es decir, en integridad y armonía total ya que, aunque escribe el término gr. *eiréne*¹⁵¹⁵, la idea está tomada del *shalom* del AT que apunta a la armonía total y la integridad. Precisamente esa integridad se logra en la medida en que vivamos *sin mancha e irrepreensibles* (v. 14).

[P. 395] El Apóstol reafirma una vez más que la *paciencia* del Señor tiene como objetivo nuestra salvación. La referencia a las cartas de Pablo, en las que el apóstol de los gentiles se refiere a *estas cosas* (v. 16), es importante por dos motivos. Primero, por el aprecio del autor de esta carta a Pablo y sus epístolas y, segundo, porque implícitamente da a entender el carácter canónico de esos escritos. En cuanto a los escritos de Pablo a los que se refiere Pedro, podría pensarse en pasajes tales como: Romanos 13:11–14; 2 Corintios 5:6–10; 1 Tesalonicenses 5:2–11. Debe consignarse que, entre los eruditos del NT, existen muchas teorías sobre el escrito específico de Pablo al que se refiere Pedro. Algunos piensan que puede tratarse de las cartas a los Efesios o a los Colosenses. Lo único seguro es que, cuando esta carta se escribió, ya existía un cuerpo de epístolas paulinas que eran reconocidas como Escritura. Esto se deduce de la expresión del autor: *las otras Escrituras* (v. 16), dando así carácter de Escrituras también a los escritos de Pablo. El autor subraya una vez más lo peligroso del accionar de los falsos maestros que, *indoctos e inconstantes, tuercen* o torturan. El verbo traducido *tuercen* (*streblóo*⁴⁷⁶¹) se usaba para referirse a la dislocación de los miembros del cuerpo en los tormentos. Si ampliamos la metáfora implícita, se podría decir que los herejes llegan a torturar las Escrituras, dislocando sus textos hasta producir un cuerpo escritural deforme.

CONCLUSIÓN: ¡Crecamos en la gracia y el conocimiento I, 3:17, 18

Las últimas palabras de la carta (vv. 17, 18), constituyen una exhortación a guardarse de los falsos maestros y crecer en la gracia y el conocimiento del Señor. De este modo el autor retoma las primeras ideas de la epístola (ver 1:2 ss.) para subrayar la necesidad de crecer. La única forma de crecer armoniosamente es tanto *en la gracia* como en el *conocimiento*. La *gracia* [P. 396] apunta a la experiencia, a la espiritualidad del cristiano. El *conocimiento* pone en ejercicio la mente o intelecto del creyente. En el propósito de Dios debemos crecer tanto en la espiritualidad como en el conocimiento. La verdadera espiritualidad afecta la totalidad de nuestra personalidad: mente, emociones y voluntad. Se ha dicho que “teología es amar a Dios con la mente”. Por otra parte, lo que Pedro dice aquí está destinado a que sus lectores tomen en serio la vida cristiana como un desafío de Dios al crecimiento constante. Ese conocimiento tiene como centro a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien debe ser tributada toda *gloria ahora y hasta el día de la eternidad*. Esta forma de culminar el escrito es una prueba elocuente de la elevada cristología de toda la carta, como quedara expuesto en la exposición de 1:16–21.

Joya bíblica

Considerad que la paciencia de nuestro Señor es para salvación (3:15).

Perdón entre líderes

3:15, 16

Puede que todos hayamos sido testigos de discusiones fuertes y hasta de peleas en alguna asamblea convencional hispanoamericana. ¡Los líderes latinos somos muy vehementes en nuestras discusiones! Por amor a la obra del Señor cada uno defendemos “a muerte” nuestras ideas. A veces terminamos

distanciados de algún otro líder. ¿Quién tiene la razón? Es difícil determinarlo y quizá eso no sea lo más importante.

Lo que importa es la reconciliación. Pedro nos demuestra aquí que no guardaba rencor hacia nuestro amado hermano Pablo. Recordemos lo sucedido en Antioquía. La amonestación pública de Pablo a Pedro debe haber sido muy dolorosa para éste. Sin embargo, Pedro fue un líder que supo aceptar la amonestación, perdonar a su “rival” circunstancial y aun recomendar los escritos de Pablo para las iglesias locales del primer siglo.

¿Estamos actuando así como líderes de la obra del Señor?
¿Ejercitamos el perdón hacia otros líderes con los cuales podemos tener diferencias?

[P. 397]

JUDAS

Exposición

Sergio Valle Ruiz

Ayudas Prácticas

Guillermo Graves

[P. 399]

INTRODUCCIÓN

Judas es uno de los libros que probablemente ha sido de los más inadvertidos en la Biblia. Esto quizá se debe a que sus 25 versículos no tiene el volumen llamativo tanto para su estudio como para su proclamación. Sin embargo, el hecho de que esté en la Biblia es importante, y lo es porque:

1. El Espíritu Santo lo inspiró y lo colocó en el canon.
2. La verdad que maneja es sumamente interesante, ya que habla sobre los impostores seudocristianos.

Judas habla a la gente de su tiempo desde un punto de vista actual. El ya ve a los seudocristianos impostores; por eso los puede describir y es más, advierte a los creyentes en contra de ellos. No obstante, el libro de Judas también sufrió para poder formar parte del canon del NT debido a que maneja conceptos difíciles de entender tales como las referencias a los libros judíos extrabíblicos como "La ascensión de Moisés" en el v. 9, y también del "Libro de Enoc" en el v. 14. Estos los cita con tal familiaridad que pareciera les otorgara importancia y peso escritural. A pesar de esto, alrededor del siglo IV este libro ya tenía un lugar en el canon, quizá por la oración del v. 1: *Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago*.

AUTOR

La oración del v. 1 es clara. Pero a pesar de eso ha habido personas que han cuestionado la legitimidad del autor. Algunos han dicho que es un sobrenombre. Es decir, que fue un autor desconocido quien empleando el apodo de Judas adquiere una fuerte autoridad. Otros han cuestionado que se trate de Judas, el medio hermano del Señor, dando como razón lo dicho en el v. 17. Dicen que así sería un personaje que no tendría nada que ver con los apóstoles y que no tendría ningún parentesco con el Señor.

Pero para el escritor de este comentario, sí tiene aceptación la cita del v. 1 donde el autor Judas se llama a sí mismo siervo de Jesucristo por razones de prioridades. Es decir, más que querer destacar su parentesco con Jesús, pone énfasis en su relación personal de converso. Judas es hijo y siervo del Señor Jesucristo, además de referirse a sí mismo como el hermano de Santiago. Y nombró a Santiago por su conocida trayectoria, su popularidad y su parentesco con Jesucristo (Mat. 13:55; Mar. 6:3; Hech. 1:14; 1 Cor. 9:5).

FECHA

Hay comentaristas que la sitúan no antes del 90 a. de J.C. Dicen que es porque habla de los impostores cristianos, y esto se empezó a manifestar alrededor de esa época. Otros la sitúan en el año 66 y lo hacen así por la [P. 400] relación y parecido que guarda la carta de Judas con 2 Pedro. Y, sobre todo, que al morir Pedro en el año 64 la carta de Judas tendría 2 años de lapso para ser escrita basándose en 2 Pedro.

Dado que no es posible precisar si Judas emplea a Pedro o viceversa en su gran parecido, es factible suponer que Judas empleó 2 Pedro dada su influencia y contenido. Si esto fue así, podríamos situar la fecha de la carta de Judas alrededor del año 70 d. de J.C., pues aunque sí menciona a los impostores del cristianismo, esto no es exclusivo del año 90 d. de J.C., o más allá. Notemos que Pablo también habla en contra de los impostores en sus cartas contemporáneas al 70 d. de J.C. Además, es muy improbable que Judas, el medio hermano del Señor, viviera hasta el año 90 d. de J.C., pues este privilegio sólo se le dio al apóstol Juan de todos los contemporáneos de Jesucristo.

PROPÓSITO Y TEMA DE LA CARTA

El propósito del autor es el de escribir para exhortaros a *que contendáis eficazmente por la fe que fue entregada una vez a los santos* (v. 3). Y parece que este propósito fue forzado, pues según lo explica el mismo autor en el citado v. 3, tenía primeramente la intención de escribir sobre nuestra común salvación.

El autor escribe no sólo para hablar de algunos aspectos de la vida cristiana, sino para poner énfasis y exhortar a que los que viven la vida cristiana contiendan eficazmente por esa vida misma. Es decir, que su propósito es advertir cómo se puede identificar a quienes adulteran la fe.

El tema es sobre los impostores, y lo desarrolla a través de ejemplos históricos tomados de la vida del pueblo de Israel, además de enfocarla en su día. Hay seudocristianos, personas que usando el nombre de cristianos lo único que hacen es vivir en condenación y están llevando a otros ingenuos a seguirlos. Por esta razón advierte que deben contender eficazmente por la fe que fue entregada una vez a los santos.

BOSQUEJO DE JUDAS

- I. Introducción y saludo, vv. 1, 2
- II. El propósito del escrito, vv. 3, 4
- III. Breve historia de los impostores, vv. 5-7
- IV. Descripción del carácter del impostor, vv. 8-19
 1. Referencias y profecías sobre los impostores, vv. 8-16
 2. Advertencias a los creyentes, vv. 17-19
- V. Mensaje de consuelo y exhortación para el creyente fiel, vv. 20-23
- VI. Doxología, vv. 24, 25

[P. 401] AYUDAS SUPLEMENTARIAS

- Bigg, Charles, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles: St. Peter and St. Jude*. New York: Scribners, 1909.
- Bonnet, Luis y Alfredo Schroeder. *Comentario del Nuevo Testamento*, Tomo 4. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1982.
- Jamieson, Roberto, Fausset, A. R. y Brown, David, *Comentario Exegético y Explicativo de la Biblia*. Trad. Jaime C. Quarles, *et al.* Tomo II, *El Nuevo Testamento*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1983.
- Wheaton, David H. *Nuevo Comentario Bíblico*, "Judas". El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1982.

JUDAS

TEXTO, EXPOSICION Y AYUDAS PRÁCTICAS

I. INTRODUCCIÓN Y SALUDO, vv. 1, 2

Aunque Judas no dice quiénes eran los destinatarios de la carta, sí menciona aun en su introducción verdades aplicables para todos los cristianos.

Primeramente se destaca la humildad. Observamos que Judas se identifica como *siervo de Jesucristo*, no destacando su relación de medio hermano con el Señor. Recordemos que en un principio ni sus hermanos creyeron en el Señor (ver Juan 7:5). Pero a estas alturas Judas ya era un creyente fervoroso y líder de la iglesia de Jerusalén junto con su hermano Santiago.

Judas se considera a sí mismo, antes que una persona influyente (por ser medio hermano de Jesucristo) un esclavo (según el término griego *doulos*¹⁴⁰¹). Se autodefine como una persona que no tiene derechos propios ni voluntad propia, pues estos son ya propiedad de su Amo y Señor.

Judas también destaca su humildad, cuando menciona a su hermano Santiago. Y esto es porque aun Judas se consideraba a sí mismo como un ayudante y no como un protagonista principal del liderazgo en la obra del Señor (Hech. 12:17; 15:13; Gál. 1:19; 2:9, 12; Hech. 21:18). Judas consideraba que su hermano Santiago tenía más influencia y liderazgo que él mismo, y por eso lo menciona sin envidiarle ni pretender acaparar la atención sobre sí mismo, sino compartiendo su autoridad.

Tenemos, pues, una lección de humildad, que aun dentro de la introducción y del saludo, destaca a quien verdaderamente ha decidido ser un esclavo del Señor y un ayudante de sus hermanos, no buscando el primer lugar sino siempre el segundo lugar después de Jesucristo y después de sus hermanos y compañeros en la obra.

Misericordia, paz y amor os sean multiplicados (v. 2)

En nuestro mundo moderno, secular y materialista, el uso de frases como esta parece algo fuera de moda. Sin embargo, tanto en la conversación como en la correspondencia, tienen un valor. Conviene mantenerlas.

La segunda verdad aplicable para todos los cristianos es que nos sepamos *llamados*. ¿Llamados a qué? Llamados a ser *amados en Dios Padre* y llamados a ser *guardados en Jesucristo*. Judas nos dice que hemos sido llamados al amor de Dios Padre. Dios es amor, su carácter es amor, su razón de ser es el amor. Y es a este amor al que nos ha llamado.

El aspecto doctrinal del llamamiento de Dios puede ser un poco frío e insensible si sólo nos limitamos a manejar los conceptos teológicos. Lo sublime del llamamiento de Dios es que antes de ser una doctrina es una experiencia. Es una relación personal en la cual Dios nos llama para entablar [P. 404] contacto con nosotros, y es un contacto de amor. Nos ha llamado porque nos ama y es necesario entonces establecer la relación de amor, del amor perfecto y santo que viene de él. ¡Qué consuelo a los corazones sabernos llamados y amados! Es la razón de ir hacia Dios y de permanecer en él. Nos ha llamado porque nos ama y después nos sigue nombrando sus amados.

Verdades prácticas

(v. 3)

Existe la tentación para predicadores y maestros de limitar sus sermones y su enseñanza a temas que agradan y sobre los cuales existe consenso o un acuerdo común. Sin embargo, en la tradición de los autores inspirados de la Biblia, y en la práctica de grandes hombres de la fe que han dejado sus huellas santas por 20 siglos, observamos que tenemos la obligación divina de tratar asuntos penosos y, por ende, desagradables, como Judas

implica en el v. 3 y como él hace en su breve carta.

También somos llamados a ser *guardados en Jesucristo*. Y esto, según lo expresa Judas, es una garantía de la relación personal con Dios. El término gr. es un participio del verbo *teréo*⁵⁰⁸³. Es el verbo que quiere decir guardar, custodiar, vigilar, conservar, retener, proteger, mantener firme. Es también un concepto de garantía que quiere decir que la iniciativa del llamamiento viene de Dios. Al iniciar Dios por su Espíritu Santo una relación personal con algún individuo, está asentado que la relación es segura pues viene del mismo interés de Dios. No es así si procediera de la iniciativa del hombre, quien siendo voluble puede perder interés en lo que en un principio buscó. Los hombres se llegan a aburrir del trabajo, de sus actividades, aun de sus esposas y pierden interés en Dios. Pero al venir el llamamiento de la iniciativa de Dios, se presenta la garantía de lo eterno de la relación personal, pues somos llamados a ser *guardados en Jesucristo*. Una persona que con sinceridad abrió su corazón al toque del Espíritu de Dios, creyendo en Jesucristo como Señor y Salvador, también adquiere una preciosa garantía y es la de saberse retenido por y en el interés de Dios. Cuando él comienza una relación con alguien, no la va a dejar sino que la conservará con su poder eternamente.

La fórmula del saludo *misericordia, paz y amor*, para algunos comentaristas está íntimamente relacionada con la bendición del v. 1. Esto es, que el llamado de Dios procede por su misericordia, y su amor que nos alcanza es el que produce la paz. Sin embargo, parece ser que esta interpretación es un poco forzada. Mejor sería interpretar que esta forma de salutación es una fórmula cristiana primitiva de saludo a los hermanos. Este saludo es casi idéntico al que lleva la carta de la iglesia de Esmirna acerca del martirio de Policarpo hacia finales del siglo II. Así, bien podría tratarse de una preciosa manera en la que acostumbraban saludarse algunos: ¡Que la misericordia, la paz y el amor les sobreabunde!

II. EL PROPÓSITO DEL ESCRITO, vv. 3, 4

Judas tenía una intención premeditada. Probablemente quería enseñar a sus hermanos en las iglesias sobre aspectos de la vida cristiana que se pueden reunir como [P. 405] *escribir acerca de nuestra común salvación*. Pero sucede algo. Su primera intención es desplazada porque ahora le es *necesario* escribir acerca de otra cosa (la raíz del verbo gr. tiene que ver con algo forzado, con la persona siendo obligada). Por eso tiene que escribir para animar e invitar a sus hermanos a luchar para transmitir a los santos la fe recibida. (En el gr. se da la idea de que Judas quiere que sus hermanos luchen por transmitir de la mejor manera la fe a los santos).

La importancia de vigilar la puerta de la iglesia

(v. 4)

Aunque algunos problemas doctrinales son el resultado de la falta de un programa de entrenamiento para preparar discípulos, también es cierto que muchas herejías y conflictos son creados por personas que procuran hacerse miembros con esta finalidad. Entran para sembrar falsas doctrinas con el propósito de llevar a algunos miembros o cambiar hasta la iglesia entera. Muchas veces su motivo es modificar la posición doctrinal o la práctica de la iglesia hasta que deje de identificarse con sus iglesias hermanas en la denominación y llegue a formar parte de otro grupo. Conviene, de todas maneras, cuidar mucho el proceso de recibir miembros. Aunque una iglesia no tiene derecho de juzgar la validez de la profesión de fe de una persona, sí tiene el derecho y el deber de asegurar que las personas que piden entrar como miembros tengan motivos puros y válidos.

Judas, motivado por la inspiración del Espíritu Santo y contemplando los problemas en las iglesias de su día, se inclina ahora a hacer una invitación para la lucha, en vez de tener una plática informal con sus hermanos. El término gr. traducido *contendáís* más bien quiere decir luchar por algo. Y esto significa que no es fácil, que hay que poner todo el empeño y esfuerzo posible para vencer. La fe se refiere al cuerpo de doctrina que celosamente se había cuidado y transmitido, y que ahora hay que luchar por seguirla transmitiendo correctamente, pues hay un peligro en las iglesias: hay impostores que están haciendo daño en la vida de la comunidad cristiana.

Libertad limitada (v. 4)

Valoramos intensamente nuestra libertad en Cristo, pero Pablo nos recuerda (1 Cor. 6:12; 10:23) que no siempre conviene el uso total de la libertad. Judas indica que estos "impíos" utilizaron la libertad como libertinaje para sembrar ideas falsas. El miembro de la iglesia, especialmente un maestro, tiene libertad limitada en su enseñanza o en lo que dice en representación de la iglesia. No tiene el derecho de enseñar todo lo que quiere porque habla en nombre de la iglesia. Puede ser que un maestro interprete un concepto bíblico en forma distinta de la manera en la cual su iglesia lo ve. Como un embajador tiene que representar fielmente el punto de vista de su gobierno, así el maestro tiene la misma obligación. Ahora bien, una pregunta: ¿Y los pastores? ¿Tienen la misma obligación? El que escribe cree que probablemente los pastores tienen más libertad o su libertad es menos limitada en este caso. Pero el pastor ha de ejercer mucho cuidado y orar mucho antes de predicar algo en contra de las creencias de la iglesia que le ha llamado como pastor. En el caso del maestro, si el individuo no quiere aceptar esa limitación voluntariamente, le conviene renunciar como maestro.

Estos impostores, dice Judas, han entrado con sumo cuidado pues se han infiltrado *encubiertamente*. Son hombres que, no teniendo una relación personal con el [P. 406] Señor, entran a las iglesias con un propósito: crear la confusión con sus ideas espirituales. Un ejemplo de eso es que estas personas cambian la gracia de Dios en vicios, indecencias (es la idea de *asélgeia*⁷⁶⁶, traducida *libertinaje*). Y esto se presenta cuando las personas como estos impostores hacen más caso de las ideologías populares que de la misma Escritura.

Joya bíblica

Ahora bien, quiero haceros recordar, ya que todo lo habéis sabido, que el Señor, al librar al pueblo una vez de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creyeron (v. 5).

El gnosticismo estaba desarrollándose en la época de Judas. Esta ideología popular básicamente consistía en decir que la materia es mala y el espíritu es bueno. Así es que no importa lo que se hiciera con la materia, el espíritu estaba cien por ciento seguro. Es así que no importaba para estos impostores perseverar en la gracia de Dios que va llevando a sus hijos auténticos a la santidad; sino que se podía seguir viviendo en vicios y en indecencias y no afectaría para nada la relación con Dios.

Por eso Judas dice también que niegan al único dueño (lit. en griego). El término *despótes*¹²⁰³ ("déspota") hoy día designa a una persona prepotente y presuntuosa. No era así su significado en el primer siglo, pues el término designaba al dueño y señor de las propiedades. El déspota era la persona a la que pertenecían todas las personas y las cosas de su territorio y así tenía derechos sobre todas las personas y las cosas. Por eso, cuando se emplea esa palabra en el v. 4, Judas está diciendo: Por ser el Señor el dueño absoluto de nuestras vidas, para el cristiano auténtico no hay opción. O sigue al Señor en el camino de la fidelidad, o simplemente no hay una relación con él. Así es que estos impostores no se están sujetando al único dueño, sino a ellos mismos, pues viven y enseñan seguir viviendo inmoralmente.

III. BREVE HISTORIA DE LOS IMPOSTORES, vv. 5-7

Antes de entrar de lleno a hablar de los impostores de su día, Judas relata una breve historia de los mismos. Esta historia la aborda con solamente tres casos, pero son muy significativos para la vida del pueblo de Israel porque son ejemplos definitivos del juicio de Dios. Así es que aunque son ejemplos breves, son los más determinantes para que la gente de su día (y de hoy día también) valore la necesidad de ser auténtica en la relación personal con Dios.

Judas empieza entonces con el episodio del pueblo de Israel narrado en el libro de Números (caps. 13 y 14). El evento sucede cuando Josué y Caleb son los únicos de los israelitas que quieren seguir adelante hacia la tierra prometida, sin contar con el apoyo del resto del pueblo. Judas menciona esta experiencia como un

ejemplo de incredulidad, y para él los incrédulos son impostores de la fe. El castigo para los desobedientes fue en aquel entonces que los mayores de 20 años vagarían por 40 años en el desierto hasta su muerte, sin entrar a la tierra prometida. Lo que se puede destacar es que son varias las veces [P. 407] en que el Señor ha mostrado su misericordia y su poder, pero que aún así va a haber impostores que a pesar de ver las maravillas de experiencias redentoras no quieren dar crédito al poder de Dios y permanecen en incredulidad. Pero el precio es algo para el incrédulo, para el impostor de la fe, y a su tiempo lo pagará.

El segundo ejemplo que maneja Judas es el de los ángeles rebeldes (v. 6). Los judíos y los primeros cristianos que salieron de los judíos tenían muchas tradiciones respecto a los ángeles. Tanto así que tenían un ángel por nación (según la interpretación de algunos de Deut. 32:8).

De modo que para ellos los ángeles formaban parte de eventos muy significativos para la vida de los seres humanos en el mundo. Judas habla de los ángeles rebeldes, que son aquellos que *no guardaron su primer estado*. ¿Qué querrá decir Judas por no guardar su primer estado?

El AT no menciona tácitamente una experiencia similar. Salvo las interpretaciones forzadas de Génesis 6 y de pasajes en Isaías y Ezequiel. Pero se tiene que reconocer que simplemente el AT no menciona una rebelión de ángeles.

Parece ser que es mejor reconocer que Judas estaba bastante influido por las tradiciones orales sobre los ángeles, y también, por supuesto por libros extrabíblicos como los que va a mencionar después. También cabe resaltar el gran paralelismo de estos versículos con los de 2 Pedro cap. 2, que hace suponer que Judas se basó en esa epístola para escribir su carta.

La literatura extrabíblica

Muchos estudiosos de la Biblia clasifican la literatura extrabíblica en seis grupos:

1. **Los libros apócrifos** que forman parte de la Biblia usada por los católicos. La lista varía entre las Biblias utilizadas por la Iglesia Católica Romana, la Iglesia Ortodoxa Griega y la Iglesia Ortodoxa Rusa.
2. **Los libros seudopigráficos**, escritos judíos falsamente atribuidos a personajes del AT. El “Libro de Enoc” y el “Testamento de Moisés” que Judas usa en su carta son parte de este grupo.
3. **Los Rollos del Mar Muerto** contienen copias de algunos libros canónicos del AT, algunos escritos seudopigráficos y algunos documentos de temas seculares.
4. **La Apócrifa neotestamentaria** consiste de escritos relacionados con personajes del NT o atribuidos falsamente a ellos. Se produjeron en los primeros siglos de la era cristiana y fueron considerados reglas auténticas por muchos cristianos de los siglos II y III.
5. **La Biblioteca Nag Hammadi** fue descubierta en 1945 cerca de Nag Hammadi, Egipto. Era parte de la biblioteca de un monasterio de la zona. Incluye materias seudopigráficas, apócrifos del NT, libros gnósticos y seculares.
6. **Escritos de los Padres Apostólicos**, unos 16 escritos auténticos de cristianos de los siglos II y III cuyos autores fueron líderes de las iglesias. La mayoría de los autores afirmaron alguna relación con apóstoles. Estos libritos lograron una circulación amplia entre las iglesias y muchos cristianos los consideraron fidedignos. Las tentativas para incluir algunos de ellos en el canon del NT fracasaron, pero tuvieron un impacto grande sobre la formación de las iglesias. Algunas doctrinas de la Iglesia Católica Romana (la penitencia, las indulgencias, la primacía de Roma) tienen su base en los

escritos de los Padres apostólicos.

Conviene que el estudiante de la Biblia conozca estos temas, especialmente los libros apócrifos y los escritos de los Padres apostólicos. Aunque los datos históricos y las enseñanzas doctrinales no merecen toda confianza, esta literatura ilustra bien la manera de pensar de los judíos de la época del segundo templo y de los cristianos de los primeros siglos.

Sea lo que sea esta guerra civil entre los [P. 408] ángeles, Judas la destaca como un evento de rebelión contra Dios y enfatiza que aun estos seres angélicos privilegiados por su cercanía con Dios pudieron en un momento dado ser rebeldes, y así ser retribuidos con el juicio divino.

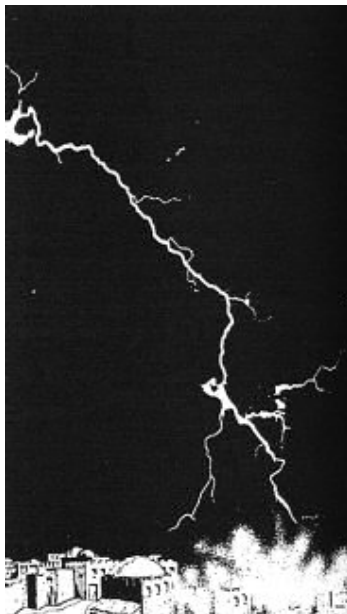
En el gr. es un juego de palabras que diría lo siguiente: “Como los ángeles no guardaron su primer estado, así Dios ahora los tiene guardados del mismo modo, pero en cadenas eternas esperando el juicio”. Es decir, que la retribución es directamente proporcional al acto rebelde. Si se es una persona con privilegios especiales (como los ángeles), pero en un momento hay rebelión, la retribución será en la medida de su privilegio anterior. Esta parece ser que es la advertencia que quiere destacar Judas.

El último ejemplo es el de Sodoma y Gomorra. Judas va a destacar aquí la inmoralidad.

El juicio sobre Sodoma y Gomorra puede ser el más famoso de la historia. No sólo por las personas involucradas, sino también porque la misma Biblia lo destaca varias veces de una manera enfática. El mismo Señor Jesucristo usó el ejemplo del juicio sobre estas ciudades. La inmoralidad se destaca como problema principal de estas ciudades, pues dice el texto que fornicaron y fueron tras vicios contra lo natural. En la RVA correctamente aparece la nota al pie que señala que lit. dice: “salieron en pos de otras carnes”. Y esto pone énfasis en la inmoralidad sexual, más específicamente la homosexualidad.

Se recordará que los ángeles que fueron a prevenir a Lot y a su familia de este juicio contra las ciudades, tuvieron una experiencia de ese tipo. Los varones de la ciudad le reclamaron a Lot que los sacara ya que querían tener relaciones sexuales con ellos (Gén. 19). El término heb. *yadah* quiere decir conocer. Pero se aplica también al conocimiento más íntimo, que es el sexual. Pero no sólo la homosexualidad se considera como inmoralidad, también cae dentro de esta clasificación la fornicación. Es decir que todo aquello que no se sujeta a los principios bíblicos es inmoral, ya sea el sexo premarital o extramatrimonial.

El castigo también es tremendo para la inmoralidad, pues en el caso de Sodoma y Gomorra se dio el ejemplo de lo que es el [P. 409] tormento eterno: el fuego. En la zona desértica del mar Muerto en donde estaban situadas estas dos ciudades hay yacimiento de petróleo y por supuesto de gas. Así es que solamente le bastaba al Señor prender la mecha de lo que sería una gran catástrofe (Gén. 19:24), y el fin de las ciudades.



Dstrucción de Sodoma y Gomorra

También es interesante notar que en este caso el elemento para el juicio es el fuego, y dice el texto que por el fuego quedó establecido el ejemplo del juicio de Sodoma y Gomorra. Y no es extraña esta idea, pues está totalmente de acuerdo con las enseñanzas de los Evangelios: nuestro Señor indica que el castigo eterno es el equivalente a la tortura del fuego.

IV. DESCRIPCIÓN DEL CARÁCTER DEL IMPOSTOR, vv. 8-19

1. Referencias y profecías sobre los impostores, vv. 8-16

Aquí empieza Judas como terminó la sección anterior, diciendo que estos impostores están expuestos al juicio de Dios. A estos impostores del cristianismo los llama *soñadores* (v. 8), porque su manera falsa de ser proviene de “visiones falsas” que estas personas toman como su autoridad (Deut. 13:1-5). También menciona el doble problema de estos impostores visionarios y es, primero, el de rechazar la *autoridad*. Esto se refiere al desprecio del señorío de Dios, pues el término gr. es una derivación de la palabra *kúrios*²⁹⁶² (Señor). Y su segundo problema es el de blasfemar en contra de las *potestades superiores*. Como lo menciona la nota del v. 8, lit. la palabra es “las glorias”, y ésta se aplica a seres gloriosos o angélicos. Es decir, que los soñadores impostores desprecian el señorío de Dios y hablan mal en contra de los seres angélicos de Dios.

Esto de hablar mal en contra de los seres angélicos es un asunto grave según Judas, pues el ejemplo que usa del arcángel Miguel en contra del diablo es que aquel, siendo jefe de ángeles, no insultó al diablo. Judas continúa diciendo que estos impostores soñadores hacen lo contrario del jefe de ángeles, Miguel, pues éstos blasfeman de lo desconocido, y lo que sí conocen lo corrompen yéndose más bien por sus deseos e instintos, como animales sodomitas, sin dar lugar a las virtudes y al honor.

Como se dijo en la Introducción, el libro de Judas pasó por algunos problemas para ser admitido en el canon neotestamentario por el uso de material extrabíblico. Lo que se mencionó antes, por ejemplo, corresponde al libro “La Asunción de Moisés”. Y [P. 410] en el material que va a venir más adelante, Judas menciona el primer libro de Enoc.

Hablar comedidamente y con amor en la discusión y en el debate

(v. 9)

Desafortunadamente, las iglesias cristianas tienen mala fama en cuanto a sus reuniones administrativas o de negocios, y el exceso de calor en su manera de expresar sus ideas o defender sus opiniones. El arcángel Miguel, aun en el proceso de una disputa con el mismo diablo, se expresó en una manera moderada. El amor entre los hermanos se podría mantener mucho mejor y el buen nombre de la iglesia local sería mucho más limpio si pudiéramos resolver nuestros problemas en amor cristiano.

¿Cómo dar respuesta a que un libro canónico use material extracanónico? Obedece básicamente a dos razones.

La primera de ellas es que Judas, en su tiempo, tenía acceso a otros libros que también conocían sus contemporáneos. Y estos libros extrabíblicos (que no estaban en el canon de los libros hebreos), eran manejados como una literatura de tradición. Es decir, que aunque no fueran inspirados, sí tenían elementos culturales que componían la tradición judía (como un complemento a la cultura e idiosincrasia judías). Así es que cuando Judas los emplea, usa los recursos de la tradición del pueblo.

La segunda razón obedece a que Judas simple y sencillamente está usando materiales de ilustración sobre las ideas que está manejando. Por eso usa las citas de libros extrabíblicos para apoyar las verdades inspiradas que está manejando, pues de ese modo puede ilustrar mejor lo que quiere decir.

Ante estas dos razones se puede comprender por qué Judas, siendo un libro inspirado y canónico, emplea libros extrabíblicos sin que esto le reste autoridad o haga de éste un asunto de polémica.

En el v. 11 Judas menciona tres ejemplos representativos: de la envidia (Caín); de la ambición (Balaam); y de la rebelión (Coré). (Y como vienen con claridad las referencias en las notas de la RVA, no se desarrolla esto más aquí).

El autor inspirado continúa diciendo que estos impostores son ahora como unos escollos, pues así como los tripulantes de una embarcación deben ser prudentes para esquivar los escollos del mar o de lo contrario naufragar, del mismo modo en las comidas fraternales de la iglesia estos impostores pueden hacer caer a algunos.

En la iglesia primitiva la celebración de la cena del Señor no formaba parte de un orden de liturgia como se hace ahora. Las [P. 411] circunstancias eran muy diferentes a las de nuestro tiempo, ya que en la iglesia primitiva el culto era básicamente espontáneo. Es así que la celebración de la Cena era más bien una comida de tipo fraternal, en donde unos y otros compartían lo mucho o lo poco de sus viandas, pero con un espíritu de unidad y fraternidad.

¿Qué hacer con las referencias a los libros extrabíblicos?

(vv. 6, 9, 14, 15)

Aunque el pequeño libro de Judas ha sido incluido en las listas más tempranas de libros canónicos del NT, el uso de Judas es limitado, probablemente debido en parte a tres referencias. Las tres evidentemente tienen su base en fuentes extrabíblicas que eran parte de la literatura del pueblo hebreo del primer siglo. Son la referencia a los ángeles en el v. 6, el incidente de la discusión entre el arcángel Miguel y el diablo en el v. 9 y la declaración de Enoc en los vv. 14 y 15. ¿Cuántas lecciones bíblicas hemos estudiado sobre el libro de Judas? ¿Cuántos sermones hemos escuchado sobre el mismo libro? ¿Podemos usarlo? ¿Conviene presentar como verdades bíblicas lo que estas tres referencias presentan? Creo que sí podemos hacerlo. En primer término, el hecho de que un dato viene de una fuente extrabíblica no indica necesariamente que el dato sea falso. Además, Judas no procura la aceptación canónica de las fuentes mismas. Si aceptamos que Judas fue inspirado por el Espíritu Santo para escribir esta parte de la Biblia, debemos creer que el mismo Espíritu no le hubiera llevado a escribir información falsa sin indicar en el mismo libro que el dato era falso y un error.

Como en el pasaje de 1 Corintios 11:17–22, parece que Judas menciona que los impostores hacen tropezar, son escollos a otros hermanos, pues en vez de un espíritu de unidad y fervoroso con la comunidad, se apacientan a sí mismos, pues de un modo totalmente egoísta solamente se preocupan por ellos mismos sin importarles la fraternidad con los hermanos.

Cuando Judas dice que son *nubes sin agua*, está manejando un elemento de frustración. Así como en su tiempo el agricultor espera con anhelo el asomo de cualquier nube en la época de sequía, así de estos “hermanos” se estaba esperando mucho. Pero la frustración llega cuando el agricultor ve que esta nube esperada con fervor pasa de largo arrastrada por el viento, sin el agua que beneficiaría a toda su siembra. Al no dar el resultado esperado, se frustra. Así asoma la frustración en la comunidad cristiana cuando de alguien se esperaba más y lo único que hace el impostor es preocuparse por sí mismo frustrando a los demás.

Luego dice que son *árboles marchitos* (v. 12). Y aquí Judas maneja el elemento de la improductividad. Esto se aprecia cuando dice que son sin fruto, dos veces muertos y sin raíz.

El impostor espiritual no puede dar fruto. Es totalmente improductivo pues no tiene raíz. ¿Cómo tenerla si le falta una relación personal auténtica con el Señor Jesucristo?

Y como el árbol muerto no puede dar nunca fruto, de la misma manera un impostor cristiano, muerto espiritualmente, nunca puede dar fruto; es totalmente improductivo.

Además, dice Judas que como las olas arrojan siempre su espuma, de ese modo los impostores espirituales arrojan siempre sus abominaciones (v. 13).

Como antes mencionó Judas, los impostores son *nubes sin agua* y *árboles sin fruto*. Esto significa que son estériles en aquellas cosas buenas y productivas que [P. 412] deberían ser normales en los creyentes. Pero ahora Judas dice que lo que producen los impostores espirituales no es otra cosa que *sus propias abomina-*

ciones (v. 13). ¡Qué tristeza y qué decepción que una nube llegue sin agua al sembradío! ¡Y qué pesar que el fruto esperado del árbol no llegue! Pero sobre todo, ¡qué consternación que sólo puedan venir cosas desagradables de los impostores! La palabra traducida *abominaciones* en gr. lit. quiere decir: “acciones vergonzosas”. O sea, que lo único que sabe y puede hacer un impostor espiritual son actos de vergüenza.

El comportamiento de los creyentes

(v. 11)

Si bien es cierto que la gente tiene mala impresión de la manera en la cual se llevan a cabo las reuniones de negocios en muchas de nuestras iglesias evangélicas, el mundo queda también con mala impresión al observar la vida diaria de algunos de nuestros miembros. Judas utiliza a personajes conocidos en el AT para describir la manera de portarse de personas que no solamente estorban la vida del pueblo cristiano, sino también dan excusa a los que se resisten a ir a los cultos de la iglesia. Su vida se caracterizó por el odio, como en el caso de Caín. ¿Conoce a algunos creyentes que, por envidia o resentimiento, aseñan mentalmente y con su lengua venenosa a otros creyentes? Judas cita también a Balaam por el error y el mal uso de la influencia. ¿Cuántos cristianos jóvenes han sido desviados y perdidos para la iglesia por el mal uso de la influencia de parte de cristianos maduros en años pero no maduros en su vida espiritual? Y la rebeldía de Coré indudablemente nos recuerda de personas que pelean hasta dividir la iglesia para lograr sus anhelos ambiciosos. Es notable que Dios trató con severidad a aquellos tres personajes del AT. ¿Ha de responder con menos severidad si el que escribe y los que leen estas líneas hacen lo mismo que Caín, Balaam y Coré?

En contraposición con los ejemplos de la nube y el árbol, ahora, Judas maneja el de la ola que arroja su espuma. Declara que los impostores solamente pueden arrojar con violencia sus actos vergonzosos. (Es lo único que saben hacer).

De ese modo Judas los compara ahora con las *estrellas errantes* (v. 13) y su destino fatal. Si de los impostores no se puede esperar nada bueno, sino todo lo contrario por su carácter, así se pone énfasis en el ejemplo de las estrellas errantes.

Judas sacó este ejemplo del “Libro de Enoc” donde dice de la siguiente manera: “Y vi allí siete estrellas de los cielos prisioneras todas juntas, como grandes montañas ardiendo en fuego. Entonces yo dije: ¿A causa de qué pecado están prisioneros, y por qué razón han sido arrojados aquí? Entonces dijo Uriel, uno de los santos ángeles que estaba conmigo y que gobernaba sobre ellos: Enoc, ¿por qué preguntas y por qué artificios ansías conocer la verdad? Estas son las estrellas del cielo que habían transgredido el mandamiento del Señor y están presas aquí hasta que diez mil años, el tiempo impuesto por sus pecados, esté consumado” (Enoc 21:1–6).

Judas continúa usando el material del “Libro de Enoc”, pero ahora de una manera textual. Y la referencia de los vv. 14, 15 la está manejando en referencia a la segunda venida de Jesucristo, pues usa este material como profecía y destaca que:

1. El Señor viene entre sus ángeles (*sus santos millares*).
2. Viene para *hacer juicio*.
3. Viene para que todas las personas rindan cuenta sobre sus obras y sus palabras.

Ahora, cabe aclarar aquí lo siguiente: No se puede establecer ninguna doctrina basados [P. 413] en un material extrabíblico. Lo único que se puede hacer aquí es ver si este material extrabíblico concuerda con la doctrina de la totalidad de la Biblia.

Semillero homilético

Palabras duras para maestros falsos

11–16

Introducción: Convencer a la iglesia de la actitud de Dios en cuanto a personas que proponen doctrinas heréticas.

- I. Identificados con los peores los personajes bíblicos, v. 11.
- II. Descritos con figuras bien severas, vv. 12, 13.
- III. Declarados convictos por Dios, vv. 14, 15.
- IV. Condenados por sus actitudes y acciones, v. 16.

Conclusión: ¿Cuál ha de ser la actitud nuestra en estos casos?

1. Actitud de severidad hacia los enemigos del cuerpo de Cristo (ver vv. 22, 23).
 - (1) Misericordia hacia los impostores que vacilan.
 - (2) Esfuerzo para ganar la salvación de ellos y otros que caen en el error.
 - (3) Compasión, acompañada por el temor aun hacia los más duros.
2. Actitud de vigilancia espiritual contra los ataques de Satanás (v. 21).

Por ejemplo, en el caso de las estrellas errantes, no se puede esperar que exista una doctrina bíblica similar, sino que Judas mencionó ese caso como una ilustración (tal como se usa la ilustración en el sermón), para ejemplificar mejor sus ideas.

Pero en este caso, la manera como maneja la cita de 1 Enoch 1:9, está en alguna manera en concordancia con la doctrina bíblica sobre la segunda venida, pues menciona la venida del Señor para hacer juicio. Sin embargo, no se debe y no se puede ahondar más en este pasaje extrabíblico para averiguar más sobre la segunda venida de Jesucristo.

Judas también emplea este ejemplo como una ilustración, bastante conocida en su tiempo y cultura, para ejemplificar el castigo que les espera a los impostores espirituales. Así como las estrellas errantes sufren el castigo por su rebelión, del mismo modo los impostores espirituales recibirán en su tiempo su justo castigo. Esta es la apelación de la ilustración con el material apócrifo que emplea Judas.

En el v. 16, Judas deja las ilustraciones y ataca a los impostores espirituales declarando ahora que otro rasgo de su carácter es ser un “murmurador descontento con su suerte”. Los términos en gr., más que hablar de “quejosos criticones”, hacen hincapié en los que siempre están hablando mal y en contra de los designios establecidos por Dios. Son palabras que la LXX usa cuando Israel se rebelaba en contra de los planes de Dios (Exo. 17:3; Núm. 14:29).

Es así que el impostor espiritual no acepta los designios de Dios y murmura en contra de ellos, descontento por tener que someterse a la autoridad divina. Esta actitud la manifiesta al no seguir al Señor con los principios bíblicos morales que expresan una relación personal con Jesucristo. De esa forma el impostor espiritual prefiere sus malos deseos. Es decir, que su vida es motivada por las pasiones carnales, pues habla arrogantemente dándose el primer lugar a sí mismo en todo. No sólo esto. También adula a los otros (cuando le conviene), pero saca ventaja en algún propósito propio. Es un adulador que manipula a las personas en base a sus intereses carnales.

Joya bíblica

Estos se quejan de todo y todo lo critican, andando según sus propios malos deseos. Su boca habla arrogancias, adulando a las personas para sacar provecho (v. 16).

2. Advertencias a los creyentes, vv. 17–19

Como en toda esta sección se está describiendo el carácter del impostor espiritual (vv. 8–19) Judas primero escribió sobre las referencias y profecías acerca de los impostores espirituales (vv. 8–16), y ahora tiene que advertir a los creyentes sobre los rasgos del carácter del impostor espiritual.

Judas empieza en estos versículos haciendo ver a los creyentes que todo esto que está pasando no debe sorprenderles, [P. 414] pues es algo que estaba advertido por los apóstoles del Señor Jesucristo. (Aquí se destaca que Judas no se consideraba un apóstol). Y la cita que emplea en el v. 18, de los apóstoles, no es sacada textualmente de ningún pasaje del NT. Así es que se pueden sacar las siguientes conclusiones:

1. Que sea esta una cita de un libro neotestamentario perdido.
2. Que sea esta la referencia a un sermón o enseñanza apostólicos.
3. Que sea esta un resumen de las enseñanzas apostólicas sobre la apostasía.

El autor de este comentario se inclina por cualesquiera de las conclusiones 2 ó 3 pues son las más congruentes.

Lo importante de esto es que ya existen antecedentes de los impostores espirituales, referidos por el mismo Señor Jesucristo y por sus apóstoles.

Lo que Judas quiere destacar en el v. 18 es que en esta era (la comprendida entre la ascensión de Jesucristo y su próximo regreso), definida como “los últimos tiempos”, habrá “burladores”. Judas no dice el motivo de la burla en su cita, y si les llama burladores, es porque evidentemente se mofaban de algo. El término gr. es claro. Habla de personas sarcásticas, burladoras. Muy posiblemente el motivo de su burla sea igual al de 2 Pedro 3:3, 4, donde se habla casi de la misma forma de los burladores, pero allí sí se define el motivo de su burla, el cual es porque aún Jesús no ha venido por segunda vez.

Estos impostores del cristianismo se ríen de la promesa del advenimiento de Jesucristo, pues dicen que todas las cosas están igual y no sucede nada. En un sentido están diciendo que Dios es mentiroso pues Cristo Jesús no ha regresado.

Pero ese no es todo el problema con estas personas, pues también Judas dice en la cita apostólica que estos burladores andan según sus deseos pecaminosos carnales, como buenos impíos que son. Definitivamente que aquí se está hablando de inconversos. Como ya se ha referido anteriormente, estos inconversos se han escabullido al cristianismo, pero teniendo sus propias ideas teológicas adulteradas, están haciendo de la religión cristiana un “seudocristianismo”, pues negando la autoridad de Dios, burlándose de la segunda venida de Jesucristo, viven según sus pasiones, en una inmoralidad desenfundada y cínica.

Por eso Judas dice en el v. 19 que estos son los que causan problemas, las *divisiones* en el cristianismo.

La palabra traducida *sensuales* es *psucikós*⁵⁵⁹¹ en gr. Si Judas sólo hubiera pretendido referirse a la “sensualidad” por algún apetito carnal hubiera podido emplear el término carne o *sarx*⁴⁵⁶¹.

Parece que Judas no quiere solamente poner énfasis en la pasión, sino que es más profundo que eso. Como se dijo en el comentario de los vv. 3 y 4, el gnosticismo estaba cobrando fuerza en el tiempo en que Judas escribió esta epístola. Los gnósticos eran los impostores espirituales, pues eran personas que presumiendo de una alta esfera religiosa, se identificaban a sí mismos como los espirituales (*pneumatikós*⁴¹⁵³).

Como se ha visto a lo largo de este comentario, repetimos la idea de que éstas no son personas espirituales auténticas, pues no tienen una relación personal con Jesucristo y por eso se rebelan contra Dios, viviendo en desorden e inmoralidad.

El argumento de estos gnósticos es que [P. 415] el pecado ya no les puede hacer daño alguno pues están más arriba de eso, siendo la materia mala y el espíritu bueno.

Así que estos gnósticos ven a todos los demás cristianos en un nivel de existencia imperfecta, y los denominaba los *psukikós*⁵⁵⁹¹, es decir los que tienen vida pero en un plano físico y nada más. Así es que Judas dice que los que son sensuales son los gnósticos mismos, los impostores espirituales, pues en realidad son ellos los que *no tienen al Espíritu*.

Entonces Judas advierte a los cristianos auténticos del carácter de los impostores haciendo ver que provocan divisiones en la iglesia, entre los hermanos, por su manera de “seguir” al Señor en forma tan equivocada y no espiritual.

V. MENSAJE DE CONSUELO Y EXHORTACIÓN PARA EL CREYENTE FIEL, vv. 20-23

En esta sección, Judas comienza con las mismas palabras del v. 17, pues allí advierte a los creyentes sobre el carácter del impostor, y ahora en el v. 20 va a empezar a escribir sobre un mensaje de consuelo y exhortación.

En ambos casos se ve el mismo énfasis de querer destacar la importancia de que perciban que lo uno es tan importante como lo otro. Es decir, que sí es muy importante observar las deficiencias del carácter de los impostores espirituales, pero también, es muy importante que uno se observe a sí mismo para llevar a cabo sus responsabilidades cristianas.

Primeramente, Judas pide que los creyentes se edifiquen sobre su fe que es santísima.

Como en el v. 3, aquí vuelve a hacer referencia sobre el valor de la “fe” (como un conjunto de doctrina que había que cuidar y transmitir correctamente). Por eso usa el superlativo de santidad para describirla.

Además, deja ver que el creyente debe formarse (aquí es la idea de edificar, construir, sobre algo ya hecho) solamente en la fe sana, para ser un creyente sano.

En segundo lugar, Judas pide que se ore *en el Espíritu Santo*. En el texto gr. hay un par de cosas que vale destacar aquí.

Primeramente, no viene la conjunción “y” que aparece en la versión en castellano de la RVA. O sea que no existe una separación gramatical de la primera frase con esta. No hay separación cronológica de los eventos, como si Judas dijera: “Edifíquense sobre su santísima fe” y después oren.

También se destaca aquí que el verbo “orando” en el gr. es un participio presente, y la clase de acción que representa es de continuidad, pero junto con la edificación en la *santísima fe*.

Es así que Judas tiene en mente que la formación (edificación) de los creyentes en la santísima fe (cuerpo de doctrina correcto) sólo tiene lugar mientras se está *orando en el Espíritu Santo*.

Se destaca la absoluta dependencia del Espíritu de Dios para que uno lo pueda seguir correctamente. Judas usa mucho discernimiento cuando enseña esta verdad, pues si solamente pidiera la “edificación en la fe”, esto produciría un cristianismo intelectualizado que solamente conocería las verdades de una manera fría e insensible.

De otra manera, al pedir que se “edifique orando”, destaca el corazón como la sensibilidad para la comunión con Dios en reconocimiento de dependencia y de amor entre el Señor y sus seguidores. Así, conocimiento más experiencia (relación personal) genera acciones productivas.

Por eso Judas continúa con su mensaje de exhortación y consuelo pidiendo que los [P. 416] creyentes se conserven en el amor de Dios.

También cabe destacar lo siguiente: En el texto gr. aparece un nombre reflexivo en este versículo como en el anterior en donde la idea es esta: los creyentes por sí mismos deben responsabilizarse en seguir al Señor de la manera más fiel.

En el versículo anterior Judas dice lit.: “Pero vosotros amados, edificaos a vosotros mismos...” Y en el v. 21 Judas dice: “Así mismo en el amor de Dios obedezcan”.

Para Judas es importante hacer hincapié en que el creyente es responsable de su propia disciplina espiritual: sabiendo qué es lo que se tiene que hacer, que lo haga.

Judas emplea un verbo que se ha traducido como “conservar”, pero es un verbo que implica más responsabilidad que el solo hecho de “conservar algo”. Aquí se refiere más bien a la obediencia fiel, pero la obediencia que lleva implícita una protección, una custodia. Judas pide que los creyentes valoren el amor de Dios y correspondan en obediencia fiel y cauta a Dios por este amor.

Pero sucede lo mismo que en el v. 20 pues no son frases separadas, ya que Judas vuelve a usar un participio presente para destacar que la manera de obedecer al amor de Dios es esperando *la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida [P. 417] eterna* (v. 21). Aquí el autor sagrado dice que el creyente fiel es el que se ha responsabilizado a sí mismo para estar correspondiendo en obediencia al amor de Dios, hasta que venga el Señor Jesucristo por segunda vez y nos haga partícipes de su reino por la eternidad.

Semillero homilético

Edificándonos como piedras vivas en casa espiritual

20, 21

Introducción: Consolar y exhortar a los miembros de la iglesia para que ella crezca numérica y espiritualmente.

1. Elaborar el tema general de la epístola de Judas.
2. Importancia de:
 - (1) Proteger a los miembros de la iglesia contra la herejía.
 - (2) Proveer una base positiva para el desarrollo de ellos.
 - I. Sobre la base de nuestra santísima fe.
 1. Recibida por los apóstoles de Jesucristo.
 2. Recibida por las iglesias primitivas por medio de los apóstoles.
 3. Recibida por nosotros mismos por medio de mensajeros y misioneros enviados por las iglesias.
 - II. Sostenidos por la oración en el Espíritu Santo.
 1. Necesaria para edificarnos sobre la base de nuestra fe.
 2. Urgente porque dependemos totalmente en Dios.
 3. Posible solamente cuando el Espíritu Santo nos enseña cómo y para qué orar.
 - III. Conservados en el amor de Dios.
 1. Por la obediencia fiel.
 2. Con confianza en su protección y custodia.
 - IV. En espera de la vida eterna.
 1. Vida eterna que comenzó con nuestro nacimiento en Cristo.
 2. Vida eterna que seguirá para siempre.
 3. Vida eterna que llegará a su perfección cuando Jesucristo vuelva en misericordia, amor y poder.

Conclusión:

1. Implicaciones para la vida diaria de las piedras vivas.
2. Importancia para el crecimiento y ministerio de la casa espiritual hecha de las piedras vivas.
3. Impacto en el mundo que rodea a la casa espiritual.

En los vv. 22 y 23 se aprecia en el gr. una dificultad textual, pues las variantes de los manuscritos más antiguos dan margen a diferentes traducciones. La RVA dice: *De algunos que vacilan tened misericordia; a otros haced salvos, arrebatándolos del fuego; y a otros tenedles misericordia, pero con cautela, odiando hasta la ropa contaminada por su carne.*

Parece ser que Judas construye una escalera en donde clasifica a algunos tipos de personas que tenían contacto con los cristianos fieles.

Ahora, hay que recordar que el énfasis de la carta es sobre los impostores espirituales. Así es que puede suponerse que aun dentro de estos impostores espirituales cabe la siguiente clasificación. Y la motivación de Judas es que aun con estas personas se debe hacer el intento de llevarlos a una relación auténtica y personal con Jesucristo.

Esta clasificación empieza en el menor nivel que es el de los que *vacilan* o dudan. Puede aplicarse a aquellas personas dentro del grupo de los impostores espirituales que no estaban muy convencidas de las enseñanzas equivocadas de los gnósticos. Por eso, Judas pide que se tenga de ellos misericordia. Que los creyentes, en vez de rechazarlos impiamente, tengan compasión de las personas que están cuestionándose si en verdad están en el camino correcto.

El segundo grupo en la escalera ascendente es el de los que hay que salvar sin perder tiempo. Aquí parece que Judas habla de la urgencia de la oración junto con el testimonio, para verdaderamente evangelizar a algunos impostores espirituales. Por eso emplea palabras violentas tales como “arrebatar por la fuerza” y “fuego”.

El último grupo es aparentemente el de los que menos probabilidades tienen de vivir una vida auténtica con Cristo Jesús como Señor y Salvador, siendo los más obstinados en su equivocada creencia doctrinal.

De todos modos, aún con los más duros de corazón, Judas demanda también que se les tenga *misericordia*, pues el creyente no es juez ni dictaminador (según el ejemplo del arcángel Miguel, v. 9). Pero advierte que sea una misericordia cauta (con temor, según el gr.) pues de gente tan [P. 418] endurecida y obstinada en contra de la sana doctrina, no puede uno confiarse plenamente.

Un problema con las obras nuevas

vv. 22, 23

En el mundo hispano la tarea de establecer nuevas congregaciones y la tarea de madurar a las iglesias jóvenes ocupan a muchos pastores y a otros líderes. Hasta que se completen los dos procesos en cada congregación, el establecer la doctrina bíblica y la política sana inevitablemente trae sus problemas. Algunos de los miembros son nuevos creyentes, criaturas en Cristo. Otros vienen con experiencias de otros grupos. Conviene observar que este problema es muy crítico si en los primeros días de una congregación no desaparece sino que sigue. ¿Cómo hemos de tratar con personas que quieren introducir ideas y prácticas que no son bíblicas? Judas nos presta ayuda, recomendando:

1. Con nuevos creyentes o cristianos débiles (que vacilan) debemos tratarlos con amor y misericordia, guiándolos tiernamente hacia una madurez responsable.
2. Otros no comprenden los valores espirituales porque nunca experimentaron la nueva vida en Cristo. A ellos debemos llevarlos hacia el nuevo nacimiento y la salvación.
3. Habrá otros que son agentes de Satanás, que resisten la salvación y persisten en sus ataques en contra de Dios, de los líderes de la iglesia y de la Biblia. A ellos, Judas dice que debemos tratarlos también con misericordia, pero con mucha precaución. A ellos, para el bien de todos, conviene separarlos de la congregación rápida y decisivamente.

Por eso esta idea la ejemplifica Judas diciendo que aun su ropa está *contaminada por su carne*, y que por eso hay que odiarla. Judas usa aquí la idea expresada en Levítico 13:47–51 que habla del cuidado al tratar la ropa de los leprosos, pues si contiene la bacteria de la lepra, no hay más alternativa que despreciarla y quemarla.

Así el creyente auténtico ama al pecador, pero aborrece el pecado; tiene misericordia de los obstinados impostores espirituales, pero desprecia sus enseñanzas y su vida contaminada.

En nuestros días, de la misma manera, el creyente fiel que está rodeado de tantos impostores espirituales debe manifestar la misericordia y con urgencia procurar la salvación de ellos; con cautela, pero con amor. ¡Qué pertinencia la del mensaje bíblico para nuestros días!

VI. DOXOLOGÍA, vv. 24, 25

Es muy interesante notar el parecido del v. 25 con Romanos 16:27, así como la idea del Señor *poderoso* que utiliza Pablo en Efesios 3:20, pero es muy difícil precisar si existió algún tipo de influencia de los escritos paulinos en Judas para la conclusión de su carta.

Judas finaliza su propósito de advertir a los creyentes acerca de los impostores del cristianismo con un mensaje de confianza y aliento, pues empieza en el v. 24 con dos verdades alentadoras.

La primera, es que Dios es lo suficientemente poderoso para guardar a sus hijos *sin caída*. Y esta verdad es un bálsamo para todos los creyentes y cuánto más para los contemporáneos de Judas. Recordemos que en este ambiente tan tenso (en donde se habían infiltrado impostores del cristianismo y en donde Judas había hablado de profecías terribles sobre el destino de ellos), aparecen las palabras alentadoras: Dios *es poderoso para guardarlos sin caída*. A los creyentes auténticos, a quienes aman y temen el nombre del Señor, los que no son perfectos pero quieren mejorar en su seguir a Dios cada día, ¡a éstos, Dios es capaz de guardarlos sin caída!

Y no sólo eso, sino que viene ahora la segunda verdad: ¡Dios es capaz aun de presentar a los creyentes como *irreprensibles*! Esta es una manera no sólo alentadora sino maravillosa de terminar la carta. Judas dice a los creyentes que por medio de la fe en Jesucristo como Salvador y Señor, por ese acto de fe, son presentados delante de Dios sin culpa alguna.

Por eso habla también de la *grande alegría*, pues aunque algunas personas como los impostores del cristianismo solamente van caminando hacia su propia condenación eterna, los hijos de Dios van hacia la presencia de la gloria misma de Dios y ese evento no puede sino causar inmensa alegría.

En el gr. la manera de describir este hecho es muy singular, pues no dice que la gran alegría va a acompañarnos cuando estemos en la presencia del Dios vivo, sino más bien quiere decir que el ambiente producido por el encuentro del Dios vivo y sus redimidos se opera o se da en alegría. Es decir, que no viene la alegría, sino que allí está, envolviendo la atmósfera en donde aun el Señor, y desde luego sus redimidos, están sumergidos en una gran alegría. (Es como arrojar un clavado en una piscina llena de alegría en extremo).

¡Qué experiencia tan singular para el cristiano! [P. 419] Realmente la vida en el Señor es maravillosa. No sólo tenemos un Dios Todopoderoso, sino que además estamos inmersos en su maravillosa alegría.

Bendición al final de los cultos

vv. 24, 25

Como en el caso del saludo del v. 2, los dos últimos versículos de Judas merecen un uso frecuente y público. La práctica de utilizarlos como bendición para terminar los cultos de la iglesia sirve para recordar a los fieles los valores y verdades grandes. Por ejemplo, estos dos versículos establecen que:

1. Dios es poderoso para guardarnos sin caída.
2. Dios puede presentarnos sin mancha en la presencia de su gloria y lo hace con alegría.
3. Nos asegura que Dios es el autor de nuestra salvación por medio de Jesucristo.
4. Dios merece toda gloria, majestad, autoridad desde el principio y hasta la eternidad.

Conviene conservar este pasaje en el corazón de los miembros por medio de la repetición, y siempre con fervor.

Judas trata estas dos verdades (que Dios nos guarda *sin caída* y nos presenta *irreprehensibles* para él) como una manera majestuosa de exaltar la grandeza de Dios.

Esto se aprecia al finalizar su carta cuando su única intención es adorar al Señor como tal. Por eso empezó el v. 24 diciendo: *Y aquel*. Y continúa en el inicio del v. 25 diciendo: *al único Dios*. O sea que las dos maravillosas verdades del v. 24 son sólo un ejemplo entre paréntesis de la grandeza y el poder de *aquel*.

A ese Dios, el único, como dice al inicio del v. 25, ¡sea el reconocimiento y la adoración plena por parte de sus redimidos!

Cuando Judas dice el *único Dios*, también está confrontando al incipiente gnosticismo (los impostores del cristianismo) con sus doctrinas heréticas.

La razón es que los gnósticos tenían una clasificación de divinidades. El ser espiritual más puro y perfecto estaba totalmente apartado del mundo y de todo el orden de lo creado. La razón de que por ningún motivo podía tener contacto con seres inferiores era que perdía calidad de pureza. Se contaminaba. Así es que había una jerarquía de dioses, en donde del orden descendente (al irse acercando más a la esfera de lo creado), las deidades participaban entre ellas y se relacionaban con el mundo.

El *Demiurgo* era el dios que según los gnósticos participaba en la historia de los judíos. Era el dios del AT.

Pero Judas confronta a esa herejía escribiendo: *al único Dios*. No hay clasificaciones ni rangos. ¡Hay un solo Dios vivo!

También Judas dice que este Dios es nuestro Salvador. O sea que este Dios único está bien relacionado con nosotros. Y esto se da a través de la persona de nuestro Señor Jesucristo. El Dios único se ha mostrado en Jesucristo para ser nuestro Salvador.

Y después de enunciar estas preciosas verdades, Judas no puede sino lanzar un grito de alabanza, de magnificencia para con este Dios.

¡Desde siempre y para siempre, sea gloria, majestad, poder y autoridad a este Señor! ¡Amén!